



COURT OF WINGS AND RUIN

#1 *NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

SARAH J. MAAS

BLOOMSBURY

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente **PROHIBIDA su venta** en cualquier plataforma.

En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Para incentivar y apoyar las obras de ésta autora, aconsejamos (si te es posible) la compra del libro físico si llega a publicarse en español en tu país o el original en formato digital.



una CORTE de ALAS y RUINA

Agradecimientos

MODERADORAS

Mew & Mais

Traductoras

Mew

Maria97Lour

Anamiletg

~Verónica Mellark~

Mais

Candy27

YoshiB

Raeleen P.

Alixci

Mary Rhysand

LillyRoma

Vale

Dahiry

Kpels143

Rose_Poison1324

Elik@

Recopilación & Revisión

Mais & Mew

DISEÑO

Mew

Índice

Sinopsis	Capítulo 25	Capítulo 54
Rhysand	Capítulo 26	Capítulo 55
PRIMERA PARTE:	Capítulo 27	Capítulo 56
PRINCESA DE LA	Capítulo 28	Capítulo 57
CARROÑA	Capítulo 29	Capítulo 58
Capítulo 1	Capítulo 30	Capítulo 59
Capítulo 2	Capítulo 31	Capítulo 60
Capítulo 3	Capítulo 32	Capítulo 61
Capítulo 4	Capítulo 33	Capítulo 62
Capítulo 5	Capítulo 34	Capítulo 63
Capítulo 6	Capítulo 35	Capítulo 64
Capítulo 7	Capítulo 36	Capítulo 65
Capítulo 8	Capítulo 37	Capítulo 66
Capítulo 9	Capítulo 38	Capítulo 67
Capítulo 10	Capítulo 39	Capítulo 68
SEGUNDA PARTE:	Capítulo 40	Capítulo 69
ROMPEMALDICIONES	Capítulo 41	Capítulo 70
Capítulo 11	Capítulo 42	Capítulo 71
Capítulo 12	Capítulo 43	Capítulo 72
Capítulo 13	Capítulo 44	Capítulo 73
Capítulo 14	Capítulo 45	Capítulo 74
Capítulo 15	Capítulo 46	Capítulo 75
Capítulo 16	Capítulo 47	Capítulo 76
Capítulo 17	Capítulo 48	Capítulo 77
Capítulo 18	Capítulo 49	Capítulo 78
Capítulo 19	Capítulo 50	Capítulo 79
Capítulo 20	TERCERA PARTE: GRAN	Capítulo 80
Capítulo 21	SEÑORA	Capítulo 81
Capítulo 22	Capítulo 51	Capítulo 82
Capítulo 23	Capítulo 52	Siguiente libro
Capítulo 24	Capítulo 53	Créditos al foro

Sinopsis

La inminente guerra amenaza a todos los que Feyre ama en el tercer volumen de la serie #1 del New York Times bestselling “*A Court of Thorns and Roses*.”

Feyre ha vuelto a la Corte Primavera, decidida a recopilar información sobre las maniobras de Tamlin y el rey invasor que amenaza con poner a Prythian de rodillas. Pero para ello debe jugar un juego mortal de engaño, y un resbalón puede acarrear el fin no solo para Feyre, sino también para su mundo.

A medida que la guerra está sobre todos ellos, Feyre debe decidir en quién confiar entre los Grandes Señores... y la deslumbrante y letal búsqueda de aliados en los lugares más inesperados.

En este tercer y emocionante libro de la autora #1 del New York Times Sarah J. Maas, la tierra será pintada de color rojo, como poderosos ejércitos luchando por el poder sobre la única cosa que podría destruirlos a todos.

una CORTE de ALAS y RUINA

Prythian

Reino Feérico

Hiberno



Tierras Mortales

Tierras Mortales

Vallahan

La Prison

Montañas Iirianas

Estepas Iirianas

Velaris

Corte Oscura

Corte de los adillas

Corte Día

Corte de Amanecer

Bajo la

Montaña

Cabana de la Iegedon

Corte de Invierno

Adriata

Corte de Verano

Corte de Otoño

Corte de Primavera

El Muro

Villa de Fenre

PARADISE SUMMERLAND
FORO

Para Josh y Annie...

Un regalo. Todo ello.

una CORTE de ALAS y RUINA

Rhysand

Dos Años Antes del Muro

Traducido por Mais & Mew Rincone

El zumbido de las moscas y los gritos de los sobrevivientes ya había reemplazado los golpes de los tambores de guerra.

Ahora el campo de batalla era un enmarañamiento de cuerpos humanos y feéricos por igual, solo interrumpido por alas rotas alzadas hacia el cielo gris o por la ocasional masa de un caballo caído.

Pronto el olor sería insoportable con el calor, a pesar de las encapotadas nubes. Las moscas ya se arrastraban hacia los ojos que miraban fijamente hacia la nada. No diferenciaban entre carne mortal e inmortal.

Aceleré el paso a través de lo que una vez fue un suelo lleno de hierba, marcando las pancartas medio-enterradas en lodo y sangre. Casi tomó la mayoría de la fuerza que me quedaba evitar que mis alas se arrastraran por encima de los cuerpos y armaduras. Mi propio poder había sido agotado mucho antes que la carnicería se hubiera detenido.

Pasé las últimas horas luchando así como lo hicieron los mortales a mi lado: con espada, puño y un bruto e implacable enfoque. Habíamos logrado sostener las líneas en contra de las legiones de Ravennia... hora tras hora, habíamos mantenido las líneas, como me había ordenado hacer mi padre, y como sabía que debía hacer. Fallar aquí hubiese sido la matanza final de nuestra ya rendida resistencia.

Lo que se avecinaba a mi espalda era demasiado valioso para ser cedido a los Leales. No solo por su localidad en el corazón del continente, sino por los suplementos que tenía. Por la herrería que ardía día y noche en el lado oeste, trabajando para abastecer a nuestras fuerzas.

El humo de esa herrería ahora se mezclaba con el combustible ya

una CORTE de ALAS y RUINA

siendo encendido detrás de mí mientras seguía caminado, observando los rostros de los muertos. Hice una nota de despachar a cualquier soldado que tuviera el estómago de reclamar armamento de cualquiera de los dos ejércitos. Los necesitábamos desesperadamente como para preocuparnos por el honor. Especialmente cuando el otro lado no se preocupaba de eso para nada.

Tan callado... el campo de batalla estaba tan callado, comparado con la matanza y el caos que finalmente se había detenido hacía horas atrás. El ejército de los Leales se había retraído más que rendido, dejando sus muertos para los cuervos.

Di la vuelta a un caballo caído, los hermosos ojos de la bestia seguían abiertos con terror y había moscas en su lado ensangrentado. Su jinete estaba retorcido debajo de este, la cabeza del hombre parcialmente cortada. No por un golpe de una espada. No, esos brutales cortes eran garras.

Ellos no se rendirían fácilmente. Los reinos y territorios que querían a sus esclavos humanos no perderían esta guerra a menos que no tuviera otra elección. E incluso entonces... aprendimos de la manera más dura y muy temprana, que no tenían estima alguna por las reglas antiguas y ritos de batalla. Y en cuanto a aquellos territorios Feéricos que lucharan del lado de los guerreros mortales... seríamos pisoteados como alimañas.

Aparté una mosca que me zumbaba al oído con la mano, con ésta llena de sangre, tanto mía como ajena.

Siempre había pensado que la muerte sería una clase de bienvenida pacífica: una dulce y triste canción de cuna que me urgiría en lo que sea que me esperaba después.

Aplasté con una bota reforzada el asta de la bandera de un estandarte de los Leales, manchando con lodo rojo el jabalí con colmillos bordado en su bandera esmeralda.

Ahora me preguntaba si la canción de cuna de la muerte no era una canción encantadora, sino el zumbido de las moscas. Si las moscas y los gusanos eran doncellas de la Muerte.

El campo de batalla se estrechaba hacia el horizonte en cada dirección con el fuerte a mi espalda. Los habíamos retenido tres días;

una CORTE ALAS y RUINA

habíamos luchado y muerto aquí durante tres días.

Pero habíamos mantenido las líneas. Una y otra vez, replegué a humanos y feéricos, me rehusé a permitir que los Leales cruzaran, incluso cuando habían machacado nuestro vulnerable lado derecho con nuevas tropas al segundo día.

Había usado mi poder hasta que no fue nada más que humo en mis venas, y entonces usé mi entrenamiento Iliriano hasta que balancear mi escudo y mi espalda era todo lo que sabía hacer, todo lo que podía lograr contra la multitud.

Un ala Iliriana medio destrozada sobresalía de un conjunto de cuerpos de Altos Faes, como si le hubiera tomado a los seis derribar al guerrero. Como si se los hubiera llevado a todos junto con él.

El latido de mi corazón golpeaba a través de mi magullado cuerpo mientras apartaba la pila de cuerpos.

Los refuerzos llegaron al amanecer en el tercer y último día, fueron enviados por mi padre después de mi súplica de ayuda. Había estado tan perdido en la ira de la batalla como para notar quienes eran, más allá de una unidad Iliriana, especialmente cuando habían tantos empuñando Sifones.

Pero en las horas desde que habían salvado nuestros culos y dado vuelta al progreso de la batalla, no había visto a ninguno de mis hermanos entre los vivos. No sabía si Cassian o Azriel habían luchado en el campo.

No era probable que estuviera el último, ya que mi padre lo había mantenido cerca para espiar; pero Cassian... Cassian podría haber sido re-asignado. No me sorprendería que mi padre hubiera cambiado a Cassian a una unidad mayormente a ser degollada. Así como había estado esta, saliendo medio cojeando del campo de batalla más temprano.

Mis dedos adoloridos y sangrientos se enterraron en armadura abollada y carne pegajosa mientras levantaba el último de los cuerpos de Altos Faes apilados encima del soldado Iliriano caído.

El cabello oscuro, la piel castaña... igual que la de Cassian. Pero no era el rostro muerto y grisáceo de Cassian el que miraba boquiabierto

una CORTE ALAS y RUINA

hacia el cielo.

Dejé salir de golpe mi respiración, mis pulmones aún crudos por rugir, mis labios secos y agrietados.

Necesitaba agua... con urgencia. Pero otro par de alas Ilirianas sobresalían de la pila de muertos muy cerca.

Me tambaleé y me lancé hacia estas, dejando que mi mente volviera a algún lugar oscuro y silencioso mientras enderezaba el cuello torcido para mirar el rostro detrás del sencillo casco.

No era él.

Aceleré el paso a través de los cuerpos hacia otro Iliriano. Luego otro. Y otro.

Algunos los conocía. A otros no. El campo de batalla se seguía expandiendo hacia adelante bajo aquel cielo.

Milla tras milla. Un reino de muerte putrefacta.

Pero continué mirando.

PARADISE SUMMERLAND
FORO

PRIMERA PARTE

Princesa de la Carroña

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 1

Traducido por Mais & Mew

Feyre

El cuadro era una mentira.

Una brillante y pequeña mentira repleta de flores de un pálido color rosa y radicales rayos de sol.

Lo había comenzado el día de ayer, un ocioso estudio del jardín de rosas que asomaba más allá de las ventanas abiertas del estudio. Por entre el enredo de espinas y hojas satinadas, se entreveía el verde más brillante de las distantes colinas.

Incesante, implacable primavera.

Si hubiera pintado este vislumbre dentro de la corte del modo en que me urgían mis tripas, habrían sido espinas corta piel, flores que ahogaban la luz del sol para cualquier planta más pequeña que ellas y colinas ondulantes manchadas de color rojo.

Pero cada pincelada sobre el ancho lienzo fue calculada. Cada pizca y remolino de colores mezclados significaban retratar no solo la idílica primavera, sino también una representación. No demasiado feliz, sino una agradecida y final curación de los horrores que había divulgado cuidadosamente.

Supuse que en las pasadas semanas, había perfilado mi actitud tan intrincadamente como uno de estos cuadros. Supuse que si hubiera incluso elegido mostrarme como verdaderamente deseaba, habría estado adornada con garras destroza carne y manos que ahogarían la vida de aquellos quienes ahora eran mi compañía. Habría dejado los dorados pasillos manchados de sangre.

Pero todavía no.

una CORTE de ALAS y RUINA

Todavía no, me dije a mi misma con cada pincelada, con cada movimiento que había hecho estas semanas. Una rápida venganza no serviría para nada ni a nadie salvo a mi propia rabia.

Incluso si cada vez que les hablaba, oía los sollozos de Elain cuando la obligaron a entrar en el Caldero. Incluso si cada vez que los miraba, veía a Nesta profiriéndole al Rey de Hyberno una promesa de muerte. Incluso si cada vez que los oía, mis fosas nasales volvían a llenarse del sabor de la sangre de Cassian acumulada sobre las oscuras piedras de aquel castillo de huesos.

El pincel se rompió entre mis dedos.

Lo había roto en dos, el pálido mango dañado más allá de la reparación.

Solté una respiración y maldije, mirando hacia las venas y puertas. Este lugar estaba tan lleno de ojos vigilantes como para tomar el riesgo de arrojarlo a la basura.

Envolví mi mente a mi alrededor como una manta, barriendo el lugar en busca de alguien lo bastante cerca para ser testigo, de estar espiando. No encontré a nadie.

Alcé mis manos delante de mí con la mitad del pincel en cada palma.

Me permití, durante un segundo, ver más allá del glamour que ocultaba el tatuaje en mi mano derecha y antebrazo. Las marcas de mi verdadero corazón. Mi verdadero título.

La Gran Señora de la Corte Oscura.

Medio pensamiento y el pincel roto ardió en llamas.

El fuego no me quemó, ni siquiera a medida que devoraba la madera, el pincel y la pintura.

Cuando no quedó nada más que humo y cenizas, convoqué un viento que los barrió de mis palmas hacia las ventanas abiertas.

Por si acaso, llamé una brisa desde el jardín que serpenteó por la habitación, limpiando cualquier humillo persistente y llenándola con el sofocante y mohoso olor de las rosas.

Tal vez, una vez que mi tarea aquí estuviera hecha, quemaría esta mansión hasta sus cimientos también. Empezando con esas rosas.

La parte posterior de mi cabeza recibió toquecitos por dos presencias aproximándose y saqué otro pincel, hundiéndolo en la piscina más cercana de pintura, y bajé los invisibles y oscuros lazos que había levantado alrededor de esta habitación para alertarme de cualquier visitante.

Estaba trabajando en la forma en que la luz del sol iluminaba las delicadas venas en un pétalo de una rosa, tratando de no pensar en cómo una vez lo había visto hacer lo mismo en unas alas Ilirianas, cuando las puertas se abrieron.

Hice un buen espectáculo de parecer perdida en mi trabajo, encorvando mis hombros un poco, inclinando mi cabeza. E hice un mejor espectáculo al mirar lentamente sobre mi hombro, como si la lucha de apartarme de la pintura fuera un verdadero esfuerzo.

Pero la batalla era la sonrisa queforcé en mi boca. En mis ojos... el verdadero cuento de una sonrisa naturalmente genuina. Había practicado en el espejo. Una y otra vez.

Así que mis ojos se arrugaron fácilmente mientras daba una sonrisa suave pero feliz hacia Tamlin.

Hacia Lucien.

—Siento interrumpir —dijo Tamlin, observando mi rostro, buscando cualquier señal de las sombras en las que recordaba caer presa ocasionalmente, las que escondía para mantenerlo a raya cuando el sol se hundía más allá de aquellas estribaciones—. Pero pensé que querías prepararte para la reunión.

Me obligué a tragar saliva. Bajar el pincel. No más que la nerviosa e insegura chica que había sido hace tanto tiempo atrás.

—¿Lo... lo hablaste con Ianthe? ¿De verdad ella vendrá?

No la había visto todavía. La Suma Sacerdotisa, quien había entregado a mis hermanas a Hiberno, la que *nos* había entregado a Hiberno.

E incluso si los oscuros y rápidos reportes de Rhysand a través del vínculo de pareja habían tranquilizado algo de mi temor y pavor... ella era responsable por ello. Lo que había sucedido hacía semanas atrás.

Fue Lucien quien respondió, estudiando mi pintura como si especulara la verdad que yo sabía que él estaba buscando.

—Sí. Ella... tuvo sus razones. Vendrá para explicártelas.

Tal vez junto con sus razones por poner sus manos sobre cualquier hombre que quisiera, ya fuera si él quería o no. Por hacérselo a Rhys, y a Lucien.

Me preguntaba lo que recordaba Lucien realmente. Y el hecho de que la consecuencia de su amistad con Hiberno había terminado con él siendo compañero de Elain.

No habíamos hablado de Elain salvo el día después de haber regresado.

A pesar de lo que Jurian implicaba de cómo serán tratadas mis hermanas por Rhysand, le dije, a pesar de cómo es la Corte Oscura, ellos no le harán daño ni a Elain ni a Nesta de esa manera... aún no. Rhysand tiene formas más creativas de hacerles daños.

Lucien todavía seguía dudando de ello.

Pero entonces, yo también había implicado, en mis propios “vacíos” de memoria, que tal vez no había recibido la misma cortesía creativa.

Que se lo creyeran tan fácilmente, que pensarán que Rhysand forzaría a alguien... agregué el insulto a la larga, larga lista de cosas por las que tenían que pagar.

Dejé el pincel y retiré el delantal con manchas de pintura, dejándolo cuidadosamente sobre la banqueta en la que había estado sentada durante dos horas.

—Me iré a cambiar —murmuré, lanzando mi trenza suelta sobre un hombro.

Tamlin asintió con la cabeza, monitoreando cada movimiento mientras me acercaba a ellos.

—La pintura se ve hermosa.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—No está ni cerca de estar terminada —dije, logrando sacar esa chica que había rechazado los cumplidos y los elogios, aquella que quería pasar desapercibida—. Es un pequeño desastre.

Francamente, era uno de mis mejores trabajos, incluso si su falta de espíritu era solo aparente para mí.

—Creo que todos lo somos —ofreció Tamlin con un intento de sonrisa.

Contuve la urgencia de poner los ojos en blanco y le devolví la sonrisa, rozando su hombro con mi mano mientras pasaba.

Lucien estaba esperando fuera de mi nueva habitación cuando salí diez minutos después.

Me había tomado dos días dejar de ir al antiguo... doblar a la derecha en lo alto de las escaleras y no irme. Pero no había nada en esa antigua habitación.

La había visto una vez, el día después de haber regresado.

Muebles destrozados; cama destrozada; ropa tirada como si él me hubiera buscando dentro del armario. Nadie, parecía, había tenido permitido limpiarla.

Pero eran las vides—las espinas—que lo habían hecho inhabitable. Mi antigua habitación había estado llena de ellas. Se curvaban y se deslizaban a través de las paredes, se entrelazaban entre los escombros. Como si se hubieran arrastrado por debajo de mis ventanas, como si hubieran pasado cientos de años y no meses.

Esa habitación ahora era una tumba.

Recogí las faldas rosas y suaves de mi vestido transparente en una mano y cerré la puerta de la habitación detrás de mí. Lucien permaneció inclinado contra la puerta al frente de mí.

Su habitación.

No dudaba de que se había asegurado que yo quedara al frente de él. No dudaba de que el ojo de metal que poseía estaba siempre dirigido hacia mis propias cámaras, incluso mientras dormía.

—Me sorprende que estés tan calmada, dadas tus promesas en Hiberno —dijo Lucien a manera de saludo.

La promesa que había hecho de asesinar a las reinas humanas, al Rey de Hiberno, Jurian, e Ianthe por lo que le habían hecho a mis hermanas. A mis amigos.

—Tú mismo dijiste que Ianthe tenía sus razones. Por muy furiosa que esté, puedo escucharla.

No le había dicho a Lucien de lo que sabía respecto a su verdadera naturaleza. Significaría explicar que Rhys la había expulsado de su propia casa, que Rhys lo había hecho para defenderse a él y a los miembros de su corte, y levantaría demasiadas preguntas, socavaría demasiadas mentiras labradas cuidadosamente que lo habían mantenido a él y a su corte—*mi corte*—a salvo.

Aunque me preguntaba si, después de lo de Velaris, era incluso necesario. Nuestros enemigos sabían de la ciudad, sabían que era un lugar de bien y de paz. Y habían tratado de destruirlo a la primera oportunidad.

La culpa del ataque en Velaris después de que Rhys se lo revelara a aquellas reinas humanas perseguiría a mi compañero por el resto de nuestras vidas inmortales.

—Ella dirá una historia que tú querrás escuchar —advirtió Lucien.

Me encogí de hombros, dirigiéndome hacia el alfombrado y vacío pasillo.

—Puedo decidir por mí misma. Aunque suena a que tú ya has escogido no creerle.

Llegó hasta mi lado.

—Ella arrastró a dos mujeres inocentes a esto.

—Estaba trabajando para asegurarse que la alianza de Hiberno se mantenía fuerte.

Lucien me detuvo colocando una mano alrededor de mi codo.

Se lo permití porque si *no* lo hacía, tamizarme de la manera en que lo había hecho en el bosque hacía meses atrás, o usar una maniobra

defensiva Iliriana para hacer que cayera sobre su propio trasero, arruinaría mi estrategia.

—Eres más inteligente que eso.

Estudié la amplia y bronceada mano alrededor de mi codo. Luego me encontré con un ojo rojizo y otro de un zumbante dorado.

Lucien exhaló:

— ¿Dónde la está escondiendo?

Sabía a quién se refería.

Sacudí mi cabeza.

—No lo sé. Rhysand tiene cientos de lugares en donde podrían estar, pero dudo de que los haya usado para esconder a Elain, sabiendo que yo sé dónde están.

—Dímelo de todos modos. Nómbralos.

—Morirás en el momento en que pongas pie en su territorio.

—Sobreviví bastante bien cuando te encontré.

—No pudiste ver que él me tenía de esclava. Dejaste que me llevara de regreso. —Mentira, mentira, mentira.

Pero el dolor y la culpa que esperaba, no estaban allí. Lucien soltó lentamente su agarre.

—Necesito encontrarla.

—Ni siquiera conoces a Elain. El vínculo de pareja es solo una reacción física abrumando tu buen sentido.

— ¿Es eso lo que te hizo a ti y a Rhys?

Una pregunta silenciosa y peligrosa. Pero hice que el miedo entrara a mis ojos, dejé que se abrieran recuerdos de la Tejedora, del Bone Carver, y Middengard Wyrn, que el viejo terror llenó mi olor.

—No quiero hablar sobre eso —dije, mi voz con un temblor áspero.

Un reloj sonó en el nivel principal. Envié un rezo silencioso de agradecimiento a la Madre y me lancé en un rápido caminar.

—Llegamos tarde.

Lucien solo asintió. Pero sentí su mirada sobre mi espalda, directa en mi columna, mientras me dirigía escaleras abajo. Para ver a Ianthe.

Y finalmente decidí cómo iba a destrozarla en pedazos.



La Suma Sacerdotisa se veía exactamente como la recordaba, tanto en esos recuerdos que Rhys me había mostrado y en mi propio sueño despierta de usar las garras escondidas detrás de mis uñas para arrancarle los ojos, luego su lengua para luego abrirle la garganta.

Mi ira se había vuelto una cosa viviente dentro de mi pecho, un eco de un latido de corazón que me calmaba para dormir y me movía al caminar. La silencié mientras miraba fijamente a Ianthe a través de la formal mesa de comedor, Tamlin y Lucien a mis lados.

Ella todavía usaba la capucha pálida y su conjunto de anillos de plata con su piedra azul claro.

Como un Sifón... la joya en el centro me recordaba de los Sifones de Azriel y Cassian. Y me pregunté si, como los guerreros Ilirianos, la joya ayudaba de alguna manera a formar un pesado don de magia en algo más refinado, mortal. Ella nunca se lo había quitado... pero entonces, nunca había visto a Ianthe invocar ningún gran poder más que encender una bola de luz fae en una habitación.

La Suma Sacerdotisa bajó sus ojos azules hacia la mesa de madera negra, la capucha proyectó sombras sobre su perfecto rostro.

—Desearía empezar por decir lo mucho que lo siento. Actué por el deseo de... de entregar lo que creía que tú tal vez anhelabas pero no te atrevías a decir, y al mismo tiempo, mantener satisfechos con nuestra alianza a nuestros aliados en Hiberno.

Mentiras venenosas, bonitas. Pero encontrar su verdadero motivo... había estado esperando estas semanas para este encuentro. Había pasado estas semanas pretendiendo convalecer, pretendiendo *sanar* de los horrores a los que había sobrevivido en las manos de Rhysand.

—¿Por qué desearía que mis hermanas se enfrentaran a eso? —Mi voz salió temblorosa, fría.

Ianthe levantó su cabeza, observando mi rostro inseguro, si bien un poco reservado.

—Así podrías estar con ellas para siempre. Y si Lucien hubiese descubierto antes que Elain era su compañera, habría sido... devastador darse cuenta que solo tenía unas cuantas décadas.

El sonido del nombre de Elain en sus labios hizo que un gruñido retumbara por mi garganta. Pero lo até, cayendo en esa máscara de dolor silencioso, lo nuevo en mi arsenal.

Lucien respondió:

—Si esperas nuestra gratitud, estarás esperando durante un buen tiempo, Ianthe.

Tamlin le lanzó una mirada de advertencia... tanto a las palabras como al tono. Tal vez Lucien mataría a Ianthe antes de que yo tuviera la oportunidad, solo por el horror por el que le había hecho atravesar a su compañera ese día.

—No —exhaló Ianthe con los ojos abiertos, la perfecta figura de remordimiento y culpa—. No, no espero para nada gratitud. O perdón. Si no entendimiento... esta también es mi casa. —Levantó una delgada mano vestida de anillos de plata y brazaletes para englobar la habitación, el feudo—. Todos tuvimos que hacer alianzas que jamás creímos que haríamos... tal vez desagradables, sí, pero... la fuerza de Hiberno es muy grande para detenerla. Ahora solo se puede medir como cualquier otra tormenta.

Ianthe lanzó una mirada hacia Tamlin.

—Hemos trabajado tan duro para prepararnos para la inevitable llegada de Hiberno... todos estos meses. He cometido un grave error, y siempre me arrepentiré de cualquier dolor que haya causado, pero continuemos juntos este buen trabajo. Encontremos una manera de asegurar nuestras tierras y la supervivencia de nuestra gente.

—¿Ante el coste de cuántos? —demandó Lucien.

De nuevo, esa mirada de advertencia de Tamlin. Pero Lucien la ignoró.

—Lo que vi en Hiberno —dijo Lucien, agarrando los brazos de su silla lo suficientemente fuerte que la madera labrada gruñera—. Cualquier promesa que él hiciera de paz e inmunidad... —Se detuvo, como si recordara que Ianthe podría muy bien decirle esto al rey. Soltó su agarre en la silla, sus largos dedos flexionándose antes de situarse en los brazos de nuevo—. Tenemos que tener cuidado.

—Lo tendremos —prometió Tamlin—. Pero ya hemos acordado ciertas condiciones. Sacrificios. Si nos rompemos ahora... incluso con Hiberno nuestro aliado, tenemos que presentar un frente sólido. Juntos.

Él todavía confiaba en ella. Aún pensaba que Ianthe solo había tomado una mala decisión. No tenía ni idea de lo que yacía detrás de la hermosura, de la ropa, y los encantamientos piadosos.

Pero entonces, esa misma ceguera le había evitado darse cuenta de lo que rondaba también debajo de mi piel. Ianthe hizo una reverencia con su cabeza de nuevo.

—Haré el esfuerzo de ser digna de mis amigos.

Lucien parecía tratar muy, muy duro, de no poner sus ojos en blanco.

Pero Tamlin dijo:

—Todos trataremos.

Esa era su nueva palabra favorita: *tratar*.

Solo tragué saliva, asegurándome de que él lo hubiera escuchado, y asentí lentamente, manteniendo mis ojos puestos en Ianthe.

—Jamás vuelvas a hacer algo así.

Una orden de una tonta... una que ella esperaba que yo hiciera, por la rapidez con la que asintió. Lucien se inclinó hacia atrás en su asiento, rehusándose a decir algo más.

—Aunque Lucien tiene razón —dije de golpe, el retrato de la preocupación—. ¿Y qué será de la gente de esta corte durante este conflicto? —Le fruncí el ceño a Tamlin—. Ellos fueron brutalizados por

una CORTE ALAS RUINA

Amarantha... no estoy segura de qué tan bien lidiarán con el hecho de vivir del lado de Hiberno. Han sufrido suficiente.

La mandíbula de Tamlin se apretó.

—Hiberno ha prometido que nuestra gente permanecerá sin tocar y sin perturbar. —*Nuestra* gente. Casi frunzo el ceño, incluso mientras asentía de nuevo en entendimiento—. Fue parte de nuestro... trato. — Cuando había vendido todo Prythian, vendido todo lo decente y bueno en sí mismo, para *recuperarme*—. Nuestra gente estará a salvo cuando llegue Hiberno. Aunque he enviado un mensaje para que las familias se... reubiquen en la parte este del territorio. Mientras tanto.

Bien. Al menos había considerado esas potenciales consecuencias... al menos se había preocupado lo suficiente de su gente, entendía qué clase de juegos enfermos le gustaba jugar a Hiberno y que podía jurar una cosa y significar otra. Si ya estaba moviendo fuera del camino a aquellos en mayor riesgo durante este conflicto... hacía mi trabajo aquí mucho más fácil. Y al este... algo de información que me guardé. Si el este estaba seguro, entonces el oeste... Hiberno sin duda vendría desde esa dirección. Llegaría allí.

Tamlin soltó un respiro.

—Eso me trae a la otra cuestión en esta reunión.

Me preparé, instruyendo a mi rostro a ponerse curioso, mientras él declaraba:

—La primera delegación de Hiberno llega mañana. —La dorada piel de Lucien empalideció. Tamlin agregó—: Jurian estará aquí al mediodía.



PARADISE SUMMERLAND
FORO

una Corte de ALAS y RUINA

Capítulo 2

Traducido por Mew Rincone

Sobre Jurian apenas había oído susurros esas últimas semanas, no había vuelto a ver al comandante humano resucitado desde aquella noche en Hyberno.

Jurian había renacido por medio del Caldero, Amarantha usó los horribles restos que había guardado de él como trofeos durante quinientos años, su alma atrapada y consciente dentro de su propio ojo, preservado mágicamente. Estaba loco, se había vuelto loco mucho antes de que el Rey de Hyberno lo resucitara para conducir a las reinas humanas por un camino de sumisión ignorante.

Tamlin y Lucien tenían que saberlo. Tenían que haber visto ese brillo en los ojos de Jurian.

Pero...tampoco parecían del todo preocupados porque el Rey de Hiberno tuviera el Caldero—ese capaz de fracturar este mundo. Empezando por el muro. Lo único que se interponía entre los mortíferos ejércitos Faes y las vulnerables tierras humanas del sur.

No, ciertamente esa amenaza no parecía hacer que Lucien y Tamlin permanecieran despiertos por las noches. O de evitar invitar a esos monstruos a su hogar.

A mi regreso, Tamlin había prometido que sería incluida en las planificaciones, en cada reunión. Y era fiel a su palabra cuando explicó que Jurian llegaría junto con otros dos comandantes de Hyberno, y yo estaría presente. De hecho, deseaban inspeccionar el muro para tantear el lugar perfecto dónde rasgarlo una vez que el Caldero recobrara su fuerza.

Al parecer, convertir a mis hermanas en Faes lo había drenado. Mi suposición sobre el asunto duró poco.

Mi primera tarea: saber dónde planeaban atacar, y cuánto tiempo requería el Caldero para volver a su plena capacidad. Y después pasar esa información a Rhysand y a los otros.

una CORTE de ALAS y RUINA

Tomé un cuidado extra el día siguiente, después de dormir intermitentemente gracias a una cena con una Ianthe con sentimiento de culpa, que se esforzó por besar mi culo y el de Lucien. La sacerdotisa aparentemente quiso esperar hasta que los comandantes de Hyberno estuvieran sentados antes de hacer su aparición. Había asegurado querer que ellos tuvieran la oportunidad de conocernos antes de entrometerse, pero una mirada a Lucien me dijo que él y yo, por una vez, estábamos de acuerdo: probablemente había planeado algún tipo de gran entrada.

Para mí no hacía mucha diferencia—para mis planes.

Planes que envié por el vínculo de pareja a la mañana siguiente, palabras e imágenes derramadas a lo largo de un pasillo lleno de noche.

No me atreví a correr el riesgo de usar la unión con demasiada frecuencia. Me había comunicado una sola vez desde que había llegado. Solo una vez, las horas posteriores a entrar en mi viejo dormitorio y visto las espinas que lo habían conquistado.

Había sido como gritar a una gran distancia, como hablar bajo el agua. *Estoy a salvo y bien*, le había dicho a través del vínculo. *Pronto te diré lo que sé*. Había esperado, dejando que las palabras viajaran por la oscuridad. Entonces le pregunte: *¿Están bien? ¿Heridos?*

No recordaba que el vínculo entre nosotros fuera tan difícil de escuchar, incluso cuando había vivido en esta mansión y él lo había utilizado para ver si aún seguía respirando, para asegurarse de mi desesperación no me había tragado por completo.

Pero la respuesta de Rhysand llegó unos minutos después. *Te amo. Están vivos. Están sanos.*

Eso fue todo. Como si fuera todo lo que pudiera manejar.

Había regresado mi nueva habitación, cerré la puerta con llave y envolví todo el lugar dentro de una dura pared de aire para ocultar el olor de las silenciosas lágrimas que se escapaban mientras me acurrucaba en un rincón del baño.

Una vez me había sentado en esa posición, observado las estrellas durante las largas y sombrías horas de la noche. Ahora veía ese cielo azul sin nubes de más allá de la ventana abierta, escuchaba los pájaros cantándose entre ellos y quería rugir.

No me había atrevido a pedir más detalles sobre Cassian y Azriel—o de mis hermanas. Con el terror de saber lo malo que había sido—y de lo que yo haría si su curación se tornaba sombría. De cómo reduciría a esta gente.

Sanos. Vivos y sanos. Me recordaba cada día a mí misma.

Incluso cuando seguía escuchando sus gritos, oliendo su sangre.

Pero no pregunté más. No me arriesgué a tocar el vínculo más que esa primera vez.

No sabía si alguien podía monitorear tales cosas: los mensajes privados entre compañeros. No cuando el vínculo de pareja podía tener esencia, y yo estaba jugando un juego tan peligroso con él.

Todo el mundo creía que había sido roto, que el aroma persistente de Rhysand era porque él me había obligado, que había plantado ese olor en mí.

Creían que con el tiempo, con la distancia, su olor terminaría por desvanecerse. Semanas o meses, probablemente.

Y cuando no se desvaneciera, cuando permaneciera...ahí es cuando tendría que golpear, con o sin la información que necesitaba.

Pero con la posibilidad de que comunicarme con el vínculo mantendría su olor fuerte...tenía que minimizar cuánto lo usaba. Incluso si no hablaba con Rhysand, si no oía esa diversión y astucia... Volvería a oír esas cosas, me prometí una y otra vez. Vería esa sonrisa irónica.

Y volví a pensar en cuánto dolor había tenido ese rostro la última vez que lo había visto, pensar en Rhys, cubierto por la sangre de Azriel y Cassian, cuando Jurian y los dos comandantes de Hiberno se tamizaron sobre la gravilla de la entrada al día siguiente.

Jurian llevaba la misma armadura de cuero ligero, su pelo castaño azotaba su rostro por la brisa primaveral. Nos observó mientras permanecíamos en los escalones de mármol blanco dentro de la casa y su boca se curvó en esa sonrisa torcida y presumida.

Llené de hielo mis venas, la frialdad de una Corte que nunca había pisado. Pero empuñaba el poder de su Señor dentro de mí, convirtiendo la

ardiente ira en una calma congelada mientras Jurian se arrastraba hacia nosotros, con una mano empuñada sobre su espada.

Pero eran los dos comandantes—un hombre, una mujer—los que hicieron que una pizca de verdadero miedo se deslizara en mi corazón.

Altos Faes en apariencia, su piel era de un mismo tono rubicundo y pelo de un idéntico negro al de su rey. Pero eran sus vacías e insensibles caras las que llamaban la atención. Una falta de emoción pulida durante milenios de crueldad.

Tamlin y Lucien se habían quedado rígidos cuando Jurian se detuvo frente al pie de las amplias escaleras de la entrada.

El comandante humano sonrió.

—Te ves mejor que la última vez que te vi.

Alejé mis ojos de los suyos. Y no dije nada.

Jurian resopló e hizo un gesto a los dos comandantes.

—Permitan que les presente sus Altezas, el príncipe Dagdan y la Princesa Brannagh, sobrino y sobrina del Rey de Hiberno.

Gemelos—tal vez unidos en lazos de poder y también mental.

Tamlin pareció recordar que ahora estos eran sus alizados y bajó las escaleras. Lucian lo siguió.

Nos había vendido. Había vendido Prythian—por mí. Por recuperarme.

El humo se curvó dentro de mi boca. Invoqué escarcha para apaciguarlo de nuevo.

Tamlin inclinó la cabeza hacia el príncipe y la princesa.

—Bienvenidos a mi casa. Tenemos habitaciones preparadas para todos.

—Mi hermano y yo moraremos juntos —dijo la princesa. Su voz era engañosamente ligera—casi aniñada. Salvo la absoluta falta de sentimiento, de autoridad total.

Prácticamente podía sentir la desagradable vigilancia de Lucien. Pero bajé las escaleras y dije, como la señora de la casa que, esta gente, que Tamlin, habían esperado una vez que abrazara alegremente:

—Podemos hacer reajustes fácilmente.

El ojo de metal de Lucien se agitó y se estrechó en mi dirección, pero mantuve mi rostro impassible mientras dirigía una reverencia hacia ellos. A mi enemigo. ¿A cuál de mis amigos se enfrentarían ellos en la batalla?

¿Se habrían curado Cassian y Azriel lo suficiente para luchar, o para incluso levantar una espada? No me permití pensar en ello, en cómo Cassian había gritado cuando sus alas fueron despedazadas.

La princesa Brannagh me observó: el vestido de color rosa, el pelo que Alis había enroscado y trenzado sobre mi coronilla, las perlas rosa pálido en mis orejas.

Un paquete inofensivo y encantador, perfecto para que un Gran Señor montara cuando quisiera.

El labio de Brannagh se curvó mientras miraba a su hermano. El príncipe pensó lo mismo, a juzgar por su respuesta burlona.

Tamlin gruñó suavemente en advertencia:

—Si han terminado de mirarla, tal vez podamos pasar a nuestros negocios.

Jurian dejó escapar una baja risita y subió las escaleras sin recibir permiso para hacerlo.

—Tienen curiosidad. —Lucien se puso rígido ante lo impúdico del gesto, de las palabras—. No todos los siglos la posesión disputada de una mujer lleva a la guerra. Especialmente una mujer con tales...talentos.

Solo me giré sobre mis talones y subí las escaleras después de él.

—Quizás si te hubieras molestado en ir a la guerra al lado de Miryam, ella no te habría dejado por el Príncipe Drakon.

Una ondulación pareció recorrer a Jurian. Tamlin y Lucien se tensaron detrás de mí, divididos entre el monitoreo de nuestro intercambio y escoltar las dos realezas de Hiberno al interior de la casa. Por mi propia explicación de que Azriel y su red de espías estaban bien entrenados,

habíamos despedido a todos los sirvientes innecesarios, temerosos de ojos y oídos espías. Sólo se quedaron los de más confianza.

Por supuesto, había olvidado mencionar que sabía que Azriel había sacado sus espías hacía semanas, la información no valía el costo de sus vidas. O que servía a mis propios propósitos tener menos gente vigilándome.

Jurian se detuvo en lo alto de la escalera, su rostro era una máscara de muerte cruel mientras yo daba los últimos pasos hasta él.

—Cuidado con lo que dices, niña.

Sonreí, pasándole por delante.

—¿O qué? ¿Me echarás al Caldero?

Caminé a zancadas pasando la puerta delantera, bordeé la mesa en medio del vestíbulo de la entrada, su jarrón de flores arqueado para encontrarse con el candelabro de cristal.

Justo ahí, a solo unos metros de distancia, me había arrugado en una bola de terror y desesperación todos esos meses atrás. Justo ahí, en el centro del vestíbulo, Mor me había alzado y sacó de esta casa y me dejó en libertad.

—Aquí está la primera regla de esta visita —le dije a Jurian por encima de hombro mientras me dirigía hacia el comedor, donde el almuerzo esperaba—. No me amenaces en mi propia casa.

La postura, supe el momento después, había funcionado.

No con Jurian, quien frunció el ceño mientras reclamaba su asiento en la mesa.

Sino con Tamlin, quien pasó sus nudillos sobre mis mejillas al pasar, sin saber cuán cuidadosamente había elegido mis palabras, cómo había cebado a Jurian para que sirviera la oportunidad en bandeja.

Ese fue mi primer paso: hacer que Tamlin creyera, que creyera verdaderamente que yo lo amaba a él y a este lugar, y a todos en él.

De modo que no sospecharía cuando los volviera uno contra otros.



El Principie Dagdan cedió a todos los deseos y órdenes de su gemela. Como si él fuera la espada que utilizaba ella para cortar el mundo.

Él sirvió sus bebidas, olfateándolos primero. Seleccionó los mejores trozos de carne de los platos y los colocó cuidadosamente en el de ella. Siempre dejaba que ella respondiera, y nunca la miraba con dudas en sus ojos.

Un alma en dos cuerpos. Y por la forma en que se miraban mutuamente en intercambios sin palabras, me pregunté si quizás eran...como yo, a lo mejor. *Daematis*.

Mis escudos mentales habían sido un muro de negrura inflexible desde su llegada. Pero mientras cenábamos y los latidos del silencio se prolongaban más que la conversación, me encontré comprobándolos una y otra vez.

—Iremos al muro mañana —dijo Brannagh a Tamlin. Más una orden que una solicitud—. Jurian nos acompañará. Requerimos el uso de centinelas que sepan dónde están ubicadas las brechas.

El pensamiento de ellos tan cerca de las tierras humanas... Pero mis hermanas no estaban allí. No, mis hermanas estaban en el vasto territorio de mi corte, protegidas por mis amigos. Incluso si mi padre volvía a casa de sus negocios en el continente en cuestión de un mes o dos. Todavía no sabía cómo se lo diría.

—Lucien y yo podemos acompañarlos —ofrecí.

Tamlin giró su cabeza hacia mí. Esperé la negativa, la desaprobación.

Pero parecía que el Gran Señor realmente había aprendido su lección, estaba realmente dispuesto a intentarlo, y simplemente le hizo un gesto a Lucien.

—Mi emisario conoce el muro tan bien como cualquier centinela.

Estás permitiendo que ellos hagan esto; estás permitiendo de buen grado que derriben el muro y caigan sobre los humanos al otro lado. Las palabras se enredaron y silbaron en mi boca.

una CORTE ALAS RUINA

Pero me obligué a darle a Tamlin un lento, aunque un poco disgustado, asentimiento. Sabía que nunca me sentiría feliz—pues la chica que creía había recuperado siempre buscaría proteger su tierra mortal. Sin embargo, pensaba que yo lo soportaría, por él, por nosotros. Que Hiberno no se daría un festín con los humanos una vez que el muro cayera. Que simplemente los traeríamos a nuestro territorio.

—Nos iremos después del desayuno —le dije a la princesa. Y añadí para Tamlin—: También con unos centinelas.

Sus hombros se aflojaron ante eso. Me preguntaba si había oído cómo había defendido Velaris. Que había protegido el Arco Iris contra una legión de bestias como el Attor. Que había castigado al Attor brutal y cruelmente por lo que le había causado a los míos y a mí.

Jurian examinó a Lucien con la franqueza de un guerrero.

—Siempre me he preguntado quién hizo ese ojo después de que ella te lo sacara.

Nosotros no hablábamos de Amarantha aquí. Nunca habíamos permitido que su presencia entrara en esta casa. Y eso me ahogó durante los meses que viví aquí después de lo de Bajo la Montaña, me mató día a día por mostrar esos miedos y dolor en lo profundo.

Durante un latido de corazón, sopesé con quien había estado y con quien se suponía que ahora debía estar. Sanando lentamente—volviendo a emerger en la chica que Tamlin había alimentado, protegido y amado antes de que Amarantha me hubiera roto el cuello después de tres meses de tortura.

Por lo que me moví en mi asiento. Estudié la mesa.

Lucien se limitó a dirigirle a Jurian una dura mirada mientras los dos miembros de la realeza de Hiberno miraban con rostros impasibles.

—Tengo una vieja amiga en la Corte Amanecer. Tiene habilidad con el bricolaje—mezcla la magia y la maquinaria. Tamlin consiguió que lo hiciera para mí a un gran riesgo.

Jurian le dedicó una sonrisa odiosa.

—¿Tu compañera tiene una rival?

—Mi compañera no es asunto tuyo.

Jurian se encogió de hombros.

—Tampoco debería ser el tuyo, considerando que probablemente ya se la ha follado la mitad del ejercito Illiriano.

Estaba segura que solo siglos de entrenamiento evitó que Lucien saltara sobre la mesa para arrancarle a Jurian la garganta.

Pero fue el gruñido de Tamlin el que sacudió los cristales.

—Te comportarás como un adecuado huésped, Jurian, o dormirás en los establos como las otras bestias.

—Guardamos las alas de sus generales y señores como trofeos —dijo Dagdan con una pequeña sonrisa.

Tomó cada pedacito de concentración de mi parte no mirar a Tamlin. Para no exigir el paradero de los dos pares de alas que su padre había mantenido como trofeos después de haber asesinado a la madre y hermana de Rhysand.

Colocados en el estudio, había dicho Rhys.

Pero yo no había visto ningún rastro cuando fui en su búsqueda al regresar aquí, fingiendo que la exploración era por aburrimiento en un día lluvioso. Las bodegas tampoco habían concedido nada. Nada de armarios o cajas o habitaciones cerradas que contuvieran esas alas.

Los dos mordiscos de cordero asaco que me había obligado a comer ahora se rebelaban contra mí. Pero al menos cualquier indicio de disgusto sería una reacción justa a lo que el príncipe de Hyberno había reclamado.

Jurian me sonrió mientras cortaba su cordero en pedacitos.

—Sabes que combatimos juntos, ¿verdad? Tu Gran Señor y yo mantuvimos la línea contra la Lealistas, luchamos uno al lado del otro hasta que las nalgas llegaron hasta nuestras espinillas.

—Él no es su Gran Señor —dijo Tamlin con una suavidad inquietante.

Jurian solo me ronroneó:

—Él debe haberte dicho dónde escondió a Miryam y a Drakon.

—Están muertos —dije en un tono llano.

—El Caldero dice lo contrario.

Un frío miedo se instaló en mis entrañas. Ya lo había intentado: resucitar a Miryam él mismo. Y había descubierto que no estaba entre los fallecidos.

—Me dijeron que estaban muertos —volví a decir, tratando de sonar aburrida, impaciente. Tomé un bocado de mi cordero, tan soso comparado con la riqueza de especias en Velaris—. Creo que tienes mejores cosas que hacer, Jurian, que obsesionarte con la amante que te abandonó.

Sus ojos brillaron, relucientes con cinco siglos de locura mientras pinchaba un trozo de carne con su tenedor.

—Dicen que te estabas follando a Rhysand antes de que te deshicieras de tu propio amante.

—Es *suficiente* —gruñó Tamlin.

Pero entonces lo sentí. El golpecito en mi mente. Vi su plan, claro y simple: molestarnos, distraernos, mientras las dos realezas se deslizaban tranquilamente en nuestras mentes.

La mía estaba blindada. Pero la de Lucien...la de Tamlin...

Alcancé mi poder besado por la noche y lo lancé como una red. Y encontró dos presencias aceitosas lanzadas sobre las mentes de Lucien y Tamlin, como si fueran jabalinas siendo arrojadas por encima de la mesa.

Di un golpe. Dagdan y Brannagh se sacudieron en sus asientos como si les hubiera dado un golpe físico en lo que sus poderes se estrellaban contra una barrera de adamanti negra erigida alrededor de las mentes de Lucien y Tamlin.

Ambos lanzaron sus oscuros ojos hacia mí. Les sostuve sus miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamlin y me di cuenta de lo tranquilo que se había vuelto.

Hice una buena representación frunciendo mi frente con confusión.

—Nada —Le ofrecí una sonrisa dulce a los dos miembros de la realeza—. Sus altezas deben estar cansadas después de una larga jornada.

Y por si acaso, me lancé al interior de sus propias mentes y encontré una pared de hueso blanco. Ambos se estremecieron cuando arrastré unas garras negras en lo profundo de sus escudos mentales.

El golpe de advertencia me costó un bajo y pulsante dolor de cabeza que se formó alrededor de mis sienes. Pero simplemente hurgué en mi comida, ignorando el gruñido de Jurian.

Nadie habló durante el resto de la comida.

Capítulo 3

Traducido por AnamiletG

Los bosques primaverales se quedaron en silencio mientras cabalgábamos entre los brotes de árboles, los pájaros y las bestias peludas se habían refugiado mucho antes de que pasáramos.

No de mí, ni de Lucien, ni de los tres centinelas detrás a una distancia respetuosa. Sino de Jurian y de los dos comandantes de Hiberno que cabalgaban en el centro de nuestro grupo. Como si fueran tan horribles como el Bogge, como la naga.

Llegamos al muro sin incidentes o sin que Jurian tratar de distraernos. Había estado despierta la mayor parte de la noche, lanzando mi conciencia por la mansión, buscando cualquier señal de que Dagdan y Brannagh estuvieran trabajando su influencia daemati en otra persona. Afortunadamente, la habilidad de romper la maldición que había heredado del hechizo de Helion, Gran Señor de la Corte de Día, no había detectado enredos ni hechizos, excepto los de las guardas alrededor de la casa misma, impidiendo que alguien se tamizara dentro o fuera.

Tamlin había estado tenso en el desayuno, pero no me había pedido que me quedara. Incluso había ido tan lejos como para probarlo preguntándole qué estaba mal, a lo que él sólo había respondido que tenía un dolor de cabeza. Lucien le dio una palmadita en el hombro y prometió cuidarme. Casi me reí de las palabras.

Pero la risa ya estaba lejos de mis labios mientras la pared palpitaba y palpitaba, una presencia pesada y espantosa que se alzaba desde media milla de distancia. De cerca, sin embargo... Incluso nuestros caballos estaban asustados, lanzando sus cabezas y pisando fuertemente con sus pezuñas en la tierra musgosa mientras los atábamos a las ramas bajas de perribosques florecientes.

—La brecha en el muro está aquí —dijo Lucien, sonando tan emocionado como yo por estar en tal compañía. Dagdan y Brannagh se deslizaron paso a paso junto a él, mientras Jurian se movía para examinar el terreno y los centinelas permanecieron con nuestros caballos.

una CORTE ALAS RUINA

Seguí a Lucien y a la realeza, manteniendo una distancia casual por detrás. Sabía que mis ropas elegantes no engañaban al príncipe y a la princesa para hacerlos olvidar que una compañera daemati caminaba ahora a sus espaldas. Pero aún así había seleccionado cuidadosamente la chaqueta bordada de zafiro y los pantalones marrones, adornados sólo con el cuchillo y el cinturón de joyas que Lucien me había regalado una vez. Hace una vida.

— ¿Quién rompió el muro en este punto? —preguntó Brannagh, examinando el agujero que no podíamos ver—no, la pared en sí era completamente invisible—pero se sentía, como si el aire hubiera sido succionado desde un punto.

—No lo sabemos —respondió Lucien, mientras la moteada luz del sol brillaba a lo largo del hilo de oro que adornaba su chaqueta de color marrón mientras cruzaba los brazos—. Algunos de los agujeros sólo aparecieron a lo largo de los siglos. Ésta es apenas lo bastante ancha para que una persona pasar a través ella.

Los gemelos intercambiaron una mirada. Me acerqué por detrás de ellos, estudiando la brecha, el muro alrededor suyo hizo que cada instinto retrocediera ante su... *incorrección*. —Por aquí es por donde llegué...la primera vez.

Lucien asintió y los otros dos levantaron las cejas. Pero di un paso más cerca de Lucien, mi brazo casi rozando el suyo, dejándolo ser una barrera entre nosotros. Habían sido más cuidadosos en el desayuno esta mañana sobre presionar contra mis escudos mentales. Sin embargo ahora, dejando que creyeran que estaba físicamente intimidada por ellos... Brannagh estudió lo cerca que estaba Lucien de mí; cómo él también se movió un poco para protegerme.

Una pequeña y fría sonrisa curvó sus labios.

— ¿Cuántos agujeros hay en el muro?

—Hemos contado tres a lo largo de toda nuestra frontera —dijo Lucien firmemente—. Más uno al lado de la costa, a una milla de distancia.

No dejé que mi fresca máscara vacilara mientras ofrecía la información.

Pero Brannagh sacudió la cabeza, el cabello oscuro devorando la luz del sol.

—Las entradas al mar no sirven para nada. Necesitamos romperlo en la tierra.

—El continente seguramente también tiene puntos.

—Sus reinas tienen una percepción aún más débil de su gente que tú —dijo Dagdan. Agarre esa gema de información, la estudié.

—Te dejaremos explorarlo, entonces —dije, agitando una mano hacia el agujero—. Cuando hayas terminado, viajaremos al siguiente.

—Eso está a dos días de aquí —contestó Lucien.

—Entonces planificaremos un viaje para esa excursión —dije simplemente. Antes de que Lucien pudiera objetar, le pregunté:

—¿Y el tercer agujero?

Lucien tocó el suelo cubierto de musgo con su pie, pero dijo:

—Dos días después de eso.

Me volví hacia la realeza, arqueando una ceja.

—¿Pueden tamizarse los dos?

Brannagh se sonrojó, enderezándose. Pero fue Dagdan quien admitió:

—Yo puedo —Él debió haber tamizado a Brannagh y Jurian cuando llegaron. Y agregó—: A pocos kilómetros si cargo con otros.

Solo asentí y me dirigí a un enredo de perribosques encorvados y Lucien siguiendo muy de cerca. Cuando no había nada más que flores rojas y rutilante luz del sol a través del paja de ramas, cuando la realeza se hubo ocupado del muro, fuera de la vista y el sonido, me senté sobre la cima desnuda de una piedra lisa.

Lucien se sentó contra un árbol cercano, doblando un tobillo sobre otro.

—Sea lo que sea que estés planeando, nos hundirá en la mierda hasta las rodillas.

—No estoy planeando nada —Arranqué una flor rosa caída y la giré entre mi pulgar e índice.

Ese ojo de oro se estrechó, haciendo clic suavemente.

— ¿Siquiera ves algo con esa cosa?

El no respondió.

Tiré la flor sobre el suave musgo entre nosotros.

—¿No confías en mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Frunció el ceño ante la flor desechada, pero no dijo nada.

Me ocupé de revisar a través de mi bolsa hasta que encontré el contenedor de agua.

—Si hubieras estado vivo para la Guerra —le pregunté, tomando un trago—. ¿Habrías luchado de su lado? ¿O peleado por los humanos?

—Habría sido parte de la alianza entre humanos y Feéricos.

— ¿Incluso si tu padre no lo estaba?

—Sobre todo si mi padre no lo estaba.

Pero Beron había formado parte de esa alianza, si recordaba correctamente mis lecciones con Rhys todos esos meses atrás.

—Y, sin embargo, aquí estás, dispuesto a marchar con Hyberno.

—Yo también lo hice por ti, ¿sabes? —Las palabras fueron frías y duras—. Fui con él para recuperarte.

—Nunca me había dado cuenta de lo que puede hacer una poderosa culpabilidad motivadora.

—Ese día que tú... partiste —dijo él, esforzándose por evitar aquella otra palabra— *irse* —. Devolví en un latido a Tamlin a la mansión, recibí el mensaje cuando estábamos en la frontera y vinimos corriendo. Pero el único rastro de ti fue ese anillo derretido entre las piedras del salón. Me deshice de él un momento antes de que Tam llegara a casa para verlo.

Un sondeo, una declaración cuidadosa. De los hechos que no apuntaban hacia un secuestro.

—Me lo derretieron del dedo —mentí.

Su garganta se sacudió, pero él sólo sacudió la cabeza, la luz del sol que se filtraba por el dosel del bosque hizo que el resplandor en cabello parpadeara.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Por el susurro y el murmullo, la realeza estaba terminando, y me preparé, calculando las palabras que necesitaría manejar sin parecer sospechosa.

Dije en voz baja:

—Gracias. Por venir a Hiberno a buscarme.

Tiró del musgo a su lado con la mandíbula apretada.

—Fue una trampa. Lo que pensé que íbamos a hacer allí... no resultó de esa manera.

Fue un esfuerzo no desnudar mis dientes. Pero caminé hacia él, ocupando un lugar a su lado contra el ancho tronco del árbol.

—Esta situación es terrible —dije, y era la verdad.

Un bajo resoplido.

Golpeé mi rodilla contra la suya.

—No dejes que Jurian te cegué. Lo está haciendo para sentir cualquier debilidad entre nosotros.

—Lo sé.

Volví mi cara hacia él, apoyando mi rodilla contra la suya en silencio.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿*Por qué* Hiberno quiere hacer esto más allá del deseo horrible de conquista? ¿Qué lo impulsa a él, a su pueblo? ¿Odio? ¿Arrogancia?"

Lucien me miró finalmente, las intrincadas piezas y tallas del ojo de metal mucho más deslumbrantes de cerca.

— ¿Tu...

Brannagh y Dagdan brotaron de entre los arbustos, frunciendo el ceño al encontrarnos sentados allí.

Pero fue Jurian, justo a sus talones, como si hubiera estado divulgando los detalles de su estudio, quien sonrió al vernos, de rodilla con rodilla y casi nariz con nariz.

—Cuidado, Lucien —refunfuñó el guerrero—. Mira lo que ocurre con los varones que tocan las pertenencias del Gran Señor.

Lucien gruñó, pero le lancé una mirada de advertencia.

Punto probado dije silenciosamente.

Y, a pesar de Jurian, a pesar de despreciativa realeza, esa esquina de la boca de Lucien se alzó.



Ianthe estaba esperando en los establos cuando volvimos.

Había hecho su gran llegada al final del desayuno horas antes, entrando en el comedor cuando el sol brillaba sobre los árboles de un oro puro a través de las ventanas.

No tenía ninguna duda de que había planeado el momento, tal como había previsto la parada en medio de uno de esos rayos de sol angulados, por lo que su cabello brillaba y la joya sobre su cabeza quemaba con fuego azul. Habría titulado el cuadro *Modelo de piedad*.

Después de haber sido presentada brevemente por Tamlin, había arrullado todo sobre Jurian—quien sólo había fruncido el ceño como si un insecto estuviera zumbando en su oreja.

Dagdan y Brannagh habían escuchado su adulación con el suficiente aburrimiento que estaba empezando a preguntarme si tal vez los dos gozaban de la compañía de alguien, salvo la del uno y el otro. En cualquier calidad profana. Ni un parpadeo de interés por la belleza que a menudo hacía que los machos y las hembras se detuviera.

Quizás la pasión física de algún tipo también les había sido drenada, junto a sus almas.

Así que la familia real de Hiberno y Jurian habían tolerado a Ianthe durante aproximadamente un minuto antes de que encontraran su comida más interesante. Lo que sin duda explicaba por qué había decidido reunirse con nosotros aquí, esperando nuestro regreso mientras entrábamos.

Era mi primera vez en un caballo en meses, y estaba tan rígida que apenas podía moverme mientras el grupo desmontaba. Le di a Lucien una mirada sutil y suplicante, y él apenas ocultó su sonrisa mientras se acercaba a mí.

Nuestro disperso grupo observó cómo apoyaba sobre mi cintura en sus amplias manos y me levantaba fácilmente del caballo, nadie tan de cerca como Ianthe.

Sólo le di unas palmadas a Lucien en el hombro. Siempre el cortesano, se inclinó en respuesta.

A veces era difícil recordar odiarlo. Recordar el juego que ya estaba jugando.

—¿Un viaje exitoso, espero? —dijo Ianthe.

Lancé mi barbilla hacia la realeza. Parecían complacidos.

De hecho, lo que habían estado buscando lo habían encontrado agradable. No me había atrevido a hacer demasiadas preguntas. Aún no.

Ianthe inclinó la cabeza.

—Gracias al Caldero por eso.

—¿Qué quieres? —dijo Lucien con tono demasiado claro.

Ella frunció el ceño, pero levantó la barbilla, cruzando las manos ante ella mientras decía:

—Tendremos una fiesta en honor a nuestros invitados... y coincide con el Solsticio de Verano en unos días. Quería hablar con Feyre sobre eso —Esbozó una sonrisa hipócrita—. A menos que tengas una objeción.

—No la tiene —respondí antes de que Lucien pudiera decir algo que lamentaría—. Dame una hora para comer y cambiarme, y me encontraré contigo en el estudio.

Tal vez un matiz más asertivo de lo que había sido una vez, pero asintió de la misma manera. Conecté mi codo con el de Lucien y lo alejé.

—Nos vemos pronto —le dije a ella, y sentí su mirada en nosotros mientras salíamos caminando de los establos oscuros hacia la luz brillante del mediodía.

Su cuerpo estaba tenso, casi tembloroso.

— ¿Qué pasó entre ustedes? —siseé cuando nos perdimos entre los setos y caminos sobre grava del jardín.

—No vale la pena repetirlo.

—Cuando me... llevaron —me aventuré, casi tropezando con la palabra, casi diciendo cuando me fui—. ¿Ella y Tamlin...

No estaba fingiendo el dolor en mi intestino.

—No —dijo con voz ronca—. No. Cuando el Calanmai llegó, él se negó. Se negó rotundamente a participar. Lo reemplacé en el Rito, pero...

Lo había olvidado. Me olvide sobre Calanmai y el Rito. Hice una cuenta mental de los días.

No es de extrañar que lo hubiera olvidado. Había estado en esa cabaña en las montañas. Con Rhys enterrado en mi interior. Tal vez habíamos generado nuestra propia magia esa noche.

Pero Lucien...

— ¿Llevaste a Ianthé a esa cueva en Calanmai?

No me miraría.

—Ella insistió. Tamlin estaba... Las cosas estaban mal, Feyre. Yo fui en su lugar, e hice mi deber a la corte. Fui por mi propia voluntad. Y terminamos el rito.

No era de extrañar que ella lo hubiera rechazado. Había conseguido lo que quería.

—Por favor, no se lo digas a Elain —dijo—. Cuando nosotros... cuando la volvamos a encontrar —se corrigió.

Podría haber completado el Gran Rito con Ianthé por su propia voluntad, pero ciertamente no lo había disfrutado. Alguna línea había estado borrosa, malamente.

Y mi corazón se movió un poco en mi pecho cuando le dije sin ninguna astucia:

—No le diré a nadie a menos que tú lo digas —El peso de ese cuchillo y cinturón enojados parecía crecer. Ojalá hubiera estado allí para detenerlo. Debería haber estado allí para detenerlo.

Lucien apretó nuestros brazos unidos mientras rodeábamos un seto, la casa se alzaba ante nosotros.

—Eres como una mejor amiga para mí, Feyre —dijo en voz baja—, lo que nunca fui para ti.



Alis frunció el ceño ante los dos vestidos colgados de la puerta del armario, sus largos dedos marrones alisaban la gasa y la seda.

—No sé si se pueda sacar la cintura —dijo ella sin dar una mirada atrás, al lugar en el que yo estaba sentada en el borde de la cama—. Le quitamos tanto que no hay mucho tejido con el que jugar... Es muy posible que necesite pedir otras nuevas.

Ella me miró entonces, observando mi cuerpo vestido con una toga.

Sabía lo que veía: lo que las mentiras y las sonrisas envenenadas no podían ocultar: me había puesto tan delgada mientras había vivido aquí después de Amarantha. Aún así con todo lo que Rhys había hecho para dañarme, había recuperado el peso que había perdido, me había salido músculo y alejado la palidez enfermiza por una piel besada por el sol.

Para una mujer que había sido torturada y atormentada durante meses, me veía muy bien.

Nuestros ojos se cruzaron a través de la habitación, el silencio acallado sólo por el zumbido de los pocos criados restantes en el pasillo, ocupados con los preparativos para el solsticio de la mañana del día siguiente.

Había pasado los dos días pasados jugando a la bonita mascota, a la que dejaban estar en las reuniones con la realeza de Hiberno principalmente porque permanecía callada. Eran tan cautelosos como nosotros, protegiendo las preguntas de Tamlin y Lucien sobre los movimientos de sus ejércitos, sus aliados extranjeros y otros aliados dentro de Prythian.

Las reuniones no iban a ninguna parte, ya que todo lo que querían saber era información sobre nuestras propias fuerzas.

Y sobre la Corte Oscura.

Alimenté a Dagdan ya Brannagh con detalles tanto verdaderos como falsos, mezclándolos a la perfección. Descubrí al grupo Ilirio entre las montañas y estepas, pero elegí al clan más fuerte como el más débil; Mencioné la eficiencia de esas piedras azules de Hiberno contra el poder de Cassian y Azriel, pero no mencione la facilidad con la que habían trabajado a su alrededor. Cualquier pregunta que no podía eludir, fingía pérdida de memoria o un trauma demasiado grande como para recordar.

Pero a pesar de todas mis mentiras y maniobras, la realeza estaba demasiado cautelosa para revelar gran parte de su propia información. Y de todas mis cuidadosas expresiones, Alis parecía ser la única que notó el pequeño tic que ni siquiera yo podía controlar.

—¿Crees que hay vestidos que se ajusten para el solsticio? —dije casualmente mientras su silencio continuaba—. El rosado y el verde lucen bien en mí, pero ya los he usado tres veces.

—No te preocupes por esas cosas —dijo Alis, haciendo chasquear la lengua.

— ¿No se me permite cambiar de opinión?

Esos ojos oscuros se estrecharon un poco. Pero Alis abrió las puertas del armario, los vestidos se balancearon con ella y se movió a través de su oscuro interior.

—Podrías llevar esto —Levantó un atuendo.

Un juego de ropa turquesa de la Corte Oscura, cortada de manera similar a la moda preferida de Amren, colgaba de sus esporádicos dedos. Mi corazón se estremeció.

—Eso... por qué... —Las palabras salieron de mí, voluminosas y resbaladizas, y me silencié con un fuerte tirón en mi correa interior. Me enderecé—. Nunca te he visto ser cruel, Alis.

Un resoplido. Volvió a meter la ropa en el armario.

—Tamlin destrozó los otros dos conjuntos, olvido este porque estaba en el cajón equivocado.

Lance un hilo mental hacia el pasillo para asegurarme que nadie estuviera escuchando.

—Él estaba enojado. Ojalá hubiera destruido también ese.

—Estaba allí ese día, ¿sabes? —dijo Alis, cruzando los brazos sobre su pecho—. Vi llegar la Morrigan. Llego hasta ti dentro ese capullo de poder y te recogió como una niña. Le suplicaste que te llevara.

Mi estremecimiento no fue fingido.

—Nunca se lo conté. Nunca se lo dije a ninguno de ellos. Dejé que creyeran que habías sido secuestrada. Pero te aferraste a ella, y ella estaba dispuesta a matarnos a todos por lo que había sucedido.

—No sé por qué asumirías eso —Tiré de los bordes de mi túnica de seda más apretado a mí alrededor.

—Los sirvientes hablan. Y Bajo la Montaña, nunca había oído hablar o visto que Rhysand ponerle la mano encima a un criado. Guardias, los compinches de Amarantha, la gente a la que le ordenaban matar, sí. Pero nunca los mansos. Nunca aquellos incapaces de defenderse.

—Es un monstruo

—Dicen que volviste diferente. Que regresaste mal —Soltó una risa de cuervo—. Nunca me molesté en decirles que creo que volviste bien. Al final regresaste.

Un precipicio se abrió ante mí. Líneas: había líneas aquí, y mi supervivencia y la de Prythian dependían de navegar por ellas. Me levanté de la cama, con las manos temblando ligeramente.

Pero entonces Alis dijo:

—Mi primo trabaja en el palacio de Adriata.

Corte Verano. Alis había sido originalmente de la Corte Verano, y había huido aquí con sus dos sobrinos después de que su hermana había sido brutalmente asesinada durante el reinado de Amarantha.

—Los siervos en ese palacio no están destinados a ser vistos u oídos, pero ven y oyen mucho cuando nadie cree que están presentes.

Ella era mi amiga. Ella me había ayudado a un gran riesgo Bajo la Montaña. Había estado a mi lado en los meses posteriores. Pero si ella ponía en peligro todo...

—Dijeron que los habías visitado. Y que estabas sana, y riendo, y feliz.

—Fue una mentira. Él me hizo actuar de esa manera. —El bamboleo en mi voz no tomó mucho para convocar una sonrisa conocedora y torcida.

—Si tú lo dices.

—Lo digo.

Alis sacó un vestido de blanco cremoso.

—Nunca llegaste a usar este. Lo pedí para después del día de tu boda.

No era exactamente como un vestido de novia, sino puro. Limpio. El tipo de vestido que me habría molestado cuando volví de Bajo la Montaña, desesperada por evitar cualquier comparación con mi alma arruinada. Pero ahora...

Contuve la mirada de Alis, y me pregunté cuáles de mis planes había descifrado.

Alis murmuró:

—Sólo diré esto una vez. Sea lo que sea que estés planeando hacer, te ruego que dejes a mis niños fuera de esto. Imparte el castigo que desees, pero por favor, perdónalos.

Yo nunca... casi empecé. Pero solo sacudí la cabeza, anudando las cejas, completamente confundida y angustiada.

—Todo lo que quiero es volver a vivir aquí. Sanar.

Sanar la tierra de la corrupción y la oscuridad que se extendía a través de ella.

Alis también pareció entenderlo. Colocó el vestido en la puerta del armario, sacudiendo las faldas sueltas y brillantes.

—Lleva esto en el solsticio —ella dijo en voz baja.

Así lo hice.

Capítulo 4

Traducido por AnamiletG

Feyre

El Solsticio de Verano era exactamente como lo había recordado: flámulas, cintas y guirnaldas de flores por todas partes, barriles de cerveza y vino transportados a las estribaciones que rodeaban la finca, los Altos Fae y las hadas menores acudiendo a las celebraciones.

Pero lo que no había existido aquí hace un año era Ianthe.

La celebración sería un sacrilegio, ella entonó, si no dábamos las gracias primero.

Así que todos estuvimos despiertos dos horas antes del alba, con los ojos borrosos y ninguno de nosotros demasiado ansioso por soportar la ceremonia cuando el sol coronara el horizonte en el día más largo del año. Me preguntaba si Tarquin debía llevar a cabo tales tediosos rituales en su brillante palacio junto al mar. Me preguntaba qué clase de celebraciones ocurriría en Adriata el día de hoy, con el Gran Señor del verano que había llegado tan cerca de ser un amigo.

Por lo que yo sabía, salvo por los murmullos entre los sirvientes, Tarquin todavía no había dicho a Tamlin sobre la visita que Rhys, Amren, y yo habíamos hecho. ¿Qué pensaba ahora el señor de verano de mi cambio de circunstancias? No tuve duda de que Tarquin ya lo había oído. Y rezaba para que se quedara fuera de ello hasta que terminara mi trabajo.

Alis me había encontrado una lujosa capa de terciopelo blanco para el rápido paseo por las colinas, y Tamlin me había llevado a una yegua pálida con flores silvestres entretejidas en su melena plateada. Si hubiera querido pintar una imagen de serena pureza, habría sido la imagen que emitía esa mañana, mi pelo trenzado encima de mi cabeza, una corona de espino blanco floreciendo sobre ella. Había rociado en las mejillas y los

una CORTE de ALAS y RUINA

labios, un leve toque de color. Como el primer rubor de la primavera en un paisaje invernal.

Cuando nuestra procesión llegó a la colina, una multitud reunida de cientos ya encima de ella, todos los ojos se volvieron hacia mí. Pero mantuve mi mirada hacia delante, donde Ianthe se encontraba ante un rudimentario altar de piedra adornado con flores y las primeras frutas y granos de verano. La capucha de su túnica azul pálido, por una vez, el anillo de plata ahora descansaba directamente encima de su cabeza de oro.

Le sonreí, con mi yegua deteniéndose obedientemente en el arco norte del semicírculo que la multitud había formado alrededor de la orilla de la colina y el altar de Ianthe, y me pregunté si Ianthe podía vislumbrar el lobo que sonreía debajo.

Tamlin me ayudó a salir del caballo, la luz gris del amanecer brillaba a lo largo de los hilos dorados de su chaqueta verde. Me obligué a mirarle a los ojos mientras me ponía sobre la suave hierba, consciente de cada otra mirada fija en nosotros.

El recuerdo brillaba en su mirada, en la forma en que su mirada se hundía en mi boca.

Hace un año me había besado en este día. Hace un año, yo había bailado entre estas personas, despreocupada y alegre por primera vez en mi vida, y había creído que era lo más feliz que había sido y que jamás sería.

Le di una pequeña y tímida sonrisa y cogí el brazo que él extendió. Juntos, cruzamos la hierba hacia el altar de piedra de Ianthe, la realeza de Hiberno, Jurian y Lucien detrás.

Me pregunté si Tamlin también recordaba otro día todos esos meses, cuando llevaba un vestido blanco distinto, cuando también había flores diseminadas.

Cuando mi compañero me había rescatado después de que había decidido no seguir con la boda, una parte fundamental de mí había sabido que no estaba bien. Había creído que no lo merecía, no había querido cargar a Tamlin por una eternidad con alguien tan roto como lo había estado yo en ese momento. Y Rhys... Rhys me habría dejado casarme con él, creyéndome feliz, queriendo ser feliz incluso si eso lo mataba.

Pero en el momento en que le había dicho que no... Me había salvado. Me ayudó a salvarme a mí misma.

Miré de reojo a Tamlin.

Pero él estaba estudiando mi mano, apoyada en su brazo. El dedo vacío donde había posado aquel anillo una vez.

¿Qué pensaba de él? ¿Dónde pensaba que se había ido el anillo, si Lucien había ocultado la evidencia?

Por un instante, me compadecí de él.

Lamentaba que no solo Lucien le hubiera mentido, sino también Alis. ¿Cuántos otros habían visto la verdad de mi sufrimiento y trataron de evitárselo a *él*?

Visto mi sufrimiento y no hicieron nada para ayudarme a *mí*.

Tamlin y yo nos detuvimos ante el altar e Ianthe nos ofreció un sereno y regio asentimiento.

Los miembros de la realeza de Hiberno se movieron de pie, sin molestarse en esconder su impaciencia. Brannagh había hecho pocas quejas veladas sobre el solsticio en la cena de anoche, declarando que en Hiberno no se molestaban con cosas tan odiosas y e iban a la fiesta. E implicando, a su manera, que nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Ignoré a la realeza cuando Ianthe levantó sus manos y gritó a la multitud detrás de nosotros:

—Un bendito solsticio para todos.

Entonces comenzó una interminable serie de oraciones y rituales, sus más bonitos jóvenes acólitos ayudando con el vertido de vino sagrado, con la bendición de los productos de la cosecha en el altar, con suplicar al sol para que se levantara. Lucien estaba medio dormido detrás de mí.

Pero yo había pasado la ceremonia con Ianthe, y sabía lo que estaba por venir cuando ella levantó el vino sagrado y entonó:

—Como la luz más fuerte del día de hoy, permite que expulse la oscuridad no deseada. Deja que baje la negra mancha del mal.

Golpe tras golpe a mi compañero, mi casa. Pero asentí con ella.

una CORTE ALAS y RUINA

— ¿La Princesa Brannagh y el Príncipe Dagdan nos harían el honor de beber este vino bendito?

La multitud se movió. La realeza de Hiberno parpadeó, frunciendo el ceño el uno al otro.

Pero me aparté a un lado, sonriéndole amablemente y señalando al altar.

Abrieron la boca, sin duda para negarse, pero Ianthe recibiría una negativa.

—Bebed, y dejad que nuestros nuevos aliados se conviertan en nuevos amigos —declaró—. Bebed y lavad la noche interminable del año.

Los dos daemati probablemente probaron que esa taza no tuviera veneno con cualquier magia y entrenamiento que poseían, pero guardé la sonrisa suave en mi cara cuando finalmente se acercaron al altar y Brannagh aceptó la copa de plata extendida.

Cada uno apenas tomo un sorbo antes de que retrocedieran. Pero Ianthe arrullo hacia ellos, insistiendo que fueran detrás del altar para atestiguar nuestra ceremonia, a su lado.

Me había asegurado de que ella sabía exactamente lo disgustados que estaban con sus rituales. Cómo harían todo lo posible para aprovechar su utilidad como líder de su pueblo una vez que llegaran. Ahora parecía inclinada a convertirlos.

Más oraciones y rituales, hasta que Tamlin fue convocado al otro lado del altar para encender una vela para las almas extinguidas en el año pasado, para volverlas a traer al abrazo de la luz cuando el sol salía.

El rosa comenzó a manchar las nubes detrás de ellos.

Jurian también fue llamado a recitar una oración final que Ianthe había pedido añadir, en honor de los guerreros que luchaban por nuestra seguridad cada día.

Y entonces Lucien y yo estábamos solos en el círculo de hierba, el altar y el horizonte ante nosotros, la multitud a nuestras espaldas y lados.

Por la rigidez de su postura, el dardo de su mirada sobre el sitio, supe que ahora estaba corriendo a través de las oraciones y cómo había

trabajado con Ianthe en la ceremonia. Como él y yo permanecimos en este lado de la línea justo cuando el sol estaba a punto de romper el mundo, y los otros habían sido maniobrados.

Ianthe caminó hacia el borde de la colina, su cabello dorado cayó libremente por su espalda mientras levantaba sus brazos al cielo. La ubicación era intencional, así como el posicionamiento de sus brazos.

Ella había hecho el mismo gesto en el Solsticio de Invierno, de pie en el preciso lugar donde el sol se levantaba entre sus brazos levantados, llenándolos de luz. Sus acólitos habían marcado discretamente el lugar en la hierba con una piedra tallada.

Poco a poco, el disco dorado del sol rompió los verdes y azules brumosos del horizonte.

La luz llenó el mundo, claro y fuerte, lanzándose directo hacia nosotros.

La espalda de Ianthe se arqueó, su cuerpo era un simple recipiente para que la luz del solsticio la llenara, y lo que yo podía ver de su rostro estaba ya amontonado en piadoso éxtasis.

El sol se levantó, una nota dorada y más dorada sobre la tierra.

La multitud comenzó a murmurar.

Entonces gritó.

No por Ianthe.

Sino por mí.

A mí, resplandeciente y puro blanco, empecé a brillar con la luz del día mientras el camino del sol fluía directamente sobre mí.

Nadie se había molestado en confirmar, ni siquiera notar que la piedra del marcador de Ianthe se había movido cinco pies a la derecha, demasiados ocupados con mi llegada en el desfile para notar que un viento fantasmal lo desliza a través de la hierba.

Ianthe tardó más que nadie en mirar.

Volviéndose para ver que el poder del sol no la llenaba, bendiciéndola.

de ALAS

una CORTE y RUINA

Solté el amortiguador del poder que había desatado en Hiberno, mi cuerpo se volvió incandescente mientras la luz brillaba. Puro como el día, puro como la luz de las estrellas.

—Rompemaldiciones —murmuraron algunos—. Bendita— susurraron otros.

Hice una demostración de parecer sorprendida, sorprendida y sin embargo aceptando la elección del Caldero.

El rostro de Tamlin estaba tenso por la sorpresa, la realeza de Hiberno nada menos que desconcertada.

Pero me volví hacia Lucien, mi luz irradiando tan intensamente que rebotó en su ojo metálico. Un amigo suplicando a otro por ayuda. Acerqué una mano hacia él.

Más allá de nosotros, podía sentir Ianthe intentando recuperar el control, de encontrar alguna manera de invertirlo.

Quizás Lucien también podría. Porque él tomó mi mano, y luego se arrodilló sobre una rodilla en la hierba, presionando mis dedos en su frente.

Como tallos de trigo en un viento, los otros cayeron de rodillas también.

Porque en todas sus ceremonias y rituales, nunca Ianthe reveló ninguna señal de poder o bendición. Pero Feyre rompemaldiciones, que había sacado a Prythian de la tiranía y la oscuridad...

Bendita. Santa. Desnuda ante el mal.

Dejé que mi brillo se extendiera, hasta que, también, onduló sobre la forma inclinada de Lucien.

Un caballero ante su reina.

Cuando miré a Ianthe y sonreí de nuevo, dejé que un poco del lobo se mostrarse.



Las festividades, al menos, seguían siendo las mismas.

Una vez que el alboroto y el temor habían disminuido, una vez que mi propio resplandor se había desvanecido cuando el sol ascendía más alto que mi cabeza, nos dirigimos a las colinas y campos cercanos, donde aquellos que no habían asistido a la ceremonia ya habían oído hablar de mi pequeño milagro.

Me mantuve cerca de Lucien, quien estaba inclinado a complacerme, ya que todo el mundo parecía estar dividido entre la alegría y el temor, la pregunta y la preocupación.

Ianthe pasó las siguientes seis horas tratando de explicar lo que había sucedido. El Caldero había bendecido a su amiga elegida, le dijo a quien quisiera escuchar. El sol había cambiado su propio camino para mostrar lo feliz que estaba por mi regreso.

Sólo sus acólitos realmente prestaron atención, y la mitad de ellos sólo parecían estar ligeramente interesados.

Tamlin, sin embargo, parecía el más desenfrenado, como si la bendición le hubiera molestado de alguna manera, como si recordara esa misma luz en Hiberno y no pudiera entender por qué lo perturbaba así.

Pero el deber le hacía dar gracias y buenos deseos a sus súbditos, guerreros y señores menores, dejándome libre para vagar. Fue detenida de vez en cuando por hadas fervientes y adoradoras que querían tocar mi mano, llorar un poco por mí.

Una vez, me habría encogido y estremecido. Ahora recibí sus agradecimientos y oraciones beatíficamente, agradeciéndoles, sonriéndoles.

Algunas de ellas eran genuinas. No tenía ninguna disputa con la gente de estas tierras, que había sufrido junto con el resto. Ninguna. Pero los cortesanos y los centinelas que me buscaron... Les hice un espectáculo mejor. Bendecida por el Caldero, me llamaban. *Un honor*, respondí simplemente.

Una y otra vez repetí esas palabras, durante el desayuno y el almuerzo, hasta que regresé a la casa para refrescarme y tomar un momento para mí.

En la intimidad de mi habitación, puse mi corona de flores en el tocador y sonreí un poco al ojo tatuado en mi palma derecha.

El día más largo del año, dije por el enlace, enviando a lo largo de parpadeos todo lo que había ocurrido en lo alto de esa colina. *Ojalá pudiera pasarlo contigo.*

Habría disfrutado de mi actuación... se habría reído después de la expresión de Ianthe.

Terminé de lavar la vajilla y estaba a punto de regresar a las colinas cuando la voz de Rhysand llenó mi mente.

Sería un honor, dijo, riéndose en cada palabra, *pasar un momento en compañía de Feyre, la bendecida por el Caldero.*

Me reí. Las palabras eran distantes, tensas. Hazlo rápido: tenía que hacerlo rápido o exponerme al riesgo. Y más que nada, necesitaba preguntar, saber...

¿Están todos bien?

Esperé, contando los minutos. *Sí. Tan bien como podemos estar. ¿Cuándo vuelves a casa conmigo?*

Cada palabra era más tranquila que la anterior.

Pronto, le prometí. *Hiberno está aquí. Pronto lo haré.*

No respondió, y esperé unos minutos antes de volver a ponerme mi corona de flores y bajar las escaleras.

Cuando salí al jardín, la voz débil de Rhysand me llenó la cabeza una vez más. *Ojalá pudiera estar hoy contigo también.*

Las palabras me rodearon el corazón con un puño y las obligué a salir de mi mente cuando volví a la fiesta en las colinas, mis pasos más pesados de lo que habían sido cuando entré en la casa.

Pero el almuerzo había sido recogido y el baile había comenzado.

Lo vi esperando en las afueras de uno de los círculos, observando cada movimiento que hacía.

Eché un vistazo entre la hierba y la multitud y el grupo de músicos que tocaba una música tan viva de tambores, violines y pipas mientras me acercaba, no más que una cierva tímida y vacilante.

Una vez, esos mismos sonidos me habían sacudido, me habían hecho bailar y bailar. Supuse que ahora eran poco más que armas en mi arsenal cuando me detuve ante Tamlin, bajé las pestañas y le pregunté suavemente:

—¿Quieres bailar conmigo?

Alivio, felicidad, y un ligero límite de preocupación.

—Sí —, respiró—. Por supuesto que sí.

Así que dejé que me llevara a la danza rápida, girándome e inclinándome, la gente reuniéndose para aplaudir y aplaudir. Baile tras baile, tras baile, hasta que el sudor corría por mi espalda mientras trabajaba para mantenerme, mantener esa sonrisa en mi cara, recordar reír cuando mis manos estaban a una distancia de estrangular su garganta.

La música cambió eventualmente a algo más lento, y Tamlin nos facilitó en la melodía. Cuando otros habían encontrado a sus propios compañeros más interesantes de ver, murmuró:

—Lo de esta mañana... ¿Estás bien?

Mi cabeza se alzó.

—Sí. N-no sé qué fue eso, pero sí. ¿Está Ianthe...enfadada?

—No lo sé. No lo vió venir... no creo que tome muy bien las sorpresas.

—Debería disculparme.

Sus ojos brillaron.

—¿Por qué? Tal vez fue una bendición. La magia todavía me sorprende. Si está enojada, es su problema.

Pretendí considerarlo, después asentí con la cabeza. Me acerqué más a él, odiando cada lugar donde nuestros cuerpos se tocaban. No sabía cómo lo había soportado Rhys con Amarantha. Durante cinco décadas.

—Te ves hermosa hoy —dijo Tamlin.

—Gracias —Me obligué a mirar su rostro—. Lucien... Lucien me dijo que no terminaste el rito en Calanmai. Que te negaste.

Y dejaste que Ianthe lo llevara a esa cueva.

Su garganta se sacudió.

—No podía soportarlo.

Y, sin embargo, podía soportar hacer un trato con Hiberno como si yo fuera un objeto robado que recuperar.

—Tal vez lo de esta mañana no fue sólo una bendición para mí —le ofrecí.

Un golpe de su mano en mi espalda fue su única respuesta.

Eso fue todo lo que dijimos en los siguientes tres bailes, hasta que el hambre me arrastró hacia las mesas donde ya habían preparado la cena. Le dejé llenar un plato para mí, deje que me sirviera cuando encontramos un lugar bajo un viejo roble retorcido y observé el baile y escuché la música.

Casi pregunté si valía la pena, si renunciar a este tipo de paz valía la pena, para tenerme de vuelta. Porque Hiberno vendría aquí, usaría estas tierras. Y no habría más canto ni baile. No una vez que llegaran.

Pero me quedé callada cuando la luz del sol se desvaneció y la noche finalmente cayó.

Las estrellas parpadeaban en la existencia, oscuras y pequeñas por encima de los ardientes fuegos.

Los observé durante las largas horas de celebración, y podría haber jurado que me hicieron compañía, mis silenciosos y firmes amigos.

Capítulo 5

Traducido por Mais

Volví a la mansión dos horas después de la medianoche, demasiado exhausta para aguantar hasta el amanecer. Especialmente cuando noté la forma en que Tamlin me miraba, recordando ese amanecer el año pasado cuando me había atraído y me había besado mientras el sol salía.

Le pedí a Lucien que me escoltara, y había estado más que feliz de hacerlo, dado que su propio estatus como hombre emparejado lo hacía estar desinteresado por cualquier compañía femenina en estos días. Y dado también que Ianthe había estado tratando de arrinconarlo todo el día para preguntarle lo que había sucedido en la ceremonia.

Me vestí con mi camisón, una cosa pequeña de encaje que una vez había usado para el disfrute de Tamlin y agradecía poder usar algo tan ligero como esto después del sudor del día que se pegaba a mi piel, y caí en la cama.

Durante casi una media hora, pateé las sábanas, di vueltas y giré sobre la cama.

El Attor. La Tejedora. Mis hermanas siendo lanzadas al Caldero. Todas ellas entrelazadas y dando vueltas a mi alrededor. Les dejé hacerlo.

La mayoría de los otros todavía estaban celebrando cuando grité, un grito ronco y corto que me hizo rebotar y salir de la cama.

Mi corazón golpeaba contra mis venas, mis huesos, mientras abría la puerta un poco, sudada y demacrada. Caminé sin hacer ruido a través del pasillo.

Lucien respondió al segundo toque.

—Te escuché... ¿qué sucede? —Me escudriñó con unos abiertos rojizos ojos mientras notaba mi cabello desordenado y mi sudoroso camisón.

una CORTE de ALAS y RUINA

Tragué saliva, una pregunta silenciosa en mi rostro, y él asintió con la cabeza, retrocediendo hacia la habitación para dejarme pasar. Desnudo de la cintura para arriba, logró colocarse un par de pantalones antes de abrir la puerta, y rápidamente se lo abotonó mientras yo entraba.

Su habitación había sido adornada con los colores de la Corte de Otoño—el único tributo a su casa que había dejado mostrar—y observé el oscuro espacio, las sábanas arrugadas. Se apoyó contra el brazo enrollado de una gran silla ante el fuego ennegrecido y me observó mientras retorcí mis manos de pie en el centro de la alfombra carmesí.

—Sueño con ello —dije con voz ronca—. Bajo la Montaña. Y cuando me despierto, no puedo recordar dónde estoy. —Alcé mi brazo izquierdo sin marcas ante mí—. No puedo recordar *en qué tiempo* estoy.

Verdad... y media mentira. Todavía soñaba con esos horribles días, pero ya no me consumían. Ya no corría al baño en mitad de la noche vomitar hasta las tripas.

—¿Con qué soñaste esta noche? —preguntó silenciosamente.

Llevé mis ojos hacia los de él, embrujados y sombríos.

—Ella me tenía clavada contra la pared. Como a Clare Beddor. Y el Attor estaba...

Me estremecí, pasándome las manos por mi rostro.

Lucien se levantó y caminó hacia mí. El retumbo de miedo y dolor ante mis propias palabras enmascaró lo suficiente mi olor, enmascaró mi propio poder mientras mis lazos oscuros recogían una ligera vibración en la casa.

Lucien se detuvo a medio paso de distancia. No objetó cuando lancé mis brazos alrededor de su cuello, enterrando mi rostro contra su cálido y desnudo pecho. Fue el agua de mar del propio don de Tarquin el que se deslizó por mis ojos, por mi rostro y hacia su piel dorada.

Lucien soltó un ligero suspiro y deslizó un brazo alrededor de mi cintura, y el otro se ensartó en mi cabello para acariciar mi cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento.

Me sostuvo, acariciando líneas tranquilizadoras a través de mi espalda, y calmé mi llanto, aquellas lágrimas de agua de mar secándose como tierra mojada bajo el sol.

Finalmente levanté mi cabeza de su esculpido pecho, mis dedos estaban enterrados en los músculos duros de sus hombros mientras miraba hacia su preocupado rostro. Tomé respiraciones profundas y pesadas, mis cejas se juntaron y mi boca se dividió al mismo tiempo que yo...

— ¿Qué está pasando?

Lucien volvió su cabeza hacia la puerta.

Tamlin estaba allí, su rostro era una máscara de fría calma. El inicio de unas garras se asomaba en sus nudillos.

Nos apartamos, demasiado rápido para ser casual.

—Tuve una pesadilla —expliqué, enderezando mi camisón—. Yo... yo no quería despertar a los demás.

Tamlin solo se quedó mirando fijamente a Lucien, cuya boca se había apretado en una delgada línea mientras miraba aquellas garras, aún a medio de camino.

—Tuve una pesadilla —repetí un poco más bruscamente, agarrando el brazo de Tamlin y sacándolo de la habitación antes de que Lucien pudiera abrir su boca.

Cerré la puerta, pero todavía podía sentir la atención de Tamlin fijada en el hombre detrás de ella. Él no guardó sus garras. Tampoco hizo que salieran.

Caminé los pocos pasos hacia mi habitación, observando a Tamlin mirar el pasillo. La distancia entre mi puerta y la de Lucien.

—Buenas noches —dije, y cerré la puerta en la cara de Tamlin.

Esperé los cinco minutos que le tomó a Tamlin decidir no matar a Lucien, y luego sonreí.

Me pregunté si Lucien lo habría entendido. Que yo había sabido que Tamlin vendría a mi habitación esta noche, después de haberle dado tantos toques tímidos y miradas. Que me había puesto mi camisón más

indecente y no por el calor, sino porque cuando mis lazos invisibles en la casa me informaron de que Tamlin se había animado finalmente a venir a mi habitación, yo había hecho toda la escena.

Una pesadilla fingida, la evidencia puesta en el lugar con mis sábanas deshechas. Había dejado la puerta de Lucien abierta, con él demasiado distraído y sin sospechar de por qué realmente no me había molestado en cerrarla, o notar el escudo de aire duro que había colocado alrededor de la habitación así no escucharía u olería el aroma de Tamlin cuando llegara.

Hasta que Tamlin nos vio allí, a nuestros cuerpos entrelazados, mi camisón arrugado, mirándonos tan intensamente, tan llenos de *emoción* que o bien habíamos estado mirándonos o terminando algo. Que ni siquiera notamos a Tamlin hasta que estuvo allí—y ese escudo invisible se había desvanecido antes de que él pudiera notarlo.

Una pesadilla, le había dicho a Tamlin.

Yo era la pesadilla.

Engañando con lo que Tamlin había temido desde mis primeros días aquí.

No me había olvidado de esa pelea de hace tanto tiempo, aquella que él había tenido contra Lucien. La amenaza que le había dado para que dejara de coquetear conmigo. Para que se mantuviera alejado. El miedo de que yo prefiriese al señor de cabello rojizo antes que a él y que ello amenazara cualquier plan que tuviera. *Aléjate*, le había dicho a Lucien.

No tenía duda de que ahora Tamlin estaba pensando en cada mirada y conversación desde entonces. Cada vez que Lucien había intervenido en mi nombre, tanto Bajo la Montaña como después. Midiendo qué cuánto ese nuevo vínculo de pareja con Elain había dominado a su amigo.

Considerando cómo esta misma mañana Lucien se había arrodillado ante mí, jurando lealtad a una diosa recién nacida, como si ambos hubiésemos sido bendecidos por el Caldero.

Me permití sonreír un poco más, luego me vestí.

Había más trabajo por hacer.

Capítulo 6

Traducido por Mais

Se habían perdido un conjunto de llaves de las rejas de la mansión.

Pero después del incidente de anoche, Tamlin no pareció tomarle importancia.

El desayuno fue silencioso, la realeza de Hiberno ceñudos por haber estado esperando tanto para poder ver la segunda grieta en el muro, y Jurian, por una vez, demasiado cansado para hacer algo más que meter carne y huevos en su odiosa boca.

Tamlin y Lucien, parecía que habían hablado antes del desayuno, pero éste último hizo un punto de mantener una distancia saludable de mí. De no mirarme o hablarme, como si todavía necesitara convencer a Tamlin de nuestra inocencia.

Me debatí sobre preguntar a Jurian francamente si le había robado las llaves a algún guardia que las hubiera perdido, pero el silencio fue un indulto bienvenido.

Hasta que Ianthe ingresó, saludándome cuidadosamente, como si de hecho, yo fuera el sol cegador que le habían robado.

—Siento interrumpir la comida, pero hay una cuestión que discutir, Gran Señor —dijo Ianthe, y los mantos pálidos dieron vueltas a sus pies cuando se detuvo a medio camino de la mesa.

Todos levantamos la mirada ante eso.

Tamlin, molesto e irritado, demandó:

— ¿De qué se trata?

Ella hizo un espectáculo de darse cuenta de que la realeza de Hiberno estaba presente. Escuchando. Traté de no resoplar ante la mirada

una CORTE de ALAS y RUINA

de oh-tan-nerviosa que lanzó en su dirección, luego hacia Tamlin. Las siguientes palabras no fueron ninguna sorpresa.

—Tal vez deberíamos esperar hasta después de la comida. Cuando estés a solas.

Sin duda una jugada poderosa, recordarles que ella, de hecho, tenía influencia aquí... con Tamlin. Que también Hiberno debería querer permanecer de su lado, considerando la *información* que ella cargaba. Pero yo fui lo suficientemente cruel para decir dulcemente:

—Si podemos confiar en nuestros aliados de Hiberno para que vayan a la guerra con nosotros, entonces podemos confiar en que serán discretos. Prosigue, Ianthe.

Ella no miró demasiado en mi dirección. Pero ahora estaba atrapada entre insulto total o respeto. Tamlin midió nuestra compañía en contra de la postura de Ianthe y dijo:

—Escuchémoslo.

Su garganta blanca se agitó.

—Hay... mis acólitos han descubierto que la tierra alrededor de mi templo está... muriendo.

Jurian puso los ojos en blanco y volvió a su tocino.

—Entonces habla con los jardineros —dijo Brannagh, regresando a su propia comida. Dagdan sonrió con propia taza de té en la boca.

—No es una cuestión de jardinería. —Ianthe se tensó—. Es una plaga en la tierra. Hierba, raíz, brote... todo, arrugado y enfermo. Apesta a Naga.

Fue un esfuerzo no mirar a Lucien, ver si también había notado el muy ansioso brillo en sus ojos. Incluso Tamlin soltó un suspiro, como si lo viera por lo que era: un intento de ganar algo de tierra, tal vez una confabulación para envenenar la tierra y luego curarla milagrosamente.

—Hay otros espacios en el bosque donde las cosas han muerto y no volverán —continuó Ianthe, presionando una mano adornada de plata contra su pecho—. Me temo que es una advertencia de que las Nagas se están juntando... y planean atacar.

Oh, me había metido dentro de su piel. Me había estado preguntando qué haría después del solsticio de ayer, después de haberle robado su momento y poder. Pero esto... que audaz.

Escondí mi sonrisa en lo profundo de mí y dije gentilmente:

—Ianthé, tal vez sea un caso para los jardineros.

Ella se tensó, y al final me miró. *Crees que estás participando en el juego, quería decirle, pero no tienes ni idea de que cada elección que hiciste anoche y esta mañana solo son pasos a los que yo te he llevado.*

Levanté mi mentón hacia la realeza, luego a Lucien.

—Esta tarde iremos fuera para observar el muro, pero si el problema persiste cuando regresemos en unos cuantos días, te ayudaré a mirarlo.

Aquellos dedos con anillos de plata se curvaron en puños sueltos a sus lados. Pero como la verdadera víbora que era, Ianthe le dijo a Tamlin:

— ¿Te unirás a ellos, Gran Señor?

Ella me miró a mí y a Lucien, la mirada demasiado larga para ser casual.

Ya empezaba a formarse un pequeño dolor de cabeza, y se hizo peor con cada palabra que salía de su boca. Había estado levantada hasta muy tarde, y había dormido muy poco... necesitaba mi energía para los días que venían.

—No lo hará —dije, cortando a Tamlin antes de que pudiera responder.

Tamlin soltó sus cubiertos.

—Yo creo que sí.

—No necesito una escolta. —Dejaría que él desentrañara las capas de defensa en esa afirmación.

Jurian resopló.

—Empezando a dudar de nuestras buenas intenciones, ¿Gran Señor?

Tamlin le gruñó.

—Ten cuidado.

Coloqué una mano plana sobre la mesa.

—Estaré bien con Lucien y los centinelas.

Lucien parecía estar inclinado a hundirse en su asiento y desaparecer para siempre.

Miré a Dagdan y Brannagh y sonreí un poco.

—Puedo defenderme a mí misma, si es que llega el caso —le dije a Tamlin.

El daemati me devolvió la sonrisa. No había sentido otro toque en mis barreras mentales, o las que había estado trabajando en mantener alrededor a tantas personas aquí como fuera posible. El constante uso de mi poder me estaba cansando; sin embargo, estar lejos de este lugar por cuatro o cinco días sería un alivio bienvenido.

Especialmente mientras Ianthe le murmuraba a Tamlin:

—Tal vez *deberías* ir, amigo mío. —Esperé, esperé por cualquier tontería que estuviera por salir de esa sensual boca—. Nunca sabes cuando la Corte Oscura intentará arrebatártela.

Tuve un segundo para debatir mi reacción. Para optar por recostarme en mi silla, con los hombros hacia adentro, trayendo esas imágenes de Clare, de Rhys con esas flechas de fresno a través de sus alas... cualquiera que sirviera para llenar mi aroma de miedo.

—¿Has tenido noticias? —susurré.

Brannagh y Dagdan se veían *muy* interesados ante eso.

La sacerdotisa abrió su boca, pero Jurian la cortó, arrastrando las palabras:

—No hay noticias. Las fronteras están seguras. Rhysand sería un tonto tentara su suerte viniendo aquí.

Miré fijamente mi plato, el marco de terror cabizbajo.

—Un tonto, sí —dijo Ianthe—, pero uno con una venganza de sangre.
—Enfrentó a Tamlin, el sol de la mañana atrapado en la joya encima de su

cabeza—. Tal vez si le regresas las alas de su familia, tal vez pueda... tranquilizarse.

Por un segundo, el silencio retumbó dentro de mí.

Seguido por una ola de rugido que ahogó casi todo pensamiento, cada instinto de auto-preservación. Apenas podía escuchar por encima de ese rugido en mi sangre, mis huesos.

Pero las palabras, la oferta... un intento barato de atraparme. Pretendí no haber escuchado, no darle importancia. Incluso mientras esperaba y esperaba la respuesta de Tamlin.

Cuando Tamlin respondió, su voz fue baja:

—Las quemé hace mucho tiempo.

Podría haber jurado que había algo parecido al remordimiento—remordimiento y vergüenza—en sus palabras.

Ianthe solo chasqueó la lengua.

—Muy mal. Él podría haber pagado muy bien por ellas.

Mis muslos dolían por el esfuerzo de no saltar sobre la mesa y destrozar su cabeza contra el suelo de mármol.

Pero le dije a Tamlin, suave y tranquilamente:

—Estaré bien ahí afuera. —Toqué su mano, rozando mi pulgar sobre la palma de su mano. Sostuve su mirada—. No vayamos por ese camino de nuevo.

Mientras me apartaba, Tamlin meramente fijó a Lucien con una mirada, cualquier rastro de culpa ido. Sus garras se liberaron, clavándose en la madera manchada de cicatrices del brazo de su silla.

—Ten cuidado.

Ninguno de nosotros pretendió que eso no era sino una amenaza.



Era un viaje dos días, pero nos tomó solo un día llegar allí tamizándonos-caminando-tamizándonos. Pudimos lograr unas cuantas millas a la vez, pero Dagdan era más lento de lo que anticipé, dado de que tenía que cargar a su hermana y Jurian.

Yo no le culpaba por ello. Con cada de nosotros soportando al otro, el cansancio era considerable. Lucien y yo llevábamos a un centinela, hijos de señores de nivel menor quienes habían sido entrenados para ser educados y observadores. Los suministros, entonces, eran limitados. Incluyendo las carpas.

Para el momento en que llegamos a la grieta en el muro, la oscuridad se estaba asentando.

Los pocos suministros que habíamos cargado se habían sobrecargado o tamizado a través del mundo, y dejé que los centinelas levantaran las carpas para nosotros, siempre siendo la dama deseosa esperando el trabajo. Nuestra cena alrededor del pequeño fuego fue casi silenciosa, ninguno de nosotros se molestó en hablar, salvo por Jurian, quien cuestionaba a los centinelas sin parar sobre su entrenamiento. Los mellizos retrocedieron a su propia carpa después de haber recogido los sándwiches de carne que habíamos empacado, frunciendo el ceño ante estos como si estuviera lleno de gusanos por dentro, y Jurian deambuló hacia el bosque poco después, reclamando que quería caminar antes de retirarse.

Me lancé hacia la carpa de lona cuando el fuego se estaba apagando, el espacio apenas suficientemente grande para que Lucien y yo pudiéramos dormir hombro con hombro.

Su cabello rojizo brillaba en la desvaneciente luz fae un momento después mientras buscaba entre las solapas y maldecía.

—Debería dormir afuera.

Puse mis ojos en blanco.

—Por favor.

Me lanzó una mirada dudosa y considerada mientras se arrodillaba y se quitaba sus botas.

—Ya sabes que Tamlin puede ser... sensible sobre algunas cosas.

—También puede ser un dolor en el culo —espeté, y me metí bajo las sábanas—. Si te rindes a él en cada pedazo de paranoia y territorialismo, solo lo harás peor.

Lucien desabotonó su chaqueta pero se quedó en su mayoría vestido mientras se deslizaba dentro de su saco para dormir.

—Creo que se hace peor porque ustedes dos no han... quiero decir, no lo han hecho, ¿verdad?

Me tensé, subiendo más apretadamente las sábanas hasta más arriba de mis hombros.

—No. No quiero ser tocada así... no por un tiempo.

Su silencio era pesado... triste. Odiaba la mentira, la odiaba por lo sucio que se sentía empuñarla.

—Lo siento —dijo. Y me preguntaba por qué más se estaba disculpando mientras lo enfrentaba en la oscuridad de nuestra carpa.

— ¿No hay otra manera de salir de ese trato con Hiberno? —Mis palabras fueron apenas tan audibles como el murmullo de las ascuas de fuera—. He vuelto, estoy a salvo. Podríamos encontrar alguna manera...

—No. El Rey de Hiberno laboró su trato con Tamlin con demasiada astucia, demasiado claro. La magia lo ata, la magia lo golpeará si no permite entrar a Hiberno a estas tierras.

— ¿De qué manera? ¿Lo matará?

El suspiro de Lucien agitó mi cabello.

—Reclamará sus propios poderes, tal vez lo mate. La magia se trata de balance. Ese es el motivo por el que él no podía interferir con tu trato con Rhysand. Incluso la persona que intenta romper el trato se enfrenta a consecuencias. Si te mantenía aquí, la magia que te ataba a Rhys podría haber venido a reclamar *su* vida como pago de la tuya o la vida de alguien más por la que él se preocupara. Es magia antigua... antigua y extraña. Ese es el motivo por el que evitamos tratos a menos que sea necesario: incluso los estudiosos en la Corte Día no saben cómo funciona. Créeme, he preguntado.

—Por mí, les preguntaste por mí.

—Sí. Fui el último invierno a preguntar sobre cómo romper tu trato con Rhys.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Yo... no queríamos darte falsas esperanzas. Y no queríamos atrevernos a dejar que Rhysand supiera lo que estábamos haciendo, en caso de que encontrara una manera de interferir. De detenerlo.

—Así que Ianthé empujó a Tamlin hacia Hiberno entonces.

—Él estaba frenético. Los estudiosos de la Corte Día trabajaban muy lento. Le rogué más tiempo, pero ya hacía meses que estabas desaparecida. Él quería actuar, no esperar, a pesar de la carta que enviaste. *Por* esa carta que enviaste. Finalmente le dije que siguiera con ello después... después de ese día en el bosque.

Me puse de espaldas, mirando el techo inclinado de la carpa.

—¿Qué tan malo fue? —pregunté en voz baja.

—Viste tu habitación. La destrozó, el estudio, su habitación. Él... él mató a los centinelas que habían estado de guardia. Después de obtener el último pedazo de información de ellos. Los ejecutó delante de todos en la mansión.

Mi sangre se enfrió.

—No lo detuviste.

—Lo intenté. Le rogué piedad. No escuchó. *No podía* escuchar.

—¿Los centinelas tampoco intentaron detenerlo?

—No se atrevieron, Feyre, él es un Gran Señor. Es de una *raza* diferente.

Me preguntaba si habría dicho lo mismo si supiera quién era yo.

—Fuimos arrinconados sin ninguna opción. Ninguna. O era ir a la guerra con la Corte Oscura e Hiberno, o aliarnos con Hiberno, dejarlos intentar lidiar con los problemas, y luego usar esa alianza para nuestra propia ventaja después.

—¿Qué quieres decir? —exhalé.

Pero Lucien se dio cuenta de lo que había dicho, y se fue por otro camino:

—Tenemos enemigos en cada corte. Tener la alianza de Hiberno hará que lo piensen dos veces.

Mentiroso. Mentiroso audaz y entrenado.

Solté una exhalación pesada y de sueño.

—Incluso si ahora son nuestros aliados —murmuré—, aún los odio.

Dejó salir resoplido.

—Yo también.



—Arriba.

El sol cegador cortó en la carpa, y siseé.

La orden fue hecha por el rugido de Lucien mientras se levantaba.

—*Fuera* —le ordenó a Jurian, quién nos miró una vez, sonrió y se fue.

Había rodado hacia el espacio de Lucien en algún punto, por mi demanda más importante... encontrar calor. Pero no tenía duda de que Jurian se llevaría la información para lanzársela a Tamlin en la cara cuando regresáramos: habíamos compartido una carpa, y habíamos estado *muy* cómodos al despertar.

Me lavé en el arroyo más cercano, mi cuerpo tenso y adolorido de una noche en el suelo, con o sin ayuda de un saco de dormir.

Brannagh estaba rondando por el arroyo para el momento en que terminé. La princesa me dio una sonrisa fría y delgada.

—Yo también escogería al hijo de Beron.

Miré fijamente a la princesa con las cejas bajadas.

Ella se encogió de hombros, su sonrisa creció.

—Los hombres de la Corte de Otoño tienen fuego en su sangre... y follan así también.

— ¿Supongo que lo sabes por experiencia?

Una risa.

— ¿Por qué crees que me divertí tanto en la Guerra?

No me molesté en esconder mi disgusto.

Lucien me atrapó encogiéndome ante él cuando sus palabras se reprodujeron por décima vez una hora después, mientras estábamos a media milla de camino de la grieta en el muro.

—¿Qué? —demandó.

Sacudí mi cabeza, tratando de no imaginar a Elain sujeta a eso... al fuego.

—Nada —dije, justo mientras Jurian maldecía desde adelante.

Ambos nos movimos ante su maldición y luego rompimos a correr ante el sonio de una espada liberándose de su funda. Hojas y ramas me azotaban, pero entonces estábamos en el muro, esa horrible e invisible marca zumbando y palpitando en mi cabeza.

Y mirando directamente hacia nosotros a través de la grieta, estaban tres Hijos del Bendito.

Capítulo 7

Traducido por YoshiB

Brannagh y Dagdan parecían como si hubieran encontrado el segundo desayuno esperando por ellos.

Jurian sacó su espada, las dos jóvenes y un joven boquiabierto entre él y los demás. Luego a nosotros, los ojos se abrieron aún más al notar la cruel belleza de Lucien.

Se arrodillaron.

—Señores y Señoras—nos suplicaron, sus joyas plateadas brillaban a la luz del sol a través de las hojas—. Nos han encontrado en nuestro viaje.

Las dos realezas sonrieron tan ampliamente que pude ver todos sus dientes demasiado blancos.

Jurian, por una vez, pareció indeciso antes de quejarse.

—¿Qué están haciendo aquí?

La chica de cabello negro al frente era encantadora, su piel de miel y oro se ruborizó mientras levantaba su cabeza.

—Hemos venido a morar en las tierras inmortales; hemos venido como tributo.

Jurian dirigió unos ojos fríos y duros a Lucien.

— ¿Es esto cierto?

Lucien lo miró fijamente.

—No aceptamos tributos de las tierras humanas. Y mucho menos a niños.

No importaba que los tres parecieran solo unos años más jóvenes que yo.

— ¿Por qué no vienen? —arrulló Brannagh—, y podemos... divertirnos —Ella era, de hecho, del tamaño de los jóvenes de cabello castaño y la otra chica, su pelo de un marrón rojizo, la cara afilada Pero interesante. Por la forma en que Dagdan miraba a la hermosa chica de enfrente, supe que había hecho su afirmación en silencio.

Me coloque enfrente de ellos y les dije a los tres mortales:

—Váyanse. Vuelvan a sus aldeas, de regreso con sus familias. Cruzan este muro, y morirán.

Retrocedieron, levantándose, los rostros tensos de temor y asombro.

—Hemos venido para vivir en paz.

—Aquí no hay tal cosa. Solo hay muerte para los de tu clase.

Sus ojos se deslizaron a los inmortales detrás de mí. La chica de cabello oscuro se ruborizó ante la mirada de Dagdan, viendo la belleza del alto Fae y nada del depredador.

Así que golpeé

El muro era un terrible tornillo crujiendo, aplastando mi magia, golpeando mi cabeza.

Pero lancé mi poder a través de ese espacio, y golpeé en sus mentes.

Demasiado fuerte. El joven se estremeció un poco.

Tan suave e indefensa. Sus mentes cedieron como mantequilla derritiéndose en mi lengua.

Contemple pedazos de sus vidas como fragmentos en un espejo roto, parpadeos en todos los sentidos: la muchacha de cabello oscuro era rica, educada, testaruda, había querido escapar de un matrimonio arreglado y creía que Prythian era una mejor opción. La muchacha de cabello rojizo no había conocido más que la pobreza y los puños de su padre, que se habían vuelto más violentos después de que habían terminado con la vida de su madre. El joven se había vendido en las calles de un gran pueblo hasta que los Hijos llegaron un día y le ofrecieron algo mejor.

Trabaje rápidamente. Eficientemente.

Había terminado antes de que tres latidos del corazón pasaran, antes de que Brannagh hubiera incluso tomado aire para decir:

—Aquí no hay muerte. Sólo placer, si están dispuestos.

Incluso si no estuvieran dispuestos, quería añadir.

Pero los tres parpadeaban ahora.

Observándonos por lo que éramos: mortales, despiadados. La verdad detrás de las historias.

—Nosotros... tal vez... cometimos un error —dijo su líder, retrocediendo un paso.

—O tal vez esto haya sido el destino —replicó Brannagh con una sonrisa de serpiente.

Seguían retrocediendo. Viendo las historias que había plantado en sus mentes, que estábamos aquí para herirlos y matarlos, que lo habíamos hecho con todos sus amigos, que las usaríamos y descartaríamos. Les mostré la Naga, el Bogge, el Middengard Wyrn; Les mostré a Clare y a la reina de cabellos dorados, clavada en esa farola. Los recuerdos que les regalé se convirtieron en historias que habían ignorado, pero ahora comprendían con nosotros ante ellos.

—Ven aquí —ordenó Dagdan.

Las palabras estaban encendidas ante su miedo. Los tres se volvieron, pesados trajes pálidos que se retorcían con ellos y se lanzaron a los árboles.

Brannagh se tensó, como fuera a atravesar el muro tras de ellos, pero agarré su brazo y siseé:

—Si los persiguen, entonces tendremos un problema.

Con énfasis, arrastré las garras mentales por su propio escudo.

La princesa me gruño.

Pero los humanos ya se habían ido.

Recé para que escucharan la otra orden que había tejido en sus mentes: subir en un bote, reunir a tantos amigos como pudieran y huir hacia el continente. De volver aquí sólo cuando la guerra terminara, y de advertir a tantos humanos como fuera posible para salir antes de que fuera demasiado tarde.

Las realezas de Hiberno gruñeron su disgusto, pero los ignoré mientras tomaba un lugar contra un árbol y me acomodaba para esperar, sin confiar en que permanecieran en este lado de la frontera.

La realeza reanudó su trabajo, acechando el Muro.

Un momento después, un cuerpo masculino llegó a mi lado.

No Lucien, me di cuenta con una sacudida, pero no tanto como un estremecimiento.

Los ojos de Jurian estaban puestos en el lugar eçdonde los humanos habían estado.

—Gracias —dijo con su voz áspera.

—No sé de lo que estás hablando —contesté, consciente de que Lucien observaba cuidadosamente desde la sombra de un roble cercano.

Jurian me dirigió una sonrisa de satisfacción y paseó tras Dagdan.



Se tomaron todo el día

Fuera lo que fuese lo que estaban inspeccionando, lo que buscaban, la realeza no nos informó.

Y después de la confrontación de esa mañana, supe que empujarlos para que revelaran algo, no serviría. Había agotado mi tolerancia asignada para ese día.

Así que pasamos otra noche en el bosque, que fue precisamente como acabé sentada con Jurian al otro lado del fuego después de que los gemelos se hubieran arrastrado hacia su tienda y los centinelas hubieran ocupado sus puestos de vigilancia. Lucien había ido al arroyo para

conseguir más agua, y vi la llama bailar entre los troncos, sintiendo el eco dentro de mí.

Lanzar mi poder a través de la pared me había dejado con un dolor de cabeza persistente y palpitante todo el día, más que un poco mareada. No tenía ninguna duda de que el sueño me reclamaría rápido y con fuerza, pero el fuego era demasiado cálido y la noche primaveral demasiado rápida para romper voluntariamente esa larga brecha de oscuridad entre la llama y mi tienda.

— ¿Qué pasa con los que logran pasar a través del Muro?— preguntó Jurian, los duros cristales de su rostro parecían aliviados por el fuego.

Puse el talón de mi bota en la hierba.

—No lo sé. Nunca volvían una vez lo cruzaban. Pero mientras Amaranta gobernaba, las criaturas rondaban estos bosques, así que... no creo que terminara bien. Nunca he escuchado mencionar que estén en alguna corte.

—Hace quinientos años, habrían sido azotados por esa tontería —dijo Jurian—. Éramos sus esclavos y prostitutas y obreros durante milenios, hombres y mujeres lucharon y murieron para que nunca tuviéramos que volver a servirlos. Sin embargo, allí están, en esos trajes, inconscientes del peligro, de la historia.

—Cuidado, o es posible que no suenes como la mascota fiel de Hiberno.

Una risa baja y odiosa.

—Eso es lo que crees que soy ¿no? Su perro.

— ¿Cuál es el objetivo final, entonces?

—Tengo asuntos pendientes.

—Miryam está muerta.

Esa locura bailó de nuevo, reemplazando la rara lucidez.

—Todo lo que hice durante la guerra fue por Miryam y por mí. Para que nuestro pueblo sobreviviera y un día fuera libre. Y me dejó por ese príncipe bonito en el momento en que puse a mi gente ante ella.

una CORTE ALAS y RUINA

—Escuché que te dejó porque te concentraste tanto en conseguir información de Clythia que perdiste la visión del conflicto real.

—Miryam me dijo que siguiera adelante y me la follara a cambio de información. Me dijo que sedujera a Clythia hasta que ella agotara todo de Hiberno y los lealistas. Ella no tenía escrúpulos con eso. Ninguno.

—¿Entonces todo esto es para recuperar a Miryam?

Estiró sus largas piernas delante de él, cruzando un tobillo sobre el otro.

—Es para sacarla de su pequeño nido con ese cabrón alado y hacerla arrepentirse.

— ¿Tienes una segunda oportunidad en la vida y eso es lo que quieres hacer? ¿Venganza?

Jurian sonrió lentamente.

— ¿No es eso lo que tú estás haciendo?

Meses trabajando con Rhys me hizo recordar fruncir mi frente en confusión

—Contra Rhys, algún día me gustaría.

—Eso es lo que todos dicen, cuando pretenden que él es un asesino sádico. Olvidaste que lo conocí en la guerra. Olvidaste que arriesgó su legión para salvar a Miryam de la fortaleza de nuestro enemigo. Así es como Amaranta lo capturó, ¿sabes? Rhys supo que era una trampa... para el príncipe Drakon. Así que Rhys fue contra las órdenes, y marchó con toda su legión para sacar a Miryam. Por su amigo, por mi amante... y por ese bastardo de Drakon. Rhys sacrificó a su legión en el proceso, consiguió que todos ellos fueran capturados y torturados después. Sin embargo, todo el mundo insiste en que Rhysand es desalmado, malvado. Pero el macho que yo conocía era el más decente de todos. Mejor que ese príncipe cabrón. No pierdes esa cualidad, no importa los siglos, y Rhys era demasiado inteligente para hacer algo que no fuera que la mala reputación de su carácter un movimiento calculado. Y sin embargo aquí estás tú... su compañera. El Gran Señor más poderoso del mundo perdió a su compañera y todavía no ha venido a reclamarla, incluso cuando está indefensa en el bosque. —Jurian se rió entre dientes—. Quizá sea porque

Rhysand no te ha perdido en absoluto. Sino que prefirió desatarte sobre nosotros.

Nunca había oído esa historia, pero eso se parecía tanto a mi compañero que sabía que las llamas entre nosotros ahora ardían en mis ojos cuando le dije.

—Te encanta oírte hablar, ¿no es cierto?

—Hiberno los matara a todos —fue todo lo que Jurian replicó.



Jurian no estaba equivocado.

Lucien me despertó a la mañana siguiente con una mano sobre mi boca, la advertencia brillando en su ojo cobrizo. Lo olí un momento después: el fuerte olor cobrizo de sangre.

Nos metimos en nuestra ropa y botas, e hice un inventario rápido de las armas que habíamos resguardado en la tienda con nosotros. Tenía tres dagas. Lucien tenía dos, además de una elegante espada corta. Mejor que nada, pero no mucho.

Una mirada suya comunicó nuestro plan lo suficientemente bien: actúa casual hasta que evaluemos la situación.

Tuve un latido para darme cuenta de que esta era quizás la primera vez que él y yo habíamos trabajado en conjunto. La caza nunca había sido un esfuerzo conjunto, y Bajo la Montaña había sido uno de nosotros que buscaba al otro, nunca un equipo. Una unidad.

Lucien se deslizó de la tienda, los miembros sueltos y listo para cambiar a una posición defensiva. Había sido entrenado, me dijo una vez, en la Corte de Otoño y en ésta. Como Rhys, usualmente optaba por las palabras para ganar sus batallas, pero lo había visto a él y a Tamlin en el ring de práctica. Sabía manejar un arma. Cómo matar, si era necesario.

Pasé junto a él, devorando los detalles de mi entorno como si fuera un hombre hambriento en un banquete.

El bosque era el mismo. Jurian estaba agazapado ante el fuego, revolviendo las brasas de vuelta al estado de alerta, su rostro una máscara dura y penetrante. Pero los centinelas estaban pálidos mientras Lucien acechaba hacia ellos. Seguí su atención cambiante a los árboles detrás de Jurian.

Sin señales de la realeza.

La sangre...

Un fuerte olor cobrizo, sí. Pero atado a tierra y medula y podredumbre. Mortalidad.

Me arroje a los árboles y a la densa maleza

—Llegan tarde —dijo Jurian mientras pasaba junto a él, todavía empujando las brasas—. Terminaron hace dos horas.

Lucien estaba pisándome los talones mientras me metía en las zarzas, espinas que rasgaban mis manos.

La realeza de Hiberno no se habían molestado en limpiar su desorden.

De lo que quedaba de los tres cuerpos, sus ropas pálidas y desvencijadas como cenizas caídas a través del pequeño claro, Dagdan y Brannagh debieron haber callado sus gritos con algún tipo de escudo.

Lucien maldijo:

—Ellos cruzaron el muro anoche. Fueron a cazarlos.

Incluso con horas separándolos, la realeza eran unos faes rápidos, inmortales. Los tres Hijos del Bendito se habrían cansado después de correr, habrían acampado en alguna parte.

La sangre ya se estaba secando en la hierba, sobre los troncos de los árboles de alrededor.

La tortura de Hiberno no era muy creativa: Clare, la reina dorada, y estos tres... Una mutilación y un tormento similar.

Desaté mi capa y cuidadosamente la puse sobre los restos más grandes de ellos que pude encontrar: el torso del joven, desgarrado y sin sangre. Su rostro todavía estaba grabado de dolor.

El fuego calentó las puntas de mis dedos, rogándome que los quemara, que les diese por lo menos ese tipo de entierro. Pero...

—¿Crees que fue por deporte, o para enviarnos un mensaje?

Lucien dejó su propia capa sobre los restos de las dos jóvenes. Su rostro era el más serio que le había visto.

—Creo que no están acostumbrados a una negativa. Yo diría que es una rabieta inmortal.

Cerré mis ojos, tratando de calmar mi agitado estómago.

—No tienes la culpa —agregó—. Podrían haberlos matado en las tierras mortales, pero los trajeron aquí. Hacer una declaración sobre su poder.

Él estaba en lo correcto. Los Hijos del Bendito habrían muerto aunque yo no hubiera interferido.

—Están amenazados —medité—. Y orgulloso de una falta —Pisé con la punta del pie la hierba empapada de sangren—O¿Los enterramos?

Lucien lo consideró.

—Eso envía un mensaje, que estamos dispuestos a limpiar sus desastres. —Examiné el claro de nuevo. Considere todo lo que estaba en juego.

—Entonces enviamos otro tipo de mensaje.

Capítulo 8

Traducido por YoshiB

Tamlin paseaba delante de la chimenea de su estudio, cada vuelta tan aguda como una hoja.

—Ellos son nuestros *aliados* —me gruñó, a Lucien, ambos sentados en sillones flanqueando la repisa.

—Son monstruos —contesté—, asesinaron a tres inocentes.

—Y deberías haberlo dejado estar, que yo me encargara de eso — Tamlin soltó un suspiro—. No *tomen represalias* como niños —Lanzó una mirada hacia Lucien—. Me esperaba algo mejor de ti.

—¿Pero no de mí? —pregunté en voz baja.

Los ojos verdes de Tamlin eran como jade congelado.

—Tú tienes una conexión personal con esas personas. Él no.

—Ese es el tipo de pensamiento —repuse, agarrando los apoyabrazos —, que han permitido que un muro sea la única solución entre nuestros dos pueblos; para que los Faes miren este tipo de *asesinatos* y no se preocupen.

Sabía que los guardias de afuera podían oír. Sabía que cualquiera que caminaba podía oír.

—La pérdida de *cualquier* vida en ambos lados es una *conexión personal*. ¿O es que son las vidas de altos Fae lo único que te importa?

Tamlin se detuvo. Y gruñó a Lucien.

—Sal de aquí. Después me ocuparé de ti.

—No le hables de esa manera —siseé, poniéndome de pie.

una CORTE de ALAS y RUINA

—Has puesto en peligro esta alianza con ese truco que ustedes dos tiraron...

—Bien. ¡Ellos pueden arder en el *infierno* en lo que a mi concierne! —grité. Lucien se estremeció

—*¡Enviaste al Bogge tras ellos!* —gruñó Tamlin

No pude parpadear. Y yo sabía que los centinelas ciertamente habían escuchado por la tos de uno de ellos, un sonido de sorpresa amortiguada.

Y me aseguré de que esos centinelas pudieran oír más cuando dije:

—Aterrorizaron a esos humanos, les hicieron sufrir. Pensé que el Bogge era una de las pocas criaturas que podían devolverles el favor.

Lucien lo había rastreado, y lo atrajimos con cuidado, durante horas, de regreso a ese campamento. Justo al lugar en que Dagdan y Brannagh se habían regodeado por su matanza. Habían logrado escapar, pero sólo después de lo que había sonado como un buen grito y pelea. Sus rostros siguieron pálidos incluso horas después, sus ojos todavía rebosaban de odio cada vez que se dignaban a mirarnos.

Lucien se aclaró la garganta. También se puso de pie.

—Tam... esos humanos eran apenas unos niños. Feyre dio a los miembros de la realeza la orden de retirarse. Lo ignoraron. Si dejamos que Hiberno pase por encima de nosotros, perderemos más que su alianza. El Bogge les recordó que tampoco nosotros nos quedamos sin garras.

Tamlin no quitó sus ojos de mi mientras le decía a Lucien:

—Sal. De. Aquí

Había bastante violencia en las palabras que ni Lucien ni yo nos opusimos esta vez mientras él se escabullía de la habitación y cerraba las puertas dobles detrás de él. Esparcí mi poder al vestíbulo, sintiéndolo sentado al pie de la escalera. Escuchando. Mientras los seis centinelas del vestíbulo escuchaban.

Le dije a Tamlin, con la espalda recta:

—No puedes hablarme así. Prometiste que no actuarías así.

—No tienes idea de lo que está en riesgo...

—No me hables de esa forma. No después de lo que pasé para volver aquí, a ti. A nuestro pueblo. ¿Crees que alguno de nosotros está feliz de trabajar con Hiberno? ¿Crees que no lo veo en sus rostros? ¿La cuestión de si *yo* valgo la pena el deshonor?

Su respiración se volvió irregular otra vez. Bien, quería provocarlo.
Bien.

—Nos vendiste para recuperarme —dije, bajo y frío—. Nos entregaste a Hiberno. Perdóname si ahora estoy tratando de recuperar algo de lo que perdimos.

Las garras se deslizaron libremente. Un gruñido salvaje salió de él.

—Ellos cazaron y asesinaron a esos humanos por deporte —continué—. Puede que tú estés dispuesto a ponerte de rodillas ante Hiberno, pero ciertamente yo no.

Explotó

Los muebles se partieron y salieron volando, las ventanas se agrietaron y destrozaron.

Y esta vez, no me protegí.

La mesa de trabajo se estrelló contra mí, arrojándome contra la estantería, y cada lugar donde la carne y el hueso se mezclaban con la madera ladraba y dolía.

Mis rodillas se estrellaron contra el suelo alfombrado, y Tamlin estuvo al instante frente a mí, con las manos temblando...

Las puertas se abrieron.

— ¿Qué has hecho? —respiró Lucien, y el rostro de Tamlin fue el cuadro de la devastación mientras Lucien lo hacía a un lado. Dejó que Lucien lo apartara y me ayudara a ponerme de pie.

Algo húmedo y cálido se deslizo por mi mejilla... sangre, por como olía.

—Vamos a limpiarte —dijo Lucien, colocando un brazo alrededor de mis hombros mientras me sacaba de la habitación. Apenas lo escuché sobre el zumbido de mis oídos, el ligero giro hacia el mundo.

Los centinelas -Blond y Hart, dos de los guerreros favoritos de Tamlin entre ellos- estaban boquiabiertos, con la atención dividida entre el estudio destrozado y mi rostro.

Con razón. Mientras Lucien me condujo por un espejo de pasillo dorado, vi lo que había dibujado tal horror. Mis ojos estaban vidriosos, mi cara pálida -salvo el rasguño justo debajo de mi pómulos, tal vez dos pulgadas de largo y la sangre que goteaba.

Pequeños rasguños salpicaban mi cuello, mis manos. Pero yo quería que el poder de sanación y curación -del Gran Señor Amanecer- evitara buscarlos. De suavizarlos.

—Feyre —Tamlin respiró por detrás de nosotros.

Me detuve, consciente de cada ojo que observaba.

—Estoy bien —susurré—. Lo siento —Me limpié la sangre goteando por mi mejilla—. Estoy bien —le dije de nuevo.

Nadie, ni siquiera Tamlin, parecía convencido.

Y si hubiera podido pintar ese momento, lo habría llamado *Un retrato de trampa y cebo*.



Rhysand envió palabras por el vínculo al momento en que estuve en remojo en la bañera.

¿Estás herida?

La pregunta era débil, el vínculo más silencioso y tenso de lo que había sido hace días.

Adolorida, pero bien. Nada que no pueda manejar. Aunque aún me quedaban las heridas. Y no mostró señales de una curación rápida. Tal vez había sido demasiado buena manteniendo esos poderes curativos a raya.

La respuesta tardó mucho. Entonces vino todo de repente, como si quisiera meter cada palabra antes de que la dificultad de la distancia nos silenciara.

Sé que no debo decirte que tengas cuidado, o que vuelvas a casa. Pero te quiero en casa. Pronto. Y lo quiero a él muerto por poner una mano sobre ti.

Incluso con la totalidad de la tierra entre nosotros, su rabia ondeó por el vínculo.

Yo respondí, mi tono reconfortante, seco, *Técnicamente, su magia me tocó, no su mano.*

El agua del baño estaba fría cuando su respuesta llegó. *Me alegro de que tengas sentido del humor sobre esto. Ciertamente yo no.*

Le envié una imagen de mí sacándole la lengua.

Mis ropas estaban de nuevo cuando su respuesta llegó.

Como el mío, era sin palabras, una mera imagen. Como la mía, la lengua de Rhysand estaba fuera.

Pero estaba ocupada haciendo otra cosa.



Dejé claro que tomaría un paseo al día siguiente. Asegurándome de que era cuando Bron y Hart estaban de servicio, y les pedí que me acompañaran.

Ellos no dijeron mucho, pero sentí sus miradas evaluadoras con cada mueca de dolor mientras recorriamos los caminos desgastados a través de la madera de la primavera. Los sentí estudiar el corte en mi cara, los moretones debajo de mi ropa que me hicieron sisear de vez en cuando. Todavía no estaba totalmente curada para mi sorpresa, aunque supuse que funcionaba a mi favor.

Tamlin había suplicado mi perdón en la cena de ayer... y se lo había dado. Pero Lucien no había hablado con él toda la noche.

Jurian y la realeza de Hiberno se habían enfurruñado con el retraso después de haber admitido en silencio que mis moretones hacían demasiado difícil acompañarlos al muro. Tamlin no había tenido el valor de sugerir que se fueran sin mí, de robarme ese deber. No cuando vio las marcas purpurinas y supo que si estuvieran en un humano, podría haber estado muerta.

Y los miembros de la realeza, después de que Lucien y yo hubiéramos enviado la malicia invisible del Bogge tras ellos, se habían retirado. Por ahora. Mantuve mis escudos sobre mí y de los otros, la tensión hora un dolor de cabeza constante que tenía cualquier clase adicional de sensación mágica débil y delgada. La suspensión en la frontera no había hecho mucho -no, había hecho la tensión peor después de que había enviado mi poder a través del muro.

Había invitado a Ianthe a la casa, pidiendo sutilmente su presencia reconfortante. Llegó sabiendo los detalles completos de lo que había ocurrido en ese estudio, dejando convenientemente deslizar que Tamlin se lo había confesado, pidiendo la absolución de la Madre y el Caldero y quienquiera más. Hablé de mi propio perdón con ella esa noche, e hice una demostración de tomar su buen consejo, diciendo a los cortesanos y a otros en nuestra mesa apretada esa noche de lo suertudos que éramos de tener a Tamlin e Ianthe que guardaban nuestras tierras.

Honestamente, no sé cómo ninguno de ellos lo conectó.

Cómo ninguno de ellos veía mis palabras no como una extraña coincidencia, sino como un desafío. Una amenaza.

Ese último pequeño empujón.

Especialmente cuando siete Nagas irrumpieron en los terrenos de la propiedad justo después de la medianoche.

Fueron enviados antes de que llegaran a casa -un ataque detenido por un Caldero- enviando una advertencia a nadie más que a Ianthe.

El caos y los gritos despertaron la finca. Me quedé en mi habitación, guardias bajo mis ventanas y fuera de mi puerta. El propio Tamlin, con sangre y jadeo, vino a informarme que los terrenos estaban de nuevo

seguros. Que el naga había sido encontrado con las llaves de la puerta, y el centinela que los había perdido se trataría en la mañana. Un extraño accidente, una demostración final de poder de una tribu que no se había ido gentilmente después del reinado de Amaranta.

Todos nosotros nos salvamos de más daño por Ianthe.

A la mañana siguiente, todos nos reunimos fuera de los cuarteles, con el rostro pálido y demacrado de Lucien, manchas púrpuras bajo sus ojos vidriosos. No había vuelto a su cuarto anoche.

Junto a mí, la realeza de Hiberno y Jurian estaban silenciosos y sombríos mientras Tamlin paseaba delante del centinela entre dos postes.

—Te encargaron custodiar esta finca y su gente —dijo Tamlin al hombre tembloroso, ya desnudo hasta los pantalones—. La noche anterior te encontraron no sólo dormido en la puerta, sino que fue tu juego de llaves el que desapareció —Tamlin gruñó suavemente—. ¿No lo niegas?

—Yo... yo nunca me duermo. Nunca ha ocurrido hasta ahora. No debí de haber estado acurrucado ni un minuto o dos —balbuceó el centinela, las cuerdas le impidieron gemir mientras se tensaba contra ellos.

—Has puesto en peligro las vidas de todos en esta mansión.

Y no podía quedar impune. No con la realeza de Hiberno aquí, buscando cualquier signo de debilidad.

Tamlin extendió una mano. Bron, con cara de piedra, se acercó para darle un latigazo.

Todos los centinelas, sus guerreros más confiables, se movieron. Algunos miraron fijamente a Tamlin, algunos tratando de no mirar lo que estaba a punto de desplegar.

Agarré la mano de Lucien. No fue enteramente un espectáculo.

Ianthe dio un paso adelante, con las manos cruzadas sobre el estómago.

—Veinte latigazos. Y uno más, para el perdón del Caldero.

Los guardias volvieron funestos ojos hacia ella.

Tamlin desplegó el látigo sobre la tierra.

Hice mi movimiento. Deslicé mi poder hacia la mente del centinela y liberé la memoria que había sido encubierta en su cabeza, también liberé su lengua.

—Fue ella —jadeó, meneando su barbilla a Ianthe—. Ella tomó las llaves.

Tamlin parpadeó y todos en ese patio miraron a Ianthe.

Su rostro no se estremeció ante la acusación, ante la verdad que había lanzado en su dirección.

Había estado esperando ver cómo contrarrestaría mi demostración de poder en el solsticio, rastreando sus movimientos todo el día y la noche. En el momento de mi ida de la fiesta, ella había ido a los cuarteles, usó un rayo de poder para hacerlo dormir, y cogió sus llaves. Luego plantó sus advertencias sobre los inminentes ataques de las Nagas... después de que diera a las criaturas las llaves de las puertas.

Así podría hacer sonar la alarma anoche. Para que pudiera salvarnos de una amenaza real.

Una idea inteligente, no entraba en todo lo que yo había establecido.

Ianthe dijo suavemente:

— ¿Por qué habría de coger las llaves? Te advertí del ataque.

—Estabas en el cuartel... te vi esa noche —insistió el centinela, y volvió los ojos a Tamlin. Me di cuenta de que no era el miedo al dolor lo que lo impulsaba. No, los latigazos estarían merecidos y ganados y se llevarían bien. Era el miedo al honor perdido.

—Tamlin, pensaría que uno de tus centinelas tendría más dignidad que esparcir mentiras para ahorrarse un dolor fugaz. —El rostro de Ianthe permaneció sereno como siempre.

Tamlin, para su mérito, estudió al centinela durante un largo rato.

Di un paso adelante:

—Yo escucharé su historia.

Algunos de los guardias soltaron suspiros. Algunos me miraban con piedad y afecto.

Ianthe levantó su barbilla:

—Con el debido respeto, mi señora, no es tu decisión.

Y ahí estaba. El intento de tirarme algunas estacas.

Sólo porque la provocaría, la ignoré por completo y le dije al centinela:

—Oiré tu historia.

Mantuve mi concentración en él, incluso mientras contaba mi respiración, incluso mientras rezaba para que Ianthe cogiera el cebo...

— ¿Aceptarías la palabra de un centinela por encima de la de una suma sacerdotisa?

Mi disgusto por las palabras que pronunciaba no era del todo fingido, aunque esconder mi débil sonrisa era un esfuerzo. Los guardias se movieron de pie ante el insulto, el tono. Incluso si no hubieran confiado ya en su compañero centinela, sólo por sus palabras, se dieron cuenta de su culpabilidad.

Miré a Tamlin entonces... vi que sus ojos también se afilaban. Con la comprensión. Demasiadas protestas de Ianthe.

Oh, él era muy consciente de que Ianthe tal vez había planeado ese ataque Naga para reclamar algún fragmento de poder e influencia, como una salvadora de estas personas.

La boca de Tamlin se apretó con desaprobación.

A ambos les había soltado un poco de cuerda. Supuse que ahora sería el momento de ver si se colgaban de ella.

Me atreví a dar un paso más hacia adelante, volviendo las manos hacia Tamlin.

—Tal vez fue un error. No lo tomes de su piel, ni de su honor. Vamos a escucharlo.

Los ojos de Tamlin se suavizaron. Permaneció en silencio, considerándolo.

Pero detrás de mí, Brannagh resopló.

—Patético —murmuró, sin embargo todo el mundo pudo oírla.

Débiles. Vulnerable. Perfectos para una conquista. Vi las palabras golpeando la cara de Tamlin, como si estuvieran cerrando puertas a su paso.

No habría otra interpretación, no para Tamlin.

Pero Ianthe me evaluó, de pie ante la multitud, la influencia que yo había hecho tan claro que era capaz de robar. Si ella admitía la culpa... lo que le quedara se desmoronaría.

Tamlin abrió la boca, pero Ianthe lo interrumpió:

—Hay leyes que deben ser obedecidas —me dijo, lo suficientemente suave, que quise arrastrar mis uñas por su rostro—. Tradiciones. Él ha roto nuestra confianza, ha dejado que nuestra sangre sea derramada por su descuido. Ahora trata de acusar a una Alta Sacerdotisa de sus fallas. No puede quedar sin castigo. —Ella asintió con la cabeza a Tamlin—. Veintiún latigazos, Gran Señor.

Miré entre ellos, mi boca se secó:

— Por favor. Sólo escúchalo.

El guardia colgado entre los postes tenía tal esperanza y gratitud en sus ojos.

Con esto... con esto, mi venganza avanzó hacia algo grasiento, algo extraño y mareado. Él se curaría del dolor, pero el golpe a su honor... Tomaría un pequeño pedazo del mío también.

Tamlin me miró, luego a Ianthe. Luego miró a la sonriente realeza de Hiberno—a Jurian, que se cruzó de brazos, su cara ilegible.

Y como me había arriesgado a pensar, la necesidad de Tamlin del control, de la fuerza, ganó.

Ianthe era un aliado demasiado importante para arriesgarse a perderlo. La palabra de un centinela inferior... no, no importaba tanto como el suyo.

Tamlin se volvió hacia el centinela atado a los postes.

—Ponle el palo en la boca —le ordenó tranquilamente a Bron.

Hubo un latido de vacilación de Bron—como si la sorpresa de la orden de Tamlin se hubiera apoderado de él. De todos los guardias. Posicionarse del lado de Ianthe—por encima de ellos. Sus centinelas.

Quienes habían atravesado el muro, una y otra vez, para tratar de romper esa maldición para él. Quienes lo habían hecho alegremente, *muerto* alegremente, y fueron cazado como esos lobos, por él. Y el lobo que yo había matado, Andras... Había ido voluntariamente, también. Tamlin los había enviado por todas partes, y no todos habían vuelto. Se habían ido de buena gana, sin embargo este era... este era su agradecimiento. Su gratitud. Su confianza.

Pero Bron hizo lo que se le ordenó, deslizando el pequeño trozo de madera en la boca del centinela ahora tembloroso.

A juzgar por el desdén apenas oculto en los rostros de los guardias, al menos eran conscientes de lo que había ocurrido—o lo que creían que había ocurrido: la Alta Sacerdotisa había orquestado todo este ataque para colocarse como una salvadora, ofreciendo la reputación de uno de los suyos como el precio a pagar. No tenían ni idea—ninguna—de que yo la había empujado hacia eso, la había empujado y empujado para que revelara qué serpiente era. Lo poco que le importaba alguien sin un título.

De cómo Tamlin la escuchaba sin cuestionar... por una falta.

No fue una actuación cuando puse una mano en mi garganta, retrocediendo un paso, luego otro, hasta que el calor de Lucien estaba contra mí, y me incliné completamente sobre él.

Los centinelas estaban midiendo a Ianthe, a la realeza. Tamlin siempre había sido uno de ellos, luchado por ellos.

Hasta ahora. Hasta Hiberno. Hasta que puso a estos monstruos extranjeros antes que a ellos.

Hasta que puso a una Gran Sacerdotisa antes que a ellos.

Los ojos de Tamlin estaban sobre nosotros, en la mano que Lucien me puso en el brazo para estabilizarme, mientras él retiraba el látigo.

El estruendoso crujir al cortar el aire atravesó los cuarteles, la finca.

PARADISE SUMMERLAND FORO

Los mismísimos cimientos de la corte.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 9

Traducido por Alixci

Ianthe no había terminado.

Lo sabía, estaba preparada para ello. No volvió a su templo a unos cuantos kilómetros de distancia.

Por el contrario, permaneció en la casa, aprovechando la oportunidad para estar más cerca de Tamlin. Ella creyó que había ganado terreno, que su declaración de justicia servida al sangriento final de azotar no había sido otra cosa que una bofetada final a los guardias que miraban.

Y cuando ese centinela se había despojado de sus ataduras, cuando los otros vinieron a desatarlo con cuidado, Ianthe simplemente dio paso a la fiesta en la mansión en honor de Hiberno y Tamlin para el almuerzo. Pero yo me había quedado en el cuartel, atendiendo al gimiente centinela, sacando cuencos ensangrentados de agua mientras el sanador lo curaba en silencio.

Bron y Hart me escoltaron personalmente de regreso a la finca horas más tarde. Le di las gracias a cada uno por su nombre. Luego me disculpé por no haber podido evitarlo: por la intriga de Ianthe o por el castigo injusto a su amigo. Quise decir cada palabra, el crujido del látigo todavía resonaba en mis oídos.

Luego pronunciaron las palabras que yo había estado esperando. Lamentaban que ellos tampoco hubieran detenido *nada* de eso.

No solo hoy. Sino por los moretones que se desvanecen. Los otros incidentes.

Si se los hubiera pedido, me habrían dado sus propios cuchillos para cortarles la garganta.

La noche siguiente, me apresuraba a mi habitación a cambiarme para la cena cuando Ianthe hizo su siguiente movimiento.

Vendría con nosotros al muro mañana por la mañana.

Ella y también Tamlin.

Si todos éramos un frente unido, había declarado durante la cena, entonces deseaba ver el muro ella misma.

A la realeza de Hiberno no les importó. Pero Jurian me guiñó el ojo, como si el también viera el juego en movimiento.

Empaqué mis maletas esa noche.

Alis entró justo antes de acostarme, con un tercer paquete en sus manos.

—Ya que este es un viaje más largo, te he traído suministros.

Incluso con Tamlin uniéndose a nosotros, era demasiada gente para tamizarnos hasta allí directamente.

Así que iríamos como lo habíamos hecho antes, en segmentos. Unos cuantos kilómetros a la vez.

Alis dejó el paquete que había preparado junto al mío. Recogió el cepillo y me hizo señas para que me sentara en el banco acolchonado ante ella.

Obedecí. Durante unos minutos, cepilló mi cabello en silencio.

Luego dijo:

—Cuando partas mañana, yo también partiré.

Levanté mis ojos a los de ella en el espejo.

—Mis sobrinos ya empacaron, los caballos están listos para llevarnos al territorio de la Corte de Verano por fin. Ha pasado demasiado tiempo desde que vi mi casa —dijo ella, aunque sus ojos brillaban.

—Conozco el sentimiento —fue todo lo que dije.

—Te deseo lo mejor, señora —dijo Alis, dejando el cepillo y empezando a trenzar mi cabello—. Por el resto de tus días, por muchos que sean, te deseo lo mejor.

La deje terminar la trenza, luego giré sobre el banco para agarrar sus finos dedos dentro de los míos.

—No le digas a Tarquin que me conoces.

Sus cejas se alzaron.

—Hay un rubí de sangre con mi nombre en él —aclaré.

Incluso su piel de corteza de árbol pareció blanquearse. Lo entendía bien, yo era un enemigo perseguido por la Corte de Verano. Solo mi muerte sería aceptada como pago por mis crímenes.

Alis me apretó la mano.

—Rubíes de sangre o no, siempre tendrás una amiga en la Corte de Verano.

Mi garganta se sacudió.

—Y tú siempre tendrás una en la mía —le prometí.

Ella sabía a qué corte me refería. Y no parecía tener miedo.



Los centinelas no miraban a Tamlin, ni le hablaban, a menos que fuera absolutamente necesario. Bron, Hart y otros tres se unirían a nosotros. Me habían visto comprobar a su amigo antes del amanecer, una cortesía que yo sabía ninguno de los otros habían extendido.

Tamizar se sentía como caminar por el lodo. De hecho, mis poderes se habían convertido en una carga más que en una ayuda. Tuve un dolor de cabeza palpitante al mediodía, y pasé la última etapa del viaje mareada y desorientada mientras nos tamizábamos una y otra vez.

Llegamos y establecimos el campamento casi en silencio. Tranquila y tímida pedí compartir una carpa con Ianthe en vez de con Tamlin, quien parecía ansioso por reparar la grieta que los azotes habían provocado entre nosotros. Pero lo hice más para librar a Lucien de su atención que para mantener a Tamlin a raya. La cena se preparó y se comió, los sacos de dormir se pusieron, y Tamlin ordenó a Bron y Hart la primera guardia.

Acostarse junto a Ianthe sin cortarle la garganta era un ejercicio de paciencia y control.

Pero cada vez que el cuchillo bajo mi almohada parecía susurrar su nombre, recordaba a mis amigos. La familia que estaba viva, sanando en el Norte.

Repetí sus nombres en silencio, una y otra vez en la oscuridad. Rhysand. Mor. Cassian. Amren. Azriel. Elain. Nesta.

Pensé en como los había visto la última vez, tan ensangrentados y heridos. Pensé en el grito de Cassian cuando sus alas fueron destrozadas, de la amenaza de Azriel al rey mientras avanzaba sobre Mor. Nesta, luchando cada a paso hacia el Caldero.

Mi meta era más grande que la venganza. Mi propósito era mayor que la gratificación personal.

El amanecer apareció, y encontré mi mano enrollada alrededor de la empuñadura de mi cuchillo de todos modos. Lo saqué cuando me senté, mirando a la sacerdotisa durmiendo.

La lisa columna de su cuello parecía brillar en el sol de la madrugada que se filtraba por las alas de la tienda.

Pesé el cuchillo en mi mano.

No estaba segura de haber nacido con la capacidad de perdonar. No por los horrores infligidos a los que amaba. Para mí, no me importaba, no mucho. Pero había un pilar fundamental de acero que no podía doblarse ni romperse con esto. No podía soportar la idea de dejar que estas personas se salieran con la suya.

Los ojos de Ianthé se abrieron, el verde azulado tan limpio como su anillo desechado. Fueron directamente al cuchillo en mi mano. Después a mi rostro.

—No puedes ser demasiado cuidadoso cuando se comparte un campamento con enemigos —dije.

Podría haber jurado que algo parecido al miedo brilló en sus ojos.

—Hiberno no es nuestro enemigo —dijo ella, sin aliento.

Por su palidez al salir de la tienda, supe que mi sonrisa como respuesta había hecho bien su trabajo.



Lucien y Tamlin le mostraron a los gemelos donde estaba la grieta en el muro.

Y como habían hecho con los dos primeros, pasaron horas examinándolo y la tierra circundante.

Me mantuve cerca esta vez, observándolos, mi presencia no era considerada relativamente amenazante sino una molestia. Habíamos jugado nuestros pequeños juegos de poder, estableciendo que podíamos morder si lo deseábamos, pero nos toleraríamos unos a otros.

—Aquí —murmuro Brannagh a Dagdan, sacudiendo la barbilla hacia el divisor invisible. Las únicas marcas eran los diferentes árboles, de nuestro lado eran del verde brillante y fresco de la primavera. En el otro, eran oscuros, anchos, ligeramente ondulados por el calor, el peso del verano.

—La primera es mejor —replico Dagdan.

Me senté encima de una pequeña roca, pelando una manzana con un cuchillo.

—Más cerca de la costa occidental, también —añadió a su gemelo.

—Esto está más cerca del continente, del paso.

Corté profundamente en la carne de la manzana, cortando un pedazo de pulpa blanca.

—Sí, pero tendríamos más acceso a los suministros del Gran Señor.

Dicho Gran Señor se encontraba actualmente fuera con Jurian, buscando comida más abundante que los sándwiches que habíamos llevado. Ianthe había ido a un manantial cercano a rezar, y no tenía ni idea de donde se encontraban Lucien o los centinelas.

Bueno. Más fácil para mí cuando empujé la rebanada de manzana en mi boca y dije en alto:

—Yo digo que por aquí.

Se giraron hacia mí, Brannagh sonrió y Dagdan arqueó las cejas.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó Brannagh.

Me encogí de hombros, cortando otro trozo de manzana. —Ustedes dos hablan más fuerte de lo que se dan cuenta.

Orgullosa, arrogante, cruel. Había estado tomando su medida durante quince días.

—A menos que quieran arriesgarse a que las otras cortes tengan tiempo para reunirse e interceptarlos antes de que puedan cruzar hasta el paso, yo escogería este.

Brannagh rodo sus ojos.

Continué, divagando y aburrida:

—¿Pero qué sé yo? Ustedes dos se han sentado en una pequeña isla durante quinientos años. Claramente saben más acerca de los ejércitos y movimientos de Prythian que yo.

Brannagh siseó.

—Esto no se trata de ejércitos, así que confiaré en que mantengas esa boca tuya cerrada hasta que tengamos un uso para ti.

Resoplé.

—¿Quieres decir que todo este disparate no ha sido para encontrar un lugar para romper el muro y usar el Caldero para transportar la masa de sus ejércitos hasta aquí?

Ella rio, balanceando su cortina de cabello oscuro sobre un hombro.

—El Caldero no es para transportar a unos ejércitos gruñones. Es para rehacer mundos. Es para derribar este horrible muro y recuperar lo que éramos.

Simplemente me crucé de piernas.

—Creo que con un ejército de diez mil no necesitaras de objetos mágicos que hagan tu trabajo sucio.

—Nuestro ejército es diez veces más que eso, muchacha —refunfuño Brannagh—. Y el doble de ese número si cuentas a nuestros aliados en Vallahan, Montesere y Rask.

Doscientos mil. La madre nos salve.

—Han estado muy ocupados durante todos estos años. —Los miré, absolutamente desconcertada—. ¿Por qué no atacar cuando Amarantha tenía la isla?

—El rey aún no había encontrado el Caldero, a pesar de años de búsqueda. Le sirvió a sus propósitos dejarla ser un experimento para saber cómo podríamos romper a estas personas. Y sirvió de buena motivación para que nuestros aliados del continente se unieran a nosotros, sabiendo lo que les esperaba.

Terminé mi manzana y tiré el corazón en el bosque. La vieron volar como dos perros siguiendo a un faisán.

— ¿Así que van a encontrarse aquí? ¿Se supone que debo ser anfitriona de tantos soldados?

—Nuestra propia fuerza se encargará de Prythian antes de unirnos con los demás. Nuestros comandantes se están preparando para ello mientras hablamos.

—Deben pensar que tienen una oportunidad de perder si se están molestando en usar el Caldero para ayudarles a ganar.

—El Caldero es victoria. Limpiara de nuevo este mundo.

Levante las cejas en un cinismo irreverente.

— ¿Y necesitas este lugar exacto para desencadenarlo?

—Este lugar exacto —dijo Dagdan, con una mano en la empuñadura de su espada—, existe porque una persona u objeto de gran poder lo atravesó. El Caldero estudiará el trabajo que ya han hecho, y lo magnificará hasta que el muro se derrumbe por completo. Es un proceso cuidadoso y complejo, y uno que dudo que tu mente mortal pueda captar.

—Probablemente. Aunque esta mente mortal logró resolver el enigma de Amarantha y destruirla.

Brannagh sencillamente se giró hacia el muro.

— ¿Por qué crees que Hiberno la dejó vivir tanto tiempo en estas tierras? Mejor que alguien más hiciera su trabajo sucio.



Tenía lo que necesitaba.

Tamlin y Jurian seguían cazando, la realeza estaban preocupados, y yo había enviado a los centinelas para que me trajeran más agua, diciendo que aún me dolían algunos moretones y quería hacer un cataplasma para ellos.

Parecían positivamente enojados. No conmigo, sino con quien me había dado esos moretones. Quién había elegido a Ianthe sobre ellos, e Hiberno sobre su honor y su gente.

Había traído tres mochilas, pero solo necesitaba una. La que había vuelto a empacar con los suministros de Alis, ahora escondida con todo lo que había previsto que necesitaba para alejarme de ellos e irme. La que había traído conmigo en cada viaje fuera del muro, por si acaso. Y ahora...

Tenía números, tenía un propósito, tenía una ubicación específica y los nombres de los territorios extranjeros.

Pero más que eso, tenía a un pueblo que había perdido la fe en su Suma Sacerdotisa. Tenía centinelas que comenzaban a rebelarse contra su Gran Señor. Y como resultado de esas cosas, tenía a miembros de la familia de Hiberno dudando de la fuerza de sus aliados aquí. Estaba listo para que cayera. No por fuerzas externas, sino de su propia guerra interna.

Y tenía que estar libre antes de que eso sucediera. Antes de que el ultimo trozo de mi plan cayera en su lugar.

El grupo regresaría sin mí. Y para mantener esa ilusión de fuerza, Tamlin e Ianthe mentirían sobre a donde me había ido.

Y tal vez un día o dos después de eso, uno de los centinelas revelaría la noticia, una trampa cuidadosamente tendida que había envuelto en su mente como uno de mis engaños.

Había huido por mi vida, después de haber sido casi asesinada por el príncipe y princesa de Hiberno. Había plantado imágenes en su cabeza de mi brutalizado cuerpo, las marcas consistentes con lo que Dagdan y Brannagh ya habían revelado como su estilo. Los describiría a detalle, describiría como me ayudo a escapar antes de que fuera demasiado tarde.

Como corrí por mi vida cuando Tamlin e Ianthe se negaron a intervenir, por arriesgar su alianza con Hiberno.

Y cuando el centinela revelara la verdad, ya siendo capaz de callarse de como había sido encubierto mi triste destino por Tamlin e Ianthe, así como Tamlin se había puesto del lado de Ianthe el día que habían azotado al centinela...

Cuando describiera lo que Hiberno me había hecho, a su Rompemaldiciones, su recién nombrada Bendecida por el Caldero, antes de que huyera por mi vida...

No habría más alianza. Porque no habría centinela ni habitante en esta Corte que permaneciera con Tamlin o Ianthe después de esto. Después de mí.

Me agaché en mi tienda para agarrar mi mochila, mis pasos ligeros y rápidos. Escuchando, apenas respirando, escaneé el campamento, los bosques.

Me tomé unos segundos más para robar el tahalí de cuchillos de Tamlin que los había dejado dentro de su tienda. Le estorbaban mientras usaba un arco y flecha, me había explicado en la mañana.

Casa. Iba a casa.

No me molesté en mirar hacia atrás al campamento mientras pasaba la línea de árboles hacia el norte. Si me tamizaba sin parar entre saltos, estaría en las colinas en una hora, y desaparecería en una de las cuevas poco después.

Lo hice por alrededor de unos cien metros dentro del cobijo de los árboles antes de detenerme.

Oí a Lucien primero.

—Apártate.

Una baja risa femenina.

Todo en mí se quedó quieto y frío ante ese sonido. Lo había oído una vez antes, en la memoria de Rhysand.

Sigue adelante. Están distraídos, por horrible que sea.

Sigue adelante, sigue adelante, sigue adelante.

—Pensé que me buscarías después del Rito —ronroneó Ianthe. No podían estar a más de treinta metros entre los árboles. Lo suficientemente lejos para no oír mi presencia, si era bastante cuidadosa.

—Estaba obligado a realizar el Rito —replicó Lucien—. Esa noche no fue producto del deseo, créeme.

—Nos divertimos.

—Ahora soy un macho con compañera.

Cada segundo era el sonido de mi toque de muerte. Había preparado todo para irme, hace tiempo que dejé de sentir cualquier tipo de culpa o duda sobre mi plan. No con Alis ahora a salvo.

Y sin embargo...

—No actúas de esa manera con Feyre. —Una amenaza envuelta en seda.

—Estas equivocada.

—¿De verdad? —Las ramas y las hojas crujían, como si lo estuviera rodeando—. Pones tus manos sobre ella.

Había hecho demasiado bien mi trabajo, provocaba demasiado sus celos en cada instante en que había encontrado maneras de hacer que Lucien me tocara en su presencia, en presencia de Tamlin.

—No me toques —gruñó él.

Y entonces me estaba moviendo.

Enmascaré el sonido de mis pisadas, silenciosa como una pantera mientras me dirigía al preso claro donde estaban.

Donde estaba Lucien, de espaldas a un árbol, dos bandas gemelas de piedra azul encadenadas alrededor de sus muñecas.

Las había visto antes. En Rhys, para inmovilizar su poder. Piedra tallada en la tierra podrida de Hiberno, capaz de anular la magia. Y en este caso... para sostener a Lucien contra ese árbol mientras Ianthe lo observaba como una serpiente antes de una comida.

Ella deslizó una mano sobre las amplias divisiones de su pecho, su estómago.

Y los ojos de Lucien me vieron cuando surgí de entre los árboles, el miedo y la humillación enrojecieron su dorada piel.

—Es suficiente —dije.

Ianthe giró su cabeza hacia mí. Su sonrisa era inocente, tonta. Pero la vi notar la mochila, el tahalí de Tamlin. Descartados.

—Estábamos en mitad de un juego. ¿No es así, Lucien?

El no respondió.

Y la vista de esos grilletes en él, como fuera que lo hubiera atrapado, su mano todavía sobre su estómago...

—Volveremos al campamento cuando hayamos terminado —dijo ella, volviéndose hacia él. Su mano se deslizó más abajo, no por su propio placer, sino simplemente para lanzarme a la cara que ella podía.

Golpeé.

No con mis cuchillos o magia, sino con mi mente.

Rompí el escudo que había mantenido a su alrededor para evitar el control de los gemelos y me metí en su conciencia.

Una máscara sobre una cara en descomposición. Eso es lo que era estar en el interior esa bella cabeza y encontrar sus horribles pensamientos. Un rastro de hombres con los que había usado su poder o forzarlos directo a la cama, convencida de su derecho sobre ellos. Me aparté contra el tirón de esos recuerdos, dominándome.

—Aparta tus manos de él.

Lo hizo.

—Libéralo.

La piel de Lucien se drenó de color cuando Ianthe me obedeció, su rostro extrañamente vacío, dócil. Los grilletes de piedra azul golpearon el suelo musgoso.

La camisa de Lucien estaba torcida, el botón superior de sus pantalones ya deshecho.

El rugido que llenó mi mente fue tan fuerte que apenas pude oírme cuando dije:

—Recoge esa roca.

Lucien permaneció presionado contra el árbol. Y observó en silencio mientras Ianthe se inclinaba para recoger una roca gris y áspera del tamaño de una manzana.

—Pon tu mano derecha sobre esa roca.

Ella obedeció, aunque hubo temblor bajó por su espina dorsal.

Su mente se estremeció y luchó contra mí, como un pez fuera del agua. Empujé mis garras mentales más hondo, y una voz en el interior de ella empezó a gritar.

—Golpea tu mano con la roca tan fuerte como puedas hasta que diga que te detengas.

La mano que había puesto en él, sobre tantos otros.

Ianthe levantó la piedra. El primer impacto fue un sonido ahogado y húmedo.

El segundo fue una grieta real.

El tercero sacó sangre.

Su brazo se alzaba y bajaba, su cuerpo se estremecía en agonía.

Y le dije muy claramente:

—Nunca tocarás a otra persona en contra de su voluntad. Nunca te convencerás de que ellos realmente quieren tus insinuaciones, de que están jugando juegos. Nunca conocerás el toque de otra persona a menos que ellos lo inicien, a menos que sea deseado por *ambas* partes.

Golpe, crujido, ruido sordo.

—No recordarás lo que pasó aquí. Les dirás a los demás que te caíste.

Su dedo anular estaba apuntaba en una dirección equivocada.

—Puedes ver a un sanador para que acomode los huesos. Pero no para borrar la cicatriz. Y cada vez que mires esa mano, vas a recordar que tocar a la gente contra su voluntad tiene consecuencias, y si lo haces de nuevo, todo lo que eres dejará de existir. Vivirás con ese temor cada día, y nunca sabrás donde se origina. Solo el temor de que algo te persigue, te caza, que espera por ti, por el instante en que bajes la guardia.

Lágrimas silenciosas de dolor caían por su cara.

—Ya puedes parar.

La ensangrentada piedra cayó sobre la hierba. Su mano no era más que huesos rotos envueltos en piel hecha jirones.

—Esta mañana me debatí en sí debía cortarte la garganta —le dije—. Lo debatí toda la noche mientras dormías a mi lado. Lo he debatido todos los días desde que supe que vendiste a mis hermanas a Hiberno. —Sonreí un poco—. Pero creo que este es un mejor castigo. Y espero que vivas una larga, larga vida, Ianthe y nunca tengas un momento de paz.

La miré por un largo momento, atando el tapiz de palabras y ordenes que había tejido en su mente, y me volví hacia Lucien. Se había arreglado los pantalones y la camisa.

Sus amplios ojos se deslizaron de ella hacía mí, luego hacia la piedra ensangrentada.

—La palabra que estás buscando, Lucien —dijo una voz femenina engañosamente ligera—, es *daemati*.

PARADISE SUMMERLAND
FORO

Corte de ALAS y RUINA

una

Capítulo 10

Traducido por Alixci

Nos giramos hacia Brannagh y Dagdan cuando entraron en el claro, sonriendo como lobos.

Brannagh pasó los dedos por el cabello dorado de Ianthé, chasqueando lengua ante la sangre acumulada en su regazo.

— ¿Vas a alguna parte, Feyre?

Dejé caer mi máscara.

—Tengo lugares donde estar —le dije a la realeza de Hiberno, notando las posiciones de ataque que estaban estableciendo demasiado casualmente a mi alrededor.

— ¿Qué podría ser más importante que ayudarnos? Después de todo, has jurado ayudar a nuestro rey.

Tiempo... hacían tiempo hasta que Tamlin volviera de cazar con Jurian.

Lucien se movió del árbol, pero no hacia mí. Algo como agonía parpadeó en su rostro cuando finalmente notó que había robado el tahalí y la mochila en mis hombros.

—No te debo lealtad a ti —le dije a Brannagh, incluso cuando Dagdan empezó a salir de mi línea de visión—. Soy una persona libre, con permiso para ir a donde quiera y cuando quiera.

— ¿De verdad? —reflexionó Brannagh, deslizando una mano hacia la parte posterior de su cadera. Giré ligeramente para evitar que Dagdan se quedara en mi punto ciego—. Fuiste tan cuidadosa estas semanas, haciendo maniobras tan hábilmente tramadas. No parecías preocuparte de que nosotros hiciéramos lo mismo.

No dejarían que Lucien saliera vivo de este claro. O al menos con su mente intacta.

Pareció darse cuenta de eso al mismo tiempo que yo, comprendiendo que no había manera de que revelaran esto sin que él escapara sabiéndolo.

—Se pueden quedar con la Corte de Primavera —dije, y lo dije en serio—. Caerá de una forma u otra.

Lucien gruñó. Lo ignoré.

—Oh, tenemos intención de hacerlo —dijo Brannagh, sacando la espada de su vaina oscura—. Pero también está tu asunto.

Saqué dos de los cuchillos de lucha Iliriana.

— ¿No te has preguntado por los dolores de cabeza? ¿Por qué parecen las cosas un poco borrosas en cierto vínculo mental?

Mis poderes se habían agotado tan rápido, se habían debilitado y debilitado durante estas semanas.

Dagdan resopló y finalmente miró a su hermana.

—Le doy diez minutos antes de que la manzana empiece.

Brannagh rio entre dientes, pateando el grillete de piedra azul.

—Primero le dimos a la sacerdotisa el polvo. Piedra de faebane aplastada, tierra tan fina que no se podía ver, ni oler o probar en tu comida. Añadía un poco cada vez, nada sospechoso, no demasiado, para no ahogar todos tus poderes a la vez.

La inquietud comenzó a apretar mi intestino.

—Hemos sido daemati durante mil años, muchacha —se burló Dagdan—. Pero ni siquiera necesitamos deslizarnos en su mente para conseguir que ella aceptara nuestra oferta, pero tú... que esfuerzo has supuesto con tu intento de protegerlos a todos.

La mente de Dagdan se lanzó a por la de Lucien, una flecha oscura disparada entre ellos. Abrí un escudo entre los dos. Y mi cabeza—mis huesos dolieron.

—Qué manzana... —dije.

—La que metiste en tu garganta hace una hora —dijo Brannagh—. Cultivadas y cuidadas en el jardín personal del rey, alimentadas con una dieta constante de agua atada a una faebane. Suficiente para eliminar tus poderes durante unos días seguidos, sin la necesidad de grilletes. Y aquí estas, pensando que nadie se había dado cuenta de que planeabas irte hoy. —Volvió a chasquear su lengua—. Nuestro tío estaría muy disgustado si permitiéramos que eso pasara.

Me estaba quedando sin tiempo. Podía ganar, pero luego abandonaría a Lucien si de alguna manera no pudiera arreglárselas por sí mismo con el faebane de la comida en el campamento en su sistema.

Abandonarlo. Yo debería y *podría* dejarlo.

Sus ojos rojizos brillaron.

—Vete.

Hice mi elección

Exploté en noche, humo y sombras.

E incluso mil años no fueron suficientes para que Dagdan se preparara adecuadamente mientras me tamizaba frente a él y lo golpeaba.

Corté la parte delantera de su armadura de cuero, no lo suficientemente profunda como para matar, y mientras el acero se atoraba en la placa, él se giró expertamente, obligándome a exponer mi lado derecho o a perder el cuchillo.

Volví a tamizarme. Esta vez, Dagdan fue conmigo.

No estaba peleando contra los ignorantes secuaces de Hiberno. No estaba peleando contra el Attor y los de su clase en las calles de Velaris, Dagdan era un príncipe de Hiberno, un comandante.

Luchaba como uno.

Tamizar. Golpear. Tamizar. Golpear

Éramos un torbellino negro de acero y sombra a través del claro, y meses de entrenamiento brutal con Cassian hicieron clic en su lugar mientras mantenía mis pies debajo de mí.

Tenía la vaga sensación de que Lucien estaba boquiabierto, incluso Brannagh se sorprendió por mi demostración de habilidad contra su hermano.

Pero los golpes de Dagdan no eran duros, no, eran precisos y rápidos, pero él no se lanzó totalmente.

Compraba tiempo. Esperando hasta que mi cuerpo absorbiera por completo esa manzana y su poder me hiciera casi mortal.

Así que lo golpeé donde era más débil.

Brannagh gritó cuando una pared de fuego la golpeó.

Dagdan perdió su concentración durante todo un latido de corazón. Su rugido mientras me hundía profundamente en su abdomen sacudió los pájaros de los árboles.

—Pequeña perra —escupió, esquivando mi siguiente golpe mientras el fuego se despejaba y Brannagh quedaba al descubierto sobre sus rodillas. Su escudo físico había sido descuidado, ella pensaba que atacaría su mente.

Estaba temblando, jadeando de agonía. El olor de la piel quemada ahora nos llegaba directamente desde su brazo derecho, sus costillas, su muslo.

Dagdan se lanzó hacia mí de nuevo, y yo levanté ambos cuchillos para encontrarme con su espada.

Esta vez no tiró el golpe.

Sentí su eco en cada centímetro de mi cuerpo.

Sentí también el creciente y sofocante silencio. Lo había sentido antes, ese día en Hiberno.

Brannagh se levantó con un grito agudo.

Pero Lucien estaba allí.

Estaba totalmente enfocada en mí, en tomar mi belleza como yo había quemado la suya, Brannagh no lo vio cuando se tamizó hasta que fue demasiado tarde.

Hasta que la espada de Lucien refractó la luz del sol que escapaba por el dosel. Y luego se encontraron con carne y hueso.

Un temblor sacudió el claro—como el hilo entre los gemelos que había sido cortado mientras la cabeza oscura de Brannagh golpeaba la hierba.

Dagdan gritó y se lanzó hacia Lucien, atravesando los quince metros entre nosotros.

Lucien apenas había sacado su hoja del cuello cortado de Brannagh cuando Dagdan estuvo delante de él, la espada adelantada para empujarla por su garganta. Lucien solo tuvo tiempo suficiente para esquivar por poco golpe mortal de Dagdan.

Yo tuve el suficiente tiempo para detenerlo.

Detuve la hoja de Dagdan haciéndola a un lado con un cuchillo y los ojos del macho se abrieron de par en par mientras me tamizaba entre ellos y perforaba su ojo. Directamente al fondo del cráneo.

Hueso y sangre y tejidos suaves se rasgaron y deslizaron a lo largo de la hoja, la boca de Dagdan todavía estaba abierta con sorpresa mientras sacaba el cuchillo.

Lo dejé caer encima de su hermana, el golpe de carne golpeando carne fue el único sonido.

Me limité a mirar a Ianthe, mi poder goteando, un espantoso dolor en mi estómago, e hice mi última orden, enmendando mis anteriores.

—Diles que los maté. En defensa propia. Después de que me hicieron tanto daño mientras tú y Tamlin no hacían *nada*. Incluso cuando te torturen por la verdad, diles que huí después de matarlos, para salvar a esta Corte de sus horrores.

En blanco, ojos vacíos fueron mi única respuesta.

—Feyre.

La voz de Lucien era un gruñido ronco.

Simplemente limpié mis dos cuchillos sobre la espalda de Dagdan antes de ir a recuperar mi bolsa.

—Vas a volver. A la Corte Oscura.

Me coloqué la bolsa sobre el hombro y finalmente lo miré.

—Sí.

Su rostro bronceado se había vuelto pálido. Pero miró a lanthe, los dos príncipes muertos.

—Voy contigo.

—No. —Fue todo lo que dije, dirigiéndome hacia los árboles.

Un calambre se formó en lo profundo de mi vientre. Tenía que escapar, tenía que usar lo último de mi poder para llegar a las colinas.

—No lo lograrás sin magia —me advirtió.

Apretar los dientes contra el dolor agudo en mi abdomen mientras reunía todas mis fuerzas para tamizarme a esas lejanas colinas. Pero Lucien me agarró del brazo y me detuvo.

—Voy contigo —dijo de nuevo, el rostro salpicado de sangre tan brillante como su cabello—. Voy a recuperar a mi compañera.

No había tiempo para ese argumento. Para la verdad, la discusión y las respuestas que vi desesperadamente quería.

Tamlin y los demás ya tendrían que haber escuchado los gritos.

—No me hagas arrepentirme —le dije.



Sangre cubrió el interior de mi boca cuando llegamos a las colinas horas más tarde.

Estaba jadeando, mi cabeza palpitaba, mi estómago era un nudo torcido de dolor.

Lucien se encontraba apenas mejor, su tamización igual de temblorosa que la mía antes de detenernos entre el verde y se dobló, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Se ha ido —dijo jadeando para respirar—. Mi magia, ni una brasa. Deben habernos envenenado a todos nosotros hoy.

Y me dio una manzana envenenada solo para asegurarse de que me mantendría controlada.

Mi poder se alejó de mí como una ola regresando de la orilla. Sólo que no había vuelta. Simplemente se iba más y más lejos dentro un mar de nada.

Miré el sol, ahora del ancho de una mano sobre el horizonte, sombras ya espesas y pesadas entre las colinas. Tomé mi rumbo, repasando el conocimiento que había recopilado durante estas semanas.

Caminé hacia el norte, balanceándome. Lucien me agarró del brazo.

— ¿Vas a tomar una puerta?

Deslicé mis ojos doloridos hacia él.

—Sí.

Las puertas-cuevas, así las llaman—esos huecos que llevaban a otros lugares de Prythian. Había tomado uno directo a Bajo la montaña. Ahora tomaría uno que me llevara a casa. O lo más cerca que pudiera. No existía ninguna puerta a la Corte Oscura, aquí o en cualquier lugar.

Y no arriesgaría a mis amigos trayéndolos aquí a rescatarme. No importaba que el vínculo entre Rhys yo... apenas pudiera sentirlo.

Un entumecimiento se extendió a través de mí. Necesitaba salir... ahora.

—El portal de la Corte de Otoño es por ahí. —Advertencia y reproche.

—No puedo ir a Verano. Me matarán si me ven.

Silencio. Soltó mi brazo. Tragué, mi garganta estaba tan seca que apenas podía hacerlo.

—La otra única puerta conduce Bajo la montaña. Cerramos todas las otras entradas. Si vamos allí, podríamos terminar atrapados... o tendríamos que regresar.

—Entonces vamos a la de Otoño. Y de allí.... —me detuve antes de terminar. *Casa*. Pero Lucien lo capto de todos modos. Y pareció darse cuenta entonces, que eso es lo que era la Corte Oscura. *Casa*.

Casi podía ver la palabra en su ojo rojizo mientras sacudía su cabeza. Más *tarde*.

Le di un silencioso movimiento de cabeza. Sí, más tarde, lo sacaríamos todo.

—La Corte de Otoño será tan peligrosa como la de Verano —advirtió.

—Solo necesito un lugar para esconderme, para esconderme hasta... hasta que pueda volver a tamizarme.

Un débil zumbido y toque llenaron mis odios. Y sentí que mi magia desaparecía por completo.

—Conozco un lugar —dijo Lucien caminando hacia la cueva que nos llevaría a su casa.

A las tierras de la familia que lo habían traicionado como esta Corte había traicionado a la mía.

Corrimos por las colinas, rápidos y silenciosos como sombras.

La cueva de la Corte de Otoño había quedado sin vigilancia. Lucien me miró por encima del hombro como para preguntarme si yo también había sido responsable de la falta de guardias que siempre estaban aquí.

Le di otro asentimiento. Me había metido en sus mentes antes de que nos hubiéramos ido, asegurándonos que esta puerta quedaría abierta. Cassian me había enseñado a tener siempre una segunda ruta de escape. Siempre.

Lucien hizo una pausa ante la oscuridad de la boca de la cueva, la negrura como un dragón preparado para devorarnos a los dos. Un musculo se apretó en su mandíbula.

Le dije:

—Quédate si quieres. Lo hecho, hecho está.

Porque Hiberno vendría, ya estaba aquí. Lo había debatido durante semanas, si era mejor reclama la Corte de Primavera nosotros mismos o dejarla caer ante nuestros enemigos.

Pero no podía permanecer neutral, una barrera entre nuestras fuerzas en el Norte y los humanos en el Sur. Habría sido fácil llamar a Rhys y Cassian, para que este último trajera una legión Iliriana para reclamar el territorio cuando era más débil después de mis propias maniobras. Dependiendo de la cantidad de movilidad que Cassian tuviera, si todavía se estaba curando.

Sin embargo, entonces tendríamos un territorio, con otras cinco cortes entre nosotros. La simpatía pudo influir en la Corte de Primavera, otros podrían unirse a Hiberno contra nosotros, considerando nuestra conquista como prueba de nuestra maldad. Pero si Primavera caía a manos de Hiberno... Podríamos reunirnos con las otras cortes. Cargando como uno contra el norte, atraer a Hiberno.

—Tenías razón —comento por fin Lucien—. Esa chica que conocí murió Bajo la montaña.

No estaba segura si era un insulto. Pero asentí de todas formas.

—Al menos podemos estar de acuerdo en eso. —Entré en el frío y oscuridad.

Lucien saltó a mi lado mientras caminábamos bajo el arco de piedra esculpida y cruda, con nuestras espadas en alto mientras dejábamos atrás el calor y el verdor de la eterna primavera.

Y en la distancia, tan débil que pensé haberlo imaginado, un rugido de bestia dividió la tierra.

PARADISE SUMMERLAND
FORO

Segunda Parte

Bombemaldiciones

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 11

Traducido por Alixci

El frío fue lo que me golpeó primero.

Frío fresco y crujiente, unido a barro y cosas putrefactas. En el crepúsculo, el mundo más allá de la estrecha boca de la cueva era un enredo de rojo, dorado, marrón y verde, los árboles gruesos y viejos, el suelo cubierto de piedras y rocas que proyectaban largas sombras.

Salimos, espadas afuera, apenas respirando más allá de un goteo de aire.

Pero no había ningún centinela de Otoño que custodiara la entrada al reino de Beron, ninguno que pudiéramos ver u oler.

Sin mi magia, estaba ciega de nuevo, incapaz de lanzar una red de conciencia a través de los árboles antiguos y vibrantes para captar cualquier rastro de mentes Fae cercanas.

Totalmente indefensa. Así como había estado antes. Cómo había sobrevivido tanto tiempo sin eso... no quería considerarlo.

Nos deslizamos con suaves pisadas de gato sobre el musgo, piedra y madera, con nuestro aliento mezclándose frente a nosotros.

Sigue moviéndote, sigue caminando hacia el norte. Rhys ya tendría que haberse dado cuenta de que nuestro vínculo se había oscurecido, probablemente intentaba averiguar si lo había planeado. Si valía la pena el riesgo de revelar nuestros planes para encontrarme.

Pero hasta que lo hiciera... hasta que pudiera oírme, me encontrara...tenía que seguir moviéndome.

Así que dejé que Lucien encabezara el camino, deseando poder al menos cambiar mis ojos a algo que pudiera perforar la madera oscura. Pero mi magia estaba inmóvil y congelada. Una muleta de la que me había vuelto demasiado dependiente.

una CORTE de ALAS y RUINA

Escogimos nuestro camino a través del bosque, el frío aumentaba con cada rayo de luz que desaparecía.

No habíamos hablado desde que entramos en esa cueva entre las cortes. Por la rigidez de sus hombros, el severo ángulo de su mandíbula mientras se movía con pasos silenciosos y firmes, sabía que solo nuestra necesidad de sigilo mantuvo a raya lo que hervía por preguntar.

La noche estaba totalmente alzada, la luna todavía no había salido, cuando nos condujo a otra cueva.

Retrocedí ante la entrada.

Lucien se limitó a decir con voz plana y tan helada como el aire:

—No conduce a ninguna parte. Se curva en la parte de atrás, nos mantendrá fuera de la vista.

Sin embargo, dejé que entrara él primero.

Cada miembro y movimiento se volvió lento, doloroso. Pero me arrastré hasta la cueva, y giré dentro de la curva como había indicado.

Pateé una piedra, y me encontré mirando algún tipo de campamento improvisado.

La vela que Lucien había encendido estaba puesta en una cornisa de piedra natural y en el suelo cercano habían tres sacos de dormir y mantas viejas cubiertas de hojas y telarañas. Una pequeña fogata estaba en el centro, el techo de encima estaba carbonizado.

Nadie había estado aquí en meses. Años.

—Solía quedarme aquí mientras cazaba. Antes... de que me fuera —dijo, examinando un libro lleno de polvo que estaba en la repisa de piedra junta a la vela. Soltó el libro de un golpe—. Es solo para la noche. Encontraremos algo para comer en la mañana.

Levanté el saco para dormir más cercano y lo sacudí unas cuantas veces, hojas y nubes de polvo volaron antes de ponerlo en el suelo.

—Realmente planeaste eso —dijo por fin.

Me senté en el saco de dormir y comencé a ordenar mi mochila, sacando la ropa más cálida, comida y los suministros que Alis había colocado en su interior.

—Sí.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Olfateé la comida, preguntándome si tenía faebane. Podría estar en todo.

—Es demasiado arriesgado comerlo —admití, evadiendo su pregunta.

Lucien no estaba de acuerdo con eso.

—Lo sabía. Sabía que estabas mintiendo en el momento en que soltaste esa luz en Hiberno. Mi amiga de la Corte Amanecer tiene el mismo poder, su luz es idéntica. Y no hace nada de lo que dijiste, mentiste sobre eso.

Empujé mi mochila fuera de mi cama.

—Entonces, ¿por qué no le dijiste? Eres su perro fiel en todos los sentidos.

Su ojo parecía hervir a fuego lento. Como si estar en sus tierras sacaran el mineral fundido a la superficie, incluso con su poder apagado.

—Me alegro de que al menos te quitaras la máscara.

De hecho, le dejé verlo todo—no alteré mi rostro o lo moldeé en nada más que frialdad.

Lucien resoplo.

—No lo dije por dos razones. Uno, sería como golpear a un macho ya caído. No podía quitarle esa esperanza. —Rodé mis ojos—. Dos —dijo bruscamente—, sabía que si estaba en lo cierto y le decía, encontrarías una manera de asegurarte de que nunca la viera a ella.

Mis uñas se clavaron en mis palmas con fuerza suficiente para lastimarme, pero permanecí sentada en el saco para dormir mientras le descubría mis dientes.

—Y es por eso que estás aquí. No porque sea correcto y él siempre haya estado equivocado, sino para que puedas obtener lo que crees que se te debe.

—Es mi compañera y está en las manos de mi enemigo...

—No ha sido un secreto que Elain está a salvo y cuidada.

—Y se supone que debo creerte.

—Sí —siseé—. Deberías. Porque si yo creyera por un momento que mis hermanas están en peligro, ningún Gran Señor o rey me hubiera impedido ir a salvarlas.

Solo sacudió su cabeza, la luz de las velas bailó sobre su cabello.

—Tienes el descaro de cuestionar mis prioridades con respecto a Elain, pero ¿cuál fue *tú* motivo en lo que a mí se refiere? ¿Planeabas perdonarme por algún tipo amistad genuina, o simplemente por temor a lo que ella podía hacer?

No respondí

— ¿Y bien? ¿Cuál era tu plan para mí antes de que Ianthe interfiriera?

Tiré de un hilo perdido en el saco.

—Habrías estado bien —fue todo lo que dije.

— ¿Y qué hay de Tamlin? ¿Planeabas matarlo antes de irte y simplemente no tuviste la oportunidad?

Rompí el hilo suelto del saco.

—Lo pensé.

— ¿Pero?

—Pero creo que dejar que su corte se derrumbe a su alrededor es un mejor castigo. Ciertamente mejor que una muerte fácil. —Saqué el tahalí de cuchillos de Tamlin, raspando el cuero contra el suelo de piedra.

—Eres su emisario... seguramente sabrás que cortarle la garganta, por satisfactoria que sea, no nos ganaría muchos aliados en esta guerra.

No, daría a Hiberno demasiadas entradas para eliminarnos.

Se cruzó de brazos. Empujando para una buena y larga lucha. Antes de que pudiera hacerlo, dije:

—Estoy cansada. Y nuestras voces hacen eco. Hagámoslo cuando no sea probable que nos capturen y maten.

Su mirada era de hierro.

Pero lo ignoré mientras me acurrucaba en el saco de dormir, el material rebosaba de polvo y podredumbre. Me puse mi capa sobre mí, pero no cerré los ojos.

No me atrevía a dormir, no cuando él podía cambiar de opinión. Sin embargo, acostada, sin moverme, sin pensar... Algo de la opresión en mi cuerpo se alivió.

Lucien apagó la vela y escuché los sonidos de él acostándose también.

—Mi padre te cazaré por tener su poder si te descubre —dijo a la fría oscuridad—. Y te matara por aprender a manejarlo.

—Puede ponerse en la fila —fue todo lo que dije.

Mi agotamiento era una manta sobre mis sentidos mientras la luz gris manchaba las paredes de la cueva.

Había pasado la mayor parte de la noche tiritando, sacudiéndome a cada instante y el sonido en el bosque afuera, consciente de los movimientos de Lucien en su saco.

Con su propia cara ojerosa cuando se sentó, supe que no había dormido tampoco, quizás preguntándose si lo abandonaría. O si su familia nos encontraría primero. O la mía.

Nos medimos el uno al otro.

—¿Qué sigue? —rugió, frotando una mano ancha sobre su rostro.

Rhys no había venido, no había oído un susurro de él por el vínculo.

Senti mi magia, pero sólo las cenizas me saludaron.

—Nos dirigimos al norte —le dije—. Hasta que el faebane este fuera de nuestro sistema y podamos tamizarnos. —O pueda contactar a Rhys y los demás.

—La corte de mi padre está situada hacia el norte. Tendremos que ir por el este u oeste para evitarlo.

—No. Eso nos llevaría demasiado cerca de la frontera con la Corte de Verano. Y no perderé mi tiempo al ir demasiado lejos al oeste. Vamos directo hacia el norte.

—Los centinelas de mi padre nos verán fácilmente.

—Entonces tendremos que permanecer invisible —dije levantándome.

—Dejé la última comida contaminada en mi mochila. Que los carroñeros se la queden.



Caminar a través de los bosques de la Corte de Otoño parecía como entrar en una caja de joyas.

Incluso con todo lo que potencialmente nos cazaba ahora, los colores eran tan vivos que era un esfuerzo no mirarlos boquiabierto.

A media mañana, la escarcha se había derretido bajo el caluroso sol, revelando lo que podíamos comer. Mi estómago gruñía a cada paso, y el pelo rojo de Lucien brillaba como las hojas sobre nosotros mientras exploraba los bosque por cualquier cosa que llenara nuestras entrañas.

Sus bosques, por sangre y ley. Era un hijo de este bosque, y aquí... Parecía hecho de él. Por él. Incluso ese ojo de oro.

Lucien finalmente se detuvo en un arroyo de jade atravesando un barranco flanqueado por granito, un lugar que afirmaba haber sido rico en truchas.

Estaba en proceso de construir una rudimentaria caña de pescar cuando entró en el arroyo, se quitó las botas y dobló sus pantalones hasta las rodillas, y cogió uno con sus propias manos. Se había atado el cabello, unos cuantos hilos caían sobre su rostro mientras se lanzaba de nuevo y

arrojaba una segunda trucha al banco de arena donde yo había estado tratando de encontrar un sustituto para el hilo de la caña de pesca.

Permanecimos en silencio mientras los peces finalmente dejaban de aletear, sus lados atrapando y reluciendo con todos los colores tan brillantes por encima de nosotros.

Lucien los recogió por la cola, como si lo hubiera hecho miles de veces. Podría muy bien haberlo hecho, justo aquí en este arroyo.

—Los limpiaré mientras empiezas el fuego. —A la luz del día, el resplandor de las llamas no se notaría. Aunque el humo... un riesgo necesario.

Trabajamos y comimos en silencio, el fuero crepitante ofreciendo la única conversación.



Caminamos hacia el norte durante cinco días y apenas intercambiamos una palabra.

La casa de Beron era tan enorme que nos tomó tres días entrar, atravesar y salir.

Lucien nos condujo por las afueras, tenso con cada ruido y crujido.

La casa del bosque era un complejo extenso, Lucien me informó durante las pocas veces que nos arriesgamos o molestamos en hablar. Se había construido en y alrededor de los árboles y rocas, y solo sus niveles más altos eran visibles por encima del suelo. Por debajo, había algunos niveles de túnel en la piedra. Pero su expansión generó su tamaño. Podrías caminar de un extremo de la casa a la otra y te llevaría la mitad de la mañana. Había capas y círculos de centinelas sonando, en los árboles, en el suelo, encima de las tejas cubiertas de musgo y en las piedras de la propia casa.

Ningún enemigo se acercaba a la casa de Beron sin su conocimiento. Ninguno se iba sin su permiso.

Sabía que habíamos pasado más allá del mapa conocido por Lucien de sus rutas de patrulla y estaciones cuando sus hombros se hundieron.

Los míos ya se habían desplomado.

Apenas había dormido, solo me permití hacerlo cuando la respiración de Lucien se hacía de un ritmo diferente, más profunda. Sabía que no podía seguir así por mucho tiempo, pero sin la capacidad de hacer escudos, de detectar cualquier peligro...

Me preguntaba si Rhys me estaba buscando. Si había notado el silencio.

Debería haber enviado un mensaje. Decirle que me iba y cómo encontrarme.

El faebane—por eso el vínculo estaba apagado. Quizás debería haber matado a Ianthe por completo.

Pero lo hecho, hecho estaba.

Había llenado mi bolsa con lo que podía caber dentro. Dos corazones ya estaban tirados junto a mí, el olor dulce y podrido tan calmado como el zumbido de las abejas que se acercaban a las manzanas caídas. Una tercera manzana ya estaba preparada y lista para comer encima de mis piernas extendidas.

Después de lo que habían hecho los príncipes de Hiberno, debería odiar las manzanas para siempre, pero el hambre siempre había borrado las líneas.

Lucien, sentado a unos pocos metros de distancia, tiró su cuarta manzana entre los arbusto mientras yo mordía la mía.

—Las tierras de cultivo y los campos están cerca —anunció—. Tendremos que permanecer fuera de la vista. Mi padre no les paga bien por sus cosechas, y los campesinos querrán cualquier moneda extra que puedan.

— ¿Incluso vendiendo la ubicación de uno de los hijos del Gran Señor?

— *Especialmente* de esa forma.

— ¿No les caes bien?

Su mandíbula se tensó.

—Como el más joven de siete hijos, yo no era particularmente necesario o querido. Quizás fue algo bueno. Fui capaz de estudiar por más tiempo de lo que mi padre le permitía a mis hermanos antes de empujarlos por la puerta para gobernar sobre algún territorio dentro de nuestras tierras, y podía entrenar por el tiempo que quisiera, ya que nadie creía que sería bastante tonto como para matar la larga lista de herederos. Y cuando me aburrí de estudiar y luchar... aprendí lo que podía de la tierra de su pueblo. También aprendí sobre la gente.

Se puso de pie con un gemido. Su cabello despeinado brilló con brillantes tonos de sangre y vino a medida que el sol del mediodía se oponía.

—Yo diría que eso suena más a un Gran Señor, que la vida de un ocioso e indeseado hijo.

Me lanzó una larga mirada. .

— ¿Crees que fue el mero odio el que incitó a mis hermanos a hacer todo lo posible por romperme y matarme?

A pesar de mí, un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Terminé la manzana y la tiré, arrancando otra de una rama baja.

— ¿La deseas, la corona de tu padre?

—Nadie me ha preguntado eso —pensó Lucien mientras seguíamos adelante, esquivando manzanas caídas y podridas. El aire era dulce y pegajoso—. El derramamiento de sangre que se requiere para ganar esa corona no valdría la pena. Tampoco su penosa corte. Ganaría una corona, solo para gobernar a gente astuta y de dos caras.

—Señor de los Zorros —dije, resoplando mientras recordaba la máscara que había usado una vez. —Pero nunca contestaste a mi pregunta de por qué la gente de aquí te vendería.

El aire se iluminó y un dorado campo de cebada onduló hacia una lejana línea de árboles.

—Después de lo de Jesminda, lo harían.

Jesminda. Nunca había pronunciado su nombre.

Lucien se deslizó entre los tallos, moviéndolos.

—Era una de ellos. —Las palabras eran apenas audibles sobre la cebada—. Y cuando no la protegí... Fue una traición a su confianza, también. Hui a algunas de sus casas mientras huía de mis hermanos. Me dieron la espalda por lo que había dejado que le pasara.

Olas de oro y marfil nos rodearon, el cielo de un azul nítido.

—No puedo culparlos por ello —dijo.



Al final de la tarde pasamos por el valle. Cuando Lucien se ofreció a detenerse para pasar la noche, insistí en que continuáramos, justo en las empinadas colinas que saltaban hacia las montañas cubiertas de nieve que marcaban el inicio de la zona que compartían con la Corte de Invierno. Si pudiéramos pasar la frontera en un día o dos, tal vez mis poderes regresarían lo suficiente como para ponerme en contacto con Rhys, o para tamizarme el resto del camino a casa.

La caminata no era fácil.

Grandes y escarpadas piedras formaban la subida, manchadas de musgo y largas y blancas hierbas que silbaban como víboras. El viento rasgó nuestro cabello, la temperatura bajaba mientras más alto subíamos.

Esta noche... Podríamos tener que arriesgarnos a hacer una fogata esta noche. Sólo para seguir con vida.

Lucien estaba jadeando mientras escalábamos una enorme roca, el valle que se extendía por detrás, el bosque enredado en un río más allá. Tenía que haber un paso al alcance, en algún punto fuera de la vista.

— ¿Cómo es que no estás sin aliento? —jadeó, arrastrándose hacia la superficie plana.

Empujé hacia atrás mi cabello que se había desprendido de mi trenza para azotarme el rostro.

—Entrené.

—Me di cuenta de eso cuando agarraste a Dagdan y te alejaste.

—Tuve el elemento sorpresa de mi lado.

—No —dijo Lucien en voz baja mientras yo buscaba un punto de apoyo en la siguiente roca—. Esa fuiste tú. —Mis uñas ladraron mientras clavaba mis dedos en la roca y me levantaba. Lucien agregó—: Salvaste mi trasero, el de ellos, el de Ianthe. Gracias.

Las palabras golpearon algo en mi intestino, y me alegré por el viento que seguía rugiendo a nuestro alrededor, aunque solo fuera para ocultar el ardor en mis ojos.

Dormí, por fin.

Con el fuego crujiendo en nuestra última cueva, el calor y la lejanía relativa fueron suficientes para arrastrarme por fin.

Y en mis sueños, creo que nadé por la mente de Lucien, como si alguna pequeña brasa de mi poder estuviera regresando al fin.

Soñé con nuestro acogedor fuego, y las paredes escarpadas, todo el espacio apenas lo suficientemente grande como para caber nosotros y el fuego. Soñé con el aullido, la noche oscura, de todos los sonidos que Lucien tan cuidadosamente recolectó mientras vigilaba.

Su atención se deslizó hacia mí un momento y se demoró.

No sabía cuán joven, cuán humana me veía mientras dormía. Mi trenza era una cuerda sobre mi hombro, mi boca ligeramente separada, mi rostro demacrado por pocos días de descanso y comida.

Soñé que se quitó la capa y la puso sobre mi manta.

Entonces me fui, fluyendo de su cabeza mientras mis sueños se movían y navegaban por otra parte. Deje que un mar de estrellas me hicieran dormir.



Una mano agarró mi rostro con tanta fuerza que el gemido de mis huesos me sacudió.

—Mira a quien hemos encontrado —dijo una fría voz masculina.

PARADISE SUMMERLAND FORO

Conocía ese rostro, el pelo rojo, la piel pálida, la sonrisa. Conocía las caras de los otros dos machos en la cueva, un Lucien gruñendo atrapado debajo de ellos.

Sus hermanos.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 12

Traducido por Alixci

—Padre —el que sostenía un cuchillo en mi garganta le dijo a Lucien—, se está preguntando porque no te pasaste a saludar.

—Estamos llevando un recado y no podemos retrasarnos —respondió Lucien suavemente, dominándose.

Ese cuchillo se presionó más fuerte en mi piel mientras soltaba una risa sin humor.

—Claro. Se rumorea que ustedes se escaparon juntos, que engañaron a Tamlin. —Su sonrisa se hizo más grande—, no creí que fueras así por dentro, hermanito.

—Estuvo *dentro* de ella, al parecer. —Uno de los otros se río.

Deslicé mi mirada hacia el macho por encima de mí.

—Vas a liberarnos.

—Nuestro estimado padre quiere verte —dijo con una sonrisa de serpiente. El cuchillo no vaciló—. Así que vendrás con nosotros a su casa.

—Eris —advirtió Lucien.

El nombre resonó a través de mí. Sobre mí, a poco centímetros de distancia... El ex prometido de Mor. El hombre que la había abandonado cuando encontró su cuerpo brutalizado en la frontera. El heredero del Gran Señor.

Podría haber jurado ver unas garras fantasmas en mis palmas.

Un día o dos más, y yo podría haber sido capaz de cortarles la garganta. Pero no tenía ese tiempo. Sólo lo tenía el ahora. Tenía que hacer que contara.

Eris simplemente me dijo, frío y aburrido:

CORTE ALAS
una RUINA

—Levántate.

Lo sentí entonces, despertándome como si un palo me hubiera golpeado. Como si el estar aquí, en este territorio, entre sus sanguinarios reyes, de algún modo lo hubiera traído a la vida, hirviendo más allá de ese veneno. Convirtiendo ese veneno en vapor.

Con su cuchillo aún en ángulo contra mi cuello, dejé que Eris me pusiera en pie, los otros dos arrastraron a Lucien antes de que pudiera hacerlo él mismo.

Hacer que cuente. Usar mi entorno.

Atrapé el ojo de Lucien.

Y él vio el sudor que rebordeaba mi sien, mi labio superior, mientras mi sangre se calentaba.

Un leve movimiento de su barbilla fue su única señal de comprensión.

Eris nos llevaría con Beron, y el Gran Señor nos mataría por deporte, nos vendería al mejor postor o nos mantendría indefinidamente. Y después de lo que le habían hecho a la amante de Lucien, lo que le habían hecho a Mor...

—Después de ti, —dijo Eris suavemente, bajando el cuchillo por fin. Me empujó un paso.

Había estado esperando. Equilibrio, me había enseñado Cassian, era crucial para ganar una pelea.

Y como el empujón de Eris me hizo ponerme de forma irregular, me giré impulsándome hacia él.

Retorciéndome, tan rápido que no me vio traspasar su guardia abierta y lleve mi codo a su nariz.

Eris se tambaleó hacia atrás.

La fuego golpeó a los otros dos, y Lucien se precipitó fuera del camino mientras gritaban y caían más profundamente en la cueva.

Desaté cada gota de llama en mí interior, una pared entre nosotros y ellos. Sellando a sus hermanos dentro de la cueva.

—Corre —jadeé pero Lucien ya estaba a mi lado, una mano firme bajo mi brazo mientras hacia esa llama cada vez más caliente. No los mantendría encerrados por mucho tiempo, y de hecho podía sentir el poder de alguien levantándose desafiando el mío.

Pero había otra fuerza que ejercer.

Lucien comprendió al mismo tiempo que yo.

El sudor apareció en la frente de Lucien cuando un pulso de poder azotado por las llamas se estrelló contra las piedras justo encima de nosotros. Polvo y escombros llovieron.

Lancé un poco de magia al siguiente golpe de Lucien.

Y al siguiente.

Cuando la furiosa cara de Eris emergió de mi red de llamas, resplandeciendo como un dios forjado de ira, Lucien y yo tiramos el techo de la cueva.

El fuego estalló por entre las pequeñas grietas como mil lenguas de serpientes en llamas, pero la cueva no tembló mucho.

—Date prisa —dijo Lucien jadeando, y yo no gaste aliento estando de acuerdo mientras nos tambaleábamos en medio de la noche.

Nuestras mochilas, nuestras armas, nuestra comida... todo había quedado dentro de la cueva.

Tenía dos dagas conmigo, Lucien una. Había estado usando mi capa, pero... él me había dado la suya. Se estremecí contra el frío mientras nos arrastrábamos y trepábamos por la ladera de la montaña, y no nos atrevimos a parar.



Si yo siguiera siendo humano, ya estaría muerta.

El frío calaba nuestros huesos, el silbante viento nos azotaba como látigos ardientes. Mis dientes castañeaban, mis dedos estaban tan rígidos que apenas podía agarrar el frío granito mientras nos tambaleábamos por las montañas. Tal vez los dos nos salvábamos de una muerte helada por el núcleo de llama que apenas ardía en nuestras venas.

No hicimos ni una pausa, el temor tácito de que si lo hacíamos, el frío congelaría cualquier calor persistente y nunca más nos volveríamos a mover. O los hermanos de Lucien ganarían terreno.

Intenté, una y otra vez, gritar por el vínculo a Rhys. De tamizarme. De hacer crecer alas e intentar volar fuera del paso de la montaña, a través del que estábamos pasando, la nieve hasta la cintura y tan densamente apretado en lugares que tuvimos que arrastrarnos, nuestra piel se raspó por el crudo hielo.

Pero el asfixiante agarre del faebene aún mantenía la mayor parte de mi poder bajo control.

Teníamos que estar cerca de la frontera de la Corte de Invierno, me dije a mi misma mientras entrecerrábamos los ojos contra una ráfaga de viento helado a través del otro extremo del estrecho paso de la montaña. Cerca, y una vez que estuviéramos ahí, Eris y los demás no se atreverían a poner un pie en territorio de otra corte.

Mis músculos gritaban a cada paso, mis botas empapadas de nieve, mis pies peligrosamente entumecidos. Había pasado suficientes inviernos humanos en el bosque para conocer los peligros de la exposición, la amenaza del frío y la humedad.

Lucien, a un paso detrás de mí, jadeaba con fuerza mientras las paredes de roca y nieve se abrían para revelar una amarga noche estrellada y más montañas al otro lado. Casi lloré.

—Tenemos que seguir —dijo, la nieve cubriendo los mechones de su cabello, y me preguntaba si el sonido me había dejado.

El hielo me hacía cosquillas en mi nariz congelada.

—No duraremos mucho, necesitamos calentarnos y descansar.

—Mis hermanos...

—Vamos a morir si continuamos. —O perder los dedos de las manos y pies en el mejor de los casos. Señalé hacia la ladera de la montaña, una caída peligrosa—. No podemos arriesgarnos a la noche. Necesitamos encontrar una cueva e intentar encender un fuego.

—¿Con *qué*? —replicó—. ¿Ves alguna madera?

Solo seguí adelante. Argumentando solo energía desperdiciada y tiempo.

Y no obtuve una respuesta, de todos modos.

Me pregunté si sobreviviríamos a la noche.



Encontramos una cueva. Profunda y protegida del viento o la vista. Lucien y yo borramos cuidadosamente nuestras huellas, asegurándonos de que el viento soplara a nuestro favor, velando nuestros olores.

Ahí fue donde nuestra suerte se acabó. No encontramos madera, ni fuego en cualquiera de nuestras venas.

Así que utilizamos nuestra única opción, calor corporal. Nos acurrucamos en los confines más lejanos de la cueva, nos sentamos muslo con muslo y brazo con brazo bajo mi capa, temblando de frío y goteando.

Apenas pude oír el grito hueco del viento sobre mis dientes castañeando. Y los de él.

Encuéntrame, encuéntrame, encuéntrame, traté de gritar por el vínculo. Pero la voz torcida de mi compañero no respondió.

Solo estaba el vacío rugiente.

—Háblame de ella... de Elain —dijo Lucien en voz baja. Como si la muerte que se agachaba en la oscuridad junto a nosotros hubiera llevado sus pensamientos también a su compañera.

Pensé no decir nada, temblando demasiado para hablar, pero...

—Ella ama su jardín. Siempre amaba hacer crecer las cosas. Incluso cuando estábamos desamparadas, se las arregló para cuidar un pequeño jardín en los meses más cálidos. Y cuando... cuando nuestra fortuna volvió, plantó y cuidó los jardines más hermosos que jamás he visto. Incluso en Prythian. Volvió locos a los sirvientes porque se suponía que ellos deberían hacer el trabajo y las señoras solo tenían la intención de cortar una rosa aquí y allá, pero Elain se ponía su sombrero y guantes y se arrodillaba sobre la tierra. Actuaba como una dama de pura sangre en todos los aspectos.

Lucien permaneció en silencio durante un largo rato.

—Actuaba —murmuró—. Hablas de ella como si estuviera muerta.

—No sé qué cambió el Caldero. No creo que ir a casa sea una opción. No importa lo que ella pueda anhelar.

—Seguramente Prythian es una alternativa mejor, guerra o no.

Me acerqué antes de decir.

—Ella está comprometida, Lucien.

Sentí que cada centímetro de él se ponía rígido a mi lado.

—A quien.

Palabras planas y frías. Con la amenaza de violencia a fuego lento.

—A un hijo de un Lord humano. El Lord odia los feéricos, ha dedicado su vida y riqueza a cazarlos. A nosotros. Me dijeron que si bien es un enlace de amor, el padre de su prometido estaba dispuesto a tener acceso a su considerable fortuna para continuar su cruzada contra los faes.

—Elain ama al hijo de ese Lord. —No era una pregunta.

—Ella dice que sí. Nesta... Nesta pensó que el padre y su obsesión por matar a los feéricos era lo suficientemente mala como para despertar algunas alarmas. Nunca expresó la preocupación para Elain. Ni yo tampoco.

—Mi compañera está comprometida con un macho humano. —Habló más para sí mismo que para mí.

—Lo siento si...

—Quiero verla. Sólo una vez. Solo... para saber.

—¿Saber qué?

Agarró mi capa húmeda más alto alrededor de nosotros.

—Si vale la pena pelear.

No podía decirle que lo era, de darle ese tiempo de esperanza cuando Elain podría hacer todo lo que estuviera en su poder para mantener su compromiso. Incluso si la inmortalidad lo había hecho imposible.

Lucien apoyó su cabeza contra la pared de roca detrás de nosotros.

—Y luego le preguntaré a tu compañero como sobrevivió, sabiendo que estabas comprometida con otra persona. Compartiendo la cama de otro hombre.

Metí mis manos heladas bajo mis brazos, mirando hacia la penumbra que tenía adelante.

—Dime cuando lo supiste —exigió, su rodilla presionando la mía—. Que Rhysand era tu compañero. Dime cuando dejaste de amar a Tamlin y empezaste a amarlo a él en su lugar.

Elegí no responder.

—¿Qué pasó ahí antes de que te fueras?

Moví mi cabeza, aunque apenas pude distinguir sus facciones en la oscuridad.

—Nunca toqué a Rhysand así hasta meses después.

—Te besó bajo la montaña.

—Tuve tan poca elección en eso como la tuve en el baile.

—Y sin embargo, ese es el macho que amas ahora.

No sabía... No tenía ni idea de la historia personal, los secretos, que habían abierto mi corazón al Gran Señor de la Corte Oscura. No eran mis historias para contar.

—Pensé, Lucien, que te alegrarías por haberme enamorado de mi compañero, dado que estás en la misma situación en la que Rhys estaba hace seis meses.

—Nos *dejaste*. —Nos. No a Tamlin. Nos. Las palabras resonaron en la oscuridad, hacia el viento aullante y azotando la nieve más allá de la curva.

—Te lo dije ese día en el bosque; tú me abandonaste mucho antes de que me marchara físicamente. —Me estremecí de nuevo, odiando cada

punto de contacto, que necesitara tan desesperadamente su calor—. Tú encajas en la Corte de Primavera tanto como yo, Lucien. Disfrutaste de sus placeres y diversiones. Pero no pretendas que no fuiste hecho para algo más que eso.

Su ojo metálico zumbó.

— ¿Y dónde, exactamente, crees que encajaré? ¿La Corte Oscura?

No respondí. No tenía una, honestamente. Como Gran Señora, probablemente podría ofrecerle una posición, si sobrevivíamos el tiempo suficiente para regresar a casa. Lo haría principalmente para evitar que Elain fuera a la Corte de Primavera, pero no tenía ninguna duda de que Lucien sería capaz de arreglárselas contra mis amigos. Y una pequeña y horrible parte de mí disfrutó de la idea de quitarle una cosa más a Tamlin, algo vital, algo esencial.

—Deberíamos salir al amanecer —fue mi única respuesta.



Sobrevivimos a la noche.

Cada parte de mí estaba rígida y dolorida cuando comenzamos nuestra caminata cuidadosa por la mañana. Ni un susurro, ni un rastro de los hermanos de Lucien, ni ningún tipo de vida.

No me importaba, no cuando por fin pasamos por la frontera y llegamos a las tierras de la Corte de Invierno.

Más allá de la montaña, una gran planicie de hielo brillaba en la distancia. Llevaría días cruzarla, pero no importaba, había despertado con suficiente energía en mis venas para calentarnos con una pequeña fogata. Lentamente, muy lentamente, los efectos del faebane disminuyeron.

Estaba dispuesta a apostar que estaríamos a mitad de camino en el hielo para el momento en que pudiéramos tamizarnos de aquí. Si nuestra suerte seguía y nadie más nos encontraba.

Revisé cada lección que Rhys me había enseñado sobre la Corte de Invierno y su Gran Señor, Kallias.

Palacios elevados, exquisitos, llenos de hogueras rugientes y adornados con árboles de hojas perenne. Los trineos tallados eran el medio de transporte preferido de la Corte, arrastrado por el reno de terciopelo, cuyas pezuñas esparcidas eran ideales para el hielo y la nieve. Sus fuerzas estaban bien entrenadas, pero a menudo dependían de los grandes osos blancos que acechaban el reino por cualquier visitante no deseado.

Oré porque ninguno de ellos esperara en el hielo con sus capas perfectamente mezcladas en el terreno.

La relación de la Corte Oscura con la de Invierno era bastante buena, tenue todavía, como lo eran todas nuestras alianzas, después de Amarantha. Después de haber matado a tantos de ellos, incluyendo, recordé con una oleada de náuseas, docenas de niños de la corte de Invierno.

No podía imaginarlo, la pérdida, la rabia y el dolor. Nunca había tenido el valor de preguntarle a Rhys, en aquellos meses de entrenamiento, a quién pertenecían esos niños. Cuáles fueron las consecuencias. Si se consideraba el peor de los crímenes de Amarantha, o sólo uno de tantos innumerables.

Pero a pesar de cualquier tentativa de alianzas, Invierno era uno de las Cortes Estacionales. Podría estar con Tamllin, con Tarquin. Nuestros mejores aliados seguían siendo las Cortes Solares, Amanecer y Día. Pero se extendían mucho hacia el norte, por encima de la línea de conflicto entre las Cortes Solares y Estacionales. Esa porción de tierra sagrada y no reclamada que sostenía Bajo la Montaña.

Y la cabaña de la Tejedora.

Nos habríamos ido antes de que tuviéramos que poner un pie en ese bosque letal y antiguo.

Era otro día y noche antes de que atravesáramos completamente las montañas y pusiéramos un pie en el espeso hielo. Nada crecía, y sólo podía decir cuando estábamos en tierra solido por la densa nieve acumulada debajo. De lo contrario, con demasiada frecuencia, el hielo era claro como el cristal revelando oscuros y profundos lagos debajo.

Al menos no encontramos a ningún oso blanco. Pero la verdadera amenaza, nos dimos cuenta rápidamente, era la absoluta falta de refugio en el hielo, no había ninguno que pudiera ser encontrado contra el viento y

el frío. Y si encendiéramos una fogata con nuestra débil magia, cualquiera que estuviera cerca lo vería. No importa la practicidad de encender una fogata encima de un lago congelado.

El sol se deslizaba por encima del horizonte, manchando la llanura de oro, las sombras aún azotadas de azul, cuando Lucien dijo:

—Esta noche, vamos a derretir un poco de hielo, lo suficiente para suavizar y poder construir una fogata.

Lo consideré. Estábamos apenas a cien metros de lo que parecía ser un lago sin fin. Era imposible saber dónde terminaba.

—¿Crees que estaremos en el hielo durante tanto tiempo?

Lucien frunció el ceño hacia el horizonte manchado por el amanecer.

—Probablemente, pero ¿quién sabe hasta dónde se extiende? —De hecho, la nieve ocultaba mucho del hielo debajo.

—Tal vez haya otra forma de evitarlo —musité, mirando hacia atrás, hacía nuestro campamento abandonado.

Miramos al mismo tiempo. Y ambos miramos las tres figuras que ahora estaban al borde del lago. Sonriendo.

Eris levantó una mano envuelta en llamas.

Llamas, para derretir el hielo sobre el que estábamos.

Capítulo 13

—Corre —dijo Lucien.

No me atreví a quitar mis ojos de sus hermanos. No mientras Eris bajaba esa mano hasta el borde congelado del lago.

—¿Correr a dónde, exactamente?

La carne se encontró con el hielo y el vapor ondulo. El hielo se volvió opaco, descongelando una línea que se dirigió hacia nosotros...

Corrimos. El resbaladizo hielo hizo una carrera nada segura, mis tobillos rugieron por el esfuerzo de mantenerme en pie.

Por delante, el lago se extendía para siempre. Y con el sol apenas despierto, los peligros serían aún más difíciles de detectar.

—*Más rápido* —ordenó Lucien—. ¡No mires! —Ladró cuando comencé a girar la cabeza para ver si nos habían seguido. Lanzó su mano para sujetar mi codo, estabilizándose antes de que pudiera registrar que había tropezado.

A donde iremos a donde iremos a donde iremos

El agua salpicaba debajo de mis botas—hielo descongelado. Eris tendría que gastar todo su poder para atravesar milenios de hielo, o simplemente lo hacía lentamente para torturarnos.

—Zag —jadeó Lucien—. Necesitamos que...

Me empujó a un lado, y me tambaleé con los brazos girando.

Justo entonces una flecha rebotó sobre el hielo en el lugar que había estado de pie.

—*Más rápido* —replicó Lucien, y no dudé.

Me precipité en una carrera plana, Lucien y yo entrando y saliendo del camino del otro mientras esas flechas continuaban llegando. Rociaban

hielo donde aterrizaban, y no importaba lo rápido que corriéramos, el suelo debajo de nosotros se derretía y derretía.

Hielo. Tenía hielo en mis venas, y ahora que estábamos sobre la frontera de la Corte de Invierno...

No me importaba que lo vieran, mi poder. El poder de Kallias. No cuando las alternativas eran mucho peores.

Estiré una mano delante nosotros cuando una mancha empezó a derretirse y el hielo gimió.

Un chorro de hielo se disparó de mi palma, congelando el lago una vez más.

Con cada empuje de mis brazos mientras corría, disparé ese hielo desde mis palmas, solidificando todo lo que Eris trataba de derretir delante de nosotros. Tal vez... quizás podríamos atravesar el lago, y si eran lo suficientemente estúpidos como para estar en la planicie cuando lo lográramos... Si podía formar hielo, ciertamente podría deshacerlo.

Volví a cruzar caminos con Lucien, encontrando sus amplios ojos mientras corríamos y abrí mi boca para contarle mi plan, cuando Eris apareció.

No por detrás. Adelante.

Pero fue el otro hermano a su lado, con la flecha apuntando y volando hacia mí, el que saco un grito de mi garganta.

Me lancé hacia un lado y rodé.

No lo suficientemente rápido.

El borde de la flecha cortó la concha de mi oído y mi mejilla, dejando una estela picante. Lucien gritó, pero otra flecha estaba volando.

Pasó limpiamente través de mi antebrazo derecho esta vez.

El hielo me cortó la cara y manos mientras caía, mis rodillas ladraron y mi brazo gritó en agonía por el impacto.

Detrás, los pasos golpearon el hielo cuando el tercer hermano se acercó.

Me mordí el labio lo suficiente como para que sangrara mientras arrancaba la tela de mi chaqueta y camisa de mi antebrazo, rompí la flecha en dos y arranqué las piezas de mi carne. Mi rugido rompió y rebotó por el hielo.

Eris había dado un paso hacia mí, sonriendo como un lobo, cuando volví a levantarme, mis dos últimos cuchillos ilirianos en las palmas de las manos, mi brazo derecho gritando por el movimiento.

A mi alrededor, el hielo empezó a derretirse.

—Esto puede terminar contigo ahí abajo, rogándome para que te saque cuando el hielo vuelva a congelarse instantáneamente —replicó Eris. Detrás de él, acorralado por sus hermanos, Lucien había sacado su propio cuchillo calibrando a los otros dos—. O esto puede terminar si aceptas tomar mi mano. Pero sea lo que sea que elijas, tú vendrás conmigo.

Listo, la carne de mi brazo se estaba juntando. Curando, los poderes de Amanecer despertaban dentro de mis venas.

Y si eso funcionaba...

No le di tiempo a Eris de leer mi movimiento.

Respiré profundamente.

Una luz blanca y cegadora surgió de mí. Eris juró, y yo corrí.

No hacia él, no cuando todavía estaba demasiada herida para manejar mis cuchillos. Sino lejos, hacia esa costa lejana. Medio a ciegas, tropecé y me tambaleé hasta que quedé libre de las manchas traicioneras y derretidas, y luego corrí.

Por veinte metros antes de que Eris se tamizara frente a mí y me golpeará.

Un golpe de revés en la cara, tan duro que mis dientes atravesaron mi labio.

Lanzó otro golpe antes de que me pudiera caer, un puñetazo directo a mi estómago que arrancó el aire de mis pulmones. Más allá de mí, Lucien se había lanzado sobre sus dos hermanos.

El metal y el fuego explotaron y chocaron, rociando con hielo.

Yo no había caído en el hielo antes de que Eris me agarrara por el cabello, justo de las raíces, el agarre tan brutal que las lágrimas picaron mis ojos. Pero me arrastro de vuelta hacia esa orilla, de vuelta al hielo.

Luche contra el golpe en mi estómago, luché para conseguir un jadeo de aire por mi garganta, al interior de mis pulmones. Mis botas se arrastraban contra el hielo mientras pateaba débilmente, pero Eris se mantuvo firme.

Creo que Lucien gritó mi nombre.

Abrí la boca, pero una mordaza de fuego se abrió camino entre mis labios. No ardía, pero estaba lo suficientemente caliente como para decirme que Eris lo haría si lo deseaba. Bandas de llamas iguales se envolvieron alrededor de mis muñecas y tobillos. De mi garganta.

No podía recordar, no podía recordar qué hacer, cómo moverme, cómo detener esto.

Cerca y más cerca de la orilla, a la espera que el grupo de centinelas se tamizaran en la nada. *No, no, no.*

Una sombra se estrelló contra la tierra ante nosotros, agrietando el hielo hacia el horizonte.

No era una sombra.

Un guerreo iliriano.

Siete sifones rojos relucían sobre su armadura negra a medida que Cassian apretaba sus alas y gruñía a Eris con siglos de rabia.

No estaba muerto. Ni herido. Entero.

Sus alas reparadas y fuertes.

Solté un sollozo tembloroso sobre la mordaza ardiente. Los sifones de Cassian parpadearon en respuesta, como si me vieran en manos de Eris.

Otro impacto golpeó el hielo detrás de nosotros. Las sombras se deslizaban a su estela.

Azriel.

Comencé a llorar en serio, una correa que había mantenido se rompió libremente cuando mis amigos aterrizaron. Cuando vi que Azriel, también estaba vivo, sano. Cuando Cassian sacó dos hojas gemelas ilirianas, al verlas como en casa, y le dijo a Eris con calma letal:

—Te sugiero que liberes a mi Señora.

El agarre de Eris en mi cabello sólo se tensó, retorciéndome en un gemido.

La ira que retorció el rostro de Cassian era interminable.

Pero sus ojos avellana se deslizaron hacia los míos. Una orden silenciosa.

Había pasado meses entrenándome. No sólo para atacar, sino para defender. Me había enseñado, una y otra vez, como liberarme del agarre de un captor. Como manejar no sólo mi cuerpo, sino mi mente.

Como si hubiera sabido que era una posibilidad muy real que este escenario sucediera algún día.

Eris me había atado los miembros, pero... todavía podía moverlos. Aún podía usar partes de mi magia.

Y conseguir equilibrio el tiempo suficiente para alejarme, para permitir que Cassian saltara entre nosotros y tomara al hijo del Gran Señor...

Elevándose sobre mí, Eris no bajo tanto la mirada cuando me retorcí, girando sobre el hielo y golpeé mis piernas atadas entre las suyas.

Se tambaleó, agachándose con un gruñido.

Con el puño derecho cerrado, golpeé su nariz. Los huesos crujieron y su mano dejó libre mi cabello.

Rodé, alejándome.

Cassian ya estaba allí.

Eris casi no tuvo tiempo de sacar su espada mientras Cassian se acercaba a él. El acero contra acero resonó a través del hielo. Los centinelas a la orilla lanzaron flechas de madera y magia, solo para que rebotara contra un escudo azul.

Azriel. A través del hielo, él y Lucien estaban peleando con los otros dos hermanos. El hecho de que cualquiera de los hermanos de Lucien se resistiera a los Ilirianos era un testimonio de su propia formación.

Enfoqué el hielo en mis venas, en la mordaza en mi boca, las ataduras alrededor de mis muñecas y tobillos. Hielo para ahogar el fuego, cantando para dormirlo...

Cassian y Eris se enfrentaron, retrocedieron y volvieron a chocar.

Las cuerdas de fuego se rompieron, dejándome libre, disolviéndose con un silbido de vapor.

Estaba de pie de nuevo, buscando un arma que no tenía. Mis cuchillos se habían perdido a cuarenta metros de distancia.

Cassian pasó la guardia de Eris con brutal eficiencia. Y Eris gritó mientras la hoja iliriana perforaba su estómago.

Sangre roja como rubíes manchó el hielo y la nieve.

Por un instante, vi cómo se desarrollaría, tres de los hijos de Beron muertos a nuestras manos. Una satisfacción temporal para mí, cinco siglos de satisfacción para Cassian, Azriel y Mor, pero si Beron todavía se pensaba qué lado apoyar en esta guerra...

Tenía otras armas qué usar.

—Alto —dije.

La palabra fue una orden suave y fría.

Y Azriel y Cassian obedecieron. Los otros dos hermanos de Lucien estaban de espaldas sangrientos y boquiabiertos.

El propio Lucien jadeaba con la espada todavía levantada, mientras Azriel quitaba la sangre de su propia espada y se dirigía hacia mí.

Conocía los ojos avellana de shadowsinger. La fría cara que ocultaba ese dolor y amabilidad. Él había venido. Cassian había venido.

Los ilirianos se colocaron a mi lado. Eris, con la mano apretada contra su estómago, respiraba con dificultad, mirándonos fijamente.

Feroz, considerando. Observándonos a los tres cuando le dije a Eris, a sus otros dos hermanos, a los centinelas de la orilla:

—Todos ustedes merecen morir por esto. Y por mucho, mucho más. Pero voy a perdonar sus miserables vidas.

Incluso con una herida en el estómago, los labios de Eris se curvaron.

Cassian gruñó en advertencia.

Quitó el glamour que había llevado puesto estas semanas. Con la manga de mi chaqueta y camisa desaparecida, no había nada más que piel suave donde había estado herida. Piel suave que ahora se adornaba con remolinos y espirales de tinta. Marcas de mi nuevo título y mi vínculo de compañero.

El rostro de Lucien se drenó de color mientras caminaba hacia nosotros, deteniéndose a una distancia saludable al lado de Azriel.

—Soy la Gran Señora de la Corte Oscura —les dije en voz baja a todos.

Incluso Eris dejó de sonreír. Sus ojos ámbar se abrieron y algo parecido al miedo se arrastró en ellos.

—No hay tal cosa como una Gran Señora —escupió uno de los hermanos de Lucien.

Una débil sonrisa jugó en mi boca.

—Ahora sí.

Y era hora de que el mundo lo supiera.

Atrapé la mirada de Cassian, encontrando el orgullo brillando allí... y alivio.

—Llévame a casa —le ordené, con la barbilla alta e inquebrantable. Luego a Azriel—. Llévanos a los dos a casa. —A los sementales de la Corte de Otoño les dije—: Nos veremos en el campo de batalla.

Deja que decidan si era mejor luchar junto o contra nosotros.

Me volví hacia Cassian, quien abrió sus brazos y me apretó con fuerza antes de lanzarnos hacia el cielo con una explosión de alas y poder. A nuestro lado, Azriel y Lucien hicieron lo mismo.

Cuando Eris y los demás no fueron más que manchas de negro sobre el blanco, cuando navegamos alto y rápido, Cassian observó:

—No sé quién se ve más incómodo, Az o Lucien Vanserra.

Me reí, echando un vistazo por encima de mi hombro hacia donde el shadowsinger llevaba a mi amigo, los dos haciendo un punto para no hablar, mirar o platicar.

—¿Vanserra?

—¿No sabías el apellido de su familia?

Conocía aquellos risueños y feroces ojos color avellana.

La sonrisa de Cassian se suavizó.

—Hola, Feyre.

Mi garganta se endureció hasta el punto de doler, y lancé mis brazos alrededor de su cuello y lo abracé con fuerza.

—Yo también te extrañé —murmuró Cassian, apretándome.



Volamos hasta llegar a la frontera del sagrado y octavo territorio. Y cuando Cassian nos dejó en un campo cubierto de nieve ante el bosque antiguo, eché un vistazo a la hembra rubia con pieles ilirianas que caminaba entre los nudosos árboles y se lanzó a la carrera.

Mor me abrazó con tanta fuerza como yo.

—¿Dónde está? —le pregunté, negándome a soltarme, de levantar la cabeza de su hombro.

—Él... es una larga historia. Lejos, pero corriendo a casa. Ahora mismo. —Mor se retiró lo suficiente como para escanear mi cara. Su boca se apretó ante las heridas persistentes, y rascó suavemente las manchas de sangre seca pegada en mi oído—. Te sintió hace unos minutos. Nosotros tres estábamos más cerca. Tamicé a Cassian, pero con Eris y los otros allí... —La culpa atenuó sus ojos—. Las relaciones con la Corte de Inviernos son tensas, pensamos que si yo permanecía aquí en la frontera, podría hacer que las fuerzas de Kallias se miraran hacia el sur. Por lo menos

el tiempo suficiente para rescatarte. —Y para evitar una interacción con Eris a la que Mor quizás no estaba lista.

Sacudí la cabeza ante la vergüenza que todavía sombreaba sus rasgos generalmente brillantes.

—Lo entiendo —La abracé de nuevo—. Lo entiendo.

El apretón en respuesta de Mor fue aplastante.

Azriel y Lucien aterrizaron, plumas de nieve rociaban la estela alzada. Mor y yo nos soltamos por fin y la cara de mi amiga se puso tensa cuando vio a Lucien. La nieve y la sangre y la suciedad lo cubrían, nos cubrían a los dos.

Cassian le explicó a Mor:

—Luchó contra Eris y los otros dos.

La garganta de Mor se balanceó, notando la sangre que manchaba las manos de Cassian, dándose cuenta de que no era la suya. Sin duda, sospechando.

—Eris. ¿Lo...?

—Sigue vivo —respondió Azriel, las sombras que se enrollaban alrededor de las puntas de sus alas, tan rígidas contra la nieve bajo nuestras botas—. Y los otros también.

Lucien miraba entre todos, cauteloso y callado. Qué sabía de la historia de Mor con su hermano mayor... nunca lo había preguntado. Nunca quise hacerlo.

Mor lanzó su masa de olas doradas sobre un hombro.

—Entonces vamos a casa.

— ¿Cuál? —pregunté con cuidado.

Mor volvió su atención sobre Lucien una vez más. Casi me compadecí de Lucien por el peso en su fija mirada, un juicio puro. La mirada de la Morrigan, cuyo don era pura verdad. Lo que ella vio en Lucien fue suficiente para que dijera:

—La casa de la ciudad. Tienes a alguien esperando allí por ti.

Capítulo 14

Traducido por AnamiletG

No me había permitido imaginarlo: en el momento que volviera a estar en el vestíbulo con paneles de madera de la casa de la ciudad. Cuando escuchara el canto de las gaviotas que se elevaban por encima de Velaris, oler la salmuera del río Sidra que atravesaba el corazón de la ciudad, sentir el calor del sol que fluía a través de las ventanas sobre mi espalda.

Mor nos había apresado a todos, y ahora estaba detrás de mí, jadeando suavemente, mientras observábamos a Lucien examinar nuestro entorno.

Su ojo metálico zumbaba, mientras el otro miraba cautelosamente las habitaciones que rodeaban el vestíbulo: el comedor y la sala de estar que daba al pequeño patio y la calle; luego las escaleras al segundo nivel; luego el pasillo al lado que conducía a la cocina y patio jardín.

Luego, finalmente, a la puerta principal cerrada. A la ciudad que esperaba más allá.

Cassian tomó un lugar contra la barandilla cruzando los brazos con una arrogancia que yo sabía que significaba problemas. Azriel se quedó a mi lado, con sombras envolviendo sus nudillos. Como si luchar contra los hijos del Gran Señor fuera como pasaban sus días normalmente.

Me preguntaba si Lucien sabía que sus primeras palabras aquí o bien lo condenaban o lo salvaban. Me preguntaba cuál sería mi papel en ello.

No, ese era mi papel.

Gran Señora. Yo los superaba, amigos míos. Era mi papel decidir si a Lucien se le permitía mantener su libertad.

Pero su silencio vigilante era indicio suficiente: deja que él decidiera su propio destino.

Por fin, Lucien me miró. A nosotros.

—Hay niños riendo en las calles —dijo.

Parpadeé a lo que dijo con una... sorpresa tranquila. Como si no hubiera oído el sonido en mucho, mucho tiempo.

Abri la boca para responder, pero alguien más habló por mí.

—Que lo hagan después de todo lo que dejó atrás el ataque de Hiberno, es testimonio de lo duro que la gente de Velaris ha trabajado para reconstruirlo.

Me giré, encontrando a Amren emergiendo de dondequiera que hubiera estado sentada en la otra habitación, los muebles de felpa escondían su pequeño cuerpo.

Estaba exactamente como la última vez que la había visto: de pie en el mismo vestíbulo, advirtiéndonos que debíamos tener cuidado en Hiberno. Su cabello largo y negro, brillaba a la luz del sol, sus ojos plateados y sobrenaturales brillaban inusualmente cuando se encontraron con los míos.

La delicada hembra inclinó la cabeza. Tanto un gesto de obediencia como el de una criatura de quince mil años haría a una Gran Señora recién acuñada. Y amiga.

—Veo que has traído a casa una nueva mascota —dijo ella, arrugando la nariz con disgusto.

Algo parecido al miedo apareció en el ojo de Lucien, como si él también viera al monstruo que se ocultaba bajo ese hermoso rostro.

De hecho, parecía que ya había oído hablar de ella. Antes de que pudiera presentarlo, Lucien hizo una reverencia por la cintura. Una profunda. Cassian soltó un gruñido divertido, y le disparé una mirada de advertencia.

Amren sonrió levemente.

—Y sabe trucos, según parece.

Lucien se enderezó lentamente, como si estuviera de pie frente a la boca abierta de un gran felino de las llanuras que no deseaba asustar con movimientos repentinos.

—Amren, éste es Lucien... Vanserra.

Lucien se puso rígido.

—No utilizo el nombre de mi familia —le aclaró a Amren con otra inclinación de cabeza—. Lucien es suficiente.

Sospeché que había dejado de usar ese nombre en el momento en que el corazón de su amante había dejado de latir.

Amren estaba estudiando ese ojo metálico.

—Un trabajo inteligente —dijo, y luego me observó—. Luces de pena, chica.

Por lo menos la herida en mi brazo había sanado, aunque una marca roja desagradable permaneció. Supuse que mi cara no era mucho mejor. Antes de que pudiera contestarle, Lucien preguntó:

—¿Qué es este lugar?

Todos lo miramos.

—Hogar —dije—. Este es... mi hogar.

Pude ver como calaban los detalles. La falta de oscuridad. La falta de gritos. El olor del mar y los cítricos, no de sangre ni decadencia. La risa de los niños que aún continuaban.

El mayor secreto de la historia de Prithian.

—Esta es Velaris —expliqué—. La ciudad de la Luz de Estrellas.

Su garganta se sacudió.

—Y tú eres la Gran Señora de la Corte Oscura.

—De hecho, así es.

Mi sangre se detuvo ante la voz que provino desde detrás de mí.

Ante el olor que me golpeó, que me despertó. Mis amigos empezaron a sonreír.

Me giré.

Rhysand estaba apoyado contra el arco en la sala de estar con los brazos cruzados, las alas por ninguna parte a la vista, vestido con su chaqueta negra inmaculada y pantalones.

Y cuando esos ojos violetas se encontraron con los míos, cuando esa media sonrisa familiar se desvaneció...

Mi cara se arrugó. De mi interior brotó un pequeño sonido de rotura.

Rhys se movió de inmediato, pero mis piernas ya habían cedido. La alfombra del vestíbulo amortiguó el impacto cuando caí de rodillas.

Me cubrí la cara con las manos mientras el mes pasado se estrellaba contra mí.

Rhys se arrodilló ante mí, rodilla contra rodilla.

Apartó mis manos de mi cara con suavidad. Tomó mis mejillas en sus manos con ternura y apartó mis lágrimas.

No me importó que tuviéramos una audiencia cuando levanté la cabeza y contemplé la alegría, la preocupación y el amor brillando en esos ojos extraordinarios.

Tampoco a Rhys mientras murmuraba:

—Amor mío —y me besó.

Apenas había metido mis manos en su cabello cuando me recogió entre sus brazos y se puso en movimiento. Aparté mi boca de la suya, mirando a un pálido Lucien, pero Rhysand dijo a nuestros compañeros sin siquiera mirarlos:

—Busquen otro lugar por un tiempo.

No esperó para ver si obedecían.

Rhys nos subió por las escaleras y caminó con paso firme y rápido por el pasillo. Miré hacia el vestíbulo a tiempo para captar a Mor agarrando a Lucien por el brazo y señalando a los demás antes de que desaparecieran.

— ¿Quieres repasar lo que pasó en la Corte de Primavera? — Pregunté con voz cruda mientras estudiaba la cara de mi compañero.

Nada de diversión, nada más que esa intensidad depredadora centrada en cada una de mis respiraciones.

—Hay otras cosas que prefiero hacer primero.

Me llevó a nuestra habitación, una vez *su* habitación, ahora llena de nuestras pertenencias. Estaba exactamente como la había visto la última vez: la enorme cama a la que ahora se dirigía, los dos armarios, el escritorio junto a la ventana que daba al jardín del patio, ahora lleno de púrpura, rosa y azul en medio de los verdes exuberantes.

Me preparé para caer sobre la cama, pero Rhys se detuvo a medio camino en medio de la habitación, con la puerta cerrándose con el suave beso de un viento.

Me puso sobre la alfombra de felpa suavemente y deslizándome por encima de su cuerpo descaradamente mientras lo hacía. Como si estuviera impotente como para resistirse a tocarme, tan renuente a soltarme como yo estaba con él.

Y cada lugar donde nuestros cuerpos se encontraban, todo él tan cálido, sólido y real... lo saboreé, mi garganta estaba apretada mientras ponía una mano sobre su esculpido pecho, el latir del corazón bajo su chaqueta negra resonaba en mi palma. El único signo de cualquier torrente lo atravesó mientras deslizaba sus manos por mis brazos en una prolongada caricia y me aferraba a los hombros.

Sus pulgares acariciaron con un suave ritmo sobre mi ropa mugrienta mientras escudriñaba mi rostro.

Hermoso. Era aún más hermoso de lo que recordaba, de lo que soñé durante esas semanas en la Corte de Primavera.

Durante un largo momento, sólo respirábamos el aire del otro. Durante un largo momento, todo lo que pude hacer fue llevar su olor profundamente al interior de mis pulmones, dejándolo reposar dentro de mí. Mis dedos se apretaron en su chaqueta.

Compañero. Mi compañero.

Rhys finalmente murmuró:

—Cuando el vínculo se oscureció, pensé... —Un terror genuino y temible oscureció sus ojos mientras sus pulgares seguían acariciándome

los hombros, suaves y firmes—. Cuando llegué a la Corte de Primavera, habías desaparecido. Tamlin estaba furioso en ese bosque, buscándote. Pero escondiste tu olor. E incluso yo no podía... no podía encontrarte...

El obstáculo en sus palabras fue un cuchillo en mi estómago.

—Fuimos a la Corte de Otoño a través de una de las puertas —dije, poniendo mi otra mano en su brazo. Los músculos de debajo se movieron a mi contacto—. No podías encontrarme porque dos comandantes de Hiberno drogaron mi comida y bebida con faebane, bastante para extinguir mis energías. Todavía no tengo un uso completo.

La fría furia ahora parpadeaba por esa hermosa cara mientras sus pulgares se detenían sobre mis hombros.

—Los mataste.

No era una pregunta, pero asentí.

—Bien.

Tragué.

—¿Hiberno ha saqueado la Corte de Primavera?

—Aún no. Lo que sea que hiciste... funcionó. Los centinelas de Tamlin lo abandonaron. Más de la mitad de su gente se negó a aparecer para el Diezmo de hace dos días. Algunos se marchan a otras cortes. Algunos otros murmuran rebelión. Parece que te has hecho querer. Santa, incluso. —La diversión por fin calentó sus rasgos—. Estaban bastante molestos cuando creyeron que había permitido que Hiberno te aterrorizara hasta el punto de que huyeras.

Tracé el débil remolino plateado de bordado en el pecho de su chaqueta, y podría haber jurado que se estremeció bajo el tacto.

—Supongo que pronto sabrán porqué mi preocupación.

Las manos de Rhys se apretaron sobre mis hombros de acuerdo, como si estuviera a punto de mostrarme lo preocupado que había estado por mí, pero incliné la cabeza.

—¿Qué hay de Ianthe y de Jurian?

El poderoso pecho de Rhysand se alzó bajo mi mano mientras dejaba salir un suspiro.

—Los informes sobre ambos son bastante oscuros. Al parecer, Jurian ha vuelto a la mano que le alimenta. Ianthe... —Rhys alzó las cejas—. Supongo que su mano es cortesía tuya, y no de los comandantes.

—Sufrió una caída —dije dulcemente.

—Debió haber sido una gran caída —reflexionó con una sonrisa oscura bailando en esos labios mientras se alejaba aún más, el calor de su cuerpo se filtraba hacia mí mientras sus manos emigraban de mis hombros para cubrir líneas perezosas por mi espalda. Me mordí el labio, concentrándome en sus palabras y no en el impulso de entrar en contacto con él, enterrar mi cara en su pecho y hacer una exploración por mi cuenta.

—Según parece, ella está actualmente convaleciente después de su calvario. No saldrá de su templo.

Era mi turno de murmurar:

—Bien —Tal vez uno de esos acólitos suyos se enfermaría de sus santas mentiras y asfixiaría a Ianthe durante su sueño.

Apoyé las manos en sus caderas, completamente listas para deslizarlas debajo de su chaqueta, necesitando tocar la piel desnuda, pero Rhys se enderezó, retrocediendo. Todavía lo suficientemente cerca como para que una de sus manos permaneciera en mi cintura, pero la otra, se acercó a mi brazo, examinando suavemente y furioso donde mi piel había sido cortada por una flecha.

La oscuridad retumbó en el rincón de la habitación.

—Cassian me dejó entrar en su mente justo ahora—para mostrarme lo que pasó en el hielo. —Él acarició un pulgar sobre la herida, su tacto como el de una pluma—. Eris siempre fue un hombre de días limitados. Ahora Lucien podría estar más cerca de heredar el trono de su padre de lo que se esperaba.

Mi espina dorsal se estremeció.

—Eris es exactamente tan horrible como tú lo pintaste.

El pulgar de Rhys se deslizó sobre mi antebrazo de nuevo, dejando carne de gallina a su estela. Una promesa, no de la retribución que estaba contemplando, sino de lo que nos esperaba en esta sala. La cama a pocos metros de distancia. Hasta que murmuró:

—Te declaraste Gran Senora.

— ¿No se suponía que debía hacerlo?

Él soltó mi brazo para frotar sus nudillos en mi mejilla.

—He querido rugir desde los tejados de Velaris desde el momento en que la sacerdotisa te ungió. Qué típico de ti revertir mis grandes planes.

Una sonrisa tiró de mis labios.

—Pasó hace menos de una hora. Estoy seguro de que puedes ir croarlo desde la chimenea ahora y todo el mundo te daría crédito de las buenas nuevas.

Sus dedos pasaron por mi cabello, inclinando mi cara hacia arriba. Esa sonrisa perversa creció, y mis dedos se curvaron dentro de mis botas.

—Ahí está mi querida Feyre.

Su cabeza se sumergió, su mirada fija en mi boca, el hambre encendió esos ojos violetas.

— ¿Dónde están mis hermanas? —El pensamiento resonó a través de mí, discordante como una campana.

Rhys se detuvo, la mano se alejó de mi cabello mientras su sonrisa se desvanecía.

—En la Casa del Viento —se enderezó, tragando -como si de alguna manera lo hubiera visto—. Puedo... llevarte con ellas. —Cada palabra parecía ser un esfuerzo.

Pero lo haría, me di cuenta. Él dejaría de lado su necesidad de mí y me llevaría con ellas, si eso era lo que yo quería. Mi elección. Siempre había sido mi elección con él.

Sacudí la cabeza. No los vería, todavía no. No hasta que estuviera lo bastante firme como para enfrentarlas.

—Pero, ¿están bien?

de ALAS

una CORTE y RUINA

Su vacilación me dijo lo suficiente.

—Están a salvo.

En realidad no era una respuesta, pero no me iba a engañar pensando que mis hermanas estarían floreciendo. Incliné mi frente contra su pecho.

—Cassian y Azriel están curados —murmuré contra su chaqueta, respirando su olor una y otra vez cuando un temblor me estremeció—. Tú me lo dijiste... y, sin embargo, no... no lo creí hasta ahora.

Rhys pasó una mano por mi espalda, la otra se deslizó para agarrar mi cadera.

—Azriel se curó a los pocos días. Las alas de Cassian...fue complejo. Pero ha estado entrenando todos los días para recuperar su fuerza. El sanador tuvo que reconstruir la mayor parte de sus alas, pero estará bien.

Tragué la opresión en mi garganta y envolví mis brazos alrededor de su cintura, presionando mi cara completamente contra su pecho. Su mano se apretó en mi cadera en respuesta, la otra descansó sobre mi nuca, sujetándome hacía él mientras respiraba.

—Mor dijo que estabas muy lejos, que por eso no estabas allí.

—Lamento no haberlo hecho.

—No —dije, alzando mi cabeza para escanear sus ojos, la culpa los nublaba—. No lo dije por eso. Yo sólo... —Saboreé la sensación de él bajo mis palmas—. ¿Dónde estabas?

Rhys se calmó, y yo me preparé mientras decía casualmente:

—No podía dejar que hicieras todo el trabajo tu solita de quebrantar a nuestros enemigos, ¿verdad?

No sonreí.

— ¿Dónde. Estabas?

—Ya que Az hace poco que está bien, me encargué de hacer algo de su trabajo.

Apreté mi mandíbula.

— ¿Cómo qué?

Se inclinó y acarició mi garganta.

— ¿No quieres consolar a tu pareja, que te ha extrañado terriblemente estas semanas?

Planté una mano sobre su cara y lo empujé hacia atrás, frunciendo el ceño.

—Quiero que mi compañero me diga dónde diablos estaba. *Solo* entonces podrá conseguir su *consuelo*.

Rhys mordió mis dedos, los dientes me mordieron juguetonamente.

—Cruel y hermosa mujer.

Lo miré con cejas fruncidas.

Rhys rodó los ojos, suspirando.

—Estaba en el continente. En el palacio de las reinas humanas.

Me ahogué.

— ¿Estabas *dónde*?

—Técnicamente, estaba volando por encima, pero...

— ¿Has ido solo?

Me miró boquiabierto.

—A pesar de lo que nuestros errores en Hiberno puedan haber sugerido, soy capaz de...

— ¿Has ido al mundo humano, donde nuestros enemigos, *tú solo*?

—Prefiero ir yo a que vaya cualquiera de los otros.

Ese había sido su problema desde el principio. Siempre él, siempre sacrificándose...

— ¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué arriesgarse? ¿Sucedo algo?

Rhys miró hacia la ventana, como si pudiera ver todo el camino hasta las tierras mortales. Su boca se tensó.

—Es la quietud de su lado del mar lo que me molesta. Ningún susurro de ejércitos reuniéndose, ningún otro aliado humano siendo convocado. Desde lo de Hiberno, no hemos oído nada. Así que pensé en ver por mí mismo por qué de eso. —Sacudió mi nariz, tirando de mí más cerca de nuevo—. Acababa de acercarme al límite de su territorio cuando sentí que el vínculo volvía a despertarse. Sabía que los demás estaban más cerca, así que los envié.

—No hace falta dar explicaciones.

Rhys apoyó su barbilla sobre mi cabeza.

—Quería estar allí... para recuperarte. Encontrarte. Traerte a casa.

—Ciertamente disfrutas de una entrada dramática.

El río entre dientes, su aliento calentó mi cabello mientras escuchaba el ruido del sonido atravesar su cuerpo.

Por supuesto que habría estado trabajando contra Hiberno mientras yo estaba fuera. ¿Había esperado que todos permanecieran sobre sus posaderas durante más de un mes? Y Rhys, conspirando constantemente, siempre un paso adelante...

Habría aprovechado este tiempo para su ventaja. Me debatí sobre preguntárselo, pero en este momento, respirando su olor, sintiendo su calor... lo deje esperar.

Rhys me dio un beso en el pelo.

—Estás en casa.

Un emocionado y pequeño sonido salió de mí mientras asentía, apretándolo más fuerte. Casa. No sólo Velaris, sino dondequiera que él estuviera, estaba nuestra familia.

Las garras de ébano acariciaron la barrera en mi mente, en afecto y solicitud.

Bajé mis escudos para él, al igual que cayeron los suyos. Su mente se curvó alrededor de la mía, de forma tan seguramente como su cuerpo ahora me abrazaba.

—Te extrañé cada segundo —dijo Rhys, inclinándose para besar la esquina de mi boca—. Tu sonrisa —Sus labios rozaron el borde de mi oreja

y mi espalda se arqueó ligeramente—. Tu risa —me presionó un beso en el cuello, justo debajo de mi oreja, e incliné la cabeza para darle acceso, mordiendo el impulso de suplicarle que tomara más, que tomara más rápido mientras murmuraba—: Tu olor.

Mis ojos se cerraron, y sus manos recorrieron mis caderas para acariciar mi trasero, apretando mientras él se inclinaba para besar el centro de mi garganta.

—Los sonidos que haces cuando estoy dentro de ti.

Su lengua se deslizó sobre el lugar donde había besado, y uno de esos sonidos realmente se escapó.

Rhys besó el hueco de mi clavícula, y mi corazón se derritió completamente.

—Mi valiente, valiente y brillante compañera.

Él levantó la cabeza, y fue un esfuerzo abrir los ojos. De encontrarme con su mirada mientras sus manos vagabundeaban en líneas perezosas por mi espalda, sobre mi trasero, y luego otra vez.

—Te amo —dijo. Y si yo no le hubiera creído ya, lo sentí en mis huesos, en la luz de su rostro al decir las palabras...

Las lágrimas quemaron mis ojos otra vez, deslizándose libremente antes de que pudiera controlarme.

Rhys se inclinó para ahuyentarlas. Una tras otra. Como había hecho una vez bajo la montaña.

—Tienes una opción —murmuró contra mi pómulo—. O lamo cada centímetro de ti hasta dejarte limpia... —Su mano rozó la punta de mi pecho, dando vueltas perezosamente. Como si tuviéramos días y días para hacer esto—. O puedes entrar en el baño que ya debería estar listo.

Me aparté, alzando una ceja.

—¿Me estás sugiriendo que huelo mal?

Rhys sonrió, y podría haber jurado que mi corazón golpeó en respuesta.

—Nunca. Pero... —Sus ojos se oscurecieron, el deseo y la diversión desaparecieron al tomar mi ropa—. Hay sangre sobre ti. La tuya y la de los demás. Pensé en ser un buen compañero y ofrecerte un baño antes de que te desvista completamente.

Resoplé una carcajada y cepillé su pelo, saboreando los sedosos hilos de sable entre mis dedos.

—Tan considerado. Aunque no puedo creer que sacaras a patadas a todo el mundo de la casa para que pudieras llevarme a la cama.

—Uno de los muchos beneficios de ser un Gran Señor.

—Qué terrible abuso de poder.

Esa media sonrisa bailó en su boca.

— ¿Y Bien?

—Por mucho que me gustaría verte intentar lamer una semana de suciedad, sudor y sangre...

Sus ojos brillaron con el desafío, y me reí de nuevo.

—Baño normal, por favor.

Tenía el valor de parecer vagamente decepcionado. Lo empujé en el pecho mientras me alejaba, apuntando hacia el cuarto de baño grande junto al dormitorio. La enorme bañera de porcelana ya estaba llena de agua humeante y...

— ¿Burbujas?

— ¿Tienes una objeción moral contra ellas?

Sonreí, desabotonando mi chaqueta. Mis dedos estaban casi negros con suciedad y sangre endurecida. Me encogí.

—Puede que necesite más de un baño para limpiarme.

Él chasqueó los dedos, y mi piel fue inmediatamente prístina de nuevo. Parpadeé. —Si puedes hacer eso, ¿cuál es el punto del baño? —Lo había hecho para mí bajo la montaña unas cuantas veces, esa limpieza mágica. De alguna manera nunca lo había preguntado.

Se apoyó contra la puerta, observando mientras me quitaba mi chaqueta hecha jirones y manchada. Como si fuera la tarea más importante que le hubieran dado.

—La esencia de la suciedad permanece —Su voz se volvió áspera mientras seguía cada movimiento de mis dedos mientras yo desataba mis botas—. Como una capa de aceite.

De hecho, mi piel, aunque parecía limpia, se sentía... sin lavar. Me quité las botas, dejándolas caer sobre mi sucia chaqueta.

—Así que es más para propósitos estéticos.

—Te estás tomando demasiado tiempo —dijo, levantando la barbilla hacia el baño.

Mis pechos se tensaron ante el leve gruñido que lanzaba sus palabras. Él también lo observó.

Y me sonreí a mí misma, arqueando mi espalda un poco más de lo necesario mientras me quitaba la camisa y la tiraba al suelo de mármol. La luz del sol fluía a través del vapor que se elevaba desde la bañera, proyectando el espacio entre nosotros en oro y blanco. Rhys emitió un bajo ruido que sonó vagamente como un gemido al mirar mi torso desnudo. Observó mis senos, ahora pesados y doloridos, lo suficiente como para que yo tuviera que tragar mi súplica para olvidar completamente este baño.

Pero fingí no darme cuenta cuando desabroché mis pantalones y los dejé caer al suelo. Junto con mi ropa interior.

Los ojos de Rhys se encendieron.

Sonreí, echando una mirada a sus propios pantalones. Ante la evidencia de lo que esto le estaba haciendo exactamente, presionando contra el material negro con una demanda impresionante. Simplemente canturreé:

—Lástima que no haya espacio en la bañera para dos.

—Un defecto de diseño, y uno que remediaré mañana. —Su voz era áspera, silenciosa... y deslizó unas manos invisibles por mis pechos, entre mis piernas.

Madre, sálvame. De alguna manera logré caminar y subir a la bañera. De alguna manera logré recordar cómo bañarme.

Rhys permaneció apoyado en la puerta durante todo el tiempo, observando silenciosamente con ese enfoque implacable.

Podría haber tomado más tiempo lavando ciertas áreas. Y podría haberme asegurado de que lo viera.

Él solo agarraba el umbral con la fuerza suficiente para que la madera gimiera bajo su mano.

Pero Rhys no hizo ningún movimiento para saltar, incluso cuando desaté y limpié mi enmarañado pelo. Como si la restricción... fuera parte del juego, también.

Mis dedos desnudos se curvaron sobre el suelo de mármol cuando puse mi cepillo sobre el fregadero, cada centímetro de mi cuerpo consciente de dónde estaba parado él, en la puerta, consciente de sus ojos sobre mí en el reflejo del espejo.

—Todo limpio —declaré, con mi voz ronca cuando encontré su mirada en el espejo. Podría haber jurado que la oscuridad y las estrellas giraron más allá de sus hombros. Un parpadeo, y se habían ido. Pero el hambre depredadora en su rostro...

Me volví, mis dedos temblaban ligeramente mientras apretaba mi toalla alrededor de mí.

Rhys sólo extendió una mano, sus propios dedos temblando. Incluso la toalla era abrasiva contra mi piel sensible cuando puse mi mano sobre la suya y sus callos rasparon mis dedos cuando se cerraron a su alrededor. Quería que me rasparan todo.

Pero él simplemente me llevó al dormitorio, paso tras paso, con los músculos de su ancha espalda moviéndose bajo su chaqueta. Y más bajo, el corte liso y poderoso de los muslos, su culo...

Iba a devorarlo. De la cabeza a los pies. Iba a devorarlo... Pero Rhys se detuvo ante la cama, soltando mi mano y frente a mí desde la seguridad de un paso de distancia.

Y fue la expresión de su rostro mientras trazaba una mancha aún tierna en mi pómulo que controlaba el calor amenazante de arrasar mis sentidos.

Tragué, con el pelo goteando sobre la alfombra.

— ¿Está mal el moretón?

—Ya casi se ha ido —La oscuridad volvió a parpadear en la habitación.

Escudriñé esa cara perfecta. Cada línea y ángulo. El miedo, la rabia y el amor: la sabiduría y la astucia y la fuerza.

Deje que mi toalla cayera sobre la alfombra.

Dejé que mirara cuando puse una mano en su pecho, sobre su corazón rugiente bajo mi palma.

—Lista para el encanto —Mis palabras no salieron con la fanfarronería que había pensado.

No cuando la sonrisa de respuesta de Rhys fue una cosa oscura y cruel.

—No sé por dónde empezar. Demasiadas posibilidades.

Él levantó un dedo, y mi aliento se hizo fuerte y rápido mientras rodaba ociosamente uno de mis pechos, luego el otro. En anillos cada vez más apretados.

—Podría empezar por aquí —murmuró.

Apreté los muslos. Observó el movimiento, esa sonrisa oscura creciente. Y justo antes de que su dedo alcanzara la punta de mi pecho, justo antes de darme lo que estaba a punto de rogar, su dedo se deslizó hacia arriba, hacia mi pecho, mi cuello, mi barbilla. Derecho a mi boca.

Trazó la forma de mis labios, un susurro de tacto.

—O podría comenzar por aquí —respiró, deslizando la punta de su dedo en mi boca.

No pude evitar cerrar mis labios a su alrededor, de golpear mi lengua contra la almohadilla de su dedo.

Pero Rhys retiró el dedo con un suave gemido, haciendo un sendero descendente. A lo largo de mi cuello. Pecho. Directo sobre un pezón. Hizo una pausa allí, pellizcándolo una vez, luego alisó su pulgar sobre el pequeño dolor.

Estaba temblando ahora, apenas capaz de mantenerme de pie mientras su dedo continuaba pasando por mi pecho.

Él dibujó patrones en mi estómago, explorando mi cara mientras ronroneaba:

—O...

No podía pensar más allá de ese solitario dedo, ese único punto de contacto que se deslizaba cada vez más bajo, hacia donde lo quería.

—¿O? — Me las arreglé para respirar.

Su cabeza se inclinó, el cabello se deslizó sobre su frente mientras miraba, ambos mirábamos, a su ancho dedo en su aventura.

—O podría comenzar por aquí —dijo, las palabras guturales y crudas.

No me importó, no cuando él arrastró ese dedo por mi centro. No mientras rodeaba aquel lugar, luz y burlas.

—Aquí estaría bien —observó, sin respirar—. O tal vez incluso aquí —terminó, y metió el dedo dentro de mí.

Gemí, agarrándome a su brazo, clavando las uñas en los músculos debajo de su ropa, que se movían mientras bombeaba su dedo una vez, dos veces. Luego se deslizó hacia fuera y lo arrastró con las cejas alzadas.

— ¿Y bien? ¿Por dónde empiezo, querida Feyre?

Apenas podía formar palabras, pensamientos. Pero... ya estaba harta de jugar.

Así que tomé esa infernal mano suya, guiándola hacia mi corazón, y la coloqué allí, medio sobre la curva de mi pecho. Me encontré con su mirada encapotada mientras decía las palabras que sabía que desbaratarían su pequeño juego, las palabras que se elevaban de mí con cada respiración.

—Eres mío.

Eso rompió la cuerda que había mantenido sobre sí mismo.

Su ropa se desvaneció, toda ella, y su boca se inclinó sobre la mía.

No fue un beso apacible. No era blando o examinando.

Era una afirmación, salvaje y desenfrenada: era un desencadenamiento. Y el sabor de él... el calor de él, el exigente golpe de su lengua contra la mía... Hogar. Estaba en casa.

Mis manos se dispararon a su pelo, tirando de él más cerca de mí mientras respondía a cada uno de sus besos abrasadores con los míos, incapaz de tener suficiente, incapaz de tocar y sentir suficiente de él.

Piel con piel, Rhys me empujó hacia la cama, sus manos amasaban mi trasero mientras recorría con mis propias manos la suavidad de su piel, sobre cada plano duro y ondulación. Sus hermosas y poderosas alas se abrieron detrás de su espalda, extendiéndose ampliamente antes de encogerlas cuidadosamente.

Mis muslos golpearon la cama detrás de nosotros, y Rhys se detuvo, temblando. Me estaba dando tiempo para reconsiderarlo, incluso ahora. Mi corazón se tensó, pero alejé mi boca de la suya. Mantuve la mirada fija mientras me sentaba sobre las sábanas blancas y retrocedía.

Más y más sobre la cama, hasta que estuve desnuda ante él. Hasta que tomé su considerable y orgullosa longitud y mi corazón se tensó en respuesta.

—Rhys —respiré, su nombre una súplica en mi lengua.

Sus alas se abrieron, su pecho se elevó mientras las estrellas brillaban en sus ojos. Y era el anhelo allí—bajo el deseo, bajo la necesidad—era el anhelo en esos ojos hermosos lo que me hizo mirar las montañas tatuadas en sus rodillas.

Las insignias de esta corte, de nuestra corte. La promesa de que nunca se arrodillaría ante nadie y nada más que ante su corona.

Y de mí.

Mío, él era *mío*. Envié el pensamiento por el vínculo.

No jugaba, no demoraba, lo quería en mí, dentro de mí. *Necesitaba* sentirlo, sostenerlo, compartir el aliento con él. Oyó el borde de la desesperación, lo sintió a través del lazo de unión que fluía entre nosotros.

Sus ojos no dejaron los míos mientras rondaba sobre mí, cada movimiento gracioso como un acechante gato de las llanuras.

Entrelazando nuestros dedos, su respiración desigual, Rhys utilizó una rodilla para empujar mis piernas y separarlas.

Cuidadosa y cariñosamente, unió nuestras manos al lado de mi cabeza mientras se guiaba dentro de mí y me susurraba al oído:

—Tú también eres mía.

Al primer empujón suyo, empecé a reclamar su boca.

Pasé mi lengua sobre sus dientes, tragando su gemido de placer mientras sus caderas rodaban en apretados empujones y empujaba adentro, y adentro, y adentro.

Casa. Estaba en *casa*.

Y cuando Rhys se hundió hasta la empuñadura, cuando se detuvo para dejarme ajustarme a su plenitud, pensé que podría explotar en luz de luna y llamas, pensé que podría morir por la fuerza pura que barría mi interior.

Mis pantalones estaban llenos de sollozos mientras clavaba los dedos en su espalda, y Rhys se retiró ligeramente para estudiar mi rostro. Para leer lo que había allí.

—Nunca más —prometió mientras se retiraba, y luego empujó con una lentitud acuciante. Besó mi frente, mi sien—. Mi querida Feyre.

Más allá de las palabras, moví mis caderas, impulsándolo más profundo, más duro. Rhys me obligó.

Con cada movimiento, cada respiración compartida, cada carcajada susurrada y gemido, ese vínculo de unión que había escondido hasta ahora dentro de mí se hizo más brillante. Más claro.

Y cuando brilló otra vez tan brillantemente como inflexible, mi liberación me atravesó, dejando mi piel brillando como una estrella recién nacida en su estela.

Al verlo, justo cuando arrastraba un dedo por el interior sensible de su ala, Rhys gritó mi nombre y encontró su placer.

Lo sujeté a través de cada respiración, sosteniéndolo cuando al fin se calmó, permaneciendo dentro de mí, y disfruté de la sensación de su piel sobre la mía.

Durante largos minutos permanecimos allí, enredados, escuchando nuestras respiraciones uniformes, el sonido más fino que cualquier música.

Después de un tiempo, Rhys levantó su pecho lo suficiente como para tomar mi mano derecha. Para examinar los tatuajes entintados allí. Besó una de las vueltas de tinta azul casi negra.

Su garganta se sacudió.

—Te extrañe. Cada segundo, con cada respiración. No sólo esto —dijo, rotando sus caderas para dar énfasis y arrastrando un gemido desde lo profundo de mi garganta—, sino... hablar contigo. Reír contigo. Echaba de menos tenerte en mi cama, pero te echaba de menos como amiga incluso más.

Mis ojos ardieron.

—Lo sé —me las arreglé para decir, acariciando con una mano sus alas, su espalda—. Lo sé —Besé su hombro desnudo, justo sobre una espiral de su tatuaje Illiriano—. Nunca más —le prometí, y lo susurré una y otra vez mientras la luz del sol se deslizaba por el horizonte.

Capítulo 15

Traducido por AnamiletG

Mis hermanas habían estado viviendo en la Casa de Viento desde que llegaron a Velaris.

No dejaron el palacio construido en las partes superiores de una montaña de techo plano con vistas a la ciudad. No pidieron nada, ni a nadie.

Así que yo iría a ellas.

Lucien estaba esperando en la sala de estar cuando Rhys y yo bajamos por fin, mi compañero habiendo dado la orden silenciosa para que regresaran.

Como era de esperar, Cassian y Azriel *estaban tranquilamente* sentados en el comedor del otro lado del pasillo, comiendo y marcando cada respiración que Lucien emitía. Cassian me sonrió con las cejas alzadas.

Le disparé una mirada de advertencia desafiándolo a que hiciera un comentario. Azriel, por suerte, pateó a Cassian por debajo de la mesa.

Cassian miró a Azriel como si fuese a decir: *no iba a decir nada* mientras me acercaba al arco que daba a la sala de estar, y Lucien se puso de pie.

Luché para no encogerme cuando me detuve en el umbral. Lucien seguía con la ropa sucia y desgastada por el viaje.

Su cara y sus manos al menos estaban limpias, pero... Debería haberle conseguido algo más. Recordado ofrecerle...

El pensamiento se derrumbó en nada cuando Rhys apareció a mi lado.

Lucien no se molestó en ocultar el ligero crispamiento de sus labios.

Como si pudiera ver el vínculo entre Rhys y yo.

Sus ojos—el rojizo y el dorado—se deslizaron por mi cuerpo. Hacia mi mano.

Al anillo ahora en mi dedo, a la estrella de zafiro brillante como el cielo contra la plata. Una argolla sencilla de plata estaba en el dedo correspondiente de Rhysand.

Los habíamos deslizado en nuestros dedos antes de bajar, más íntimo y abrasador que cualquier voto hecho públicamente.

Le había dicho a Rhys antes de hacerlo que tenía la intención de colocar su anillo en la cabaña de la tejedora y hacer que él lo recuperara.

Se había reído y había dicho que si realmente sentía que era necesario aderezar la puntuación entre nosotros, tal vez yo podría encontrar alguna otra criatura contra la que él pudiera pelear, una que no se deleitaría en quitar mi parte favorita de su cuerpo. Sólo lo había besado, murmurando acerca de alguien que pensaba demasiado bien de sí mismo, y había colocado el anillo que había elegido para él, comprado aquí en Velaris mientras había estado lejos, en su dedo.

Cualquier alegría, cualquier risa persistente de ese momento, esos votos silenciosos... Se encrespaban como hojas en un fuego mientras Lucien se burlaba de nuestros anillos. De lo cerca que estábamos. Tragué.

Rhys también lo notó. Era imposible no hacerlo.

Mi compañero se apoyó en el arco tallado y se dirigió a Lucien:

—Supongo que Cassian o Azriel ya te han explicado que si amenazas a alguien de esta casa, de este territorio, te mostraremos formas de morir que ni siquiera has imaginado.

De hecho, los ilirios sonreían desde donde estaban en el umbral del comedor. Azriel era de lejos el más aterrador de la pareja.

Algo se retorció en mi instinto ante la amenaza: la agresión suave y elegante.

Lucien era... había sido... mi amigo. No era mi enemigo, no enteramente...

—Pero —continuó Rhys, deslizando las manos en los bolsillos—, puedo entender lo difícil que ha sido este mes para ti. Sé que Feyre te

explicó que no somos exactamente lo que dicen los rumores... —Lo dejé entrar en mi mente antes de que bajáramos-le mostré todo lo que había ocurrido en la Corte de Primavera. Pero escucharlo y verlo eran dos cosas diferentes. Él se encogió de hombros—. Elain ha sido cuidada. Su participación en la vida aquí ha sido enteramente su elección. Nadie más que nosotros y algunos servidores de confianza han entrado en la Casa de Viento.

Lucien permaneció en silencio.

—Estaba enamorado de Feyre —dijo Rhys en voz baja—, desde mucho antes de que ella se enamorara de mí.

Lucien cruzó los brazos.

—Qué fortuna que, al final, conseguiste lo que querías.

Cerré mis ojos por un latido del corazón.

Cassian y Azriel se detuvieron, esperando la orden.

—Sólo diré esto una vez — advirtió el Gran Señor de la Corte Oscura. Incluso Lucien se estremeció—. Sospeché que Feyre era mi compañera antes de que supiera que estaba involucrada con Tamlin. Y cuando me enteré de eso... Si eso la hacía feliz, estaba dispuesto dar un paso atrás.

—Viniste a nuestra casa y la robaste el día de su boda.

—Iba a cancelar la boda —dije, dando un paso hacia Lucien—. Tú lo sabías.

Rhysand continuó antes de que Lucien pudiera responder:

—Estaba dispuesto a perder a mi pareja por otro varón. Estaba dispuesto a dejar que se casaran, si eso le traía alegría a ella. Pero lo que no estaba dispuesto a hacer era dejarla sufrir. Dejarla desvanecerse en una sombra. Y en el momento en que ese pedazo de mierda hizo explotar su estudio, en el momento en *que la encerró dentro de esa casa...* —Sus alas se expandieron, y Lucien miró.

Rhys descubrió sus dientes. Mis miembros se volvieron ligeros, temblando ante el poder oscuro que se curvaba en los rincones de la habitación. No de miedo, nunca por miedo de él. Sino ante el control

quebrantado cuando Rhys gruñó a Lucien—: Puede que mi compañera pueda perdonarlo algún día. Que te perdone a ti. Pero yo jamás olvidaré lo que se sintió al sentir su terror en esos momentos. —Mis mejillas se encendieron, sobre todo cuando Cassian y Azriel se acercaron más, aquellos ojos color avellana ahora llenos de una mezcla de simpatía y cólera.

Nunca había hablado de eso con ellos. Lo que había ocurrido ese día, cuando Tamlin había destruido su estudio, o el día en que me había sellado dentro de la mansión. Nunca le había preguntado a Rhys si los había informado. Por la furia de Cassian, y por la rabia fría que se filtraba de Azriel... No lo creía.

Para el crédito de Lucien, no retrocedió ni un paso. Ni de Rhys, o de mí, o de los ilirios.

El zorro listo mira fijamente a la muerte alada. La pintura brilló en mi mente.

—Así pues, una vez más, diré esto sólo una vez —continuó Rhys, su expresión suavizándose en una calma letal, arrastrándome de los colores, la luz y las sombras que se acumulaban en mi mente—. Feyre no deshonró ni traicionó a Tamlin. Yo le revelé el enlace de emparejamiento meses más tarde, y ella me dio un infierno por ello, no te preocupes. Pero ahora que has encontrado a tu pareja en una situación similar, quizás intentes entender cómo se sintió. Y si no te molesta, entonces espero que seas lo suficientemente sabio como para mantener la boca cerrada, porque la próxima vez que mires a mi pareja con ese desdén y disgusto, no me molestaré en explicarlo de nuevo, y te arrancará la puta garganta.

Rhys dijo la amenaza tan suavemente que tardó un segundo en registrarse. Para instalarse en mí como una piedra dejada caer pesadamente en una piscina.

Lucien sólo se movió sobre sus pies. Cauteloso. Considerando. Conté los latidos del corazón, debatiendo cuánto interferiría si decía algo verdaderamente estúpido, cuando por fin murmuró:

—Parece que hay una historia más larga que contar.

Respuesta inteligente. La rabia retrocedió del rostro de Rhys, y los hombros de Cassian y Azriel se relajaron ligeramente.

Sólo una vez, me había dicho Lucien durante esos días en la huida. Eso era todo lo que quería: ver a Elain sólo una vez.

Y entonces... tendría que averiguar qué hacer con él. A menos que mi compañero ya tuviera algún plan en movimiento.

Una mirada a Rhys, que alzó las cejas como si dijera *Él es todo tuyo*, me dijo que era mi tarea. Pero hasta entonces...

Me aclaré la garganta.

—Iré a ver a mis hermanas en la casa —le dije a Lucien, cuyos ojos se clavaron en los míos, el metal se tensó y zumbó. Forcé una sonrisa sombría a mi cara—. ¿Te gustaría venir?

Lucien sopesó mi oferta, y los tres machos vigilaban cada uno de sus parpadeos y alientos.

Solo asintió con la cabeza. Otra sabía decisión.

Nos habíamos ido en pocos minutos, el rápido paseo hasta el techo de la casa de la ciudad sirviendo como tour de mi casa para Lucien. No me molestó en señalar las habitaciones. Lucien ciertamente no preguntó.

Azriel nos dejó mientras nos dirigíamos a los cielos, murmurando que tenía algún negocio urgente para atender.

Por el resplandor que le dio Cassian, me pregunté si el shadowsinger lo había inventado para evitar llevar a Lucien a la Casa de Viento, pero el sutil asentimiento de Rhys hacia Azriel me lo dijo.

De hecho, había cosas por hacer. Planes en movimiento, como siempre lo estaban. Y una vez que terminara de visitar a mis hermanas... conseguiría respuestas por mi cuenta.

Así que Cassian, con cara de piedra, llevó a Lucien a los cielos, y Rhys me arrastró a sus brazos, disparándonos graciosamente hacia el azul sin nubes.

Con cada golpe de ala, con cada inhalación profunda de la brisa de cítricos y sal... algo de tensión en mi cuerpo se relajaba.

Incluso si cada ala batida nos acercaba más a la Casa que se cernía sobre Velaris. A mis hermanas.



La Casa de Viento había sido tallada en la piedra roja, calentada por el sol, de las montañas cubiertas de planos que acechaban sobre un extremo de la ciudad, con innumerables balcones y patios que sobresalían sobre la caída de mil pies al fondo del valle. Las calles sinuosas de Velaris fluían directamente a la pared escarpada de la montaña misma, y serpenteando a través de ella estaba el Sidra, una venda brillante, resplandeciente ante el sol del mediodía.

Cuando aterrizamos en la terraza que bordeaba nuestro comedor habitual, Cassian y Lucien, que se alejaban detrás de nosotros, permití que me empapara: la ciudad, el río y el mar lejano, las montañas escarpadas al otro lado de Velaris y el azul ardiente del cielo. Y la Casa de Viento, mi otra casa. La gran y formal hermana de la casa de la ciudad, nuestro hogar público, supongo. Donde íbamos a celebrar reuniones y recibir invitados que no eran familiares.

Una alternativa mucho más agradable a mi otra residencia. La Corte de Pesadillas. Al menos allí, podría quedarme en el palacio de piedra lunar, en lo alto de la montaña bajo la cual se había construido la Ciudad Tallada, la Ciudad de Hewn. Aunque la gente a la que gobernaría... los arranqué de mis pensamientos mientras ajustaba mi trenza, metiendo algunas hebras que habían sido azotadas por el viento que Rhys había permitido entrar través de su escudo mientras volaba.

Lucien se acercó al balcón y lo miró todo. No lo culpé.

Miré por encima de un hombro hacia donde estaban Rhys y Cassian. Rhys alzó una ceja.

Espera dentro.

La sonrisa de Rhys fue aguda.

¿Así no tendrás testigos cuando lo empujes por la barandilla?

Le dirigí una mirada de incredulidad y me dirigí a Lucien, el murmullo de Rhys a Cassian para que le sirviera una copa en el comedor fue la única indicación de su partida. Eso, y la casi silenciosa apertura y cierre de las puertas de cristal que conducían al comedor de más allá. La

misma habitación donde había conocido a la mayoría de ellos, mi nueva familia.

Me acerqué a Lucien, el viento zarandeaba mechones de su cabello rojo desde la parte posterior de su nuca, donde lo tenía atado.

—Esto no es lo que yo esperaba —dijo, asimilando la desorientación de Velaris.

—La ciudad todavía se está reconstruyendo después del ataque de Hiberno.

Sus ojos cayeron a la barandilla del balcón tallado.

—Aunque no formamos parte en eso... lo siento. Pero eso no fue lo que quise decir. —Miró detrás de nosotros, hacia donde Rhys y Cassian esperaban dentro del comedor con sus bebidas en la mano, inclinados demasiado casualmente contra la gigantesca mesa de roble en su centro.

Estaban inmensamente interesados en algún punto o mancha en la superficie entre ellos.

Les fruncí el ceño, pero tragué. Y aunque mis hermanas esperaban en el interior, aunque el deseo de verlas fuera tan tangible que no me habría sorprendido encontrar una cuerda llevándome a la casa, le dije a Lucien:

—Rhys me salvó la vida en Calanmai.

Y se lo dije. Todo—la historia que tal vez le ayudaría a entender. Y darse cuenta de lo verdaderamente segura que estaba Elain, *y* ahora él. Finalmente llamé a Rhys para que explicara su propia historia... y le dio a Lucien los más mínimos detalles. Ninguno de los fragmentos vulnerables y tristes que me habían reducido a lágrimas en aquella cabaña de la montaña. Pero pintó una imagen bastante clara.

Lucien no dijo nada mientras Rhys habló. O cuando seguí con mi historia, con Cassian insinuando a menudo su propio relato de cómo había sido vivir con dos personas emparejadas pero sin emparejar, de fingir que Rhys no me cortejaba, para darme la bienvenida a su pequeño círculo.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando terminamos, aunque Rhys y Cassian aprovecharon el tiempo para soltar sus alas por el borde

del balcón. Dejé fuera nuestra historia en Hiberno, el día en que volví a la Corte de Primavera.

El silencio cayó y Rhys y Cassian se alejaron nuevamente, comprendiendo la emoción que nadaba en el ojo de Lucien—el sentido de la larga respiración que dejó salir.

Cuando estuvimos solos, Lucien se frotó los ojos.

—He visto a Rhysand hacer cosas tan... horribles, lo he visto jugar al príncipe oscuro una y otra vez. Y aun así me estás diciendo que todo eso fue una mentira. Una máscara. Todo para proteger este lugar, a esta gente. Y me habría reído de ti por creerlo, y sin embargo... esta ciudad existe. Intacta, o hasta hace poco, supongo. Ni siquiera las ciudades de la Corte Amanecer son tan hermosas como esta.

—Lucien...

—Y tú lo amas. Y él... de verdad te quiere. —Lucien se pasó una mano por su cabello rojo—. Y todas estas personas que he pasado siglos odiando, incluso temiendo... son tu familia.

—Creo que probablemente Amren negaría que siente algún tipo de afecto por nosotros...

—Amren es una historia para dormir que nos contaban cuando éramos muchachos para que nos portáramos bien. Amren era quien se bebería mi sangre y me llevaría al infierno si me salía del carril. Y sin embargo ahí estaba ella, actuando más como una tía vieja malhumorada que cualquier otra cosa.

—Nosotros no...no hacemos cumplir el protocolo ni hacemos clasificaciones aquí.

—Obviamente. Rhys vive en una *casa de la ciudad*, por el Caldero. —Agitó un brazo para rodear la ciudad.

No sabía qué decir, así que guardé silencio.

—No me había dado cuenta de que yo era un villano en tu narrativa —susurró Lucien.

—No lo eras. —No del todo.

El sol danzaba en el lejano mar, convirtiendo el horizonte en un destello brillante de luz.

—Ella no sabe nada de ti. Sólo lo básico que Rhys le dio: que eres el hijo de un Gran Señor sirviendo en la Corte de Primavera. Y que me ayudaste Bajo la Montaña. Nada más.

No añadí que Rhys me había dicho que mi hermana no había preguntado por él en absoluto.

Me enderecé.

—Me gustaría verlas primero. Sé que estás ansioso...

—Sólo hazlo —dijo Lucien, apoyando los antebrazos en la barandilla de piedra—. Ven a buscarme cuando esté lista.

Casi le di unas palmaditas en el hombro, casi dijo algo reconfortante.

Pero las palabras me volvieron a fallar mientras me dirigía hacia el oscuro interior de la casa.



Rhys les había dado a Nesta y Elain una suite de habitaciones comunicadas, todas con vistas a la ciudad, al río y a las lejanas montañas de más allá.

Pero fue en la biblioteca familiar donde Rhys localizó Nesta.

Había una tensión en Cassian cuando los tres descendíamos por las escaleras de la casa, los pasillos de piedra roja se oscurecían y resonaban con el susurro de las alas de Cassian y el leve aullido del viento resonando en cada ventana. Una tensión que se templaba a cada paso hacia las puertas dobles de la biblioteca. No había preguntado si se habían visto, o hablado, desde ese día en Hiberno.

Cassian no ofreció ninguna información.

Y podría haberle preguntado a Rhys por el vínculo si él no había abierto una de las puertas.

Si no hubiera observado inmediatamente a Nesta en un sillón con un libro sobre sus rodillas, viéndose—por una vez—para nada como Nesta. Casual. Quizás relajada.

Perfectamente contenta de estar sola.

En el momento en que mis zapatos rozaron contra el suelo de piedra, ella se irguió de un golpe, su espalda se puso rígida y cerró su libro con un golpe sordo. Sin embargo, sus ojos gris-azul no se alargaron tanto cuando me vieron.

Mientras yo la miraba.

Nesta había sido hermosa como una mujer humana.

Como Alta Fae, era devastadora.

Por la absoluta quietud con la que Cassian estaba a mi lado, me pregunté si pensaba lo mismo.

Vestía un vestido de color peltre, que lo hacía parecer simple, pero el material era muy bueno. Su cabello estaba trenzado sobre la coronilla de su cabeza, acentuando su largo y pálido cuello, un cuello al que se lanzaron los ojos de Cassian, y luego alejaba rápidamente, mientras ella nos medía y me decía:

—Estás de regreso.

Con sus cabellos de esa forma, ocultaba las orejas puntiagudas. Pero no había nada que pudiera ocultar la gracia etérea mientras daba un paso. Cuando su atención volvió a Cassian y añadió:

— ¿Qué quieres?

Sentí el golpe como un puñetazo en mi estómago.

—Al menos la inmortalidad no ha cambiado algunas cosas sobre ti.

La mirada de Nesta fue nada menos que helada.

— ¿Hay algún propósito para esta visita, o puedo volver a mi libro?

La mano de Rhys rozó la mía en silencioso consuelo. Pero su cara... dura como la piedra. Y aún menos divertido.

Pero Cassian se acercó a Nesta, con una media sonrisa extendiéndose por su rostro. Se puso rígida mientras cogía el libro, leía el título y se rió entre dientes.

—No te habría llamado una lectora romántica.

Ella le dirigió una mirada fulminante.

Cassian hojeó las páginas y me dijo:

—No te has perdido demasiado mientras estabas destruyendo a nuestros enemigos, Feyre. En su mayoría ha sido esto.

Nesta se giró hacia mí.

— ¿Tú... lo lograste?

Apreté mi mandíbula.

—Veremos cómo se desarrolla. Me aseguré de que Ianthé sufriera. — Al ver la rabia y el miedo que se deslizaron en los ojos de Nesta, enmendé—. No lo suficiente, sin embargo.

Miré su mano, la que había señalado con el rey de Hiberno. Rhys no había mencionado ninguna señal de poderes especiales de ninguna de mis hermanas. Sin embargo, ese día en Hiberno, cuando Nesta había abierto los ojos... lo había visto. Vi algo grande y terrible dentro de ellos.

—Y, de nuevo, ¿por qué estás aquí? —Ella le arrebató el libro a Cassian, quien le permitió hacerlo, pero permaneció de pie a su lado. Observando cada respiración, cada parpadeo.

—Quería verte —dije en voz baja—. Ver cómo estabas.

— ¿Ver si he aceptado mi suerte y me he sentido agradecida por convertirme en uno de ellos?

Estiré mi columna vertebral.

—Eres mi hermana. Los vi hacerte daño. Quería ver si estabas bien.

Una risa baja y amarga. Pero ella se volvió hacia Cassian, lo miró como si fuera una reina en un trono, y luego declaró a todos nosotros:

— ¿Qué me importa? Tengo que ser joven y bella para siempre, y nunca tendré que volver con esos psicópatas adúladores al otro lado del

muro. Puedo hacer lo que quiera, ya que aparentemente nadie aquí tiene ningún respeto por las reglas, por los modales o nuestras tradiciones. Quizás *deba* agradecerte por haberme arrastrado a esto.

Rhys me puso una mano en la parte más baja de la espalda antes de que las palabras golpearan su objetivo.

Nesta resopló.

—Pero no soy yo a quien deberías estar comprobando. Tuve tan poco en juego al otro lado del muro como lo tengo aquí. —El odio se onduló sobre sus rasgos, tanto odio que me sentí enferma—Nesta siseó—: Ella no saldrá de su habitación. No dejará de llorar. No comerá, ni dormirá ni beberá.

Rhys apretó la mandíbula.

—Te he preguntado una y otra vez si necesitabas...

— ¿Por qué debería permitir que alguno de *ustedes* —la última palabra fue disparada contra Cassian con tanto veneno como el de una víbora—, se acercarse a ella? No es asunto de nadie más que de nosotras.

—El compañero de Elain está aquí —dije.

Y era la cosa incorrecta para pronunciar en la presencia de Nesta.

Se puso blanca de rabia.

—Él no es eso para ella —gruñó ella, avanzando sobre mí lo suficiente como para que Rhys deslizara un escudo entre nosotros.

Como si él también hubiera vislumbrado ese poderoso poder en sus ojos aquel día en Hiberno. Y no sabía cómo se iba a manifestar.

—Si llevas a ese hombre cerca de ella, yo...

— ¿Tú qué? —susurró Cassian, arrastrándola a un ritmo casual mientras ella se detenía quizás a cinco pies de mí. Él alzó una ceja mientras ella se giraba hacia él—. No te unirás a mí para practicar, así que seguro como el infierno que no te aguantarás en un combate por ti misma. No hablas de tus poderes, así que ciertamente no vas a ser capaz de manejarlos. Y tu...

—Cierra la boca —dijo ella, cada centímetro de emperatriz conquistadora—. Te dije que te mantuvieras lejos de mí, y si tú...

—Te encuentras entre un macho y su compañera, Nesta Archeron, y vas a aprender sobre las consecuencias de la manera difícil.

Las fosas nasales de Nesta se encendieron. Cassian sólo le dirigió una sonrisa torcida.

—Si Elain no está dispuesta a hacerlo, entonces no lo verá. No voy a obligarla a una reunión. Pero quiere verla, Nesta. Lo pediré en su nombre, pero la decisión será suya.

—Ese hombre nos vendió a Hiberno.

—Es más complicado que eso.

—Bueno, sin duda será más complicado cuando papá vuelva y nos encuentre desaparecidas. ¿Qué piensas contarle sobre todo esto?

—Dado que no ha enviado noticias desde el continente en meses, me preocuparé de eso más tarde —dije de nuevo. Y gracias al Caldero por eso, que estuviera negociando en algún territorio lucrativo.

Nesta sólo sacudió la cabeza, volviéndose hacia la silla y su libro.

—No me importa. Haz lo que quieras.

Un despedido mordaz, aunque la admisión de que todavía confiaba en mí lo suficiente como para considerar las necesidades de Elain primero. Rhys levantó bruscamente la barbilla a Cassian en una silenciosa orden de marcharse, y mientras los seguía, dije en voz baja:

—Lo siento, Nesta.

Ella no respondió mientras se sentaba rígida en su silla, cogió su libro, y obedientemente nos ignoró. Un golpe en la cara habría sido mejor.

Cuando miré hacia delante, encontré a Cassian mirando a Nesta también.

Me pregunté por qué nadie había mencionado todavía lo que ahora brillaba en los ojos de Cassian mientras miraba a mi hermana.

La pena. Y el anhelo.



La suite estaba llena de luz del sol.

Cada cortina había sido apartada tanto como se podía, para dejar entrar tanto sol como fuera posible.

Como si algo de oscuridad fuera abominable. Como si fuera a perseguirla.

Y sentada en una pequeña silla ante la más soleada de las ventanas, de espaldas a nosotros, estaba Elain.

Aunque Nesta había estado en un silencio contento antes de encontrarla, el silencio de Elain era... hueco.

Vacio.

Tenía el pelo caído, ni siquiera trenzado. No podía recordar la última vez que lo había visto desatado. Llevaba una túnica de seda blanca.

No miró, ni habló, ni siquiera se estremeció cuando entramos.

Sus brazos demasiado delgados descansaban en su silla. Ese anillo de compromiso de hierro aún le rodeaba el dedo.

Su piel estaba tan pálida que parecía nieve fresca en la luz áspera.

Entonces me di cuenta de que el color de la muerte, del dolor, era blanco.

La falta de color. De la vitalidad.

Dejé a Cassian y a Rhys junto a la puerta.

La rabia de Nesta era mejor que esta... cascara.

Este vacío.

Me quedé sin aliento mientras rodeaba la silla. Contemplaba la vista de la ciudad que ella miraba tan inexpresivamente.

Luego contemple las mejillas hundidas, los labios sin sangre, los ojos marrones que alguna vez habían sido ricos y cálidos, y ahora parecía completamente aburridos. Como suciedad.

No me dio ni una mirada cuando murmuré suavemente:

— ¿Elain?

No me atreví a alcanzar su mano.

No me atreví a acercarme demasiado.

Yo había hecho esto. Las había arrastrado a esto...

—Estoy de vuelta —añadí un poco. Inútilmente.

Lo único que dijo fue:

—Quiero irme a casa.

Cerré los ojos, mi pecho se apretó insoportablemente.

—Lo sé.

—El me buscará —susurró.

—Lo sé —dije de nuevo. No era Lucien, no hablaba de él en absoluto.

—Se suponía que íbamos a casarnos la próxima semana.

Puse una mano en mi pecho, como si detuviera el agrietamiento allí.

—Lo siento.

Nada. Ni siquiera un parpadeo de emoción.

—Todo el mundo sigue diciendo eso —Su pulgar rozó el anillo en su dedo—. Pero no arregla nada, ¿verdad?

No podía respirar lo suficiente. No podía... No podía respirar, viendo la cosa rota y tallada que se había convertido mi hermana. Lo que le había robado, lo que había tomado de ella... Rhys estaba allí, con un brazo resbalando alrededor de mi cintura.

— ¿Podemos traerte algo, Elain? —Él habló con tanta dulzura que apenas pude soportarlo.

—Quiero irme a casa —repitió.

No podía preguntarle sobre Lucien. Ahora no. Aún no.

Me di la vuelta, totalmente preparada para irme y desmoronarme completamente en otra habitación, otra sección de la Casa. Pero Lucien estaba de pie en la puerta.

Y por la devastación en su rostro, supe que había oído cada palabra. Visto y escuchado, sintió el vacío y la desesperación irradiando de ella.

Elain siempre había sido dulce y amable, y yo la consideraba una fuerza diferente. Una mejor fuerza. Miraba la dureza del mundo y elegía, una y otra vez, amar, ser amable.

Siempre había estado tan llena de luz.

Quizás era por eso que ahora mantenía todas las cortinas abiertas. Para llenar el vacío que existía donde toda esa luz había estado una vez.

Y ahora no quedaba nada.

Capítulo 16

Traducido por LillyRoma

Rhysand condujo silenciosamente a Lucien a la suite que ocuparía en el extremo opuesto de la Casa de Viento. Cassian y yo los seguimos por detrás, ninguno de ellos habló hasta que mi compañero abrió un conjunto de puertas de ónice que reveló una soleada sala de estar tallada en más piedra roja. Más allá de la pared de las ventanas, la ciudad fluía muy por debajo, la vista se extendía hasta las lejanas montañas escarpadas y el reluciente mar.

Rhys se detuvo en el centro de una alfombra tejida a mano de color azul medianoche y señaló las puertas selladas a su izquierda.

—Dormitorio. —Él movió perezosamente una mano hacia la única puerta en la pared opuesta—. Baño.

Lucien lo examinó con indiferencia. Lo que sentía por Elain, lo que planeaba hacer... no quería preguntar.

—Supongo que necesitarás ropa —dijo Rhys, asintiendo con la cabeza hacia la chaqueta y los pantalones sucios de Lucien, los cuales llevaba puestos la semana pasada mientras caminábamos por los territorios. De hecho, eso era... sangre salpicada en varios puntos—. ¿Algún atuendo preferido?

Eso atrajo la atención de Lucien, el varón se movió lo suficiente como para embaucar Rhys; para notar a Cassian y a mí a espiando en la puerta.

— ¿Hay algún costo?

—Si estás tratando de decir que no tienes dinero, no te preocupes, la ropa es gratuita. — Rhys le dio una media sonrisa—. Si está tratando de preguntar si esto es algún tipo de soborno... — Se encogió de hombros—. Eres hijo de un Gran Señor. Sería de mala educación no alojarte y vestirme en tu tiempo de necesidad.

Lucien se erizó.

Deja de hostigarlo, dije por el vínculo.

Pero es tan divertido, me llegó la respuesta ronroneada.

Algo lo agitó. Agitó a Rhys lo suficiente, para que burlarse de Lucien fuera la forma fácil de quitarle el filo al asunto. Me acerqué más, Cassian se quedó detrás de mí cuando le dije a Lucien:

—Volveremos para la cenar en unas horas. Descansa un rato, báñate. Si necesitas algo, tira de la cuerda que está en la puerta.

Lucien se puso rígido, no por lo que había dicho, sino por el tono. Una anfitriona. Pero él preguntó:

— ¿Qué hay de... Elain?

Tu turno, ofreció Rhys.

—Tengo que pensarlo —respondí claramente—. Hasta que descubra qué hacer con ella, con Nesta, mantente alejado de su camino. —Añadí quizá demasiado fuertemente—. Esta casa está protegida contra tamizaciones, tanto desde afuera como desde adentro. Hay una salida: las escaleras de la ciudad. También están protegidas y resguardadas. Por favor, no hagas nada estúpido.

—Entonces, ¿Soy un prisionero?

Podía sentir la respuesta chispeando en Rhys, pero sacudí la cabeza.

— No. Pero entiende que aunque puede que seas su compañero, Elain es *mi* hermana. Haré lo que sea necesario para protegerla de más daño.

—Nunca la haría daño.

Una sombría clase de honestidad en sus palabras.

Simplemente asentí con la cabeza, soltando un suspiro, y me encontré con la mirada de Rhysand en un silencioso instante.

Mi compañero no dio señal alguna de mi súplica muda cuando dijo:

—Eres libre de vagar por donde quieras, a la ciudad misma si te sientes valiente para hacerle frente a las escaleras, pero hay dos

condiciones: no puedes ir con mi hermana, ni puedes entrar en su habitación. Si necesitas un libro de la biblioteca, se lo pedirás a los sirvientes. Si deseas hablar con Elain o Nesta, también se lo pedirás a los sirvientes, que nos preguntarán. Si ignoras estas reglas, te encerraré en una habitación con Amren.

Entonces Rhys se volvió, con las manos deslizándose en sus bolsillos mientras me ofrecía su brazo doblado. Le pasé el brazo por el suyo, pero le dije a Lucien:

—Te veremos dentro de unas horas.

Estábamos casi en la puerta, Cassian ya en el pasillo, cuando Lucien me dijo:

—Gracias.

No me atreví a preguntarle porqué.



Volamos directamente al desván de Amren, más de unas cuantas personas agitaron las manos mientras volábamos sobre los tejados de Velaris. Mi sonrisa no fue fingida cuando les devolví el saludo; mi gente. Rhys sólo me sostuvo un poco más apretado mientras lo hacía, su propia sonrisa tan brillante como el sol en el Sidra.

Mor y Azriel ya estaban esperando adentro del apartamento de Amren, sentados como niños regañados en el raído diván que estaba contra la pared mientras la mujer de pelo oscuro volaba por las páginas de los libros esparcidos en el suelo alrededor de ella.

Mor me dirigió una mirada agradecida y aliviada al entrar, la cara de Azriel no reveló nada mientras permanecía de pie, manteniendo una distancia. Cuidadosa y demasiado casual, lejos de ella. Pero fue Amren quien dijo desde el suelo:

—Deberías matar a Berón y a sus hijos y poner al guapete como Gran Señor de Otoño, exilio autoimpuesto o no. Hará la vida más fácil.

—Lo tendré en cuenta — ijo Rhys, avanzando hacia ella mientras yo me quedaba con los demás. Si se estaban quedando atrás... Amren tenía que estar de mal humor.

Suspiré.

— ¿Quién más piensa que, dejarlos a ellos tres en la Casa de Viento es una terrible idea?

Cassian levantó la mano mientras Rhys y Mor reían. El general del Gran Señor dijo:

—Le doy una hora antes de que él intente verla.

—Treinta minutos —contestó Mor, sentándose de nuevo en el diván y cruzando las piernas.

Me encogí de hombros.

—Yo garantizo que Nesta está vigilando a Elain. Creo honestamente, que ella podría matarlo si él intenta tocarla.

—No, sin entrenamiento no lo hará —refunfuñó Cassian, agarrando sus alas mientras reclamaba el asiento que Azriel había desocupado, al lado de Mor. El Shadowsinger no se limitó a mirarlo. No, Azriel se acercó a la pared junto a Cassian y se apoyó contra los paneles de madera.

Pero Rhys y los demás se mantuvieron bastante callados como para que yo supiera proceder con cuidado cuando le pregunté a Cassian:

—Nesta habló como si hubieras estado en la casa... a menudo. ¿Te has ofrecido a entrenarla?

Los ojos color avellana de Cassian se cerraron cuando cruzó un tobillo sobre otro, estirando sus musculosas piernas ante él.

—Voy ahí todos los días. Es un buen ejercicio para mis alas. —Esas alas se movieron con énfasis. Ni un rasguño las estropeaba.

— ¿Y?

—Y lo que viste en la biblioteca es una versión más agradable de la conversación que siempre tenemos.

Los labios de Mor se apretaron en una línea delgada, como si estuviera tratando de no decir nada. Azriel estaba haciendo todo lo posible

para darle una mirada de advertencia a Mor, para recordarle que mantuviera la boca cerrada. Como si ya hubieran hablado de esto. Muchas veces.

—No la culpo, —dijo Cassian, encogiéndose de hombros a pesar de sus palabras—. Ella fue... violada. Su cuerpo dejó de pertenecerle completamente a ella. —Su mandíbula se apretó. Incluso Amren no se atrevió a decir nada—. Y voy a arrancarle la piel de su cuerpo al Rey de Hiberno la próxima vez que lo vea.

Sus sifones brillaron con luz mortecina en respuesta.

Rhys dijo casualmente:

—Estoy seguro de que el rey disfrutará la experiencia.

Cassian frunció el ceño.

—Lo digo en serio.

—Oh, no tengo duda alguna de que sí. —Los ojos violetas de Rhys deslumbraron en la oscuridad del desván—. Pero antes de que te pierdas en planes de venganza, recuerda que tenemos una guerra que planear primero.

—Estúpido.

Una comisura de la boca de mi compañero se alzó. Y, Rhys lo estaba molestando, poniendo de mal genio a Cassian para evitar que ese delgado límite de culpa lo consumiera. Los otros lo dejaron asumir la tarea, probablemente habiéndolo hecho varias veces ellos mismos estas semanas—. Definitivamente soy eso — dijo Rhys—, pero el hecho sigue siendo que la venganza es secundaria para ganar esta guerra.

Cassian abrió la boca como para seguir discutiendo, pero Rhys observó los libros esparcidos por la exuberante alfombra.

— ¿Nada? —preguntó a Amren.

—No sé por qué enviaste a este par de bufones —una mirada entrecerrada hacia Mor y Azriel—, para vigilarme. — Así que Azriel se había ido justo al desván. Sin duda alguna, debía ahorrarle a Mor la responsabilidad del deber de Amren, sola.

Pero el tono de Amren... malhumorado, sí, pero quizás un poco de líder, también. Para quitar ese brillo demasiado frágil de los ojos de Casiann.

—No te estamos vigilando —dijo Mor, golpeando su pie con la alfombra—. Estamos monitoreando el Libro.

Y cuando lo dijo... lo sentí. Lo oí.

Amren había colocado el Libro de los Respiros en su mesita de noche.

Un vaso de sangre vieja encima.

No sabía si reírme o encogerme. Este último ganó mientras el Libro murmuró: *Hola, dulce mentirosa. Hola, princesa con...*

—Oh, cállate — siseó Amren hacia el Libro, que... se calló—. Cosa odiosa —murmuró, y volvió al tomo frente ella.

Rhys me dirigió una sonrisa irónica.

—Desde que las dos mitades del Libro se unieron de nuevo, se ha sabido... que habla de vez en cuando.

— ¿Qué dice?

—Cosas absurdo —refunfuñó Amren, frunciendo el ceño ante el Libro—. Sólo le gusta oírse hablar. Como la mayoría de la gente que se aglomera en mi apartamento.

Cassian sonrió.

— ¿Alguien olvidó alimentar a Amren otra vez?

Ella lo apuntó con un dedo de advertencia sin siquiera mirar hacia arriba.

— ¿Hay alguna razón, Rhysand, por el que has arrastrado tu paquete charlatán a mi casa?

Su casa era poco más que un ático gigante arreglado, pero ninguno de nosotros se atrevió a discutir mientras Mor, Cassian y Azriel finalmente se acercaban, formando un pequeño círculo alrededor de la postura desgarbada de Amren en el centro de la habitación.

Rhys me dijo:

—La información que recibiste de Dagdan y Brannagh confirma lo que hemos estado recogiendo mientras estabas fuera. Especialmente los potenciales aliados de Hiberno en otros territorios... en el continente.

—Buitres —murmuró Mor, y Cassian parecía inclinado a estar de acuerdo.

Pero Rhys... Rhys había estado de hecho espiando, mientras Azriel había estado...

Rhys resopló.

—*Puedo* permanecer oculto, compañera.

Lo miré fijamente, pero Azriel lo interrumpió.

—Que nos confirmaras de los movimientos de Hiberno, Feyre, eso era lo que necesitábamos.

— ¿Por qué?

Cassian cruzó los brazos.

—Apenas tenemos la posibilidad de sobrevivir a los ejércitos de Hiberno por nuestra cuenta. Si los ejércitos de Vallahan, Montesere y Rask se unen a ellos... —Dibujó una línea en su garganta bronceada.

Mor le dio un codazo en las costillas. Cassian le dio un codazo en la espalda de vuelta, mientras Azriel sacudía la cabeza hacia ambos, con sombras que se arremolinaban alrededor de las puntas de sus alas.

— ¿Esos tres territorios son... tan poderosos? — Tal vez fue una pregunta tonta, mostrando lo poco que sabía de las tierras feéricas en el continente...

—Sí —dijo Azriel, sin juicio en sus ojos color avellana—. Vallahan tiene los números, Montesere tiene el dinero, y Rask... es lo suficientemente grande para tener ambos.

— ¿Y no tenemos aliados potenciales entre los otros territorios de ultramar?

Rhys tiró de un hilo perdido en la manga de su chaqueta negra.

—No los que naveguen hasta aquí para ayudar.

Mi estómago se volteó.

— ¿Qué hay de Miryam y Drakon? —Una vez se negó a considerarlo, pero—... luchaste por Miryam y Drakon hace siglos —le dije a Rhys. Había hecho mucho más que eso, si se le podía creer a Jurian—. Quizá sea hora de reclamar esa deuda.

Pero Rhys sacudió la cabeza.

—Lo intentamos. Azriel fue a Creta. —La isla donde Miryam, Drakon y sus pueblos unificados humanos y Fae habían vivido en secreto durante los últimos cinco siglos.

—Estaba abandonada —dijo Azriel—. En ruinas. Sin rastro de lo que pasó o a dónde fueron.

— ¿Crees que Hiberno...?

—No había señal de Hiberno, ni de ningún daño —intervino Mor, con la cara tensa. También habían sido sus amigos durante la guerra. Miryam, Drakon y las reinas humanas que habían firmado el Tratado. Y era preocupación, verdaderamente, profunda preocupación, lo que refulgía en sus ojos castaños. En todos sus ojos.

—Entonces, ¿crees que oyeron hablar de Hiberno y huyeron? —pregunté. Drakon tenía una legión alada, Rhys me había contado una vez. Si hubiera alguna posibilidad de encontrarlos...

—El Drakon y Miryam que yo conocía no habrían huido, no de esto, — dijo Rhys.

Mor se inclinó hacia adelante, su pelo dorado derramándose sobre sus hombros.

—Pero Jurian ahora es un jugador en este conflicto... Miryam y Drakon, les guste o no, siempre han estado atados a él. No los culpo por huir, si verdaderamente los está cazando.

El rostro de Rhys se relajó durante un instante.

—Eso es lo que el rey de Hiberno tiene sobre Jurian —murmuró—. Por qué Jurian trabaja para él.

Mi frente se arrugó.

—Miryam murió, una lanza en su pecho durante la última batalla en el mar —explicó Rhys—. Ella sangró mientras fue llevada a un lugar seguro. Pero Drakon sabía de una isla sagrada y oculta donde un objeto de gran y terrible poder había sido ocultado. Un objeto hecho por el Caldero mismo, según la leyenda. La trajo allí, a Creta, usó el objeto para resucitarla, hacerla inmortal. Como tú fuiste hecha, Feyre.

Amren lo había dicho, hace meses. Que Miryam había sido *hecha* como yo.

Amren pareció recordarlo también, cuando dijo:

—El rey de Hiberno debió haberle prometido a Jurian usar el Caldero para rastrear el objeto. Hasta donde viven Miryam y Drakon. Tal vez lo supieron y huyeron lo más rápido que pudieron.

Y por venganza, por esa loca rabia que perseguía a Jurian... haría lo que el rey de Hiberno le pidiera. Así podría matar a Miryam.

—Pero, ¿a dónde fueron? —Miré a Azriel, el shadowsinger todavía estaba de pie, contra la pared, con una quietud sobrenatural —. ¿No has encontrado ningún rastro de a dónde pudieron haber desaparecido?

—Nada —respondió Rhys—. Hemos enviado mensajeros desde entonces, sin resultado.

Me froté la cara, sellando ese camino de esperanza.

—Entonces, si no son un posible aliado... ¿Cómo podemos evitar que esos otros territorios del continente se unan a Hiberno; de que envíen sus ejércitos aquí? Ese es nuestro plan, ¿no?

Rhys sonrió sombríamente.

— Lo es. Uno en el que hemos estado trabajando mientras estabas ausente. —Esperé, tratando de no marcar el paso mientras los ojos plateados de Amren parecían brillar con diversión—. Observé a Hiberno primero. A su gente. Lo mejor que pude.

Había *ido* a Hiberno...

Rhys sonrió burlonamente ante la preocupación que se extendía por mi rostro.

una CORTE de ALAS y RUINA

—Esperaba que Hiberno pudiera tener algún conflicto interno que explotar, para hacer que se derrumbaran desde dentro. Que su gente no quisiera esta guerra, podrían verla como costosa y peligrosa e innecesaria. Pero quinientos años en esa isla, con poco comercio, poca oportunidad... La gente de Hiberno está hambrienta de un cambio. O más bien... un cambio de vuelta a los viejos tiempos, cuando tenían esclavos humanos que hicieran su trabajo, cuando no había barreras que los alejara de lo que ahora perciben como su derecho.

Amren cerró de golpe el libro que había estado leyendo. Ella sacudió la cabeza, el cabello enloquecido se balanceó, mientras me miraba con el ceño fruncido.

—La riqueza de Hiberno ha estado disminuyendo durante siglos. La mayoría de sus rutas comerciales antes de la guerra tenían que ver con el Sur, con la Tierra Negra. Pero una vez que fue donde los humanos... No sabemos si el rey de Hiberno deliberadamente falló en establecer nuevas rutas comerciales y oportunidades para su pueblo, para un día provocar esta guerra, o si era tan miope y dejó que todo se desmoronara. Pero durante siglos, la gente de Hiberno ha estado amargándose. Hiberno *dejó* que el resentimiento de su creciente estancamiento y pobreza se apoderara.

—Hay muchos Altos Faes —dijo Mor con cuidado—, que creyeron antes de la Guerra, e incluso todavía creen, que los humanos... son propiedad. Había muchos Altos Fae que no sabían nada más que de privilegios gracias a esos esclavos. Y cuando ese privilegio les fue arrancado, cuando se vieron obligados a abandonar sus tierras de origen o se vieron forzados a dar cabida a otros Altos Fae y a reformular territorios, crear nuevos, por antes de ese muro... No han olvidado esa ira, incluso siglos después. Especialmente en lugares como Hiberno, donde su territorio y su población permanecieron mayormente intactos por el cambio. Fueron uno de los pocos que no tuvieron que ceder terreno al Muro, y no cedieron ninguna tierra a los territorios de los Fae, que ahora buscaban un nuevo hogar. Aislado, cada vez más pobre, Sin esclavos para hacer su trabajo... Hiberno ha visto durante mucho tiempo los días antes de la guerra como una era de oro. Y estos siglos como una edad oscura.

Me froté el pecho.

—Todos están locos para pensar eso.

una CORTE de ALAS y RUINA

Rhys asintió con la cabeza.

—Sí, ciertamente lo están. Pero no olvides que su rey ha animado esta visión limitada del mundo. No expandió sus rutas comerciales, no permitió que otros territorios tomaran ninguna de sus tierras y trajeran sus culturas. Él consideró que las cosas salieron mal para los Leales, en la Guerra. Finalmente, no cedió por estar abrumado, sino porque comenzaron a discutir entre sí mismos. Hiberno ha tenido un largo, largo tiempo para pensar en esos errores. Y cómo evitarlos a cualquier costo. Así que se aseguró de que su pueblo estuviera completamente a favor de esta guerra, completamente por la idea de que el muro cayera, porque piensan que de alguna manera restaurará esa... visión dorada del pasado. El pueblo de Hiberno ve a su rey y sus ejércitos no como conquistadores, sino como liberadores de los Altos Fae y de los que están con ellos.

La náusea revolvió mi intestino.

—¿Cómo alguien puede *creer* eso?

Azriel se pasó una mano cicatrizada por el pelo.

—Eso es lo que hemos estado aprendiendo. Escuchando en Hiberno. Y en territorios como Rask y Montesere y Vallahan.

—Seremos usados de ejemplo, muchacha —explicó Amren—. Prythian. Estábamos entre los defensores y negociadores más feroces del Tratado. Hiberno quiere reclamar a Prythian no sólo para despejar el camino hacia el continente, sino para dar un ejemplo de lo que sucede con los territorios de los Altos Fae que defienden el Tratado.

—Pero seguramente otros territorios lo protegerían —dije, escudriñando sus rostros.

—No tantos como esperábamos —admitió Rhys, estremeciéndose—. Hay muchos, demasiados, que también se han sentido aplastados y sofocados durante estos siglos. Quieren que sus viejas tierras, más allá del Muro, vuelvan, y el poder y prosperidad que viene con eso. Su visión del pasado ha sido coloreada por quinientos años de lucha por adaptarse y prosperar.

—Tal vez los perjudicamos —pensó Mor—, al no compartir lo suficiente de nuestra riqueza, nuestro territorio. Quizá tengamos la culpa de permitir que algo de esto se amargara y se pudriera.

—Eso queda por discutir—dijo Amren agitando una mano delicada—. El punto es que no estamos enfrentando a un ejército inclinado hacia la destrucción. Están empeñados en lo que creen que es *liberación*. De los Altos Fae sofocados por el muro, y de lo que creen que aún les pertenece.

Tragué.

—Entonces, ¿Qué papel van a jugar los otros territorios; los tres reclamados por Hiberno se aliará con ellos? — Miré entre Rhys y Azriel—. ¿Dijiste que estabas... allí?

Rhys se encogió de hombros.

—Allí, en Hiberno, en los otros territorios... — Guiñó un ojo hacia mi boca abierta—. Tuve que mantenerme ocupado para no extrañarte.

Mor puso los ojos en blanco. Pero fue Cassian quien dijo:

—No podemos permitir que esos tres territorios se unan a Hiberno. Si envían ejércitos a Prythian, estamos acabados.

—Entonces, ¿Qué hacemos?

Rhys se apoyó contra el poste tallado de la cama de Amren.

—Los hemos mantenido ocupados —señaló con la barbilla a Azriel—. Plantamos información, verdades y mentiras y una mezcla de ambas, para que las encuentren. Y también diseminado parte de ella entre nuestros antiguos aliados, que ahora se rehúsan a apoyarnos. —La sonrisa de Azriel fue un tajo de blanco. Mentiras y verdad, el shadowsinger y sus espías las habían sembrado en cortes extranjeras.

Fruncí el ceño.

— ¿Has estado alineando los territorios del continente uno en contra del otro?

—Hemos estado asegurándonos de que se mantengan ocupados el uno con el otro —dijo Cassian, con una pizca de humor maligno que le brillaba en sus ojos color avellana—. Asegurándonos de que los viejos enemigos y naciones rivales de Rask, Vallahan y Montesere, de pronto, hayan recibido información que los mantenga preocupados por ser atacados. Y levanten sus propias defensas. Lo que a su vez hizo que Rask,

Vallahan y Montesere comenzaran a mirar hacia sus propias fronteras y no hacia las nuestras.

—Si nuestros aliados de la Guerra están demasiado asustados para venir a luchar —dijo Mor, cruzando los brazos sobre el pecho—. Entonces si mantienen a los demás ocupados, evitando que naveguen hacia *acá*, no nos preocupa.

Los miré con asombro. A Rhys.

Brillante. Absolutamente brillante, mantenerlos tan concentrados y temerosos el uno del otro que se mantuvieron alejados.

—Entonces... ¿no vendrán?

—Sólo podemos rezar —dijo Amren—. Y roguemos para que nos ocupemos de esto lo suficientemente rápido como para que no descubran que los hemos engañado a todos.

— ¿Qué pasa con las reinas humanas? —mastiqué la punta de mi pulgar—. Tienen que ser conscientes de que, al final, ninguna negociación con Hiberno funciona a su favor.

Mor apoyó los antebrazos en sus muslos.

— ¿Quién sabe lo que Hiberno les prometió, mintió? Él ya les concedió la inmortalidad por medio del Caldero a cambio de su cooperación. Si fueron lo bastante tontas como para aceptarlo, entonces no dudo que ya le hayan abierto las puertas.

—Pero no lo sabemos con certeza —replicó Amren—. Y nada de eso explica por qué han estado tan callados, encerradas en ese palacio.

Rhys y Azriel sacudieron la cabeza como confirmación silenciosa.

Los examiné, su diversión se desvanecía.

—Te vuelve loco, ¿no es así?, que nadie haya podido entrar a ese palacio.

Un leve gruñido de ambos antes de que Azriel murmurara:

—No tienes idea.

Amren sólo chasqueó su lengua, sus ojos precipitados se enfocaron en mí.

—Esos comandantes de Hiberno fueron tontos en revelar sus planes de derrumbar el Muro. O tal vez sabían que la información volvería a nosotros, y su amo quiere que lo pasemos.

Incliné la cabeza.

— ¿Quieres decir romper el Muro a través de los agujeros que ya hay en él?

Sacudió su barbilla puntiaguda mientras señalaba los libros que la rodeaban.

—Es un trabajo complejo de hechizos, una rendija a través de la magia que une el muro.

—Y eso implica —dijo Mor, frunciendo el entrecejo—, que algo podría estar mal con el Caldero.

Alcé las cejas, considerándolo.

—Porque el Caldero debería ser capaz de echar abajo el Muro por su cuenta, ¿verdad?

—Bien —dijo Rhysand, caminando hacia el Libro en la mesa de noche. No se atrevió a tocarlo—. ¿Para qué molestarse en buscar esos agujeros para ayudar al Caldero, cuando podría soltar su poder y acabar con él?

—Tal vez utilizó demasiado de su poder en transformar a mis hermanas y a esas reinas.

—Es probable — dijo Rhys, acechando de nuevo a mi lado—. Pero si va a explotar esas fisuras del muro, tenemos que encontrar una manera de arreglarlas antes de que pueda actuar.

Le pregunté a Amren:

— ¿Hay hechizos para remendarlo?

—Estoy buscando —dijo entre dientes—. Sería de ayuda si *alguien* arrastrara su culo a una biblioteca para investigar más.

—Estamos a tu disposición —Le ofreció Cassian con una reverencia burlesca.

—No sabía que pudieras leer —dijo Amren con dulzura.

—Puede ser una distracción —comentó Azriel antes de que Cassian pudiera pronunciar la respuesta bailando en sus ojos—. Para conseguir que nos enfoquemos en el Muro, como un señuelo, mientras él golpea desde otra dirección.

Hice una mueca ante el Libro.

— ¿Por qué no intentar anular el Caldero otra vez?

—Porque casi te mató la última vez —dijo Rhys con una voz tranquila y firme que me dijo lo suficiente: no había manera de que él me arriesgara a intentarlo de nuevo.

Me enderecé.

—No estaba preparada en Hiberno. Ninguno de nosotros. Si lo intento de nuevo...

Mor cortó. —Si lo intentas de nuevo, muy bien podría matarte. Sin mencionar que tendríamos que llegar al Caldero, lo cual no es una opción.

—El rey —aclaró Azriel hacia mis cejas fruncidas—, no permitirá que el Caldero desaparezca de su vista. Y lo ha protegido con más hechizos y trampas que la última vez. —Abrí la boca para objetar, pero el shadowsinger agregó—: Ya lo miramos. No es un camino viable.

Yo le creía... la honestidad en esos ojos color avellana era la confirmación suficiente de que la habían pensado a fondo.

—Bueno, si es demasiado arriesgado anular el Caldero —pensé—, ¿puedo arreglar la pared de algún modo? Si la pared fue hecha por Feéricos que se unieron, y mi magia es una mezcla de tantos...

Amren reflexionó en el silencio que cayó.

—Quizás. La relación sería tenue, pero... sí, tal vez podría remendarlo. Aunque tus hermanas, forjadas directamente por el Caldero mismo, podrían soportar el tipo de magia que...

—Mis hermanas no tendrán ningún papel en esto.

Otro golpe de silencio, interrumpido sólo por el susurro de las alas de Azriel.

—Les pedí ayuda una vez y mira lo que pasó. No las arriesgaré de nuevo.

Amren resopló.

—Suenas exactamente igual que Tamlin.

Sentí las palabras como un golpe.

Rhys deslizó una mano contra mi espalda, apareció tan rápido que no lo vi moverse. Pero antes de que pudiera responder, Mor dijo en voz baja: —No vuelvas a decir eso, Amren.

No había nada en la cara de Mor, más allá de la fría calma, furia.

Nunca la había visto tan... aterradora. Había estado furiosa con las reinas mortales, pero esto... Esta era la cara de la tercera al mando del Gran Señor.

—Si estás de mal humor porque tienes hambre, entonces dinos —continuó Mor con aquella quietud congelada—. Pero si vuelves a decir algo así, te arrojaré al maldito Sidra.

—Me gustaría verte intentarlo.

Una pequeña sonrisa fue la única respuesta de Mor.

Amren deslizó su atención hacia mí.

—Necesitamos a tus hermanas, si no es para esto, entonces para convencer a otros de que se nos unan, del riesgo. Puesto que cualquier posible aliado podría tener alguna... dificultad en creernos después de tantos años de mentiras.

—Discúlpate —dijo Mor.

—Mor —murmuré.

—*Discúlpate* — siseó a Amren.

Amren no dijo nada.

Mor dio un paso hacia ella, y yo le dije:

—Ella tiene razón.

Ambas me miraron con las cejas levantadas.

Tragué.

—Amren tiene razón. —Salí del tacto de Rhys, dándose cuenta de que había guardado silencio para dejarme arreglarlo. Dejándome descubrir cómo tratar con ambos, como familia, pero sobre todo como su Gran Señora.

El rostro de Mor se tensó, pero sacudí la cabeza.

—Puedo... preguntarle a mis hermanas. A ver si tienen algún tipo de poder. A ver si estarían dispuestas a... hablar con otros acerca de lo que han sufrido. Pero no las obligaré a ayudar, si no quieren participar. La elección será suya. —Miré a mi compañero, el hombre que siempre me había ofrecido una elección no como un regalo, sino como mi propio *derecho* divino. Los ojos violetas de Rhys parpadearon en reconocimiento—. Pero voy a hacer nuestra... desesperación evidente.

Amren jadeó, apenas más que un pájaro preso que sopla sus plumas.

—Compromiso, Amren —ronroneó Rhys—. Se llama compromiso.

Ella lo ignoró.

—Si quieres empezar a convencer a tus hermanas, sácalas de la Casa. Estar encerrado nunca ayudó a nadie.

Rhys dijo suavemente:

—No estoy completamente seguro de que Velaris esté preparado para Nesta Archeron.

—Mi hermana no es un animal salvaje —dije.

Rhys retrocedió un poco, los otros de pronto encontraron la alfombra, el diván, los libros increíblemente fascinantes.

—No me refería a eso.

No respondí.

Mor frunció el ceño con desaprobación hacia Rhys, que sentía que me observaba cuidadosamente, pero me preguntó:

—¿Qué hay de Elain?

Me moví ligeramente, empujando más allá de las palabras que aún estaban entre Rhys y yo. —Puedo preguntar, pero... puede que no esté preparada para estar con tanta gente. —Le aclaré—. Se suponía que se casaría la próxima semana.

—Eso sigue diciendo, una y otra vez — Amren gruñó.

Le disparé una mirada.

—Ten cuidado. —Amren parpadeó hacia mí con sorpresa. Pero continué—. Entonces, necesitamos encontrar una manera de arreglar el Muro antes de que Hiberno use el Caldero para romperlo. Y pelear esta guerra antes de que otros territorios se unan al ataque de Hiberno. Y eventualmente conseguir el Caldero en sí. ¿Algo más?

Rhys dijo detrás de mí, su propia voz cuidadosamente informal:

—Eso lo cubre. Tan pronto como se pueda reunir un ejército, nos enfrentamos a Hiberno.

—El ejército de Iliria está casi listo —dijo Cassian.

—No —dijo Rhys—. Me refiero a un ejército más grande. Un ejército no sólo de la Corte Oscura, sino de todo Prythian. Nuestro único tiro digno de encontrar aliados en esta guerra.

Ninguno de nosotros habló, ninguno de nosotros se movió cuando Rhys dijo simplemente—: Mañana saldrán las invitaciones hacia cada Gran Señor en Prythian. Para una reunión en dos semanas. Es hora de que veamos quién está con nosotros. Y asegurarse de que entiendan las consecuencias si no lo hacen.

Capítulo 17

Traducido por Dahiry

Dejé que Cassian me llevara hasta la Casa dos horas después, solo porque había admitido que seguía trabajando en fortalecer sus alas y necesitaba desafiarse a sí mismo.

El calor se desprendió de los tejados y piedras rojas mientras volábamos sobre ellos, la brisa del mar dándole un beso a mi cara.

Apenas habíamos terminado de debatir treinta minutos atrás, solo deteniéndonos cuando el estómago de Mor retumbo tan alto como un relámpago. Pasamos el tiempo sopesando los méritos de dónde encontrarnos, a quien llevar a la reunión de los Grandes Señores.

Las invitaciones saldrían mañana—pero sin especificar el lugar de encuentro. No había un punto en seleccionar uno, dijo Rhys, cuando los Grandes Señores sin duda alguna rechazarían nuestra selección inicial y contrarrestarían con su propia elección de reunión. Todo lo que habíamos escogido era el lugar y la hora — dos semanas de amortiguador en contra de la disputa que estaba asegurada a suceder.

El resto... Solo teníamos que prepararnos para cada posibilidad.

Rápidamente regresamos a la casa de la ciudad para cambiarnos antes de dirigirnos de vuelta a la Casa—y encontré a Nuala y Cerridwen esperando en mi habitación, sonrisas en su cara sombrías.

Las habría abrazado a ambas, aun si el saludo de Rhys había sido menos... entusiasta. No por el disgusto de las medio espectro, pero...

Lo había amonestado. En el departamento de Amren. No se había enojado, y aun así... lo sentía mirándome cuidadosamente las pasadas horas. Hacía que fuera... extraño mirarlo. Lo suficiente para que el apetito que se había estado construyendo en mi había pasado a ser un mareo. Lo había desafiado antes... pero no como una Gran Señora. No con el... tono.

Así que no le pregunté al respecto y Nuala y Cerridwen me ayudaron a vestir mientras él se dirigía al cuarto de baño a lavarse.

No es que hubiera muchos adornos con los que molestarse. Opté por mis pantalones de cuero Illirianos y camisa blanca suelta—y un par de pantuflas bordadas a las que Cassian seguía bufando mientras volábamos.

Cuando lo hizo por tercera vez en dos minutos, pellizque su brazo y dije:

—Hace calor. Esas botas son sofocantes.

Sus cejas se levantaron, el retrato de la inocencia.

—No he dicho nada

—Gruñiste. *De nuevo.*

—He vivido con Mor durante quinientos años. He aprendido de la forma difícil a no cuestionar su elección de calzado. —Sonrió—. Por más estúpidos que sean.

—Es la cena. ¿Al menos que haya una batalla planeada después?

—Tu hermana estará ahí. Yo diría que eso es una guerra en toda regla.

Casualmente estudie su cara, notando lo mucho que trabajaba en mantener sus rasgos neutros, para mirar a cualquier lado menos a mí. Rhys volaba cerca, pero lo suficientemente alejado para no escuchar mientras decía: — ¿La usarías para ver si de alguna manera puede reparar el muro?

Ojos avellanas se dispararon hacia mí, feroces y claros.

—Sí. No solo por nuestro bien, sino... necesita salir de la Casa. Necesita... —Las alas de Cassian se mantuvieron arriba con un ritmo firme y en auge, las secciones nuevas solo detectables por la falta de cicatrices—. Se destruirá a si misma si sigue encerrada ahí adentro.

Mi pecho se apretó.

—Ella... —pensé a través de mis palabras—. El día en que fue cambiada, ella... sentí algo diferente. — Luché contra mis músculos tensos mientras recordaba esos momentos.

Los gritos y la sangre y las náuseas cuando vi a mis hermanas ser tomadas en contra de su voluntad, mientras yo no podía hacer nada, mientras nosotros...

Trague el miedo, la culpa.

—Fue como si... todo lo que era ella, el acero y fuego... se magnificara. Catalizado. Como... ver a un gato doméstico y de repente encontrar a una pantera parada allí en su lugar. —Sacudí mi cabeza, como si fuera a despejar la memoria del predador, la rabia pasando por esos ojos azules y grises.

—Nunca olvidaré esos momentos —dijo Cassian tranquilamente, olfateando o sintiendo los recuerdos causando un caos en mí—. Mientras viva.

— ¿Has visto un atisbo de eso desde ese entonces?

—Nada —La Casa se cernía, luces dorados en la pared de las ventanas y entrada atrayéndonos más cerca—. Pero puedo sentirlo, algunas veces. —Añadió con un poco de tristeza—. Normalmente cuando está enojada conmigo. Lo que es... la mayor parte del tiempo.

— ¿Por qué? —Siempre habían estado en la garganta del otro, pero esto... si, la dinámica entre ellos había estado diferente temprano. Más afilada.

Cassian se apartó el pelo negro de sus ojos, ligeramente más largo que la última vez que lo había visto.

—No creo que Nesta me perdone alguna vez por lo que pasó en Hiberno. A ella, pero más que todo a Elain.

—Tus alas fueron destrozada. Apenas si saliste vivo. — Por eso era la culpa, devastadora y venenosa en cada palabra de Cassian. Lo que los otros habían estado peleando en el desván—. No estabas en posición de salvar a nadie.

—Le hice una promesa. —El viento soplaba el cabello de Cassian mientras miraba hacia el cielo—. Y cuando importó. No la cumplí.

Todavía soñaba con él intentando arrastrarse hacia ella, de alcanzarla incluso en el estado de dolor semi-inconsciente y la pérdida de

sangre por la que estaba pasando. Como Rhysand había hecho conmigo una vez durante esos últimos momentos con Amarantha.

Tal vez solo un par de aleteos de alas nos separaba del extenso aterrizaje en la terraza, pero pregunte:

— ¿Por qué te molestas, Cassian?

Sus ojos avellana se cerraron mientras aterrizábamos suavemente. Y pensé que no respondería, especialmente cuando oímos a los otros ya en el comedor más allá de la terraza, y sobre todo cuando Rhys agradidamente cayó a nuestro lado y siguió adelante con un guiño.

— Porque no puedo permanecer apartado.



Elain, para nada sorprendente, no dejó su habitación.

Nesta, sorprendentemente, lo hizo.

No era una cena formal en ningún aspecto, aunque Lucien, parado cerca de la ventana y mirando el sol ponerse sobre Velaris, usaba una fina chaqueta verde bordada con oro, sus pantalones crema mostrando sus musculosos muslos y botas a mitad de la rodilla pulidas lo suficiente para que los candelabros de la luz fae se reflejaran en ellas.

Siempre había algo casualmente elegante sobre él, pero aquí, esta noche, con su cabello atado atrás y chaqueta abotonada hasta su cuello, ciertamente se veía como el hijo de un Gran Señor.

Guapo, poderoso, un poco desenfadado, pero bien educado y elegante.

Me dirigí hacia él mientras los otros se servían del vino respirando en los decantadores en la mesa de madera antigua, perfectamente consciente de que mientras mis amigos charlaban, mantenían un ojo sobre nosotros. Lucien paso su único ojo sobre mí. Mi atuendo casual, y luego a los Illirianos en su cuero, y Amren en su gris usual, y a Mor con su vestido rojo fluido, y dijo:

— ¿Cuál es el código de vestuario?

Me encogí, dándole la copa de vino que había traído.

—Es... como sea que nos sintamos.

El ojo de oro pulsó y se estrechó, luego volvió a la ciudad.

— ¿Qué hiciste esta tarde?

—Dormí. —dijo—. Me lavé. Me senté sobre mi trasero.

—Podría darte un tour de la ciudad mañana en la mañana —ofrecí—. Si lo deseas.

No importaba que tuviéramos una reunión que planear. Un muro que sanar. Una guerra que pelear. Podía poner todo eso a un lado la mitad del día y mostrarle *por qué* esta ciudad se había convertido en mi hogar, por qué me había enamorado de su gobernante.

Como si sintiera mis pensamientos, Lucien dijo: —No necesitas desperdiciar tu tiempo intentando convencerme, lo entiendo. Entiendo... Entiendo que no éramos lo que tú querías. O necesitabas. Lo pequeño y aislado que nuestro hogar debió de haber sido para ti, una vez viste esto. —Dirigió su barbilla hacia la ciudad, donde las luces estaban brillando en la vista en medio del crepúsculo desvanecido—. ¿Quién podría compararse?

Casi dije *¿No quieres decir a qué se podría comparar?* pero detuve a mi lengua.

Su enfoque cambio para atrás, y Lucien cerro su boca antes de responder, el ojo de metal se activó suavemente.

Seguí su mirada e intente no tensarme cuando Nesta entro a la habitación.

Si, *devastadora* era una buena palabra para lo encantadora que se había vuelto como Alto Fae. Y en un vestido manga larga azul oscuro que se aferraba a sus curvas antes de caer elegantemente el piso en un derrame de tela...

Cassian se veía como si alguien lo hubiera golpeado en las entrañas.

Pero Nesta se quedó mirándome, la luz fae brillando con sus broches plateados que mantenían peinado su cabello hacia atrás.

A los otros los ignoró diligentemente, su barbilla levantándose mientras se dirigía a nosotros. Recé porque Mor y Amren, con sus cejas levantadas no le dijeran nada...

— ¿De *dónde* salió ese vestido? —dijo Mor, su vestido rojo flotando detrás de ella cuando iba hacia Nesta. Mi hermana se preparó, hombros tensos lista para...

Pero Mor ya estaba ahí, tocando la pesada tela azul, inspeccionando cada costura. —Quiero uno. —Hizo un mohín. Su intento, sin duda de invitarla de compras por un guardarropa más grande conmigo.

Como Gran Señora, necesitaba ropa, lujosa. Especialmente para esta reunión. Mis hermanas también.

Los ojos marrones Mor me miraron, y tuve que luchar contra la abrumadora gratitud que amenazaba hacer a la mía quemar mientras me acercaba a ellas.

—Asumo que mi compañero lo desenterró de algún lado.— dije, lanzándole una mirada sobre mi hombro a Rhys, quien estaba posado al borde de la mesa de comer, rodeado por Az y Cassian, los tres Illirianos pretendiendo no escuchar cada palabra mientras vertían el vino entre ellos.

Entrometidos. Mandé el pensamiento a través del vínculo, y la risa oscura de Rhys se escuchó como respuesta.

—El consigue todo el crédito por la ropa —dijo Mor, examinando la tela de la falda de Nesta mientras mi hermana monitoreaba como un águila—. Y nunca me dice dónde encontrarla. Se fue sin decirme donde encontró el vestido de Feyre en la lluvia de estrellas — Envió una mirada por encima de su hombro—. Bastardo.

Rhys se rio, pero Cassian no sonreía, cada poro de él parecía fijado en Nesta y Mor. En lo que mi hermana haría.

Mor solo examinó los broches plateados en el cabello de Nesta.

—Es una cosa buena que no seamos de la misma talla, de otra manera, estaría tentada a robar ese vestido.

—Más a sacárselo de encima — murmuro Cassian.

La sonrisa como respuesta de Mor no era alentadora.

Pero la cara de Nesta seguía en blanco. Fría. Veía a Mor de arriba abajo, notando el vestido que exponía mucho de su abdomen, espalda y pecho, luego a su falda vaporosa, con paneles transparentes que revelaban vistazos de sus piernas. Escandaloso, para la moda humana.

—Afortunadamente para ti —dijo Nesta planamente—. El sentimiento no es mutuo.

Azriel tosió en su vino.

Pero Nesta solo caminó hasta la mesa y reclamó un asiento.

Mor pestañeó, pero me confió una mueca.

—Creo que necesitaremos mucho más vino.

La espina de Nesta se enderezó. Pero no dijo nada.

—Traeré la colección —ofreció Cassian, desapareciendo en los pasillos internos demasiado rápido para ser casual.

Nesta se enderezó un poco más.

Provocar a mí hermana, burlarse de ella... tomé un asiento a su lado y murmuré. —Su intención es buena.

Nesta solo pasó un dedo a través de su plato y arreglo de marfil y obsidiana, examinando los cubiertos de plata con enredaderas de jazmín nocturnas floreciente grabadas alrededor de su empuñadura.

—No me importa.

Amren se deslizó en el asiento frente a mí, justo cuando Cassian regresaba con una botella en cada mano, encogido. Amren le dijo a mi hermana.

—Eres un pedazo real de trabajo.

Los ojos de Nesta se alzaron de golpe. Amren agitó un cáliz de sangre despreocupadamente, mirándola como un gato con un juguete nuevo.

Nesta solo dijo:

— ¿Por qué tus ojos brillan?

Un poco de curiosidad, solo una franca necesidad de información.

Y sin miedo. Nada.

Amren inclino su cabeza.

— ¿Sabes? ninguno de estos entrometidos me han preguntado eso.

Esos entrometidos estaban intentando no parecer preocupados. Como yo. Nesta solo esperó.

Amren suspiró, su cabello corto se sacudió.

— Brillan por qué era la parte de mí que el hechizo contenedor no pudo hacer bien. Es un vistazo de lo que hay por debajo.

— ¿Y qué hay por debajo?

Ninguno de los otros habló. O se movieron siquiera. Lucien, todavía en la ventana, se volvió del color de papel fresco.

Amren trazó un dedo a través de su cáliz, su uña teñida de rojo brilló como la sangre de dentro.

— Tampoco se han atrevido a preguntarme eso.

— ¿Por qué?

— Porque no es amable preguntar, y están asustados.

Amren sostuvo la mirada de Nesta, y mi hermana no se espantó. O se echó atrás.

— Tú y yo, somos lo mismo —dijo Amren.

No estaba segura de si estaba respirando. Por el vínculo, no estaba segura de si Rhys lo hacía.

— No en carne, no en la cosa que merodea debajo de nuestra piel y huesos... — Los extraordinarios ojos de Amren se entrecerraron—. Pero... veo el núcleo, niña. — Amren asintió, más para ella misma que para alguien—. No encajas en el molde en el que te han metido. El destino en el que naciste y te forzaron a caminar. Lo intentaste, y aun si no lo hacías, no *podías* encajar. Y entonces, el destino cambió. — Un pequeño

asentimiento—. Lo sé, sé lo que es ser así. Lo recuerdo, por mucho tiempo que haya pasado.

Nesta manejó la quietud preternatural de un Fae mucho más rápido de lo que yo lo había hecho. Se sentó allí por unos latidos, simplemente mirando a la extraña y delicada mujer frente a ella, pensando en las palabras, el poder que irradiaba de Amren... Y luego Nesta simplemente dijo: —No sé de lo que hablas.

Los rojos labios de Amren se partieron en una amplia sonrisa.

—Cuando estalles, niña, asegúrate de que se sienta a través de los mundos.

Un escalofrío se deslizó por mi piel.

Pero Rhys dijo lentamente:

—Amren parece que ha tomado clases de drama en el teatro de la calle de su casa.

Le lanzo una mirada. —Lo digo en serio Rhysand...

—Estoy seguro de que lo haces —dijo el, reclamando el asiento a mi lado—. Pero prefiero comer antes de nos hagas perder el apetito.

Su amplia mano calentó mi rodilla cuando la tomo debajo la mesa, dándome un apretón tranquilizador.

Cassian tomó el asiento a la izquierda de Amren, Azriel a su lado. Mor tomó el asiento al frente, dejando a Lucien...

Lucien frunció el ceño al lugar restante, colocado a la cabeza de la mesa y después al lugar hostil y en blanco al frente a Nesta.

—Yo... ¿Debería sentarme a la cabeza?

Rhys levanto una ceja.

—No me importa dónde te sientes. Solo me importa comer algo justo —chasqueo sus dedos—, ahora.

La comida, preparada por cocineros que hice un punto en ir a conocer en la barriga de la Casa, aparecieron al otro lado de la mesa, con bandejas y tazones. Carne asada, varias salsas, arroz y pan, vegetales

cocidos frescos de las granja del alrededor... casi suspiré por los olores que me envolvieron.

Lucien se deslizó en su asiento, mirando a todo el mundo como si estuviera posándose encima de una almohadilla.

Me incliné pasando a Nesta para explicarle a Lucien.

—Te acostumbraras a la informalidad.

—Dices eso, Feyre querida, como si fuera una cosa mala. —dijo Rhys. Sirviéndose de una bandeja con trucha frita antes de pasármela.

Rodé mis ojos, deslizando unas partes crujientes a mi plato.

—Me tomó por sorpresa esa primera cena que todos tuvimos, para que sepas.

—Oh, lo sé. —Sonrió Rhys.

Cassian se burló.

—Honestamente —le dije a Lucien, quien sin decir nada, apiló una fila de frijoles de mantequilla verde a su plato, pero no los tocó, tal vez maravillándose por la comida simple, lo contrario a los platos recargados de Primavera—. Azriel es el único educado. —Unos llantos de atrocidades de Mor y Cassian, pero una sonrisa fantasma bailaba en la boca del Shadowsinger mientras bajaba su cabeza y arrastraba una bandeja de carne asada espolvoreada con queso de cabra hacia sí mismo—. Ni siquiera intenten pretender que no es cierto.

—Por supuesto que es cierto —dijo Mor con un suspiro fuerte—, pero no necesitas hacernos sonar a todos como salvajes.

—Habría pensado que encontrarías ese término un cumplido, Mor —dijo Rhys ligeramente.

Nesta veía el vóley de palabras como si fuera un partido deportivo, ojos pasando entre nosotros.

No se acercó ninguna comida, así que me tomé la libertad de dejar cucharadas llenas de varias cosas en su plato.

También miró eso.

Cuando hice una pausa, moviéndome para llenar mi propio plato, Nesta dijo:

—Entiendo, lo que quieres decir sobre la comida.

Me tomó un momento recordar esa conversación en particular que tuvimos en la propiedad de nuestro padre, cuando ella y yo estábamos en la garganta de la otra sobre las diferencias entre la comida humana y Fae. Era lo mismo en términos de lo *que* se sabía, pero solo... sabía mejor pasando el muro.

— ¿Eso es un cumplido?

Nesta no devolvió mi sonrisa mientras tomaba algo de espárrago con su tenedor y lo comía.

E imaginé que era un buen momento como cualquier otro cuando le dije a Cassian.

— ¿A qué hora estaremos de vuelta al anillo de entrenamiento mañana?

Para su crédito, Cassian no miró casi a Nesta mientras respondía con una sonrisa floja.

—Diría que al amanecer pero como estoy bastante agradecido de que estés de vuelta en una sola pieza, te dejaré dormir. Nos encontraremos a las siete.

—Difícilmente llamaría a eso dormir. — dije.

—Para un Illiriano, lo es —Murmuro Mor.

Las alas de Cassian crujieron.

—La luz del día es un precioso recurso.

—Vivimos en la *Corte Oscura* —Mor contrarresto.

Cassian solo miró con una mueca a Rhys y a Azriel.

—Les dije que el momento en que dejáramos entrar a mujeres a nuestro grupo, no serían nada excepto problemas.

—Según yo puedo recordar, Cassian —respondió Rhys secamente—, en realidad, tú dijiste que necesitabas un indulto de ver nuestras feas

caras, y que algunas *damas* añadirían una muy necesitada belleza a la que mirar todo el día.

—Cerdo —dijo Amren.

Cassian le dio el gesto vulgar que hizo que Lucien se ahogara con sus frijoles verdes.

—Era un joven Iliriano y no tenía sabiduría — dijo el, después apunto su tenedor hacia Azriel—. Ni intentes mezclarte en las sombras. Dijiste lo mismo.

—No lo hizo — dijo Mor, y las sombras de Azriel que ciertamente habían oleado sutilmente a su alrededor se desvanecieron—. Azriel nunca ha dicho algo así de horrible. Solo tu Cassian. Solo tú.

El general del ejército del Gran Señor sacó su lengua. Mor devolvió el gesto.

Amren frunció el ceño a Rhys.

—Serás sabio en dejar a *ambos* en la casa durante la reunión con los otros, Rhysand. No causan nada, excepto por problemas.

Me atreví a darle un vistazo a Rhys, solo para calibrar su reacción.

Su cara estaba de hecho controlada, pero, una pizca de sorpresa cosquillaba ahí. Cautela también, pero... sorpresa. Arriesgué otra mirada a Nesta, pero no hacía más que mirar su plato, ignorando a los otros.

Rhys dijo:

—Todavía queda ver si se unirán a nosotros. — Lucien lo vio, la curiosidad en ese ojo inconfundible. Rhys lo notó y lo ignoró—. Lo descubrirán lo suficientemente pronto, supongo.

Las invitaciones saldrían mañana, llamando a los Grandes Señores a reunirse para discutir la guerra.

La mano de Lucien apretó el tenedor.

— ¿Todos?

No estaba segura si se refería a Tamlin o a su padre, pero Rhys asintió sin importar.

Lucien lo consideró.

— ¿Puedo ofrecer mi consejo no solicitado?

Rhys sonrió.

—Creo que esta es la primera vez en esta mesa que alguien me ha pedido tal cosa.

Mor y Cassian ahora le sacaron su lengua a él.

Pero Rhys agitó una mano perezosa hacia Lucien.

—Por todos los medios, aconseja.

Lucien estudio a mi compañero, luego a mí.

—Asumo que Feyre ira.

—Así es.

Amren bebió de su copa de sangre, el único sonido en la habitación mientras Lucien lo consideraba otra vez.

— ¿Planeas esconder sus poderes?

Silencio.

Rhys finalmente dijo.

—Eso es algo que había planeado discutir con mi compañera. ¿Estas apoyando una manera o la otra, Lucien?

Había algo afilado en su tono, algo solo un poco vicioso.

Lucien me estudio otra vez, y fue un esfuerzo no retorcerme.

—Mi padre probablemente se una a Hiberno si piensa que tiene una oportunidad de recuperar su poder de ese modo. Matándote.

Un gruñido de Rhys.

—Sin embargo, tus hermanos me vieron —dije, colocando abajo mi tenedor—. Tal vez podrían confundir la llama como tuya, pero el hielo...

Lucien sacudió su barbilla a Azriel.

—Esa es información que necesitas reunir. Lo que mi padre sabe, si mis hermanos se dieron cuenta de lo que ella estaba haciendo. Necesitan empezar desde ahí, y construir su plan para la reunión adecuadamente.

Mor dijo:

—Eris tal vez mantenga esa información para sí mismo y convenza a los otros también, si piensa que será más útil de esa manera. —Me pregunté si Mor miraba ese cabello rojo, la piel marrón dorada que era unos tonos más oscuros que los de su hermano y todavía veía a Eris.

Lucien dijo parejamente:

—Tal vez, pero necesitamos averiguarlo. Si Beron o Eris tienen esa información la usarán para su beneficio en la reunión y controlarla. O controlarte a ti. O podrían no aparecer en absoluto e ir directo hacia Hiberno.

Cassian maldijo suavemente, y estaba inclinada a repetir el sentimiento.

Rhys arremolinó su vino una vez, la bajó y le dijo a Lucien:

— Tu y Azriel deberían hablar. Mañana.

Lucien dirigió su mirada hacia el shadowsinger, quien solo podía asentirle.

—Estoy a tu disposición.

Ninguno de nosotros era lo suficientemente tonto como para preguntar si estaba dispuesto a revelar detalles de la Corte Primavera. Si pensó que Tamlin llegaría. Esa era probablemente una conversación que dejar para otro momento. Solo con él y yo.

Rhys se inclinó atrás en su asiento. Contemplando algo. Su mandíbula se apretó, luego dejó salir un casi silencioso soplo de aire. Preparándose a sí mismo.

Por cualquiera razón que había decidido no revelar hasta ahora. Y hasta mi estómago se tensó, algún tipo de emoción paso a través de mí, en esa brillante mente en trabajo.

Hasta que Rhys dijo:

PARADISE SUMMERLAND FORO

—Hay otra reunión que debe tener lugar, y pronto.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 18

Traducido por Dahiry

—Por favor, no digas que necesitamos ir a la Corte de Pesadillas — Cassian se quejó con su boca llena de comida.

Rhys levanto una ceja.

— ¿No estás en el humor para aterrorizar a nuestros amigos allá?

La cara de Mor palideció.

—Quieres pedirle a mi padre que pelee en esta guerra — le dijo a Rhys.

Me frené en mi toma de aliento.

— ¿Que hay en la Corte de Pesadilla? —demandó Nesta.

Lucien respondió por nosotros.

—Es el lugar donde el resto de mundo cree que esta la mayoría de la Corte Oscura. —Sacudió su barbilla hacia Rhys—. La sede de su poder. O lo era.

—Oh, todavía lo es —dijo Rhys—. Para todos fuera de Velaris. —Le dirigió una mirada firme a Mor—. Y si, la legión de Keir Darkbringer es lo suficientemente considerable para que una reunión esté garantizada.

La última reunión había resultado con el brazo de Keir destrozado en tantos lugares que se volvió flácido. Dudé que el hombre estuviera inclinado a ayudarnos en algún momento próximo. Tal vez por eso es que Rhys quería este encuentro.

Las cejas de Nesta se estrecharon.

— ¿Entonces por qué no ordenárselo? ¿No responden a ti?

una CORTE ALAS y RUINA

Cassian bajó su tenedor, la comida olvidada.

—Desafortunadamente, hay protocolos entre nuestras dos sub cortes en cuanto a estos asuntos. Principalmente se gobiernan a sí mismos, con el padre de Mor como representante.

La garganta de Mor se movió. Azriel la miro cuidadosamente, su boca era una línea apretada.

—El representante de la Ciudad Tallada está legalmente autorizado para rechazar la asistencia de mi ejército. —Rhys le explico a Nesta, a mí—. Fue parte del acuerdo que mis ancestros hicieron con la Corte de Pesadillas hace miles de años. Se quedarían dentro de esa montaña, no nos desafiarían o disturbarían más allá de sus fronteras... y conservarían el derecho de decidir *no* a ir a una guerra.

—¿Y se han...negado? —pregunté.

Mor asintió seriamente.

—Dos veces. No mi padre —casi se ahogó con sus palabras—. Pero... han habido dos guerras. Hace mucho, mucho tiempo. Decidieron no pelear. Ganamos, pero... a duras penas. A un gran costo.

Y con esta guerra sobre nosotros... necesitaríamos a cada aliado que pudiéramos reunir.

—Nos vamos en dos días —dijo Rhys.

—El dirá que no —respondió Mor—. No desperdicies tu tiempo.

—Entonces encontraré una manera de convencerlo.

Los ojos de Mor destellaron.

—¿Qué?

Azriel y Cassian se movieron en sus asientos, y Amren chasqueó su lengua a Rhys. Desaprobación.

—Él luchó en la Guerra. —dijo Rhys calmadamente—. Tal vez esta vez también seamos afortunados.

—Te recuerdo que la legión Darkbringer es casi tan mala como el enemigo en cuanto a su comportamiento —dijo Mor, empujando su plato.

—Habrán nuevas reglas.

—No estarás en posición de hacer reglas, y lo sabes —Mor estalló.

Rhys solo mezcló su vino de nuevo.

—Ya lo veremos.

Miré a Cassian. El general sacudió su cabeza sutilmente. *Quédate fuera de esto. Por ahora.*

Tragué, asintiendo de vuelta con la misma suavidad.

Mor movió su cabeza hacia Azriel.

— ¿Qué piensas tú?

El shawdosinger sostuvo su mirada, su cara ilegible. Considerando.

Intenté no sostener mi aliento.

Defender a la mujer que amaba o ponerse del lado de su Gran Señor.

—No soy quien para decidir.

—Esa es una respuesta de porquería.

Podría haber jurado que el dolor parpadeó en los ojos de Azriel, pero solo se encogió, su cara de nuevo una máscara de fría indiferencia. Los labios de Mor se fruncieron.

—No tienes que venir, Mor —dijo Rhys con una voz calmada y pareja.

—Por supuesto que iré. Será peor si no estoy ahí. —Bebió su vino en un fluido movimiento de cabeza—. Supongo que ahora tengo dos días para encontrar un vestido apropiado para horrorizar a mi padre.

Amren al menos se rio de eso y Cassian también.

Pero Rhys miró a Mor por un largo minuto, algunas de las estrellas parpadeando en sus ojos. Debati preguntarle si había otra manera, algún camino para evitar *este* horror entre nosotros, pero... Más temprano, había estallado. Y con Lucien y mi hermana aquí... mantuve mi boca cerrada.

Bueno, sobre ese asunto. En el silencio que cayó, busqué por un trozo de normalidad y me volví a girar hacia Cassian.

—Entrenemos a los *ocho* mañana. Te encontraré en el anillo.

—Siete y media —dijo con una sonrisa encantadora, una de la que la mayoría de sus enemigos correrían.

Lucian volvió a recoger su comida. Mor llenó su copa de vino, Azriel vigilando cada movimiento que hacía, su tenedor apretado en su mano con cicatrices.

—Ocho —respondí con una mirada plana. Me giré hacia Nesta, silenciosa y observando todo esto—. ¿Te gustaría ir?

—No.

El ritmo de silencio era muy puntiagudo para ser ignorado. Pero le di a mi hermana un encogimiento casual, alcanzando la botella de vino. Luego le dije a nadie en particular:

—Quiero aprender a volar.

Mor escupió su vino por toda la mesa, salpicándolo por su pecho y cuello. El Shadowsinger estaba muy ocupado mirándome para notarlo.

Cassian se veía dividido entre gritarle a Azriel y tener la boca abierta.

Mi magia todavía era demasiado débil para hacer crecer esas alas Illirianas, pero le hice un gesto a ellos y dije:

—Quiero que me enseñen.

Mor dejó escapar un: — ¿En serio? —Mientras Lucien—*Lucien*—decía: —Bueno, eso explica las alas.

Nesta se inclinó hacia adelante para evaluarme.

— ¿Cuáles alas?

—Puedo...cambiar de forma —admití—. Y con el conflicto que se avecina —le declaré a todos—, saber cómo volar podría ser... útil. —Sacudí mi cabeza hacia Cassian, que ahora me estudiaba con una intensidad desconcertante, midiéndome—. Asumo que las batallas contra Hiberno incluirán a los Illirianos. —Hubo un asentimiento vacío del general—. Entonces planeo pelear con ustedes. En el cielo.

Esperé las objeciones, que Rhys se negara.

Solo había un viento aullante afuera de las ventanas del comedor.

Cassian arrastró un aliento.

—No sé si es siquiera técnicamente posible, en cuanto al plazo de tiempo. No solo tienes que aprender a cómo volar, sino como lidiar con el peso de tus escudos y armas, y como trabajar con la unidad Illiriana. Nos toma décadas manejar solo esa última parte. Tenemos meses en el mejor de los casos, semanas en el peor.

Mi pecho se hundió un poco.

—Entonces le enseñaremos lo que sabemos hasta entonces —dijo Rhys. Pero las estrellas en sus ojos se volvieron frías cuando añadió—: Le daré cualquier oportunidad de ventaja, de alejarse si las cosas se van a la mierda. Incluso un día de entrenamiento podría hacer la diferencia.

Azriel apretó sus alas, sus rasgos inusualmente suaves. Contemplativos.

—Yo te enseñaré.

—¿Estas... seguro? —pregunté.

La máscara ilegible se deslizo de nuevo sobre la cara de Azriel.

—A Rhys y Cassian se les enseñó a volar tan jóvenes que apenas lo recuerdan.

Pero Azriel, encerrado en el odioso calabozo de su padre como un criminal hasta que tuvo once años, privado de la habilidad de volar, de hacer algo que sus instintos Illirianos le gritaban que hiciera...

La oscuridad retumbaba por el vínculo. No ira dirigida a mí, pero... Rhys también recordaba lo que le habían hecho a su amigo. Nunca lo había olvidado. Ninguno de ellos lo había hecho. Era un esfuerzo no mirar las cicatrices brutales en las manos de Azriel. Recé para que Nesta no preguntara sobre eso.

—Le enseñamos a muchos de los iniciados lo básicos —dijo Cassian.

Azriel sacudió su cabeza, unas sombras gemelas flotaban alrededor de sus muñecas.

—No es lo mismo. Cuando eres mayor, el miedo, los bloqueos mentales... es diferente.

Ninguno de ellos, ni siquiera Amren dijo nada.

Azriel solo me dijo:

—Yo te enseñare. Entrena con Cassian durante unas horas y te encontraré cuando termines —añadió a Lucien, quien no retrocedió de esas sombras retorciéndose—. Después del almuerzo, nos encontraremos.

Trague, pero asentí.

—Gracias. —Y tal vez la amabilidad de Azriel rompiera algo de ataduras en mí, pero me volví a Nesta—. El Rey de Hiberno está intentado derribar el muro usando el Caldero para expandir las grietas que ya tiene. —Sus ojos azules-grises no revelaron nada, solo ira ardiente ante la mención del rey—. Tal vez yo sea capaz de cerrar las grietas, pero tú... hecha del mismo Caldero... si el Caldero puede ampliar esos agujeros, tal vez tú puedas cerrarlos también. Con entrenamiento, con el tiempo que sea que tenemos.

—Puedo mostrarte cómo —Amren le aclaró a mi hermana—. O podría, en teoría. Si empezamos pronto, mañana por la mañana. —Ella lo consideró, después le declaro a Rhys—: Cuando vayas a la Corte de Pesadillas, iremos contigo.

Azoté mi cabeza hacia Amren.

— ¿Qué? —El pensamiento de Nesta en ese lugar...

—La Ciudad Tallada es un tesoro de objetos de poder —explico Amren—. Tal vez haya oportunidad de practicar. Dejar que la chica sienta algo que se parezca a lo que sería el muro o el Caldero —añadió cuando Azriel parecía apunto de objetar—. *Encubierto*.

Nesta no dijo nada.

Esperé por su negación directa, el cierre frio de toda la esperanza.

Pero Nesta solo preguntó:

— ¿Por qué no solo matar al Rey de Hiberno antes de que pueda actuar?

Silencio total.

Amren dijo suavemente:

—Si quieres su golpe mortal, niña, es todo tuyo.

La mirada de Nesta fue hacia las puertas internas del comedor abiertas, como si pudiera ver todo el camino hasta Elain.

— ¿Qué ocurrió con las reinas humanas?

Pestañeé.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Se volvieron inmortales? —la pregunta fue para Azriel.

Los sifones de Azriel se llenaron de sombras.

—Los reportes han estado turbios e inconsistentes. Algunos dicen que sí, otros dicen que no.

Nesta examinó su copa de vino.

Cassian colocó sus antebrazos en la mesa.

— ¿Por qué?

Los ojos de Nesta se dispararon hacia su cara. Me habló tranquilamente, a todos nosotros, incluso cuando sostenía la mirada de Cassian como si fuera el único en la habitación.

—Al final de esta guerra, los quiero muertos. Al rey, a las reinas, a todos. Prométeme que los matarás a todos y te ayudaré a reparar el muro. Entrenaré con ella. —Dio una sacudida de barbilla hacia Amren—. Iré a esa ciudad o lo que sea que es. Lo haré. Pero solo si me prometes eso.

—Bien —dije—. Y tal vez necesitemos tu ayuda durante la reunión con los Grandes Señores, para probar el testimonio a las otras cortes y aliados de lo que es capaz Hiberno. Lo que te ha hecho.

—No.

—No te importa reparar el muro o ir a la Corte de Pesadillas, ¿pero tu línea se dibuja cuando se trata de hablar con las personas?

La boca de Nesta se apretó. —No.

Gran Señora o hermana; hermana o Gran Señora.

—La vida de personas tal vez dependan de tu relato. El éxito de esta reunión con los Grandes Señores puede depender de eso.

Agarró los brazos de la silla como si se estuviera refrenando.

—No seas condescendiente. Mi respuesta es no.

Incliné mi cabeza.

—Entiendo que lo que te ha pasado es horrible...

—*No tienes* idea de lo que es o lo que no. Ninguna. No voy a humillarme como uno de esos Hijos del Bendito, rogándole a un Alto Fae ayuda, el cual me mataría gustosamente como una mortal. No les contaré *esa* historia, *mi* historia.

—Puede que los Grandes Señores no crean nuestro informe, lo que te hace un testigo valioso.

Nesta empujó su silla hacia atrás, arrugando la servilleta sobre su plato con salsa empapando la delicada tela.

—Entonces no es mi problema si no eres confiable. Te ayudaré con el muro, pero no iré a regar mi historia a todo el mundo en tu nombre. —Se impulsó sobre sus pies, con el color alzándose en su ordinaria cara pálida y siseó—: Y si te *atreves* a sugerir tal cosa a Elain, te arrancaré la *garganta*.

Sus ojos se apartaron de los míos y los pasó sobre todo el mundo, extendiendo la amenaza.

Ninguno de nosotros habló mientras dejaba el comedor y azotó la puerta detrás de ella.

Me desplomé en mi silla, descansando mi cabeza contra el respaldo.

Algo sonó frente a mí. Una botella de vino.

—Está bien si quieres beber de la botella. —Fue todo lo que dijo Mor.

—Diría que Nesta rivaliza con Amren por la sed de sangre — reflexionó Rhys horas más tardes cuando él y yo caminábamos solos a través de las calles de Velaris—. La única diferencia es que Amren se la bebe.

Resoplé, sacudiendo mi cabeza mientras regresábamos a la ancha calle detrás del Sidra y deambulamos junto al río salpicado de estrellas.

Tantas cicatrices seguían manchando los encantadores edificios de Velaris, calles con escombros y con marcas de garras. La mayoría habían sido reparados, pero algunas fachadas de tiendas habían sido entabladas, algunas de las casas cercanas al río meros montones de escombros. Flotamos cuesta abajo de la Casa tan pronto como terminamos la cena— bueno, el vino, supuse que Mor había llevado otra botella de vino con ella cuando desapareció en la Casa, Azriel frunciendo el ceño tras ella.

Rhys y yo no habíamos invitado a nadie más. Solo me preguntó a través del vínculo; *¿Caminarías conmigo?* Y yo solo le di un sutil asentimiento.

Y aquí estábamos, caminando por más de una hora, en su mayoría callados y también... pensando. En las palabras y amenazas compartidas hoy. Ninguno redujo los pasos hasta que alcanzamos el pequeño restaurante donde todos habíamos cenado bajo las estrellas una noche.

Algo tenso en mi pecho se relajó cuando contemplé el edificio intacto, las plantas cítricas dentro de macetas perfumando el aire del río. Y en ese aire... esos detectables y ricos condimentos, de carne al ajo, tomates cociéndose... Incliné mi espalda contra la barandilla junto al camino del río, mirando a los trabajadores del restaurante servir las mesas a rebosar.

—Quien sabe —murmuré respondiendo por fin—. Tal vez Nesta también tome el hábito de beber sangre. Ciertamente creo en su amenaza de arrancarme la garganta. Quizás disfrute del sabor.

Rhys se rio, el sonido retumbando en mis huesos mientras tomaba el lugar a mi lado, sus codos apoyados sobre el borde, alas bien escondidas. Aspiré profundamente, llevando la esencia cítrica a mar suya al interior de mis pulmones, de mi sangre. Su boca rozó mi cuello.

—¿Me odiarías si te digo que Nesta es... difícil?

CORTE ALAS Y RUINA

Me reí suavemente.

—Yo diría que el día ha ido bastante bien, considerando todas las cosas. Estuvo de acuerdo con una cosa, por lo menos. —Mordí mi labio inferior—. No debí haberle preguntado en público. Cometí un error.

Se quedó en silencio, escuchando.

—Con los demás —pregunté—. ¿Cómo encuentras ese balance entre Gran Señor y familia?

Rhys lo consideró.

—No es fácil. He tomado malas decisiones durante estos siglos. Así que odio decirte que esta noche podría solo ser el comienzo.

Solté un largo suspiro.

—Debí considerar que contarle a extraños lo que le pasó en Hiberno podría... no sería algo con lo que estaría cómoda. Mi hermana ha sido una persona reservada toda su vida, hasta con nosotras.

Rhys se inclinó y besó mi cuello otra vez.

—Esta mañana en el ático —dijo, inclinándose hacia atrás para encontrar mis ojos. Inquebrantable. Abierto—. No quise insultarla.

—Lamento haberte hablado así.

Levantó una oscura ceja.

— ¿Por qué demonios lo sentirías? Insulté a tu hermana, tú la defendiste. Tenías todo el derecho de patear mi trasero por ello.

—No quise... socavarte.

Las sombras parpadearon en sus ojos.

—Ah. —Se giró hacia el Sidra, y seguí su paso. El agua serpenteaba, su superficie oscura ondeaba con la luz dorada de las farolas y las brillantes joyas de Arcoíris—. Por eso se sentía... raro entre nosotros esta tarde. —Se encogió y me enfrentó—. Por la Madre, Feyre.

Mis mejillas se calentaron y lo interrumpí antes de que pudiera continuar.

—Pero lo entiendo. Un frente sólido y unificado es importante. —
Arañé la suave madera de la barandilla con un dedo—. Especialmente para
nosotros.

—No entre nuestra familia.

La calidez se esparció a través de mí con sus palabras, *nuestra*
familia.

Tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Podemos hacer las reglas que queramos. Tienes todo el derecho a
cuestionarme, empujarme, tanto íntimamente como en público —resopló—.
Claro, si decides patear mi trasero en serio, pediría que fuera a puertas
cerradas, así no sufriré siglos de burlas, pero...

—No te menoscabare en público. Y tú no lo harás conmigo.

Se quedó en silencio, dejándome pensar, hablar.

—Podemos cuestionarnos mutuamente a través del vínculo si
estamos alrededor de otras personas que no sean nuestros amigos —dije—.
Pero por ahora, estos primeros años. Me gustaría mostrarle al mundo un
frente unido... Eso es, si sobrevivimos

—Sobreviviremos. —Era voluntad inquebrantable en esas palabras,
en esa cara.

—Pero quiero que te sientas cómoda si me presionas, si me retas...

— ¿Cuándo *no* he hecho eso? —Él sonrió. Pero añadió—. Quiero que
también hagas lo mismo conmigo.

—Es un trato. Pero en medio de nuestra familia... regáñame por mis
tonterías todo lo que quieras. Insisto, en realidad.

— ¿Por qué?

—Porque es divertido.

Lo empujé con un codo.

—Porque eres mí igual —dijo—. Y así como eso significa cubrir la
espalda del otro en público, también significa que tenemos que
concedernos mutuamente el regalo de la honestidad. De la verdad.

Examiné la ajetreada ciudad a nuestro alrededor.

— ¿Puedo darte un poco de verdad, entonces?

Se detuvo, pero dijo: —Siempre.

Me quedé sin aliento.

—Creo que deberías ser cuidadoso sobre trabajar con Keir. No por lo despreciable que es, sino porque... Creo que podrías lastimar de verdad a Mor si no lo manejas bien.

Rhys se pasó una mano por el pelo.

—Lo sé. Lo sé.

— ¿Vale la pena las tropas que sea que pueda ofrecer? ¿Si significa herirla?

—Hemos trabajado con Keir durante siglos. Ya debería de estar acostumbrada. Y si, sus tropas lo valen. Los Darkbringers están bien entrenados, son poderosos y han estado inactivos por demasiado tiempo.

Lo consideré.

—La última vez que fui a la Corte de Pesadillas, hice de tu puta.

Se estremeció por la palabra.

—Pero ahora soy tu Gran Señora —seguí, trazando un dedo sobre la palma de su mano. El siguió mi movimiento. Mi voz se hizo más grave—. Para que Keir esté de acuerdo con nosotros... ¿Algún consejo con la máscara que debería usar en la ciudad?

—Puedes decidirlo tú —dijo, mirando a mis dedos trazar círculos flojos en su piel—. Has visto como soy allí, como somos todos. Depende de ti decidir si quieres formar parte de eso.

—Supongo que es mejor si decido pronto, no solo por esto, sino por la reunión con los otros Grandes Señores dentro de dos semanas.

Rhys deslizó una mirada larga hacia mí.

—Todas las cortes están invitadas.

—Dudo que él venga, dado que es aliado de Hiberno y sabe que lo mataríamos.

La brisa del río revolvió su cabello negro azulado.

—La reunión se celebrará con un encantamiento vinculante que nos obligará a todos a cesar el fuego. Si alguien lo rompe durante la reunión, la magia demandará un alto costo. Probablemente su vida. Tamlin no sería lo suficientemente estúpido para atacar, o nosotros a él.

— ¿Por qué siquiera invitarlo?

—Excluirlo solo le dará más munición contra nosotros. Créeme, tengo muy pocos deseos de verlo. O a Beron. Quien quizás esta más arriba en mi lista de matar que Tamlin justo ahora.

—Tarquín estará allí. Y estamos en lo alto de su lista de personas a matar.

—Incluso con los rubís de sangre, no es tan estúpido como para atacarnos durante la reunión. — Rhys suspiro a través de su nariz.

— ¿Con cuántos aliados contamos? Más allá de Keir y la Ciudad Tallada —Le eché un vistazo a la acera junto al río. Los comensales y fiesteros estaban muy ocupados disfrutando para siquiera notar nuestra presencia, incluso con las reconocibles alas de Rhys. Quizás seguía sin ser el mejor lugar para esta conversación.

—No estoy seguro —admitió Rhys—. Probablemente Helion y su Corte Día... tal vez... Kallias. Las cosas han estado tensas con la Corte de Invierno desde lo de Bajo la Montaña.

—Asumo que Azriel va a averiguar más.

—Ya está a la caza.

Asentí.

—Amren aseguró que ella y Nesta necesitarían ayuda para investigar maneras de reparar el muro. —Señale a la ciudad—. Llévame a la mejor librería para descubrir ese tipo de cosas.

Las cejas de Rhys se levantaron.

— ¿Ahora mismo? Tu ética de trabajo pone a la mía en vergüenza.

Siseé. —*Mañana*, listillo.

Se rio, sus alas aletearon y se encogieron. Alas... alas que le había permitido ver a Lucien.

—Confías en Lucien.

Rhys inclinó su cabeza a la no-del-todo pregunta.

—Confió en el hecho de que tenemos ahora mismo posesión de la única cosa que quiere sobre todo lo demás, intentará permanecer de nuestro lado. Pero si eso cambia... Su talento fue desperdiciado en la Corte Primavera. Hay una razón por la que tenía una máscara de zorro, ¿sabes? —Su boca se alzó en una esquina—. Si se lleva a Elain de regreso a Primavera o lo que sea... ¿crees de verdad que no vendería lo que sabe? ¿Así sea por ganancias o para asegurar su seguridad?

—Sin embargo lo dejaste oír todo esta noche.

—Nada de esa información es algo que le permitiría a Hiberno derrotarnos. El rey seguramente ya sabe que acudiríamos a la alianza con Keir, que intentaremos buscar una forma de impedir que derrumbe el muro. No fue sutil con la búsqueda de Dagdan y Brannagh. Y espera que tratemos de unir a todos los Grandes Señores. Es por eso que la localización de la reunión no será decidida hasta entonces. ¿Se lo diré a Lucien entonces? ¿Lo traeré?

Considere su pregunta: ¿Confiaba *yo* en Lucien?

—Yo tampoco lo sé —admití y suspiré—. No me gusta que Elain sea un peón en esto.

—Lo sé. Nunca es fácil.

Había lidiado con cosas así por siglos.

—Quiero esperar, ver lo que Lucien hace durante las dos semanas siguientes. Como actúa, con nosotros y Elain. Lo que Azriel piensa de él.

Fruncí el ceño.

—Él no es una mala persona, no es malvado.

—Ciertamente no lo es.

—Solo... —encontré su mirada calmada y firme—. Es peligroso confiar en él por completo.

— ¿Ha dicho cómo se siente sobre Tamlin?

—No, no he querido presionarlo con eso. Estaba... arrepentido sobre lo que pasó conmigo e Hiberno, ¿Podría haber sentido lo mismo sin Elain en la ecuación? No lo sé...tal vez. Aun así no creo que se habría ido.

Rhys acarició mi cabello para apartarlo de mi rostro.

—Todo es parte del juego, Feyre querida. En quien confiar, cuando confiar, que información intercambiar.

— ¿Lo disfrutas?

—Algunas veces. No justo ahora. No cuando los riesgos son así de altos. —Su dedo rozó mi ceja—. Cuando tengo tanto que perder.

Puse mi palma en su pecho, encima de esos tatuajes Illirianos bajo su ropa, justo sobre su corazón. Sentí el fuerte latido resonando en mi piel y huesos.

Olvidé la ciudad que nos rodeaba cuando encontró mis ojos, sus labios rondaron sobre mi piel y murmuró:

—Seguiremos planeando el futuro, con guerra o sin ella. Yo seguiré planeando nuestro futuro.

Mi garganta quemó y asentí.

—Merecemos ser felices —dijo, sus ojos brillando lo suficiente para decirme que recordaba las palabras que yo le había dicho en la casa de la ciudad después del ataque—. Y pelearé con todo cuanto tengo para asegurarlo.

—*Pelearnos* —dije con voz ronca—. No tú solo, ya no.

Demasiado. Él ya había dado demasiado y aun así pensaba que no era suficiente.

Pero Rhys solo miró sobre su ancho hombro al alegre restaurante detrás de nosotros.

—Esa primera noche que vinimos todos aquí —dijo, y seguí su mirada, viendo a los trabajadores preparando las mesas con amorosa

precisión—. Cuando le dijiste a Sevenda que te sentías despierta cuando comías su comida... —Sacudió la cabeza—. Fue la primera vez que te veías... en paz. Como si en verdad te sintieras despierta, *viva* otra vez. Estaba tan aliviado que pensé que vomitaría en la mesa.

Recordé la larga y extraña mirada que me había dado cuando finalmente hablé. Luego la larga caminata que tomamos hasta la casa, cuando oímos la música que había enviado a mi celda Bajo La Montaña.

Me alejé de la barandilla y lo llevé hacia el puente que cruzaba el Sidra, el puente que nos llevaba a casa. Terminar el debate de quién había dado más en lo que quedaba en esta guerra por ahora.

—Camina conmigo por el Arcoíris. —Las brillantes joyas de la ciudad, el latido de corazón que alojaba el barrio de los artistas.

Vibrante y zumbando a esta hora de la noche.

Entrelacé brazos con él antes de decir:

—Tú y esta ciudad me han ayudado a despertar, a traerme de vuelta la vida. —Sus ojos parpadearon cuando le sonreí—. Yo también pelearé con todo lo que tengo, Rhys.

Todo.

Solo besó la parte superior de mi cabeza, atrayéndome más cerca mientras cruzábamos el Sidra bajo el cielo estrellado.

Capítulo 19

Traducido por Dahiry

Fue una cosa buena que hubiera insistido en reunirme con Cassian a las ocho, porque aunque me levanté al amanecer, una mirada a la cara dormida de Rhysand y me hizo pasar la mañana despertándolo dulce y lentamente.

una CORTE de ALAS y RUINA

Todavía estaba sonrojada para el momento en que Rhys me dejó en el anillo de entrenamiento en lo alto de la Casa de Viento, el espacio rodeándonos con una pared de roca roja, el techo abierto a los elementos. Me prometió encontrarme después del almuerzo para mostrarme la librería para mi investigación, después me dio un pícaro guiño y un beso en la mejilla antes de dispararse de nuevo al cielo con un poderoso aleteo de sus alas.

Inclinando contra la pared al lado del estante de armas, Cassian solo dijo:

—Espero que no te hayas esforzado mucho ya, porque esto *en serio* va a doler.

Rodé mis ojos, incluso mientras intentaba bloquear la imagen de Rhysand haciéndome rodar sobre mi estómago, y besando todo el camino de mi columna. Bajando. Intente alejar la sensación de sus fuertes manos apretando mis caderas y levantándolas, hasta que estuvo debajo de ellas y se dio un festín de mí, hasta que estuve rogándole en voz baja y se alzó desde detrás y tuve que morder mi almohada para no despertar a toda la casa con mis gemidos.

Rhysand en la mañana era... no tenía palabras para lo que era cuando no tenía prisas, perezoso y perverso, cuando su cabello todavía estaba enredado por el sueño y sus ojos tenían ese vidrioso destello puramente masculino en ellos. Seguían teniendo ese brillo satisfecho hacía un momento, y su beso burlonamente casto en mi mejilla habían enviado una línea caliente por mi cuerpo.

Después, lo torturaría después.

Por ahora... di un paso hacia donde Cassian estaba parado, rodando mis hombros.

—Dos hombres Illirianos haciéndome sudar en una mañana. ¿Qué debe hacer una mujer?

Cassian soltó una risa.

—Al menos estás con algo de espíritu.

Sonreí, colocando mis manos en mis caderas y evalué el arsenal de armas.

— ¿Cuál?

—Ninguna. —Sacudió su barbilla hacia el anillo grabado con tiza blanca detrás de nosotros—. Ha pasado un tiempo desde que entrenamos. Hoy trabajaremos con lo básico.

Las palabras estaban trazadas con suficiente rigidez que dije:

—No ha pasado tanto tiempo.

—Ha pasado un mes y medio.

Lo estudié, sus alas presionadas hacia atrás, su cabello oscuro hasta el hombro.

— ¿Qué va mal?

—Nada. —Pasó por delante de mí hacia el anillo.

— ¿Es Nesta?

—No todo en mi vida gira alrededor de tu hermana, ¿sabes?

Cerré mi boca en cuanto a eso.

— ¿Tiene algo que ver con la visita a la Corte de Pesadillas de mañana?

Cassian se quitó la camiseta, revelando músculos marcados cubiertos con hermosos e intrincados tatuajes.

Marcas Illirianas para la suerte y la gloria.

—No es nada. Ponte en posición.

Obedecí, hasta cuando lo observé cuidadosamente.

—Estas... enojado.

Se negó a hablar hasta que empezamos el circuito de calentamiento: varias sentadillas, patadas y estiramientos diseñados para relajar mis músculos. Y solo cuando habíamos comenzado a entrenar y su mano se envolvió alrededor de mi ataque, dijo:

—Rhys y tú nos escondieron la verdad. Y fuimos a Hiberno a ciegas.

— ¿Sobre qué?

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Que eres una Gran Señora.

Arremetí contra su mano levantada en una combinación de uno-dos, respirando fuerte.

—¿Qué diferencia habría hecho?

—Habría cambiado *todo*. Nada habría ido así de mal.

—Tal vez por eso Rhys decidió mantenerlo como un secreto.

—Hiberno fue un *desastre*.

Detuve mi golpe.

—Sabías que era mi compañero cuando fuimos. No veo como altera algo que fuera una Gran Señora.

—Lo hace.

Coloqué una mano en mis caderas, ignorando su moción para continuar.

—¿Por qué?

Cassian se pasó una mano por el cabello.

—Porque... porque como su compañera, todavía eras... suya para proteger. Oh, no me des esa mirada. También es tuyo para proteger. Habría dado mi vida por ti como su compañera, como tu amigo. Pero seguías siendo... de él.

—¿Y cómo Gran Señora?

Cassian soltó un aliento áspero.

—Como Gran Señora, eres *mía*. Y de Azriel y Mor y de Amren. Pertenece a todos nosotros, y nosotros te pertenecemos a *ti*. No te habríamos... puesto en tanto peligro.

—Probablemente por eso Rhys lo mantuvo en secreto. Podría haber cambiado tu enfoque.

—Esto es entre tú y yo. Y confía en mí, Rhys y yo hemos tenido... palabras en cuanto a esto.

Arqueeé una ceja.

de ALAS

una CORTE y RUINA

— ¿Estás enojado conmigo?

Sacudió su cabeza cerrando los ojos.

—Cassian.

Solo sostuvo su mano en una orden silenciosa para que continuara.

Suspire y empecé otra vez. Fue solo después de quince repeticiones cuando estaba respirando pesadamente que Cassian dijo:

—No creías que eras esencial. Salvaste nuestros traseros, sí, pero... No pensabas que aquí eras esencial.

Uno- dos, uno-dos, unos-dos.

—No lo soy. —Abrió su boca, pero seguí adelante, hablando a través de mi toma de aliento—. Todos tienen un... deber, todos son vitales. Sí, tengo mis propias habilidades, pero...Tú y Azriel fueron heridos, mis hermanas... sabes lo que les ocurrió. Hice lo que pude para sacarnos de ahí. Preferí ser yo que cualquiera de ustedes. No podría haber vivido con la alternativa.

Sus manos levantadas estaban firmes mientras las golpeaba.

—Podría haberte pasado cualquier cosa en la Corte de Primavera.

Me detuve otra vez.

—Si Rhys no está interrogándome con tonterías sobreprotectoras, entonces no veo por qué *tu*...

—No pienses ni por un momento que Rhys no estaba fuera de sí de la preocupación. Oh, se veía lo bastante sereno, Feyre, pero lo conozco. Y cada segundo que no estabas, él estaba en *pánico*. Sí, él sabía, todos sabíamos que podías manejarlo tú misma. Pero eso no impedía nuestra preocupación.

Agité mis manos irritadas, después froté mis brazos ya adoloridos.

—También estabas enojado con él.

—Si no hubiera estado sanado, habría pateado su trasero desde un extremo de Velaris hasta el otro.

No respondí.

—Todo estábamos aterrorizados por ti.

—Me las arreglé bien.

—Claro que sí. Sabíamos que lo harías. Pero... —Cassian cruzó sus brazos—. Rhys nos hizo la misma mierda hace cincuenta sueños. Cuando fue a la maldita fiesta que hizo Amarantha.

Oh. Oh.

—Nunca lo voy a olvidar, ¿sabes? —dijo, soltando una respiración—. El momento en que nos habló a todos, de mente a mente. Me di cuenta de lo que estaba pasando y eso... él nos salvó. Nos atrapó aquí y ató nuestras manos, pero... —Rascó su sien—. Se hizo el silencio...en mi cabeza. De un modo que no había pasado antes. No desde... —Cassian entrecerró los ojos hacia el cielo despejado—. Incluso con el infierno desatándose aquí, en nuestro territorio, yo simplemente me volví... silencioso. —Tocó un lado de su cabeza con un dedo y frunció el ceño—. Después de Hiberno, el sanador me mantuvo dormido mientras trabajaba en mis alas. Así que cuando me desperté dos semanas después... ahí fue cuando escuché. Y cuando Mor me dijo lo que te pasó... volvió a haber silencio.

Tragué, luchando contra la opresión de mi garganta.

—Me encontraste cuando más te necesitaba, Cassian.

—Encantado de ser de ayuda. —Me dio una sonrisa triste—. Puedes confiar en nosotros, lo sabes. Los dos. Él está inclinado a hacer todo él mismo, por dar *todo* de sí mismo. No soporta dejar que alguien ofrezca algo. —Esa sonrisa se desvaneció—. Al igual que tú.

—¿Y tú puedes?

—No es fácil, pero sí. Soy el general de sus ejércitos. Parte de eso incluye saber cómo delegar. He estado con Rhys por más de quinientos años y todavía intenta hacer todo él mismo. Sigue pensando que no es suficiente.

Sabía eso demasiado bien. Y el pensamiento de Rhys, en esta guerra tratando de tomar todo lo que nos hiciera frente.... Las náuseas se agitaron en mis entrañas.

—Él da órdenes todo el tiempo.

—Sí. Y sabe bien en lo que sobresalimos. Pero cuando se trata de eso... —Cassian ajustó las ataduras en sus manos—. Si los Grandes Señores y Keir no dan un paso adelante, aún así se enfrentará a Hiberno. Y tomará la peor parte para que nosotros no tengamos que hacerlo.

Una inquebrantable tensión se hundió en mí. Rhys sobreviviría, no se atrevería a sacrificar todo para asegurarse de que nosotros...

Rhys lo haría. Lo había hecho con Amarantha, y lo haría otra vez sin pensarlo.

Lo silencié. Lo enterré. Me enfoqué en mi respiración.

Algo atrajo la atención de Cassian detrás de mí. Incluso mientras su cuerpo seguía casual, un destello depredador parpadeó en sus ojos.

No necesitaba girarme para saber quién estaba parada allí.

— ¿Te gustaría unirme? —ronroneó Cassian.

—No parece que estén ejercitando nada aparte de sus bocas —dijo Nesta.

Miré sobre mi hombro. Mi hermana estaba en un vestido azul pálido que hacía que su piel luciera dorada, su cabello recogido, su espalda una línea tesa. Rebusqué algo que decir, para disculparme, pero... no delante de él. Ella no querría esta conversación frente a Cassian.

Cassian extendió una mano envuelta, sus dedos curvándose en un movimiento insinuante.

— ¿Asustada?

Mantuve la boca sabiamente cerrada cuando Nesta avanzó un paso desde la entrada hacia la luz cegadora del patio.

— ¿Por qué estaría asustada de un murciélago enorme al que le gusta hacer berrinches?

Me ahogué, y Cassian me disparó una mirada de advertencia, retándome a reírme. Pero busqué el vínculo en mi mente, bajé mis escudos mentales lo suficiente para enviarle a Rhysand, donde sea que estuviera en la ciudad, *Por favor ven a sálvame de la discusión de Cassian y Nesta.*

Un latido después, Rhys canturreó, *¿Arrepentimientos después de convertirte en Gran Señora?*

Saboreé esa voz, ese humor. Pero lancé ese pánico cociéndose cuando contesté, *¿Esto es parte de mis deberes?*

Una sensual y oscura risa.

¿Por qué crees que estaba tan desesperado por una compañera? He tenido que lidiar yo solo con esto durante casi cinco. Es justo que lo soportes tú ahora.

Cassian le estaba diciendo a Nesta:

—Parece que estas un poco al borde, Nesta. Y te fuiste tan abruptamente anoche... ¿Alguna forma en la que pueda aliviar esa tensión?

Por favor, le rogué a Rhys.

¿Qué me darás?

No estaba segura si podría sisear a través del vínculo, pero por la risa que resonó en mi mente un momento después, sabía que el sentimiento había sido transmitido. *Estoy en una reunión con los gobernadores de los Palacios. Podrían molestarse un poco si me desvanezco.* Intente no suspirar.

Nesta se revisó las uñas.

—Amren vendrá a instruirme en unos pocos...

Las sombras se ondularon a través del patio, interrumpiéndola. Y no fue Rhysand quien aterrizó entre nosotros, sino...

Envié a otra cara bonita para que admires, dijo Rhys. *No tan hermosa como la mía, por supuesto, pero bastante cerca.*

Mientras las sombras que lo cubrían se despejaban, Azriel evaluó a Nesta y a Cassian, después lanzó una mirada vagamente comprensiva en mi dirección.

—Necesito empezar antes con nuestras lecciones.

Una mentira pobre, pero dije:

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Bien. No hay ningún problema.

Cassian me fulminó con su mirada, luego a Azriel. Los dos lo ignoramos y caminé hasta el Shadowsinger, desenvolviendo mis manos mientras acudía.

Gracias, dije por el vínculo.

Puedes compensármelo esta noche.

Intenté no sonrojarme por la imagen que Rhys había enviado a mi cabeza, detallando precisamente como quería que se lo pagara, y cerré mis escudos mentales. Al otro lado del escudo, podría haber jurado que dedos en forma de garra trazaron firmemente una sensual y silenciosa promesa. Tragué con fuerza.

Las alas de Azriel se desplegaron, negros rojizos y dorados brillaron en el resplandeciente sol cuando me abrió sus brazos.

—El bosque de pinos servirá, el que está junto al lago.

—¿Por qué?

—Porque es mejor caer sobre agua que sobre roca dura —respondió Cassian, cruzando sus brazos.

Mi estómago se apretó. Pero dejé que Azriel me llevara, su esencia de niebla de noche helada y cedro se envolvieron a mí alrededor mientras agitaba sus alas una vez, esparciendo la tierra del patio.

Atrapé la mirada fija y sonrisa amplia de Cassian.

—Buena suerte —dije y Azriel, que el Caldero lo bendiga, se lanzó hacia el despejado cielo.

Ninguno se perdió los gritos obscenos y groseros de Cassian, aunque no nos dignamos a comentarlos.

Cassian era el general, el *general* de la Corte Oscura.

Seguramente Nesta no era nada que él no pudiera manejar.

—Dejé a Amren en la casa en mi camino aquí —me dijo Azriel cuando aterrizamos en la orilla del río de la montaña turquesa, rodeado por pinos y granito—. Le dije que tenía que llegar al anillo de entrenamiento inmediatamente. —Una media sonrisa—. Después de unos minutos, claro.

Inhalé y estiré los brazos. —Pobre Cassian.

Azriel dio un resoplido de diversión. —Ciertamente.

Me moví sobre mis pies, las pequeñas rocas grises de la orilla deslizándose bajo mis botas.

—Así que...

El cabello negro de Azriel parecía engullirse bajo la brillante luz del sol.

—Para volar —dijo secamente—, necesitarás alas.

Cierto.

Mi piel se calentó, rodé y crují mis muñecas.

—Ha pasado un tiempo desde que las convoqué.

Su mirada penetrante no se alejó de mi cara, de mi postura. Tan inmóvil y firme como el granito en el que este lago estaba grabado. Bien podría haber sido una mariposa en comparación.

— ¿Necesitas que me dé la vuelta? —Levantó una oscura ceja en énfasis.

Me encogí.

—No. Pero... podría tomar varios intentos.

—Comenzamos nuestra lección más pronto, tenemos bastante tiempo.

—Aprecio que hagas el esfuerzo de pretender que no fue porque estaba desesperada por evitar la discusión mañanera de Cassian y Nesta.

—Nunca dejaría a mi Gran Señora pasar por eso. —Lo dijo con una cara completamente de piedra.

Me reí, frotando un lugar adolorido en mi hombro:

— ¿Estás listo... para encontrarte con Lucien esta tarde?

Azriel inclinó su cabeza.

— ¿Debería estar preparándome para eso?

—No. Yo solo... —Me encogí de hombros—. ¿Cuándo te vas para reunir información de los Grandes Señores?

—Después de que hable con él. —Sus ojos estaban brillando, iluminados con entretenimiento. Como si supiera que estaba ganando tiempo.

Solté una respiración.

—Bien. Vamos allá.

Tocando esa parte de mí, la parte que Tamlin me había dado...una parte vital de mi corazón retrocedió.

Incluso mientras algo afilado y vicioso en mis entrañas se retorció por lo que había tomado. Todo lo que había tomado.

Enterré el pensamiento, enfocándome en esas alas Illirianas. Las invoqué aquel día en las Estepas por pura memoria y miedo. Crearlas ahora... Dejé que mi mente se deslizara a mi recolección de las alas de Rhys, a cómo se sentían y pesaban.

—El marco tiene que ser un poco más grueso —Ofreció Azriel mientras el peso comenzaba a caer sobre mi espalda—. Fortalece los músculos que conducen a ellas.

Obedecí, mi magia escuchando. Me ofreció más comentarios, dónde añadir y dónde relajar, dónde suavizar y dónde endurecer.

Estaba jadeando por aliento, el sudor se deslizaba por mi columna para el momento en que dijo:

—Bien —Aclaró su garganta—. Sé que no eres Illiriana, pero... entre su clase, se considera... inapropiado tocar las alas de alguien sin permiso. Especialmente mujeres.

Su tipo. No el suyo.

Me tomó un tiempo darme cuenta de lo que estaba pidiendo.

—Oh-oh. Adelante.

—Necesito asegurarme de que se *sienten* correctamente.

—Cierto. —Coloqué mi espalda hacia él, mis músculos gimiendo mientras trabajaban para expandir las alas.

Todo—desde mi cuello hasta mis hombros, desde mis costillas hasta mi columna y mi trasero—parecía controlarlas ahora y estaban quejándose en protesta del peso y movimiento.

Solo las había tenido unos pocos segundo con Lucien en las Estepas—no me di cuenta de lo pesadas que eran, lo complejo de los músculos.

Las manos de Azriel, con todas sus cicatrices, eran ligeras como una pluma cuando las tomó y tocó en ciertas áreas, acariciando y dando golpecitos en otras. Apreté mis dientes, la sensación era como... como tener el arco de mi pie cosquilleando y pinchado. Pero hizo un trabajo rápido y rodé mis hombros de nuevo cuando camino alrededor para murmurar:

—Es...increíble. Son iguales que las mías.

—Creo que la magia hace la mayoría del trabajo.

Sacudió la cabeza.

—Eres una artista, fue tu atención al detalle.

Me sonrojé un poco por el cumplido, y coloqué mis manos en mis caderas.

— ¿Y bien? ¿Saltamos al cielo?

—Primera lección: no las dejes arrastrar en el suelo.

Pestañeeé, mis alas de hecho estaban descansando sobre las rocas.

— ¿Por qué?

—Los Illirianos creen que es algo perezoso, una señal de debilidad. Y desde un punto práctico, el suelo está lleno de cosas que podrían lastimar tus alas. Astillas, trozos de roca... No solo pueden incrustarse y provocar una infección, sino también impactar en la manera en la que las alas atrapan el viento. Así que mantenlas apartadas del suelo.

Un dolor como un cuchillo afilado se deslizó por mi espalda cuando intenté levantarlas. Me las arreglé solo con el lado izquierdo.

El derecho cayó como una vela suelta.

—Necesitas fortalecer tus músculos de la espalda—y tus muslos. Y tus brazos. Y centro.

—Así que todo, entonces.

De nuevo esa tranquila y seca sonrisa.

—¿Por qué crees que los Illirianos son tan delgados?

—¿Por qué nadie me advirtió sobre este lado arrogante tuyo?

La boca de Azriel se elevó.

—Alza ambas alas.

Una calmada pero inflexible demanda.

Me estremecí, contorsionando mi cuerpo de una y otra manera mientras luchaba para que la derecha se levantara. Sin suerte.

—Intenta esparciéndolas, y luego doblándolas, si no las puedes levantar así.

Obedecí, y siseé por el agudo dolor cruzando cada músculo de mi espalda mientras extendía las alas. Hasta la más ligera brisa del lago cosquilleaba y tiraba, separe mis pies sobre la orilla rocosa buscando algo parecido al balance.

—Ahora, dóblalas hacia adentro.

Lo hice, cerrándolas—el movimiento fue tan rápido que caí hacia delante.

Azriel me atrapó antes de poder comer piedras, sujetándome apretadamente bajo mi hombro y levantándose.

—Desarrollar los músculos de tu centro también ayudaran con el balance.

—Entonces tengo que volver con Cassian, ¿no?

Un asentimiento.

—Mañana. Hoy, enfócate en levantar y doblar, esparcir y levantar. — Las alas de Azriel brillaron con rojo y orado cuando el sol las iluminó—. De esta manera. —Lo demostró, extendiendo sus alas ampliamente, doblándolas, extendiendo, inclinándolas y guardándolas. Una y otra vez.

Suspirando, seguí sus movimientos, mi espalda palpitando y adolorida.

Tal vez las lecciones de vuelo eran una pérdida de tiempo.

Capítulo 20

Traducido por Mais

—Nunca antes he estado en una biblioteca —le admití a Rhys después del almuerzo, mientras bajábamos nivel tras nivel debajo de la Casa de Viento, mis palabras hacían eco en la labrada piedra roja. Hacía muecas con cada paso, frotando mi espalda.

Azriel me había dado una pomada que me ayudaría con el dolor, pero sabía que para la noche, estaría lloriqueando. Si horas de investigación acerca de cómo remendar las grietas en el muro no me hacían empezar antes.

—Quiero decir —aclaré—, sin contar las bibliotecas privadas aquí y en la Corte de Primavera, y mi familia también tenía una pero no... una verdadera.

Rhys me miró de reojo.

—He escuchado que los humanos tienen bibliotecas libres en el continente... abiertas a cualquiera.

No estaba segura si era una pregunta o no, pero asentí con la cabeza.

—En uno de los territorios, ellos permiten entrar a cualquiera, a pesar de su situación o línea de sangre. —Consideré sus palabras—. ¿Había... había bibliotecas antes de la Guerra?

Por supuesto que había pero lo que quería decir...

—Sí. Grandes bibliotecas, llenas de irritables estudiosos que te encontraban tomos de cientos de años atrás. Pero no se les permitía entrar a los humanos... a menos que fueras el esclavo de alguien haciendo algún recado, e incluso entonces eras observado de cerca.

—¿Por qué?

—Porque los libros estaban llenos de magia y de cosas que no querían que los humanos supieran. —Rhys deslizó sus manos en su bolsillo, llevándome por el corredor iluminado solo por cuencos de luz fae elevadas en las manos de estatuas de hermosas mujeres, sus formas de Altos Fae y hadas—. Los estudiosos y los bibliotecarios se rehusaban a tener sus propios esclavos, algunos por razones personales, pero principalmente porque no querían que accedieran a los libros y archivos.

Rhys hizo un gesto hacia otra escalera curvada. Debíamos de estar bien dentro de la montaña, el aire seco y frío... y pesado. Como si hubiera estado atrapado dentro por siglos.

— ¿Qué le sucedió a las bibliotecas una vez que el muro fue construido?

Rhys dobló sus alas ya que las escaleras se volvieron más estrechas, el techo se hundía.

—La mayoría de estudiosos tuvieron suficiente tiempo para evacuar... y fueron capaces de tamizar los libros fuera de allí. Pero si no tenían el tiempo o el poder bruto... —Un músculo se apretó en su mentón—, quemaban las bibliotecas. Prefirieron eso a dejar que los humanos accedieran a su preciosa información.

Un escalofrío recorrió mi columna.

una CORTE ALAS y RUINA

— ¿Prefirieron perder esa información para siempre?

El asintió, la tenue luz haciendo brillar su cabello negro azulado.

—Quitando los prejuicios, el miedo era que los humanos encontrarían hechizos peligrosos... y los usarían en contra de nosotros.

—Pero nosotros... quiero decir, *ellos* no tienen magia. Los humanos no tienen magia.

—Algunos sí. Usualmente los que reclaman ser descendientes de un feérico. Pero algunos de aquellos hechizos no requieren magia del portador, solo las palabras correctas o uso de ingredientes.

Sus palabras atraparon algo en mi mente.

—¿Podían... quiero decir, obviamente podían, pero... los humanos y feéricos una vez se reprodujeron. ¿Qué sucedió con la descendencia? Si eras mitad Fae, mitad humano, ¿a dónde ibas una vez que el muro fue levantado?

Rhys dio un paso hacia el pasillo al pie de las escaleras, revelando un amplio pasaje de labrada piedra roja y un conjunto de puertas de obsidiana selladas, con venas de plata por toda la superficie. Hermoso, aterrador. Como si una gran bestia estuviera ahí detrás.

—Los mestizos no terminaron bien —dijo después de un momento—. Muchos fueron vástagos de uniones no deseadas. La mayoría por lo general escogía quedarse con sus madres humanas... sus familias humanas. Pero una vez que se levantó el muro, entre los humanos había un... recuerdo de lo que se había hecho, de los enemigos al otro lado del muro. En el mejor caso, eran forasteros y parias, sus hijos—si llevaban los rasgos físicos—también. En el peor... los humanos estaban enojados en esos años iniciales, y con esa primera generación de después. Querían que alguien pagara por la esclavitud, por los crímenes cometidos en su contra. Incluso si los mestizos no habían hecho nada malo... no terminaron bien.

Se acercó a las puertas, las que se abrieron con un viento fantasmal, como si la montaña misma viviera para servirlo.

— ¿Y aquellos al otro lado del muro?

—Fueron condenados a un nivel incluso más bajo que las hadas menores. O eran rechazados a todos los lugares a los que iban o.... muchos encontraban trabajo en las calles. Vendiéndose.

— ¿Aquí en Velaris? —Mis palabras eran apenas un roce de aire.

—Mi padre todavía era un Gran Señor entonces —dijo Rhys, su espalda tensándose—. No teníamos permitido tener humanos, esclavos o libres, en nuestro territorio durante siglos. Él no los permitía entrar... ya fuera para prostituirse o para encontrar refugio.

— ¿Y una vez tú fuiste Gran Señor?

Rhys se detuvo ante el brillo que se expandía más allá de nosotros.

—Para entonces, era demasiado tarde para la mayoría de ellos. Es difícil... ofrecer refugio a alguien sin ser capaz de explicar *dónde* se les estaban ofreciendo un lugar seguro. De ofrecerlo mientras se mantenía nuestra ilusión de crueldad despiadada. —La luz de las estrellas se consumió en sus ojos—. A través de los años, nos encontramos unos cuantos. Algunos fueron capaces de llegar aquí. Otros estaban... más allá de nuestra ayuda.

Algo se movió en la oscuridad más allá de las puertas, pero mantuve mi enfoque en su rostro, en sus hombros tensos.

—Si el muro se derriba, ¿se...? —No pude terminar las palabras.

Rhys deslizó sus dedos a través de los míos, entrelazando nuestras manos.

—Sí. Si hay humanos o feéricos que necesiten un lugar seguro... esta ciudad estará abierta para ellos. Velaris ha estado cerrado durante mucho tiempo, demasiado, tal vez. Agregar nuevas personas, de diferentes lugares, diferentes historias y culturas.... No veo cómo eso podría ser algo malo. La transición podría ser más compleja de lo que anticipamos pero... sí. Las puertas a esta ciudad estarán abiertas para aquellos que necesiten de su protección. A cualquiera que pueda llegar aquí.

Apreté su mano, saboreando los duros callos en esta. No, no lo dejaría soportar la carga de esta guerra, su costo, a solas.

Rhys miró hacia las puertas abiertas... hacia la figura con capucha y encapotada, esperando pacientemente en las sombras. Cada tendón

adolorido y hueso se apretó mientras miraba la túnica blanca, la capucha coronada con una diáfana piedra azul, el trozo de tela que podía ponerse sobre los ojos...

Sacerdotisa.

—Ella es Clotho —dijo Rhys calmado, soltando mi mano para guiarme hacia la mujer que esperaba. El peso de su mano en mi espalda baja me dijo suficiente sobre lo mucho que se daba cuenta que la vista de ella me sacudiría—. Ella es una de las docenas de sacerdotisas que trabajan aquí.

Clotho bajó su cabeza en una reverencia, pero no dijo nada.

—Yo... yo no sabía que las sacerdotisas dejaban su templo.

—Una biblioteca es un templo de algún modo —dijo Rhys con una sonrisa torcida—. Pero las sacerdotisas de aquí... —Mientras ingresábamos a la biblioteca propiamente dicha, luces doradas se encendieron. Como si Clotho hubiese estado en completa oscuridad hasta que nosotros entramos—, son especiales. Únicas.

Ella inclinó su cabeza en lo que podría haber sido asombro. Su rostro permaneció en la sombra, su cuerpo delgado escondido en esa túnica pálida y pesada. Silencio, y aun así, la vida bailaba alrededor de ella.

Rhys sonrió cálidamente hacia la sacerdotisa.

— ¿Encontraste los textos?

Y fue solo entonces cuando ella balanceó su cabeza en una especie de “más o menos” que me di cuenta que no podía o no quería hablar. Clotho hizo un gesto hacia la izquierda, hacia la biblioteca en sí. Y aparté mis ojos de la sacerdotisa muda el tiempo suficiente para mirar la biblioteca. Ni una habitación caverbina en el feudo. Ni de cerca.

Esto era...

Era como si la base de la montaña hubiese sido ahuecada por una bestia de excavación masiva, dejando un hoyo descendiendo en el oscuro corazón del mundo. Alrededor de ese hueco enorme, labrado en la misma montaña, nivel tras nivel en espiral de estanterías y libros y áreas de lectura, llevando hacia la completa oscuridad. Por lo que podía ver de los

varios niveles mientras caminaba hacia la barandilla labrada de piedra hacia el abismo, las pilas se lanzaban en lo profundo de la montaña, como los radios de una poderosa rueda.

Y en medio de todo, aleteando como alas de polilla, el susurro de papeles y pergaminos.

Silencioso y aun así, vivo. Despierto, zumbando y sin descanso, algunas bestias de muchos miembros en constante trabajo. Alcé la vista, encontrando más niveles elevándose hacia la misma Casa. Y asomándose desde abajo... La Oscuridad.

— ¿Qué hay al final del agujero? —pregunté mientras Rhys se acercaba a mí, su hombro rozando el mío.

—Una vez reté a Cassian a que volara ahí abajo y lo viera. —Rhys colocó sus manos en la barandilla, bajando la vista hacia las tinieblas.

— ¿Y?

— Y regresó más rápido de lo que jamás lo había visto volar, blanco como la muerte. Nunca me contó lo que vio. Las primeras semanas pensé que era una broma, solo para atraer mi curiosidad. Pero cuando finalmente decidí verlo por mí mismo un mes después, me amenazó con atarme a una silla. Dijo que algunas cosas son mejor no verlas y dejarlas tranquilas. Han pasado doscientos años, y aún no me ha dicho lo que vio. Si lo mencionas, se pone pálido y tiembla, y no habla por unas cuantas horas.

Mi sangre se enfrió.

— ¿Es... es alguna clase de monstruo?

—No tengo ni idea. —Rhys lanzó su mentón hacia Clotho, la sacerdotisa esperando pacientemente a unos cuantos pasos detrás de nosotros, su rostro todavía en la sombra—. Ellas no hablan o escriben sobre ello, así que si lo saben... Sin duda no me lo dirán. Así que si no nos molesta, entonces yo no lo molestaré. Eso es, si incluso es una *cosa*. Cassian nunca dijo si vio algo vivo ahí abajo. Tal vez es otra cosa totalmente.

Considerando las cosas que ya había presenciado... no quería pensar sobre lo que yacía al fondo de la biblioteca. O lo que podría hacer

que Cassian, quien había visto cosas más mortales y las partes más aterradoras del mundo de lo que yo podía imaginar, estuviera tan aterrado.

Con su túnica susurrando, Clotho se dirigió hacia el pasillo que se inclinaba hacia la biblioteca, y la seguimos. El suelo era de piedra roja, como el resto del lugar, pero suave y pulido. Me preguntaba si alguna de las sacerdotisas había ido por ese camino en espiral.

No que yo sepa, dijo Rhys en mi mente. Pero Mor y yo una vez lo intentamos cuando éramos niños. Mi madre nos atrapó en el tercer nivel de abajo, y fuimos enviados a la cama sin cenar.

Apreté mi sonrisa. *¿Era tal crimen?*

Lo fue cuando llenamos el suelo de aceite y los estudiosos empezaron a caerse de narices.

Tosí para cubrir mi risa bajando mi cabeza, incluso con Clotho a unos cuantos pasos más allá.

Pasamos pilas de libros y pergamino, los estantes ya sea contruidos en la misma piedra o hechos de madera oscura y sólida. Los pasillos se alineaban y desvanecían en la misma montaña y cada pocos minutos, una pequeña área de lectura se encendía, llena de ordenadas mesas, lámparas de vidrio de baja combustión, y sillas profundamente acolchonadas y sofás. Antiguas alfombras tejidas adornaban los suelos debajo de estos, usualmente colocados ante chimeneas que habían sido labradas en la roca y mantenidas bastante alejadas de cualquier estante, sus rejillas de malla fina, suficientes para retener cualquier miembro errante.

Acogedor, a pesar del tamaño del espacio; cálido, a pesar del terror desconocido acechando por debajo.

Si los otros me enojan mucho, me gusta venir aquí por un poco de paz y tranquilidad.

Le sonreí suavemente a Rhys, quien se mantenía mirando más allá mientras hablábamos mente a mente.

¿No saben ya que pueden encontrarte aquí abajo?

Por supuesto. Pero nunca voy al mismo lugar dos veces seguidas, así que usualmente les lleva tanto encontrarme que no se molestan en buscarme. Además, saben que si estoy aquí, es porque quiero estar a solas.

Pobre bebé Gran Señor, canté. Tener que escapar para encontrar soledad perfecta para empollar.

Rhys pellizcó mi trasero, y mordí mi labio para evitar chillar. Podría haber jurado que los hombros de Clotho se sacudieron con risa.

Pero antes de que pudiera sacarle la cabeza a Rhys por el dolor retumbador que los músculos de mi espalda sentían ante el repentino movimiento, Clotho nos llevó hacia el área de lectura cerca de tres niveles abajo, la masiva mesa grande cargada con gordos y antiguos libros encuadernados en varias capas oscuras.

Una limpia pila de papel estaba colocada a un lado, junto con un surtido de lapiceros, y las lámparas de lectura estaban en completo brillo, alegres y brillantes en la penumbra. Un servicio de taza de plata relucía en una baja mesa entre dos sofás de cuero ante la chimenea que repitequeaba con humo curvándose desde el pico arqueado de la caldera. Bizcochos y pequeños sándwiches llenaban el plato al lado de este, junto con una gorda pila de servilletas que sutilmente nos daban idea de que las usáramos antes de tocar los libros.

—Gracias —le dijo Rhys a la sacerdotisa, quien solo sacó un libro de la pila que sin duda había agarrado y lo había abierto para marcar una página. El lazo antiguo de terciopelo era el color de la sangre antigua, pero fue su mano la que me sacudió mientras se encontraba con la luz dorada de las lámparas.

Sus dedos estaban torcidos. Doblados y retorcidos en tales ángulos que hubiese creído que había nacido así si no fuera por las cicatrices.

Por un segundo, estuve en un bosque primaveral. Por un segundo, escuché el crujido de piedra sobre carne y hueso mientras hacía que otra sacerdotisa se destrozara su mano. Una y otra vez.

Rhys colocó su mano en mi baja espalda. El esfuerzo que debió haber sido para que Clotho moviera todo en su lugar con esas retorcidas manos...

Pero ella miró hacia otro libro—o al menos su cabeza se movió hacia esa dirección—y lo deslizó hacia ella.

Magia. Claro.

Ella hizo un gesto con un dedo que estaba doblado en dos direcciones diferentes a la página que había seleccionado, luego al libro.

—Yo buscaré —dijo Rhys, luego inclinó su cabeza—. Gritaremos si necesitamos algo.

Clotho hizo una reverencia con su cabeza de nuevo y empezó a alejarse, cuidadosamente y silenciosamente.

—Gracias —le dije a ella.

La sacerdotisa se detuvo, mirando hacia atrás, e hizo una reverencia con su cabeza, su capucha balanceándose. En segundos, se había ido.

La miré fijamente, incluso mientras Rhys se deslizaba en una de las dos sillas ante la pila de libros.

—Hace un tiempo atrás, Clotho fue muy mal herida por un grupo de hombres —dijo Rhys en voz baja.

No necesitaba detalles para saber lo que había significado eso. El borde en la voz de Rhys implicaba suficiente.

—Le cortaron la lengua así no podría decirle a nadie quién le había hecho daño. Y le destrozaron sus manos así no podría escribirlo.

Cada palabra era más filuda que la otra, y la oscuridad gruñó a través del pequeño espacio.

Mi estómago dio vueltas.

— ¿Por qué no matarla?

—Porque era más entretenido para ellos de esa manera. Eso es, hasta que Mor la encontró. Y me la trajo.

Cuando él sin duda habría visto en su mente y habría vistos sus rostros.

—Dejé que Mor los cazara. —Sus alas se apretaron con fuerza—. Y cuando ella terminó, se quedó aquí por un mes. Ayudando a Clotho a sanar lo mejor que se podía esperar, pero también... limpiando la mancha de ellos.

El trauma de Mor había sido diferente, pero... entendía por qué lo había hecho, por qué quería estar aquí. Me preguntaba si le había dado alguna forma de cierre.

—Cassian y Azriel fueron sanados por completo después de lo de Hiberno. ¿No se pudo hacer nada por Clotho?

—Los hombres estuvieron... sanándola mientras le hacían daño. Haciendo que las heridas fueran permanentes. Cuando Mor la encontró, el daño estaba hecho. No habían terminado con sus manos, así que fuimos capaces de salvarlas, de darles algo de uso, pero... para sanarla, las heridas tendrían que haber sido abiertas de nuevo. Le ofrecí quitarle el dolor mientras se hacía pero... ella no podría soportarlo, lo que traería a su mente tener las heridas abiertas de nuevo. Su corazón. Ella ha vivido aquí desde entonces, con otros como ella. Su magia la ayuda con su movilidad.

Sabía que debería empezar a trabajar, pero pregunté:

— ¿Las... todas las sacerdotisas en esta biblioteca son como ella?

—Sí.

La palabra sostenía siglos de ira y dolor.

—Hice de esta biblioteca un refugio para ellas. Algunas vienen a sanar, a trabajar como acólitas, y luego se van; algunas hacen los juramentos al Caldero y a la Madre para volverse sacerdotisas y permanecer aquí para siempre. Pero depende de ellas si desean quedarse una semana o una vida entera. Los forasteros son permitidos a usar la biblioteca para investigaciones, pero solo si las sacerdotisas lo aceptan. Y solo si hacen el juramento de no hacerles daño mientras están de visita. La biblioteca les pertenece a ellas.

— ¿Quién estuvo aquí antes que ellas?

—Unos cuantos irritables y viejos eruditos, quienes me maldijeron con fuerza cuando los re Coloqué en otras bibliotecas en la ciudad. Todavía tienen acceso, pero cuándo y en dónde es siempre aprobado por las sacerdotisas.

Elección. Siempre había sido mi elección con él. Y para otros también. Mucho antes de que él aprendiera la forma difícil sobre eso. La pregunta debe haber estado en mis ojos porque Rhys agregó:

—Vine aquí mucho en aquellas semanas después de Bajo la Montaña.

Mi garganta se apretó mientras me inclinaba para rozar un beso en su mejilla.

—Gracias por compartir este lugar conmigo.

—Ahora también te pertenece. —Sabía que quería decir que no solo en términos de nosotros siendo pareja, sino también... que yo pertenecía a las otras mujeres de aquí. Quienes habían sobrevivido y soportado.

Le di una media sonrisa.

—Supongo que es un milagro que siquiera pueda soportar estar bajo tierra.

Pero sus rasgos permanecieron solemnes, contemplativos.

—Lo es —agregó suavemente—, estoy muy orgulloso de ti.

Mis ojos quemaron y parpadeé mientras enfrentaba los libros.

—Y supongo —dije con un esfuerzo ante la suavidad—, que es un milagro que de hecho pueda *leer* estas cosas.

La sonrisa en respuesta de Rhys era encantadora, y solo un poco perversa.

—Creo que mis pequeñas lecciones ayudaron.

—Sí, *“Rhys es el mejor amante con el que una mujer ha soñado.”*, sin duda es cómo aprendí a leer.

—Solo estaba tratando de decirte lo que ahora sabes.

Mi sangre se calentó un poco.

—Mmm —fue todo lo que dije, sacando un libro.

—Tomaré ese *mmm*, como un reto. —Su mano se deslizó por mi muslo, luego ahuecó mi rodilla, su pulgar rozó un lateral. Incluso a través de mi ropa de cuero, el calor de él se insertó en mis huesos—. Tal vez te lance contra los estantes y vea lo silenciosa que puedes ser.

—Mmm. —Pasé las páginas, sin ver nada del texto.

Su mano empezó una exploración letal y tentadora por mi muslo, sus dedos rozando a lo largo de mi interior sensible. Más arriba, más arriba. Se inclinó para llevar un libro hacia él, pero susurró en mi oído:

—O tal vez te expanda sobre este escritorio y te lama hasta que grites lo suficientemente alto para despertar a lo que sea que esté en lo profundo de la biblioteca.

Lancé mi cabeza hacia él. Sus ojos estaban brillantes, casi adormilados.

—Estaba completamente comprometida con ese plan —dije, incluso mientras su mano se detuvo muy, *muy* cerca del vértice de mis muslos—, hasta que trajiste a la conversación a esa *cosa* de ahí abajo.

Una sonrisa felina. Mantuvo su mirada en mí mientras su lengua rozaba su labio inferior.

Mis senos se apretaron debajo de mi camisa, y su mirada cayó, observando.

—Creería —meditó—, que nuestro asalto de esta mañana sería suficiente para atarte hasta esta noche.

Su mano se deslizó entre mis piernas, acunándome descaradamente, su pulgar empujando en un lugar adolorido. Un bajo gemido se me escapó y mis mejillas se calentaron.

—Aparentemente, no hice un suficiente buen trabajo al saciarte, si estás fácilmente irritada después de unas cuantas horas.

—Idiota —exhalé, pero la palabra salió un poco suave.

Su pulgar presionó con más fuerza, haciendo círculos con rudeza. Rhys se inclinó de nuevo, besando mi cuello—el lugar justo debajo de mi oreja—y dijo contra mi piel:

—Veamos cómo me llamas cuando mi cabeza esté entre tus piernas, Feyre querida.

Y luego se había ido.

Se había tamizado, la mitad de los libros con él. Lo miré fijamente, mi cuerpo extraño y frío, mareado y desorientado.

¿Dónde diablos estás? Escudriñé a mi alrededor, y encontré nada más que sombras y llamas y libros.

Dos niveles más abajo.

¿Y por qué estás dos niveles más abajo? Me lancé fuera de mi silla, mi espalda doliendo en protesta mientras salía al pasillo y hacia la barandilla, y luego me asomaba hacia abajo, hacia la penumbra.

Sin duda, en un área de lectura a dos niveles más abajo, podía vislumbrar su cabello oscuro y alas, podía verlo recostado en su silla ante un escritorio idéntico, un tobillo por encima de su rodilla. Sonriéndome. Porque no puedo trabajar contigo distrayéndome.

Le fruncí el ceño. ¿Te estoy distrayendo?

Si estás sentada a mi lado, lo último en mi mente es leer libros viejos y sucios. Especialmente cuando estás con esa ropa apretada de cuero.

Cerdo.

Su risa hizo eco a través de la biblioteca a pesar del sonido de los papeles y el rasguño de lapiceros que hacían las sacerdotisas al trabajar.

¿Cómo puedes tamizarte dentro de la Casa? Pensé que había protección en contra de eso.

La biblioteca hace sus propias reglas, aparentemente.

Resoplé.

Dos horas de trabajo, me prometió, regresando a la mesa y abriendo sus alas, una verdadera pantalla para bloquear mi vista de él. Y su vista de mí. Entonces podremos jugar.

Le hice un gesto vulgar.

Lo he visto.

Lo hice de nuevo y su risa flotó hacia mí mientras enfrentaba los libros apilados en frente de mí y empezaba a leer.



de ALAS

una CORTE y RUINA

Encontramos bastante información sobre el muro y su formación. Cuando comparamos nuestras notas dos horas después, muchos de los textos eran conflictivos, todos ellos aclamando absoluta autoridad en el tema. Pero había unos cuantos detalles similares que Rhys no había sabido.

Él había estado sanando en la cabaña en las montañas cuando habían formado el muro, cuando habían firmado ese Tratado. Los detalles que salieron habían sido turbios como poco, pero varios de los textos que había traído Clotho acerca de la formación del muro y las reglas, estaban de acuerdo en una sola cosa: nunca fue construido para perdurar.

No inicialmente, el muro había sido una solución temporal, separar a los humanos y los feéricos hasta que la paz se estableciera lo suficiente entre ellos, para que después se volvieran a reunir. Y decidieran cómo iban a vivir juntos, como una sola persona.

Pero el muro había permanecido. Los humanos habían envejecido y muerto, y sus hijos se habían olvidado de las promesas de sus padres, sus abuelos, sus ancestros. Y el Alto Fae que sobrevivió... era un nuevo mundo, sin esclavos. Las hadas menores empezaron a reemplazar el trabajo libre que hacía falta; fronteras habían sido redibujadas para acomodar a aquellos sustituidos. Tal gran cambio en el mundo en esos siglos iniciales, tanto trabajo para superar la guerra, para sanar, que el muro... el muro se volvió permanente. El muro se volvió legendario.

—Incluso si las siete cortes se unen —dije, mientras arrancaba uvas de un cuenco de plata en una sala silenciosa en la Casa de Viento, luego de haber dejado la penumbrosa biblioteca por la necesidad de sol—, incluso si Keir y la Corte de Pesadillas se unen también... ¿tendremos una oportunidad en esta guerra?

Rhys se recostó en la bordada silla ante la ventana que abarcaba toda la pared, desde el suelo hasta el techo. Velaris era un esparcimiento brillante más abajo y más allá, sereno y encantador, incluso con las cicatrices de la batalla que lo salpicaba.

—Ejército contra ejército, la posibilidad de la victoria es escasa. —
Francas y honestas palabras.

Me moví en mi propia silla idéntica, al otro lado de la baja mesa entre nosotros.

— ¿Podrías... si tú y el Rey de Hiberno quedaran uno a uno...?

— ¿Ganar? —Rhys elevó una ceja, y estudió la ciudad—. No lo sé. Él ha sido inteligente sobre mantener la extensión de su poder escondido. Pero tuvo que recurrir a trucos y amenazas para vencernos ese día en Hiberno. Tiene cientos de años de conocimiento y entrenamiento. Si él y yo lucháramos... dudo de que deje que llegue a eso. Tiene mejor opción de una victoria segura abrumándonos con números, en dejarnos sin gente. Si luchamos uno a uno, si incluso me aceptara un reto abierto... el daño sería catastrófico. Y eso es sin él empuñando el Caldero.

Mi corazón se tambaleó. Rhys continuó:

—Estoy dispuesto a tomar la peor parte de ello, si implica que los otros al menos *se sitúan* con nosotros en contra de él.

Apreté los brazos cosidos de la silla.

—No deberías tener que hacerlo.

—Puede que sea la única opción.

—No acepto eso como opción.

Parpadeó ante mí.

—Prythian puede necesitarme como opción. —Porque con ese poder suyo... se llevaría al rey y a su ejército entero. Se quemaría a sí mismo hasta que no fuera...

—Yo te necesito. Como una opción. En *mi* futuro.

Silencio. E incluso con el sol calentando mis pies, un frío terrible me atravesó. Su garganta se sacudió.

—Si significa darte un futuro, entonces estoy dispuesto a...

—No harás tal *cosa* —jadeé a través de mis dientes desnudos, inclinándome hacia adelante en mi silla.

Rhys solo me observó, sus ojos ensombrecidos.

— ¿Cómo puedes pedirme que no de todo lo que tengo para asegurar que tú, que mi familia y mi gente sobreviva?

—Has dado *suficiente*.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—No suficiente. Aún no.

Era difícil respirar, ver más allá de la quemazón en mis ojos.

— ¿Por qué? ¿De dónde *viene* esto? ¿Rhys?

Por una vez, no respondió.

Y había algo muy frágil en su expresión, una larga herida no curada que brillaba allí, y suspiré, froté mi rostro, y luego dije:

—Solo... trabaja conmigo. Con todos nosotros. *Juntos*. Este no es una carga que debas llevar solo.

Arrancó otra uva de su tallo y masticó. Sus labios se inclinaron en una sonrisa ausente.

— ¿Entonces qué propones?

Todavía podía ver la vulnerabilidad en sus ojos, aún la sentía en ese lazo entre nosotros, pero incliné mi cabeza. Busqué entre todo lo que sabía, todo lo que había sucedido. Consideré los libros que había leído en la biblioteca. Una biblioteca que alojaba....

—Amren nos advirtió de nunca juntar las dos mitades del Libro — medité—, pero nosotros... *yo* lo hice. Ella dijo que cosas más antiguas podían... ser despertadas por este. Que podían venir a olisquear.

Rhys cruzó un tobillo sobre una rodilla.

—Hiberno podrá tener los números —dije—, pero ¿y si nosotros tenemos a los monstruos? Tú dijiste que Hiberno verá venir una alianza con todas las cortes, pero tal vez no una con cosas completamente desconectadas. —Me incliné hacia adelante—. No estoy hablando de los monstruos vagabundeando por el mundo. Estoy hablando sobre uno en particular, uno que no tiene nada que perder y todo que ganar. —Uno por el que daría todo en mi poder para poder usar, en lugar de dejar que Rhys enfrentara el esfuerzo de esto él solo.

Sus cejas se elevaron.

— ¿Oh?

—El Bone Carver —aclaré—. Él y Amren han estado buscando una manera de regresar a sus propios mundos.

PARADISE SUMMERLAND FORO

El Tallista había sido insistente, implacable, en preguntarme ese día en la Prisión acerca de a dónde había ido en mi muerte. Podría haber jurado que la piel dorada de Rhys palideció, pero agregué:

—Me pregunto si es hora de preguntarle qué daría para volver a casa.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 21

Traducido por Mais

Los dolorosos músculos a lo largo de mi espalda, mi centro y muslos se habían convertido en completa rebeldía cuando Rhys y yo fuimos por diferentes caminos: mi pareja dirigiéndose a rastrear a Cassian, quien sería mi escolta mañana en la mañana hasta la Prisión. Si ambos hubiéramos ido, tal vez se vería demasiado... desesperado, demasiado vital. Pero si la Gran Señora y su general iban a visitar al Tallista para plantear algunas preguntas hipotéticas...

Todavía mostraría nuestras cartas, pero tal vez no lo mucho que necesitábamos un pedazo adicional de asistencia. Y Cassian, sorprendentemente, sabía más sobre el Carver que nadie más, gracias a una mórbida fascinación con todos los presos de la Prisión. Especialmente desde que era el responsable de encarcelar algunos.

Pero mientras Rhys buscaba a Cassian, yo tenía una tarea.

Estaba haciendo muecas y siseando mientras caminaba a través de los oscuros pasillos rojos de la Casa para encontrar a mi hermana y Amren. Para ver cuál de ellas todavía estaba de pie después de su primera lección. Entre otras cosas.

Las encontré en una sala de trabajo silenciosa y olvidada, mirándose fríamente entre ellas.

Los libros yacían esparcidos en la mesa entre ellas. Un reloj haciendo tictac por los armarios polvorientos era el único sonido.

—Siento interrumpir su concurso de miradas —dije, quedándome en el marco de la puerta. Froté un lugar en lo bajo de mi espalda—. Quería ver cómo iba la primera lección.

—Bien. —Amren no quitó sus ojos de mi hermana, una sonrisa leve jugando en su boca roja. Estudié a Nesta, quién miró a Amren, completamente de piedra.

— ¿Qué están haciendo?

—Esperando —dijo Amren.

— ¿Para qué?

—Para que los entrometidos nos dejen a solas.

Me tensé, aclarando mi garganta.

— ¿Esto es parte de su entrenamiento?

Amren volteó su cabeza hacia mí, con exagerada lentitud, su cabello a la altura de su mentón se deslizó con el movimiento.

—Rhys tiene su propio método de entrenarte. Yo tengo el mío. —Sus dientes blancos centellaron con cada palabra—. Visitaremos la Corte de Pesadillas mañana por la noche, ella necesita *algo* de entrenamiento básico antes de que lo haga.

— ¿Cómo qué?

Amren suspiró hacia el techo.

—Protección. De mentes indiscretas y poderosas.

Parpadeé. Debería haber pensado en eso. Si Nesta se iba a unir a nosotros, pero en la Ciudad Hewn... ella necesitaría algunas defensas más allá de lo que yo podría ofrecerle.

Nesta finalmente me miró, su rostro tan frío como siempre.

— ¿Estás bien? —le pregunté.

Amren chasqueó la lengua.

—Ella está bien. Terca como una mula, pero ya que las dos son familia, no es que me sorprenda.

Fruncí el ceño.

— ¿Cómo se supone que sepa cuáles son tus métodos? Por todo lo que sé, tomaste unas técnicas terribles en esa Prisión.

Cuidado. Mucho, mucho cuidado.

Amren siseó.

—Ese lugar me enseñó un montón de cosas, pero sin duda esta no.

Incliné mi cabeza, el retrato de curiosidad.

— ¿Alguna vez interactuaste con los otros?

Mientras menos personas supieran acerca de mi viaje mañana a ver el Carver, más seguro era, menos oportunidad de que Hiberno supiera de ello. No por algún temor de traición sino... siempre había un riesgo.

Azriel, ahora cazando por información en la Corte de Otoño, se enteraría cuando regresara esta noche. Mor... le diría eventualmente. Pero Amren.... Rhys y yo habíamos decidido esperar a decirle. La última vez que habíamos ido a la Prisión, ella había estado... irascible. Decirle que planeábamos soltar a uno de sus compañeros de prisión, tal vez no sería lo mejor mencionarlo mientras esperábamos que ella encontrara una manera de sanar el muro, y entrenar a mi hermana.

Impaciencia retumbó a través del rostro de Amren, aquellos ojos de plata destellaron.

—Solo hablé con ellos en susurros y ecos a través de roca, chica. Y estoy agradecida de ello.

— ¿Qué es la Prisión? —preguntó Nesta finalmente.

—Un infierno sepultado en piedra —dijo Amren—. Lleno de criaturas que deberías de agradecerle a la Madre que ya no rondan libremente en la tierra.

Nesta frunció el ceño profundamente, pero cerró su boca.

— ¿Cómo quién? —pregunté. Cualquier información adicional que ella pudiera tener...

Amren mostró sus dientes.

—Le estoy dando una lección de magia, no una de historia. —Ondeó su mano en señal de despedida—. Si quieres a alguien con quién chismosear, ve a buscar a uno de los perros. Estoy segura de que Cassian sigue olisqueando por ahí arriba.

Los labios de Nesta se torcieron hacia arriba.

Amren la apuntó con un dedo delgado terminando en una uña filuda y con manicura.

—*Concéntrate*. Los órganos vitales *deben* estar protegidos todo el tiempo.

Palmeé una mano contra la puerta abierta.

—Seguiré buscando más información para ti en la biblioteca, Amren.
—Sin respuesta—. Buena suerte —agregué.

—Ella no necesita suerte —dijo Amren. Nesta ahogó una risa.

Tomé eso como la única despedida que tendría. Tal vez dejar que Amren y Nesta entrenaran juntas era... una mala elección. Incluso si el prospecto de soltarlas en la Corte de Pesadillas... sonreí un poco ante la idea.

Para el momento en que Mor, Rhys, Cassian y yo nos reunimos para cenar en la casa de la ciudad—Azriel todavía fuera espiando—mis músculos estaban tan adoloridos que apenas pude subir las escaleras principales. Suficientemente adolorida que cualquier plan que tenía de visitar a Lucien en la Casa después de comer se había ido. Mor estuvo irascible y silenciosa todo ese tiempo, sin duda en anticipación de su visita mañana.

Ella había tenido que trabajar mucho con Keir a través de los siglos, y aun así mañana... ella solo le advirtió una vez a Rhys mientras comíamos que debería considerar bien cualquier oferta que Keir pudiera darle en intercambio de su ejército. Rhys se había encogido de hombros, diciendo que lo pensaría cuando llegara el momento. No era una respuesta, y una que hizo que Mor apretara los dientes.

No la culpaba. Mucho antes de la Guerra, su familia la había brutalizado en formas que no me permitía considerar. Ni un día antes estaba por encontrarme con ellos de nuevo, de *pedirles* ayuda. Trabajar con ellos.

Rhys, la Madre lo bendiga, tenía un baño esperándome después de la cena.

Necesitaba toda mi energía para mañana. Para los monstruos que enfrentaría debajo de dos muy diferentes montañas.



No había visitado este lugar en meses. Pero las paredes de piedra labrada estaban tal cual las había visto, la oscuridad todavía interrumpida por antorchas.

No la Prisión. No Bajo la Montaña.

Pero en lugar del cuerpo mutilado de Clare clavado en lo alto del muro por encima de mí...

Sus ojos grises azulados todavía amplios con terror. Ya se había ido el arrogante frío, su vanidoso mentón.

Nesta. Le habían hecho precisamente a ella, herida tras herida, lo que le habían hecho a Clare. Y detrás de mí, gritando y rogando...

Me volteeé, encontrando a Elain, desnuda y sollozando, atada a ese enorme asador. Lo que una vez me habían amenazado que sufriría. Retorcidas y enmascaradas hadas rotaban las manijas de hierro, volteándola hacia...

Traté de moverme. Traté de lanzarme.

Pero estaba congelada, completamente atada por invisibles cadenas en el suelo.

Una risa femenina flotó desde el otro lado de esa sala del trono. Del estrado. Ahora vacío.

Vacío, porque esa era Amarantha, pavoneándose en el brillo, por algún pasillo que no había estado allí antes pero ahora se estrechaba hacia la nada.

Rhysand iba un paso detrás de ella. Caminaba con ella. A esa habitación. Él miró en mi dirección por encima de su hombro, solo una vez.

Sobre sus alas. Sus alas, que estaban afuera, las cuales ella había visto y destruido, justo después de que...

Estaba gritándole a él que se detuviera. Tiré con fuerza de esas ataduras. El ruego de Elain se elevó, cada vez más alto. Rhys siguió caminando con Amarantha. La dejó tomar su mano y llevarlo con ella.

No me podía mover, no podía detenerlo, nada de ello...



Fui arrancada del sueño como un pez luchando en una red en la profundidad del mar.

Y cuando salí a la superficie... permanecí mitad allí. Mitad en mi cuerpo, mitad Bajo la Montaña, observando mientras...

—Respira.

La palabra era una orden. Enlazada con esa orden primitiva que él raramente utilizaba. Pero mis ojos se enfocaron. Mi pecho se expandió. Me deslicé un poco más de regreso a mi cuerpo.

—Otra vez.

Lo hice. Su rostro apareció, luces fae murmuraron a la vida dentro de sus lámparas y cuencos en nuestra habitación. Sus alas estaban apretadas, enmarcando su despeinado cabello, su rostro estirado.

Rhys.

—Otra vez —dijo.

Yo obedecí.

Mis huesos se habían vuelto frágiles, mi estómago un lío. Cerré mis ojos, luchando contra las náuseas. El terror retumbante mantenía sus garras enterradas en lo profundo. Todavía podía verlo: la forma en que ella lo había llevado por ese pasillo. Hacia...

Me incorporé y rodé hacia el borde del colchón y me sujeté con fuerza mientras mi cuerpo trataba de tirar su contenido sobre la alfombra. Su mano estuvo inmediatamente en mi espalda, trazando círculos tranquilizadores. Completamente dispuesto a dejarme vomitar justo al lado de la cama. Pero me enfoqué en mi respiración.

En cerrar aquellos recuerdos, uno por uno. Recuerdos redibujados.

Me medio recosté en el borde por incontables minutos. Él frotó mi espalda profundamente.

Cuando finalmente me pude mover, cuando las náuseas habían cesado... me di la vuelta. Y al ver ese rostro... deslicé mis manos alrededor de su cintura y lo apreté con fuerza mientras él presionaba un beso suave en mi cabello, recordándome una y otra vez que estábamos fuera. Que habíamos sobrevivido. Nunca más, nunca más dejaría que alguien le hiciera daño de esa forma. Que les hicieran daño a mis hermanas de ese modo.

Nunca más.

Capítulo 22

Traducido por YoshiB

Sentí la atención de Rhys en mí mientras nos vestimos a la mañana siguiente, y durante nuestro abundante desayuno.

Sin embargo, no empujó el tema, no exigió saber qué me había arrastrado a ese grito infernal.

Había pasado mucho tiempo desde que esas pesadillas habían sacado a cualquiera de nosotros del sueño. Que hizo que se emborronaran las líneas.

Sólo cuando estábamos en el vestíbulo, esperando por Cassian antes de que nos tamizáramos a la prisión, que Rhys preguntó desde el lugar donde estaba apoyado contra el pasamano de la escalera:

—¿Necesitas hablar de ello?

Mi ropa de cuero Iliriana gimió cuando me volví hacia él.

Rhys aclaró—: Conmigo o cualquier persona.

Le respondí con sinceridad, tirando del extremo de mi trenza:

—Con todo lo que tenemos encima, todo lo que está en juego... —Dejé caer mi trenza—. No lo sé. Creo que se ha abierto alguna... parte de mí que había estado reparándose lentamente. —Reparando gracias a los dos.

Él asintió, sin miedo ni reproche en sus ojos.

Y se lo conté. Todo. Tropecé con las partes que todavía me hacían enfermar. Él solo escuchó.

Y cuando terminé, ese temblor persistía, pero... Hablarlo, expresándolo en voz alta...

El salvaje agarre de aquellos terrores se iluminó. Despejado como rocío al sol. Liberé un largo suspiro, como si estuviera exhalando esos miedos, dejando que mi cuerpo se aflojara a su paso.

Rhys se empujó silenciosamente de la barandilla y me besó. Una vez. Dos veces.

Cassian entró por la puerta principal un latido de corazón más tarde y gimió diciendo que era demasiado temprano para digerir la vista de nosotros besándonos. Mi compañero sólo le gruñó un ojo antes de que nos tomara por la mano y nos tamizara a la prisión.

Rhys apretó mis dedos con más fuerza que de costumbre cuando el viento se desgarró alrededor de nosotros y Cassian sabiamente guardó silencio en esta ocasión. Y cuando salimos de ese viento negro y caótico, Rhys se inclinó para besarme una tercera vez, dulce y suave, antes de que la luz gris y el rugido del viento nos saludaran.

Al parecer, la prisión era fría y brumosa no importa la época del año.

De pie en la base de la montaña rocosa y musgosa bajo la cual se había construido la cárcel, Cassian y yo fruncimos el ceño hacia la empinada cuesta.

A pesar de la ropa de cuero Iliriana, el frío se filtró en mis huesos. Me froté los brazos alzando las cejas a Rhys, que se había quedado con su atuendo habitual, tan fuera de lugar en esta mota húmeda y ventosa de verde en medio de un mar gris.

El viento agitaba su cabello negro mientras nos miraba, Cassian ya analizaba la montaña como un oponente. Las hojas gemelas Ilirianas se cruzaron sobre la espalda musculosa del general.

—Cuando estés allí —dijo Rhys, con las palabras apenas audibles sobre el viento y los arroyos de plata que corrían por la ladera de la montaña—. No podrás contactarme.

—¿Por qué? —froté mis manos ya congeladas entre sí antes de soplar una respiración caliente en la cuna de mis palmas.

—Las guardas y hechizos son muchos más antiguos que Prythian —fue todo lo que dijo Rhys. Sacudió su barbilla hacia Cassian—. No aparten la vista el uno del otro.

Era la seriedad mortoria con la que hablaba Rhys que me impedía replicar.

De hecho, los ojos de mi compañero eran duros—inquebrantables. Mientras estábamos aquí, él y Azriel debían discutir lo que habían descubierto sobre las inclinaciones de Otoño en esta guerra. Y luego ajustar su estrategia para la reunión con los Altos Señores. Pero yo podía sentirlo, el impulso de pedirle que se uniera a nosotros. De vigilarnos.

—Grita al vínculo cuando vuelvas a salir —dijo Rhys con una suavidad que no alcanzó su mirada.

Cassian miró por encima de un hombro.

—Vuelve a Velaris, mama gallina. Estaremos bien.

Rhys levantó otra mirada inusualmente dura.

—Recuerda a quién has metido aquí, Cassian.

Cassian se metió en sus alas, como si cada músculo se moviera hacia la batalla. Estable y sólido como la montaña que estábamos a punto de escalar.

Con un guiño a mí, Rhys desapareció.

Cassian comprobó las hebillas de sus espadas y me indicó que comenzara la larga caminata por la colina. Mis intestinos se tensaron ante la subida que había por delante. El chillido vacío de este lugar.

— ¿A quién metiste aquí? —Laa tierra cubierta de musgo amortiguó mis pasos.

Cassian puso un dedo moteado de cicatrices sobre sus labios.

—Mejor dejémoslo para otro momento.

Cierto. Alcancé su paso, mis muslos ardían con la caminata empinada. La niebla helaba mi cara. Cassian no desperdició una gota de energía para protegernos de los elementos para conservar sus fuerzas.

— ¿Realmente piensas que desatar al Carver resolvería el problema con Hiberno?

—Tu eres el general —jadeé—. Dímelo tú.

Él lo consideró, mientras el viento lanzaba su cabello oscuro sobre su bronceado rostro.

—Incluso si prometes encontrar una forma de enviarlo de vuelta a su propio mundo con el Libro, o darle cualquier cosa nefasta que quiera —pensó Cassian—. Creo que sería mejor que encontraras una forma de controlarlo en *este* mundo, o bien estaremos luchando contra enemigos en todos los frentes. Y sé cuál entregará nuestros traseros.

— ¿Así de malo es el Carver?

— ¿Me estas preguntando esto justo antes de reunirnos con él?

Siseé:

—Asumo que Rhys habría tomado cartas en el asunto si fuera tan arriesgado.

—Rhys es conocido por tramar planes que hacen que mi corazón se detenga —murmuró Cassian—. Así que yo no confiaría en que él fuera la voz de la razón.

Le fruncí el ceño a Cassian, ganando una sonrisa de lobo a cambio.

Pero Cassian escudriñó el pesado cielo gris como si estuviera buscando ojos espías. Luego el musgo y la hierba y las rocas debajo de nuestras botas para escuchar las orejas de abajo.

—Había vida aquí —dijo, respondiendo a mi pregunta por fin—. Antes de que los Altos Señores tomaran Prythian. Viejos Dioses, los

llamamos. Gobernaron los bosques, los ríos y las montañas; algunas *eran* esas cosas. Entonces la magia se desplazó a los Altos Faes, quienes trajeron el Caldero y la Madre junto con ellos, y aunque los viejos dioses todavía eran adorados por unos pocos selectos, la mayoría de la gente se olvidó de ellos.

Me agarré a una gran roca gris mientras la escalaba.

— ¿El Bone Craver era un viejo Dios?

Se pasó una mano por el pelo y el Sifón brilló en la luz acuosa.

—Eso es lo que dice la leyenda. Al igual que los susurros que dicen que es capaz de tumbar a cientos de soldados con un solo aliento.

Un escalofrío onduló por mi piel que no tuvo nada que ver con el viento fuerte.

—Útil en un campo de batalla.

La piel dorada de Cassian palideció mientras sus ojos se agitaban con el pensamiento.

—No sin las precauciones adecuadas. No sin que él esté obligado a obedecernos con cada pulgada de su vida —Lo cual tendría que averiguar también, supongo.

— ¿Cómo terminó aquí... en la Prisión?

—No lo sé. Nadie lo sabe. —Cassian me ayudó a subir a una roca, su mano apretó la mía firmemente—. Pero, ¿cómo planeas liberarlo de la Prisión?

Me estremecí.

—Supongo que nuestra amiga lo sabría, ya que ella salió. —Cuidado-teníamos que tener cuidado al mencionar el nombre de Amren aquí.

El rostro de Cassian se hizo solemne.

—No habla de cómo lo hizo, Feyre. Yo tendría cuidado de cómo la presionas. —Dado que aún no le habíamos dicho a Amren dónde estábamos hoy. Lo que estábamos haciendo.

Pensé en decir más, pero por delante, muy arriba de la pendiente, se abrían las masivas puertas de hueso.



Lo había olvidado- el peso del aire dentro de la prisión. Como vadear a través del aire sin agitación de una tumba. Como robar un aliento de la boca abierta de un cráneo.

Ambos llevábamos una hoja Iliriana en una mano y la luz fae se movía hacia adelante para mostrar el camino, bailando ocasionalmente y deslizándose a lo largo del metal brillante. Nuestras otras manos... Cassian agarraba mis dedos tan apretados como yo lo sujetaba mientras descendíamos a la eterna negrura de la prisión, nuestros pasos crujiendo en la tierra seca. No había puertas, ninguna que pudiéramos ver.

Pero detrás de esa sólida roca negra todavía podía sentirlos. Podría jurar que se oía el tenue sonido de rasguños que llenaba el pasaje. Del otro lado de esa roca.

Como si alguien estuviera rastrillando sus uñas contra algo. Algo grande y viejo. Y tranquilo como el viento por un campo de trigo.

Cassian guardó silencio absoluto, siguiendo algo, contando algo.

—Esto podría ser... una muy mala idea —admití, mi agarre apretando en su mano.

—Oh, sin duda lo es —dijo Cassian con una débil sonrisa mientras seguíamos bajando y bajando por el pesado silencio negro y crujiente—. Pero esto es la guerra. No tenemos el lujo de las buenas ideas, sólo escoger entre las malas.



La puerta de la celda de Bone Carver se abrió en el momento en que coloqué mi mano sobre ella.

—Vale la pena ser el compañero de Rhys —bromeó Cassian mientras el hueso blanco oscilaba en la oscuridad.

Desde dentro frotó una leve risa.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Cassian ante el sonido mientras entrabamos en la celda, todavía de la mano.

El orbe de luz fae saltó hacia adelante, iluminando la celda tallada en piedra.

Cassian gruñó ante lo que reveló. Ante a quien reveló.

Sin duda alguna, totalmente diferente al mismo muchacho que ahora me sonreía.

De cabello oscuro, con los ojos de un azul aplastante.

Empecé por el rostro del niño, lo que no había notado aquella primera vez. Lo que no había entendido.

Era el rostro de Rhysand. La coloración, los ojos... era la cara de mi compañero.

Pero la boca llena y ancha del Carver se curvó en esa horrible sonrisa... Ésa era mi boca. La boca de mi padre.

El pelo de mis brazos se elevó. El Carver inclinó la cabeza en un saludo, en un saludo y en una confirmación, como si supiera exactamente lo que había descubierto. A quien yo había visto y seguía viendo.

El hijo de un Gran Señor. Mi hijo. *Nuestro hijo*. Teníamos que sobrevivir lo suficiente para engendrarlo.

No fallar en mi tarea de reclutar al Carver. No fallar en unificar a los Señores y la Corte de las Pesadillas. Y mantener ese muro intacto.

Fue un esfuerzo evitar que mis rodillas no colapsaran. El rostro de Cassian estaba lo bastante pálido para saber que sea lo que estaba viendo... no era un hermoso muchacho.

—Me preguntaba cuándo regresaríais —dijo el Carver, con esa voz de muchacho dulce y aún así terrible, la de la antigua criatura que se ocultaba debajo de ella—. Gran Señora —añadió para mí—. Por favor,

acepta mis felicitaciones por tu unión. —Una mirada a Cassian—. Puedo oler el viento sobre ti. —Otra pequeña sonrisa—. ¿Me has traído un regalo?

Busqué en el bolsillo de mi chaqueta y lancé un pequeño fragmento de hueso no más grande que mi mano, hacía los pies del Carver.

—Esto es todo cuanto queda del Attor después de que lo esparcí por las calles de Velaris.

Aquellos ojos azules ardían con deleite profano. Ni siquiera sabía que habíamos guardado este fragmento. Se había guardado hasta ahora, precisamente para este tipo de cosas.

—Cuán sedienta de sangre, mi nueva Gran Señora —ronroneó el Carver, recogiendo el hueso agrietado con esas manos pequeñas y delicadas. Y entonces el Carver dijo—: Huelo mi hermana en ti, Rompemaldiciones.

Mi boca se secó. Su hermana...

— ¿Se lo robaste? ¿Tejió un hilo de tu vida en su telar?

La Tejedora del Bosque. Mi corazón galopó. Ninguna respiración podía estabilizarlo. La mano de Cassian se apretó alrededor de la mía.

El Carver ronroneó a Cassian:

—Si te digo un secreto, corazón de guerrero, ¿qué me darás?

Ninguno de los dos habló. Cuidadosamente, tendríamos que formar frases y hacer esto con mucho cuidado.

El Carver acarició el fragmento de hueso en su palma, la atención fija en un Cassian con cara de piedra.

— ¿Y si te digo lo que me ha susurrado la roca, las tinieblas y el mar de más allá, Señor del Derramamiento de Sangre? Cómo se estremecían de temor en esa isla al otro lado del mar. Cómo temblaban cuando *ella* emergió. Ella tomó algo—algo precioso. Lo arrancó con los dientes.

El rostro dorado de Cassian se había drenado de color, sus alas estaban tensas.

— ¿Qué despertaste aquel día en Hiberno, Príncipe de los Bastardos?

Mi sangre se enfrió.

—Lo que salió no fue lo que entró —Soltó una risa ronca mientras ponía el fragmento de hueso en el suelo junto a él—. Cuán encantadora es; nueva como un cervatillo y tan antigua como el mismísimo mar. Su forma de llamarte. Una reina, como una vez lo fue mi hermana. Terrible y orgullosa; hermosa como un amanecer de invierno.

Rhys me había advertido de la capacidad de los presos para mentir, para vender cualquier cosa para liberarse.

—Nesta —murmuró el Bone Carver—. *Nes-ta*.

Apreté la mano de Cassian. Suficiente. Era suficiente de esta burla y estafa. Pero él no me miró.

—La forma en que el viento gime su nombre. ¿Tú también puedes oírlo? *Nesta Nesta Nesta*.

No estaba segura de que Cassian estuviera respirando.

— ¿Qué es lo que hizo mientras se ahogaba en la oscuridad eterna? ¿Qué *cogió*?

Fue el chasquido en la última palabra lo que rompió mi cuerda de sujeción.

—Si quieres averiguarlo, tal vez deberías dejar de hablar lo suficiente para explicarnos.

Mi voz pareció sacudir a Cassian de cualquier trance en el que hubiera estado. Su respiración se aceleró, apretada y rápida, y escudriñó mi rostro con disculpa en sus ojos.

El Carver se rió entre dientes.

—Rara vez tengo compañía. Perdonadme por querer hacer una charla ociosa —Cruzó un tobillo sobre un pie—. ¿Y por qué has buscado mis servicios?

—Conseguimos el Libro de los Respiros —dije casualmente—. Hay... hechizos interesantes en su interior. Los códigos dentro de los

códigos dentro de los códigos. Alguien que conocemos descifró la mayoría de ellos. Ella todavía está buscando los otros. Hechizos que podrían... enviar a alguien a su casa. Otros como ella, también.

Los ojos violetas del Carver brillaron como llamas.

—Escucho.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 23

Traducido SOS por Mais

—La Guerra se avecina —le dije al Carver—. Los rumores sugieren que tú tienes... dones que pueden ser útiles en el campo de batalla.

Lanzó una sonrisa hacia Cassian, como si entendiera por qué se había unido a mí.

—A cambio de un precio —meditó el Carver.

—Dentro de lo razonable —dijo Cassian.

El Carver estudió su celda.

— ¿Y crees que yo desearía... volver?

— ¿No es así?

El Carver dobló sus piernas debajo de su pequeña figura.

—El lugar de donde vengo... no creo que ahora sea algo más que tierra deslizándose sobre el suelo. No hay casa a la que regresar. No una que yo deseé.

Ya que él había estado aquí incluso antes de que Amren llegara... decenas de miles de años más viejo, tal vez. Empujé la sensación de hundimiento en mis tripas.

—Entonces tal vez mejorar tus... condiciones de vida podría tentarte, si este mundo es donde deseas estar.

—Esta celda, Rompemaldiciones, es donde deseo estar. —El Carver palmeó la tierra a su lado—. ¿Crees que les dejé atraparme sin una buena razón?

El cuerpo entero de Cassian pareció moverse, pareció estar atento y enfocado. Listo para sacarnos de allí.

una CORTE de ALAS y RUINA

El Carver trazó tres círculos superponiéndose, entrelazándose, sobre el suelo.

—Has conocido a mi hermana, mi melliza. La Tejedora, como ahora la llaman. Yo la conocía como Stryga. Ella, y nuestro hermano mayor, Koschei. Cómo se maravillaron de este mundo cuando caímos en él. De cómo los antiguos Fae los temían y los adoraban. Si yo hubiese sido más valiente, podría haber bendecido mi tiempo, esperado a que su poder se desvaneciera, a que ese antiguo guerrero Fae se la jugara a Stryga para disminuir su poder y dejarla confinada en el Medio. Koschei también, confinado y atado a su pequeño lago en el continente. Todo antes de Prythian, antes de que la tierra fuera labrada, y cualquier Gran Señor fuera coronado.

Cassian y yo esperamos sin atrevernos a interrumpir.

—Que inteligente ese guerrero Fae. Su línea de sangre ya se ha ido, aunque su rastro todavía corre por algunas líneas humanas. —Sonrió, tal vez un poco triste—. Nadie recuerda su nombre. Pero yo sí. Ella podría haber sido mi salvación, si no hubiese tomado mi decisión mucho antes de que ella pisara esta tierra.

Esperé y esperé y esperé, cogiendo aparte la historia que él contaba como migas de pan.

—Ella no pudo matarlos al final; eran demasiado fuertes. Solo podían ser contenidos. —El Carver pasó una mano a través de los círculos que había dibujado, borrándolos completamente—. Lo supe mucho antes de que ella los atrapara... me tomó a mí mismo encontrar mi camino hacia aquí.

—¿Para que el mundo se librara de ti? —preguntó Cassian juntando las cejas.

Los ojos del Carver quemaron como la llama más caliente.

—Para *esconderme* de mis hermanos.

Parpadeé.

—¿Por qué?

—Son dioses de la muerte, niña —siseó el Carver—. Tú eres inmortal, o de una vida lo bastante larga para verlo así. Pero mis

hermanos y yo... somos diferentes. Y ellos dos... son más fuertes. Mucho más fuerte de lo que yo jamás fui. Mi hermana... ella encontró una forma de *comer* la vida misma. De permanecer joven y hermosa por siempre gracias a las vidas que roba.

El telar... los hilos dentro de esa casa, el techo hecho de cabello... tomé nota de lanzar a Rhys al Sidra por enviarme a esa cabaña.

Pero el mismo Carver...

—Si ellas son diosas de la muerte —dije—, ¿entonces, qué eres tú?

Muerte. Me había preguntado una y otra vez, sobre la muerte. Sobre qué esperaba más allá de esta, cómo se sentía. A dónde había ido. Había creído que era por pura curiosidad, pero...

El rostro del chico se arrugó con regocijo. El rostro de mi hijo. La visión del futuro que una vez se me había mostrado hace muchos meses atrás, en una clase de tentación o encarnación de lo que no había sido capaz de admitirme. De lo que menos estaba segura. Y ahora... ahora ese niño... una clase diferente de tentación, por el futuro que estaba por perder.

—Soy olvidado, eso es lo que soy. Y así es como prefiero estar. —El Carver recostó su cabeza contra la pared de roca detrás de él—. Así que descubrirás que no deseo irme. Que no tengo deseos de recordarle a mi hermana y hermano que estoy vivo y en el mundo. Contenido y disminuido como ellos, sus influencias permanecen... considerables.

—Si Hiberno gana esta guerra —dijo Cassian con dureza—, tal vez las puertas de este lugar sean abiertas completamente. Y que tus hermanos sean liberados de sus propios territorios... y que hagan una visita.

—Incluso Hiberno no es tan tonto. —Soltó un resoplido de aire de satisfacción—. Estoy seguro de que hay otros presos aquí que encontrarán tu oferta... tentadora.

Mi sangre rugió.

—Ni siquiera considerarás ayudarnos. —Ondeeé una mano hacia la celda—. ¿Esto es lo que prefieres para toda la eternidad?

—Si conocieras a mis hermanos, Rompemaldiciones, encontrarías esto como la alternativa más inteligente y cómoda.

Abrí mi boca pero Cassian apretó mi mano en advertencia. Suficiente. Habíamos dicho suficiente, revelado suficiente. Viéndonos tan desesperados... no ayudaría en nada.

—Deberíamos irnos —me dijo Cassian, pareciendo tranquilamente imperturbable—. Las delicias de la Ciudad Hewn aguardan.

De hecho, llegaríamos tarde si no nos íbamos ahora. Lancé una mirada al Carver a manera de despedida, dejando que Cassian me llevara hacia la puerta abierta de la celda.

—Vais a la Ciudad Hewn —dijo el Carver, sin ser enteramente una pregunta.

—No entiendo cómo sea eso de tu incumbencia —dije sobre mi hombro.

El silencio del Carver hizo eco alrededor de nosotros. Nos hizo detenernos en el umbral.

—Un último intento —meditó el Carver, sus ojos patinando sobre nosotros—, de reunir la totalidad de la Corte Oscura, supongo.

—De nuevo, no es de tu incumbencia —dije fríamente.

El Carver sonrió.

—Estarás negociando con él. —Una mirada a mi tatuaje a mi mano derecha—. Me pregunto cuál será el precio de Keir. —Dio una risa baja—. Interesante.

Cassian dejó salir un suspiro largo.

—Déjalo.

El Bone Carver se quedó en silencio nuevo, jugando con el casco del hueso del Attor en la tierra a su lado.

—Los remolinos del Caldero giran de formas muy extrañas —murmuró, más para sí mismo que para nosotros.

—Ya nos vamos —dije, dándome la vuelta, jalando a Cassian conmigo.

—Mi hermana tenía una colección de espejos en su castillo negro —dijo el Carver.

Nos detuvimos una vez más.

—Ella se admiraba día y noche en aquellos espejos, regodeándose de su juventud y belleza. Había un espejo, el Ouroboros, así lo llamaba ella. Era antiguo incluso cuando éramos jóvenes. Una ventana hacia el mundo. Todo podía ser visto, todo podía ser dicho a través de su superficie oscura. Keir lo posee... una reliquia de su hogar. Traédmelo. Ese es mi precio. El Ouroboros, y yo seré vuestro. Si podéis encontrar una forma de liberarme —dijo con una sonrisa odiosa.

Intercambié una mirada con Cassian, y ambos nos encogimos ante el Carver.

—Ya veremos —fue todo lo que dije antes de salir.



Cassian y yo nos sentamos en una roca mirando hacia la corriente de plata, respirando la fría niebla. La Prisión se asomaba a nuestras espaldas, un peso mortal bloqueando el horizonte.

—Dijiste que sabías que el Carver es un antiguo dios —medité suavemente—. ¿Sabías que era un dios de la muerte?

El rostro de Cassian estaba tenso.

—Lo adiviné. —Cuando alcé una ceja, él aclaró—: Él talla la muerte en los huesos. La ve. La disfruta. No fue difícil averiguarlo.

Lo consideré.

— ¿Fuiste tú o Rhys quién sugirió que vinieras aquí conmigo?

—Yo quería venir. Pero Rhys... lo sugirió también.

Por lo que había visto en los ojos de Nesta ese día...

—Dios los cría y ellos se juntan —murmuré.

Cassian asintió.

—No creo que siquiera el Carver sepa lo que es Nesta. Pero yo quería ver... solo por si acaso.

—¿Por qué?

—Quiero ayudar.

Era suficiente respuesta.

Caímos en silencio, el arroyo haciendo un sonido mientras pasaba.

— ¿Le tendrías miedo a ella, si Nesta *fuera* la Muerte? ¿O si su poder viniera de este?

Cassian se quedó en silencio durante un largo momento.

Finalmente dijo:

—Soy un guerrero. He caminado al lado de la Muerte toda mi vida. Estaría más aterrado *por* ella, de que tenga ese poder. Pero no miedo *de* ella. —Lo consideró y después de un segundo, agregó—: Nada sobre Nesta podría aterrarme.

Tragué y apreté su mano.

—Gracias.

No estaba segura de por qué lo dije, pero él asintió igualmente.

Lo sentí antes de que apareciera, un destello de una alegría estrellada brillando a través de mí justo cuando Rhys salió del mismo aire.

— ¿Y bien?

Cassian saltó fuera de la roca, extendiendo una mano para ayudarme a bajar.

—No te va a gustar su oferta.

Rhys sostuvo ambas manos para tamizarnos de vuelta a Velaris.

—Si quiere la vajilla fina, puede quedársela.

Ni Cassian ni yo murmuramos una risa mientras ambos cogíamos las manos estiradas de Rhys.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—Será mejor que lleves tus habilidades negociadoras esta noche —
fue todo lo que Cassian murmuró a mi pareja antes de que nos
desvanecieramos entre sombras.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 24

Traducido por YoshiB

Cuando volvimos a la casa de la ciudad en la cima del calor de la tarde de verano, Cassian y Azriel cortaron palos para ver quién permanecería en Velaris esa noche.

Ambos querían unirse a nosotros en la ciudad de Hewn, pero alguien tenía que vigilar la ciudad, parte de su protocolo de larga data. Y alguien tenía que proteger a Elain, aunque ciertamente no iba a decirle eso a Lucien. Cassian, maldiciendo y cabreado, consiguió el palo corto, y Azriel sólo le dio una palmada en el hombro antes de dirigirse a la casa para prepararse.

Le seguí unos minutos más tarde, dejando a Cassian decirle a Rhys el resto de lo que el Carver había dicho. Lo que él quería.

Habían dos personas en la casa que necesitaba ver antes de irnos. Debería haber revisado antes a Elain, debería haber recordado que su boda habría sido en pocos días, pero... Me maldije por olvidarla. Y en cuanto a Lucien... No iba a dolerme, me dije a mí misma, vigilaría donde estaba. Cómo fue la conversación con Azriel ayer. Asegurarme de que recordara las reglas que habíamos establecido.

Pero quince minutos más tarde, trataba de no estremecerse mientras caminaba por los pasillos de la Casa de Viento, agradecida de que Azriel hubiera seguido adelante. Me había tamizado al cielo por encima del balcón más alto, y mientras pensaba que ahora era el mejor momento para practicar el vuelo, había convocado alas.

Y caí veinte pies sobre piedra dura.

Un viento solido evitó que en la caída me rompiera algunos huesos, pero tanto mis rodillas y mi orgullo fueron significativamente golpeado por mi caída torpe del aire.

Al menos nadie lo había presenciado.

una CORTE ALAS y RUINA

Mis pasos rígidos y cojeando, al menos, habían facilitado un paso más suave para cuando encontré a Elain en la biblioteca de la familia.

Todavía mirando fijamente la ventana, pero estaba fuera de su habitación.

Nesta estaba leyendo en su silla de costumbre, con un ojo en Elain y el otro en el libro extendido en su regazo.

Sólo Nesta echó un vistazo en mi dirección mientras me deslizaba a través de las puertas de madera tallada.

—Hola —murmuré y cerré las puertas detrás de mí.

Elain no se volvió. Llevaba un vestido de color rosa pálido que no hacía más que complementar su piel amarillenta, su cabello castaño y dorado colgaba de largos y gruesos rizos en su delgada espalda.

—Hace un buen día —les dije.

Nesta arqueó una elegante ceja.

—¿Dónde está tu colección de amigos?

Le di una dura mirada.

—Esos amigos te han ofrecido refugio y consuelo —Y entrenamiento, o lo que sea que Amren estaba haciendo—. ¿Estás lista para esta noche?

—Sí —Nesta sólo reanudó la lectura del libro en su regazo. Despido puro.

Dejé escapar un pequeño resoplido que yo sabía que la haría enfurecer y caminé a toda prisa hacia Elain. Nesta monitoreaba cada uno de mis pasos, una pantera dispuesta a atacar el menor indicio de peligro.

— ¿Qué estás mirando? —Le pregunté a Elain, manteniendo mi voz suave. Casual.

Tenía el rostro pálido, los labios sin sangre. Pero se movieron -apenas -cuando ella dijo:

—Puedo ver tan lejos ahora. Todo el camino hasta el mar.

De hecho, el mar más allá del Sidra era un brillo distante.

—Se necesita tiempo para acostumbrarse.

—Puedo oír tus latidos, si escucho con atención. Puedo oír sus latido también.

—Puedes aprender a ahogar los sonidos que te molestan —Yo lo aprendió... por mi cuenta. Me preguntaba si Nesta también lo había hecho, o si ambas sufrían, oyendo los latidos de su corazón día y noche. No miré a mi otra hermana para confirmarlo.

Los ojos de Elain al fin se deslizaron hacia los míos. La primera vez que lo había hecho.

Incluso desperdiciada por el dolor y la desesperación, la belleza de Elain era notable. El suyo era un rostro que podía poner a los reyes de rodillas. Y sin embargo no había alegría en ello. Sin luz. Sin vida.

Ella dijo:

—Puedo oír el mar. Incluso por la noche. Incluso en mis sueños. El quebranto del mar y los gritos de un pájaro hecho de fuego.

Fue un esfuerzo no mirar a Nesta. Incluso la casa de la ciudad estaba demasiado lejos para oír nada de la costa cercana. Y en cuanto a una ave de fuego...

—Hay un jardín... en mi otra casa —dije—. Me gustaría que vinieras a cuidarla, si quieres.

Elain solo se giró hacia las soleadas ventanas, la luz bailando en su cabello.

—¿Oiré las lombrices de tierra retorciéndose por el suelo? ¿O el estiramiento de las raíces? ¿El pájaro de fuego se sentará en los árboles y me vigilará?

No estaba segura de si debía contestar. Era un esfuerzo no temblar.

Pero capté el ojo de Nesta, notando el resplandor de dolor en la cara de mi hermana mayor antes de que estuviera oculta bajo esa fría máscara.

—Hay un libro que necesito que me ayudes a encontrar, Nesta —dije, dirigiendo una mirada puntiaguda a las estanterías a mi izquierda.

Lo suficientemente lejos para la privacidad, pero lo suficientemente cerca para permanecer cercanas a Elain por si necesitaba algo. Hacer algo.

Algo en mi pecho se quebró cuando los ojos de Nesta también fueron a las ventanas ante Elain.

Para comprobar, como yo había hecho, si podían abrirse fácilmente.

Misericordiosamente, estaban selladas permanentemente, probablemente para protegerse contra algún tonto descuidado olvidando cerrarlos y arruinando los libros. Probablemente Cassian.

Nesta dejó sin palabras su libro y me siguió hasta el pequeño laberinto de estanterías, los dos manteniendo una oreja en la sala de estar principal.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, lancé un fuerte escudo de viento alrededor de nosotras. Manteniendo cualquier sonido dentro.

—¿Cómo la hiciste salir de su habitación?

—No lo hice —dijo Nesta, apoyándose en un estante y cruzando sus delgados brazos—. La encontré aquí. No estaba en la cama cuando desperté.

Nesta debió de haberse asustado al encontrar su habitación vacía.

—¿Comió algo?

—No. Me las arreglé para que bebiera un poco de caldo anoche. Ella rechazó cualquier otra cosa. Ha estado hablando incoherencia durante todo el día.

Pasé una mano por mi cabello, liberando hebras de mi trenza.

—¿Sucedió algo que lo desencadenara?

—No lo sé. La reviso cada pocas horas. —Nesta apretó su mandíbula —Sin embargo, ayer me fui por más tiempo. —Mientras se entrenaba con Amren. Rhys me había informado que al final de esto, los escudos rudimentarios de Nesta eran lo suficientemente sólidos como para que Amren considerara a mi hermana lista para esta noche.

Pero ahí, bajo esa fría actitud-culpabilidad. Pánico.

—Dudo que haya pasado algo —dije rápidamente—. Tal vez solo sea... parte del proceso de recuperación. Su adaptación a ser Feérica.

Nesta no parecía convencida.

—¿Tiene poderes? ¿Como el mío?

¿Y qué son exactamente esos poderes, Nesta?

—No lo sé. No lo creo. A menos que esto sea el primer signo de algo manifestándose. —Fue un esfuerzo no añadir, *Si hablaras de lo que pasó en el Caldero, tal vez tendríamos una mejor comprensión de ello*—. Vamos a darle un día o dos, ver qué pasa. Ver si mejora.

—¿Por qué no verlo ahora?

—Porque vamos a ir a la ciudad de Hewn en unas pocas horas. Y no pareces inclinada a querer que husmeemos en tus asuntos —le dije tan uniformemente como pude—. Dudo que Elain quiera.

Nesta me miró de pies a cabeza, ni un parpadeo de emoción en su rostro, y asintió brevemente.

—Bueno, al menos salió de la habitación.

—Y de la silla.

Intercambiamos una rara y tranquila mirada.

Pero entonces dije:

—¿Por qué no entrenas con Cassian?

Nesta enderezó la columna.

—¿Por qué es sólo Cassian con quien puedo entrenar? ¿Por qué no el otro?

—¿Azriel?

—Él, o la rubia que no se calla.

—Si te estás refiriendo a Mor...

— ¿Y por qué debo entrenar? No soy un guerrero, ni deseo serlo.

—Podría hacerte fuerte...

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Hay muchos tipos de fuerza más allá de la habilidad de manejar una hoja y terminar vidas. Amren me lo dijo ayer.

—Dijiste que querías a nuestros enemigos muertos. ¿Por qué no matarlos tú misma?

Ella inspeccionó su uñas.

—¿Por qué molestarse cuando alguien más puede hacerlo por mí?

Evite el impulso de frotar mis sienes.

—Somos...

Pero las puertas de la biblioteca se abrieron, y rompí completamente mi barrera de aire duro por el ruido de pasos que acechaban, y luego su repentina detención.

Agarré el brazo de Nesta para mantenerla inmóvil, justo cuando la voz de Lucien decía:

—Tú... has salido de tu habitación.

Nesta se erizó, su dientes destellaron. La agarré con más fuerza y arrojé una nueva pared de aire alrededor de nosotros, sosteniéndola allí.

Semanas de confinamiento de Elain no había hecho nada para mejorar su estado. Tal vez los medios enigmas eran prueba de eso. E incluso si Lucien estaba rompiendo las reglas que habíamos establecido...

Más pasos, sin duda más cerca de donde Elain estaba junto a la ventana.

— ¿Hay... hay algo que pueda traerte?

Nunca había escuchado la voz de mi amigo tan suave. Tan tentativo y preocupado.

Tal vez me convirtiera en la persona más miserable, pero dirigí mi mente a ellos. Hacia él.

Y entonces estuve en su cuerpo, en su cabeza.

Demasiado delgada.

No debe estar comiendo nada.

de ALAS

una CORTE y RUINA

¿Cómo puede permanecer de pie?

Los pensamientos fluían por su cabeza, uno tras otro. Su corazón era un latido violento y tempestuoso, y no se atrevía a moverse de su posición a sólo cinco pies de distancia. Todavía no se había girado hacia él, pero los estragos de su abstinencia eran bastante evidentes.

Tócala, Huélela, Pruébala...

Los instintos eran un río que corría. Apretó las manos a los costados.

No esperaba que estuviera aquí. La otra hermana -la víbora- era una posibilidad, pero una que estaba dispuesto a probar. Aparte de hablar con el Shadowsinger ayer, lo cual había sido tan enervante como él había esperado, aunque Azriel parecía un hombre lo bastante decente. Había estado encerrado en esta casa destruida por el viento durante dos días. La idea de otro había sido suficiente para arriesgarse a la ira de Rhysand.

Sólo quería un paseo... y unos cuantos libros. Había pasado una época desde que había tenido tiempo libre para leer, y mucho menos hacerlo por placer.

Pero ahí estaba ella.

Su compañera.

No era nada como Jesminda.

Jesminda había sido todo risas y la travesuras, demasiado salvaje y libre para ser contenida por la vida de campo en la que había nacido. Ella lo había molestado, le había insultado, lo había seducido tan profundamente que no había querido nada más que a ella. No lo había visto como el séptimo hijo de un Gran Señor, sino como un varón. Lo había amado sin cuestionar, sin vacilar. Ella lo había elegido.

Elain había sido... arrojada a él.

Miró hacia el servicio de té extendido en una mesa baja cerca.

—Voy a suponer que una de esas copas pertenece a tu hermana — de hecho, había un libro desechado en la silla habitual de la víbora. Que el Caldero ayude al macho que se enredara con ella.

— ¿Te molestaría si tomo el otro?

Trató de sonar casual, cómodo. A pesar de que su corazón corría y corría, tan rápido que pensó que podría vomitar en la carísima y muy vieja alfombra. De Sangravah, si los patrones y los tintes ricos eran una indicación.

Rhysand era muchas cosas, pero ciertamente tenía buen gusto.

Este lugar entero había sido decorado con pensamiento y elegancia, con una inclinación para la comodidad sobre la pomposidad.

No quería admitir que le gustaba. No quería admitir que encontraba la ciudad hermosa.

Que el círculo de gente que ahora decía ser la nueva familia de Feyre... Era lo que, hace mucho tiempo, una vez pensó que la vida en la corte de Tamlin sería.

Un dolor como un golpe en el pecho lo atravesó, pero cruzó la alfombra. Obligó a sus manos a estar firmes mientras se servía una taza de té y se sentaba en la silla frente a la vacía de Nesta.

—Hay un plato de galletas. ¿Te gustaría una?

No esperaba que ella contestara, y se dio todo un minuto más antes de levantarse de la silla y marcharse, con la esperanza de evitar el regreso de Nesta.

Pero la luz del sol sobre oro le llamó la atención y Elain se apartó lentamente de su vigilia ante la ventana.

No había visto su rostro entero desde aquel día en Hiberno.

Entonces, había sido arrastrada y aterrorizada, luego totalmente vaciada y entumecida, su pelo pegado a su cabeza, sus labios azules con frío y shock.

Mirándola ahora...

Estaba pálida, sí. El vacío todavía acristalaba sus rasgos.

Pero no podía respirar cuando ella se enfrentó a él completamente.

Era la mujer más hermosa que había visto.

La traición, débil y aceitosa, se deslizó por sus venas. Había dicho lo mismo a Jesminda una vez.

Pero aun cuando la vergüenza se apoderó de él, las palabras, el sentido cantando, Mía. Eres mía y yo soy tuyo. Compañera.

Sus ojos eran el marrón de un abrigo de cervatillo. Y él podría haber jurado que algo que chispeó en ellos mientras ella lo miraba.

— ¿Quién eres?

Sabía, sin exigir aclaraciones, que ella era consciente de lo que él era para ella.

—Soy Lucien. Séptimo hijo del Gran Señor de la Corte de Otoño.

Y un montón de nada. Le había contado todo lo que sabía al shadowsinger: de sus hermanos sobrevivientes, de su padre. Su madre... había guardado algunos detalles, irrelevantes y absolutamente personales, para sí. Todo lo demás, los aliados más cercanos de su padre, los cortesanos y los señores más conciliadores... Lo había entregado. Por supuesto, estaba fecho por unos cuantos siglos, pero en su tiempo como emisario, de la información que había reunido, no había cambiado mucho. Todos habían actuado igual bajo la montaña, de todas formas. Y después de lo que había pasado con sus hermanos hace unos días... No había ningún tinte de culpa cuando le dijo a Azriel lo que sabía. Nada de lo que sentía cuando miraba hacia el sur, hacia las dos cortes que había llamado su casa.

Durante un largo rato, la cara de Elain no se movió, pero esos ojos parecían concentrarse un poco más.

—Lucien —dijo por fin, y apretó la taza de té para evitar estremecerse ante el sonido de su nombre en su boca—. De las historias de mi hermana. Su amigo.

—Sí.

Pero Elain parpadeó lentamente.

—Estabas en Hiberno.

—Sí. —Fue todo lo que pudo decir.

—Nos traicionaste.

Deseó que lo hubiera empujado por la ventana detrás de ella.

—Fue...fue un error.

Sus ojos se volvieron francos y fríos.

—Yo iba a casarme en unos días.

Luchó contra la furia erizada, el impulso irracional de encontrar al hombre que la había reclamado y destruirlo. Las palabras fueron un gruñido cuando él dijo:

—Lo sé. Lo siento.

Ella no lo amaba, no lo quería, no lo necesitaba. La novia de otro hombre.

La esposa de un hombre mortal. O lo habría sido.

Desvió la mirada hacia las ventanas:

—Puedo oír tu corazón —dijo ella en voz baja.

No estaba seguro de cómo reaccionar, por lo que no dijo nada, y vació su té, incluso mientras le quemaba la boca.

—Cuando duermo —murmuró—, puedo oír tu corazón palpar a través de la piedra —ella inclinó la cabeza, como si la vida de la ciudad tuviera alguna respuesta—. ¿Puedes oír el mío?

No estaba seguro si realmente quería dirigirse a él, pero él dijo:

—No, señorita. No puedo.

Sus hombros demasiado delgados parecían inclinarse hacia dentro.

—Nadie nunca lo hace. Nadie nunca mira... no de verdad —un montón de palabras. Su voz se tensó en un susurro—. Él lo hizo. Me vio. Ahora no lo hará.

Su pulgar rozó el anillo de hierro en su dedo.

El anillo de otro varón, otro marcador que la reclamaba...

Fue suficiente. Había escuchado lo suficiente, aprendido lo suficiente. Me aparté de la mente de Lucien.

Nesta estaba boquiabierta ante mí, incluso cuando su rostro se había encogido de color a cada palabra pronunciada entre ellos.

—¿Alguna vez has entrado en mi...?

—No —gruñí.

Cómo sabía lo que había hecho, no quería preguntar. No cuando dejé caer el escudo alrededor de nosotros y me dirigí hacia la sala de estar.

Lucien, sin duda habiendo oído nuestros pasos, se ruborizó mientras miraba entre mí y Nesta. No había idea alguna de que me hubiera metido en su mente. Asalté a través de él como un bandido en la noche. Empujé la suave náusea.

Mi hermana mayor se limitó a decirle.

—Fuera.

Encuadré a Nesta, pero Lucien se levantó.

—Vine por un libro.

—Bueno, busca uno y vete.

Elain sólo miraba por la ventana, sin darse cuenta - o indiferente.

Lucien no se dirigió a las estanterías. Sólo se fue a las puertas abiertas. Se detuvo entre ellas y nos dijo:

—Ella necesita aire fresco.

—Nosotras juzgaremos lo que ella necesita.

Podría haber jurado que su cabello rubí brillaba como metal fundido mientras su temperamento se elevaba. Pero se desvaneció, con su ojo rosado fijo en mí.

—Llévala al mar. Llévala a algún jardín. Pero sácala de esta casa por una hora o dos.

Luego se alejó.

Miré a mis dos hermanas. Confinadas aquí, muy por encima del mundo.

—Se van a mudar a la casa de la ciudad ahora mismo —les dije a ellas. A Lucien, que se había detenido a mitad del pasillo.

Nesta, para mi conmoción, no objetó.



Rhys tampoco cuando envié mi pedido por el vínculo, pidiéndole, a Cassian, y Azriel que nos ayudaran a mudarnos. No, mi compañero prometió asignar dos dormitorios a mis hermanas en el pasillo, al otro lado de la escalera. Y un tercero para Lucien, a nuestro lado del vestíbulo. Bien lejos de la de Elain.

Treinta minutos más tarde, Azriel llevaba a Elain, mi hermana silenciosa e indiferente en sus brazos.

Nesta había parecido lista para saltar desde el balcón en lugar de dejar que Cassian, ya vestido y armado para proteger la casa de la ciudad esta noche, la sostuviera, así que la empujé hacia Rhys, empujé a Lucien hacia Cassian y yo volé de regreso.

O lo intenté -de nuevo. Yo volaba durante medio minuto, saboreando el grito limpiador del viento, antes de que mis alas vacilaran, mi espalda se tensara, y la caída se hiciera insoportablemente mortal. Me tamicé el resto del camino hasta la casa de la ciudad y ajusté jarrones y estatuillas en la sala de estar mientras los esperaba.

Azriel llegó primero, sin sombras que ver, mi hermana una masa pálida y dorada en sus brazos. Él también llevaba su armadura Iliriana, y el cabello castaño dorado de Elain se enganchaba en algunas de las escamas negras sobre su pecho y hombros.

La depositó suavemente en la alfombra del vestíbulo, tras haberla llevado por la puerta principal.

Elain miró hacia su paciente rostro solemne.

Azriel sonrió débilmente.

—¿Quieres que te enseñe el jardín?

Parecía tan pequeña delante de él, tan frágil comparada con las escamas de sus luchadores cueros, la anchura de sus hombros. Las alas espiando por encima de ellos.

Pero Elain no se apartó de él, no se alejó mientras asentía - sólo una vez.

Azriel, elegante como cualquier cortesano, le ofreció un brazo. No podía decir si estaba mirando su Sifón azul o su piel marcada debajo cuando dijo en un suspiro:

—Hermoso.

El color floreció en las mejillas doradas de Azriel, pero él inclinó la cabeza en agradecimiento y condujo a mi hermana hacia las puertas traseras hacia el jardín, la luz del sol bañándolos.

Un momento después, Nesta pasó por la puerta principal, con un rostro de notablemente de color verde.

—Necesito... un baño.

Me encontré con la mirada de Rhys mientras él rondaba por detrás con las manos en los bolsillos. *¿Qué hiciste?*

Sus cejas se alzaron. Pero apunté sin palabras a Nesta de camino al baño debajo de las escaleras, y ella desapareció, cerrando la puerta detrás de ella.

¿Yo? Rhys se apoyó en el poste inferior de la barandilla. *Se quejó de que yo estaba volando deliberadamente lento. Así que fui rápido.*

Cassian y Lucien aparecieron, sin mirarse el uno al otro. Pero la atención de Lucien se dirigió directamente al pasillo de atrás, con las fosas nasales brillando mientras olía la dirección de Elain. Y con quién había ido.

Un leve gruñido salió de él...

—Relájate —dijo Rhys—. Azriel no es del tipo encantador.

Lucien le dirigió una mirada.

Con misericordia, o quizás no, el vómito de Nesta llenó el silencio. Cassian se quedó boquiabierto ante Rhys.

— ¿Qué hiciste?

—Le pregunté lo mismo —dije, cruzando los brazos—. Dijo que 'fue rápido'.

Nesta vomitó de nuevo, luego silencio.

Cassian soltó un suspiro al techo.

—Nunca volverá a volar de nuevo.

El pomo de la puerta se torció, y tratamos -o al menos Cassian y yo- de no parecer que la habíamos escuchado. El rostro de Nesta estaba todavía pálido, pero... sus ojos ardían.

No había forma de describir ese ardor, e incluso pintarla podría haber fracasado.

Sus ojos seguían siendo el mismo azul gris que los míos. Y sin embargo... era mineral fundido todo en lo que podía pensar. Mercurio encendido.

Ella avanzó un paso hacia nosotros. Toda su atención se fijó en Rhys.

Cassian se puso casualmente en su camino, las alas plegadas en tensión. Pies separados sobre la alfombra. Una postura de pelea... casual, pero... sus Sifones brillaban.

—¿Sabes —le dijo Cassian—, que la última vez que me metí en una pelea en esta casa, me echaron un mes?

La mirada ardiente de Nesta se deslizó hacia él, todavía indignada, pero insinuó con incredulidad.

Él continuó—: Fue culpa de Amren, por supuesto, pero nadie me creyó. Y nadie se atrevió a desterrarla a ella.

Ella parpadeó lentamente.

Pero la mirada ardiente y fundida se volvió mortal. O tan mortal como uno de nosotros podría ser.

Hasta que Lucien suspiró.

— ¿Qué eres?

Cassian no parecía atreverse a quitarle el ojo a Nesta. Pero mi hermana miró lentamente a Lucien.

—Hice que trajera algo de regreso —dijo con una calma aterradora. El Caldero. Los cabellos a lo largo de mis brazos se elevaron. La mirada de Nesta se deslizó hacia la alfombra, luego hacia un lugar en la pared—. Quiero ir a mi habitación.

Me tomó un momento darme cuenta de que me había hablado. Me aclaré la garganta.

—Sube las escaleras, a tu derecha. Segunda puerta. O tercera, la que más te convenga. La otra es para Elain. Tenemos que salir en... —Miré el reloj en la sala de estar—. Dos horas.

Un asentimiento superficial fue su único reconocimiento y agradecimiento.

Observamos como ella subía los escalones, su vestido de lavanda arrastrándose tras ella, una mano esbelta apoyada en la barandilla.

—Lo siento —dijo Rhys a sus espaldas.

Su mano se apretó en la baranda, el blanco de sus nudillos abriéndose paso en su pálida piel, pero no dijo nada y continuó subiendo.

— ¿Eso es posible? —murmuró Cassian cuando la puerta de su habitación se cerró—. ¿Qué alguien *tome* la esencia del Caldero?

—Parece que sí —musitó Rhys, y luego dijo a Lucien—. La llama en sus ojos no era de tu tipo habitual, supongo.

Lucien sacudió la cabeza.

—No. No es nada de mi propio arsenal. Eso era... hielo tan frío que ardía. Hielo pero... fluido como una llama. O llama hecha de hielo.

—Creo que es la muerte —dije en voz baja. Sostuve la mirada de Rhys, como si de nuevo fuera la cuerda mantenía en este mundo—. Creo que el poder es muerte, la muerte hecha carne. O cualquier poder que el Caldero tenga sobre tales cosas. Por eso el Carver la oyó... oyó hablar de ella.

—Bendita Madre —dijo Lucien, pasando una mano por su cabello.

Cassian le hizo un gesto solemne.

Pero Rhys se frotó la mandíbula, pesando, pensando. Luego dijo simplemente:

—Nesta no sólo dominará a la Muerte, la saqueará.

No es de extrañar que no quisiera hablar con nadie al respecto. No quería ser testigo de las nuestras. Solo habían sido unos segundos para nosotros cuando ella fue sumergida.

Nunca le había preguntado a ninguna de mis hermanas cuánto tiempo había pasado para *ellas* dentro de ese Caldero.



—Azriel sabe que estás vigilando —dijo Rhys desde el lugar donde estaba parado frente al espejo de nuestro dormitorio, ajustando las solapas de su chaqueta negra.

La casa de la ciudad era una ráfaga tranquila de actividad mientras nos preparábamos para salir. Mor y Amren habían llegado hacía media hora, la primera se dirigía a la sala de estar, la última llevaba un vestido para mi hermana. No me atreví a preguntarle a Amren qué había elegido para Nesta.

Entrenamiento, Amren había dicho días atrás. Había objetos mágicos en la Corte de Pesadillas que mi hermana podía estudiar esta noche, mientras estábamos ocupados con Keir. Me pregunté si el Ouroboros era uno de ellos... e hizo una nota para preguntarle a Amren qué sabía del espejo que tanto deseaba el Carver. Que de alguna manera tendría que convencer a Keir de separarse de eso esta noche.

Lucien se había ofrecido a ser útil mientras nos íbamos, leyendo algunos de los textos que ahora se apilaban en las mesas de la sala. Amren sólo había gruñido ante la oferta, lo que le dije a Lucien equivalía a un sí.

Cassian ya estaba en el techo, afilando casualmente sus cuchillas. Le había preguntado si nueve espadas eran realmente necesarias, y él simplemente me dijo que no debía estar preparado, y que si tenía tiempo suficiente para cuestionarlo, entonces tenía tiempo suficiente para hacer

otro entrenamiento. Me largué rápidamente, lanzando un gesto vulgar en su dirección.

Mi cabello aún estaba húmedo por el baño que acababa de tomar y deslice mis pesados pendientes a través de mis lóbulos y miré por la ventana de nuestro dormitorio, vigilando el jardín de abajo.

Elain estaba sentada en silencio ante una de las mesas de hierro forjado, con una taza de té delante de ella. Azriel estaba tumbado en el sillón a través de las piedras grises, sus alas tomando el sol y leyendo lo que parecía ser una pila de informes -probable información sobre la Corte de Otoño que planeaba presentarle a Rhys una vez que lo hubiese arreglado todo. Ya vestido para la ciudad de Hewn -la armadura brutal y hermosa, tan en desacuerdo con el jardín encantador. Y mi hermana sentada dentro de ella.

— ¿Por qué no convertirlos a ellos en compañeros? —reflexioné—. ¿Por qué Lucien?

—Yo evitaría preguntarle eso a Lucien.

—Habló en serio —me giré hacia él y crucé mis brazos—. ¿Qué lo decide? ¿*Quién* lo decide?

Rhys enderezó las solapas antes de sacudirse una pelusa invisible.

—El destino, la Madre, los remolinos del Caldero...

—*Rhys*.

Me observó en el reflejo del espejo mientras caminaba hacia mi armario, abriendo las puertas para sacar el vestido que había seleccionado. Trozos de negro reluciente, una versión ligeramente más modesta de lo que había llevado a la Corte de las Pesadillas hacía unos meses.

—Dijiste que tu madre y tu padre eran inadecuados el uno para el otro; *Tamlin* dijo que sus propios padres eran inadecuados el uno para el otro. —Me quité mi bata—. Así que no puede ser un sistema perfecto de coincidencia. ¿Y si...—Sacudí mi barbilla hacia la ventana, hacia mi hermana y el Shadowsinger en el jardín—...esto es lo que ella necesita? ¿No hay libre albedrío? ¿Y si Lucien desea la unión, pero ella no?

—El vínculo de compañeros puede ser rechazado —dijo Rhys suavemente, con los ojos parpadeando en el espejo mientras bebía cada centímetro de piel desnuda que tenía expuesta—. Hay elección. Y a veces, sí, el enlace escoge mal. A veces, el vínculo no es nada más que algunas... conjeturas pre ordenadas sobre quién proveerá la descendencia más fuerte. En su nivel más bajo, es quizás sólo eso. Una función natural, no una indicación de verdaderas almas emparejadas. —Me sonrió, a la rareza, quizás, de lo que teníamos nosotros—. Así que —continuó Rhys—, siempre habrá un... tirón. Para las hembras, es generalmente más fácil de ignorar, pero los machos... Puede conducirlos a la locura. Es su carga luchar con ello, pero algunos creen que tienen derecho sobre la mujer. Incluso después de que el vínculo haya sido rechazado, la ven de su propiedad. A veces vuelven para desafiar al hombre que ellas han elegido. A veces termina con la muerte. Es salvaje, y feo, y misericordiosamente no sucede a menudo, pero... Muchos compañeros emparejados tratarán de hacer que funcione, creyendo que el Caldero los ha seleccionado por una razón. Sólo años más tarde se darán cuenta de que tal vez el emparejamiento no era ideal en espíritu.

Cogí el cinturón oscuro de joyas de un cajón del armario y lo coloqué sobre mis caderas.

—Entonces estás diciendo que ella podría marcharse... y Lucien tendría rienda suelta para matar a quienquiera con quien ella desee estar.

Rhys se apartó por fin del espejo, con su ropa oscura perfectamente ajustada a su cuerpo. Sin alas esta noche.

—Nada de rienda suelta, al menos no en mis tierras. Ha sido ilegal en nuestro territorio desde hace mucho, mucho tiempo que los hombres hagan eso. Incluso antes de que yo naciera. No en otras Cortes. En el continente hay territorios que creen que las hembras pertenecen literalmente a su compañero. Pero no aquí. Elain tendría nuestra completa protección si ella rechaza el vínculo. Pero seguirá siendo un vínculo, aunque débil, que la arrastrará por el resto de su existencia.

— ¿Crees que ella y Lucien combinan bien? —Saqué un par de sandalias que se ataba a mis muslos desnudos y metí los pies en ellos antes de comenzar a trabajar en las cintas.

—Tú los conoces mejor que yo. Pero diría que Lucien es leal con ferocidad.

—Así es Azriel.

—Azriel —dijo Rhys—, se ha preocupado por la misma hembra durante los últimos quinientos años.

—Si el vínculo de compañeros existiera entre ellos, ¿no se habría establecido ya?

Los ojos de Rhys se cerraron.

—Creo que es una pregunta que Azriel se ha estado haciendo cada día desde que conoció a Mor —Suspiró mientras yo terminaba un pie y empezaba con el otro—. ¿Puedo pedir que no juegues a la casamentera? Deja que ellos lo solucionen.

Me levanté, apoyando mis manos en mis caderas.

— ¡Nunca me metería en los asuntos de otra persona!

Sólo levantó una ceja en un desafío silencioso. Y sabía precisamente a qué se refería.

Mi instinto se tensó cuando tomé asiento en el tocador y empecé a trenzar mi cabello en una corona sobre mi cabeza. Tal vez fui una cobarde, por no poder preguntarlo en voz alta, pero dije por el vínculo:

¿Fue una violación...entrar en la mente de Lucien de esa forma?

No puedo responder a eso por ti. Rhys se acercó y me tendió una horquilla.

La deslicé en una sección de la trenza.

Necesitaba estar segura de que no iba a tratar de cogerla, de vendernos.

Me entregó otra.

¿Y obtuviste una respuesta a eso?

Trabajamos al unísono, fijando mi cabello en su lugar. *Creo que sí. No se trataba sólo de lo que él pensaba, sino de la... sensación. No sentí ninguna mala voluntad, ni connivencia. Sólo preocupación por ella. Y... tristeza. Anhelo.* Sacudí la cabeza. *¿Se lo digo? ¿Lo que hice?*

Rhys sujetó una sección de mi pelo que me era difícil de alcanzar.
Tienes que considerar si el costo vale la pena aliviar tu culpabilidad.

El costo era la tentativa de confianza de Lucien en mí, en este lugar.
Crucé una línea.

Pero lo hiciste para asegurar la seguridad de las personas que amas.

No me di cuenta... Me apagué, sacudiendo la cabeza otra vez.

Me apretó el hombro. *¿No te diste cuenta de qué?*

Me encogí de hombros, encorvada en el taburete amortiguado. *Que sería tan complicado.* Mi cara se calentó. *Sé que suena terriblemente inocente...*

Siempre es complicado, y nunca es más fácil, no importa cuántos siglos yo lo haya estado haciendo.

Empujé alrededor las horquillas adicionales en el tocador. *Es la segunda vez que me he metido en su mente.*

Entonces di que es la última vez, y termina con eso.

Parpadeé, alzando la cabeza. Había pintado mis labios en un tono de rojo tan oscuro que era casi negro, y ahora estaban presionados en una delgada línea.

Él aclaró: *Lo que está hecho, hecho está. Que te comas la cabeza no cambiará nada. Te diste cuenta que era una línea que no te ha gustado, así que no volverás a cometer ese error.*

Me moví en mi asiento. *¿Lo habrías hecho?*

Rhys lo consideró. *Sí. Y me habría sentido igual de culpable después.*

Oír eso resolvía algo, en el fondo. Asentí una vez, dos veces.

Si quieres sentirte un poco mejor, agregó, Lucien violó técnicamente las reglas que establecimos. Así que tenías derecho a mirar en su mente, aunque sólo fuera para asegurar la seguridad de tu hermana. El cruzó la línea primero.

Esa cosa profunda en mí se alivió un poco más. *Tienes razón.*

Y estaba hecho.

Miré a Rhys en el espejo mientras una corona oscura aparecía en sus manos. El de las plumas de los cuervos que le había visto usar, o su gemelo femenino. Una tiara —la que él suavemente, reverentemente, colocó sobre la trenza que habíamos colocado en su lugar encima de mi cabeza. La corona original... apareció sobre la cabeza de Rhys un momento después.

Miramos juntos a nuestro reflejo. Señor y Señora Oscura.

— ¿Lista para ser malvada? —ronroneó en mi oído.

Mis dedos de los pies se curvaron ante la caricia de esa voz... ante el recuerdo de la última vez que fuimos a la Corte de Pesadillas. Cómo me había sentado en su regazo...al lugar al que se habían movido sus dedos.

Me levanté del banco, mirándolo al completo. Sus manos rozaron la piel desnuda a lo largo de mis costillas. Entre mis pechos. Por el exterior de mis muslos. Oh, él también lo recordaba.

—Esta vez —suspiré, besando los remolinos del tatuaje que se asomaba justo por encima del cuello de la chaqueta negra de Rhys—, puedo hacer que Keir implore.

Capítulo 25

Traducido por Mew Rincone

Amren no había vestido a Nesta con hilos de arañas y polvo de estrellas, como lo vestíamos Mor y yo. No la había vestido a su propio estilo de pantalones sueltos y blusa recortada.

Lo había dejado simple. Brutal.

Un vestido de un negro impenetrable fluía por encima de los oscuros suelos de mármol de la sala del trono de la Ciudad Tallada, apretado bajo un corpiño con mangas y de escote a la altura de la base de su pálida garganta. El cabello de Nesta había sido recogido en un sencillo estilo para revelar los cristales en su rostro, la claridad salvaje de sus ojos mientras contemplada la muchedumbre allí reunida, a las columnas talladas de gran altura y a las bestias a horcajadas a su alrededor, el poderoso estrado y el trono en su cima...y no se amedrentó.

De hecho, el mentón de Nesta se elevó con cada paso que dábamos hacia el estrado.

Un trono, me di cuenta—un poderoso trono de bestias retorcidas y escamosas.

Rhys también lo notó. Lo había planeado.

Mi hermana y los demás se alejaron hacia el pie del estrado, tomando posiciones a cada flanco de su base. Sin miedo, sin alegría, sin ninguna luz en sus caras. Azriel de pie junto a Mor, parecía totalmente calmado mientras miraba a los allí reunidos. Mientras miraba a Keir, quien estaba a la espera junto a una mujer de cabellos dorados, la cual debía ser la madre de Mor, mirándonos con desdén. *No les prometas nada.* Me había advertido Mor.

Rhys tendió una mano en mi dirección para que subiera los peldaños. Mantuve mi cabeza en alto y la espalda recta mientras agarraba sus dedos y subía los escalones. Directo hacia el solitario trono.

Rhys solo me guiñó un ojo mientras me acompañaba con gracia hacia ese trono, un movimiento tan fácil y suave como si de un baile se tratase.

La multitud murmuró mientras me sentaba sobre la piedra negra mordazmente fría contra mis muslos desnudos.

Se quedaron boquiabiertos cuando Rhys simplemente se colocó sobre un brazo del trono sonriendo burlonamente en mi dirección y diciendo hacia la Corte de Pesadilla:

—Inclinaos.

Porque no lo habían hecho. Y conmigo sentada en ese trono...

Sus rostros seguían siendo una mezcla de sorpresa y desdén mientras cada uno de ellos se ponía de rodillas. Evité mirar a Nesta dado que no tenía más remedio que seguir su ejemplo.

Pero miré a Keir, a la mujer junto a él, a cualquier que se atreviera a mirarme. Me hice recordar lo que le habían hecho a Mor, quien ahora se inclinaba con una sonrisa en su rostro, cuando apenas había sido una niña. Algunos de la corte evitaron sus ojos.

—Tomaré la ausencia de dos tronos al hecho de que esta visita os tomó con prisas —dijo Rhys con una calma mortal—. Y os dejaré marchar sin desollaros la piel de los huesos como mi regalo de emparejamiento para vosotros. Nuestros leales súbditos —añadió con una sonrisa débil.

Tracé una espiral con un dedo sobre una de las bestias que componían los brazos del trono. Nuestra corte. Parte de ella.

Y los necesitábamos para que lucharan a nuestro lado. De que accedieran a ello—esta noche.

La boca que había pintado, esa boca de rojo oscuro se entreabrió en una perezosa sonrisa. Tentáculos de poder serpentearon hacia el estrado, pero no se atrevieron a aventurarse más allá del primer escalón. Probándome, viendo qué poder podía tener. Pero sin estar lo suficientemente cerca como para ofender a Rhysand.

Dejé que se arrastraran más cerca, que olisquearan por los alrededores mientras le decía a Rhys, a la sala del trono.

—Estoy segura, amor mío, de que ahora querrán quedarse.

Rhys sonrió en mi dirección, después a la multitud.

—Alzaros.

Lo hicieron. Y algunos de esos tentáculos de poder se atrevieron a subir el primer escalón.

Salté sobre ellos.

Tres jadeos ahogados se escucharon a través de la murmurante sala mientras lanzaba garras de magia sobre esos poderes demasiado curiosos. Las hundi duro y profundo. Un gato con un pájaro bajo su pata. Con varios pájaros.

— ¿Lo deseas de regreso? —pregunté calmadamente a nadie en particular.

Keir frunció el ceño y miró por encima de su hombro desde el lugar cerca de la base del estrado, su aro de plata brilló sobre su cabello dorado. Alguien gimió al fondo de la habitación.

— ¿No sabes —ronroneó Rhys hacia la multitud—, que no es amable tocar a una dama sin su permiso?

En respuesta, hundi esas garras oscuras más profundamente, la magia de quien fuera el que se había atrevido a probar, pisoteada y combada.

—Sed amables —troné hacia la multitud.

Y los dejé ir.

Tres ráfagas de movimiento compitieron por mi atención. Alguien se había tamizado, huyendo. Otro se había desmayado. Y un tercero se aferraba a alguien junto a ellos, temblando. Noté todos sus rostros.

Amren y Nesta se acercaron al pie del estrado. Mi hermana me estaba mirando como si nunca antes me hubiera visto. No me atreví a romper mi máscara de frialdad. No me atreví a preguntar si los escudos de Nesta estaban alzados—si alguien también había intentado probarla a ella. La propia imperiosa cara de Nesta no dijo nada.

Amren inclinó la cabeza hacia Rhys, hacia mí.

—Con su permiso, Gran Señor.

Rhys agitó una mano ociosa.

—Ve. Diviértete. —Levantó la barbilla hacia la multitud—. Comida y música. Ahora.

Fue obedecido. Instantáneamente.

Mi hermana y Amren desaparecieron antes de que la muchedumbre pudiera empezar a arremolinarse, pasando a través de las imponentes puertas, directas hacia la penumbra. Para ir a jugar con algunos tesoros mágicos que se guardaban aquí, para darle a Nesta alguna practica para lo que fuera que Amren descubriera para reparar el muro.

Unas cuantas cabezas se giraron en su dirección, pero se volvían a girar rápidamente cuando Amren los notaba.

Dejando que alguno de sus monstruos interiores se mostrara.

Todavía no le habíamos dicho sobre el Bone Carver—de la visita a la Prisión. Algo parecido a la culpabilidad se retorció en mi estómago. Aunque supuse que tendría que acostumbrarme a eso cuando Rhys alzó un dedo hacia Keir y dijo:

—Sala de consejo. En diez minutos.

Los ojos de Keir se estrecharon ante la orden, la mujer a su lado mantuvo la cabeza gacha: el retrato de la sumisión. Lo que Mor se suponía habría sido.

Mi amiga, de hecho, estaba mirando sus padres con una helada indiferencia en su rostro. Azriel se mantuvo a paso de distancia, monitoreándolo todo.

No me permití verme demasiado interesada, demasiado preocupada, mientras Rhys me ofrecía una mano y nos levantábamos del trono. E íbamos a hablar de guerra.

La cámara del consejo de la Ciudad Tallada era casi tan grande como la sala del trono. Estaba tallada en la misma roca oscura, con pilares fabricados al estilo de esas bestias enredadas.

Bajo el alto techo abovedado, había una gigantesca mesa de cristal negro dividiendo la habitación en dos como un relámpago, con las esquinas largas y recortadas. Agudas como una cuchilla de afeitar.

Rhys reclamó el asiento a la cabeza de la mesa. Yo tomé la del extremo opuesto. Azriel y Mor encontraron sus asientos a un lado, y Keir se acomodó en un asiento del otro lado.

Una silla junto él estaba vacía.

Rhys se recostó en su oscuro asiento, haciendo girar el vino que había servido un criado con rostro de piedra un momento antes. Había sido un esfuerzo no agradecerle al hombre que había llenado mi copa.

Pero aquí, no le daba las gracias a nadie.

Aquí, tomaba lo que era mío, y no ofrecía agradecimiento o disculpas por ello.

—Sé por qué estás aquí —dijo Keir sin ningún tipo de preámbulo.

—¿Oh? —La ceja de Rhys se arqueó maravillosamente.

Keir nos examinó con el disgusto persistente en su hermoso rostro.

—Hiberno se mueve en manada. Tus legiones —dijo con desprecio hacia Azriel, hacia los Ilirianos que él representaba—, se están reuniendo. —Keir entrelazó sus largos dedos y los colocó sobre el negro cristal—. Pretendes que mis Portadores de Oscuridad se unan a tus ejércitos.

Rhys bebió un sorbo de su vino.

—Bien, al menos me has ahorrado el esfuerzo de bailar alrededor del asunto.

Keir sostuvo su mirada sin parpadear.

—Confesaré que me siento...simpatizante con la causa de Hiberno.

Mor se movió ligeramente en su asiento mientras Azriel simplemente posaba esa helada mirada de que todo lo ve sobre Keir.

—No serías el único —respondió Rhys con frialdad.

Keir frunció el ceño hacia el candelabro de araña en el techo, formado por una guirnalda de flores que florecía por la noche—el centro de cada una de ellas contenía luces faes plateadas.

—Hay muchas similitudes entre el pueblo de Hiberno y el mío. Ambos estamos atrapados, estancados.

—La última vez que lo comprobé —intervino Mor—, eras libre de hacer cuanto quisieras durante siglos. Y más.

Keir no hizo nada más que darle una mirada, ganándose un destello de rabia de Azriel ante el gesto desestimatorio.

—Ah, ¿pero *somos* libres aquí? Ni siquiera nos pertenece la totalidad de esta montaña, no con tu palacio en la cima.

—*Todo* esto me pertenece a mí, recuérdalo —dijo Rhys con ironía.

—Esa es la mentalidad que me hace encontrar a la oprimida gente de Hiberno como...espíritus afines.

— ¿Quieres el palacio de arriba, Keir? Es tuyo, entonces. —Rhys se cruzó de piernas—. No sabía que lo ansiaras tanto.

La sonrisa de Keir en respuesta era casi serpentina.

—Has de necesitar mi ejército con gran desesperación, Rhysand. — Otra vez, le dedicó a Azriel esa mirada llena de odio—. ¿Los grandullones murciélagos no están a la altura?

—Ven a entrenar con ellos —dijo Azriel suavemente—, y lo sabrás de primera mano.

En sus siglos de una existencia miserable, ciertamente Keir había dominado el arte de la burla.

Y el modo en que se burlaba de Azriel... los dientes de Mor destellaron en la penumbra. Me fue un esfuerzo evitar hacer lo mismo.

—No tengo ninguna duda —dijo Rhys, un glorioso retrato del aburrimiento—, de que ya has decidido tu precio.

Keir retiró la mirada de la mesa, directamente hacia mí. Lucía saciado mientras yo le sostenía la mirada.

—Así es.

Mi estómago se retorció ante esa mirada, esas palabras.

Un poder oscuro retumbó a través de la cámara haciendo que el candelabro de araña tintineara.

—Ve con cuidado, Keir.

Keir simplemente me sonrió y después a Rhys. Mor se había quedado inmóvil.

— ¿Qué me darías por tener una oportunidad en esta guerra, Rhysand? Te prostituiste para Amarantha pero, ¿qué hay de tu pareja?

No había olvidado cómo lo habíamos tratado. La humillación de hace meses.

Y Rhys...tan solo había una interminable e implacable mirada de muerte en su rostro mientras la oscuridad se agolpaba detrás de su silla.

—El trato que hicieron nuestros antepasados te otorga el derecho a elegir cómo y cuándo tú ejercito ayuda al mío. Pero no te concede el derecho a conservar tu vida, Keir, cuando me canse de tu existencia.

Como si se tratara de una respuesta, unas garras invisibles dejaron unas marcas profundas en la mesa haciendo que el cristal rugiera. Yo me estremecí. Keir palideció ante las líneas a centímetros de él.

—Pero pensé que podrías tener...dudas en ayudarme —continuó Rhys. Nunca antes lo había visto tan calmado. No calmado, sino lleno de rabia helada.

Del tipo de calma que en ocasiones vislumbraba en los ojos de Azriel.

Rhys chasqueó los dedos y dijo para nadie en particular:

—Que entre.

Las puertas se abrieron con un viento fantasmal.

No sabía a dónde mirar mientras un criado escoltaba al interior a una figura alta.

A Mor, cuyo rostro se tornó blanco de terror. A Azriel, quien cogió su daga Portador de la Verdad con cada una de sus respiraciones en alerta, enfocadas, pero sin sorpresa en su rostro. Ni una pizca de desconcierto.

PARADISE SUMMERLAND FORO

O a Eris, heredero de la Corte de Otoño, cuando entró en la habitación.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 26

Traducido por Mew Rincone

Él era para quien había sido ese asiento vacío.

Y Rhys...

Permaneció tendido en su silla bebiendo de tu vino.

—Bienvenido, Eris —dijo arrastrando las palabras—. Han pasado ¿Cuántas? ¿Cinco centurias desde la última vez que pusiste un pie aquí?

Mor deslizó sus ojos hacia Rhys. Traición y...dolor. Era dolor lo que destellaba ahí.

Por no advertirnos. Por esta...sorpresa.

Me pregunté si escondí mis rasgos con más éxitos que mi amiga mientras Eris reclamaba el asiento vacío en la mesa, sin molestarse en hacer algo más aparte de asentirle a un Keir de ojos cautelosos.

—En efecto, ha pasado un tiempo.

Había sanado desde aquél día en el hielo; ni una señal de la herida que Cassian le había infringido. Su pelo rojo estaba desatado y un pañuelo de seda en el bolsillo de su chaqueta de cobalto a medida.

¿Qué hace él aquí? Lancé por el vínculo, sin molestarme en ocultar todo lo que me atravesó.

Asegurándome de que Keir acepte ayudar, fue todo lo que dijo Rhys, las palabras apretadas y recortadas. Contenidas. Como si todavía estuviera intentando mantener a raya el poder de su rabia.

Las sombras se curvaron alrededor de los hombros de Azriel, susurraban en su oído mientras miraba a Eris.

—Un día quisiste construir vínculos con Otoño, Keir —dijo Rhys, soltando su copa de vino—. Bueno, aquí está tu oportunidad. Eris está

dispuesto a ofrecerte una alianza formal...a cambio de tus servicios en esta guerra.

¿Cómo demonios has hecho para que esté de acuerdo con eso?

Rhys no respondió.

Rhysand.

Keir se recostó en su silla.

—No es suficiente.

Eris resopló y se sirvió una copa de vino de la jarra que estaba en el centro de la mesa.

—Había olvidado porqué me sentí tan aliviado cuando nuestro trato se vino abajo esa última vez.

Rhys le lanzó una mirada de advertencia. Eris solo bebió un profundo trago.

—Entonces, ¿qué es lo que deseas, Keir? —ronroneó Rhys.

Tuve la sensación de que si Keir me volvía a sugerir a mí, terminaría salpicado sobre la pared.

Pero Keir también debió saberlo. Y le dijo a Rhysand con sencillez:

—Quiero salir. Quiero espacio. Quiero que mi gente sea libre de esta montaña.

—Tienen todas las comodidades —dije por fin—. Y sin embargo, ¿no es suficiente?

Keir también me ignoró. Como estaba segura que había ignorado a más mujeres en su vida.

—Has estado ocultando secretos, Gran Señor —dijo Keir con una odiosa sonrisa mientras entrelazaba sus manos y las colocaba sobre la maltratada mesa. Justo encima del araño más cercano—. Siempre me había preguntado a dónde ibas cuando no estabas aquí. Hiberno respondió por fin esa pregunta, gracias a ese ataque contra... ¿cómo era su nombre? Velaris. Sí. En Velaris. La Ciudad de la Luz de Estrellas.

Mor se quedó totalmente inmóvil.

una CORTE ALAS y RUINA

—Quiero acceso a esa ciudad —dijo Keir—. Para mi y para mi corte.

—No —dijo Mor. La palabra resonó entre los pilares, sobre el cristal, en la roca.

Estaba inclinada a estar de acuerdo. Pensar en esta gente, en Keir estando en Velaris...contaminándola con su presencia, con su odio y sus reducidas mentes, su desdén y crueldad...

Rhys no se negó. No derribó la sugerencia.

No puedes ir en serio.

Rhys sencillamente miró a Keir mientras respondía por el vínculo *Anticipé esto, he tomado precauciones.*

Lo contemplé. *La reunión con los gobernantes del Palacio... ¿estaba relacionado con esto?*

Sí.

Rhysand le dijo a Keir:

—Habrà condiciones.

Mor abrió la boca, pero Azriel colocó una mano llena de cicatrices sobre la suya.

Mor apartó la mano como si la de él la hubiera quemado—quemada como había sido la de él.

La máscara de frialdad de Azriel no se dejó vencer por el rechazo. Aunque Eris se rio suavemente. Lo suficiente para que los ojos color avellana de Azriel relucieran con rabia mientras los posaba sobre el hijo del Gran Señor. Eris solo inclinó la cabeza hacia el shadowsinger.

—Quiero acceso sin restricciones —le dijo Keir a Rhys.

—No lo vas a conseguir —dijo Rhys—. Habrán lugares limitados, número de personas permitidas también limitado. Se decidirá más tarde.

Mor le dirigió a Rhys unos ojos suplicantes. Su ciudad; el lugar que ella tanto amaba...

Casi podía oírla. El chasquido de la rotura que sabía estaba a punto de haber entre nuestro círculo.

Por fin, Keir miró a Mor y notó el desprecio y la ira. Y sonrió.

El no tenía ningún deseo real de salir de aquí.

Solo el deseo de tomar algo que sin duda afectaría a su querida hija.

Podría haberle cortado la garganta alegremente a Keir cuando dijo:

—Hecho.

Rhys no sonrió. Mor solo lo miró y miró fijamente, con esa expresión suplicante arrugando su rostro.

—Hay una cosa más —agregué cuadrando mis hombros—. Una petición más.

Keir se dignó a reconocirme.

— ¿Oh?

—Necesito el espejo Ouroboros —le dije, llenando mis venas de hielo—. De inmediato.

El interés y la sorpresa relampaguearon en los ojos marrones de Keir. Los ojos de Mor.

— ¿Quién te dijo que yo lo tenía? —preguntó calladamente.

— ¿Acaso importa? Lo quiero.

— ¿Siquiera sabes lo que es el Ouroboros?

—Cuida tu tono, Keir —advirtió Rhys.

Keir se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—El espejo... —dijo con una risa en su aliento—. Consideradlo mi regalo de emparejamiento. —Añadió con dulce veneno—. Si podéis cogerlo.

No era un desafío encararlo, pero...

— ¿A qué te refieres?

Keir se puso de pie, sonriendo como un gato con un canario en la boca.

—Para coger el Ouroboros, para reclamarlo, primero debes mirar dentro de él. —Se dirigió hacia las puertas sin esperar a ser despedido—. Y todo aquel que ha intentado hacerlo, o se ha vuelto loco o se ha roto mucho más allá de la reparación. Incluso un Gran Señor o dos, si la leyenda es cierta. —Se encogió de hombros—. Así que es tuyo, si te atreves a hacerle frente. —Keir hizo una pausa en el umbral cuando las puertas se abrieron con el viento fantasmal. Le dijo a Rhys y fue, tal vez, lo más cerca que estuvo de pedir permiso para marcharse—. Lord Thanatos está volviendo a tener...dificultades con su hija. Necesita mi ayuda. —Rhys solo ondeó una mano, como si no acabara de cederle nuestra ciudad al hombre. Keir sacudió la barbilla hacia Eris—. Quiero hablar contigo...pronto.

Entonces hubo terminado de regodearse de su victoria esta noche. De lo que habíamos entregado.

Y perdido.

Si el Ouroboros no podía ser recuperado, al menos sin correr un riesgo tan terrible...Bloquéé el pensamiento, dejándolo para más tarde mientras Keir se iba. Dejándonos a solas con Eris.

El heredero de Otoño bebió de su vino.

Y tuve la terrible sensación de que Mor se había ido a un lugar muy lejano, mientras Eris dejaba su copa y decía:

—Tienes buen aspecto, Mor.

—No le dirijas la palabra —dijo Azriel suavemente.

Eris sonrió amargamente.

—Veo que aún guardas rencor.

—Eris, este arreglo —dijo Rhys—, se basa únicamente en que mantengas tu boca cerrada.

Eris soltó una carcajada.

— ¿Y no he hecho un trabajo excelente? Ni siquiera mi padre sospechó cuando me marché esta noche.

Miré entre mi compañero y Eris.

— ¿Cómo se ha llegado a esto?

Eris me miró. A la corona y el vestido.

— ¿Crees que no sabía que tu shadowsinger venía a husmear para ver si le había contado a mi padre sobre tus...poderes? Especialmente después de que mis hermanos lo olvidaran misteriosamente. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que uno de vosotros viniera a encargarse también de mi memoria. —Eris golpeó un lado de su cabeza con un dedo largo—. Mala suerte para ti, aprendí una o dos cosas sobre los daemati. Mucho peor para mis hermanos que nunca me molestara en enseñárselos a ellos.

Mi pecho se tensó. *Rhys*.

Para mentenerme a salvo de la ira de Beron, para evitar que esta posible alianza con los Grandes Señores se desmoronara antes de que empezara... *Rhys*.

Fue un esfuerzo evitar que mis ojos llamearan.

Una gentil caricia por el vínculo fue su única respuesta.

—Por supuesto no se lo dije a mi padre —prosiguió Eris, bebiendo de su vino—. ¿Por qué desperdiciar ese tipo de información con el bastardo? Su respuesta sería darte caza y matarte, sin reparar en la profunda mierda en la que estamos con Hiberno y que tú podrías ser la clave para detenerlo.

—Así que él planea unirse a nosotros, entonces —dijo Rhys.

—No si se entera de tu pequeño secreto —dijo Eris sonriendo.

Mor parpadeó—como si se diera cuenta del contacto de Rhys con Eris, de su invitación aquí...La mirada que me dio, clara y decidida, me dijo lo suficiente. El dolor y la ira aún se arremolinaban ahí, pero también la compresión.

—Entonces, ¿cuál es tu precio, Eris? —preguntó Mor, apoyando sus brazos desnudos sobre el oscuro cristal—. ¿Otra noviecita a la que torturar?

Algo parpadeó en los ojos de Eris.

—Para empezar, no sé quién te alimentó con esas mentiras, Morrigan —dijo él con cierta calma—. Probablemente lo hicieron los bastardos con los que te rodeas. —Le dio a Azriel una mirada de burla.

Mor gruñó haciendo que los cristales se sacudieran.

—Nunca diste una evidencia de lo contrario. Ciertamente no lo hiciste cuando me abandonaste en esos bosques.

—Habían fuerzas trabajando que nunca has considerado —dijo Eris friamente—. Y no voy a desperdiciar mi aliento explicándotelo. Piensa lo que quieras de mí.

—Me diste caza como a un animal —interrumpí—. Creo que nos decantaremos por pensar lo peor.

El pálido rostro de Eris se sonrojó.

—Me dieron una orden. Y enviado a hacerlo con dos de mis... hermanos.

— ¿Y qué hay del hermano que cazaste junto conmigo? ¿Aquél cuya amante ayudaste a sacrificar ante sus ojos?

Eris puso una mano sobre la mesa.

—No *sabes* nada de lo que pasó ese día. *Nada*.

Silencio.

—Ilústrame. —Fue todo lo que dije.

Eris me miró fijamente. Le devolví la mirada.

— ¿Cómo crees que él llegó a la frontera de Primavera? —dijo en voz baja—. Yo no estaba ahí...cuando ellos lo hicieron. Pregúntale. Yo me negué. Aquella fue la primera y única vez le he negado algo a mi padre. Él me castigó. Y para cuando fui libre...también iban a matarlo a él. Me aseguré de que no lo hicieran. Me aseguré de que Tamlin se enterara, anónimamente, de que llegara tan rápido como el infierno a su propia frontera.

Donde dos de los hermanos de Eris habían sido asesinados. Por Lucien y Tamlin.

Eris cogió un hilo perdido de su chaqueta.

—No todos tuvimos tanta suerte con nuestros amigos y familiares como tú, Rhysand.

El rostro de Rhys era una máscara de aburrimiento.

—Eso parece.

Y nada de eso borraba enteramente lo que él había hecho, pero...

—¿Cuál es el precio? —repetí.

—Lo mismo que le dije a Azriel cuando lo encontré husmeando en los bosques de mi padre el día de ayer.

El dolor se encendió en los ojos de Mor mientras giraba la cabeza para el shadowsinger. Pero Azriel no la reconoció mientras anunciaba:

—Cuando llegue el momento...debemos apoyar a Eris en su ascenso al trono.

Incluso mientras Azriel hablaba, esa furia helada embotó su rostro. Y Eris fue lo suficientemente sabio de palidecer cuando la vio. Tal vez fue por eso que Eris mantuvo su conocimiento sobre mis poderes para sí mismo. No solo para esta negociación, sino para evitar la ira del shadowsinger. De la hoja a su costado.

—La petición sigue en pie, Rhysand —dijo Eris, dominándose—, de que mates a mi padre y estará hecho. Puedo prometer tropas ahora mismo.

Santa Madre. Ni siquiera intentaba ocultarlo—de parecer arrepentido. Me fue un esfuerzo evitar que mi mandíbula cayera sobre la mesa por sus intenciones, por la casualidad con la que hablaba.

—Tentador, pero demasiado desordenado —respondió Rhys—. Beron estuvo de nuestro lado durante la Guerra. Con suerte, volverá a estar en esa posición. —Y le lanzó una mirada puntiaguda.

—Lo estará —prometió Eris, recorriendo una de las marcas de garras sobre la mesa con uno de sus dedos—. Y permanecerá felizmente inconsciente sobre los dones de...Feyre.

Un trono...a cambio de su silencio. Y el dominio.

—Prométele a Keir algo que no te importe —dijo Rhys, haciendo un gesto de despedida.

Eris se puso de pie.

—Ya veremos. —Le lanzó a Mor un ceño fruncido mientras drenaba su vino y dejaba la copa—. Me sorprende que sigas sin poder controlarte a ti misma a su alrededor. Tienes cada emoción escrita en esa hermosa cara tuya.

—Cuidado —advirtió Azriel.

Eris miró entre ellos dos y sonrió débilmente. Secretamente. Como si supiera algo que Azriel no.

—Yo no te habría tocado —le dijo a Mor, quien volvió a palidecer—. Pero cuando te acostaste con ese bastardo... —Rhys dejó escapar un gruñido desde su garganta. Y yo de la mía—. Supe por qué lo habías hecho. —Otra vez, esa sonrisa secreta hizo que Mor se encogiera. *Se encogiera*—. Así que te di tu libertad, terminé los esponsales en unos términos no inciertos.

—*Y lo que pasó después* —gruñó Azriel.

Una sombra cruzó el rostro de Eris.

—Hay cosas que lamento. Esa es una de ellas. Pero...tal vez un día, ahora que somos aliados, te diga el por qué. Lo que eso me costó.

—Me importa una mierda —dijo Mor en voz baja y señaló hacia la puerta—. Largo.

Eris le hizo una reverencia burlona. A todos nosotros.

—Os veo en la reunión dentro de doce días.

Capítulo 27

Traducido por Rose_Poison1324

Encontramos a Nesta y Amren esperando afuera de la sala del trono, ambas lucían molestas y cansadas.

Bueno, ya éramos seis.

No dudaba del requerimiento de Keir acerca del espejo... y el riesgo que entrañaba mirar en su interior... ninguno de nosotros podría soportarlo. Rompernos. Enloquecer. Ninguno de nosotros; no ahora. Tal vez el Bone Carver lo había sabido. Me había enviado en un tonto recado solo para su propio entretenimiento.

No nos molestamos con despedidas con la corte susurrante mientras nos tamizábamos a la casa de la ciudad. A Velaris: la paz y belleza que ahora se sentía infinitamente más frágil.

Cassian había abandonado el tejado en algún punto para unirse a Lucien en la sala, los libros de la pared estaban regados en la baja mesa entre ellos. Ambos se pusieron de pie ante la expresión de nuestros rostros.

Cassian estaba a mitad de camino de Mor cuando ella se giró hacia Rhys y dijo:

— ¿Por qué?

Su voz se rompió.

Y algo en mi pecho también se rompió cuando las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro.

Rhys solo se quedó ahí, mirándola. Su rostro ilegible. Mirando mientras ella le golpeaba el pecho con sus manos y gritaba:

— ¿Por qué?

El cedió un paso.

—Eris descubrió a Azriel; nuestras manos estaban atadas. Hice lo mejor que pude. —Su garganta se movió—. Lo siento.

Cassian estaba midiéndolos, congelado a mitad de camino en medio de la sala. Y asumí que Rhys le hablaba, mente a mente, asumí que también les estaba diciendo a Amren, incluso a Lucien y a Nesta, por sus parpadeos sorprendidos.

Mor se giró hacia Azriel.

— *¿Por qué no dijiste nada?*

Azriel sostuvo su mirada inquebrantable. No hizo mucho más que hacer crujir sus alas.

—Porque habrías intentado detenerlo. Y no podemos permitirnos perder la alianza que supone Keir, y enfrentar la amenaza de Eris.

—Están trabajando con ese cabrón —Cassian lo cortó, el sentimiento que fuera recién haciéndose presente. Se movió al lado de Mor, con una mano en su espalda. Sacudió su cabeza hacia Azriel y Rhys, curvando su labio con disgusto—. Deberían haber clavado la maldita cabeza de Eris en las puertas delanteras.

Azriel solo los observó con esa fría indiferencia. Pero Lucien se cruzó de brazos, inclinándose sobre el respaldo del sofá.

—Tengo que estar de acuerdo con Cassian. Eris es una víbora.

Tal vez Rhys no lo había puesto al corriente de todo, entonces. Con que Eris había pretendido salvar a su hermano más joven de cualquier manera en que había podido. O de su desobediencia.

—Tu familia al completo es despreciable —le dijo Amren a Lucien desde donde ella y Nesta estaban—. Pero Eris podría probar una mejor alternativa. Si puede encontrar una manera de matar a Beron y asegurarse el cambio de poderes por sí mismo.

—Estoy seguro que lo hará —dijo Lucien.

Pero Mor aun miraba fijamente a Rhys, esas lágrimas silenciosas seguían resbalando por sus enrojecidas mejillas.

—No se trata de Eris —dijo con voz tambaleante—, se trata de *este lugar*. —Onduló una mano a la casa de la ciudad, hacia la ciudad en sí—. Este es mi *hogar*, y ustedes van a dejar que Keir *lo destruya*.

—Tomé precauciones —dijo Rhys; hubo un borde en su voz que no había oído en un tiempo—. Muchas. Comenzando por reunirme con los gobernantes de los palacios y consiguiendo que estuvieran de acuerdo a nunca servir, albergar o entretener a Keir o a cualquiera de la Corte de Pesadillas.

Mor parpadeó. La mano de Cassian se movió a su hombro y lo apretó.

—Ellos han estado enviando la noticia a cada propietario de negocios en la ciudad — continuó Rhys—, a cada restaurante, tienda y local. Así que Keir y los de su clase poden venir aquí... pero no encontraran un lugar acogedor. O uno donde ellos puedan incluso encontrar alojamiento.

Mor sacudió su cabeza mientras susurraba:

—Aún así él lo destruirá.

Cassian deslizó un brazo alrededor de sus hombros, su rostro más duro de lo que había visto mientras estudiaba a Rhys. Luego a Azriel.

—Deberías habernos advertido.

—Debería —dijo Rhys, a pesar de que no sonaba culpable por ello.

Azriel solo se mantuvo unos pasos lejos, alas plegadas apretadamente y Sifones centellando.

—Fijaremos limitaciones, en cuándo y que tan seguido vendrán — comenté finalmente.

Mor sacudió su cabeza, aun sin mirar a cualquier lugar salvo Rhys.

—Si Amarantha estuviera viva... —La palabra se deslizó por la sala, oscureciendo las esquinas—. Si ella estuviera viva y yo ofreciera *trabajar* con ella, incluso si fuera para salvarnos a todos, ¿cómo te sentirías tú?

Nunca. Ellos nunca habían llegado así de cerca de discutir lo que le había pasado.

Me acerqué al lado de Rhys, rozando mis dedos sobre los suyos; estos se curvaron alrededor de los míos.

—Si Amarantha nos ofreciera una delgada oportunidad de sobrevivir —dijo Rhys, su mirada inquebrantable—, entonces me importaría una mierda que me hiciera follarla todos esos años.

Cassian se encogió. La *habitación* entera se encogió.

—Si Amarantha apareciera por esa puerta justo ahora —gruñó Rhys, apuntando por encima de la entrada—, y dijera que podría comprarnos una oportunidad de vencer a Hiberno, manteniendo a todos *ustedes* vivos, se lo *agradecería al maldito Caldero*.

Mor sacudió su cabeza y las lágrimas se deslizaron libres otra vez.

—No lo dices en serio.

—Lo hago.

Rhys.

Pero el vínculo, el puente entre nosotros... era un aullante vacío. Una furiosa y oscura tempestad.

Demasiado lejos... esto los estaba empujando a ambos demasiado lejos. Traté de atrapar la mirada de Cassian, pero él estaba monitoreándolos a ambos de cerca, su naturalmente piel dorada ahora pálida. Las sombras de Azriel se arremolinaron, medio-ocultándolo detrás de un velo. Y Amren...

Amren se interpuso entre Rhys y Mor. Ambos se alzaban por encima de ella.

—Protegí esta unidad de la ruptura por cuarenta y nueve años —dijo Amren, sus ojos flameando brillantes y luminosos—. No voy a permitir que la rompan ahora en fragmentos. —Encaró a Mor—. Trabajar con Keir y Eris no hará que los perdonemos. Y cuando esta guerra termine, los cazaré y degollaré contigo, si eso es lo que quieres.

Mor no dijo nada; sin embargo, al menos miró más allá de Rhys.

—Mi padre envenenará esta ciudad.

—No lo permitiré —dijo Amren.

de ALAS

una CORTE y RUINA

Le creía. Y creo que Mor también, por las lágrimas que seguían deslizándose libres... pero estas parecieron cambiar, de alguna manera.

Amren se giró a Rhys, su rostro al borde de estar más allá de... la devastación.

Deslicé mi mano a través de la suya. *Te veo*, dije, dándole las palabras que una vez susurré todos esos meses atrás. *Y no me asusta*.

—Eres un bastardo astuto. Siempre lo has sido, y como siempre lo serás. Pero eso no te justifica, chico, que n nos advirtieras. Advertirle a ella, no cuando esos dos monstruos están involucrados. Si, hiciste la jugada correcta, jugaste bien. Pero también jugaste mal —le dijo Amren.

Algo como pena se atenuó en sus ojos.

—Lo siento.

Las palabras: para Mor, para Amren.

El oscuro cabello de Amren se balanceó mientras lo juzgaba. Mor solo sacudió su cabeza finalmente, más en aceptación que en negación.

Tragué, mi voz áspera mientras decía:

—Esto es la guerra. Nuestros aliados son pocos y ya no confían en nosotros. —Me encontré con los ojos de cada uno de ellos: los de mi hermana, de Lucien, Mor, Azriel y Cassian. Después con los de Amren. Luego con los de mi compañero. Apreté su mano, la culpa enterrando sus garras profundo en él—. Todos ustedes han estado en la guerra y han regresado; mientras que yo ni siquiera he puesto un pie en el campo de batalla. Pero... Tengo que imaginar que no duraremos mucho si... nos separamos. Desde dentro.

Tropezando, palabras casi incoherentes, pero Azriel dijo al fin:

—Ella tiene razón.

Mor no miró en su dirección. Podría haber jurado que la culpa nubló los ojos de Azriel y se fue en un abrir y cerrar de ojos.

Amren retrocedió al lado de Nesta mientras Cassian me preguntaba:

— ¿Qué pasó con el espejo?

Sacudí la cabeza.

—Keir dice que es mío, si me atrevo a aceptarlo. Aparentemente, lo que ves dentro te rompe o enloquece. Nadie ha podido alejarse de él.

Cassian juró.

—Exactamente —dije. Era un riesgo que quizás ninguno de nosotros estaba enteramente preparado para correr. No cuando éramos necesarios cada uno de nosotros.

Mor añadió un poco ronca, enderezando los pliegues negros y los paños de su vestido de gasa:

—Mi padre habló con la verdad acerca de eso. Crecí con leyendas sobre el espejo. Ninguna era agradable. O exitosa.

Cassian frunció el ceño hacia mí, hacia Rhys.

—Así que...

—Estás hablando del Ouroboros —dijo Amren.

Parpadeé. Mierda. *Mierda...*

— ¿Por qué quieres ese espejo? —Su voz se había deslizado a un timbre más bajo.

Rhys metió la mano libre en su bolsillo.

—Si la honestidad es el tema de la noche... Porque el Bone Carver lo solicitó.

Las fosas nasales de Amren se encendieron.

—Fueron a la Prisión.

—Tus viejos amigos te mandan saludos —dijo Cassian, inclinando un hombro contra el arco de la sala de estar.

El rostro de Amren se tensó y Nesta miró entre nosotros, cuidadosamente. Leyéndonos. Especialmente cuando los ojos mercurio de Amren se arremolinaron.

— ¿Por qué fueron?

Abrí la boca, pero el dorado del ojo de Lucien me llamó la atención. Atrapándolo. Mi vacilación debió haber sido una indicación suficiente de mi cautela.

Con su mandíbula apretada con un toque de frustración, Lucien se excusó a su habitación. Frustración, y tal vez decepción. Bloqueeé lo que le hizo a mi estómago.

—Teníamos algunas preguntas para el Carver. —Cassian le dio a Amren una sonrisa cuando Lucien se había ido—. Y tenemos algunas para ti.

Los ojos llenos de humo de Amren se encendieron.

—Van a soltar al Carver.

—Sí —dije con simpleza. Un ejército de un solo monstruo.

—Eso es imposible.

—Te recordaré que tú, dulce Amren, escapaste —respondió Rhys con suavidad—. Y has permanecido libre. Así que se puede hacer. Tal vez puedas decirnos cómo lo hiciste.

Cassian se había colocado junto a la puerta, me di cuenta, para estar más cerca de Nesta. Agarrarla si Amren decidía que no le importaba a dónde se dirigía esta conversación particularmente. O para cualquiera de los muebles en esta sala.

Precisamente era el por qué Rhys se colocó al otro lado de Amren, para alejar su atención de mí y Mor detrás de nosotros, cada músculo de su ágil cuerpo en alerta.

Cassian miraba fijamente a Nesta, lo bastante fuerte como para que mi hermana se volviera hacia él. Encontró su mirada. Su cabeza se inclinó ligeramente. Una orden silenciosa.

Nesta, para mi sorpresa, obedeció. Se dirigió hacia el lado de Cassian mientras Amren le respondía a Rhys:

—No.

—No fue una petición —dijo Rhys.

Una vez él había admitido que simplemente cuestionar a Amren había sido algo que le había permitido hacer solo en los últimos años. Pero darle una orden, empujarla así...

—Feyre y Cassian hablaron con el Bone Carver. Quiere el Ouroboros a cambio de servirnos... de luchar contra Hiberno por nosotros. Pero necesitamos que expliques cómo sacarlo. —El trato que Rhys o yo hiciéramos con él bastaría para sujetarlo a nuestra voluntad.

—¿Algo más? —Su voz era demasiado tranquila, demasiado dulce.

—Cuando hayamos terminado todo esto —dijo Rhys—, mi promesa de meses atrás se mantendrá: usa el Libro para enviarte a casa, si quieres.

Amren lo miró fijamente. Estaba tan silenciosa la habitación que el reloj de la chimenea de la sala podía ser escuchado. Y más allá de eso, la fuente del jardín...

—Llama a tu perro —dijo Amren con tono letal.

Porque la sombra en la esquina detrás de Amren... era Azriel. La empuñadura de obsidiana del Portador de la Verdad estaba en su mano cicatrizada. Se había movido sin que me diera cuenta, aunque no tenía ninguna duda de que los otros probablemente hubieran sido conscientes.

Amren le mostró los dientes. La hermosa cara de Azriel no cambió tanto.

Rhys permaneció donde estaba cuando le preguntó a Amren:

—¿Por qué no nos lo dices?

Cassian deslizó casualmente a Nesta detrás de él, con los dedos enganchados en las faldas de su vestido negro. Como si se asegurara de que no estuviera en el camino directo de Amren. Nesta solo se elevó sobre los dedos de los pies para mirar por encima de su hombro.

—Debido a que la piedra debajo de esta casa tiene oídos, el viento tiene oídos... todos escuchan —dijo Amren—. Y si lo reportan... lo recordarán, Rhysand, recordarán que no me han atrapado. Y no dejaré que me lleven de nuevo en ese pozo negro.

Mis oídos se vaciaron cuando un escudo se calvó en su lugar.

—Nadie oirá más allá de esta habitación.

Amren examinó los libros que había olvidado en la mesa baja de la sala de estar.

Ella frunció las cejas.

—Tuve que dar algo. Tuve que renunciar a *mí*. Para salir, tuve que convertirme en algo completamente distinto, algo que la Prisión no reconocería. Así que yo... yo me até en este cuerpo.

Nunca la había oído tropezar con una palabra antes.

—Dijiste que alguien te ató —Rhys cuestionó cuidadosamente.

—Mentí, para cubrir lo que había hecho. Así nadie podría saberlo. Para escapar de la Prisión, me hice mortal. Inmortal como ustedes lo son, pero... mortal en comparación con... con lo que yo era. Y lo que era... no se sentía de la manera en que ustedes lo hacen. La manera en que lo hago ahora. Algunas cosas: lealtad, ira y curiosidad, pero no el pleno espectro.

De nuevo, esa mirada lejana.

»—Yo era perfecta, según algunos. No me arrepentí, no lloré... y dolor... no lo experimenté. Y sin embargo... sin embargo, terminé *aquí*, porque no era completamente como los otros. Incluso como... como lo que era, yo era diferente. Demasiado curiosa. Demasiado cuestionante. El día que la brecha apareció en el cielo... fue la curiosidad la que me impulsó. Mis hermanos y hermanas huyeron. A las órdenes de nuestro gobernante, acabábamos de devastar a las ciudades gemelas, las habíamos derrumbado enteramente a solo escombros sobre la llanura, y sin embargo *huyeron* de esa brecha en el mundo. Pero yo quise mirar. *Quise*. No fui construida ni criada para sentir semejantes cosas egoístas como *querer*. Había visto lo que les había pasado a aquellos de mi clase que se extraviaron, que aprendieron a colocar sus necesidades primero. Quiénes desarrollaron... sentimientos. Pero yo pasé a través de la lágrima en el cielo. Y aquí estoy.

— ¿Y diste todo eso para salir de la Prisión? —preguntó Mor con suavidad.

—He cedido mi gracia, mi perfecta inmortalidad. Sabía que una vez que lo hiciera... sentiría dolor. Y arrepentimiento. Me gustaría, y me quemaría con ello. Yo... caería. Pero yo estaba... el tiempo estaba bloqueado ahí abajo... no me importó. No había sentido el viento en mi

cara, no había oído la lluvia... Ni siquiera recordaba como se sentían. No recordaba la luz del sol.

Su atención se movió hacia Azriel; la oscuridad del Shadowsinger se alejó para revelar unos ojos llenos de entendimiento. *Encerrado.*

—Así que me até en este cuerpo. Empujé mi gracia ardiente profundamente en mí. Dejé todo lo que era. La puerta de la celda sencillamente... se desbloqueó. Y entonces salí.

Una gracia ardiente... Que aún ardía dentro de ella, visible solo a través del humo en sus ojos grises.

—Ese será el costo de liberar al Carver —dijo Amren—. Tendrás que atarlo en un cuerpo. Hacerlo... Fae. Y dudo que esté de acuerdo. Especialmente sin el Ouroboros.

Nos quedamos en silencio.

—Deberían habérmelo preguntado antes de que se fueran —dijo ella, volviendo a la nitidez de su tono—. Les hubiera ahorrado la visita.

Rhysand tragó saliva.

—¿Puedes ser... desatada?

—No por mí misma.

—¿Qué pasaría si lo fueras?

Amren lo miró durante un largo rato. Luego a mí. A Cassian. Azriel. Mor. Nesta y finalmente de vuelta a mi compañero.

—No me acordaría de ti. No me importaría ninguno de ustedes. Te golpearía o abandonaría. Lo que siento ahora... sería extraño para mí, no sostendría el poder. Todo lo que soy, este cuerpo... dejaría de ser.

—¿Qué *eras* tú? —exhaló Nesta, acercándose a Cassian para estar a su lado.

Amren jugueteó con uno de sus aretes de perlas negras.

—Un mensajero y un soldado asesino. Para un Dios iracundo que gobernaba un mundo joven.

Podía sentir las preguntas de los otros bebiendo. Los ojos de Rhys estaban casi brillando con ellos.

— ¿Tu nombre es Amren? —preguntó Nesta.

—No. —El humo se arremolinó en sus ojos—. No recuerdo el nombre que me dieron. Usé Amren porque... es una larga historia.

Casi le supliqué que lo dijera, pero pasos suaves se aproximaban y...

—Oh.

Elain empezó... lo suficiente para que me diera cuenta de que no podía oírlos. No tenía idea que estábamos aquí, gracias al escudo que evitaba que el sonido escapara.

Instantáneamente se retiró. Pero mi hermana permaneció cerca de las escaleras. Ella había cubierto su camisón con un chal de seda de un azul pálido, sus dedos luchando contra el tejido mientras se sostenía a sí misma.

Me acerqué a ella de inmediato.

— ¿Necesitas algo?

—No. Yo... estaba durmiendo, pero oí... —Ella negó con la cabeza. Parpadeó ante nuestro traje formal, a la oscura corona sobre mi cabeza... y la de Rhysand—. No los he oído.

Azriel dio un paso adelante.

—Pero has oído algo más.

Elain parecía a punto de asentir, pero solo retrocedió.

—Creo que estaba soñando —murmuró—. Creo que estos días siempre estoy soñando.

—Déjame darte un poco de leche caliente —dije, poniendo una mano sobre su codo para guiarla a la sala de estar.

Pero Elain se sacudió de mi agarre, volviendo a la escalera.

—Puedo oírla... llorando —dijo mientras subía los primeros peldaños.

Agarré el poste inferior de la barandilla.

— ¿A quién?

—Todo el mundo piensa que ella está muerta. —Elain siguió caminando—. Pero no lo está. Solo es, diferente. Cambiada. Como era yo.

— ¿Quién? —presioné.

Pero Elain continuó subiendo las escaleras, ese chal cayendo por su espalda. Nesta se apartó del lado de Cassian para acercarse al mío. Ambas aguantamos el aliento, para decir qué, yo no sabía pero...

— ¿Qué has visto? —dijo Azriel, y traté de no estremecerme cuando lo encontré a mi otro lado, sin haberlo visto moverse. De nuevo.

Elain hizo una pausa a medio camino de la escalera. Lentamente, se volvió para mirarlo.

—Vi manos jóvenes marchitas con la edad. Vi una caja de piedra negra. Vi caer una pluma en fuego sobre la nieve y derretirla.

Mi estómago cayó al suelo. Una mirada a Nesta confirmó que ella también lo sentía. Lo veía.

Loca. Elain podría muy bien haberse vuelto loca...

—Estaba enojado —dijo Elain en voz baja—. Estaba muy, muy enojado porque algo le había sido tomado. Así que él tomó algo de ellos como castigo.

No dijimos nada. No sabía *qué* decir; ni qué preguntar ni qué pedir. Si el Caldero le había hecho algo a *ella* también...

Me enfrenté a Azriel, exponiendo mis palmas a él.

— ¿Qué *significa* eso?

Los ojos avellana de Azriel se agitaron mientras estudiaba a mi hermana, su cuerpo demasiado delgado. Y sin decir una palabra, se tamizó. Mor observó el espacio en el que había estado parado mucho tiempo después de que se hubiese ido.

Esperé a que los otros se hubieran marchado: Cassian y Rhys se alejaban para reflexionar sobre las posibilidades o la falta de nuestros aspirantes a aliados, Amren se marchaba enfadada para librarse completamente de nosotros, y Mor daba zancadas para disfrutar de lo que ella consideraba sus últimos días de paz en esta ciudad, la fragilidad todavía en su voz, antes de que acorralara a Nesta en la sala de estar.

— ¿Qué pasó en la Ciudad Hewn, contigo y Amren? No lo mencionaste.

—Estuvo bien.

Apreté mi mandíbula.

— ¿Qué pasó?

—Me llevó a una habitación llena de tesoros. Objetos extraños. Y eso... —Ella tiró de la apretada manga de su vestido—. Algunos de ellos querían hacernos *daño*. Como si estuvieran vivos, conscientes. Como... como en todas esas historias y mentiras con las que nos alimentaron al otro lado del muro.

— ¿Estás bien? —No pude encontrar ninguna señal de daño en ninguna de ellas, y tampoco había dicho algo o sugerido...

—Fue un ejercicio de entrenamiento. Con una forma de magia diseñada para repeler a los intrusos. —Las palabras fueron recitadas—. Como lo será el muro probablemente. Quería que rompiera las defensas... que encontrara debilidades.

— ¿Y repararlas?

—Solo encontrar las debilidades. La reparación es otra cosa —dijo Nesta, sus ojos se alejaron cuando frunció el ceño ante los libros todavía abiertos en la mesa baja ante la chimenea.

Suspiré.

—Así que... eso salió bien, al menos.

Aquellos ojos se volvieron afilados.

—Fallé. Cada vez. Así que, no. No salió bien.

No sabía qué decir. La simpatía probablemente me ganaría un latigazo. Así que opté por otra ruta.

—Necesitamos hacer algo con Elain.

Nesta se tensó.

—¿Y qué solución propones exactamente? ¿Dejar a tu compañero entre en su mente para que revuelva las cosas?

—Yo nunca haría eso. No creo que Rhys pueda incluso... arreglar cosas así.

Nesta caminó delante de la chimenea oscurecida.

—Todo tiene un costo. Tal vez el costo de su juventud e inmortalidad era perder parte de su cordura.

Mis rodillas temblaron lo suficiente como para sentarme en el sofá profundamente acolchado.

— ¿Cuál fue tu costo?

Nesta dejó de moverse.

—Tal vez haya sido ver a Elain sufrir... mientras yo he salido indemne.

Me puse de pie.

—Nesta...

—No te molestes. —Pero la seguí mientras caminaba hacia las escaleras. A donde Lucien ahora descendía las escaleras, y se estremeció al ver su acercamiento.

Él le dio un amplio espacio mientras ella pasaba por delante de él. Una mirada a su tenso rostro me hizo prepararme, y volver a la sala de estar.

Me desplomé en el sillón más cercano, sorprendida de encontrarme todavía en mi vestido negro mientras el tejido raspaba contra mi piel desnuda. ¿Cuánto tiempo había pasado de mi vuelta de la Ciudad de Hewn? ¿Treinta minutos? ¿Menos? ¿Y la Prisión solo había sido esa mañana?

Se sentía como días atrás. Apoyé la cabeza contra el respaldo bordado de la silla y miré a Lucien tomar asiento en el brazo enrollado del sofá más cercano.

— ¿Día largo?

Gruñí mi respuesta.

El ojo metálico se tensó.

—Pensé que la Prisión era otro mito.

—Bueno, no lo es.

Él sopesó mi tono, y cruzó sus brazos.

—Déjame hacer algo. Acerca de Elain. Escuché... desde mi habitación. Todo lo que acaba de pasar. No le haría daño que un curador la mirara. Externamente e internamente.

Estaba lo suficientemente cansada como para que apenas pudiera convocar el aliento para preguntar.

—¿Crees que el Caldero la volvió loca?

—Creo que pasó por algo terrible —contestó Lucien con cuidado—. Y no le haría daño que tu mejor sanador hiciera un examen minucioso.

Me froté la mano sobre mi rostro.

—Está bien. —Mi respiración se enredó en las palabras—. Mañana por la mañana. —Me las arreglé para asentir poco a poco, reuniendo fuerzas para levantarme de la silla. Pesadez; estaba llena de una vieja pesadez. Como si pudiera dormir durante cien años y no fuera suficiente.

—Por favor, dímelo —dijo Lucien cuando crucé el umbral del vestíbulo—. Lo que diga el sanador. Y si... si me necesitas para algo.

Le di simplemente una última inclinación de cabeza porque el habla de repente estaba más allá de mí.

Sabía que Nesta seguía sin dormir mientras pasaba por su habitación. Sabía que había oído cada palabra de nuestra conversación gracias a ese oído Feérico. Y supe que oía mientras yo escuchaba al otro lado de la puerta de Elain, tocaba una vez, y asomaba mi cabeza para encontrarla dormida, respirando.

Envié un mensaje a Madja, la curandera preferida de Rhysand, para que viniera al día siguiente a las once. No expliqué por qué o quién o qué. Luego entré en mi habitación, me arrastré sobre el colchón y lloré. Realmente no sabía por qué.

Unas manos fuertes y anchas rozaron mi columna y abrí los ojos para encontrar la habitación completamente negra, y a Rhysand acostándose sobre el colchón, a mi lado.

— ¿Quieres algo de comer? —Su voz era suave, tentativa.

No levanté la cabeza de la almohada.

—Me siento... pesada de nuevo —exhalé, con voz rota.

Rhys no dijo nada mientras me recogía en sus brazos. Todavía llevaba puesta su chaqueta, como si acabara de llegar de dondequiera que hubiera estado hablando con Cassian.

En la oscuridad, respiré su aroma, saboreé su calor.

—¿Estás bien?

Rhys estuvo callado durante un largo minuto.

—No.

Pasé mis brazos alrededor de él, sosteniéndolo firmemente.

—Debería haber encontrado otra manera —dijo.

Acaricié su sedoso cabello con mis dedos.

Rhys murmuró:

—Si ella... —Su tragar fue audible—. Si ella apareciera en esta casa... —Yo sabía a quién se refería—. La mataría. Sin siquiera dejarla hablar. La mataría.

—Lo sé. —Yo también lo haría.

—Me lo preguntaste en la biblioteca —susurró—. ¿Por qué yo...? ¿Por qué prefiero ser yo quien asuma todo esto? Esta noche es la razón. Ver *llorar* a Mor es el porqué. Hice una mala jugada. Traté de encontrar otra forma de salir de la mierda en la que estamos.

Y había perdido algo, *Mor* había perdido algo, en el proceso.

Nos abrazamos en silencio durante unos minutos. Horas. Dos almas, trenzadas en la oscuridad. Bajé mis escudos, dejándolo entrar completamente. Su mente se curvó alrededor de la mía.

— ¿Te arriesgarías a mirar en su interior... al Ouroboros? — pregunté.

—Todavía no —fue todo lo que dijo Rhys, sujetándome más fuerte—. Aún no.

Capítulo 28

Traducido por Rose_Poison1324

Me arrastré y salir de la cama por pura voluntad a la mañana siguiente.

Amren había dicho que el Carver no se ataría en un cuerpo Fae... lo había *reivindicado*.

Pero no dolería intentarlo. Si nos daba la más mínima posibilidad de resistir, de impedir que Rhys lo diera todo...

Él ya se había ido cuando me desperté. Apreté los dientes mientras me vestía con mis ropas de cuero y me tamicé a la Casa de Viento.

Tenía mis alas listas mientras golpeaba las guardas que lo protegían, y conseguí un deslizamiento bastante decente en el anillo de entrenamiento al aire libre en la zona plana de la parte superior.

Cassian ya estaba esperando, con las manos en las caderas. Viendo cómo me relajaba y bajaba...

Demasiado rápido. Mis pies saltaron sobre la tierra y me empujaron hacia arriba...

—Da la vuelta...

Su advertencia llegó demasiado tarde.

Me estrellé contra un muro carmesí antes de que pudiera tener una visión completa de la roca rojiza, pero... juro que mi orgullo estaba tan pelado como mis palmas mientras me tambaleaba hacia atrás, mis alas rígidas detrás de mí. Los hombros de Cassian se sacudieron mientras refrenaba una risa, y le di un gesto vulgar a cambio.

—Si vas a aterrizar de esa manera, asegúrate de tener sitio.

Fruncí el ceño.

—Lección aprendida.

—O el espacio para planear y girar alrededor hasta que bajes...

—Lo entiendo.

Cassian alzó las manos, pero la diversión se desvaneció al verme descartar las alas y asechar hacia él.

— ¿Hoy quieres ir duro, o tomarlo con calma?

No creía que los demás le dieran suficiente crédito—por notar el cambio en la corriente emocional de la gente. Supuse que, para comandar legiones necesitaba ser capaz de leer ese tipo de cosas, considerar cuándo sus soldados o enemigos estaban fuertes, rompiéndose o rotos.

Miré hacia adentro, hacia ese lugar donde ahora me sentía como arena movediza, y dije:

—Duro. Quiero salir cojeando de aquí.

Me quité la chaqueta de cuero y enrollé las mangas de mi camisa blanca.

Cassian me barrió con una evaluadora mirada. Y murmuró:

—A mí también me ayuda la actividad física, el entrenamiento. — Rodó sus hombros mientras yo comenzaba a estirar—. Siempre me ha ayudado a enfocar y centrarme en mí mismo. Y después de anoche... —Ató su cabello negro—. Definitivamente necesito esto.

Sostuve mi pierna doblada detrás de mí, mis músculos protestando por el estiramiento.

—Supongo que hay peores métodos de afrontamiento.

Una sonrisa torcida.

—Sí, sí que las hay.

La lección de Azriel de después consistió en estar parada en una brisa y tratar de memorizar sus instrucciones en corrientes y corrientes descendentes, sobre cómo el calor y el frío podían dar forma al viento y a la velocidad. A lo largo de todo, él estaba tranquilo, distante. Incluso para sus estándares.

Cometí el error de preguntarle si había hablado con Mor desde que se había ido anoche.

No, no lo había hecho. Y eso fue todo.

Incluso seguía flexionando su mano con cicatrices a su lado. Como si recordara la sensación de la mano de ella cuando la había alejado de su toque durante esa reunión. Una y otra vez. No me atreví a decirle que había tomado la decisión correcta... aunque quizás debía hablar con Mor, en lugar de dejar que lo comiera la culpa. Los dos tenían suficiente entre ellos sin que yo me metiera en medio.

Estaba cojeando en el momento en que volví a la casa de la ciudad horas más tarde y encontré a Mor en la mesa del comedor, comiendo un pastel gigante que había pedido en una panadería de camino.

—Parece que un ejército de caballos te haya pasado por encima —dijo sobre su comida.

—Bueno —dije, quitándole el pastel de la mano y terminándolo. Dio un grito de indignación, pero chasqueó los dedos, y un plato de melón picado de la cocina que había bajando el pasillo, apareció en la mesa pulida delante de ella.

Justo encima de la pila de lo que parecían ser cartas en varias piezas de papelería.

—¿Qué es eso? —dije, limpiando las migajas de mi boca.

—La primera de las respuestas de los Grandes Señores —dijo dulcemente, arrancando una rebanada de la fruta verde y mordiendo un pedazo. Ningún indicio de la rabia de la noche anterior y el miedo.

—¿Eso es agradable, eh?

—Primero llegó la de Helion esta mañana. Entre todas las insinuaciones, creo que dijo que estaría dispuesto a... unirse a nosotros.

Levanté las cejas.

—Eso está bien, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Helion no nos preocupa. Los otros dos... —Ella terminó el melón, masticando húmedamente—. Thesan dice que vendrá, pero no lo hará a menos que esté en una ubicación realmente neutral y segura. Kallias... no confía en ninguno de nosotros después de... Bajo la Montaña. Quiere llevar guardias armados.

Día, Amanecer e Invierno. Nuestros aliados más cercanos.

—¿No hay noticias de nadie más? —Mi barriga se tensó.

—No. Primavera, Otoño y Verano no han enviado una respuesta.

—No tenemos mucho tiempo hasta la reunión. ¿Qué pasa si se niegan a responder? —Yo no tenía el valor para preguntar en voz alta si Eris cumpliría su palabra y se aseguraría de que su padre asistía y se unía a nuestra causa. No cuando la luz había regresado a su rostro.

Mor cogió otra rebanada de melón.

—Entonces tendremos que decidir si Rhys y yo vamos a arrastrarlos por el cuello a esta reunión, o si la tendremos sin ellos.

—Sugeriría la segunda opción. —Mor frunció el entrecejo—. La primera —aclaré—, no suena propicia para formar una alianza.

Aunque me sorprendió que Tarquin no hubiera respondido. Incluso con su feudo de sangre hacia nosotros... El hombre que conocí, a quien todavía admiraba tanto... Seguramente él querría aliarse contra Hiberno. A menos que ahora quisiera aliarse *con* ellos para asegurarse de que Rhys y yo fuéramos borrados del mapa para siempre.

—Veremos —fue todo lo que dijo Mor.

Soplé un suspiro por la nariz.

—Sobre lo de anoche...

—Está bien. No es nada. —La rapidez con la que habló sugirió algo más.

—No, no es nada. Tienes *permitido* sentirte así.

Mor se aflojó el cabello.

—Bueno, no nos ayudará a ganar esta guerra.

—No. Pero... no sé qué decir.

Mor miró hacia la ventana durante un largo momento.

—Comprendo por qué Rhys lo hizo. La posición en la que estamos. Eris es... Tú sabes cómo es. Y si realmente estaba amenazando con vender información sobre tus dones a su padre... por la Madre, yo habría hecho el mismo trato con Eris para evitar que Beron te cazara. —Algo en mi pecho se alivió con eso—. Es solo que... Mi padre sabía que, al segundo que oyó hablar de este lugar, probablemente sabía lo que significaba para mí. No habría habido otro precio por la ayuda de mi padre en esta guerra. Ninguno. Rhys también lo sabía. Intentó traer a Eris para endulzar el trato para mi padre, posiblemente para evitar este resultado con Velaris.

Levanté las cejas en silenciosa pregunta.

—Hablamos... Rhys y yo. Esta mañana. Mientras Cassian estaba pateando tu trasero.

Resoplé.

—¿Qué hay de Azriel? —Y eso que había decidido permanecer fuera de ello.

Mor volvió a recoger el melón.

—Az... Tuvo que tomar una decisión difícil, cuando Eris lo encontró. Él... —Se mordió el labio—. No sé por qué esperaba que él se aliara conmigo, por qué me atrapó tan fuera de guardia. —Me abstuve de sugerirle que se lo dijera. Mor se encogió de hombros—. Simplemente... todo me tomó por sorpresa. Y nunca estaré contenta con ninguno de estos términos, pero... Mi padre gana, Eris gana, todo los hombres como ellos *ganan*, si dejas que me afecte. Si dejas que impacte en mi alegría, mi vida. Mis relaciones con todos ustedes. —Suspiró al techo—. Odio la guerra.

—Y yo.

—No solo por la muerte y el horror —continuó Mor—. Sino por lo que nos hace. Estas decisiones.

una CORTE de ALAS y RUINA

Asentí, aunque solo estuviera empezando a entender. Las opciones y los costos.

Abrí la boca, pero sonó un golpe en la puerta principal. Eché un vistazo al reloj en la sala de estar a través del vestíbulo. Cierto. La curandera.

Le había mencionado a Elain esta mañana que Madja iba a verla a las once, y me había dado una respuesta evasiva. Mejor que el rechazo absoluto, supuse.

—¿Vas a abrir la puerta, o debería yo?

Hice un gesto vulgar ante el puro descaro en la pregunta de Mor, pero mi amiga me agarró la mano mientras me levantaba de mi silla.

—Si necesitas algo... estaré aquí.

Le di a Mor una pequeña y agradecida sonrisa.

—Al igual que yo.

Todavía me sonreía cuando respiré profundamente antes de dirigirme a la entrada.

La sanadora no encontró nada.

Le creía, aunque solo fuera porque Madja era una de las pocas Alta Fae que había visto, cuya piel oscura estaba grabada con arrugas, su cabello muy fino con la edad. Sus ojos marrones estaban todavía claros y encendidos con una calidez interna, y sus manos nudosas se mantuvieron firmes mientras las pasaba por el cuerpo de Elain mientras mi hermana yacía pacientemente y silenciosamente en la cama.

La magia dulce y refrescante, había vibrado procedente de la mujer, llenando el dormitorio de Elain. Y cuando ella había puesto suavemente las manos a cada lado de la cabeza de Elain y yo me quedé mirando fijamente, Madja solo había sonreído con ironía sobre su delgado hombro y me dijo que me relajara.

Nesta, con los ojos agudos en la esquina, se había mantenido callada.

Después de un largo minuto, Madja nos pidió que nos uniéramos a ella para traer a Elain una taza de té, apuntando con la mirada a la puerta. Ambas tomamos la invitación y dejamos a nuestra hermana en su habitación iluminada por el sol.

—¿Qué quieres decir con que no hay *nada* malo en ella? —siseó Nesta en voz baja mientras la anciana mujer apoyaba una mano en el pasamano de la escalera para ayudarse a bajar. Me mantuve al lado de la sanadora, con una mano al alcance de su codo si lo llegaba a necesitar.

Madja, me recordé, había curado a Cassian y Azriel, e innumerables heridas más allá de eso. Había curado las alas de Rhys durante la Guerra. Ella lucía mayor, pero no tenía ninguna duda de su resistencia, o de su pura voluntad para ayudar a sus pacientes.

Madja no se dignó responder a Nesta hasta que estábamos en la parte inferior de los escalones. Lucien ya estaba esperando en la sala de estar, Mor todavía fija en el comedor. Los dos se levantaron, pero permanecieron en sus respectivas habitaciones, flanqueando el vestíbulo.

—Lo que quiero decir —dijo Madja al fin, midiendo a Nesta, luego a mí—, es que no puedo encontrar nada malo en ella. Su cuerpo está bien, demasiado delgado y necesita más comida y aire fresco, pero nada mal. Y en cuanto a su mente... no puedo entrar en ella.

Parpadeé.

—¿Tiene un escudo?

—Está hecha por el Caldero —dijo la curandera, mirando nuevamente a Nesta—. Ellas no son como el resto de nosotros. No puedo perforar los lugares en los que dejó su huella más profundamente. —La mente. El alma. Ella me disparó una mirada de advertencia—. Y no lo intentaría si fuera usted, Señora.

—Pero, ¿cree que hay algo malo, incluso si no hay signos?— presionó Nesta.

—He visto víctimas de trauma antes. Sus síntomas coinciden bien con muchas de esas heridas invisibles. Pero... ella también fue Hecha por

algo que no entiendo. ¿Hay algo mal con ella? —Madja consideró las palabras—. No me gusta esa palabra, *mal*. Diferente, tal vez. Cambiado.

—¿Necesita más ayuda? —preguntó Nesta entre dientes.

La anciana sanadora sacudió la barbilla hacia Lucien.

—Vean lo que él puede hacer. Si alguien puede sentir si algo está mal, es un compañero.

—¿Cómo? —La palabra era apenas más que una orden ladrada.

Me preparé para advertir a Nesta que fuera cortés, pero Madja dijo a mi hermana, como si fuera una pequeña niña:

—El vínculo de pareja. Es un puente entre las almas.

El tono de la sanadora hizo que mi hermana se pusiera rígida, pero Madja ya estaba cojeando hacia la puerta principal. Ella señaló a Lucien mientras salía.

—Intenta sentarte con ella. Solo conversa, siente. Mira qué obtienes. Pero no presiones.

Entonces se fue.

Me giré sobre Nesta.

—Un poco de *respeto*, Nesta...

—Llama a otro sanador.

—No si vas a gritarles hasta echarlos de casa.

—Llama a otro sanador.

Mor caminó hacia nosotros con una calma engañosa, y Nesta le dió una mirada fulminante.

Atrapé la mirada de Lucien.

—¿Lo intentarías?

—Ni siquiera te atrevas... —gruñó Nesta.

—Cállate —dije bruscamente.

Nesta parpadeó.

Le enseñé los dientes.

—Él lo *intentará*. Y si no encuentra nada extraño, consideraremos traer otro sanador.

—¿Solo vas a arrastrarla hasta aquí?

—Voy a invitarla.

Nesta se enfrentó a Mor, todavía observando desde el arco.

—¿Y *tú* qué harás?

Mor le dio a mi hermana una media sonrisa.

—Voy a estar sentada con Feyre. Manteniendo un ojo sobre las cosas.

Lucien murmuró algo sobre no tener que ser supervisado, y todas lo miramos con las cejas levantadas.

Él solo levantó las manos, pretendió que quería refrescarse y se dirigió al pasillo.

Capítulo 29

Traducido por Maria97Lour

Estos eran los treinta minutos más incómodos que podía recordar.

Mor y yo tomábamos un té de menta en la ventana, las respuestas de los tres Grandes Señores puestos sobre la pequeña mesa entre nuestras sillas, pretendiendo estar mirando a la calle bañada de verano de más allá, a los niños, a los Alto Faes y hadas danzando alrededor con cometas, serpentinas y todo tipo de juguetes.

Al mismo tiempo, Lucien y Elain pretendían estar sentados en un silencio forzado junto al tenue resplandor de la chimenea, un servicio de té sin tocar entre ellos. No me atreví a preguntar si él estaba tratando de meterse en su cabeza, o si sentía un vínculo similar al firme puente negro que existía entre la mente de Rhys y la mía. Si un vínculo normal de pareja se sentía completamente diferente.

Una taza de té repiqueteó y raspó contra un plato, y Mor y yo levantamos la mirada.

Elain había cogido la taza de té, y ahora tomaba sorbos de ella sin siquiera mirar hacia él.

En el comedor a través de la sala, supe que Nesta se encontraba estirando el cuello para mirar.

Lo sabía, porque Amren le espetó a mi hermana que prestara atención. Estaban construyendo muros en sus mentes, me lo había dicho Amren mientras ordenada a Nesta que se sentara en la mesa del comedor, directamente enfrente de ella.

Muros que Amren le estaba enseñando a sentir para encontrar los agujeros que había colocado a lo largo de ellos. Y repararlos. Si los objetos de la Corte de Pesadillas no habían permitido a mi hermana comprender lo que debía hacerse, entonces éste era su próximo intento; una manera

diferente, una ruta invisible. No todas las magias eran destellos y brillos, había declarado Amren, y luego me echó.

Pero cualquier signo de ese poder dentro de mi hermana... no lo oí, lo vi o lo sentí. Y tampoco ofreció ninguna explicación de lo que, exactamente, estaban tratando de persuadir desde dentro de ella.

Fuera de la casa, un movimiento volvió a llamarnos la atención, y encontramos a Rhys y Cassian paseando por la puerta principal, volviendo de su primer encuentro con los comandantes del ejército de Portadores de Oscuridad de Keir, que ya se estaban reuniendo y preparando. Al menos eso había salido bien ayer.

Ambos nos notaron en la ventana en un segundo y se detuvieron en seco.

No entres, le advertí a través del vínculo. *Lucien está tratando de percibir lo que está mal con Elain. A través del vínculo.*

Rhys le murmuró a Cassian lo que le había dicho, quien ahora estiraba su cabeza, sin dudas de la misma manera que Nesta lo había hecho, para mirar más allá de nosotros.

Rhys dijo con ironía: *¿Sabe esto Elain?*

Ella lo invitó a tomar el té. Así que aquí estamos.

Rhys murmuró otra vez a Cassian, quien se ahogó con una carcajada y se giró sobre los talones, dirigiéndose de vuelta a la calle. Rhys se quedó y metió las manos en los bolsillos. *Va a tomar una copa. Estoy inclinado a unirme a él. ¿Cuándo puedo regresar sin temer por mi vida?*

Le di un gesto vulgar por la ventana.

Vaya un guerrero Illiriano grande y fuerte.

Los guerreros Illirianos saben cuándo elegir sus batallas. Y con Nesta vigilándolo todo como un halcón y ustedes dos dando vueltas como buitres... Sé quién se irá caminando de esta pelea.

Le di el gesto de nuevo, y Mor entendió bastante bien de lo que estaba diciendo porque también repitió el gesto. Rhys se rió en silencio y esbozó una reverencia.

Los Grandes Señores han enviado sus respuestas, le dije mientras se alejaba. Día, Amanecer e Invierno, vendrán.

Lo sé, dijo, Acabo de recibir noticias de Cresseida de que Tarquin lo está contemplando.

Eso mejor que nada. Le dije.

Rhys me sonrió por encima del hombro. Disfruta de tu té, arrogante chaperona.

Podría haber usado una chaperona a tu alrededor, lo sabes ¿no?

Tú tenías cuatro de ellos en esta casa.

Sonreí cuando finalmente llegó a la puerta de entrada donde Cassian lo esperaba, usando aparentemente el momento de descanso para estirar sus alas, deleitando así a la media docena de niños que ahora los miraban.

Amren siseó desde la otra habitación.

—*Enfócate* —La mesa del comedor se agitó.

El sonido pareció asustar a Elain, quien rápidamente dejó su taza de té. Se puso de pie y Lucien lo hizo también.

—Lo siento —le espetó.

—¿Qué... qué ha sido eso?

Mor puso una mano en mi rodilla para evitar que me levantara también.

—Fue... fue un tirón. En el vínculo.

Amren dijo bruscamente:

—*No lo hagas*, chica malvada.

Entonces Nesta estaba de pie en el umbral.

—¿Qué has hecho? —Las palabras eran tan afiladas como una espada.

Lucien miró hacia ella, luego hacia mí. Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Nada —dijo, y de nuevo se enfrentó a su compañera—. Lo siento, si eso te inquietó.

Elain se dirigió hacia Nesta, que parecía estar a punto de explotar.

—Se sentía... extraño —exhaló Elain—. Como si te tiraran de un hilo atado a una costilla.

Lucien le expuso las palmas.

—Lo siento.

Elain solo lo miró durante un largo rato. Entonces cualquier tipo de lucidez se desvaneció mientras sacudía la cabeza parpadeando dos veces, y le dijo a Nesta:

—Cuervos mellizos vienen, uno blanco y otro negro.

Nesta hizo un buen trabajo ocultando su devastación. La frustración.

— ¿Qué puedo traerte, Elain? —Solo con Elain utilizaba esa voz.

Pero Elain sacudió la cabeza una vez más.

—Luz del sol.

Nesta me lanzó una mirada furiosa antes de guiar a nuestra hermana por el pasillo, hacia el soleado jardín de la parte de atrás.

Lucien esperó a que la puerta de cristal se hubiese abierto y cerrado antes de soltar un largo suspiro.

—Hay un vínculo... Un vínculo de verdad —dijo, más para sí mismo que para nosotros.

—¿Y? —preguntó Mor.

Lucien pasó las manos por su largo cabello rojo. Su piel era más oscura: un profundo color dorado, comparado con la palidez de la coloración de Eris.

—Y llegué al final del lazo de Elain, entonces huyó.

— ¿Sentiste algo?

—No... No tuve tiempo. La *sentí*, pero... —Un rubor le cubrió las mejillas. Lo que sea que hubiera sentido, no era lo que nosotros estábamos buscando. Incluso si no teníamos ni idea de el qué, precisamente.

—Podemos intentarlo de nuevo, otro día —le ofrecí.

Lucien asintió, pero no parecía convencido.

Amren salió del comedor.

—Que alguien vaya a traer de vuelta a tu hermana. Su lección no ha terminado.

Suspiré.

—Sí, Amren.

La atención de Lucien se deslizó detrás de mí, a las diversas letras en diferentes estilos y marcas sobre los papeles. Su ojo dorado se estrechó. Como emisario de Tamlin, sin duda los reconocía.

—Déjame adivinar. Dijeron que sí, pero escoger el lugar ahora va a ser un verdadero dolor de cabeza.

Mor frunció el ceño.

—¿Alguna sugerencia?

Lucien se ató el cabello con una tira de cuero marrón.

— ¿Tienes un mapa?

Supongo que eso me dejaba a mí para ir y traer a Nesta.

—Ese árbol de pino no estaba ahí hace un momento.

Azriel soltó una risa tranquila desde donde estaba sentado, encima de una roca dos días después y viéndome arrancar agujas de pino de mi cabello y mi chaqueta.

—A juzgar por su tamaño, diría que ha estado allí por... doscientos años al menos.

Fruncí el ceño, sacudiendo los fragmentos de corteza y mi orgullo herido.

Esa frialdad, ese distanciamiento que había estado allí a raíz de la ira y el rechazo de Mor... Se había calentado. Ya sea porque Mor eligió sentarse a su lado en la cena de anoche—una silenciosa oferta de perdón—o simplemente había necesitado tiempo para recuperarse de aquello. Incluso podía jurar haber visto algún destello de culpa cada vez que Azriel había mirado a Mor. Qué había pensado Cassian de eso, de su propia rabia hacia Azriel... había sido todo sonrisas y comentarios obscenos. Aun así se alegró de que todo volviera a la normalidad... por ahora, al menos.

Mis mejillas ardieron mientras escalaba la roca en la que él estaba, la caída era de por lo menos unos quince pies hasta el suelo del bosque, el lago no era una espumilla que chispeaba entre los pinos. Incluyendo el árbol con el que había colisionado de cara en mi último intento de saltar de la roca y simplemente *navegar* hacia el lago.

Apoyé mis manos en mis caderas, examinando el descenso, los árboles y el lago de más allá.

— ¿Qué hice mal?

Azriel, quien había estado afilando el Portador de la Verdad en su regazo, dirigió sus ojos avellana hacia mí.

— ¿Aparte del árbol?

El Shadowsinger tenía un sentido del humor seco y tranquilo, pero... al estar juntos, este salía mucho más a menudo que al estar entre nuestro grupo.

Había pasado los anteriores dos días examinando volúmenes antiguos en busca de cualquier indicio sobre la reparación del muro y entregárselos a Amren y Nesta, quienes continuaban silenciosa e invisiblemente construyendo y remendando muros dentro de sus mentes, o debatiendo con Rhys y los otros sobre cómo responder a la avalancha de cartas que ahora se intercambian con los demás Grandes Señores respecto a dónde se llevaría a cabo la reunión. Lucien, de hecho, nos había dado

una ubicación inicial, y varias más cuando fueron descartadas. Pero eso era de esperarse, había dicho Lucien, como si hubiera arreglado tales cosas innumerables veces. Rhys solo había asentido con la cabeza en señal de acuerdo y... aprobación.

Y cuando no estaba haciendo eso... estaba buscando entre más libros, cualquiera que Clotho pudiera encontrarme, todos relacionados con el Ouroboros. Cómo dominarlo.

El espejo era notorio. Todo filósofo conocido había cavilado en él. Algunos se habían atrevido a enfrentarlo y se habían vuelto locos. Algunos se habían acercado y habían huido aterrorizados.

No pude encontrar un relato de alguien que lo hubiera dominado. Hecho cara a lo que acechaba dentro y alejado con el espejo en su poder.

A salvo de la Tejedora del Bosque, que ciertamente parecía bastante loca, tal vez gracias al espejo que tanto amaba. O quizás cualquier mal que acechara en el espejo la había manchado a ella también. Algunos de los filósofos habían sugerido lo mismo, aunque no habían conocido su nombre, solo que hubo una reina oscura que lo había poseído una vez y que lo atesoraba. Que había espiado el mundo con él y lo usó para cazar a hermosas doncellas para que estas la manutuvieran eternamente joven.

Supuse que la familia de Keir, propietaria del Ouroboros durante milenios, sugirió que el éxito de salvarse era bajo. Lo cual no era nada alentador. No cuando todos los textos estaban de acuerdo en una cosa: no había manera de evitarlo. No había escapatoria. Enfrentar el terror que se encontraba dentro de esa cosa... ese era el único camino para poder reclamarlo.

Lo cual significaba que tal vez tuvieran que considerar otras alternativas, otras maneras de que el Bone Carver se uniera a nosotros. Encontrar un momento adecuado para hacerlo.

Azriel enfundó su legendario cuchillo de combate y examinó mis alas, las que había extendido hacía un momento.

—Estás tratando de guiarte con tus brazos. Los músculos están en las propias alas y en la espalda. Tus brazos son innecesarios, son más para equilibrarte que cualquier otra cosa. Y sobre todo una comodidad mental.

Eran las mismas palabras que ya había escuchado de él.

El levanto una ceja ante mi mirada boquiabierta, y cerré mi boca. Fruncí el ceño ante la caída que tenía delante.

— ¿De nuevo? —gruñí.

Rió suavemente.

—Podemos encontrar una roca más baja para saltar, si quieres.

Me encogí.

—Dijiste que *esto* era bajo.

Azriel se recostó sobre sus manos y esperó. Paciente, tranquilo.

Pero sentí el corte en mis palmas producido por la corteza, el dolor sordo de mis rodillas al haber chocado con su áspero lado...

—Eres inmortal —dijo en voz baja—. Eres difícil de romper. —Una pausa—. Eso es lo que me decía a mí mismo.

—Difícil de romper —dije con tristeza—, pero aún así me *duele*.

—Dile eso al árbol.

Resoplé una carcajada.

—Sé que la caída no está lejos, y sé que no me matará. Pero... ¿No puedes solo... *empujarme*?

El movimiento inicial se trataba absolutamente de fe; era ese movimiento inicial el que tenía mis miembros bloqueados.

—No. —Una respuesta simple.

Yo todavía dudaba.

Era Inútil... este miedo. Había enfrentado al Attor mientras caíamos desde el cielo a uno mil pies.

Y la rabia en mi memoria por lo que había hecho en su miserable vida, lo que podría hacer de nuevo, me hizo apretar los dientes y saltar de la roca.

Abrí mis alas de par en par, mi espalda protestó cuando éstas chocaron contra el viento, pero mi mitad inferior comenzó a caer, mis piernas cedieron y fueron peso muerto mientras mi centro cedía...

El infernal árbol se alzaba ante mí, y me desvié hacia la derecha.

Directa a otro árbol.

Alas primero.

El sonido de huesos y tendones chocando contra la madera y el de la caída sobre la tierra, me golpeó antes que el dolor. Lo mismo hizo la suave maldición de Azriel.

Dejé salir un pequeño ruido por mi boca. El pinchazo en mis palmas fue lo primero que sentí, luego el de mis rodillas.

Entonces en mi espalda...

—Mierda —fue todo lo que pude decir mientras Azriel se arrodillaba ante mí.

—Estoy bien. Solo aturdida.

El mundo comenzaba a enderezarse.

—Bastante bien —dijo él.

—En otro árbol.

—Estar consciente de lo que te rodea es la otra mitad de volar.

—Ya lo dijiste —espeté. Lo había hecho. Tal vez una docena de veces esta misma mañana.

Azriel se sentó sobre sus talones y me ofreció una mano para levantarme. La carne de mis manos ardió mientras apretaba sus dedos y un número mortificante de agujas de pino y astillas cayeron de mí. Mi espalda palpitaba lo suficiente como para hacerme bajar mis alas, sin importarme si se arrastraban sobre la tierra mientras Azriel me llevaba hacia el borde del lago.

El resplandor en las aguas turquesas reflejaba su rostro desnudo y claro, sus sombras se habían ido. Parecía más... humano como nunca antes lo había visto.

—No hay ninguna posibilidad de que pueda volar en las legiones, ¿verdad? —le pregunté, mientras me arrodillaba a su lado y él tomaba mis palmas magulladas con experto cuidado y gentileza. El sol era brutal contra sus cicatrices, sin ocultar ni una marca retorcida y ondulante.

—Probablemente no —dijo. Mi pecho se ahuecó ante eso—. Pero no hace daño practicar hasta el último momento posible. Nunca se sabe cuándo cualquier medida de entrenamiento pueda ser útil.

Me estremecí cuando sacó una gran astilla de mi palma, luego la lavó.

—Para mí fue muy difícil aprender a volar —dijo. No me atreví a responder—. La mayoría de los Ilirianos aprenden desde que son niños pequeños. Pero... supongo que Rhysand te contó los detalles de mi infancia.

Asentí. Terminó con una mano y comenzó con la otra.

—Como era algo mayor, tenía miedo a volar... y no confiaba en mis instintos. Era una... vergüenza ser enseñado tan tarde. No solo para mí, sino para todos en el campo de guerra una vez que llegué. Pero aprendí, a menudo saliendo yo solo. Cassian, por supuesto, fue el primero en encontrarme. Se burló de mí, me dio un infierno de paliza, luego se ofreció a entrenarme. Rhys estaba allí al día siguiente. Ellos me enseñaron a volar.

Terminó con mi otra mano y se sentó en la orilla, las piedras susurraron mientras se movían debajo de él. Me senté a su lado, apoyando las palmas de mis manos boca arriba sobre mis rodillas, dejando que mis alas se extendieran detrás de mí.

—Ya que fue demasiado esfuerzo... a uno pocos años de la guerra, Rhys me trajo una historia. La historia era...un regalo. Para mí. Él... fue a ver a Miryam y a Drakon en su nuevo hogar, la visita fue tan secreta que incluso no supimos lo que estaba sucediendo hasta que volvió. Nosotros sabíamos que su gente no se había ahogado en el mar, como todos creían, como ellos quisieron que la gente creyera. Verás, cuando Miryam liberó a su pueblo de la reina de la Tierra Negra, los condujo a todos, a casi cincuenta mil, a través del desierto hasta las orillas del mar Eritréo, donde estaba ubicada la legión aérea de Drakon, para refugiarse. Pero llegaron al mar y encontraron que los barcos de que habían dispuesto para

transportarlos por el estrecho canal al siguiente reino, habían sido destruidos. Destruídos por la propia reina, que envió a sus ejércitos para arrastrar de regreso a sus antiguos esclavos.

»El pueblo de Drakon, los Serafines, tienen alas. Como nosotros, pero sus alas están emplumadas. Y a diferencia de nosotros, su ejército y su sociedad permiten a las mujeres dirigir, luchar y gobernar. Todos ellos están dotados de una poderosa magia de viento y aire. Y cuando vieron que el ejército cargaba tras ellos, sabían que su propia fuerza era demasiado pequeña para enfrentarlos. Así que levantaron el mismo mar, hicieron un camino por medio del agua, todo un camino a través del canal, y ordenaron que los humanos corriesen.

»Lo hicieron, pero Miryam insistió en quedarse atrás hasta que todos los últimos de su pueblo hubieran cruzado. No dejaría a ningún humano atrás. Ni uno. Estaban a mitad del cruce cuando el ejército llegó a ellos. Los Serafines estaban agotados; su magia apenas podía sostener el peso de las aguas. Y Drakon sabía que si lo aguantaban más... el ejército cruzaría y atacaría a los humanos del otro lado. Los Serafines lucharon contra el avance sobre el suelo, y fue sangriento, brutal y caótico... Y durante la pelea, no vieron a Miryam siendo ensartada por la mismísima reina. Drakon no lo vio. Pensó que ella ya había cruzado, que había sido llevada por uno de sus soldados. Y ordenó que volvieran a unir las aguas del mar para ahogar a la fuerza enemiga.

»Pero una joven Serafin cartógrafa llamada Nephelle vio a Miryam caer. La amante de Nephelle era una de las generales de Drakon, y fue ésta quien se dio cuenta de que Miryam y Nephelle estaban desaparecidas. Drakon estaba frenético, pero su magia se había gastado y ninguna fuerza en el mundo podía contener el mar mientras este caía, y nadie podría llegar a su compañera a tiempo. Pero Nephelle lo hizo.

»Verás, Nephelle, era cartógrafa porque había sido rechazada de las filas de la legión. Sus alas eran demasiado pequeñas, la derecha estaba un poco malformada. Era ligera y lo suficientemente baja como para ser una peligrosa brecha en las líneas del frente cuando pelearan escudo contra escudo. Drakon le había permitido probar la legión como una cortesía hacia su amante, pero Nephelle fracasó. Apenas podía llevar el escudo Serafin, y sus alas pequeñas no habían sido lo suficientemente fuertes como para mantenerse a la par de los demás. Así que durante la guerra, ella se hizo valiosa como cartógrafa, ayudando a Drakon y su amante a

encontrar las ventajas geográficas en sus batallas. Y también se convirtió en la amiga más querida de Miryam durante esos largos meses.

»Y ese día en el fondo del mar, Nephelle recordó que su amiga había permanecido al final de la línea. Regresó por ella, puesto que todos los demás huyeron por la lejana orilla. Encontró a Miryam ensartada en la lanza de la reina, sangrando. La pared del mar empezó a caer en la orilla opuesta. Matando primero al ejército que se acercaba y había corrido hacia ellos. Miryam le dijo a Nephelle que se salvara. Pero Nephelle no abandonaría a su amiga. La levantó y voló.

La voz de Azriel contenía un suave temor.

—Cuando Rhys habló con Drakon años más tarde, todavía no tenía palabras para describir lo que pasó. Desafiaba toda lógica, todo el entrenamiento. Nephelle, que nunca había sido lo suficientemente fuerte como para sostener un escudo de Serafín, llevaba a Miryam, el triple de su peso. Y más que eso... Ella *voló*. El mar se derrumbaba sobre ellas, pero Nephelle voló como el mejor de los guerreros Serafines. El fondo marino era un laberinto de rocas escarpadas, demasiado estrechas para que los Serafines pudieran volar. Lo habían intentado durante su fuga y se estrellaron contra ellos. Pero Nephelle, con sus alas más pequeñas... Si hubiesen sido *una pulgada* más anchas, no habrían encajado. Y más que eso... Nephelle se elevó a través de ellos, con Miryam muriendo en sus brazos, y ella fue tan rápida y hábil como el más grande de los Serafines. Nephelle, quien había sido pasada por alto, quien había sido olvidada... Ella superó la muerte misma. No había ni un pie de espacio entre el agua a ambos lados de ella cuando se disparó desde el fondo del mar; ni la mitad de un metro desde el agua en aumento a sus pies. Y sin embargo, su envergadura demasiado pequeña, esa ala deformada... no le falló. Ni una sola vez. No por una ala deformada.

Mis ojos ardieron.

—Ella lo consiguió. Basta con decir que su amante hizo a Nephelle su esposa esa noche, y Miryam... bueno, hoy está viva gracias a Nephelle. —Azriel cogió una piedra blanca y la rodó entre sus manos—. Rhys me contó la historia cuando regresó. Y desde entonces hemos adaptado en privado la Filosofía Nephelle en nuestros propios ejércitos.

Levanté una ceja. Azriel se encogió de hombros.

—Nosotros: Rhys, Cass y yo ocasionalmente nos recordamos el uno al otro que lo que creemos que es nuestra mayor debilidad a veces puede ser nuestra mayor fortaleza. Y que la persona más inverosímil puede alterar el curso de la historia.

—La Filosofía Nephelle.

El asintió.

—Aparentemente, cada año en su reino, tienen la carrera de Nephelle para honrar su vuelo. Sobre tierra seca, pero... Ella y su esposa coronan un nuevo vencedor cada año en conmemoración de lo que sucedió ese día. —Arrojó la piedra de vuelta a sus hermanos en la orilla, el sonido resonando sobre el agua—. Así que vamos a entrenar, Feyre, hasta el último día posible. Porque nunca sabemos si solo una hora extra hará la diferencia.

Sopesé sus palabras, la historia de Nephelle. Me levanté y extendí mis alas.

—Entonces vamos a intentarlo de nuevo.

Gemí mientras entraba cojeando en nuestra habitación esa noche para encontrar a Rhys sentado en el escritorio, examinando más libros.

—Te advertí que Azriel es un duro bastardo —dijo sin mirarme. Levantó una mano y el agua gorgoteó en el cuarto de baño adyacente.

Gruñí un agradecimiento y caminé hacia la puerta del baño, apretando los dientes contra la agonía que sentía en mi espalda, mis muslos y mis huesos. Cada parte *dolía*, y como los músculos alrededor de las alas necesitaban renovarse tuve que *llevarlas* también. El único sonido más allá de mis pies cansados era su arrastre a lo largo de la madera y la alfombra. Contemplé el humeante baño el cual requeriría un poco de equilibrio para entrar y lloriqué.

Incluso el simple hecho de deshacerme de mi ropa implicaría el uso de la fuerza en los músculos que casi se había agotado.

Una silla raspó el suelo del dormitorio, seguida de un felino caminar, luego...

—Estoy seguro de que ya lo sabes, pero tienes que entrar en la bañera para limpiarte... no mirarla fijamente.

No tenía la fuerza suficiente para mirarlo, y me las arreglé para dar un paso hacia el agua cuando me atrapó.

Mi ropa desapareció, probablemente a la lavandería de abajo. Rhys me levantó en sus brazos, bajando suavemente mi cuerpo desnudo hacia el agua. Con las alas, el ajuste fue apretado, y...

Gemí desde lo más profundo de mi garganta al sentir el magnífico calor y no me molesté en hacer otra cosa que recostar mi cabeza contra la parte trasera de la bañera.

—Vuelvo enseguida —dijo y salió del cuarto de baño; poco después de la habitación.

En el momento que regresó, supe que me había quedado dormida gracias a la mano que me puso en el hombro.

—Fuera —dijo, pero me levantó él mismo, me secó con la toalla, y me llevó a la cama.

Me tendió boca abajo, noté los aceites y bálsamos que había puesto allí, el débil olor a romero y... algo que estaba demasiado cansada para notar, pero olía encantador para mí. Sus manos brillaban mientras aplicaba cantidades generosas a sus palmas, y entonces sus manos estaban sobre mí.

El gemido que solté fue muy poco digno mientras amasaba los doloridos músculos de mi espalda. Las áreas más adoloridas me arrancaban gemidos patéticos, pero él las frotaba suavemente, hasta que la tensión era más un dolor sordo que uno agudo y cegador.

Y entonces empezó con mis alas.

Era puro alivio y éxtasis, mis músculos se relajaron mientras aquellas áreas adoloridas eran masajeadas burlona y cariñosamente.

Los dedos de mis pies se curvaron, justo cuando alcanzó y apretó un punto sensible sobre mi estómago, sus manos se deslizaron hacia mis

pantorrillas. Comenzó un lento ascenso, cada vez más alto, subiendo por mis muslos, provocando ligeros toques burlones entre ellos que me dejaron jadeando por la nariz. Elevándose hasta que llegó a la parte trasera de mis muslos, donde su masaje era igualmente profesional y pecaminoso. Y luego hacia mi espalda baja, a mis alas.

Su toque se volvió diferente. Explorador. Trazos amplios y ligeros, arcos y remolinos, líneas ardientes.

Mi centro se calentó, fundiéndose y mordí mi labio mientras él frotaba ligeramente su pulgar, tan cerca de ese punto interno y sensible.

—Es una lástima que estés tan adolorida por el entrenamiento — reflexionó Rhys, trazando círculos lentos y perezosos.

Solo pude manejar un hilo de palabras que eran tanto una súplica como un insulto.

Se inclinó, su aliento calentando el espacio entre la piel de mis alas.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes la boca más sucia que he oído?

Murmuré más palabras que sirvieron de pruebas a esa afirmación.

Él rió entre dientes y rozó el borde de aquel punto sensible, justo cuando su otra mano se deslizó entre mis piernas.

Con descaro, levanté las caderas en una petición silenciosa. Pero él solamente dio vueltas con su dedo, tan lentas como los golpes a lo largo de mi ala. Besó mi columna vertebral.

—¿Cómo voy a hacerte el amor esta noche, Feyre querida?

Me retorcí, frotándome contra los pliegues de la sábana debajo de mí, desesperada por cualquier tipo de fricción mientras estaba colgada sobre el borde.

—Tan impaciente —ronroneó y deslizó un dedo dentro de mí.

Gemí, la sensación era demasiado, demasiado consumidora, con su mano entre mis piernas y la otra cada vez más cerca acariciando ese lugar en mi ala, un depredador rodeando a su presa.

—¿Seré capaz de detenerme? —reflexionó, más para sí mismo, mientras otro dedo se unía al que ya se deslizaba dentro y fuera de mí con

golpes burlones y perezosos—. Desearte... cada hora con cada respiración. No creo que pueda soportar mil años de esto. —Mis caderas se movieron contra él, instándolo a ir más profundo—. Piensa en cómo se desplomará mi rendimiento.

Le gruñí algo que probablemente *no* era muy romántico, y él se rió entre dientes. Hice un pequeño gemido de protesta.

Hasta que su boca reemplazó el lugar donde habían estado sus dedos, sus manos agarraron mis caderas para levantarme, para prestarle un mejor acceso mientras él se deleitaba conmigo. Gemí, el sonido amortiguado por la almohada, él solo cavo más profundo, burlándose y burlándose con cada golpe.

Un gemido bajo se resonó de mí, mis caderas rodando. El agarre de Rhys se tensó, manteniéndome cuidadosamente inmóvil.

—Nunca pude follarte en la biblioteca —dijo deslizando su lengua hasta mi centro—. Tendremos que remediar eso.

—Rhys. —Su nombre era una súplica en mis labios.

—Hmmm —fue todo lo que dijo, la vibración del sonido chocando contra mí... jadeé, manos en puños agarrando las sábanas.

Sus manos se alejaron de mis caderas por fin, y volví a respirar su nombre, en agradecimiento, alivio y anticipación de que por fin me diera lo que quería...

Pero su boca se cerró alrededor del haz de nervios en el ápice de mis muslos mientras su mano... Fue directamente a ese maldito lugar en el borde interior de mi ala izquierda y acarició ligeramente.

Mi clímax rasgó a través de mí en un grito ronco, enviándome volando fuera de mi cuerpo. Y cuando las réplicas temblorosas y la luz de las estrellas se desvanecieron...

Un perezoso agotamiento en los huesos se asentó sobre mí, permanente e interminable como el vínculo de apareamiento entre nosotros. Rhys se acurrucó detrás de mí, acomodando mis alas para poder acomodarme contra él.

—Ese fue un experimento divertido —murmuró en mi oído.

Podía sentirlo contra mi espalda, duro y listo, pero cuando quise llegar hacia él, los brazos de Rhys se apretaron a mi alrededor.

—Duerme, Feyre —me dijo.

Así que puse una mano en su antebrazo, disfrutando la fuerza en los músculos de su brazo mientras acurrucaba mi cabeza contra su pecho.

—Desearía tener más días como este para pasar contigo... Así —murmuré mientras mis párpados caían—. Solo tú y yo.

—Los tendremos. —Besó mi cabello—. Los tendremos.

Capítulo 30

Traducido por AnamiletG

Aún me dolía lo suficiente al día siguiente que tuve que avisarle a Cassian de que no entrenaría con él. O Azriel.

Un error, tal vez, dado que los dos se presentaron en la puerta de la casa de la ciudad en cuestión de minutos; el primero exigiendo qué infiernos estaba mal conmigo, el último con una lata de bálsamo para ayudar con los dolores en la espalda.

Le di las gracias a Azriel por el bálsamo y le dije a Cassian que se ocupara de sus propios asuntos.

Y luego le pedí que volara con Nesta hacia la Casa del Viento por mí, ya que ciertamente yo no podía llevarla; ni siquiera por unos cuantos metros después de haberme tamizado.

Mi hermana, al parecer, no había encontrado nada en sus libros sobre la reparación del muro... y ya que nadie le había mostrado la biblioteca... me ofrecí voluntariamente. Especialmente desde que Lucien se había ido antes del desayuno a una biblioteca de la ciudad para buscar algo en lo que se refería al arreglo del muro, una tarea que había estado más que dispuesta a entregar. Podría haberme sentido culpable por no haberle dado una vuelta por Velaris, pero... parecía ansioso. Más que ansioso, parecía que ansiaba dirigirse a la ciudad por su cuenta.

Los dos Ilirianos hicieron una pausa para observar a mis hermanas terminando de desayunar; Nesta con un vestido gris pálido que reflejaba el acero de los ojos, Elain en rosa polvoriento.

Ambos hombres se tensaron un poco. Pero Azriel esbozó una reverencia, mientras Cassian se dirigía a la mesa del comedor, alcanzando el hombro de Nesta para coger un panecillo de su canastilla.

—Buenos días, Nesta —dijo alrededor de una boca de arándano-limón—. Elain.

Las fosas nasales de Nesta se encendieron, pero Elain miró a Cassian, parpadeando dos veces.

—Te rompió las alas y te rompió los huesos.

Traté de excluir el sonido del grito de Cassian: el recuerdo de la sangre que rociaba.

Nesta miró su plato. Elain, al menos, estaba fuera de su habitación, pero...

—Costará más que eso matarme —dijo Cassian con una sonrisa que no le alcanzaba a los ojos.

—No, no es así —le dijo Elain a Cassian.

Las cejas oscuras de Cassian se estrecharon. Tracé una mano sobre mi rostro antes de ir hasta Elain y tocar su hombro demasiado huesudo.

— ¿Puedo llevarte al jardín? Las hierbas que has plantado van muy bien.

—Puedo ayudarla —dijo Azriel, acercándose a la mesa mientras Elain se levantaba en silencio. No había sombras a sus orejas, ninguna oscuridad envolviéndose en sus dedos mientras extendía una mano.

Nesta lo vigiló como un halcón, pero se mantuvo en silencio mientras Elain le tomaba la mano, y salieron.

Cassian terminó el pastelillo, lamiéndose los dedos. Podría haber jurado que Nesta observaba toda la escena entera con una mirada de soslayo. Él le sonrió como si también lo supiera.

— ¿Lista para volar, Nes?

—No me llames así.

La cosa equivocada para decir, por la forma en que los ojos de Cassian se iluminaron.

Elegí ese momento para tamizarme al cielo por encima de la Casa, riendo mientras el viento me llevaba por el mundo. Un poco de retribución hermana, supongo. Para la actitud de general de Nesta.

Afortunadamente, nadie vio mi aterrizaje ligeramente mejor en la terraza, y cuando Cassian apareció en el cielo, la oscura figura brilló como

bronce en el sol de la mañana, y me quité la suciedad y el polvo de mis pieles.

El rostro de mi hermana estaba enrojecido cuando Cassian la dejó caer. Luego se dirigió a las puertas de cristal sin mirar hacia atrás.

—De nada —dijo Cassian detrás de ella, más que un mordisco en su voz. Sus manos se apretaron y se aflojaron a sus costados, como si estuviera tratando de aflojar la sensación de ella de sus palmas.

—Gracias —le dije, pero Cassian no se molestó en decir adiós cuando se lanzó hacia el cielo y desapareció entre las nubes.

La biblioteca debajo de la Casa estaba sombreada, tranquila. Las puertas se abrieron para nosotros, del mismo modo que se habían abierto cuando Rhys y yo la habíamos visitado por primera vez.

Nesta no dijo nada, solo inspeccionó cada estantería, bicho y araña colgante mientras la llevaba hasta el nivel donde Clotho había encontrado esos libros. Le mostré la pequeña área de lectura donde había estado, y señalé a la mesa.

—Sé que Cassian se mete en tu piel, *pero* también tengo curiosidad. ¿Cómo *sabes* qué buscar sobre el muro?

Nesta pasó un dedo por el antiguo escritorio de madera.

—Simplemente lo sé.

—¿Cómo?

—No sé cómo. Amren me dijo que solo... viera si la información encajaba.

Y tal vez eso la asustaba. La intrigaba, pero la asustaba. Y no le había dicho a Cassian no por rencor, sino porque no deseaba revelar esa vulnerabilidad. Esa falta de control.

No presioné. Incluso mientras la miraba por un largo momento. No sabía cómo... cómo abordar ese tema, cómo preguntarle si estaba bien, si podía ayudarla. Nunca había sido cariñosa con ella, nunca la había abrazado. Besado su mejilla. No sabía por dónde empezar.

Así que solo dije:

—Rhys me dio un diseño de las estanterías. Creo que podría haber más sobre el Caldero y el muro unos cuantos niveles más abajo. Puedes esperar aquí, o...

—Te ayudaré a mirar.

Seguimos el sendero inclinado en silencio, el susurro del papel y el susurro ocasional de las túnicas de las sacerdotisas a lo largo de los suelos de piedra como únicos sonidos. Le expliqué en voz baja quiénes eran las sacerdotisas, por qué estaban aquí. Le expliqué que Rhys y yo planeábamos ofrecer un santuario a cualquier humano que pudiera llegar a Velaris.

Ella no dijo nada, más silenciosa y silenciosa a medida que bajábamos, ese pozo negro a mi derecha parecía hacerse más grueso a medida que avanzábamos.

Pero llegamos a un camino de estanterías que se desviaba hacia la montaña en un largo pasillo, las luces parpadeaban a la vida dentro de los globos de vidrio a lo largo de la pared a medida que pasábamos. Nesta exploró los estantes mientras caminábamos, y leí los títulos, un poco más lentamente, todavía necesitando un poco de tiempo para procesar lo que era el instinto para mi hermana.

—No sabía que no podías leer —dijo Nesta mientras se detenía ante una sección indescriptible, notando la forma en que silenciaba las palabras de un título—. No sabía dónde estabas en tus lecciones, cuando todo sucedió. Supuse que podías leer tan fácilmente como nosotras.

—Bueno, no podía.

— ¿Por qué no nos pediste que te enseñemos?

Tracé un dedo por una hilera de espinas.

—Porque dudaba que estuvieras de acuerdo en ayudar.

Nesta se tensó como si la hubiera golpeado, la frialdad floreció en esos ojos. Tiró de un libro de un estante.

—Amren dijo que Rhysand te enseñó a leer.

Mis mejillas se calentaron.

—Así fue.

Y allí, en lo más profundo del mundo, con solo oscuridad por compañía, le pregunté:

—¿Por qué apartas a todo el mundo, excepto a Elain? — *¿Por qué siempre me has apartado?*

Un poco de emoción centelleó en sus ojos. Su garganta se sacudió. Nesta cerró los ojos por un momento, respirando bruscamente.

—Porque...

Las palabras se detuvieron.

Lo sentí en el mismo momento en que ella lo hizo.

La ondulación y el temblor. Como... como una pieza del mundo cambiada, como si se hubiera arrastrado un poco de cuerda.

Nos volvimos hacia el sendero iluminado que acabábamos de atravesar por entre las estanterías, luego hacia la oscuridad de más allá.

Las luces a lo largo del techo comenzaron a chisporrotear y morir. Una a una.

Más cerca y más cerca de nosotras.

Solo tenía un cuchillo Iliriano a mi lado.

—¿Qué es eso... —exhaló Nesta.

—Corre —fue todo lo que dije.

No le di la oportunidad de objetar mientras la cogía por el codo y corría hacia las estanterías que había delante. Luces Fae parpadeaban a la vida cuando pasamos, solo para ser devorados por la oscuridad que surgía tras nosotras.

Lenta... mi hermana era tan malditamente lenta con su vestido, su ausencia general de ejercicio...

Rhys.

Nada.

Si las guardas alrededor de la Prisión eran lo suficientemente gruesas para evitar la comunicación... Tal vez lo mismo se aplicaba aquí.

Se avecinaba una pared, una con un vestíbulo delante. Una segunda pendiente: izquierda levantada, derecha declinada...

La Oscuridad se desprendió desde arriba. Pero la penumbra de tinta conducía más profundo... fresco y abierto.

Fui a la derecha.

—Más rápido —le dije. Si pudiéramos guiar a quienquiera que fuera más profundo, tal vez podríamos reducirlo o enviarlo directamente al pozo. Yo podría tamizar...

Tamizarme. Podría tamizarme *ahora*...

Agarré el brazo de Nesta.

Justo cuando la oscuridad detrás de nosotros se detuvo, y dos Alto Fae surgieron de ella. Ambos varones.

Uno de cabello oscuro, uno de cabello claro. Ambos en chaquetas grises bordadas con hilo de un blanco hueso.

Conocía su escudo de armas en el hombro superior derecho. Conocían sus ojos muertos.

Hiberno. Hiberno estaba *aquí*...

No me moví lo bastante rápido y uno de ellos lanzó un soplo de aliento hacia nosotras. Entonces el polvo azulado de veneno fae roció mis ojos, mi boca, y mi magia se extinguió.

El jadeo de Nesta me dijo que sentía algo similar.

Pero fue en mi hermana en quien se concentraron los dos mientras yo retrocedía, con lágrimas producidas por el polvo en mis ojos, escupiendo el veneno fae. Me aferré a su brazo, tratando de tamizarme. Nada.

Detrás de ellos, una sacerdotisa encapuchada cayó al suelo.

—Fue demasiado fácil entrar en sus mentes una vez nuestro amo nos dejó pasar por las guardas —dijo uno de ellos, el hombre de cabello oscuro—. De hacerles creer que éramos eruditos. Habíamos planeado venir por ti... Pero parece que tú nos encontraste primero.

Hablaban con mi hermana. El rostro de Nesta estaba casi blanco, aunque sus ojos no mostraban miedo.

— ¿Quiénes sois?

El de cabello blanco sonrió ampliamente cuando se acercaron.

—Somos los Cuervos del rey. Sus ojos a distancia y sus garras. Y hemos venido a llevarte de regreso.

El rey, su amo. Él... Santa Madre.

¿Estaba el rey aquí... en Velaris?

Rhys. Golpeé una mano mental en el vínculo. Una y otra vez. *Rhys.*

Nada.

Nesta empezó a respirar rápidamente. Las espadas colgaban a ambos lados, dos por cada uno. Sus hombros eran anchos, los brazos lo suficientemente anchos como para indicar que el músculo llenaba esas finas ropas.

—No te la llevarás a ninguna parte —dije, apretando el cuchillo.

¿Cómo lo había logrado el rey? ¿Llegar aquí sin ser notado, y fracturar nuestras guardas? Y si estaba en Velaris... alejé mi terror ante la idea. En lo que podría estar haciendo más allá de esta biblioteca, invisible y oculto...

—También eres un premio inesperado —dijo el pelinegro—, pero tu hermana... —Lanzó una sonrisa que mostró todos sus dientes demasiado blancos—. Tomaste algo de ese Caldero, muchacha. El rey lo quiere de regreso.

Por eso el Caldero no podía romper el muro. No porque su poder estuviera gastado.

Sino porque Nesta había robado demasiado.

Capítulo 31

Traducido por AnamiletG

Coloqué mis opciones ante mí.

Dudaba que los Cuervos del rey fueran tan estúpidos como para seguir hablando el tiempo suficiente para que mis poderes regresaran. Y si el rey estaba de verdad aquí... tenía que advertir a todo el mundo. *Inmediatamente.*

Me dejaba con tres opciones.

Luchar en un combate cuerpo a cuerpo con un cuchillo, cuando ellos estaban armados con dos y eran lo suficientemente musculosos para saber cómo usarlos.

Hacer una carrera, y tratar de salir de la biblioteca, y arriesgar las vidas y a más trauma a las sacerdotisas en los niveles superiores.

O...

Nesta les estaba diciendo:

—Si quiere lo que tomé, puede venir a buscarlo él mismo.

—Está demasiado ocupado para molestar —murmuró el hombre de cabello blanco, avanzando otro paso.

—Por lo visto tú no.

Agarré los dedos de Nesta con mi mano libre. Ella me miró.

Necesito que confíes en mí, traté de transmitirle.

Nesta leyó la emoción en mis ojos, y me dio la más mínima inclinación de la barbilla.

—Han cometido un grave error venir aquí. A *mi* casa —les dije.

Ellos rieron.

una CORTE de ALAS y RUINA

Les devolví la sonrisa cuando les dije:

—Y espero que les destripe hasta meras tiras sangrientas.

Entonces corrí, llevándome a Nesta conmigo. No hacia los niveles superiores.

Sino hacia abajo.

Hacia la oscuridad eterna del pozo en el corazón de la biblioteca.

Y a los brazos de lo que acechaba dentro.

Alrededor y abajo, alrededor y abajo...

Los estantes, el papel, los muebles, la oscuridad, el olor a moho y humedad, el espesamiento del aire, la oscuridad como rocío sobre mi piel...

Nesta tenía el aliento hundido, sus faldas rozaban con cada paso que tomábamos.

Tiempo. Solo era cuestión de tiempo antes de que una de esas sacerdotisas se pusiera en contacto con Rhys.

Pero incluso un minuto podría ser demasiado tarde.

No había elección. Ninguna.

Luces faes aparecieron delante.

Una risa baja y espantosa se deslizó detrás de nosotros.

—No es tan fácil, ¿verdad? Encontrar el camino en la oscuridad.

—No te detengas —jadeé a Nesta, arrojándonos más lejos en la oscuridad.

Sonó un chirrido agudo. Como garras sobre piedra. Uno de los Cuervos canturreó:

— ¿Saben lo que les pasó... a las reinas?

—Continúa —exhalé, apretando una mano contra la pared para permanecer enraizada.

Pronto, llegaríamos al fondo pronto, y entonces... entonces enfrentaríamos un horror tan terrible que Cassian no hablaba de ello.

El menor de dos males, o el peor de ellos.

—La más joven, esa perra de rostro apretado, entró primero en el Caldero. Prácticamente le dio patadas a las demás para que entraran después de ver lo que le hizo a ti y a tu hermana.

—No te detengas —repetí cuando Nesta tropezó—. Si me caigo, *corre*.

Esa no fue una elección que necesitara debatir. No me asustó. Ni por un segundo.

El sonido de piedra siendo rastrillada por un conjunto de garras resonó.

—Pero el Caldero... Oh, *sabía* que algo le había sido tomado. No era sensible, pero... lo sabía. Estaba furioso. Y cuando entró esa joven reina...

Los Cuervos se echaron a reír. Se rieron mientras la pendiente se nivelaba y nos encontrábamos en el fondo de la biblioteca.

—Oh, le dio su inmortalidad. La hizo Fae. Pero como algo le había sido arrebatado... el Caldero tomó lo que ella más valoraba. Su juventud. —Volvieron a reír—. Una joven entró... pero una vieja marchita salió.

Y de las catacumbas de mi memoria, sonaba la voz de Elain: *Vi las manos jóvenes marchitas con la edad*.

—Las otras reinas no entraron al Caldero por el terror del mismo acontecimiento. Y la más joven... Oh, deberías oír cómo habla, Nesta Archeron. Las cosas que *ella* quiere hacer contigo cuando Hiberno haya terminado...

Cuervos mellizos se acercan.

Elain lo sabía. *Lo había sentido*. Había intentado avisarnos.

Aquí había pilas antiguas. O, por lo menos, los sentí cuando nos topamos con innumerables bordes duros en nuestra ciega carrera. ¿Dónde estaba, *dónde* estaba...?

Más profundamente en la oscuridad, corrimos.

—Nos estamos aburriendo de esta búsqueda —dijo uno de ellos—. Nuestro maestro está esperando a que te llevemos de vuelta.

Resoplé lo suficiente como para que oyeran.

—Me sorprende de que él pudiera reunir la fuerza para romper las guardas... parece que necesita que tesoro de objetos mágicos hagan el trabajo por él.

Eso siseó, las garras se arrastraron más fuertemente.

— ¿De quién crees que era el libro de hechizo que Amarantha robó hace muchas décadas? ¿Quién sugirió la diversión de pegar las máscaras a los rostros de Primavera como castigo? Otro pequeño hechizo, el que utilizó hoy para atravesar las barreras de este lugar. Solo una vez podría ser empuñado, una pena.

Estudié el débil goteo de luz que podía distinguir: lejos y alto.

—Corre hacia la luz —le dije a Nesta—. Yo los retendré.

—No.

—No trates de ser noble, si eso es lo que estás susurrando —uno de los Cuervos gritó por detrás—. De todos modos, las atraparemos a las dos.

No teníamos tiempo, para que nos encontrara lo que sea que estuviera aquí abajo. No teníamos tiempo...

—*Corre* —exhalé—. Por favor.

Ella dudó.

—*Por favor* —le supliqué, mi voz rompiéndose.

Nesta me apretó la mano una vez.

Y entre un suspiro y el siguiente, se lanzó a un lado, hacia el centro del pozo. Hacia la luz de arriba.

—¿Qué ...? —murmuró uno de ellos, pero yo golpeé.

Cada hueso de mi cuerpo ladró de dolor cuando me estrellé contra una de las estanterías. Entonces otra vez. Y otra vez.

Hasta que esta se tambaleó y cayó, colapsando sobre la que estaba al lado. Y la siguiente. Y la siguiente.

Bloqueando el camino por el que se había ido NESTA.

Y cualquier posibilidad de mi salida, también. La madera gimió y chasqueó, los libros golpearon la piedra.

Pero adelante...

Abrí y palmeé la pared mientras me zambullía más lejos sobre el suelo hueco. Mi magia era una cáscara en mis venas.

—La atraparemos, no te preocupes —uno de ellos canturreó—. No quisiera que las queridas hermanas estuvieran separadas.

¿Dónde estás, donde estás, dónde estás?

No vi la pared delante de mí.

Mis dientes cantaron cuando choqué de frente. Di palmadas a ciegas, buscando una ruptura, una esquina...

La pared seguía por delante. Callejón sin salida. Si fuera un callejón sin salida...

—Ningún lugar a donde ir, Señora —dijo uno de ellos.

Seguí moviéndome, apretando los dientes, midiendo el poder todavía congelado dentro de mí. Ni siquiera una brasa para convocar y encender el camino, para mostrar dónde estaba...

Para mostrar cualquier agujero adelante...

El terror de ello tenía a mis huesos bloqueándose. No. No, seguir adelante, seguir adelante...

Extendí la mano, desesperada por una estantería que agarrar. Seguramente no pondrían una estantería cerca de un agujero en la tierra...

La negrura vacía se encontró con mis dedos, se deslizó entre ellos.
Una y otra vez.

Tropecé un paso.

El cuero encontró mis dedos: cuero sólido. Busqué a tientas, con las duras espinas de los libros encontrando mis palmas, y mordí mi sollozo de alivio. Una cuerda de salvamento en un mar violento; seguí palpando mi camino por la estantería, corriendo ahora. Terminó demasiado pronto. Di otro paso ciego hacia delante, me acerqué a una esquina de otra pila. Justo cuando los Cuervos sisearon con disgusto.

El sonido decía bastante.

Me habían perdido... por un momento.

Avancé lentamente, manteniendo mi espalda contra un estante, calmando mis pulmones hasta que mi respiración se volvió casi silenciosa.

—Por favor —exhalé en la oscuridad, apenas más que un susurro—. Por favor, ayúdame.

A lo lejos, un *auge* se estremeció a través del antiguo suelo.

—Gran Señora de la Corte Oscura —cantó uno de los Cuervos—. ¿Qué clase de jaula construirá nuestro rey para ti?

El miedo me mataría, el miedo...

Una suave voz susurró en mi oído:

— *¿Sois la Gran Señora?*

La voz era joven y vieja, horrible y hermosa.

—Si-sí —susurré.

No sentía calor corporal, no detectaba presencia física, pero... Lo sentía detrás de mí. Incluso con mi espalda contra la estantería, sentí la masa al acecho detrás de mí. A mí alrededor. Como una mortaja.

—Podemos olerte —dijo el otro Cuervo—. Cómo se enfurecerá tu compañero cuando descubra que te hemos cogido.

—Por favor —dije a la cosa agachada detrás de mí, sobre mí.

— ¿Qué me daréis?

Una pregunta tan peligrosa. Nunca hagas un trato, me había advertido Alis una vez antes Bajo la Montaña. Incluso si los tratos que había hecho... nos habían salvado. Y me habían llevado a Rhys.

— ¿Qué deseas?

Uno de los Cuervos dijo:

— ¿Con quién está hablando?

—La piedra y el viento lo escuchan todo, lo cuentan todo. Sus susurros han dicho sobre vuestro deseo de controlar al Carver. De intercambiar.

Mi aliento llegó duro y rápido.

— ¿Qué pasa con eso?

—Lo conocí una vez... hace mucho tiempo. Antes de que tantas cosas rastrearan la tierra.

Los Cuervos estaban cerca... demasiado cerca cuando uno de ellos siseó:

— ¿Qué está murmurando?

— ¿Conoce un hechizo, como el maestro?

Susurré a la oscuridad que se escondía detrás de mí:

— ¿Cuál es tu precio?

Los pasos de los Cuervos sonaban tan cerca que no podían estar a más de veinte pies de distancia.

— ¿Con quién estás hablando? —preguntó uno de ellos.

—Compañía. Envíame compañía.

Abrí la boca, pero luego dije:

— ¿Para... comer?

Soltó una risa que hizo que mi piel se erizara.

—Para contarme de la vida.

de ALAS

una CORTE y RUINA

El aire se desplazó, mientras los Cuervos de Hiberno se acercaban.

—Ahí estás —dijo uno.

—Es un trato —exhalé. La piel a lo largo de mi antebrazo izquierdo hormigueó. La cosa detrás de mí... Podría haber jurado que lo sentí sonreír.

— ¿Debo matarlos?

—P-por favor.

La luz chisporroteó ante mí, y parpadeé ante la cegadora bola de luz fae.

Primero vi a los Cuervos mellizos, las luces faes a sus hombros, iluminando el camino para que me cogiesen.

Su atención se dirigió a mí. Luego se levantó sobre mi hombro. Por encima de mi cabeza.

El terror absoluto, sin filtrar, llenó sus rostros. A lo que estaba detrás de mí.

—Cierra los ojos —ronroneó la cosa en mi oído.

Obedecí, temblando.

Entonces todo lo que oí fueron gritos.

Chillidos agudos y suplicantes. Huesos chasqueando, salpicaduras de sangre como la lluvia, rasgones de tela, y gritos y *gritos*...

Cerré los ojos tan fuerte que me dolieron. Los apreté tan fuerte que temblaban.

Entonces unas manos cálidas y ásperas me cogieron, y la voz de Cassian me dijo al oído:

—No mires. *No mires.*

No lo hice. Dejé que me llevara lejos. Justo cuando sentí que Rhys llegaba. Lo sentí aterrizar en el suelo de la fosa tan fuerte que toda la montaña se estremeció.

Entonces abrí los ojos. Lo encontré caminando a zancadas hacia nosotros, la noche ondulándole, tal furia en su rostro...

—Sácalas de aquí. —La orden fue dada a Cassian.

Los gritos seguían estallando detrás de nosotros.

Me lancé hacia Rhys, pero ya se había ido, una nube de oscuridad se extendía tras él.

Para proteger la vista de lo que había encontrado.

Sabiendo que yo miraría.

Los gritos se detuvieron.

En el terrible silencio, Cassian me sacó, directo hacia el centro del pozo en penumbra. Nesta estaba de pie, con los brazos a su alrededor y los ojos muy abiertos.

Cassian le tendió un brazo. Como si estuviera en trance, caminó directamente a su lado. Sus brazos se apretaron alrededor de nosotros dos, sus Sifones flamearon, ahuyentando la oscuridad con luz roja.

Luego nos lanzamos hacia el cielo.

Justo cuando los gritos comenzaron de nuevo.

Capítulo 32

Traducido por Anamilet

Cassian nos dio una copa de brandy. Un vaso alto.

Sentada en un sillón de la biblioteca familiar en lo alto, Nesta bebió la suya de un trago.

Recogí la silla frente a ella, tomé un sorbo, me estremecí ante el gusto, y quise colocarlo en la mesa baja entre nosotros.

—Sigue bebiendo —ordenó Cassian. La ira no era hacia mí.

No, era hacia lo que estaba debajo. Lo que había pasado.

— ¿Estás herida? —me preguntó Cassian. Cada palabra era recortada, brutal.

Sacudí la cabeza.

Pero no le preguntó a Nesta... debió haberla encontrado primero. Comprobado por sí mismo.

Empecé:

—Es el rey... la ciudad...

—No hay señales de él. —Un músculo se movió en su mandíbula.

Nos sentamos en silencio. Hasta que Rhys apareció entre las puertas abiertas, las sombras arrastrándose a su paso.

La sangre le cubría las manos, pero nada más.

Tanta sangre, un rubí brillante en el sol de medianoche.

Como si los hubiese agarrado con las manos desnudas.

Sus ojos estaban completamente congelados de rabia.

Pero se sumergieron en mi brazo izquierdo, la manga sucia pero todavía enrollada...

Como una delgada banda de hierro negro alrededor de mi antebrazo, un tatuaje ahora yacía allí.

Es costumbre en mi corte que los tratos estén permanentemente marcadas en la carne, Rhys me lo había dicho Bajo la Montaña.

—¿Qué le diste? —No había oído esa voz desde esa visita a la Corte de Pesadillas.

—Eso... eso dijo que quería compañía. Alguien que le contara sobre la vida. Dije que sí.

—¿Te has ofrecido voluntariamente?

—No. —Dejé el resto del brandy en la mesa, su cara estaba congelada—. Solo dijo *alguien*. Y no especificó *cuándo*.

Hice una mueca ante la sólida banda negra, no más gruesa que el ancho de mi dedo, interrumpida solo por dos esbeltos huecos cerca del lado de mi antebrazo. Traté de levantarme, ir a él, tomar esas sangrientas manos. Pero mis rodillas aún oscilaban lo suficiente como para no poder moverme.

—¿Están muertos los Cuervos del rey?

—Casi lo estaban cuando llegué. Dejé suficiente de sus mentes funcionando para que pudiera echar un vistazo. Y terminarlos cuando esté listo.

Cassian estaba como una piedra, mirando entre las manos ensangrentadas de Rhys y sus ojos helados.

Pero fue a mi hermana a quien mi compañero se volvió.

—Hiberno te caza por lo que tomaste del Caldero. Las reinas te quieren muerta por venganza, por robarles la inmortalidad.

—Lo sé. —La voz de Nesta era ronca.

— ¿Que tomaste?

—No lo sé. —Las palabras eran apenas más que un susurro—. Ni Amren puede entenderlo.

Rhys la miró fijamente. Pero Nesta me miró, y podría haber jurado que el miedo brillaba allí, y la culpa y... algún otro sentimiento.

—Me dijiste que corriera.

—Eres mi hermana —fue todo lo que dije. Una vez había intentado cruzar el muro para salvarme.

Pero ella empezó:

—Elain...

—Elain está bien —dijo Rhys—. Azriel estaba en la casa de la ciudad. Lucien regresó, y Mor casi está allí. Ellos saben de la amenaza.

Nesta apoyó la cabeza contra el cojín del sillón, parecía un poco deshuesada.

—Hiberno se infiltró en nuestra ciudad. De nuevo —le dije a Rhys.

—El cabrón se aferró a ese hechizo fugaz hasta que realmente lo necesitó.

—¿Un hechizo fugaz?

—Un hechizo de un gran poder, capaz de ser empuñado solo una vez... con gran efecto. Uno capaz de escindir las guardas... Debe haber estado esperando su momento.

—¿Y las guardas...?

—Amren está adaptándolas a esas cosas. Y luego comenzará a recorrer esta ciudad para ver si el rey también dejó algún otro compinche antes de que desapareciera.

Debajo de la fría furia, había un tono tan afilado que dije:

— ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —respondió verbalmente, como si ya no pudiera distinguir entre los dos—. Lo que pasa es que esos pedazos de *mierda* entraron en mi casa y atacaron a mi *compañera*. Lo que está mal es que mis malditas guardas trabajaron contra mí, y tuviste que hacer un trato con esa *cosa* para evitar que te cogieran. ¿Qué pasa...?

—Cálmate —dije en voz baja, pero no débilmente.

Sus ojos brillaban, como un rayo que había golpeado un océano. Pero él inhaló profundamente, dejando salir el aliento a través de su nariz, y sus hombros se aflojaron, solo un poco.

— ¿Viste lo que era... esa cosa de allá abajo?

—Me la imagine lo bastante como para cerrar los ojos —dijo—. Solo los abrí cuando se había alejado de sus cuerpos.

La piel de Cassian se había vuelto grisácea. Lo había visto. Lo había vuelto a ver. Pero no dijo nada.

—Sí, el rey superó nuestras defensas —le dije a Rhys—. Sí, las cosas salieron mal. Pero no salimos lastimados. Y los Cuervos revelaron algunas piezas clave de información.

Poco riguroso, me di cuenta. Rhys había sido descuidado al matarlos. Normalmente, los habría mantenido vivos para que Azriel los interrogara. Pero había tomado lo que necesitaba, rápida y brutalmente, y lo había terminado. Había mostrado más moderación con respecto al Attor...

—Ahora sabemos por qué el Caldero no funciona en toda su fuerza —continué—. Sabemos que Nesta es más una prioridad para el rey que yo.

Rhys reflexionó sobre eso.

—Hiberno mostró parte de su mano, trayéndolos aquí. Debe tener una pizca de duda sobre su conquista si se ha tomado el riesgo.

Nesta parecía que iba a enfermar. Cassian volvió a llenar su vaso sin decir palabra. Pero pregunté:

— ¿Cómo... cómo supiste que estábamos en problemas?

—Clotho —dijo Rhys—. Hay una campana en la biblioteca. Ella la tocó, y nos alcanzó a todos nosotros. Cassian llegó primero.

Me preguntaba qué había pasado en esos momentos iniciales, cuando había encontrado a mi hermana.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Rhys me envió la imagen, sin duda cortesía de Cassian.

Pánico y rabia. Eso era todo lo que él había conocido cuándo se lanzó hacia el corazón del pozo, lanzándose a esa antigua oscuridad que lo había sacudido hasta su médula.

Nesta estaba allí... y Feyre.

Fue la primero que vio, saliendo a trompicones desde la oscuridad, con los ojos muy abiertos, su temor una espiga que azotaba su rabia en algo tan agudo que apenas podía respirar...

Dejó escapar un pequeño sonido animal, como un ciervo herido, al verlo. Cuando aterrizó con tanta fuerza sus rodillas saltaron.

No dijo nada mientras Nesta se lanzaba hacia él, su vestido sucio y desaliñado, sus brazos extendidos hacia él. Él abrió los suyos para ella, incapaz de detener su acercamiento, su alcance...

Ella agarró sus pieles en su lugar.

—Feyre —dijo con voz ronca, señalando detrás de ella con una mano libre, sacudiéndolo firmemente con el otro. Fuerza, tal fuerza sin explotar en ese cuerpo esbelto y hermoso—. Hiberno.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Sacó su espada, y entonces Rhys se dirigía hacia ellos, su poder como una maldita erupción volcánica. Cassian cargó adelante en la oscuridad, siguiendo el grito...

Me aparté, no queriendo ver más. Ver lo que Cassian había presenciado allí.

Rhys se acercó a mí, y levantó una mano para cepillarme el cabello, pero se detuvo al ver la sangre que crujía en sus dedos. En su lugar estudió el tatuaje que ahora manchaba mi brazo izquierdo.

—Mientras no tengamos que invitarlo a la cena del solsticio, puedo vivir con eso.

— ¿Puedes vivir con eso? —Levanté las cejas.

Un fantasma de una sonrisa, incluso con todo lo que había sucedido, lo que ahora se encontraba ante nosotros.

—Por lo menos ahora si uno de ustedes se comporta mal, conozco el castigo perfecto. Bajar allí para hablar con esa cosa durante una hora.

Nesta frunció el ceño con disgusto, pero Cassian soltó una risa oscura.

—Voy a limpiar baños, gracias.

—Tu segundo encuentro preció menos angustioso que el primero.

—Esta vez no estaba tratando de comerme. —Pero las sombras aún le oscurecían los ojos.

Rhys los vio también. Los vio y dijo en voz baja, otra vez con la voz del Gran Señor:

—Advierte a quien necesite saber que permanezca dentro de casa esta noche. Nada de niños en las calles al atardecer, ninguno de los palacios permanecerá abierto después de la salida de la luna. Cualquier persona en las calle enfrentara las consecuencias.

—¿De qué? —pregunté, el licor en mi estómago ardiendo.

La mandíbula de Rhys se apretó y examinó la brillante ciudad que había más allá de las ventanas.

—De Amren en cacería.

Elain estaba acurrucada junto a una Mor demasiado casual en el sofá de la sala de estar cuando llegamos a la casa de la ciudad. Nesta pasó por delante de mí, directo a Elain, y tomó un asiento a su otro lado, antes de girar su atención a donde estábamos en el vestíbulo. Esperando, de alguna manera percibiendo la reunión que estaba a punto de desplegarse.

Lucien, parado junto a la ventana delantera, se volvió mirando la calle. Monitoreando. Una espada y una daga colgaban de su cinturón. Ningún humor, ningún calor adornaba su rostro, solo una determinación feroz y sombría.

—Azriel está bajando del tejado —dijo Rhys a ninguno de nosotros en particular, apoyándose contra el arco en la sala de estar y cruzando los brazos.

Y como si lo hubiese llamado, Azriel salió de un rincón de sombra por las escaleras y nos escudriñó de la cabeza a los pies. Sus ojos se posaron en la sangre que seca en las manos de Rhys.

Tomé un lugar en el poste opuesto de la entrada mientras Cassian y Azriel permanecían entre nosotros.

Rhys se quedó callado un momento antes de decir:

—Las sacerdotisas guardarán silencio sobre lo que pasó hoy. Y la gente de esta ciudad no sabrá por qué Amren se está preparando para cazar. No podemos darnos el lujo de dejar que los otros Grandes Señores lo sepan. Les desestabilizaría y desestabilizaría la imagen que hemos trabajado tan duro para crear.

—El ataque a Velaris —contestó Mor desde su lugar en el sofá—, ya demostró que somos vulnerables.

—Ese fue un ataque sorpresa, que manejamos rápidamente —dijo Cassian, sus Sifones parpadeando—. Az se aseguró de que la información saliera *representándonos* como vencedores, capaz de derrotar cualquier desafío que Hiberno nos lance.

—Hemos hecho eso hoy —dije.

—Es diferente —dijo Rhys—. La primera vez, tuvimos el elemento de su sorpresa para disculparnos. Esta segunda vez... nos hace parecer desprevenidos. Vulnerables. No podemos arriesgarnos a que eso se sepa antes de la reunión en diez días. Así que por todas las apariencias, permaneceremos imperturbables mientras nos preparamos para la guerra.

Mor se hundió contra los cojines del sofá.

—Una guerra en la que no tenemos aliados a parte de Keir, ya sea en Prythian o más allá.

Rhys le dirigió una mirada aguda. Pero Elain dijo en voz baja:

—La reina puede venir.

Silencio.

Elain miraba fijamente la chimenea apagada, con los ojos perdidos en aquella vaga turbidez.

— ¿Qué reina? —dijo Nesta, con más fuerza de la que solía hablarle a nuestra hermana.

—La que fue maldecida.

—Maldita por el Caldero —aclaré a Nesta, apartándome del arco—. Cuando esté hizo su rabieta después de que tú...te fueras.

—No. —Elain me estudió, luego a ella—. Ésa no. La otra.

Nesta tomó un respiro firme, abriendo la boca para llevar a Elain arriba o seguir adelante.

Pero Azriel preguntó suavemente, dando un solo paso por encima del umbral y entrando en la sala de estar:

— ¿Qué otra?

Elain frunció el ceño.

—La reina... con las plumas de fuego.

El Shadowsinger inclinó la cabeza.

Lucien murmuró, con el ojo fijo en Elain.

—¿Deberíamos... necesita...?

—No necesita nada —respondió Azriel sin mirar a Lucien.

Elain miraba fijamente al maestro de espías, sin pestañear.

—Somos nosotros los que necesitamos... —Azriel se trastabilló—, una vidente —dijo, más para sí mismo que para nosotros—. El Caldero te hizo vidente.

Capítulo 33

Traducido por Mais

Vidente.

La palabra me recorrió el cuerpo.

Ella lo había sabido. Le había *advertido* a Nesta acerca de los Cuervos. Y en el caos del ataque, esa pequeña realización se había deslizado de mí. Deslizado de mí mientras la realidad y el sueño se deslizaba y entrelazaba en Elain. *Vidente.*

Elain se volteó hacia Mor, quien ahora estaba mirando boquiabierta a mi hermana desde su sitio al lado de ella en el sofá.

— ¿Eso es lo que es esto?

Y las palabras, el tono... sonaban tan *normales*, que mi pecho se apretó.

La mirada de Mor se lanzó hacia el rostro de mi hermana, como si pesara las palabras, la pregunta, la verdad o la mentira.

Mor finalmente parpadeó, su boca se dividió. Como si esa magia de ella finalmente hubiera resuelto algún rompecabezas. Lentamente, claramente, ella asintió. Lucien se deslizó silenciosamente en una de las sillas ante la ventana, ese ojo de metal zumbando mientras vagaba sobre mi hermana.

Tenía sentido, supuse, que Azriel mismo la hubiera escuchado. El hombre que había escuchado cosas que otros no podían... tal vez él también había sufrido como Elain lo había hecho antes que entendiera qué don poseía.

— ¿Hay otra reina? —le preguntó a Elain.

Elain entrecerró los ojos, como si la pregunta requiriera algo de clarificación interna, algún... camino que mirar en la dirección correcta a lo que sea que se había adherido y plagado a ella.

—Sí.

—La sexta reina —exhaló Mor—. La reina, quién la rubia dijo que no estaba enferma...

—Ella dijo que no confiemos en las otras reinas por eso —agregué.

Apenas las palabras dejaron mi boca... era como volver de una pintura para ver la imagen completa. De cerca, las palabras habían sido confusas y desordenadas. Pero a distancia...

—Tú lo robaste del Caldero —dije a Nesta, quien parecía lista para saltar entre nosotros y Elain—. Pero, ¿y si el Caldero le *dio* algo a Elain?

El rostro de Elain se quedó sin color.

— ¿Qué?

Igualmente pálido, Lucien pareció inclinado a hacer eco de la ronca pregunta de Nesta.

Pero Azriel asintió.

—Tú lo sabías —le dijo a Elain—, lo de la joven reina convertida en una anciana.

Elain parpadeó y parpadeó, sus ojos aclarándose de nuevo. Como si el entendimiento, *nuestro* entendimiento... la hubiera liberado de cualquier reino oscuro en el que había estado.

— ¿La sexta reina está viva? —preguntó Azriel, calmado y tranquilo, la voz del espía del Gran Señor, el que había roto enemigos y encantando aliados.

Elain inclinó su cabeza, como si escuchara una voz interna.

—Sí.

Lucien solo miró fijamente a mi hermana, como si nunca la hubiese visto antes. Volteé mi rostro hacia Rhys.

¿Un aliado potencial?

de ALAS

una CORTE y RUINA

No lo sé, respondió. Si las otras la maldijeron...

— ¿Qué clase de maldición? —preguntó mi compañero antes de siquiera haber terminado de hablarme.

Elain movió su rostro hacia él. Otro parpadeo.

—Ellas la vendieron... a... a alguna oscuridad, a algún... Lord encantado... —Sacudió su cabeza—. Nunca puedo verlo. Lo que él es. Hay una caja de ónix que él posee, más vital que cualquier cosa... a salvo por ellos. Las mujeres. Mantiene otras mujeres, otras como ella, pero ella... de día es de una forma; de noche, humana de nuevo.

—Un ave de plumas de fuego —dije.

—Ave de fuego de día —meditó Rhys—, mujer de noche... ¿así que está cautiva por este Lord encantado?

Elain sacudió su cabeza.

—No lo sé. La escuché... su grito. Con ira. Completa ira... —Se estremeció.

Mor se inclinó hacia adelante.

—¿Sabes por qué las otras reinas la maldijeron... la vendieron a él? —Elain estudió la mesa. —No. No... todo es niebla y sombra.

Rhys soltó un respiro.

—Las mantiene a todas en el lago.

— ¿A otras mujeres como ella?

—Sí... y no. Sus plumas son blancas como la nieve. Relucen por encima del agua, mientras ella rabea a través de los cielos por encima de él.

— ¿Qué información tenemos de esta sexta reina? —le dijo Mor a Rhys.

—Poco —respondió Azriel por él—. Sabemos poco. Joven, en algún lugar entre los veintitantos. Scythia está al otro lado del muro, al este. Es el reino más pequeño entre los de las reinas humanas, pero rico en negocio y armas. Ella se hace llamar Vassa, pero nunca obtuvo un reporte con su nombre completo.

Rhys lo consideró.

—Ella debe de haber implicado una amenaza considerable para las reinas si estas se volvieron en contra de ella. Y considerando su agenda...

—Si podemos encontrar a Vassa —interrumpí—, ella podría ser vital en convencer a las fuerzas humanas a luchar. Y darnos un aliado en el continente.

—Si podemos encontrarla —dijo Cassian, situándose al lado de Azriel, sus alas resplandeciendo ligeramente—. Podría tomar meses. Sin mencionar, enfrentar al hombre que la tiene cautiva podría ser más difícil de lo esperado. No podemos permitirnos todos esos riesgos potenciales. O el tiempo que llevaría. Deberíamos enfocarnos primero en esta reunión con los otros Grandes Señores.

—Pero tal vez podríamos ganar mucho más —dijo Mor—. Tal vez ella tiene un ejército...

—Tal vez sí —Cassian la cortó—. Pero si está maldecida, ¿quién lo dirigirá? Y si su reino está tan lejos... ellos tienen que viajar de la manera mortal también. Recuerda lo lento que se mueven, lo rápido que mueren...

—Vale la pena el intento —espetó Mor.

—Te necesitamos aquí —dijo Cassian. Azriel se veía inclinado a acordar incluso mientras se mantuvo en silencio—. Te necesito en un campo de batalla, no atravesando el continente. La mitad *humana* de este. Si aquellas reinas hubiesen reunido ejércitos para ofrecer a Hiberno, sin duda estarían de pie entre tú y la Reina Vassa.

—Tú no me das órdenes...

—No, pero yo sí —dijo Rhys—. No me des esa mirada. Él tiene razón, te necesitamos aquí, Mor.

—Scythia —dijo Mor, sacudiendo su cabeza—. Los recuerdo. Son la gente de los caballos. Una caballería montada podría viajar más rápido...

—No. —Puro deseo destelló en los ojos de Rhys. La orden era definitiva.

Pero Mor lo intentó de nuevo.

—Hay una razón por la que Elain está viendo estas cosas. Ella tenía razón sobre la otra reina envejeciendo, sobre el ataque de los Cuervos... ¿Por qué ve esta imagen? ¿Por qué está escuchando a esta reina? Debe ser vital. Si lo ignoramos, tal vez mereceremos fallar.

Silencio. Los miré a todos. Vital. Cada uno de ellos era vital *aquí*. Pero yo... ahogué un respiro.

—Yo iré. —Lucien miró fijamente a Elain mientras lo decía.

Todos lo miramos.

Lucien cambió su mirada hacia Rhys, hacia mí.

—Yo iré —repitió, poniéndose de pie—. Iré a buscar a la sexta reina.

Mor abrió y cerró su boca.

—¿Qué te hace pensar que podrías encontrarla? —preguntó Rhys. No de forma ruda, sino desde la perspectiva de un comandante. Pesando las habilidades que Lucien ofrecía contra los riesgos, los beneficios potenciales.

—Este ojo... —Lucien hizo un gesto hacia su artefacto de metal—, puede ver cosas que otros... no pueden. Hechizos, glamours... tal vez pueda ayudarme a encontrarla. Y romper su maldición. —Miró a Elain, quien estaba estudiando de nuevo su regazo—. No me necesitan aquí. Lucharé si lo requieren pero... —Me ofreció una sonrisa severa—. No pertenezco a la Corte de Otoño. Y apuesto a que ya no soy bienvenido en c...la Corte de Primavera.

Casa, casi dijo.

—Pero no me puedo quedar aquí sentado y *no hacer nada*. Esas reinas con sus ejércitos... en eso también hay una amenaza. Pueden usarme. Encontraré a Vassa, veré si ella puede... traer ayuda.

—Entrarás al territorio humano —advirtió Rhys—. No puedo enviar una fuerza para protegerte...

—No necesito una. Viajo más rápido por mi cuenta. —Su mentón se elevó—. La encontraré. Y si hay un ejército con el que tratar, o al menos alguna manera de que su propia historia influya a las fuerzas humanas... encontraré una manera de hacer eso también.

Mis amigos se miraron entre ellos.

—Será muy peligroso —dijo Mor.

Una media sonrisa curvó la boca de Lucien.

—Bien. Sería aburrido de otra manera.

Solo Cassian regresó la sonrisa.

—Te cargaré con un poco de acero Iliriano.

Elain ahora miraba a Lucien cautelosamente. Parpadeando de vez en cuando. Ella no revelaba ningún atisbo de lo que sea que estaba viendo, sintiendo. Nada.

Rhys se alejó del arco.

—Te tamizaré lo más cerca que podamos llegar, a donde sea que necesites empezar tu caza. —Lucien sin duda había estado estudiando todos esos mapas últimamente. Tal vez ante la orden silenciosa de cualquier fuerza que nos había guiado a todos—. Gracias —agregó mi compañero.

Lucien se encogió de hombros. Y fue tan solo ese gesto que hizo que finalmente yo dijera:

—¿Estás seguro?

Él solo miró a Elain, cuyo rostro de nuevo era una calma vacía mientras trazaba un dedo sobre el bordado de los cojines del sofá.

—Sí. Déjenme ayudar de cualquiera manera que pueda.

Incluso Nesta parecía relativamente preocupada. No por él, sin duda, sino por el hecho de que si él era herido o asesinado... ¿Qué le haría a Elain? La severidad del vínculo de pareja... callé la idea de lo que me había hecho a mí.

—¿Cuándo quieres irte? —le pregunté a Lucien.

—Mañana. —No lo había escuchado sonar tan asertivo desde... hace mucho tiempo—. Me prepararé el resto del día, y me iré después del desayuno mañana por la mañana. —Para Rhys agregó—: Si estás de acuerdo con eso.

Mi compañero ondeó una mano libre.

—Por lo que estás a punto de hacer Lucien, estaremos de acuerdo.

El silencio cayó una vez más. Así él pudiera encontrar a esa reina perdida y tal vez traer alguna clase de ejército humano, o al menos influenciar en las fuerzas mortales de la esclavitud de Hiberno... si yo pudiera encontrar una manera de lograr que el Carver luchara con nosotros que no involucrara usar ese horrible espejo... ¿Sería suficiente?

Parecía que la reunión con los Grandes Señores decidiría eso.

Rhys lanzó su mentón hacia Azriel, quien lo tomó como orden para desaparecer, sin duda para revisar a Amren.

—Descubre si Keir y sus Portadores de Oscuridad tuvieron algún ataque —ordenó mi compañero a Mor y a Cassian, quien asintió con la cabeza y también se fue.

A solas con mis hermanas y Lucien, Rhys y yo atrapamos la mirada de Nesta. Por una vez, mi hermana se levantó y vino hacia nosotros y los tres, no tan sutilmente, nos levantamos. Dejando a Lucien y a Elain a solas.

Fue un esfuerzo no quedarme en lo alto de las escaleras, escuchando lo que sería dicho. Si algo era dicho.

Pero me hice tomar la mano de Rhys, estremeciéndome ante la sangre todavía cubriendo su piel, y lo llevé hacia nuestro cuarto de baño. La habitación de Nesta se cerró con un sonido al final del pasillo.

Rhys me observó sin palabras mientras yo encendía el grifo de la bañera y agarraba un paño de una cajonera de la pared. Tomé asiento al borde de la bañera, probando la temperatura del agua contra mi muñeca, y palmeé el borde de porcelana a mi lado.

—Siéntate.

Él obedeció, su cabeza cayendo mientras se sentaba.

Tomé una de sus manos, la guie a la corriente burbujeante de agua, y la sostuve debajo.

Rojo salía de su piel, yéndose hacia lo bajo del agua. Agarré el paño y froté suavemente, más sangre salió, agua salpicando en las todavía mangas inmaculadas de su chaqueta.

—¿Por qué no cubrir tus manos?

—Quería sentir como terminaban sus vidas debajo de mis dedos. —
Frías y planas palabras.

Froté sus uñas, la sangre acuñada en las grietas donde encontraba su piel. Los arcos debajo.

— ¿Por qué es diferente esta vez?

Diferente de la emboscada del Attor. El ataque de Hiberno en el bosque, el ataque en Velaris... todo ello. Lo había visto enojado antes, pero nunca... nunca tan desprendido. Como si la moralidad y la amabilidad fueran cosas que acechaban en una superficie muy por encima de las congeladas profundidades en las que se había sumergido.

Volteé su palma hacia el rocío, llegando al espacio entre sus dedos.

—¿Cuál es el punto? —dijo—, ¿de todo este poder... si no puedo proteger a aquellos que son más vulnerables en mi ciudad? ¿Si no puedo detectar un ataque inminente?

—Ni siquiera Azriel sabía...

—El rey utilizó un hechizo arcaico y entró por *la puerta principal*. Si yo no puedo... —Rhys sacudió su cabeza y yo bajé su ahora mano limpia y busqué la otra. Más sangre manchó el agua—. Si no puedo protegerlos aquí... ¿Cómo puedo...? —Su garganta se agitó. Levanté su mentón con una mano. Rabia helada se había deslizado en algo un poco más roto y doloroso—. Aquellas sacerdotisas han soportado suficiente. Les fallé hoy. Esa biblioteca... ya no se sentirá segura para ellas. El único lugar que han tenido para ellas, donde sabían que estaban protegidas... Hiberno les arrebató eso el día de hoy.

Y a él. Él había ido a esa biblioteca por su propia necesidad de sanar... por seguridad.

—Tal vez sea un castigo por quitarle Velaris a Mor, por garantizar el acceso de Keir aquí —dijo.

—No puedes pensar así, no terminará bien.

Terminé limpiando su otra mano, enjuagué el paño, luego empecé a pasarlo por su cuello, su frente... presiones suaves y cálidas, no para limpiar sino para relajar.

—No estoy molesto con el trato —dijo, cerrando sus ojos mientras yo pasaba el paño sobre su ceja—. En caso que estuvieras... preocupada.

—No lo estaba.

Rhys abrió sus ojos como si pudiera escuchar la sonrisa en mi voz, y me estudió mientras yo tiraba el paño en la bañera con un golpe mojado y apagaba el grifo.

Él todavía me estaba estudiando cuando tomé su rostro en mis manos húmedas.

—Lo que sucedió hoy no fue tu culpa —dije, las palabras llenando el cuarto de baño soleado—. Nada de esto. Todas las mentiras en Hiberno... y cuando enfrentemos al rey de nuevo, recordaremos estos ataques, estas heridas a nuestra gente. Olvidamos el libro de hechizos de Amarantha, por nuestra propia pérdida. Pero tenemos un Libro nuestro, con suerte con el hechizo que necesitamos. Y por ahora... por ahora, nos prepararemos y enfrentaremos las consecuencias. Por ahora, continuamos adelante.

Volteó su cabeza para besar mi palma.

—Recuérdame de darte un aumento de sueldo.

Me atraganté con una tos.

—¿Por qué?

—Por los consejos sabios, y los otros servicios vitales que me provees. —Me guiñó el ojo.

Me reí en serio, y apreté su rostro mientras presionaba un beso suave en su boca.

—Coqueto sin vergüenza.

La calidez regresó a sus ojos finalmente.

Así que busqué una toalla de marfil y empaqueté sus manos, ahora limpias y calientes, en los pliegues de la suave tela.

PARADISE SUMMERLAND
FORO

una COORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 34

Traducido por Mais

Amren no encontró otros asesinos de Hiberno o espías durante su larga noche de caza a través de Velaris. ¿Cómo los buscó, cómo distinguía amigo de enemigo? Algunas personas, Mor me contó a la mañana siguiente—después que *todos* tuvimos una noche sin dormir—pintaban sus umbrales con sangre de cordero. Una clase de ofrecimiento para ella. Y pago para mantenerse alejado. Algunos dejaban tazas de esa sangre en sus puertas.

Como si todos en la ciudad supieran que la Segunda del Gran Señor, esa mujer de pequeños huesos... era un monstruo que los defendía de los otros horrores del mundo.

Rhys había pasado mucho del día y noche anterior asegurándoles a las sacerdotisas de su seguridad, llevándolas hacia las nuevas guardas. La sacerdotisa que había dejado entrar a los de Hiberno, por cualquier motivo, la habían dejado viva. Ella le dejó entrar a Rhys en su mente para ver lo que había sucedido: una vez que el rey había roto aquellas guardas con ese hechizo fugaz, sus Cuervos habían aparecido como dos viejos eruditos para lograr que la sacerdotisa abriera la puerta, luego forzaron su camino en su mente así ella les daría la bienvenida sin ser vetados. La violación de eso... Rhys había pasado horas con aquellas sacerdotisas ayer. Mor también.

Hablando, escuchando a aquellas que *podían* hablar, sosteniendo las manos de aquellas que no podían.

Y cuando finalmente se fueron... hubo una paz entre mi compañero y su prima. Algún retorcido borde persistente que de alguna manera se había suavizado.

No teníamos mucho tiempo. Sabía eso. Lo sentía con cada respiro. Hiberno no vendría. Hiberno *estaba* aquí.

una CORTE de ALAS y RUINA

Nuestra reunión con los Grandes Señores ahora estaba a una semana, y todavía Nesta se rehusaba a unirse a nosotros. Pero estaba bien. Lo lograríamos. Yo lo lograría.

No teníamos otra opción.

Motivo por el que me encontré de pie en el vestíbulo a la mañana siguiente, observando a Lucien ponerse al hombro su pesada bolsa. Llevaba ropa de cuero Iliriana debajo de una chaqueta más pesada, junto con capas de ropa debajo de él para ayudarlo a sobrevivir en los climas cambiantes. Se había trenzado su cabello rojo, el largo de este serpenteaba por su espalda, justo encima de la espada Iliriana atada a su columna.

Cassian le había dado libre acceso ayer por la tarde para saquear su armario personal de armas, aunque mi amigo había sido módico acerca de las que podía seleccionar. La espada, además de una espada corta, y un surtido de dagas. Un conjunto de flechas y un arco suelto estaban atadas a su bolsa.

— ¿Sabes a dónde quieres que te lleve Rhys precisamente? —le pregunté finalmente.

Lucien asintió, mirando hacia donde esperaba ahora mi compañero, en la puerta principal. Él llevaría a Lucien al borde del continente humano, a donde sea que Lucien había decidido que sería el mejor lugar de aterrizaje. No más allá, había insistido Azriel. Sus reportes indicaban que estaba siendo demasiado observado, demasiado peligroso. Incluso para uno de nuestra clase. Incluso para el Gran Señor más poderoso de la historia.

Di un paso adelante, y no le di tiempo a Lucien de retroceder cuando lo abracé con fuerza.

—Gracias —dije, tratando de no pensar sobre todo ese acero en él; en caso de que tuviera que usarlo.

—Era hora —dijo Lucien suavemente, dándome un apretón—, de que hiciera algo.

Me aparté, observando su rostro cicatrizado.

—Gracias —dije de nuevo. Era en todo lo que podía pensar decir.

Rhys extendió una mano hacia Lucien.

Lucien la estudió, luego el rostro de mi compañero. Apenas podía ver las palabras de odio que se habían dicho. Entre ellos, entre esa mano estirada y la de Lucien. Pero Lucien tomó la mano de Rhys. Esa silenciosa oferta de no solo transportarlo. Antes que el viento oscuro se deslizara, Lucien volteó la mirada.

No a mí, me di cuenta... sino a alguien detrás de mí. Pálida y delgada, Elain estaba en lo alto de las escaleras. Sus miradas se encontraron y sostuvieron.

Pero Elain no dijo nada. No hizo más que tomar un paso hacia abajo.

Lucien inclinó su cabeza en una reverencia, el movimiento escondiendo el brillo en sus ojos... el anhelo y la tristeza.

Y cuando Lucien se volteó para decirle a Rhys de irse... no volvió a mirar a Elain. No vio el medio paso que ella dio hacia las escaleras, como si quisiera hablarle. Detenerlo. Luego Rhys se había ido y Lucien con él.

Cuando me volteé para ofrecerle desayuno a Elain, ella ya se había ido.

Esperé en el vestíbulo a que Rhys regresara.

En la mesa del comedor, a mi izquierda, Nesta practicaba silenciosamente en construir aquellos muros invisibles en su mente... ninguna señal de Amren desde su caza de anoche. Cuando le pregunté si estaba haciendo algún progreso, mi hermana solo había dicho:

—Amren cree que me estoy acercando lo suficiente para empezar a tratar en algo tangible.

Y eso fue todo. La dejé con ello, sin molestarme en preguntar si Amren *también* se había acercado a descubrir alguna clase de hechizo en el Libro para reparar el muro.

En silencio, conté los minutos, uno por uno.

Luego un viento oscuro familiar hizo un remolino en el vestíbulo, y solté un aliento demasiado apretado cuando Rhys apareció en mitad del salón alfombrado. Ninguna indicación de ninguna clase de problema, ninguna señal de daño, pero deslicé mis manos alrededor de su cintura, necesitando sentirlo, olerlo.

— ¿Todo ha ido bien?

Rhys rozó un beso en lo alto de mi cabeza.

—Tan bien como se esperaba. Él está ahora en el continente, dirigiéndose al este.

Miró a Nesta estudiando en la mesa del comedor.

—¿Cómo está nuestra nueva vidente?

Me aparté para explicarle que había dejado a Elain con sus pensamientos, pero Nesta dijo:

—No la llames así.

Rhys me dio una mirada incrédula, pero Nesta solo continuó pasando las páginas de un libro, su rostro vacío, mientras practicaba cualquier ejercicio de construir muros que Amren había ordenado.

Lo golpeé en las costillas.

No la provoques.

Una esquina de su boca se elevó, la expresión llena de malvado deleite.

¿Puedo provocarte a ti entonces?

Apreté mis labios para evitar sonreír.

La puerta principal se abrió de golpe y Amren irrumpió. Rhys inmediatamente la estaba mirando.

—¿Qué? —Ya se había ido la diversión, la postura relajada.

El rostro pálido de Amren permaneció en calma, pero sus ojos... giraron con rabia.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—Hiberno ha atacado la Corte de Verano. Asedian Adriata mientras hablamos.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 35

Traducido por ~Verónica Mellark~

Hiberno había hecho su gran jugada finalmente. Y no lo habíamos anticipado.

Sabía que Azriel tomaría la culpa sobre sí mismo. Una mirada al Shadowsinger mientras por la puerta delantera en la casa de la ciudad minutos atrás, Cassian justo después de él, me dijo que él ya lo había hecho.

Nos mantuvimos de pie en el vestíbulo, Nesta permaneció en la mesa de comedor detrás de mí.

— ¿Tarquin ya solicitó ayuda? —preguntó Cassian a Amren.

Ninguno de nosotros se atrevió a preguntar cómo lo sabía ella.

La mandíbula de Amren se tensó.

—No lo sé. Recibí el mensaje... y nada más.

Cassian asintió una vez y se giró hacia Rhys.

—¿La Corte de Verano tenía alguna fuerza de combate movible preparada cuándo estuviste allí?

—No —dijo Rhys—. Su armada estaba esparcida a lo largo de la costa. —Una mirada hacia Azriel.

—La mitad está en Adriata, la otra esparcida —suministró la información el Shadowsinger—. Su armada terrestre fue movida al borde de la Corte de Primavera... después de lo de Feyre. La legión más cercana está al menos a tres días a pie. Muy pocos pueden tamizarse.

— ¿Qué tantos barcos? —preguntó Rhys.

—Veinte en Adriata, totalmente armados.

una CORTE de ALAS y RUINA

Una mirada calculadora a Amren.

— ¿Los números de Hiberno?

—No lo sé. Muchos. Creo...creo que están abrumados.

—¿Cuál fue el mensaje exacto? —Puro decreto implacable atado a cada palabra.

Los ojos de Amren brillaron como la plata fresca.

—Fue una advertencia. De Varian. Para que preparáramos nuestras propias defensas.

Completo silencio.

—¿El Príncipe Varian te envió una advertencia? —preguntó Cassian silenciosamente.

Amren lo miró fijamente.

—Eso es lo que hacen los amigos.

Más silencio.

Me encontré con la mirada de Rhys, percibiendo el peso y el miedo y el enojo cocinándose a fuego lento detrás del aspecto calmado.

—No podemos dejar a Tarquin para que los enfrente él solo —dije—. Quizá Hiberno envió a esos Cuervos ayer para distraernos de mirar más allá de nuestras propias fronteras. Para tener nuestra atención en Hiberno, no en nuestras costas.

Rhys cortó la atención hacia Cassian.

—Keir y su armada de Portadores de Oscuridad no está ahora ni cerca de estar lista para marchar. ¿Qué tan rápido pueden volar las legiones Ilirianas?

Rhys tamizó inmediatamente a Cassian a los campamentos de guerra para dar las órdenes él mismo. Azriel desapareció con ellos, yendo hacia Adriata para explorar, llevando a sus más confiables espías con él.

Una náusea se agitó en mis tripas a medida que Cassian y Azriel tocaban los Sifones sobre sus manos y esa armadura escalaba a lo largo de sus cuerpos. Como de costumbre, siete Sifones aparecieron en cada uno. Mientras las manos llenas de cicatrices del Shadowsinger revisaban las hebillas de las correas de su cuchillo y su carcaj, Rhys convocaba cuchillas Ilirianas extras para Cassian. Dos en su espalda, una a cada lado.

Luego se habían ido; con una expresión sin muestra de sensibilidad y totalmente seguros. Listos para la masacre.

Mor llegó momentos después, fuertemente armada, su cabello trenzado atrás y cada pulgada de ella tamboreando con impaciencia.

Pero Mor y yo esperamos, por la orden de partir. Para unirnos a ellos. Cassian había posicionado a las legiones Ilirianas cerca del borde sur durante las semanas en que yo no había estado; pero incluso así, ellos no serían capaces de volar sin unas pocas horas de preparación. Y requeriría que Rhys los tamizara adentro. A *todos* ellos. A Adriata.

—¿Pelearás?

Nesta ahora estaba parada a unos pocos pasos arriba de la escalera de la casa de la ciudad, viendo como Mor y yo nos alistábamos. Pronto, Azriel o Rhys nos contactarían para avisarnos que todo estaba conforme para tamizarnos a Adriata.

—Pelegaremos si es necesario —dije, comprobando una vez más si el cinturón de cuchillos en mis caderas estaba seguro.

Mor vestía cuero Iliriano también, pero las cuchillas en ella eran diferentes. Más delgadas, más livianas, algunas con sus puntas ligeramente curvadas. Como un rayo dado carne. Cuchillos de Serafín, me dijo. Regalados a ella por el mismo Príncipe Drakon durante la guerra.

— ¿Qué sabes tú de batalla?

No pude decir si el tono de mi hermana era de insulto o mera inquisición.

—Sabemos suficiente —dijo Mor apretadamente, arreglando su alargada trenza entre las cuchillas cruzadas en su espalda.

Elain y Nesta permanecerían aquí, con Amren observándolas. Y observando a Velaris, junto con una pequeña legión de Ilirianos que Cassian había ordenado acampar en las montañas más arriba de la ciudad. Mor se había comunicado con Amren en su camino hacia acá, la pequeña mujer aparentemente rumbo hacia la carnicería para llenarse de provisiones antes de volver a quedarse aquí, por el mucho tiempo que fuésemos a estar en Adriata. Si es que volvíamos.

Me encontré con la mirada de Nesta otra vez. Solo un distante recelo me saludó.

—Enviaremos un aviso cuando podamos.

Un trueno sordo de media noche pasó rozando contra las paredes de mi mente. Una señal silenciosa, lanzando tierras y montañas. Como si la concentración de Rhys no estuviera totalmente enfocada en algún lugar... y no se atreviera a romperla.

Mi corazón se detuvo por un segundo. Agarré el brazo de Mor, el cuero cercenándose en mi palma.

—Ellos han llegado, vámonos.

Mor se giró hacia mi hermana, y nunca la había visto tan... guerrera. Sabía lo que estaba debajo de la superficie, pero aquí estaba la Morrigan. La mujer que había *peleado* en la Guerra. Quien sabía cómo acabar las vidas con cuchillas y magia.

—No es nada que no podamos manejar —Mor le dijo a Nesta con una sonrisa engreída, y luego ya nos habíamos ido.

Viento negro me rodeó y rasgó, y me aferré a Mor mientras ella nos tamizaba través de las cortes, su respiración un ritmo desgarrado en mi oído...

Luego deslumbrante luz y sofocantes gritos y calor y atronadores sonidos fuertes y el metal contra el metal...

Me balanceé, afirmando mi pie mientras parpadeaba. Mientras asimilaba mis alrededores.

Rhys y los Ilirianos estaban ya unidos al combate.

Mor nos había tamizado hacia la cima árida de una de las colinas en forma de media luna al costado de una bahía de Adriata, ofreciendo una vista perfecta de la ciudad-isla en su centro y la ciudad en el continente debajo.

Las aguas de la bahía estaban rojas.

Humo rosa enmarañando las columnas negras de las edificaciones y barcos hundidos.

Las personas gritando, soldados vociferando...

Tantos.

No había anticipado cuántos soldados podría haber en el panorama. En cada lado.

Había pensado que serían líneas organizadas. No caos por todas partes. No Ilirianos en los cielos encima de la ciudad y el puerto, retumbando su poder y flechas hacia las armadas de Hiberno que llovía infierno sobre la ciudad. Barco tras barco agazapando hacia el horizonte, restringiendo cada entrada hacia la bahía. Y en la bahía...

—Esos son barcos de Tarquin —dijo Mor, su rostro tenso mientras apuntaba hacia los veleros blancos colisionando con terrible fuerza contra los veleros grises de las flotas de Hiberno. Totalmente excedidos en número, y a pesar de eso nubes de magia (agua y viento y azotes de vides) seguían atacando cada bote que se acercaba. Y aquellos que rompían a través de la magia, se enfrentaban con los soldados armados con lanzas, arcos y espadas.

Y delante de ellos, empujando contra las flotas... las líneas Ilirianas.

Tantas. Rhys las había tamizado allí... a todas. Drenando su poder...

La garganta de Mor se movió de arriba a abajo.

—Nadie más ha venido —murmuró—. Ninguna otra corte.

Ningún signo de Tamlin y la Corte de Primavera en el lado de Hiberno, tampoco.

Un ensordecedor sonido de explosión de poder negro se estalló dentro de las flotas de Hiberno, dispersando botes, pero no muchos. Cómo si...

—El poder de Rhys está ya casi agotado o... ellos tienen algo trabajando en contra de él —dije—. ¿Más de ese veneno fae?

—Hiberno sería estúpido por no utilizarlo. —Sus dedos se curvaron y se desenrollaron a cada lado. Sudor rebordeaba su frente.

—¿Mor?

—Sabía que esto iba a llegar —ella murmuró—. Otra guerra, en algún punto. Sabía que las batallas vendrían para *ésta* guerra. Pero... Olvidé lo terrible que era. Los sonidos, los olores.

Ciertamente, incluso desde la gran roca en lo alto, era... abrumante. El olor penetrante de la sangre, las súplicas y los gritos... Entrar en medio de esto...

Alis. Alis había dejado la Corte de Primavera, temiendo el infierno que desató allá, solo para venir aquí. A *esto*. Recé porque no estuviera en la misma ciudad, recé para que ella y sus sobrinos estuvieran a salvo.

—Vamos a ir al palacio —dijo Mor, cuadrando sus hombros. No me atreví a romper la concentración de Rhysand por abrir un canal en el vínculo, pero se veía como si él siguiera siendo capaz de dar órdenes—. Los soldados tienen que alcanzar el lado norte, y sus defensas están rodeadas.

Asentí una vez, y Mor agarró su delgada y curva cuchilla. Brillaba tanto como los ojos de Amren, ese acero de Serafín.

Desenfundé mi cuchillo Iliriano de mi espalda, el metal antiguo y oscuro en comparación a la viviente plata flameante en su mano.

—Nos mantendremos cerca, no te pierdas de vista —dijo Mor, suave y precisa—. No iremos por un pasillo o por una escalera sin evaluar primero.

Asentí nuevamente, ante la falta de palabras. Mi corazón palpitando al galope, mis manos tornándose sudorosas. Agua; desearía tener un poco de agua. Mi boca se había vuelto hueso seco.

—Si no puedes lograr matar —añadió sin ninguna pizca de juzgamiento—, entonces protege mi espalda.

—Lo puedo hacer... el... matar —dije con voz áspera. Lo había hecho mucho ese día en Velaris.

Mor examinó el agarre que tenía en mi cuchilla, la determinación de mis hombros.

—No pares, y no tardes. Atacaremos y avasallaremos hasta que yo diga que tenemos que retirarnos. Deja a los heridos para los sanadores.

Ninguno de ellos disfrutaba de esto, me di cuenta. Mis amigos... ellos habían ido y venido a la guerra y no habían encontrado en ella digna glorificación, no habían dejado que su memoria se manchara de rojo en los siglos siguientes. Pero estaban deseosos de bucear entre ese infierno una vez más por el bien de Prythian.

—Vamos —dije. Cada momento que desaprovecháramos aquí podía llevar a alguien hacia la perdición en ese brillante palacio en la bahía.

Mor tragó una vez y nos tamizó dentro del palacio.

Ella debió haber visitado unas pocas veces el lugar a través de los siglos porque sabía a dónde llegar.

Los niveles medios del palacio de Tarquin habían sido espacio público entre los pisos bajos, donde los sirvientes y hadas menores habían sido empujados; y, arriba, en los brillantes alojamientos residenciales de los Alto Fae. La última vez que había visto el vasto salón de bienvenida, la luz había sido blanca y pura, filtrándose en las paredes incrustadas de concha de mar, bailando a lo largo de los ríos contruidos en el suelo. El mar más allá de las imponentes ventanas había sido turquesa moteado con brillante zafiro.

Ahora el mar estaba inundado con botes y sangre, los cielos claros llenos de guerreros Ilirianos descendiendo en picado sobre ellos determinadamente, líneas decididas. Escudos de metal pesado destellaban

mientras los Ilirianos se zambullían y se elevaban, emergiendo cada vez cubiertos en sangre. Si es que regresaban a los cielos en absoluto.

Pero mi tarea estaba aquí. En este edificio.

Escudriñamos el piso, escuchando.

Frenéticos murmullos hicieron eco desde arriba de las escaleras principales., junto con pesados ruidos sordos.

—Están haciendo una barrera en los pisos de arriba —Mor observó mientras mis cejas se ciñeron.

Dejando a las hadas menores atrapadas abajo. Sin ningún amparo.

—Bastardos —exhalé.

Las hadas menores no tenían mucha magia entre ellos, no en la forma en la que los Alto Fae lo hacían.

—Por aquí —dijo Mor, moviendo su barbilla hacia las escaleras descendientes—. Están tres pisos abajo, y subiendo. Cincuenta de ellos.

El valor de un barco.

Capítulo 36

Traducido por ~Verónica Mellark~

El primer y segundo asesinato fueron los más difíciles. No gasté fuerza física en el grupo de los soldados de Hiberno—Alto Fae, no como los subordinados del Attor—forzando su camino hacia dentro en una barrera de una habitación llena de sirvientes aterrorizados.

No, incluso si mi cuerpo dudaba sobre asesinar, mi magia no lo hacía.

Los dos soldados más cercanos a mí tenían escudos débiles. Desgarré a través de ellos con una chirriante pared de fuego. Fuego que encontró su camino hacia sus gargantas y quemó cada pulgada en su camino.

Y luego crepitó a través de piel y tendones y huesos y cortó las cabezas de sus cuerpos.

Mor solo mató al soldado cercano a ella a un estilo viejo de decapitación. Ella giró, y la cabeza del soldado cayó, y cortó la cabeza de uno que se acercaba a nosotras.

El quinto y último soldado detuvo su asalto en la puerta golpeada. Miró entre nosotras con brillo de odio plano en sus ojos.

—Que así sea —dijo él, su acento muy parecido al de los Cuervos.

Su densa espada se elevó, la sangre deslizándose hacia abajo por el surco de la espada.

Alguien estaba sollozando de terror del otro lado de esa puerta.

El soldado arremetió hacia nosotras, y la cuchilla de Mor destelló.

Pero yo atacé primero, un áspide de agua pura golpeó su rostro, abrumándolo. Luego se empujó por su boca abierta hacia abajo, por su garganta, subiendo hacia su nariz. Sellando cualquier entrada de aire.

una CORTE ALAS RUINA

Cayó verticalmente al suelo, arañándose el cuello como si fuera a dar un pasaje libre al agua que ahora lo ahogaba.

Lo dejamos sin mirar atrás, los gruñidos de su sofocamiento tornándose pronto en silencio.

Mor me deslizó una mirada de soslayo.

—Recuérdame no ir en contra tuya.

Aprecié el intento de humor, pero... la risa fue olvidada. Aquí solo existía la respiración de mis pulmones subiendo y bajando y la magia rodante a través de mis venas y la clara incommovible fría y vivificante visión, observándolos a todos.

Encontramos a ocho más en medio de la matanza y el dolor, un dormitorio convertido en una habitación para el propio enfermizo placer de Hiberno. No me interesó entretenerme en lo que hicieron, solo lo etiqueté para saber qué tan rápido y fácil serían de matar.

A los que solo los degollamos murieron rápidamente.

Los otros... Mor y yo nos demoramos. No mucho, pero esas muertes fueron lentas.

Dejamos a dos de ellos vivos—heridos y desarmados pero vivos—para que las hadas sobrevivientes los mataran.

Les di dos cuchillos Ilirianos para que lo hicieran.

Los soldados de Hiberno empezaron a gritar antes de que despejáramos el piso.

El pasillo en la planta baja estaba salpicado en sangre. El estrépito era ensordecedor. Una docena de soldados en la armadura de color plateada y azul de la corte de Tarquin peleaba contra la masa de las fuerzas de Hiberno, manteniendo la fuerza en el corredor.

Fueron casi empujados de vuelta a las escaleras de las que acabábamos de salir, constantemente abrumados por el sólido número contra ellos; los soldados de Hiberno acercándose más—acercándose *sobre*—los cuerpos de los guerreros caídos de la Corte de Verano.

Los soldados de Tarquin estaban cada vez más débiles, incluso si seguían meciéndose, peleando. El más cercano nos observó, abriendo su

boca para ordenarnos correr. Pero luego notó la armadura, la sangre en nosotras y nuestras cuchillas.

—No temas —dijo Mor, mientras yo extendía una mano y la oscuridad cayó.

Los soldados de ambos lados gritaron, retrocediendo, golpeando las armaduras.

Pero yo cambié mis ojos, haciéndolos de visión nocturna. Así como lo había hecho en ese bosque Iliriano, cuando atraje por primera vez la sangre de Hiberno.

Mor, creo, nació para ser capaz de ver en la oscuridad.

Nos tamizamos a través del velo de ébano del corredor en cortos estallidos.

Pude ver su terror mientras los mataba. Pero ellos no podían verme.

Cada vez que aparecíamos en frente de los soldados de Hiberno, frenética e impenetrable oscuridad, sus cabezas cayeron. Una tras otra. Tamizar; degollar. Tamizar; golpear.

Hasta que no quedó ninguno, solo los montones de sus cuerpos, los charcos de su sangre.

Desvanecí la oscuridad del corredor, encontrando a los soldados de la Corte de Verano jadeantes y atónitos hacia nosotras. Hacia lo que habíamos hecho en cuestión de un minuto.

No miré por mucho tiempo la masacre. Mor tampoco lo hizo.

— ¿Dónde más? —fue todo lo que pregunté.

Limpiamos el palacio hasta sus pisos más bajos. Luego tomamos las calles de la ciudad, la colina empinada que conducía hasta agua rampante con los soldados de Hiberno.

El sol de la mañana se elevó, golpeando sobre nosotras, haciendo nuestra piel resbalosa e inflamada con sudor por debajo de nuestro traje de cuero. Dejé de diferenciar la capa del sudor de mis manos de la sangre en ellas.

Dejé de ser capaz de sentir muchas cosas mientras matábamos y matábamos, de vez en cuando empleando de manera categórica el combate, a veces con magia, a veces ganando nuestras propias magulladuras y pequeñas heridas.

Pero el sol continuó su curso a través del cielo, y la batalla continuó en la bahía, las líneas Ilirianas combatiendo las flotas de Hiberno desde arriba mientras la armada de Tarquin los empujaba desde atrás.

Lentamente, purgamos las calles de los soldados de Hiberno. Todo lo que conocía era el sol horneando la sangre en mi piel, el olor cobrizo adhiriéndose a mis fosas nasales.

Acabábamos de limpiar una calle estrecha, Mor avanzaba a través de los soldados caídos de Hiberno para asegurarse de que cualquier sobreviviente... dejara de sobrevivir. Me recosté contra una piedra bañada en sangre justo afuera de una ventana destrozada de una sastrería, mirando la espada de Mor alzándose y cayendo en destellos de luz brillante.

Más allá de nosotras, alrededor de nosotras, los gritos de la muerte eran como un sonido de nunca acabar, las campanas de advertencia de la ciudad.

Agua; necesitaba agua. Así fuera solo para lavar la sangre de mi boca.

No mi propia sangre, la de los soldados que habíamos matado. Sangre que estaba esparcida en mi boca, arriba de mi nariz, dentro de mis ojos, cuando los terminábamos.

Mor cumplió su última muerte, y Altos Faes y hadas finalmente asomaron su cabeza afuera de las entradas y ventanas al costado de los adoquines de las calles. Ninguna señal de Alis, sus sobrinos, o primo... o cualquiera que luciera como ellos, entre los vivos o los muertos. Una pequeña bendición.

Teníamos que seguir moviéndonos. Aquí habían más, muchos más.

una CORTE ALAS y RUINA

Mientras Mor empezó a moverse detrás de mí, botas chapoteando en charcos de sangre, alcancé una mano mental hacia el vínculo. Hacia Rhys, hacia cualquier cosa que fuera sólida y familiar.

Viento y oscuridad me respondió.

Me convertí en solo medio consciente de la estrecha calle y la sangre y el sol mientras asomaba la mirada hacia el puente entre nosotros.

Rhys.

Nada.

Me atravesé a mí misma a lo largo de él, tropezando ciegamente a través de esa tempestad de noche y sombra. Si el vínculo se sentía alguna vez como una venda viviente de luz, ahora se había tornado en un puente de frío beso de obsidiana.

Y creciendo hacia arriba a su otro final... su mente. Las paredes, sus escudos... se habían tornado en una fortaleza.

Extendí una mano mental hacia el negro inflexible, mi corazón retumbante. ¿Qué estaba enfrentando, qué estaba *viendo* para hacer estos escudos tan impenetrables?

No lo podía sentir del otro lado.

Ahí solo había la piedra y la oscuridad y el viento.

Rhys.

Mor apenas me alcanzó cuando su repuesta llegó.

Una grieta en el escudo, tan veloz que no tuve tiempo de hacer nada más que lanzarme hacia esta porque se había cerrado detrás de mí. Sellándome adentro con él.

Las calles, el sol, la ciudad desapareció.

Allí solo estaba el aquí: solo él y la batalla.

Mirando a través de los ojos de Rhysand cómo una vez hice ese día Bajo la Montaña... sentí el golpe del sol, el sudor y la sangre bajando por su rostro, corriendo debajo del cuello de su armadura negra Iliriana, oliendo la salmuera del mar y el olor penetrante de sangre alrededor de mí. Sentí el cansancio desgarrándolo, en sus músculos y en su magia.

Sentí el estremecimiento del buque de guerra de Hiberno debajo de él mientras aterrizaba en su cubierta principal, con una espada Iliriana en cada mano.

Seis soldados murieron instantáneamente, su armadura y cuerpos volviéndose en una niebla de niebla roja y plateada. Los otros se detuvieron, dándose cuenta quién había aterrizado contra ellos, en el corazón de su flota.

Lentamente, Rhys escrutó las cabezas con cascos detrás de él, contando las armas. No que importara. Todos ellos pronto serían carmesí o comida para las bestias que circulaban las aguas alrededor del estruendo de la armada. Y luego este barco sería astillas en las olas.

Una vez que lo terminara. No eran los soldados comunes que él había buscado. Porque donde el poder debiera estar resonando de él, aniquilándolos... había un acallado trueno. Sofocado.

Él lo había traído aquí, ese extraño amortiguador de su poder, el poder de los Sifones. Como si algún tipo de hechizo hubiera vuelto aceitoso el agarre de su poder. Más difícil de manejar.

Ese era el porqué de que la batalla haya tomado tanto tiempo. El golpe limpio y preciso con el que había intentado aterrizar cuando llegó: el único golpe que pudo haber salvado tantas vidas... se había deslizado de su alcance.

Así que lo había perseguido, ese amortiguador. Combatiendo en su camino a través de Adriata para llegar a este barco. Y ahora, el cansancio empezó a desgarrarlo... La armada de soldados alrededor de Rhysand se separó, y él apareció.

Atrapada dentro de la mente de Rhysand, sus poderes sofocados y su cuerpo cansado, ahí no había nada que yo pudiera hacer sino ver cómo el Rey de Hiberno salía de abajo y le sonreía a mi compañero.

Capítulo 37

Traducido por ~Verónica Mellark~

La sangre se deslizó sobre las puntas de las cuchillas gemelas de Rhys sobre la cubierta. Una gota, dos. Tres.

Santa Madre. El rey...

El Rey de Hiberno vestía sus propios colores: gris pizarra, bordeado con hilo coloreado de hueso. Ninguna arma en él. Ninguna mancha de sangre.

Dentro de la mente de Rhys... no había respiración irregular para tomar, ningún latido a retumbar en mi pecho. Ahí no había nada que yo pudiera hacer aparte de mirar; mirar y mantenerme quieta, así no lo distraía, no me arriesgaba a quitar su enfoque durante un parpadeo...

Rhys se encontró los oscuros ojos, brillantes debajo de pesadas cejas, y sonrió.

—Encantado de ver que todavía sigues sin pelear tus propias batallas.

La sonrisa respondiente del rey fue una brutal hilera de blanco.

—Estaba esperando una presa más interesante que encontrar. —Su voz era más fría que los más altos picos de las montañas Ilirianas.

Rhys no se atrevió a apartar la mirada de él. No mientras su magia se desplegada, olfateando cada ángulo para matar el rey. Una trampa: había sido una trampa para descubrir qué Gran Señor cazaba la fuente de ese amortiguador primero.

Rhys sabía que uno de ellos—el rey, sus compinches—estaría esperando aquí.

Él lo sabía, y vino. Lo sabía y no nos pidió *ayudarlo...*

una CORTE de ALAS y RUINA

Si fuera inteligente, Rhys me dijo, su voz calmada y segura, Encontraría alguna manera de llevarlo vivo, haría que Azriel lo rompiera...que lograra ceder al Caldero. Y hacer un ejemplo de él para los otros bastardos que pensarán en tirar abajo ese muro.

No, le pedí, Solo mávalo, mávalo y termina con esto Rhys. Termina ésta guerra antes de que pueda empezar realmente.

Una pausa de consideración. Pero una muerte aquí, rápida y brutal... Sus seguidores se girarían contra mí, sin ninguna duda.

Si pudiera hacerlo. El rey no pelearía. No vaciaría sus reservas de energía. Pero Rhys...

Sentí que Rhys aumentaba las probabilidades de mi lado. Deja que uno de nosotros vaya contigo. No lo enfrentes solo...

Porque tratar de tomar al rey vivo sin total acceso a su poder...

Información se onduló adentro de mí, llenándome con todo lo que Rhys había visto y aprendido. Llevar al rey vivo dependía en si Azriel estaba en la suficiente buena forma para ayudar. Él y Cassian habían tomado unos cuantos golpes, pero, nada que no pudieran manejar. Nada que espantara a los Ilirianos de seguir peleando bajo sus comandos. Aún.

—Parece que la marea está dando vueltas —Rhys observó mientras la armada alrededor de ellos ciertamente empujaba las fuerzas de Hiberno fuera del mar. Él no había visto a Tarquin. O a Varian y Cressida. Pero la Corte de Verano seguía peleando. Seguía haciendo retroceder a Hiberno hacia atrás... atrás del puerto.

Tiempo. Rhys necesitaba tiempo...

Rhys se abalanzó dentro de la mente del rey, y encontró nada. Ningún trazo, ningún susurro. Como si él no fuera nada sino infame pensamiento y antigua malicia...

El rey chasqueó su lengua.

—He escuchado que eras un encantador, Rhysand. Sin embargo aquí estás, tanteando y palmeando hacia mí como un pequeñuelo.

Una esquina de la boca de Rhys se alzó.

—Siempre es una delicia decepcionar a Hiberno.

una CORTE ALAS y RUINA

—Oh, al contrario —dijo el rey, cruzando sus brazos, músculo moviéndose debajo—. Tú siempre has sido una fuente de entretenimiento. Especialmente para mi querida Amarantha.

Lo sentí, el pensamiento que escapó de Rhys.

Él quería limpiar ese nombre de su viva memoria. Quizá algún día lo haría. Un día lo borraría de toda mente en este mundo, una por una, hasta que ella no fuera nadie ni nada.

Pero el rey sabía eso. Por esa sonrisa, él lo sabía.

Y todo lo que había hecho... todo ello...

Mátalo Rhys. Mátalo y termina con esto.

No es tan fácil, fue su ecuánime respuesta. No sin explorar este barco, explorarlo a él por esa fuente de hechizo en nuestro poder, y romperla.

Pero si él se demoraba mucho... No tenía duda de que el rey tenía una sucia sorpresa esperando. Diseñado para cerrar la fuente a cualquier momento. Supe que Rhys estaba consciente de eso, también.

Lo sabía, porque él congregó su magia, evaluando y pesando, un áspide alistándose para golpear.

—En el último reporte que recibí de Amarantha —el rey continuó, deslizando sus manos en sus bolsillos—, ella seguía disfrutando de ti.

Los soldados rieron.

Mi compañero estaba acostumbrado a eso: esa risa. Incluso si eso me hacía querer rugir hacia ellos, desgarrarlos en pedazos. Pero Rhys no hizo mucho más que apretar sus dientes, aunque el rey le sonrió eso me dijo que él estaba bien consiente de qué tipo de cicatrices permanecían. Lo que mi compañero tuvo que hacer para mantener a Amarantha distraída. Por qué lo había hecho.

Rhys sonrió burlonamente.

—Mala suerte que no haya terminado muy placenteramente para ella. —Su magia serpenteó a través del barco, persiguiendo esa correa que sostenía la fuerza de nuestro poder...

Mátalo, mátalo... mátalo ahora. La palabra era un canto en mi sangre, mi mente.

En el suyo, también. Lo podía oír, tan claro como mis propios pensamientos.

—Una chica muy admirable, tu compañera —el rey reflexionó. Ninguna emoción, no más que un poco de ira detrás de esa fría distracción—. Primero Amarantha, luego mi mascota, el Attor... Y luego rompe todas las guardas alrededor de mi palacio para ayudarte a escapar. Sin mencionar...—Una risa baja—. Mi sobrino y sobrina.

Furia: eso era lo que empezaba a ennegrecer sus ojos.

—Ella embistió contra Dagdan y Brannagh... y, ¿por qué razón?

—A lo mejor deberías preguntarle a Tamlin. —Rhys levantó una ceja—. Por cierto, ¿dónde está el?

—Tamlin. —Hiberno saboreó el nombre, el sonido de éste—. Él tiene planes para ti, después de lo que tú y tu compañera le hicisteis. A su Corte. Qué desastre le dejasteis para limpiar; sin embargo, creo que ella ciertamente me hizo más fácil plantar mis tropas en sus tierras.

Santa Madre, Santa Madre, yo *había hecho* eso...

—Se alegrará de oír eso.

Demasiado. Rhys se demoraba demasiado, y enfrentarlo ahora... Pelear o correr. Correr o pelear.

— ¿De dónde vienen sus dones, me pregunto? ¿O de quién?

El rey lo sabía. Lo que era yo. Lo que yo poseía.

—Soy un hombre con suerte por tenerla como mi compañera.

El rey sonrió de nuevo.

—Por el poco tiempo que te queda.

Pude haber jurado que Rhys bloqueó todas las palabras.

El rey continuó casualmente:

—Se necesitará de mucha fuerza para tratar detenerme, lo sabes ¿no? Todo lo que tienes. Y eso no será suficiente. Y cuando hayas dado todo y estés muerto, Rhysand, cuando tu compañera esté lamentándose sobre tu cadáver, me quedaré con ella.

Rhys no dejó que una luz de emoción se mostrara, colocó esa fría y divertida máscara sobre el rugiente arrebatamiento que me rodeó ante el pensamiento, la amenaza. Se asentó a mis espaldas como una bestia lisa para embestir, para defender.

—Ella derrotó a Amarantha y al Attor — rebatió Rhys—. Dudo de que seas más que un esfuerzo, de todos modos.

—Lo veremos. Tal vez se la dé a Tamlin cuando haya terminado con ella.

La furia golpeó la sangre de Rhys. Y la mía.

Golpea o huye, Rhys. Pedí de nuevo. Pero hazlo ahora.

Rhys concentró su poder, y lo sentí alzarse dentro de él, lo sentí esforzarse por sostener su agarre en él.

—El hechizo se desgatará —dijo el rey, ondeando una mano—. Otro pequeño truco que elegí mientras me pudría en Hiberno.

—No sé de lo que estás hablando —dijo Rhys suavemente.

Ellos solo se sonrieron.

Y luego Rhys preguntó:

— ¿Por qué?

El rey supo a qué se refería.

—Había un espacio en la mesa para todos, lo predicaban tú y los de tu clase. —El rey bufó—. Tanto para humanos, como hadas menores, mestizos. En éste nuevo mundo vuestro, había un espacio en la mesa para todos: siempre y cuando pensarán como tú. Pero los Leales... Cuanto disfrutaste acallándonos. Mirándonos por encima del hombro. —Gesticuló hacia los soldados que los monitoreaban, a la batalla en la bahía—. ¿Quieres saber por qué? Porque sufrimos; cuando tú nos reprimiste, cuando nos dejaste sin voz.

Algunos de sus soldados gruñeron en aprobación.

—No tengo interés de pasarme otros cinco siglos viendo a mi gente doblegándose ante cerdos humanos, viéndolos arañando la vida mientras tú proteges y mimas a esos mortales, concediéndoles nuestros recursos y riqueza a cambio de *nada*. —Él inclinó su cabeza—. Así que tendremos que reclamar lo que es nuestro. Lo que siempre ha sido nuestro, y siempre será nuestro.

Rhys le ofreció una astuta sonrisa abierta.

—Puedes intentarlo.

Mi compañero no se molestó en decir más mientras arrojaba una esbelta jabalina de poder hacia él, el golpe tan preciso como una flecha.

Y cuando alcanzó al rey... pasó justo a través de él. Él se difuminó, después volvió a tomar forma.

Una ilusión. Una sombra.

El rey rugió una risa.

— ¿Pensabas que aparecería en esta batalla en persona? —Ondeó una mano a los soldados que seguían mirando—. Una prueba; ésta batalla es solo una prueba para ti. Para agudizar tu apetito.

Luego se había ido.

La magia que goteaba por el barco, el aceite brillante que calmaba el poder de Rhys... también dejó de existir.

Rhys permitió que los soldados de Hiberno subieran al barco, subieran los que lo rodeaban, en honor de que al menos levantaran sus espadas.

Luego los volvió en nada más que niebla roja y astillas flotantes sobre las olas.

Capítulo 38

Traducido por ~Verónica Mellark~

Mor me estaba sacudiendo. Lo sabía solo porque Rhys me había lanzado fuera de su mente en el momento en que desató su poder sobre los soldados.

Estuviste aquí durante demasiado tiempo, fue todo lo que dijo, pasándome una garra de forma cariñosa por el rostro. Luego estaba afuera, saliendo a tropezones del vínculo, y su escudo cerrándose de golpe detrás de mí.

—Feyre —estaba diciendo Mor, sus dedos hundiéndose en mis hombros a través sobre mi traje de cuero—. *Feyre.*

Parpadeé, el sol y la sangre y la estrecha calle comenzaron a entrar en foco.

Parpadeé, y luego el vómito estuvo por todos los adoquines entre nosotras.

Las personas, conmocionadas y petrificadas solo miraron.

—Por aquí —dijo Mor, y enrolló su brazo alrededor de mi cintura mientras me dirigía dentro de un polvoriento callejón vacío. Lejos de ojos mirones.

Apenas noté la ciudad y la bahía y el mar más allá... apenas noté que un potente remolino de oscuridad, agua y viento estaban ahora empujando la flota de Hiberno más allá del horizonte. Como si los poderes de Tarquin y Rhys hubiesen sido desatados tras la desaparición del rey.

Llegué hasta un montón de piedras caídas del edificio medio-roto al lado de nosotras cuando volví a vomitar. Y otra vez.

Mor puso una mano en mi espalda, y frotó círculos calmantes mientras yo tenía arcadas.

—Yo hice lo mismo después de mi primera batalla. Todos lo hicimos.

Ni siquiera fue una batalla, no de la manera que me había imaginado: ejército contra ejército en un campo de batalla poco común, caótico y fangoso. Incluso la verdadera batalla de hoy había estado en el mar, donde los Ilirianos estaban navegando hacia el interior.

No pude empezar a contar cuántos de ellos hacían el viaje de retorno.

No sabía cómo Mor, Rhys o Cassian o Azriel podían contarlos.

Y lo que acababa de ver...

—El rey ha estado aquí —exhalé.

La mano de Mor siguió en mi espalda.

— ¿Qué?

Apoyé mi ceja contra el ladrillo caliente por el sol del edificio ante mí y le conté lo que había visto en la mente de Rhys.

El rey: había estado aquí y a la vez no. Otro truco... otro hechizo. No dudaba del por qué Rhys no pudo ser capaz de atacar su mente: el rey no había estado presente para hacerlo.

Cerré mis ojos mientras terminaba, presionando mi ceja más fuerte contra el ladrillo.

Sangre y sudor me revestían. Traté de recordar la usual forma de mi cuerpo, la prioridad de las cosas, mi manera de ver al mundo. Qué hacer con mis extremidades en el silencio. ¿Cómo posicionaba usualmente mis manos sin una espada entre ellas? ¿Cómo *dejaba* de moverme?

Mor estrujó mi hombro, como si entendiera los pensamientos, el extranjerismo de mi cuerpo. La Guerra había rugido durante siete años. *Años*, ¿Cuánto duraría ésta?

—Deberíamos encontrar a los otros —dijo ella, y me ayudó a enderezarme antes de tamizarnos de vuelta al palacio que se alzaba por encima de nosotras.

No me atreví a enviar otro pensamiento a través del vínculo. De ver dónde estaba Rhys. No quería que él me viera, que me *sintiera* en tal estado. Incluso si sabía que no iba a juzgarme.

Él también había derramado sangre en la batalla de hoy. Y muchos otros antes de eso. Todos mis amigos lo habían hecho.

Y lo pude entender—solo por un segundo, mientras el viento nos azotaba—por qué algunas reglas, humanos y Fae, se habían inclinado ante Hiberno. Mejor inclinarse, antes de enfrentar esto.

No solo era el costo de una vida desgarrada, y destruida, y cortada. Era el cambio del alma que conllevaba: la comprensión de que tal vez podría volver a Velaris, a lo mejor ver paz lograda y ciudades reconstruidas... pero esta batalla, ésta guerra... *yo* sería la cosa que cambiaría para siempre.

La guerra podría durarme mucho más después de que ésta terminara, una cicatriz invisible que, tal vez un día, podría decolorarse, pero nunca desaparecería por completo.

Pero por mi hogar, por Prythian y los territorios humanos y tantos otros...

Limpiaría mis cuchillas, y lavaría la sangre de mi cuerpo.

Y lo volvería a hacer una y otra vez.

El suelo central del palacio estaba distorsionado en movimiento: soldados de la Corte de Verano desangrados, flácidos, con sanadores por los alrededores y sirvientes apresurándose hacia los vivos que yacían sobre el suelo.

El arroyo que corría en el interior, a través del vestíbulo, llevaba agua roja.

Más y más se tamizaron al interior, sosteniendo a Altos Faes con los ojos abiertos.

Unos pocos Ilirianos—igual de ensangrentados pero con los ojos claros—se arrastraban al interior con sus propias heridas, desde las ventanas abiertas y puertas de balcón.

Mor y yo observamos el espacio, la masa de personas, el hedor a muerte y gritos de los heridos.

Traté de tragar saliva, pero mi boca estaba demasiado seca.

— ¿Dónde están...?

Reconocí el guerrero al mismo momento en el que él me reconoció.

Varian, arrodillado sobre un soldado herido con el muslo vendado, se quedó inmóvil cuando nuestros ojos se encontraron. Su piel morena estaba salpicada con sangre tan brillante como los rubíes que ellos nos habían enviado, su cabello blanco estaba emplastado a su cabeza, como si acabara de quitarse su casco.

Silbó a través de sus dientes, y un soldado apareció a su lado, tomando su posición y ligando un torniquete alrededor del muslo herido del hombre. El Príncipe de Adriata se puso de pie.

No quedaba nada de magia en mí para protegerme. Después de ver a Rhys con el rey, allí solo había un pozo vacío dónde mi miedo se había convertido en un mar salvaje. Pero sentí el poder de Mor deslizándose en el espacio en medio de nosotros.

Había una promesa de muerte sobre mi cabeza. Procedente de ellos.

Varian se acercó suavemente. Rígidamente. Como si todo su cuerpo doliera. Sin embargo, su atractivo rostro no reveló nada. Solo exhaustos huesos cansados.

Su boca se abrió, luego se cerró. Yo no tenía palabras, tampoco.

Así que Varian carraspeó, su voz lo suficientemente ronca como para que supiera que había estado gritando por un largo, largo tiempo.

—Él está en el comedor de roble.

En el que yo había comido la primera vez con ellos.

Solo asentí hacia el príncipe y comencé a alivianar mi rumbo a través de la multitud, con Mor pisándome los talones.

Pensé que Varian se había referido a Rhysand.

Pero era Tarquin quién estaba posado en el comedor con una armadura plateada moteada de sangre coagulada, mapas y gráficas detrás de él, con Faes de la Corte de Verano, ya fueran pura sangre o prístinos, llenando la soleada cámara.

El Gran Señor de la Corte de Verano miró desde la mesa mientras nos deteníamos en el umbral. Reparó en mí, luego en Mor.

La bondad, la consideración que había visto la última vez en el rostro del Gran Señor, se había esfumado. Había sido reemplazada por una cosa sombría y fría que hizo que mi estómago se retorciera.

La sangre se había coagulado en una espesa rebanada en su cuello, los pedacitos enmarañados se desmoronaban mientras Tarquin miraba a la gente de la habitación y decía:

—Dejadnos.

Ninguno se atrevió a mirar por segunda vez hacia él mientras salían.

Yo había hecho algo horrible la última vez que había estado aquí. Había mentido y robado. Había entrado en su mente y le había hecho creer que yo era inocente. Inofensiva. No lo culpaba por los rubíes de sangre que nos había enviado. Pero si buscaba precisar su venganza ahora...

—Oí que vosotras dos limpiasteis el palacio. Y ayudasteis a limpiar la isla.

Sus palabras eran bajas... sin vida.

Mor inclinó su cabeza.

—Tus soldados pelearon valientemente junto a nosotras.

Tarquin la ignoró, sus aplastantes ojos turquesa se posaron en mí. Se detuvieron en la sangre, las heridas, los trajes de cuero. Luego en el vínculo de pareja en mi dedo, la estrella sin punta de zafiro con sangre incrustada entre los delicados pliegues y arcos de metal.

—Pensé que habías venido a finalizar el trabajo —dijo Tarquin en mi dirección.

No me atreví a moverme.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Oí que Tamlin te llevó con él. Luego escuché que la Corte de Primavera se desmoronó. Que colapsó desde adentro. Su gente se revolucionó. Y que tú habías desaparecido. Y cuando vi a la legión Iliriana infiltrándose aquí... pensé que venías a por mí. Para ayudar a Hiberno en su cometido de acabar con nosotros.

Varian no le había dicho... del mensaje que él le había pasado a Amren. No una llamada de ayuda, sino una advertencia frenética a Amren para que se salvara. Tarquin no sabía que íbamos a venir.

—Nosotros nunca nos aliaríamos con Hiberno —dijo Mor.

—Estoy hablando con Feyre Archeron.

Nunca había escuchado utilizar ese tono en Tarquin. Mor se encrespó, pero no dijo nada.

— ¿Por qué? —demandó Tarquin, luz de sol brillaba en su armadura, cuyas delgadas y traslapadas escalas habían sido diseñadas en base a un pez.

No sabía a qué se refería. ¿Por qué habíamos decidido robarlo? ¿Por qué habíamos venido a ayudar? ¿Por qué hicimos ambas cosas?

—Nuestros sueños son los mismos —fue lo único que pude decir.

Un reino unido, en el que hadas menores ya no fuesen apartadas. Un mundo mejor. Lo contrario de lo que quería Hiberno. Por lo que sus aliados peleaban.

— ¿Así es cómo justificas el robarme?

Mi corazón se detuvo un segundo.

—Mi compañera y yo tuvimos nuestras razones, Tarquin —dijo Rhysand desde atrás de mí; sin duda se había tamizado adentro.

Mis rodillas colapsaron hacia la uniformidad de su voz, a la cara con sangre salpicada que seguía revelando ningún signo de lesión, a la armadura oscura—la gemela de la de Azriel y Cassian—que había permanecido intacta aparte de unas pocas rasgaduras profundas que apenas podía notar.

¿Cassian y Azriel?

Bien. Supervisando a los Ilirianos lesionados y acomodándolos en campamentos en las montañas.

Tarquin observó entre nosotros.

—Compañeros.

— ¿No era obvio? —le preguntó Rhysand con un guiño. Pero había un filo en sus ojos... filoso y cazador.

Mi pecho se apretó. *¿Dejó el rey algún tipo de trampa para...?*

Él deslizó una mano contra mi espalda. *No. Estoy totalmente bien. Molesto por no haber visto de que era una ilusión, pero... bien.*

La cara de Tarquin no hizo mucho más que cambiar a la fría ira.

—Cuando estuviste dentro de la Corte de Primavera y engañaste a Tamlin sobre tu verdadera naturaleza, cuando destrozaste su territorio... dejaste la puerta abierta para Hiberno. Ellos desembarcaron en sus puertos. —Sin duda, para esperar que el muro cayera y luego navegar hacia el sur. Tarquin gruñó—. Era un viaje fácil hacia mis puertas. Tú hiciste esto.

Pude haber jurado que sentí a Rhys respingar a través del vínculo. Pero mi compañero dijo calmadamente:

—Nosotros no hicimos nada. Hiberno eligió sus acciones, no nosotros. —Sacudió su barbilla hacia Tarquin—. Mis fuerzas acamparán en las montañas hasta que tú estimes la seguridad de la ciudad. Lugo nos marcharemos.

— ¿Y planeáis robar alguna otra cosa antes de iros?

Rhys se quedó totalmente quieto. Debatíéndose, me di cuenta, con respecto a pedir disculpas. De explicar.

Lo auxilié de la elección.

—Atiende a tus heridos, Tarquin.

—No me des órdenes.

El rostro del antiguo almirante de la Corte de Verano... el príncipe que había comandado la flota en el puerto hasta que el título recayó sobre él. Noté el cansancio que nublaba sus ojos, la ira y la amargura.

Habían muerto personas. Muchas personas. La ciudad por la que él había trabajado tan duro para reconstruir, personas que habían tratado de luchar para superar las cicatrices de Amarantha...

—Estamos a tu disposición —dijo hacia él, y me alejé caminando.

Mor se mantuvo cerca, y emergimos hacia el vestíbulo para encontrar un grupo de sus consejeros y soldados mirándonos cuidadosamente. Detrás de nosotras, Rhys le dijo a Tarquin:

—No tuve elección. Traté de *evitar* esto, Tarquin. De detener a Hiberno antes de que llegara hasta aquí. —Su voz fue tensa.

Tarquin solo dijo:

—Vete. Y llévate a tu armada contigo. Podemos aguantar la bahía ahora que ellos no tienen la sorpresa de su lado.

Silencio. Mor y yo permanecemos justo afuera de las puertas abiertas, sin volver atrás, pero escuchando al mismo tiempo. Escuchando mientras Rhys decía:

—Vi suficiente de Hiberno en la Guerra como para decirte que este ataque es, tan solo, una fracción de lo que el rey planea desatar. —Hizo una pausa—. Ven a la reunión, Tarquin. Te necesitamos... Prythian te necesita.

Otro golpe de quietud. Luego Tarquin dijo:

—Fuera.

—La oferta de Feyre se mantiene; estamos a tu disposición.

—Coge a tu compañera y vete. Y te sugiero que la instruyas a no dar órdenes a los Grande Señores.

Me tensé, a punto de darme vuelta, cuando Rhys dijo:

—Ella es la Gran Señora de la Corte Oscura. Lo hará si así lo desea.

El muro de Faes de pie ante nosotros, retrocedió ligeramente. Ahora me estudiaban con algún tipo de mirada atónita. Un murmullo se desató entre ellos. Tarquin dejó salir una baja y amarga risa.

—Cuanto amas escupirle en la cara a las tradiciones.

PARADISE SUMMERLAND FORO

Rhys no dijo nada más, sus pasos sonaron sobre las baldosas del suelo mientras caminaba, hasta que su mano calentó mi hombro. Miré hacia él, consciente de todos los allí congregados nos miraban boquiabiertos. Me miraban a mí.

Rhys presionó un beso sobre mi sudorosa y sangrienta frente, y luego nos desvanecemos.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 39

Traducido por AnamiletG

El campamento Iliriano permaneció en las colinas de Adriata.

Principalmente porque había tantos heridos que no podíamos moverlos hasta que hubieran sanado lo suficiente para sobrevivir.

Alas destrozadas, tripas colgando, caras maltratadas...

No sé cómo mis amigos todavía estaban de pie mientras atendían a los heridos tanto como podían. Apenas vi a Azriel, que había instalado una carpa para organizar la información que venía de sus exploradores: la flota de Hiberno se había retirado. No hacia la Corte de Primavera, sino hacia el otro lado del mar. No había señales de otras fuerzas a la espera para atacar. Ningún susurro de Tamlin o Jurian.

Cassian, sin embargo... Él cojeaba a través de los heridos dispuestos en el terreno rocoso y seco, ofreciendo granos de alabanza o de consuelo a los soldados que aún no habían sido atendidos. Con los Sifones, podía hacer rápidos remiendos en el campo de batalla, pero... nada extenso. Nada complicado.

Su rostro, cada vez que cruzábamos caminos mientras buscaba suministros para los sanadores que trabajaban sin descanso, era grave. Demacrado. Todavía llevaba su armadura, y aunque se había lavado la sangre de su piel, ésta se pegaba al cuello de su pectoral. La opacidad de sus ojos avellana era la misma que la de mis ojos vidriosos. Y los de Mor.

Pero Rhys... Sus ojos estaban claros. Alertas. Su expresión era sombría, pero... Los soldados lo miraban a él. Y él era todo lo que debía ser: un Gran Señor confiado en su victoria, cuyas fuerzas habían aplastado la flota de Hiberno y salvado una ciudad de inocentes. El precio que le había costado a sus propios soldados era duro, pero un costo digno de la victoria. Caminó por el campamento—vigilando a los heridos, la información que Azriel le entregó, registrando con sus comandantes—

una CORTE de ALAS y RUINA

todavía con su armadura Iliriana. Pero las alas no estaban. Habían desaparecido antes de que apareciera en la cámara de Tarquin.

El sol se opuso, dejando una manta de oscuridad sobre la ciudad de debajo. Mucho más oscuro de la última vez que lo había visto, vivo y brillando de luz. Pero esta nueva oscuridad... Lo habíamos visto en Velaris después del ataque, ahora la conocíamos muy bien.

Las luces fae resurgieron sobre nuestro campamento, dorando las garras de todas las alas Ilirianas mientras trabajaban o yacían lastimadas. Sabía que muchos me miraban: a su Gran Señora.

Pero no pude reunir la facilidad de Rhys. Su tranquilo triunfo.

Así que seguí trayendo cuencos de agua dulce, transportando a los ensangrentados. Ayudé a sostener a soldados que gritaban hasta que mis dientes chocaron unos contra otros por la fuerza de sus luchas.

Me senté solo cuando mis piernas ya no me podían mantener erguida, sobre un cubo volcado a la salida de la carpa para curaciones. Solo unos minutos, me sentaría solo unos minutos.

Me desperté dentro de otra carpa, acostada sobre un montón de pieles, la luz fae era tenue y suave.

Rhys estaba sentado a mi lado, sus piernas estaban cruzadas, el cabello en un desorden inusual. Estaba teñido de sangre, como si hubiera tenido las manos cubiertas de ésta cuando se las había pasado a través del pelo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Mis palabras fueron un gruñido.

Levantó la cabeza desde donde había estado estudiando una serie de papeles esparcidos sobre una piel ante él.

—Tres horas. El amanecer aún está muy lejos... debes dormir.

Pero me apoyé sobre mis codos.

—Tú no lo haces.

Se encogió de hombros, bebiendo de la copa de agua que estaba a su lado.

—No soy yo el que se cayó desde un cubo sobre el barro. —Su sonrisa torcida se desvaneció—. ¿Cómo te sientes?

Casi dije *Bien*, pero...

—Todavía estoy decidiendo qué sentir.

Me dio un cuidadoso asentimiento.

—La guerra abierta es así... Se necesita un tiempo para decidir cómo lidiar con todo lo que conlleva. Los costos.

Me senté erguida, escudriñando los papeles que había estado mirando. La de los caídos. Solo un centenar de nombres, pero...

— ¿Conocías... a los que murieron?

Sus ojos violetas se cerraron.

—Unos pocos. Tarquin perdió mucho más que nosotros.

—¿Quién se lo dirá a sus familias?

—Cassian. Él enviará las listas una vez llegue el amanecer, cuando veamos quién sobrevive a la noche. Visitará a sus familias si las conoce.

Recordé que Rhys me había dicho una vez que había observado las listas de víctimas de sus amigos en la Guerra, el temor que todos habían sentido, esperando a ver si un nombre familiar estaba en ellas.

Tantas sombras ensombrecían esos ojos violetas. Puse una mano en la suya. Estudió mis dedos sobre los suyos, los arcos de tierra debajo de mis uñas.

—El rey solo vino hoy —dijo por fin—, para burlarse de mí. El ataque de la biblioteca, esta batalla... Era una forma de jugar conmigo. Con nosotros.

Le toqué la mandíbula. Fría, su piel estaba fría, a pesar de la cálida noche de verano que nos presionaba.

—No vas a morir en esta guerra, Rhysand.

Su atención se centró en mí.

Le cogí el rostro con ambas manos.

—No escuches ni una palabra de lo que dijo. Él sabe...

—Él sabe sobre nosotros. De nuestras historias.

Y eso asustaba a Rhys hasta la muerte.

—Él conocía la biblioteca... La escogió por lo que significaba para *mí*, no solo para coger a Nesta.

—Entonces averigüemos en dónde golpear, y hacerlo con fuerza. Mejor aún, lo matamos antes de que pueda hacer más daño.

Rhys sacudió levemente la cabeza, apartando su rostro de mis manos.

—Si solo tuviéramos que lidiar con el rey... Pero que tenga el Caldero en su arsenal...

Y era la manera en que sus hombros comenzaron a curvarse, la forma en que su barbilla se hundió ligeramente... Lo agarré de la mano otra vez.

—Necesitamos aliados —dije, con los ojos ardiendo—. No podemos enfrentar el peso de esta guerra nosotros solos.

—Lo sé. —Las palabras sonaron muy cansadas.

—Traslada la reunión con los Grandes Señores, celébrala pronto. Dentro de tres días.

—Lo haré. —Nunca lo había oído así. Tan tranquilo.

Y fue precisamente por eso que dije:

—Te amo.

Su cabeza se alzó, sus ojos se agitaron.

—Hubo un tiempo en que soñaba oír eso —murmuró—. Cuando nunca pensé que te lo escucharía decir. —Señaló a la carpa, a Adriata más allá—. Nuestro viaje aquí fue la primera vez que me permití tener... esperanza.

Por las estrellas que escuchan... y los sueños que son respondidos.

Y aún hoy, con Tarquin...

de ALAS

una CORTE y RUINA

—El mundo debería saberlo —dije—. El mundo debería saber lo bueno que eres, Rhysand... lo maravillosos que son todos ustedes.

—No sé si me preocupa que digas cosas tan buenas sobre mí. Quizás la burla del rey *te* llegó a ti.

Le pellizqué el brazo, y él soltó una risa baja antes de levantar mi rostro para estudiar mis ojos. Incluyó la cabeza.

—¿*Debería* estar preocupado?

Puse una mano en su mejilla una vez más, la piel de seda ahora caliente.

—Eres desinteresado, valiente y amable. Eres más de lo que jamás soñé para mí, más de lo que yo... —Las palabras se ahogaron y tragué, respirando hondo. No estaba segura de si necesitaba oírlo después de lo que el rey había dicho, pero tenía que decirlo. Luces de estrellas ahora bailaban en sus ojos. Pero continué—: En la reunión con los otros Grandes Señores, ¿qué papel jugarás?

—El habitual.

Asentí, habiendo anticipado su respuesta.

—Y los otros también jugarán sus papeles habituales.

—¿Y?

Alejé mi mano de su rostro y la puse sobre su corazón.

—Creo que ha llegado el momento de quitarse las máscaras. De dejar de jugar un papel.

Esperó, escuchándome.

—Velaris ya no es secreto. El rey sabe mucho de nosotros, quiénes somos. Qué somos. Y si vamos a aliarnos con los otros Grandes Señores... Creo que necesitan la verdad. Necesitarán la verdad para confiar en nosotros. La verdad sobre quién eres en realidad, lo que Mor y Cassian y Azriel son realmente. Mira lo mal que fue con Tarquin hoy. No podemos... no podemos dejar que siga así. Así que no más máscaras, no más papeles que jugar. Iremos como nosotros mismos. Como una familia.

En todo caso, las burlas del rey me lo habían dicho. Los juegos habían terminado. No habría más disfraces, no más mentiras. Tal vez pensó que nos llevaría a seguir haciendo esas cosas. Pero para tener una oportunidad... quizás la victoria estaba en la otra dirección. En la honestidad. Con nosotros de pie juntos, exactamente como éramos.

Esperé a que Rhys me dijera que yo era joven e inexperta, que no sabía nada de política y guerra. Sin embargo, Rhys solo rozó su pulgar sobre mi mejilla.

—Pueden enojarse por las mentiras que les hemos alimentado a lo largo de los siglos.

—Entonces vamos a dejar claro que entendemos sus sentimientos... y dejar claro que no teníamos otra alternativa para proteger a nuestra gente.

—Le mostraremos la Corte de los Sueños —dijo en voz baja.

Asentí. Les mostraríamos... y también se lo mostraríamos a Keir, Eris y Beron. Demostraríamos quiénes éramos a nuestros aliados y a nuestros enemigos.

Las estrellas brillaban y se quemaban en esos hermosos ojos.

— ¿Y qué hay de tus poderes? —El rey también había sabido de ellos, o lo había adivinado.

Sabía por su tono cauteloso que ya había formado una opinión. Pero la elección era mía, él la enfrentaría a mi lado sin importar lo que decidiera.

Y mientras lo pensaba...

—Creo que van a ver la revelación de nuestro lado como una manipulación si también se descubre que tu compañera ha robado el poder de todos ellos. Si el rey planea usar esa información contra nosotros, lo trataremos más tarde.

—Técnicamente, ese poder fue *regalado*, pero... tienes razón. Tendremos que caminar una línea bastante delgada con respecto a cómo nos mostramos a nosotros mismos, caminarla de la manera correcta para que no piensen que es una trampa o una artimaña. Pero cuando se trata de ti... —La oscuridad borró las estrellas en sus ojos. La oscuridad de los

asesinos y ladrones, la oscuridad de la muerte intransigente—. Podrías inclinar la escala a favor de Hiberno si alguno de ellos está considerando una alianza. Berón solo podría tratar de matarte, con o sin esta guerra. Dudo que Eris pueda evitarlo.

Podría haber jurado que el campo de guerra se estremeció ante el poder que retumbó a la vida: la ira. Las voces fuera de la carpa se redujo a susurros. O puro silencio.

Pero me incliné y lo besé ligeramente.

—Lidiaremos con ello —dije en su boca.

Alejó su boca de la mía, su rostro se volvió grave.

—Mantendremos en secretos todos tus poderes, excepto los que yo te di. Como mi Gran Señora, se espera que hayas recibido algo.

Tragué con dificultad, asintiendo con la cabeza, y tomé un trago largo de su copa de agua. No más mentiras, no más engaños, más allá de mi magia. Que Tarquin sea la primera y última víctima de nuestro engaño.

Me mordí el labio.

—¿Y qué hay de Miryam y Drakon? ¿Has averiguado algo sobre dónde podrían haber ido? —*¿Junto con esa legión de guerreros aéreos?*

La pregunta pareció arrastrarlo desde dondequiera que había ido mientras contemplaba lo que ahora nos esperaba.

Rhys suspiró, escudriñando de nuevo esas listas de víctimas. La tinta oscura parecía absorber la tenue luz fae.

—No. Los espías de Az no han encontrado rastro de ellos en ninguno de los territorios circundantes. —Se frotó la sien—. ¿Cómo se desvanece un pueblo entero?

Fruncí el ceño.

—Supongo que la táctica de Jurian para sacarlos a la luz trabajó en su contra. —Jurian... no había habido noticias de él en la batalla hoy.

—Parece que sí. —Sacudió la cabeza, la luz bailó en los mechones negros de su cabello—. Debería haber establecido protocolos con ellos...

hace siglos. Formas de contactar con ellos, para que nos contactaran si alguna vez necesitamos ayuda.

— ¿Por qué no lo hiciste?

—Ellos querían ser olvidados por el mundo. Y cuando vi lo pacífico que era Creta... tampoco quería que el mundo se entrometiera con ellos. — Un músculo parpadeó en su mandíbula.

—Si de alguna manera los encontramos... ¿sería suficiente? Si primero podemos impedir que el muro se rompa, quiero decir. ¿Nuestras fuerzas y Drakon, tal vez incluso la Reina Vassa, si Lucien puede encontrarla, contra todo Hiberno? —Contra cualquier gambito o hechizo que el rey aún planeara desatar.

Rhys se quedó callado por un momento.

—Creo que tendrá que serlo.

Fue la forma en que su voz se hacía ronca, la forma en que sus ojos centelleaban, lo que me hizo presionar un beso en su boca cuando puse una mano sobre su pecho y lo empujé sobre las pieles.

Sus cejas se alzaron, pero una media sonrisa apareció en sus labios.

—Hay poca intimidad en un campo de guerra —advirtió, con algo de luz volviendo a sus ojos.

Solo me senté a horcajadas sobre él, desabrochando el botón de la parte superior de su chaqueta oscura. La que había debajo.

—Entonces supongo que tendrás que callarte —dije, bajando por la parte delantera de la chaqueta hasta que se abrió para revelar la camisa. Tracé un dedo de la espiral de tatuaje que asomaba cerca de su cuello—. Cuando te vi enfrentando al rey hoy...

Rozó los dedos contra mis muslos.

—Lo sé. Te sentí.

Llegué al dobladillo de su camisa, y él se levantó sobre sus codos, ayudándome a quitarle la chaqueta, luego la camisa de debajo. Un moretón ensombrecía sus costillas, una mancha encrespada...

—Está bien —dijo antes de que yo pudiera hablar—. Un tiro de suerte.

— ¿Con *qué*?

De nuevo, esa media sonrisa.

— ¿Una lanza?

Mi corazón se detuvo.

—Una... —Cepillé delicadamente el moretón, tragando fuerte.

—Llena de veneno fae. Mi escudo bloqueó la mayor parte de ella, pero no lo suficiente para evitar el impacto.

El miedo se curvó en mi estómago. Pero me incliné y rocé un beso sobre el moretón.

Rhys soltó un largo suspiro, su cuerpo pareció asentarse. Calmarse.

Así que volví a besar el moretón. Me moví más abajo. Él dibujó círculos ociosos en mi hombro, en mi espalda.

Sentí que su escudo se asentaba alrededor de nuestra carpa mientras yo le desabrochaba los pantalones. Mientras me abría camino a besos por su estómago musculoso y plano.

Más abajo. Las manos de Rhys se deslizaron en mi cabello mientras el resto de su ropa desaparecía.

Acaricié mi mano sobre él una vez, dos veces... lujuriente en la sensación de él, en saber que estaba aquí, que *ambos* estábamos aquí. A salvo.

Entonces hice eco del movimiento con mi boca.

Sus gruñidos de placer llenaron la carpa, ahogando los lejanos gritos de los heridos y moribundos. La vida y la muerte flotando tan cerca, susurrando en nuestros oídos.

Pero probé a Rhys, lo adoré con mis manos y boca y luego con mi cuerpo... y esperaba que este fragmento de vida que ofrecíamos, esta luz sin desvanecer entre nosotros, alejara la muerte un poco más. Por lo menos durante otro día más.

Solo unos cuantos Ilirianos más murieron durante la noche. Pero en lo alto de las colinas, los gritos y lamentos del pueblo de Tarquin se elevaba hasta nosotros como el humo de las hogueras que había hecho arder Hiberno. Continuaban ardiendo cuando partimos en las primeras horas posteriores al amanecer, de regreso a Velaris.

Casian y Azriel se quedaron para llevar a las legiones Ilirianas a su nuevo campo en nuestras fronteras del sur, y el primero salió de allí para volar hacia las estepas. Para ofrecer sus condolencias a algunas de esas familias.

Nesta nos estaba esperando en el vestíbulo de la casa de la ciudad, Amren hervía en una silla ante la chimenea sin iluminar de la sala de estar.

No había señal de Elain, pero antes de que pudiera preguntar, Nesta exigió:

— ¿Qué pasó?

Rhys me miró, luego a Amren, que se había puesto de pie y ahora nos miraba con la misma expresión que la de Nesta. Mi compañero dijo a mi hermana:

—Hubo una batalla. Ganamos.

—Lo sabemos —dijo Amren, caminando hacia nuestro lado con sus pequeños y silenciosos pies sobre la alfombra—. ¿Qué pasó con Tarquin?

Mor tomó aire para decir algo sobre Varian que probablemente no terminaría bien para ninguno de nosotros, así que interrumpí:

—Bueno, él no trató de matarnos cuando nos vio, así que... las cosas salieron ¿decentemente?

Rhys me dirigió una mirada atónita.

—La familia real sigue viva y bien. La armada de Tarquin sufrió pérdidas, pero Cresseida y Varian estaban indemnes.

una CORTE ALAS y RUINA

Algo tenso en el rostro de Amren pareció relajarse ante las palabras, sus cuidadosas y diplomáticas palabras.

Pero Nesta estaba mirando entre todos nosotros, su espalda todavía rígida, la boca una delgada línea.

— ¿Dónde está?

— ¿Quién? —susurró Rhys.

—Cassian.

No creí que hubiera oído su nombre de sus labios. Cassian siempre había sido *él* o *aquél*. Y Nesta había estado... yendo de un lado a otro en el vestíbulo.

Como si estuviera preocupada.

Abrió la boca, pero Mor me ganó:

—Está ocupado.

Nunca había escuchado su voz tan... aguda. Glacial.

Nesta sostuvo la mirada de Mor. Su mandíbula se tensó, luego se relajó, luego se apretó... como si estuviera peleando una batalla para mantener las preguntas en su interior. Mor no bajó la mirada.

Mor nunca había parecido irritada por la mención de las amantes pasadas de Cassian. Tal vez porque nunca habían querido decir mucho, no de las formas que contaban. Pero si el guerrero Iliriano ya no se mantenía como un amortiguador físico y emocional entre ella y Azriel... Y peor aún, si la persona que causaba esa vacante era Nesta...

Mor dijo con aplomo:

—Cuando regrese, mantén tu lengua bífida detrás de tus dientes.

Mi corazón saltó a un golpe furioso, mis brazos se aflojaron a mis lados ante el insulto, la amenaza.

Pero Rhys dijo:

—Mor.

Ella lentamente—muy lentamente—lo miró.

No había nada más que una voluntad intransigente en el rostro de Rhys.

—Ahora la reunión se hará en tres días. Envía las noticias a los demás Grandes Señores para informarles. Y he terminado de discutir el lugar dónde nos encontraremos. Elige un lugar y ponle fin.

Ella lo miró fijamente por un segundo, luego arrastró su mirada a mi hermana.

El rostro de Nesta no se había alterado, la frialdad lo había hecho inflexible. Estaba tan inmóvil que apenas parecía respirar. Pero no se amilanó. No apartó los ojos de la Morrigan.

Mor desapareció en apenas un parpadeo.

Nesta solo se dio la vuelta y se dirigió a la sala de estar, donde noté que había libros depositados en la mesa baja delante de la chimenea.

Amren entró detrás de ella, lanzando una mirada hacia atrás por encima de un hombro hacia Rhys. El movimiento movió su blusa gris lo suficiente para que captara el brillo de rojo que asomaba por debajo de la tela.

El collar de rubíes que llevaba, oculto bajo su camisa. Regalo de Varian.

Pero Rhys asintió con la cabeza a Amren, y la mujer preguntó a mi hermana:

—¿Dónde estábamos?

Nesta se sentó en el sillón, reteniéndose así misma lo suficientemente fuerte como para que los blancos de sus nudillos floreciera a través de su piel.

—Estabas explicando cómo se formaron las líneas territoriales entre las cortes.

Las palabras eran lejanas, frágiles.

¿Y también han tomado lecciones de historia?

Me sorprende tanto como a ti que la casa todavía esté de pie.

Me tragué una risa, uniendo mi brazo con el de él y llevándolo por el pasillo. Había pasado un tiempo desde que lo había visto tan... sucio. Ambos necesitábamos un baño, pero había algo que tenía que hacer primero. Que necesitaba hacer.

Detrás de nosotros, Amren murmuró a Nesta:

—Cassian ha ido a la guerra muchas veces, niña. No es general de las fuerzas de Rhys por nada. Esta batalla ha sido una mera escaramuza en comparación con lo que está por venir. Es probable que esté visitando a las familias de los caídos mientras hablamos. Volverá antes de la reunión.

—No me importa —dijo Nesta.

Al menos estaba hablando de nuevo.

Dejé a Rhys en mitad del pasillo.

Con tantos oídos escuchando en la casa, dije a través del vínculo, *Llévame a la Prisión. Ahora mismo.*

Rhys no hizo preguntas.

Capítulo 40

Traducido por Dahiry

No tenía un hueso que traer conmigo. Y a pesar de que cada paso en esa ladera y luego el descenso hacia la desgarradora oscuridad, pesaba en mí, seguí moviéndome. Seguí plantando un pie frente al otro.

Tenía la sensación de que Rhys hacía lo mismo.

De pie ante el Bone Carver dos horas después, el antiguo dios-muerto todavía usando el que sería el aspecto de mi hijo, dije:

—Piensa en otro artilugio que desees.

Los ojos violetas del Carver se estrecharon.

—¿Por qué el Gran Señor permanece en el pasillo?

—Tiene muy poco interés en verte.

Parcialmente cierto. Rhys se había preguntado si el soplo a su orgullo trabajaría a nuestro favor.

—Apesta a sangre... y muerte. —El Carver exhaló una gran bocanada de aire. De mi esencia.

—Escoge otro objeto que no sea el Ouroboros —fue todo lo que dije.

Hiberno sabía de nuestras historias, de los que serían aliados. Aun mantenía una pizca de esperanza de que no viera llegar al Carver.

—No deseo nada más a parte de mi ventana al mundo.

Evité la urgencia de apretar mis manos en puños.

—Podría ofrecerte muchas cosas más. —Mi voz se volvió baja, endulzante.

—Tienes miedo de reclamar el espejo. —El Bone Carver inclinó su cabeza—. ¿Por qué?

una CORTE de ALAS y RUINA

— ¿Tú no tienes miedo de él?

—No. —Una pequeña sonrisa. Se recostó hacia un lado—. ¿También tienes miedo de él, Rhysand?

Mi compañero no se molestó en responder desde el pasillo, aunque si vino a apoyarse contra el umbral, cruzando sus brazos. El Carver suspiró ante la vista de él, sucio, con sangre y la ropa arrugada y dijo:

—Oh, te prefiero todo ensangrentado.

—Escoge algo más —respondí. *Y no en plan inútil esta vez.*

— ¿Que me darías? Riquezas no me sirven de nada aquí abajo. El poder no influye sobre la piedra. —Se rió—. ¿Qué hay de tu primogénito? —Me dio una sonrisa secreta mientras hacía un gesto con esa pequeña mano de niño hacia él mismo.

La atención de Rhys se deslizó hacia mí, sorpresa—sorpresa y algo más profundo, más delicado—destelló en su rostro. *No un chico cualquiera, entonces.*

Mis mejillas se calentaron. *No. No un chico cualquiera.*

—Es una grosería, sus Majestades, hablar cuando nadie puede oírlos.

Lancé una mirada hacia el Carver.

—No hay nada más entonces. — *¿Nada más que me destruiría si tan solo lo mirara?*

—Tráeme el Ouroboros y seré tuyo. Tienes mi palabra.

Sopesé la beatífica expresión en la cara del Carver antes de salir.

— ¿Dónde está mi hueso? —La demanda se abrió a través la penumbra.

Seguí caminando. Pero Rhys lanzó algo hacia él.

—Del almuerzo.

El siseó de indignación del Carver nos siguió hasta el exterior cuando un hueso de pollo recorrió el suelo.

Comenzamos a subir la Prisión en silencio. El espejo... tenía que encontrar una manera de obtenerlo. Después de la reunión. Solo en caso de que en realidad... me destruyera.

¿Qué aspecto tiene?

La pregunta era suave... tentativa. Sabía a quién se refería.

Entrelacé mis dedos con los de Rhysand y apreté con fuerza.

Déjame que te lo enseñe.

Y mientras caminamos hacia la distante y todavía escondida luz, lo hice.

Nos estábamos muriendo de hambre para el momento en que regresamos a la casa de la ciudad. Y ya que ninguno se sentía con ganas de esperar a que una comida fuera preparada, Rhys y yo nos dirigimos directo a la cocina, pasando a Amren y Nesta con un poco más de un saludo.

Mi boca ya se estaba haciendo agua cuando Rhys abrió con los hombros las puertas balanceándose hacia la cocina.

Pero contemplamos lo que había dentro y nos detuvimos.

Elain estaba de pie entre Nuala y Cerridwen junto al largo mesón. Las tres cubiertas con harina. Había algún tipo de desastre pastoso en la superficie frente a ellas.

Las dos doncellas-espías instantáneamente se inclinaron ante Rhys, y Elain...

Había un ligero destello en sus ojos marrones.

Como si se estuviera divirtiendo con ellas.

Nuala tragó duro.

—La señorita dijo que estaba hambrienta, así que vinimos para prepararle algo. Pero ella dijo que quería aprender cómo, así que... —Sus manos coronadas en sombras se levantaron en un gesto indefenso, la harina cayó de ellas como velos de nieve—. Estamos haciendo pan.

Elain miró entre todos nosotros, y sus ojos comenzaron a cerrarse. Le di una sonrisa ancha y dije:

—Espero que esté listo pronto, me muero de hambre.

Elain ofreció una débil sonrisa en respuesta y asintió.

Ella estaba hambrienta. Estaba... haciendo algo. *Aprendiendo algo.*

—Vamos a darnos un baño —anuncié, incluso cuando mi estómago sonó—. Las dejaremos con su horneada.

Tiré de Rhys hacia el pasillo antes de que terminaran de decir su adiós, la puerta de la cocina se balanceó detrás de nosotros.

Puse una mano en mi pecho, inclinándome contra los paneles de madera de la pared de la escalera. La mano de Rhys cubrió la mía un segundo después.

—Eso fue lo que sentí —dijo—, cuando vi tu sonrisa esa noche que cenamos junto al Sidra.

Me incliné hacia delante, apoyando mi frente contra su pecho, justo encima de su corazón.

—Todavía tiene un largo camino que recorrer.

—Todos lo tenemos.

Pasó una mano sobre mi espalda, me incliné en su toque, saboreando su calidez y fuerza.

Nos quedamos allí de pie por unos largos minutos. Hasta que dije:

—Vamos a encontrar algo que comer... afuera.

—Hmmmm. —No mostró señales de dejarme ir.

Finalmente alcé la mirada. Encontré sus ojos brillando con esa luz traviesa familiar.

—Creo que tengo hambre de algo más —ronroneó.

Mis dedos se doblaron en mis botas, pero levanté mis cejas y dije serenamente:

— ¿Oh?

Rhys mordió el lóbulo de mi oreja, y susurró en mi oído cuando nos tamizamos a nuestra habitación, donde dos platos de comida esperaban en el escritorio.

—Te lo debo por lo de anoche, compañera.

Al menos me dio la cortesía de dejarme escoger lo que él consumiría primero: la comida o yo.

Elegí sabiamente.

Nesta estaba esperando en la mesa del desayuno la mañana siguiente.

No por mí, me di cuenta cuando su mirada se deslizó sobre mí como si no fuera más que otra doncella. Sino por alguien más.

Mantuve mi boca cerrada, sin molestarme en decirle que Cassian seguía en los campamentos de guerra. Si ella no preguntaba... no me iba a meter en el medio.

No cuando Amren aclamaba que mi hermana estaba cerca—tan cerca—de obtener las habilidades que fueran para reparar potencialmente el muro. Si tan solo se *liberara* a sí misma, dijo Amren. No me atreví a sugerir que tal vez el mundo no estaba listo para eso.

Comí el desayuno en silencio, mi tenedor raspando a través del plato. Amren dijo que estaba cerca de encontrar lo que necesitábamos en el Libro... cualquiera que fuera el hechizo que mi hermana ejercería. Cómo lo sabía Amren, no tenía ni idea. No parecía sabio preguntarle.

Nesta solo habló cuando me levanté.

—Irás a la reunión en dos días.

—Sí.

Me preparé para cualquier cosa que intentaba decir.

Nesta lanzó una mirada hacia las ventanas de delante, como si siguiera esperando, todavía mirando.

—Fuiste hacia la batalla. No lo pensaste dos veces. ¿Por qué?

—Porque tenía que hacerlo. Porque las personas necesitaban mi ayuda.

Sus ojos azul grisáceos estaban casi plateados en la luz de la mañana. Pero Nesta no dijo nada más, y después de esperar durante otro momento, me marché, y aparecí en la Casa para mi lección de vuelo con Azriel.

Capítulo 41

Traducido por Candy27

Los siguientes dos días estuvimos tan ocupados que la lección con Azriel era el único momento que entrenaba con él. El jefe de espías había vuelto de enviar los mensajes que Mor había escrito acerca de adelantar la reunión. Habían estado de acuerdo con la fecha, al menos. Pero la declaración de Mor del lugar, a pesar de su lenguaje firme, había sido rechazada universalmente. Por consiguiente, el tira y afloja sin fin entre las cortes continuaba.

Bajo la Montaña había sido una vez su lugar neutral para las reuniones. Incluso si no había sido sellada, nadie estaba inclinado a reunirse allí.

Así que el debate se centraba acerca de quién acogería la reunión de todos los Grandes Señores.

Bueno, seis de ellos. Beron, al menos, se había negado a unirse. Pero ninguna palabra había venido desde la Corte de Primavera, a pesar de que sabíamos que el mensaje había sido recibido.

Todos nosotros iríamos, excepto Amren y Nesta, a la que la primera había insistido que necesitaba practicar más. Especialmente cuando Amren había encontrado un pasaje en el Libro la pasada noche que *podría* ser lo que necesitamos para arreglar el muro.

Con solo un par de horas extra, la tarde anterior, finalmente se estuvo de acuerdo en que la reunión se celebraría en la Corte Amanecer. Estaba lo suficiente cerca de la mitad del territorio, y desde que Kallias, Gran Señor del Invierno, no dejaría que nadie entrara en su territorio después de los horrores que Amarantha había formado con su gente, era la única otra área que flanqueaba esa tierra media neutral.

Rhys y Thesan, Gran Señor de la Corte Amanecer, estaban en términos decentes. La Corte Amanecer era mayormente neutral en cualquier conflicto, pero como una de las Cortes Solares, su lealtad se

una CORTE ALAS y RUINA

inclinaba las unas a las otras. No tan fuerte en su alianza como Helion el Hechicero en la Corte Día, pero suficientemente fuerte.

Eso no detuvo a Rhys, Azriel y Mor de reunirse alrededor de la mesa de la cocina en la casa de la ciudad la noche anterior para repasar cada grano de información que alguna vez recolectaron acerca del palacio de Thesan, acerca de cada posible obstáculo y trampa. Y vías de escape.

Era un esfuerzo no pasearse de un lado a otro, no preguntar si los riesgos superaban los beneficios. Tantas cosas habían ido mal con Hiberno. Tantas cosas iban mal en el mundo. Cada vez que Arziel hablaba, escuchaba su rugido de dolor cuando ese perno atravesó su pecho. Cada vez que Mor contraargumentaba, veía su rostro pálido mientras daba marcha atrás lejos del rey. Cada vez que Rhys preguntaba por mi opinión, le veía arrodillado en la sangre de sus amigos, suplicando al rey que no cortara nuestro vínculo.

Nesta y Amren paraban su práctica cada vez más a menudo, así la última podía intervenir con una pequeña advertencia acerca de la reunión. O así Amren podía gritar a Nesta que se concentrara, y presionara más. Mientras ella escrudiñaba el Libro.

Un par de días más, declaró Amren cuando Nesta al final se fue escaleras arriba quejándose de dolor de cabeza. Unos cuantos días más y mi hermana, ya fuera con el poder misterioso que tuviera, sería capaz de *hacer* algo. Eso era, añadió Amren, si *ella* podía descifrar esa prometedora parte del Libro a tiempo. Y con eso, la mujer de cabello oscuro nos ofreció las buenas noches, para poder leer hasta que los ojos le sangraran, exclamó.

Considerando lo horrible que era el Libro, no estaba totalmente segura de que estuviera bromeando.

Los otros, tampoco.

Apenas había tocado mi cena. Y apenas dormí esa noche, dando vueltas en la cama hasta que Rhys se despertó y pacientemente me escuchó murmurar mis temores hasta que no fueron más que sombras.

Con el amanecer, y mientras me vestía, la mañana se abrió hasta un soleado y seco día.

A pesar de que íbamos a ir a la reunión como éramos realmente, nuestro atuendo usual seguía siendo el mismo: Rhys en su chaqueta y pantalones negros preferidos, Arziel y Cassian en su armadura Iliriana, con los siete Sifones pulidos y brillantes. Mor había obviado su vestido rojo usual por uno azul medianoche. Estaba cortado con los mismos paneles reveladores y flotantes, con bordes transparentes, pero había algo... contenido en ello. Regio. Una princesa de la realeza.

El atuendo usual... salvo por mí.

No había encontrado otro vestido. Para aquel lugar no había otro vestido que pudiera superar al que ahora llevaba puesto mientras permanecía de pie en el vestíbulo y el reloj en la repisa de la chimenea del salón daba las once.

Rhys todavía no había bajado las escaleras, y no había rastro de Amren o Nesta para vernos marchar. Nos habíamos reunido unos cuantos minutos antes, pero... bajé la vista, mirándome de nuevo. Incluso con la cálida luz fae del vestíbulo, el vestido brillaba y relucía como una joya recién cortada.

Habíamos cogido mi vestido de la Lluvia de Estrellas y lo habíamos rediseñado, añadiendo paneles de pura seda que caía hacia atrás desde los hombros, el brillante material tejido como la luz de una estrella, como si flotara detrás de mí en el lugar de un velo o una capa. Si Rhysand era la Victoriosa Noche, yo era la estrella que solo brillaba gracias a su oscuridad, la luz solo visible gracias a él.

Fruncí el ceño hacia las escaleras. Eso era, si se molestaba en llegar a tiempo.

Nuala había recogido mi cabello en un ornamentado y elegante arco sobre mi cabeza, y delante de ello...

Cogí a Cassian mirándome por tercera vez en menos de un minuto y demandé:

— ¿Qué?

Sus labios se torcieron en los bordes.

— Simplemente te ves tan...

—Aquí vamos —murmuró Mor desde donde golpeteaba sus uñas pintadas de rojo contra las escaleras barnizadas. Los anillos destellaban en cada nudillo, en cada dedo; montones de brazaletes sonaban al chocar los unos contra los otros en cada muñeca.

—Oficial —dijo Cassian con una mirada incrédula en su dirección. Ondeó una mano con un Sifón hacia mí—. *Sofisticada*.

—Alrededor de quinientos años de edad —dijo Mor, sacudiendo su cabeza tristemente—. Un habilidoso guerrero y general, famoso en muchos territorios, y hacer cumplidos a las damas sigue siendo algo que encuentra cerca de lo imposible. Recuérdate por qué te llevamos a las reuniones diplomáticas.

Arziel, envuelto en sombras delante de la puerta delantera, se rió entre dientes silenciosamente.

Cassian le disparó una mirada.

—No te *veo* soltando poesía, hermano.

Arziel cruzó los brazos, todavía sonriendo ligeramente.

—No necesito recurrir a eso.

Mor soltó una risa jactanciosa, y yo resoplé, ganándome un golpe en las costillas de Cassian. Alejé su mano con un golpe, pero me refrené en el empujón que quería darle, solo porque era la primera vez que le veía desde Adriata y las sombras seguían oscureciendo sus ojos, y por la cosa inestable encima de mi cabeza.

La corona.

Rhys me había coronado en cada una de las reuniones y funciones que habíamos tenido, mucho antes de que fuera su compañera. Incluso Bajo la Montaña.

Nunca había cuestionado las tiaras, diademas y coronas que Nuala o Cerriwen habían tejido en mi cabello. Nunca había objetado nada, incluso antes de que las cosas entre nosotros estuvieran de esta forma. Pero esta... miré hacia arriba a las escaleras mientras los pasos pausados y sin prisa de Rhys sonaban en la alfombra.

Esta corona era más pesada. No incómoda, sino... extraña. Y mientras Rhys aparecía en lo alto de las escaleras, resplandeciente en esa chaqueta negra, sus alas fuera y brillantes como si las hubiese pulido, estuve otra vez en esa habitación a la que me llevó la pasada noche, después de que le despertara con mis vueltas en la cama.

Estaba situada un nivel más bajo que la librería en la Casa de Viento y guardada con tantos hechizos que le había tomado unos pocos minutos trabajar en ello. Solo él y yo, y cualquier futura descendencia, añadió con una suave sonrisa, seríamos capaces de entrar. Al menos que lleváramos invitados.

El cuarto era de un helado negro, como si estuviésemos caminando dentro de la mente de alguna bestia dormida. Y con el espacio rodeado de islas de reluciente luz. De joyas.

Un tesoro del valor de diez mil años.

Estaban cuidadosamente ordenadas, en podios, armarios abiertos, bustos y estantes.

—Las joyas de la familia —dijo Rhys con una sonrisa retorcida—. Algunas de las piezas que no nos gustan se mantienen en la Corte de las Pesadillas, solo para que no se enfaden y porque a veces se las prestamos a la familia de Mor, pero estas... estas son para la familia.

Me llevó pasando expositores que relucían como pequeñas constelaciones, el valor de cada una... Incluso como hija de un mercader, no podía calcular el valor de ninguno de ellos.

Y hacia la parte de atrás del cuarto, cubierto por un pesado negro...

Había oído sobre las catacumbas del continente, donde esqueletos que pertenecían a gente famosa se mantenían en pequeñas alcobas. Docenas o centenas de ellos en una pared.

El concepto aquí era el mismo: había una pared entera de coronas con bases cavadas en la roca. Cada una con su lugar de reposo, sobre terciopelo negro, cada una iluminada por...

—Luciérnagas —me dijo Rhys mientras los diminutos y azulados pegotes incrustados en los arcos de cada rincón, parecían brillar como el cielo de la noche. De hecho... De lo que estaba hechas las pequeñas luces fae del techo... eran luciérnagas. Pálido azul y turquesa, su luz tan plateada

como la luz de la luna, iluminada las joyas con su antiguo y silencioso fuego.

—Escoge una —susurró Rhys en mi oído.

— ¿Una luciérnaga?

Mordió el lóbulo de mi oreja.

—Listilla. —Me condujo de vuelta hacia la pared de coronas, cada una completamente diferente, tan individualizada como los esqueletos—. Escoge cualquier corona que te guste.

—No puedo simplemente... coger una.

—Claro que puedes. Te pertenecen.

Elevé una ceja.

—No lo hacen... no realmente.

—Por ley y tradición, esto es todo tuyo. Véndelas, fúndelas, pónelas, haz lo que quieras con ellas.

— ¿No te importa? —Hice un gesto al tesoro que valía más que la mayoría de reinos.

—Oh, tengo piezas favoritas que te podría convencer de perdonar, pero... esto es tuyo. Hasta la última pieza.

Nuestros ojos se encontraron, y supe que él también había recalcado las palabras que le había susurrado meses atrás. Que cada trozo de mi corazón todavía sanando le pertenecía. Sonreí, y pasé una mano por su brazo antes de aproximarme a la pared de coronas.

Una vez había estado aterrorizada en la corte de Tamlin, de que me dieran una corona. Lo había temido. Y supongo que ciertamente nunca me había preocupado cuando venía de Rhys. Como si una pequeña parte de mí siempre hubiera sabido que aquí era donde tenía que estar: a su lado, como su igual. Su reina.

Rhys inclinó su cabeza como si dijera que sí, que había visto y entendido y siempre lo hubiera sabido.

Ahora bajando las escaleras de la casa de la ciudad, la atención de Rhys fue directamente a la corona en lo alto de mi cabeza. Y la emoción

que se extendió por su rostro fue suficiente para hacer que incluso Mor y Cassian miraran a otro lado.

Había dejado que la corona me llamara. No la había elegido por estilo o comodidad, sino por la atracción que sentí hacia ella, como hice con ese anillo en la cabaña de la Tejedora.

Mi corona estaba hecha de plata y diamantes, todo fabricado en remolinos de estrellas y varias fases de la luna. Se arqueaba en lo alto y en la cima tenía una luna creciente de diamante sólido, flanqueada por dos estrellas expandidas. Y con el brillante vestido de la Lluvia de Estrellas...

Rhys bajó las escaleras y tomó mi mano.

La Victoriosa Noche y la Estrella Eterna.

Si él era la dulce y terrorífica noche, yo era la brillante luz que solo su sombra podía hacer resplandecer.

—Pensé que ya se estarían yendo —cortó la voz de Nesta desde lo alto de la escalera.

Me preparé a mí misma, arrastrando mi atención lejos de Rhys.

Nesta estaba en un vestido azul oscuro, sin joyas para ser vistas, su cabello cepillado y también sin adornar. Supongo que con su despampanante belleza no necesitaba ninguna ornamentación. Sería como poner joyas a un león. Pero para ella estar vestida de esa manera...

Bajó las escaleras, y con los otros en silencio, me di cuenta...

Intenté no parecer demasiado obvia mientras lanzaba una mirada hacia Cassian.

No se habían visto desde Adriata.

Pero el guerrero solo le dio un rápido vistazo y se giró hacia Arziel para decirle algo. Mor estaba mirándolos a ambos cuidadosamente, la advertencia que le había dado a mi hermana sonaba silenciosamente entre ellas. Y Nesta, Madre la condenara, parecía recordarlo. Parecía que estaba refrenando cualquier palabra que estaba a punto de soltar y simplemente se aproximó a mí.

Y casi hizo que mi corazón se detuviera por el shock cuando dijo.

—Te ves hermosa.

Parpadeé hacia ella.

—Eso es lo que Cassian estaba intentado decir —dijo Mor.

Refunfuñó algo que escogimos no escuchar.

—Gracias. Tú también lo estás —le dije a Nesta.

Nesta solo se encogió de hombros.

—¿Por qué *estás* tan bien vestida? ¿No deberías estar practicando con Amren? —presioné.

Sentí que la atención de Cassian se deslizaba hacia nosotras, los sentí a todos mirar mientras Nesta decía:

—Voy con ustedes.

Capítulo 42

Traducido por Candy27

Nadie dijo nada.

Nesta solo elevó su barbilla.

—Yo... —Nunca la había visto tropezando con las palabras—. No quiero ser recordada como una cobarde.

—Nadie diría eso —le ofrecí tranquilamente.

—Yo sí. —Nesta nos midió, su mirada saltó a Cassian. No como un desprecio, sino... para evitar responder a la mirada que le estaba dando. Aprobación, más que eso—. Era una cosa distante —dijo—. La guerra. La batalla. Es... ya no lo es. Ayudaré, si puedo. Si eso significa... decirles lo que pasó.

una CORTE de ALAS y RUINA

—Ya has dado suficiente —dije, mi vestido crujiendo cuando arriesgué un solitario paso hacia ella—. Amren aseguró que estaba cerca de controlar la habilidad que sea que necesitabas. Deberías seguir... centrada en eso.

—No. —La palabra era totalmente clara—. Un día o dos de retraso con mi entrenamiento no hará ninguna diferencia. A lo mejor para cuando vuelva, Amren habrá decodificado ese hechizo en el Libro. —Encogió un hombro—. Fuiste a la batalla por una corte que apenas conocías, que apenas los ven como amigos. Amren me enseñó el rubí de sangre. Y cuando te pregunté por qué... dijiste que era lo correcto. Que la gente necesitaba ayuda. —Su garganta se movió—. Nadie va a luchar para salvar a los humanos tras el muro. A nadie le importa. Pero a mí sí. —Jugó con un doblez de su vestido—. A mí sí.

Rhys dio un paso hacia delante, para ponerse a mi lado.

—Como Gran Señora, Feyre ya no es mi emisaria con el mundo humano. —Le dio a Nesta una sonrisa tentativa—. ¿Quieres el trabajo?

El rostro de Nesta no mostró nada, pero juraría que una chispa se encendió.

—Considera esta reunión un entrenamiento básico. Y te haré pagar caro mis servicios.

Rhys esbozó una reverencia.

—No esperaré menos de un de las hermanas Archeron. —Le di en las costillas y él resopló lo que pareció una risa—. Bienvenida a la Corte —le dijo a ella—. Vas a tener un infierno de primer día.

Para mi sorpresa eterna, una sonrisa tiró de la boca de Nesta.

—No hay vuelta atrás ahora —le dijo Cassian a Rhys, haciendo señas a sus alas.

Rhys deslizó las manos dentro de sus bolsillos.

—Creo que es hora de que el mundo sepa quién tiene realmente las alas de mayor envergadura.

Cassian se rió, y hasta Arziel sonrió. Mor me dio una mirada que me tuvo mordéndome los labios para no aullar.

—Veinte monedas de oro a que hay una pelea en la primera hora —dijo Cassian, todavía seguía sin mirar realmente a Nesta.

—Treinta, y digo que en los primeros cuarenta y cinco minutos —dijo Mor, cruzándose de brazos.

—Recuerda que hay votos y guardas de neutralidad —dijo Rhys suavemente.

—La mayoría de ustedes no necesitan puños o magia para luchar —espetó Mor.

Arziel dijo desde la puerta:

—Cincuenta, y digo que en la primera media hora. Empezado por Otoño.

Rhys puso sus ojos en blanco.

—Intenten *no* parecer que están apostando en ello. Y no hagan trampas provocando peleas. —Sus sonrisas de respuesta no eran nada tranquilizadoras—. Cien monedas en una pelea en los primeros quince minutos.

Nesta dejó salir un resoplido. Pero todos me miraban a mí, esperando.

Me encogí de hombros.

—Rhys y yo somos un equipo. Puede apostar nuestro dinero en esta sandez.

Todos parecían profundamente ofendidos. Rhys envolvió mi codo con el suyo.

—Una reina en apariiencia...

—Ni se te ocurra terminar eso —dije.

Se rió.

—¿Deberíamos?

Él me estaría tamizando, Mor ahora llevaría a Cassian y Nesta, y Arziel se llevaría a sí mismo. Rhys miró hacia el reloj de la sala de estar y le dio al Shadowsinger un asentimiento.

Arziel desapareció instantáneamente. El primero en llegar, primero en ver si había alguna trampa esperando.

Esperamos en silencio. Un minuto. Dos.

Entonces Rhys dejó salir una respiración y dijo:

—Limpio. —Enredó sus dedos entre los míos, apretando fuerte.

Mor se hundió un poco, la joyería sonando con el movimiento, y fue a tomar el brazo de Cassian.

Pero él al menos se había aproximado a Nesta. Y cuando el mundo empezó a volverse sombras y viento, vi a Cassian inclinarse sobre mi hermana, vi su barbilla alzarse desafiante, y le escuché gruñir:

—Hola, Nesta.

Rhys pareció detener su tamización mientras mi hermana decía:

—Así que estás vivo.

Cassian desnudó sus dientes en una sonrisa salvaje, alas resplandeciendo un poco.

—¿Estabas esperando otra cosa?

Mor estaba mirando, mirando atentamente, cada músculo en tensión. Ella otra vez intentó alcanzar su brazo, pero Cassian se inclinó fuera de alcance, sin arrancar sus ojos de la mirada en llamas de Nesta.

Nesta espetó:

—No viniste para... —Se detuvo a sí misma.

El mundo pareció volverse completamente quieto a esa frase interrumpida, nada ni nadie más que Cassian. Él observó su rostro como si leyera furiosamente algún informe de batalla.

Mor solo miraba mientras Cassian tomaba la delgada mano de Nesta entre la suya, entrelazando sus dedos. Mientras plegaba sus alas y ciegamente estiraba su otra mano hacia Mor en una silenciosa orden para tamizarlos.

Los ojos de Cassian no dejaron los de Nesta; ni los de ellas dejaron los suyos. No había calor o cariño en ninguno de sus rostros. Solo esa furiosa intensidad, que combinaba con desprecio, entendimiento y fuego.

Rhys empezó a tamizarnos de nuevo, y justo cuando el viento oscuro nos barría en su interior, escuché a Cassian decir a Nesta, su voz baja y áspera:

—La próxima vez, Emisaria, vendré a decir hola.

Había aprendido suficiente por Rhys acerca de qué esperar de la Corte de Amanecer, pero incluso las vistas que había pintado para mí no hacían justicia al espectáculo.

Fueron las nubes lo que vi primero.

Nubes enormes que iban a la deriva en el cielo de color cobalto, suaves y magnánimas, todavía teñidas por los restos de los rayos del sol, sus bordes redondeados estaban bañados con la luz dorada. El rocío fresco de la mañana colgaba en el templado aire mientras mirábamos de cerca el palacio de la montaña que se adentraba en el cielo por encima de nosotros.

Si el palacio debajo de la Corte de las Pesadillas había estado construido de piedra lunar, este estaba hecho de... piedra solar. No tenía palabras para la piedra dorada casi iridiscente que parecía contener el brillo de miles de amaneceres en ella.

Escalones, balcones, bóvedas, galerías y puentes conectaban las torres y las doradas cúpulas del palacio, hierba doncella y campanitas escalaban por los pilares y por los bloques cortados cuidadosamente de piedra para beber en la dorada niebla donde flotaba.

Flotaba, porque la montaña en la cual estaba parado el palacio... Había una razón por la que había contemplado primero las nubes.

El porche en el que aparecimos estaba vacío, excepto por Arziel y un delgado empleado en el uniforme dorado y rubí de Amanecer. Una toga luminosa, suelta y halagadora.

El hombre hizo una reverencia, su piel marrón delicada por la juventud y belleza.

—Por aquí, Gran Señor.

Incluso su voz era adorable como el primer brillo dorado en el horizonte. Rhys devolvió su reverencia con un simple asentimiento, y me ofreció su brazo.

Mor murmuró detrás de nosotros descendiendo en rango con Nesta a su lado:

—Si alguna vez te sientes con ánimo de construir una nueva casa, Rhys, utiliza esta como inspiración.

Rhys le lanzó una mirada incrédula sobre su hombro. Cassian y Arziel bufaron suavemente.

Le eché una mirada a Nesta mientras el asistente nos dirigía a la cúpula detrás del porche, pero las escaleras en forma de espiral subían a lo largo de la cara desnuda de la torre.

Nesta parecía tan fuera de lugar como todos nosotros, excepto Mor, pero...

Eso era asombro en la cara de mi hermana.

Asombro absoluto hacia el castillo en las nubes, al campo verde que ondeaba muy lejos debajo, manchado con pequeñas casas de tejados rojos y amplios y brillantes ríos. Un exuberante y eterno campo, rico con el peso del verano sobre él.

Y me preguntaba si mi cara había estado así, el día que vi Velaris por primera vez. La mezcla de asombro y enfado y la comprensión de que el mundo era más grande y hermoso, y a veces arrollador en su saber que era imposible captarlo todo a la primera.

Había otros palacios en el territorio de Amanecer, puestos en pequeñas ciudades que se especializaban en arreglar cosas, en relojería y en cosas inteligentes. Aquí... más allá de estas pequeñas villas recogidas en las colinas, no había industria. Nada más allá el palacio, el cielo y las nubes.

Subimos las escaleras de caracol, la caída al vacío del borde demasiado cerca, dentro, la roca de color cálido, estaba acribillada con un racimo de pálidas rosas y esponjosas peonías magenta. Una bonita y colorida muerte.

Cada paso me tenía sujetándome mientras serpenteábamos hacia arriba y más arriba por la torre, el agarre de Rhys en mi mano era firme.

Las alas continuaban fuera. Él no vaciló en ningún paso.

Sus ojos se deslizaron a los míos entretenidos y confundidos. Dijo por el vínculo, *¿y tú crees que necesitamos redecorar nuestro hogar?*

Pasamos salas de audiencias al aire libre llenas de grandes cojines de seda y lujosas alfombras, pasamos ventanas cuyos cristales estaban colocados en una combinación colorida, pasamos urnas a rebosar de lavandas y fuentes borboteando el agua más clara bajo la apacible luz del sol.

No es una competición, lancé hacia él.

Su mano se tensó en la mía. *Bueno, incluso si Thesan tiene el palacio más bonito, soy el único bendecido con una Gran Señora a mi lado.*

No pude detener mi sonrojo.

Especialmente cuando Rhys añadió, *Esta noche quiero que vistas la corona en la cama. Solo la corona.*

Sinvergüenza.

Siempre.

Sonreí, y él se inclinó con suavidad para acariciar mi mejilla con un beso.

Mor murmuró una plegaria de misericordia por los compañeros.

Voces apagadas nos alcanzaron desde el salón al aire libre en lo alto de la torre de piedra solar, algunas profundas, algunas afiladas, algunas rítmicas, antes de que culmináramos la última vuelta, el arco y las ventanas sin cristales no ofrecían barrera ante la conversación.

Tres más ya están aquí, me advirtió Rhys, y tuve la sensación de que eso era lo que Arziel estaba ahora murmurándole a Mor y Cassian. Helion, Kallias, y Thesan.

Los Grandes Señores de Día, de Invierno, y nuestro anfitrión, Amanecer.

Significaba que Otoño y Verano—Beron y Tarquin—todavía no habían llegado. O Primavera.

Todavía dudaba que Tamlin viniera, pero Beron y Tarquin... A lo mejor la batalla había cambiado la mente de Tarquin. Y Beron era suficientemente horrible como para a lo mejor, haberse unido ya a Hiberno, a pesar de la manipulación de Eris.

Cogí el movimiento de la garganta de Rhys mientras hacíamos los últimos escalones hasta la puerta abierta. Un largo puente conectaba la otra mitad de la torre hacia el palacio interior, de su pasamanos colgaban glicinas de color del amanecer pálido. Me preguntaba si los otros habían sido dirigidos por las escaleras, o si de alguna manera significaba un insulto.

¿Escudos arriba? Preguntó Rhys, pero sabía estaba advertido de que las mías estaban levantadas desde Velaris.

De igual modo que yo estaba advertida de que había puesto una barrera, mental y física, alrededor de todos nosotros, acuerdos de paz o no.

Y a pesar de que su rostro estaba calmado, sus hombros se echaron hacia atrás, y dije, *Veo todo de ti Rhys. Y no hay ninguna parte que no ame con todo lo que soy.*

Su mano apretó la mía en respuesta antes de dejar mis dedos en su brazo, alzándolo lo suficiente que podríamos haber sido pintados preferiblemente como un retrato cortesano mientras entrábamos en la sala.

No te inclines ante nadie, fue todo lo que respondió.

Capítulo 43

Traducido por Candy27 & Mais

El salón era y no era lo que esperaba. Sillas acojinadas de roble habían sido colocadas en un gran círculo en el corazón de la habitación, suficientes para todos los Grandes Señores y sus delegados. Algunos, me di cuenta, habían sido arregladas para acomodar las alas.

Parecía que no era inusual. Porque agrupados alrededor de un esbelto y precioso hombre a quién inmediatamente recordé de Bajo la Montaña, había Faes alados. Si los Ilirianos tenían alas de murciélago, estas... eran como de pájaro.

Los Peregrinos son parientes lejanos del pueblo de Serafines de Drakon, y proveen a Thesan con una pequeña legión aérea, me dijo Rhys sobre los musculosos hombres y mujeres con armaduras doradas que estaban reunidos. El hombre a su izquierda es su capitán y amante. Ciertamente, el hermoso hombre de pie un poco más cerca de su Gran Señor, con una mano en la fina espada a su lado. Todavía no hay vínculo de pareja, siguió Rhys, pero creo que Thesan no se atrevió a reconocerlo mientras reinaba Amarantha. Ella se hubiera deleitado arrancando sus alas, una a una. Hizo un vestido con ellas una vez.

Intenté no hacer una mueca mientras caminaba por el pulido suelo de mármol, la piedra calentada por el sol que pasaba a raudales por los arcos abiertos. Los otros estaban mirando hacia nosotros, algunos murmurando hacia la vista de las alas de Rhys, pero mi atención se fue a la verdadera joya de la sala: el reflejo de la piscina.

Más que una mesa ocupando el espacio entre el círculo de sillas, el reflejo de una piscina poco profunda y circular estaba cavada dentro de la piedra misma. Su agua oscura estaba cargada de lirios rosas y dorados, los paneles anchos y planos como la mano de un hombre, y por debajo de ellos, peces de color naranja y marfil nadaban perezosamente.

Esto, le admití a Rhys, podría necesitarlo.

una CORTE ALAS y RUINA

Un irónico pulso de humor llegó por el vínculo. *Tomaré nota de ello para tu cumpleaños.*

Más glicina combinaba con los pilares que flanqueaban el espacio, y a lo largo de las mesas colocadas contra la pared, racimos de peonías de color vino abrían sus sedosas capas. Entre los jarrones, fuentes y cestas de comida, pequeños hojaldres, carne curada, y guirnaldas de frutas atraía la atención ante los aguamaniles de peltre goteando de algún refresco.

Después estaban los tres Grandes Señores en sí.

No éramos los únicos que nos habíamos vestido para la ocasión.

Rhys y yo nos detuvimos a mitad de camino en el espacio.

Los conocía a todos, los recordaba de esos meses en Bajo la Montaña. Rhys me había enseñado la historia de cada uno de ellos mientras entrenábamos. Me preguntaba si podían sentir su poder en mí, mientras su atención se deslizaba entre nosotros.

Thesan se deslizó hacia delante, sus zapatos bordados y exquisitos silenciosos sobre el suelo. Su túnica estaba apretada sobre su esbelto pecho, pero los pantalones sueltos—muy parecidos a aquellos que le gustaban a Amren—susurraban por el movimiento mientras se aproximaba. Su piel y cabello morenos estaban besados por el oro, como si los rayos del sol estuvieran iluminándolo permanentemente, pero sus ojos elevados, el rico marrón de los campos recién arados, era su característica más encantadora. Se detuvo a un par de pies de distancia, mirándonos a Rhys y a mí, a nuestro séquito. A las alas que Rhys mantenía plegadas detrás de él.

—Bienvenidos —dijo Thesan, su voz era profunda y rica como esos ojos. Su amante monitoreaba cada una de nuestras respiraciones desde unos cuantos metros detrás, sin duda, dándose cuenta que nuestra propia compañía estaba haciendo lo mismo detrás de nosotros—. O —reflexionó Thesan—, dado que tú convocaste esta reunión, a lo mejor deberías estar haciendo tú la bienvenida.

Una leve sonrisa apareció en la perfecta cara de Rhys, sombras se combinaban con mechones de su cabello. Había soltado el agarre de su poder, solo un poco. Todos lo habían hecho.

—Podré haber requerido la reunión, Thesan, pero tú eres el que es suficientemente amable para ofrecer tu preciosa residencia.

Thesan dio un asentimiento de agradecimiento a lo mejor considerando inapropiado preguntar por las alas recientemente reveladas de Rhys, después se volvió hacia mí.

Nos miramos fijamente el uno al otro mientras nuestro séquito se inclinaba detrás de nosotros. Como esposa de un Gran Señor debería haberlo hecho junto con ellos.

Sin embargo, simplemente permanecí de pie. Y miré fijamente.

Rhys no interfirió, no en esta primera prueba.

Amanecer, el don de curar. Fue su don el que me permitió salvar la vida de Rhys, lo que me había llevado a la Suriel, ese día que aprendí la verdad que alteraría mi eternidad.

Le ofrecí a Thesan una sonrisa contenida.

—Tu casa es adorable.

Pero la atención de Thesan había ido al tatuaje. Supe el momento en el que se dio cuenta que la tinta cubría la mano errónea. Después la corona en lo alto de mi cabeza. Sus cejas se elevaron.

Rhys solamente se encogió de hombros.

Los otros dos Grandes Señores ya se habían aproximado.

—Kallias —dijo Rhys hacia el de cabello blanco, cuya piel era tan pálida que parecía congelada. Incluso sus demoledores ojos azules parecían esquirlas incrustadas de un glaciar mientras estudiaba las alas de Rhys y pareció descartarlas inmediatamente. Vestía una chaqueta azul francés bordado con hilo plateado, sus cuello y mangas estaba espolvoreado con pelaje blanco de conejo. Pensaría que hacía demasiado calor para el apacible día, especialmente para el pelaje, botas hasta la rodilla, pero dado su expresión totalmente helada, a lo mejor su sangre estaba helada. Un trio de Altos Faes de un color similar continuaban en sus asientos, una de ellos, una despampanante joven mujer quién miró directamente hacia Mor, y sonrió.

Mor devolvió la sonrisa, saltando de un pie a otro mientras Kallias abría la boca...

Y entonces mi amiga chilló.

Chilló.

Ambas mujeres se lanzaron a por la otra, y el chillido de Mor se había vuelto un sollozo silencioso mientras lanzaba sus brazos alrededor de la esbelta extraña y la abrazaba fuertemente. Los propios brazos de la mujer estaban temblando mientras agarraba a Mor.

Después estaban riendo y llorando y bailando alrededor de la otra, haciendo una pausa para estudiar la cara de la otra, para secarse las lágrimas, y después abrazarse de nuevo.

—Te ves igual —estaba diciendo la extraña, sonriendo de oreja a oreja—. Creo que es el mismo vestido que te vi en...

— Tú sí que te ves igual vistiendo pelaje en mitad del verano, algo totalmente típico...

—Trajiste los sospechosos de siempre, según veo...

—Afortunadamente, la compañía se ha visto mejorada por nuevas llegadas... —Mor me hizo una señal. Hacía mucho tiempo que no la había visto tan brillante y radiante—. Viviane, te presento a Feyre. Feyre, esta es Viviane... la esposa de Kallias.

Le eché una mirada a Thesan y a Kallias, el último miraba a su esposa y a Mor con las cejas levantadas.

— Intenté sugerir que se quedara en casa —dijo Kallias secamente—, pero amenazó con congelarme las bolas.

Rhys dejó salir una risita oscura.

—Suena familiar.

Le lancé una mirada sobre un brillante hombro, justo a tiempo de ver una sonrisa de suficiencia desaparecer de la cara de Kallias mientras tenía en cuenta verdaderamente a Rhys. No solo las alas esta vez. La propia diversión de mi compañero se atenuó, algunos toques de tensión se mitigaron entre él y Kallias...

Pero alcancé a Mor y a Viviane, y borré la curiosidad de mi rostro mientras sacudía la mano de la mujer, sorprendida de encontrarla caliente.

Su cabello plateado brillaba con el sol como la nieve fresca.

—Esposa —dijo Viviane, chasqueando la lengua—. Sabes, todavía suena extraño para mí. Cada vez que alguien lo dice, continuo mirando sobre mi hombro como si fuera a otra persona.

Kallias dijo a nadie en particular, desde donde continuaba encarando a Rhys, con la espalda rígida:

—Todavía tengo que decidir si encuentro eso insultante. Ya que ella lo dice todos los días.

Viviane le sacó la lengua.

Pero Mor agarró su hombro y apretó.

—Ha pasado tiempo.

Un sonrojo manchó el rostro pálido de Viviane.

—Sí, bueno... todo era diferente Bajo la Montaña. —Sus ojos de color zafiro se deslizaron a los míos e inclinó su cabeza—. Gracias... por devolverme a mi compañero.

—¿Compañeros? —silbó Mor, mirando entre ellos—. ¿Casados y compañeros?

— ¿Las dos se dan cuenta de que esta es una reunión seria? —dijo Rhys.

—Y que los peces de la piscina son muy sensibles a los sonidos agudos —añadió Kallias.

Viviane le dio a ambos un gesto vulgar que hizo que me gustara instantáneamente.

Rhys miró hacia Kallias con lo que asumí era algún tipo de expresión de largo sufrimiento masculino. Pero el Gran Señor no lo devolvió. Simplemente miró fijamente a Rhys, con la diversión ida, y esa frialdad posándose en su cara.

Había habido... tensión con la Corte de Invierno, Mor me lo había explicado cuando nos rescataron a Lucien y a mí del hielo. Una rabia prolongada por algo que había pasado Bajo la Montaña.

Pero el tercer Gran Señor se había aproximado al fin desde el otro lado de la piscina.

Mi padre había comprado y comerciado una vez con oro y colgantes de lapislázuli que eran naturales de unas ruinas de un reino árido del sur, donde los Fae habían gobernado como dioses en un periodo de palmeras y palacios barridos por la arena. Había estado cautivada por los colores, la artesanía, pero más interesada en el cargamento de mirra e higos que vinieron con ello, una de las últimas veces que mi padre me había pillado mientras merodeaba por su oficina. Incluso ahora, todavía podía saborear su dulzura en mi lengua, todavía podía oler esa esencia terrosa, y no podía explicar por qué, pero... recordaba ese antiguo collar y esas deliciosas exquisiteces mientras vagaba hacia nosotras.

Sus ropas estaban hechas de un único rollo de tela blanco, no era una túnica, ni un vestido, sino algo intermedio, plisado y drapeado sobre su musculoso cuerpo. Unos puños dorados en forma de serpiente vertical se enrollaban en sus poderosos bíceps, recalcando su piel oscura casi brillante, una corona radiante de doradas puntas—los rayos del sol, me di cuenta—brillaba en lo alto de su cabello de color ónix.

El sol personificado. Poderoso, con una descuidada gracia, capaz amabilidad e ira. Casi tan hermoso como Rhysand. Y de alguna manera... de alguna manera más frío que Kallias.

Su séquito de Gran Señor era casi tan grande como el nuestro, vestidos con túnicas similares en una variedad de tintes—cobalto, carmesí y amatista—algunos con la línea del ojo expertamente hecha, todos ellos quedaban bien y brillaban con salud.

Pero a lo mejor el poder físico de ellos... de *él* era el juego de manos.

Ya que el otro título de Helion era el Hechicero, y en sus miles de bibliotecas se rumoreaba que contenía la sabiduría del mundo. A lo mejor todo ese conocimiento le había hecho demasiado consciente, demasiado frío detrás de esos brillantes ojos.

O a lo mejor eso había venido después de que Amarantha hubiera saqueado algunas de esas bibliotecas para ella. Me preguntaba si había

reclamado lo que ella había tomado, o si había lamentado lo que había quemado.

Incluso Mor y Viviane detuvieron su reunión mientras Helion se detenía a una sabia distancia.

Era su poder el que había sacado a mis amigos de Hiberno. Su poder el que me hacía brillar cuando Rhys y yo estábamos enredados el uno en el otro y cada latido dolía de alegría.

Helion dio un tirón de su mandíbula cuadrada hacia Rhys, era el único de ellos, parecía, no sorprendido con las alas de mi compañero. Pero sus ojos—de un llamativo ámbar—cayeron sobre mí.

—¿Sabe Tamlin lo que es ella?

Su vos era igual de fría que la de Kallias. Y la pregunta, muy cuidadosamente elaborada.

—Si quieres decir hermosa e inteligente, entonces sí, creo que lo sabe —dijo Rhys, arrastrando las palabras.

Helion le dio una mirada plana.

—¿Sabe él que es tu compañera... y Gran Señora?

—¿Gran Señora? —chilló Viviane, pero Mor la acalló, arrastrándola lejos para susurrarle.

Thesan y Kallias me tomaron en cuenta. Lentamente.

Cassian y Arziel se deslizaron casualmente más cerca, no más que una brisa nocturna.

—Si llega —dijo Rhys suavemente—. Supongo que lo sabremos.

Helion dejó salir una risa oscura. Peligroso, era totalmente letal, este Gran Señor besado por el sol.

—Siempre me has gustado, Rhysand.

Thesan dio un paso adelante, siempre el buen anfitrión. Por esa risa que prometía violencia. Su amante y los otros Peregrinos parecieron cambiar a posiciones defensivas, ya sea para guardar a su Gran Señor o simplemente para recordarnos que éramos invitados en su casa.

Pero la atención de Helion se enganchó en Nesta.

Se detuvo.

Ella simplemente le miró fijamente. Calmada, poco impresionada.

— ¿Quién es nuestra invitada? —preguntó el Gran Señor de Día un poco demasiado silencioso para mi gusto.

Cassian no reveló nada, ni siquiera un brillo de *conocer* a Nesta. Pero no se movió ni un milímetro de su posición defensiva casual. Tampoco lo hizo Arziel.

—Es mi hermana, y nuestra emisaria con el mundo humano —dije al final hacia él, poniéndome a su lado—. Y ella contará su historia cuando los demás estén aquí.

—Es Feérica.

—Mierda, no —murmuró Viviane por lo bajo, el resoplido de Mor fue cortado cuando Kallias elevó sus cejas hacia ellas. Helion las ignoró.

— ¿Quién la Hizo? —preguntó Thesan educadamente, inclinado su cabeza.

Nesta midió a Thesan. Luego a Helion. Luego a Kallias.

—Lo hizo Hiberno—dijo simplemente. Ni un destello de miedo en sus ojos, y su barbilla alzada.

El silencio fue aturdidor.

Pero ya había tenido suficiente de que se comieran a mi hermana con los ojos. Enredé los codos con ella, dirigiéndome hacia las sillas de espaldas baja que asumía que estaban ahí para nosotros.

—Ellos la lanzaron al Caldero —dije—. Junto con mi otra hermana Elain. —Me senté, colocando a Nesta a mi lado, después miré fijamente a los tres Grandes Señores reunidos sin una pizca de buenas maneras, cordialidad o adulación—. Después de que la Suma Sacerdotisa Ianthe y Tamlin nos vendieran a Prythian y a mi familia a ellos.

Nesta asintió en silenciosa confirmación.

Los ojos de Helion quemaron como una fragua.

—Esa es una dura acusación, especialmente para tu antiguo amor.

—No es una acusación —dijo, doblando las manos sobre el regazo—. Todos estábamos allí. Ahora vamos a hacer algo al respecto.

Orgullo parpadeó a través del vínculo.

Y después Viviane murmuró hacia Kallias, golpeándole en las costillas:

— ¿Por qué *yo* no puedo ser una Gran Señora también?

Los otros llegaron tarde.

Tomamos nuestros asientos alrededor de la piscina reflejada, los asistentes impecablemente educados de Thesan trayéndonos platos de comida y copas de jugos exóticos desde las mesas al lado de la pared. La conversación se detenía y fluía, Mor y Viviane sentadas al lado de la otra para actualizarse en lo que parecía como cincuenta años de chismorreos.

Viviane no había estado Bajo la Montaña. Como amigo desde la infancia, Kallias había sido demasiado protector con ella a través de los años, había colocado a la mujer de mente aguda con tareas en la frontera durante décadas para evitar la intriga de su corte. Él no la dejó cerca de Amarantha tampoco. No dejaba que nadie obtuviera un olorcillo de lo que sentía por su amiga de cabello blanco, quién no tenía ni idea—nadie—de que la había amado toda su vida. Y en esos últimos momentos, cuando su poder había sido arrancado de él por ese hechizo... Kallias había arrojado fuera los restos para advertirle. Para decirle a Viviane que la amaba. Y luego le rogó que protegiese a su gente.

Así que ella lo había hecho.

Mientras Mor y mis amigos habían protegido a Velaris, Viviane había velado y protegido la pequeña ciudad bajo su escudriño, ofreciendo puerto seguro a aquellos quienes lo lograban.

Nunca olvidando al Gran Señor y su amigo atrapados Bajo la Montaña, nunca dejando su caza para encontrar una manera de liberarlo.

Especialmente mientras Amarantha soltaba sus horrores bajo su corte para romperlos, castigarlos. Aun así, Viviane mantuvo su corte en control. Y a través de ese reino de terror—durante todos esos años—se dio cuenta de lo que Kallias era para ella, lo que sentía por él en respuesta.

El día en que él volvió a casa, se tamizó directo a ella.

Lo había besado antes de que él pudiera decir palabra. Luego se había arrodillado y le había pedido ser su esposa.

Fueron una hora después a un templo y juraron sus votos. Y esa noche—*durante ya sabes qué*, Viviane le sonrió a Mor—el vínculo de pareja finalmente encajó en su lugar.

La historia ocupó nuestro tiempo mientras esperábamos, dado que Mor quería detalles. Muchos. Unos que empujaban las fronteras de la propiedad y dejaban a Thesan sofocándose con su vino de sauco. Pero Kallis sonrió a su esposa y compañera, suficientemente cálido y brillante que a pesar de su color de hielo, *él* debía haber sido el Gran Señor de Día.

No el de lengua afilada y brutal como Helion, quien observaba a mi hermana y a mí como un halcón. Un gran y dorado halcón... con garras muy filudas.

Me preguntaba cuál era su forma de bestia; si hacía crecer alas como Rhysand. Y garras.

Si Thesan lo hacía también... alas blancas como los Peregrinos que observaban en silencio, su propio amante de ojos fieros sin decir ni una palabra a nadie. Tal vez los Grandes Señores de las Cortes Solares poseían alas debajo de su piel, un don de los cielos, del cual sus cortes aclamaban ser dueños.

Fue una hora después cuando Thesan anunció:

—Tarquin está aquí. —Mi boca se secó.

Un incómodo silencio se expandió.

—Escuché sobre los rubis de sangre. —Helion le sonrió a Rhys, jugando con la manga dorada en su bíceps—. *Esa es una historia que quiero que cuentes.*

Rhys ondeó una mano, restándole importancia.

—Cuando sea un buen momento. —*Imbécil*, me dijo a mí con un guiño.

Pero luego Tarquin apareció en el último escalón del salón, Varian y Cresseida flanqueándolo. Varian miró entre nosotros por alguien que no estaba allí... y frunció el ceño cuando vio a Cassian, sentado al lado Izquierdo de Nesta. Cassian solo le dio una sonrisa engreída.

Estropeé un edificio, había dicho Cassian en una de sus últimas visitas a la Corte de Verano. De donde ahora tenía *prohibida* la entrada. Aparentemente, incluso asistirlos en la batalla no lo había perdonado de ello.

Tarquin nos ignoró a mí y a Rhysand—nos ignoró a todos, incluidas las alas de Rhys—mientras daba disculpas vagas por la tardanza, culpando al ataque. Posiblemente cierto. O había estado decidiendo hasta el último minuto si venía, a pesar de su aceptación a la invitación.

Él y Helion estaban casi tensos, solo Thesan parecía estar en términos decentes con él. De hecho, neutral. Kallias se había vuelto más frío... más distante.

Pero las introducciones se hicieron, y luego...

Un asistente susurró a Thesan que Beron y *todos* sus hijos habían llegado. La sonrisa se desvaneció inmediatamente de la boca de Mor, de sus ojos.

De los míos también.

La violencia hirviendo de mis amigos era suficiente para calentar la piscina a nuestros pies mientras el Gran Señor de Otoño entraba desde del arco de la puerta, sus hijos en fila detrás de él, su esposa—la mamá de Lucien—a su lado. Sus ojos rojizos observaron la habitación, como si buscara ese hijo perdido. Se situaron encima de Helion en su lugar, quien dio una inclinación de burla de su cabello oscuro. Ella rápidamente apartó su mirada.

Ella había salvado una vez mi vida... Bajo la Montaña. A cambio de haber protegido a Lucien. ¿Se preguntaba ella dónde estaba su hijo perdido ahora? ¿Había escuchado los rumores que yo había labrado, las mentiras que había soltado? No podía decirle que Lucien estaba cazando

por el continente, regateando armas, en busca de una reina encantada. Para encontrar un pedazo de salvación.

Beron—de rostro fino y cabello marrón—no se molestó en mirar a ningún lado más que a los Grandes Señores reunidos. Pero sus hijos restantes nos miraban con desprecio. Tanto así que los Peregrinos hicieron crujir sus plumas. Incluso Varian destelló sus dientes ante la mirada lasciva que Cressedia se ganó de uno de ellos. Su padre no se molestó en reprenderlos.

Pero Eris sí.

A un paso detrás de su padre, Eris murmuró:

—Suficiente. —Y sus hermanos menores recompusieron sus modales al momento. Los tres.

Ya fuera que Beron lo notase o le importase, no lo hizo saber. No, apenas se detuvo a medio camino a través de la habitación, las manos dobladas detrás de él, y frunció el ceño, como si fuéramos un grupo de mestizos.

Beron, el mayor entre nosotros. El más feo.

Rhys lo saludó suavemente, aunque su poder era una montaña oscura temblando bajo nosotros.

—No es sorpresa que llegues tarde, dado que tus propios hijos fueron demasiado lentos para atrapar a mi compañera. Supongo que viene de la familia.

Los labios de Beron se curvaron ligeramente mientras miraba mi corona.

—Compañera... y Gran Señora.

Nivelé una mirada aburrida y plana hacia él. Me volví hacia sus odiosos hijos. Hacia... Eris. Eris solo me sonrió, sorprendido y huraño. ¿Usaría esa máscara cuando terminara la vida de su padre y robara su trono?

Cassian estaba observando al que sería Gran Señor como un halcón estudiando su próxima comida. Eris concedió una mirada al general

Iliriano e inclinó su cabeza como invitación, palmeando sutilmente su estómago. Listo para la segunda ronda.

Luego la atención de Eris cambió hacia Mor, mirándola con tal desdén que me hizo llenar de ira. Mor solo le dio una mirada fija en blanco. Aburrida.

Incluso Viviane estaba mordiéndose el labio. Así que sabía lo que se le había hecho a Mor, lo que desencadenaría la presencia de Eris.

Desprevenido de la reunión que ya había sucedido, la alianza impía golpeó. Azriel estaba tan tenso que no estaba segura de que estuviera respirando. Ya sea que Mor lo notó o no, ya sea que sabía que a pesar de que intentaba dejar pasar el trato que habíamos hecho, la culpa de ello todavía casaba a Azriel, no lo dejó notar.

Ellos se sentaron... ocupando los últimos asientos. Ni una sola silla vacía. Decía suficiente sobre los planes de Tamlin.

Traté de no hundirme en mi silla mientras los asistentes tenían la atención sobre la Corte de Otoño, mientras todos nos sentábamos.

Thesan, como huésped, comenzó:

—Rhysand, has convocado esta reunión. Nos has presionado para juntarnos más temprano de lo que esperábamos. Ahora sería el momento para explicar qué es tan urgente.

Rhys parpadeó... lentamente.

—Sin duda, los ejércitos invasores desembarcando en nuestras orillas explican suficiente.

—¿Entonces nos has llamado para hacer qué, exactamente? —retó Helion, abrazando sus antebrazos en sus musculosos y brillantes muslos—. ¿Levantar un ejército unificado?

—Entre otras cosas —dijo Rhys, tenuemente—. Nosotros...

Fue casi la misma... la entrada. Casi la misma que esa noche en la antigua cabaña de mi familia, cuando la puerta se había roto y una bestia había entrado de golpe con el frío congelado y nos había rugido.

No se molestó con el balcón de aterrizaje, o las escoltas. No tenía un séquito. Como una grieta de luz, vicioso como una tormenta de primavera,

PARADISE SUMMERLAND FORO

se tamizó en el mismo salón. Y mi sangre se puso más helada que el hielo de Kallias mientras aparecía Tamlin, y me sonreía como un lobo.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 44

Traducido por Raeleen P.

Silencio absoluto. Quietud absoluta.

Sentí que una sacudida de magia se deslizaba por la habitación al tiempo que escudo tras escudo se cerraba alrededor de cada Gran Señor y su séquito. El escudo que Rhysand ya había puesto a nuestro alrededor se reforzaba... La furia se percibía en su esencia. Cólera e ira. A pesar de que el rostro de mi compañero parecía aburrido... apacible.

Intenté que en el mío se mostrara la fría precaución con la que Nesta lo contemplaba, o con la vaga repugnancia en la de Mor. Lo intenté, y fallé completamente.

Conocía su humor, su temperamento.

Aquí estaba el Gran Señor que había destrozado a esas naga hasta convertirlos en listones de sangre; aquí estaba el Gran Señor que había ensartado a Amarantha en la espada de Lucien y había desgarrado su garganta con los dientes.

Todo eso brillaba en aquellos ojos verdes que nos observaba a Rhys y a mí. Los dientes de Tamlin parecían huesos de cuervo cuando sonrió ampliamente.

Thesan se levantó, su capitán permaneció sentado a su lado, no obstante tenía una mano sobre su espada.

—No te esperábamos, Tamlin. —Con su delgada mano, Thesan hizo un gesto hacia sus temblorosos sirvientes—. Traigan un asiento para el Gran Señor.

Tamlin no apartó la vista de mí. De nosotros.

Su sonrisa se convirtió en una de tristeza y, de algún modo, se veía más inquietante. Más despiadada.

Vestía su típica túnica verde... sin corona ni adornos. No había señales de alguna carrillera para remplazar la que yo había robado.

Arrastrando las palabras, Beron dijo:

—Admitiré, Tamlin, que me sorprende verte aquí. —Tamlin no quitó su atención de mí. De cada aliento que tomaba—. Se dice que tu lealtad ahora yace en otro lado.

Tamlin apartó la vista de mi rostro para enfocarla más abajo. Al anillo en mi dedo. Al tatuaje que me adornaba la mano derecha, flotando debajo de la manga de brillante azul pálido de mi vestido. Luego volvió a levantarla... hacia la corona que había elegido yo misma.

No sabía qué decir. Qué hacer con mi cuerpo, mi respiración.

Sin máscaras, sin mentiras ni engaños. La verdad ahora se extendía expuesta y abierta ante él. Lo que había hecho por la ira, las mentiras que le había dicho. La gente y el territorio que había dejado vulnerable ante Hiberno. Y ahora que había regresado a mi familia, a mi compañero...

La ira líquida se había enfriado para convertirse en algo afilado y frágil.

Los sirvientes acercaron un asiento y lo pusieron entre uno de los hijos de Beron y el séquito de Helion. Ninguno se veía feliz al respecto, pero no eran tan estúpidos como para retroceder físicamente cuando Tamlin se sentó.

No dijo nada. Ni una palabra.

Helion hizo un gesto con una mano llena de cicatrices.

—Empecemos, entonces.

Thesan se aclaró la garganta. Nadie lo volteó a ver.

No cuando Tamlin estudió la mano que Rhys tenía sobre mi rodilla resplandeciente.

La repugnancia hervía en los ojos de Tamlin. Nadie, ni siquiera Amarantha, me había mirado con tanto odio. No, Amarantha no me había conocido realmente... su odio había sido superficial, motivado por una historia personal que lo envenenaba todo.

Tamlin... Tamlin me conocía. Y ahora odiaba cada centímetro de lo que era.

Abrió la boca y me preparé.

—Me parece que debo felicitarlos.

Las palabras eran planas... planas y, de algún modo, también filosas como sus garras, que ahora se escondían debajo de su piel dorada.

No dije nada.

Rhys se limitó a sostenerle la mirada a Tamlin. Se la sostuvo con rostro de hielo, a pesar de que pura rabia se agitaba debajo de ella. Una furia catastrófica surgía y se retorció por el vínculo que había entre nosotros.

Pero mi compañero se dirigió a Thesan, que había regresado a su asiento, sin embargo parecía lejos de estar relajado.

—Podemos discutir el asunto en cuestión más tarde.

—No se detengan por mí —dijo Tamlin con calma.

La luz en los ojos de Rhysand se consumió, como si una mano de oscuridad hubiese barrido esas estrellas. Pero se reclinó en su silla, quitando la mano de mi rodilla para trazar círculos sobre el reposabrazos de su silla de madera.

—No tengo ningún interés en discutir nuestros planes con los enemigos. —Helion, frente al estanque reflejante, sonrió como un león.

—No —concordó Tamlin con la misma calma—, solo te interesa follártelos.

Cada pensamiento y sonido se evaporó de mi mente.

Cassian, Azriel y Mor continuaban en sus asientos, tan inmóviles como los muertos; la furia salía de ellos en ondas silenciosas. Si acaso a Tamlin le importó o se dio cuenta de que tres de las personas más letales en la habitación contemplaban su extinción, no dio señales de ello.

Rhys se encogió de hombros, sonriendo ligeramente.

—Parece una alternativa menos destructiva que la guerra.

—Y sin embargo aquí estás, siendo el primero en empezarla.

El parpadeo de Rhys fue la única señal de su confusión.

Unas garras aparecieron en los nudillos de Tamlin.

Kallias se tensó, poniendo una mano sobre el reposabrazos de Viviane... como si fuera a aventarse frente a este. Pero Tamlin se limitó a pasar ligeramente esas garras sobre el tallado de su silla... como lo había hecho una vez sobre mi piel. Sonrió como si supiera exactamente qué recuerdo había provocado, pero le habló a mi compañero:

—De no haberte robado a mi prometida durante la noche, Rhysand, no me habría visto obligado a tomar medidas tan drásticas para recuperarla.

—El sol brillaba cuando te dejé —dije quedamente.

Esos ojos verdes se movieron sobre mí, vidriosos y extraños. Dejó escapar un suave bufido y luego alejó la mirada.

Desestimándome.

— ¿Por qué has venido, Tamlin? —preguntó Kallias.

Las garras de Tamlin se clavaron profundamente en la madera, pero su voz era suave. Sin duda el gesto también iba para mí.

—Permití el acceso a mis tierras para recuperar a la mujer que amaba de un sádico que jugaba con las mentes como si se trataran de juguetes. Tenía la intención de pelear contra Hiberno... de encontrar una forma de sortear el trato que hice con el rey una vez que la tuviera de regreso. No obstante, Rhysand y su camarilla la convirtieron en una de ellos. Y se regocijó en quebrantar mi territorio al completo así Hiberno lo invadiría. Todo por un insignificante resentimiento... ya fuese de ella o el de su... amo.

—No tienes el derecho a cambiar la historia —susurré—. No tienes el derecho de retorcer las cosas para tu beneficio.

Tamlin solo ladeó la cabeza hacia Rhys.

—Cuando te la follas, ¿te has dado cuenta de ese ruidito que hace justo antes de su clímax?

El color se me subió a las mejillas. Esta no se trataba de una batalla abierta, sino un cuidadoso intento de hacer pedazos mi dignidad, mi credibilidad. Beron resplandecía, encantado. Eris vigilaba cuidadosamente.

Rhys giró la cabeza, mirándome de pies a cabeza. Su mirada regresó a Tamlin. Una tormenta a punto de estallar.

Pero fue Azriel el que respondió, con voz tan fría como la muerte:

—Cuidado con tus palabras sobre mi Gran Señora.

La sorpresa destelló en los ojos de Tamlin... luego se desvaneció. Se desvaneció, se la tragó la furia cuando entendió el tatuaje que me cubría la mano.

—No te era suficiente solo sentarte a mi lado, ¿verdad? —Una sonrisa cargada de odio apareció en sus labios—. Una vez me preguntaste si serías mi Gran Señora, y cuando te dije que no... —Soltó una breve carcajada—. Tal vez te subestimé. ¿Por qué servir en mi corte, cuando puedes reinar en la de él?

Por fin Tamlin miró a los otros Grandes Señores y sus séquitos.

—Les venden historias sobre defender nuestra tierra y paz. Sin embargo, *ella* llegó a mi territorio y lo expuso para Hiberno. *Ella* le retorció la mente a mi Suma Sacerdotisa... después de haberle destrozarle la mano por puro rencor. Y si se preguntan qué le pasó a la humana que entró Bajo la Montaña para salvarnos... Échenle un vistazo al hombre sentado a su lado. Pregúntense qué es lo que gana... qué es lo que *ellos* ganan con esta guerra, o la falta de ella. ¿Peclaremos contra Hiberno solo para encontrarnos con una Reina y Rey de Prythian? Ella ha dado muestras de su ambición... y ustedes vieron lo feliz que estaba de servir a Amarantha para salir ileso.

Era un gran esfuerzo no gruñir, no tomar los reposabrazos y gruñirle.

Rhys soltó una oscura carcajada.

—Bien jugado, Tamlin. Ya estás aprendiendo.

La ira le retorció el rostro a Tamlin ante su condescendencia. Pero se giró para mirar a Kallias.

—¿Me preguntas por qué estoy aquí? Yo podría hacerte la misma pregunta. —Con la barbilla señaló al Gran Señor de la Corte de Invierno, a Viviane, los otros miembros de su séquito que se habían quedado callados—. Me están diciendo que después de Bajo la Montaña, ¿soportan trabajar con él? —Señaló a Rhysand con un dedo.

Quería arrancarle ese dedo de la mano. Y dárselo de comer al Middengard Wyrn.

El brillo plateado de Kallias se atenuó.

Incluso Viviane pareció apagarse.

—Vinimos para decidir eso por nosotros mismos.

Mor se quedó mirando a su amiga en una pregunta silenciosa. Viviane, por primera vez desde que habíamos llegado, no la miró. Solo a su compañero.

Con voz queda, Rhys se dirigió a todos:

—No tuve nada que ver con eso. Nada.

Los ojos de Kallias llamearon como una flama azul.

—Estabas parado junto a su trono cuando dio la orden.

Y, mientras se me revolvía el estómago, vi que Rhys empalidecía.

—Intenté detenerlo.

—Dile eso a los padres de dos docenas de jóvenes que ella masacró —dijo Kallias—. Que lo *intentaste*.

Lo había olvidado. Había olvidado esa parte de la despreciable historia de Amarantha. Había ocurrido mientras yo aún estaba en la Corte de Primavera; un reporte que uno de los contactos de Lucien en la Corte de Invierno se las había arreglado para transmitir. De dos docenas de niños asesinados por la “plaga”. Por Amarantha.

Rhys apretó los labios.

—No pasa un día sin que lo recuerde —les dijo a Kallias, Viviane y sus compañeros—. Ni un día.

No lo sabía.

Me lo había contado una vez, hacía muchos meses, que había recuerdos que no podía compartir... aun conmigo. Supuse que solo eran sobre lo que Amarantha le había hecho. No... lo que también hubiese sido obligado a presenciar. Obligado a soportar, atado y atrapado. Y quedarse ahí, atado a Amarantha, mientras ella había ordenado que asesinaran a esos niños...

—Recordarlos —dijo Kallias—, no los revivirá, ¿verdad?

—No —aceptó Rhys, llanamente—. No, no puede. Y es por eso que ahora estoy peleando por que jamás se vuelva a repetir.

Viviane miró entre su esposo y Rhys.

—No estuve presente Bajo la Montaña. Pero escuché, Gran Señor, que intentaste... detenerla.

El dolor le tensó el rostro. Ella tampoco había podido detenerlo mientras cuidaba su pequeño pedazo de territorio.

Rhys no dijo nada.

Beron bufó.

—¿Por fin te quedaste sin palabras, Rhysand?

Puse una mano sobre el brazo de Rhys. No dudaba en que Tamlin lo había visto. Y no me importaba.

—Te creo —le dije a mi compañero, sin molestarme en bajar la voz.

—Dice la mujer —replicó Beron—, que dio el nombre de una chica inocente en lugar del suyo, para que Amarantha también la masacrara.

Bloqueé las palabras, el recuerdo de Clare.

Rhys tragó. Apreté más fuerte su brazo.

Su voz salió áspera cuando le dijo a Kallias:

—Cuando tu pueblo se rebeló...—Se habían rebelado, recordé. Invierno se había rebelado contra Amarantha. Y los niños... eso había sido la respuesta de Amarantha. El castigo por su desobediencia—. Estaba furiosa. Te quería muerto, Kallias.

Del rostro de Viviane desapareció cualquier rastro de color.
Rhys continuó:

—La... la convencí de que no le serviría de mucho.

—Quién hubiera pensado —comentó Beron—, que una polla podría ser tan persuasiva.

—Padre —advirtió Eris en voz baja.

Pues Cassian, Azriel, Mor, y yo teníamos la mirada puesta en Beron.
Y ninguno sonreía.

Quizás Eris sería Gran Señor más pronto de lo planeado.

Pero Rhys siguió hablándole a Kallias:

—Abandonó la idea de asesinarte. Tus rebeldes habían muerto... La convencí de que con eso era suficiente. Pensé que ya había pasado. — Pareció como si le costara respirar un poco—. Me enteré al mismo tiempo que tú. Creo que al defenderte, ella lo vio como una señal... no me dijo nada al respecto. Y me mantuvo... encerrado. Intenté meterme en las mentes de los soldados que envió, pero la restricción que tenía sobre mi poder era demasiado como para detenerlos, y ya había acabado. También... también envió a un daemati. Para... —vaciló. Las mentes de los niños... habían sido destruidas. Rhys pasó saliva—. Creo que quería que sospecharas de mí. Para evitar que nos aliáramos en su contra.

Lo que debió haber visto en las mentes de esos soldados...

—¿Dónde te encerró? —La pregunta la había hecho Viviane, que tenía los brazos envueltos sobre sí misma.

No estaba del todo lista cuando Rhys respondió:

—Su habitación.

Mis amigos no disimularon su ira, su pena al oír los detalles que él no les había contado.

—Cuentos y palabras —dijo Tamlin, recargado en su silla—. ¿Tienes pruebas?

—Pruebas...—gruñó Cassian, comenzó a levantarse, sus alas comenzaron a expandirse.

—No —intervino Rhys al tiempo que Mor detenía a Cassian con su brazo, obligándolo a sentarse. Rhys añadió, dirigiéndose a Kallias—: Pero lo juro... por la vida de mi compañera.

Posó su mano sobre la mía. Por primera vez, desde que lo conocía, tenía la mano sudada. Lo toqué por medio del vínculo, incluso mientras Rhys sostenía la mirada de Kallias. No tenía palabras para darle. Solo yo... solo mi alma, mientras me acomodaba contra sus escudos oscuros y firmes.

Él sabía lo que le costaría presentarnos aquí tal como éramos. Lo que tenía que revelar, aparte de las alas que tanto amaba.

Tamlin puso los ojos en blanco. Tomó todo lo que tenía en mí no aventarme hacia él... no arrancarle los ojos.

Pero lo que sea que haya leído en el rostro de Rhys, en sus palabras... Miró a Tamlin con severidad y volvió a preguntar:

—¿Qué haces *aquí*, Tamlin?

Tamlin tensó la mandíbula.

—Estoy aquí para pelear contra Hiberno.

—Mentiras —murmuró Cassian.

Tamlin le echó una mirada asesina. Cassian plegó las alas con cuidado, se recargó contra su silla otra vez y le sonrió con burla.

—Seguro entenderás —interrumpió Thesan, con elegancia—, nuestras dudas al respecto. Y nuestra vacilación al compartir cualquier plan.

— ¿Aunque tenga información de lo que planea Hiberno?

Silencio. Tarquin, al otro lado del estanque, solo observaba y escuchaba... tal vez porque era el más joven de ellos, o tal vez porque sabía que le convenía que peleáramos.

Tamlin me sonrió.

—¿Por qué crees que los invité a mi casa? ¿A mi territorio? —dejó salir un gruñido grave, y sentí que Rhys se tensaba cuando Tamlin volvió a hablar—. Una vez te dije que pelearía contra la tiranía, contra ese tipo de

maldad. ¿Creíste que eras lo suficiente para mí como para hacerme olvidar eso? —Sus dientes brillaban, blancos como un hueso—. Se te hizo tan *fácil* creermelo un monstruo, a pesar de todo lo que hice por ti, por tu familia. — Le hizo un gesto de desprecio a Nesta, quién estaba frunciendo el ceño con disgusto—. Y a pesar de ver todo lo que *él* hizo Bajo la Montaña, te abriste de piernas para él. Supongo que es apropiado. Se prostituyó a Amarantha por décadas. ¿Por qué no ser su prostituta?

—Cuida tus palabras —dijo Mor con brusquedad. Me costaba tragar... respirar.

Tamlin la ignoró por completo e hizo un gesto con la mano hacia las alas de Rhysand.

—A veces se me olvida... lo que eres. ¿Ya se te cayó la máscara o solo es otra artimaña?

—Comienzas a cansarnos, Tamlin —comentó Helion, apoyando la cabeza sobre su mano—. Ten tu pelea de amantes en otra parte y déjanos a los demás discutir esta guerra.

—Seguramente estás complacido con la guerra, considerando lo mucho que ganaste de la pasada.

—Nadie dice que la guerra no pueda ser lucrativa —contraatacó Helion. Tamlin crispó los labios en un silencioso gruñido, y eso me hizo preguntarme si él no había ido con Helion para romper mi trato con Rhys... si Helion se había negado.

—Suficiente —dijo Kallias—. Nosotros sabremos cómo lidiar con el conflicto de Hiberno. —Esos ojos glaciales se endurecieron cuando volvió a mirar a Tamlin—. ¿Estás aquí como un aliado de Hiberno o de Prythian?

El brillo de odio y burla se convirtió en uno de pura determinación.

—Estoy en contra de Hiberno.

—Pruébalo —lo retó Helion.

Tamlin levantó la mano y un montón de hojas aparecieron en la mesita junto su silla.

—Listas de ejércitos, municiones, escondites de veneno fae... Todo lo que averigüé cuidadosamente estos meses.

Todo me lo dijo a mí, y yo me rehusé a bajar la barbilla. Me dolía la espalda de tenerla tan erguida, sentí una punzada de dolor en ambos lados de la espalda.

—Todo suena muy noble pero —continuó Helion—, ¿quién nos dice que esta información es verdadera... o que no eres un agente de Hiberno, intentando engañarnos?

— ¿Quién dice que Rhysand y sus secuaces no son agentes de Hiberno, y que todo esto no es más que un ardid para someterlos sin que se den cuenta?

—No puedes hablar en serio —murmuró Nesta.

Mor le dio una mirada a mi hermana que decía que sí hablaba muy en serio.

—Si necesitamos aliarnos contra Hiberno —dijo Thesan—, estás haciendo un buen trabajo en convencernos de no hacerlo.

—Solo estoy advirtiéndolos. Puede que parezcan ser la imagen de la amistad y honestidad, pero eso no quita el hecho de que *él* haya calentado la cama de Amarantha por cincuenta años, y solo haya conspirado contra ella cuando pareció que las cosas estaban cambiando. Les recuerdo que *él* afirma que Hiberno atacó su ciudad, pero lo manejaron muy bien... como si ya se lo esperaran. No crean que no sacrificaría unos edificios y hadas menores para hacerlos aliarse, para hacerlos creer que tenían un enemigo común. ¿Cómo es que solo la Corte Oscura se enteró del ataque de Adriata y fueron los únicos que llegaron a tiempo para ser los héroes?

—Se enteraron —intervino Varian con frialdad—, porque *yo* les avisé.

Tarquin giró la cabeza hacia su primo, levantando las cejas por la sorpresa.

—Tal vez tú también estás conspirando con ellos —le respondió Tamlin al Príncipe de Adriata—. Eres el siguiente en la línea de sucesión, después de todo.

—Estás demente —le susurré a Tamlin cuando Varian le enseñó los dientes a Tamlin—. ¿Escuchas lo que *dices*? —Señalé a Nesta—. Hiberno convirtió en Fae a mis hermanas... ¡después de que la perra de *tu* sacerdotisa las vendiera!

—Tal vez la mente de Ianthe ya estaba en el poder de Rhysand. Y qué tragedia es ser joven y hermosa por siempre. Eres una buena actriz... Estoy seguro de que el talento es de familia.

Nesta soltó una corta carcajada.

—Si quieres culpar a alguien de esto —le dijo a Tamlin—, tal vez primero deberías mirarte en un espejo.

Tamlin le gruñó.

—*Cuidado* —le gruñó Cassian a él.

Tamlin miró entre mi hermana y Cassian, su mirada se detuvo en las alas de Cassian, plegadas detrás de él.

—Parece que también otras preferencias corren en la familia Archeron —se burló.

Mi poder comenzó a retumbar... un gigante se levantaba, se despertaba.

— ¿Qué es lo que quieres? —siseé—. ¿Una disculpa? ¿Qué me arrastre hasta tu cama otra vez e interprete el papel de la esposa perfecta?

— ¿Por qué querría que me devolvieran mercancía arruinada?

Me sonrojé.

Tamlin gruñó:

—Desde el momento en que dejaste que te follara como a una...

Un segundo estaba escupiendo esas horribles palabras por la boca, en donde sus colmillos comenzaban a crecer. Al siguiente se detuvieron.

La boca de Tamlin dejó de emitir *sonidos*. Cerró la boca, la volvió a abrir... lo intentó otra vez.

Ningún sonido, ni siquiera un rugido salió.

Rhysand no sonreía, ninguna señal de diversión irreverente cuando recargó la cabeza contra su silla.

—Te queda bien esa imagen de pez boqueando, Tamlin.

Los otros, que habían estado observando con desdén o aburrimiento, se giraron para mirar a mi compañero. Ahora el miedo ensombrecía sus miradas cuando se dieron cuenta de quién y qué exactamente, estaba sentando con ellos.

Eran hermanos, pero a la vez no. Tamlin era un Gran Señor, tan poderoso como todos los demás. A excepción del que estaba a mi lado. Rhys era tan diferente a ellos como los humanos eran diferentes a los Feéricos.

A veces se les olvidaba... lo profunda que era esa fuente de poder. La clase de poder que Rhys poseía.

Pero cuando Rhys le quitó la habilidad de hablar a Tamlin, lo recordaron.

Capítulo 45

Traducido por Raeleen P.

Mis amigos fueron los únicos que no parecieron sorprendidos.

Los ojos de Tamlin echaban llamas, una luz dorada y verde lo rodeaba mientras su magia intentaba liberarse del control de Rhysand. Al tiempo que intentaba hablar una y otra vez.

—Si quieren una prueba de que no conspiramos junto a Hiberno —les dijo Rhysand a todos con suavidad—, consideren el hecho de que perdería menos tiempo si me metiera en sus mentes para obligarlos a hacer lo que quisiera.

Solo Beron fue lo suficientemente estúpido como para fruncir el ceño. Eris se movió estratégicamente para que su cuerpo cubriera el de su madre.

—Y sin embargo aquí estoy —continuó Rhysand y no se dignó a darle una mirada a Beron—. Aquí estamos todos.

Silencio absoluto.

Entonces Tarquin, silencioso y observador, se aclaró la garganta.

Lo esperé... Esperé el golpe que seguro nos condenaría. Éramos los ladrones que lo habían engañado, habíamos entrado a su casa en paz y le habíamos robado, nos habíamos metido en sus mentes para asegurar nuestro éxito.

Pero Tarquin se dirigió a mí, a Rhysand:

—A pesar del aviso sin autorización de Varian... —Le echó una mirada a su primo, que no se veía arrepentido—. Fueron los únicos que nos ayudaron. Los únicos. Y no pidieron nada a cambio. ¿Por qué?

— ¿No es eso lo que hacen los amigos? —preguntó Rhys con voz ronca.

una CORTE de ALAS y RUINA

Una oferta sutil y silenciosa.

Tarquin lo observó. Me observó. Nos observó a todos.

—Rescindo los rubíes de sangre. Así ya no habrá deudas entre nosotros.

—No esperes que Amren regrese el suyo —murmuró Cassian—. Ya le tiene cariño.

Podría jurar que vi una leve sonrisa en los labios de Varian.

Pero Rhys miró a Tamlin, cuya boca seguía cerrada. La furia seguía en sus ojos.

—Te creo. Creo que pelearas por Prythian —le dijo mi compañero.

Kallias no parecía tan convencido. Al igual que Helion.

Rhys soltó el agarré que tenía en la voz de Tamlin. Solo lo supe porque se le escapó un gruñido corto. No obstante, Tamlin no dio señales de atacar, ni siquiera de hablar.

—La guerra está encima —declaró Rhysand—. No tengo ningún interés en desperdiciar energía discutiendo entre nosotros.

El mejor hombre. Su control, su elección de palabras... Todo era una cuidada imagen de la razón y el poder. Pero Rhysand... Sabía que decía en serio cada palabra. Incluso cuando Tamlin había sido parte de la matanza de su familia, incluso si había sido parte en lo de Hiberno... Por nuestro hogar, por Prythian, lo dejaría de lado. Un sacrificio que no heriría a nadie más que a su propia alma.

—Tal vez estés dispuesto a creerle, Rhysand, pero al ser alguien que comparte frontera con su corte, no puede convencerme tan fácilmente —dijo Beron con una mirada irónica—. Tal vez mi hijo descarriado pueda aclararlo. Les ruego que me digan dónde está.

Hasta Tamlin se giró para mirarnos... mirarme a mí.

—Nos está ayudando a vigilar la ciudad —fue mi respuesta. No era una mentira del todo.

Eris bufó y contempló a Nesta, y ella le regresó la mirada, sus facciones de acero.

—Es una lástima que no trajeran a la otra hermana. He sabido que la compañera de nuestro hermanito es una belleza.

Si sabían que Elain era la compañera de Lucien... Esto cambiaba las cosas, me di cuenta y eso me aterró. Era otra forma de lastimar al hermano más joven que tanto odiaban, sin ninguna razón. El trato que teníamos con Eris no protegía a Lucien. Se me secó la boca.

—Cómo te gusta escucharte hablar, Eris. Es bueno saber que algunas cosas no cambian con el paso de los siglos —replicó Mor suavemente.

Eris sonrió al escuchar esas palabras, fingiendo cuidadosamente que no se habían visto en años.

—Es bueno saber que después de quinientos años, aún te vistes como una zorra.

En un segundo, Azriel estaba sentado.

Al siguiente, le había lanzado al escudo de Eris una llamarada azul y lo había aventado hacia atrás, la madera se hizo trizas debajo de ellos.

—Mierda —soltó Cassian, y en un segundo ya estaba ahí...

Y se encontró con una pared azul.

Azriel los había encerrado, y cuando sus manos llenas de cicatrices se cerraron alrededor de la garganta de Eris, Rhys dijo:

—Suficiente.

Azriel apretó, Eris se retorció debajo de él. No era una pelea física... había reglas que lo impedían, pero Azriel, con el poder que le daban las sombras...

—*Es suficiente*, Azriel —ordenó Rhys. Tal vez las sombras que ahora se deslizaban y arremolinaban alrededor del Shadowsinger lo *ocultaban* de la furia de la magia vinculante. Los otros no hicieron nada por interferir, como si se estuvieran preguntando lo mismo.

Azriel encajó la rodilla—y todo su peso—en el estómago de Eris. Estaba callado, en completo silencio mientras sacaba todo el aire del cuerpo de Eris. Las llamas de Beron atacaron el escudo azul una y otra

vez, pero el fuego se desviaba y extinguía en el agua. Y cualquiera que escapara, era destruida por las sombras.

—Retira a tu murciélago gigante —le ordenó Beron a Rhys.

Rhys lo disfrutaba, con trato o sin él... lo podría haber terminado hacía segundos. La mirada que me dio, me lo dijo. Y una invitación.

Me levanté, sorprendida con la estabilidad de mis rodillas.

Los sentí a todos tensarse, la mirada de Tamlin como una marca mientras caminaba hacia el Shadowsinger, mi vestido brillante haciendo ruido sobre el suelo. Puse una mano tatuada en la curva casi invisible del duro escudo.

—Ven, Azriel —dije.

Azriel se detuvo.

Eris jadeó cuando esas manos marcadas por cicatrices se relajaron... Cuando Azriel giró el rostro hacia mí...

La helada furia me petrificó en mi lugar.

Pero debajo de ella, casi pude ver las imágenes que lo torturaban: la mano que Mor había apartado, su llanto, la angustia en su rostro cuando le gritaba a Rhys.

Y ahora, detrás de nosotros, Mor temblaba en su asiento. Pálida y temblando.

Me limité a ofrecerle una mano a Azriel.

—Ven a sentarte a mi lado.

Nesta ya se había cambiado de lugar y una silla extra apareció a mi lado.

No permití que me temblara la mano mientras la mantenía extendida. Y esperaba.

Azriel dirigió la vista a Eris, el hijo del Gran Señor jadeante debajo de él. Y el Shadowsinger se agachó para susurrarle algo al oído que lo hizo palidecer aún más.

Pero el escudo desapareció. Las sombras se transformaron en luz.

Beron atacó, pero su fuego chocó contra mi barrera. Dirigí la vista al Gran Señor de Otoño.

—Ya son dos veces que les damos una reprimenda. Uno pensaría que ya estarían cansados de humillarse.

Helion se rió. Pero yo volví a centrarme en Azriel quien tomó mi mano y se levantó. Las cicatrices se sentían ásperas contra mis dedos, pero su piel era como el hielo. Hielo puro.

Mor abrió la boca para decirle algo a Azriel, pero Cassian puso una mano sobre su rodilla expuesta y negó con la cabeza. Guié al Shadowsinger al asiento vacío a mi lado, luego caminé hasta la mesa y le serví una copa de vino.

Nadie habló hasta que se la ofrecí y me senté.

—Son mi familia —dije ante las expresiones de sorpresa por mi gesto. Tamlin solo sacudió la cabeza en disgusto y volvió a ocultar las garras. Pero me encontré con la mirada furiosa de Eris y, con frialdad, dije—: No me importa si somos aliados en esta guerra. Si vuelves a insultar a mi amiga, no lo detendré la próxima vez.

Solo Eris sabía hasta dónde llegaba nuestra alianza; información que podría condenar esta reunión si alguno de nosotros la revelaba. Información que haría que su padre lo desapareciera de esta tierra.

Mor se quedó mirando a Azriel, quien se negaba a mirarla pues no quería dejar de darle una mirada asesina a Eris.

Y Eris, sensatamente, apartó la vista.

—Mis disculpas, Morrigan —dijo.

Su padre lo miró boquiabierto. Pero parecía que en los ojos de la Señora de Otoño brilló la aprobación cuando su hijo se volvió a sentar.

Thesan se masajeó las sienes.

—Esto no augura nada bueno.

Sin embargo, Helion le dirigió una sonrisa a su séquito. Puso el tobillo sobre su rodilla, mostrando esas piernas fuertes y elegantes.

—Parece que me deben diez marcas de oro.

Parecía que no habíamos sido los únicos en apostar. Incluso si nadie del séquito de Helion correspondió a su sonrisa burlona.

Helion sacudió una mano y el montón de papeles que Tamlin había recopilado, voló hasta él gracias a algún viento fantasma. Chasqueó los dedos—con cicatrices por la esgrima—y otros montones aparecieron frente a cada asiento en la habitación. Incluyendo el mío.

—Copias —dijo sin levantar la vista mientras observaba los documentos.

Un truco útil para el hombre cuya riqueza no era el oro, sino el conocimiento.

Nadie hizo ademán de tocar los papeles frente a nosotros.

Helion chasqueó la lengua y anunció, mientras Tamlin rugía ante el tono altanero:

—Si todo esto es verdad, entonces sugiero dos cosas: primero, destruir las localizaciones de Hiberno donde esconde el veneno fae. No resistiremos por mucho tiempo si las convierten en muchas armas versátiles. Vale la pena intentar destruirlas, sin importar el riesgo.

Kallias arqueó una ceja.

—¿Y qué sugieres que hagamos para lograrlo?

—Nosotros nos encargaremos —se ofreció Tarquin. Varian asintió—. Se los debemos por lo de Adriata.

—No hace falta —dijo Thesan.

Todos nos sorprendimos. Hasta Tamlin. El Gran Señor de Amanecer solo puso las manos sobre su regazo.

—La mejor reparadora que tenemos ha estado esperando las últimas horas. Me gustaría que se nos uniera.

Antes de que alguno respondiera, una Alta Fae apareció al margen del círculo. Su reverencia fue tan breve que solo pude notar su piel ligeramente oscura y su sedoso cabello largo. Su vestimenta era parecida a la de Thesan pero tenía las mangas remangadas hasta sus antebrazos, la túnica desabotonada hasta el pecho. Y su mano...

Supe quién era antes de que se levantara. Su mano derecha era de oro sólido, mecánica. Como la de Lucien. Zumbaba y hacía sonidos de clic, atrapando la atención de cada inmortal en la habitación al tiempo que ella miraba a su Gran Señor. Thesan le dio la bienvenida con una sonrisa cálida.

Pero su rostro... Me pregunté si Amren había amoldado sus facciones a un linaje parecido cuando se encadenó a su cuerpo Fae: la barbilla afilada, mejillas redondas, y unos impresionantes ojos brillantes. Sin embargo, los de Amren eran de un plateado intenso y los de ella era tan oscuros como el ónix. Y conscientes, completamente conscientes de las miradas boquiabiertas que le dábamos a su mano, a su llegada.

—Mi Señor —le dijo a Thesan.

Thesan hizo un gesto hacia la alta mujer parada frente al grupo.

—Nuan es una de mis artesanas más talentosas.

Rhys se reclinó en su silla, levantó las cejas al reconocer el nombre, y señaló a Eris y a Beron con la barbilla.

—Tal vez la conozcan por ser la persona responsable de darle a su... ¿cómo lo llamaste? hijo descarriado, la habilidad de usar su ojo izquierdo después de que Amarantha se lo sacara.

Nuan asintió una vez para confirmarlo, apretando los labios al ver a la familia de Lucien. No volteó a ver a Tamlin, y él tampoco de molestó en saludarla, a pesar del pasado que los unía, a pesar del amigo que compartían.

—¿Y eso en qué se relaciona con el veneno fae? —demandó Helion.

El amante de Thesan bullía ante el tono del Gran Señor de Día, pero Thesan le dirigió una mirada y él se relajó.

Nuan se giró; su cabello se deslizó sobre su hombro y observó a Helion. No parecía impresionada.

—Porque encontré una solución para el veneno.

Thesan agitó una mano.

—Escuchamos rumores que han usado veneno fae en esta guerra... Que la usaron cuando atacaron tu ciudad, Rhysand. Pensamos que

deberíamos encargarnos del asunto antes de que se convirtiera en una debilidad mortal para todos nosotros. —Asintió en dirección a Nuan—. Además de ser una artesana incomparable, también es una impresionante alquimista.

Nuan se cruzó de brazos y el sol brilló sobre su mano de metal.

—Gracias a las muestras que obtuvimos después del ataque a Velaris, pude crear... una clase de antídoto.

—¿Cómo conseguiste esas muestras? —exigió saber Cassian.

Nuan se sonrojó.

—Yo... escuché los rumores y asumí que Lucien Vanserra se quedaría ahí después de... lo ocurrido. —Aún no miraba a Tamlin, y él se quedó callado, taciturno—. Logré contactarlo hace unos días y le pedí que me enviara unas muestras. Me las dio... y no les dijo nada al respecto —añadió rápidamente, mirando a Rhysand—, porque no quería que se ilusionaran. No hasta que encontrará una solución.

Con razón había estado impaciente por ir solo a Velaris el día que nos había ayudado a investigar. Le di una mirada a Rhys. *Parece que Lucien todavía juega al zorro.*

Rhys no me miró, sin embargo le temblaron los labios cuando respondió. *Parece que así es.*

Nuan continuó:

—La Madre nos ha dado todo lo que necesitamos en esta tierra. Así que solo tenía que encontrar exactamente qué nos había dado en Prythian para combatir el material de Hiberno capaz de anular nuestros poderes.

Helion se movió, impaciente. La brillante tela blanca se movió sobre su pecho musculoso.

Thesan también se dio cuenta de esto y dijo:

—Nuan ha podido crear con rapidez un polvo que podamos ingerir en las bebidas, comida, o lo que a ustedes les plazca. Les da inmunidad al veneno fae. Ya tengo a gente elaborándolo en tres ciudades diferentes, para dárselos a nuestras tropas.

Hasta Rhys se vio impresionado ante la discreción y el descubrimiento.

Me sorprende que tú no hayas preparado una gran revelación para hoy, dije a través del vínculo.

Hermosa y cruel Gran Señora, susurró seductoramente, con los ojos brillándole.

—Pero, ¿y los objetos físicos hechos de veneno fae? En la batalla, habían llevado guantes para pasar a través de nuestros escudos — preguntó Tarquin. Apuntó a Rhys con la barbilla—. Y cuando atacaron a tu ciudad.

—Contra eso —dijo Nuan—, solo podrá protegerte tu inteligencia. — No apartó la vista de Tarquin y él se enderezó, como si estuviera sorprendido de que no lo hiciera—. El compuesto que hice solo los protegerá, a sus poderes, de ser anulados por el veneno fae. Puede que, en caso de ser atacado con un arma envenenada con veneno fae, al tener el compuesto en sus sistemas, esto anule su efecto.

Se hizo el silencio.

—Y se supone que debemos confiar en ti —dijo Beron, dándole una mirada a Thesan y a Nuan—, en esta... sustancia que debemos ingerir con confianza ciega.

—¿Preferirías enfrentar a Hiberno sin ningún poder? —preguntó Thesan—. Mis mejores alquimistas y artesanos no son estúpidos.

—No —concordó Beron, frunciendo el ceño—, pero, ¿de dónde vino ella? ¿Quién eres? —La última pregunta fue dirigida a Nuan.

—Soy hija de dos Altos Faes de Xian, se mudaron a este lugar para darles a sus hijos una mejor vida, si es eso lo que quiere saber —respondió Nuan, tensamente.

—¿Y eso qué tiene que ver? —le preguntó Helion a Beron.

Beron se encogió de hombros.

—Si su familia es de Xian, quienes te recuerdo apoyaron a los Leales, entonces, ¿a quiénes está sirviendo ella?

Los ojos color ámbar de Helion brillaron.

—Y yo *te* recuerdo, Beron, que mi madre emigró de Xian. Al igual que una gran parte de mi corte. Ten cuidado con lo que dices — interrumpió Thesan.

Antes de que Beron pudiera responder, con la barbilla en alto, Nuan se dirigió al Gran Señor de Otoño:

—Soy una hija de Prythian. Nací aquí, en esta tierra, al igual que sus hijos.

La expresión de Beron se ensombreció.

—Cuida tu tono, niña.

—No tiene que tener cuidado con nada —defendí—. No cuando le echas ese tipo de mierda en cara. —Miré a la alquimista—. Yo tomaré tu antídoto.

Beron puso los ojos en blanco.

—Padre —dijo Eris.

— ¿Quieres añadir algo? —preguntó Beron, levantando una ceja.

Eris no se encogió pero parecía que escogía sus palabras con mucho cuidado.

—He sido testigo de los efectos del veneno fae. —Asintió en mi dirección—. De verdad nos impide recurrir a nuestro poder. Si nos atacan con esto en la guerra o en otra situación...

—Si eso ocurre, ya lo veremos. No arriesgaré a mi pueblo ni a mi familia en probar una *teoría*.

—No es una teoría —intervino Nuan, su mano mecánica zumbó e hizo clic cuando la cerró en un puño—. No estaría aquí si no se hubiera probado hasta que ya no quedara ninguna duda.

Una mujer trabajadora y orgullosa.

—Yo lo tomaré —dijo Eris.

Era el tono más... decente que lo hubiera oído usar. Hasta Mor parpadeó en sorpresa.

Beron observó y analizó a su hijo y, una pequeñísima parte de mí, se preguntó si Eris no habría sido un hombre decente de haber tenido otro padre. Si acaso uno aún se encontraba en su interior, después de centenares de envenenamiento.

Porque Eris... ¿Cómo habría sido para él, Bajo la Montaña? ¿Qué estrategias utilizó? ¿Qué tuvo que soportar? Atrapado por cuarenta y nueve años. Dudaba que quisiera que algo así volviera a pasar. A pesar de que eso lo ponía en contra de su padre... o tal vez era por eso precisamente.

—No, no lo harás —dijo Beron, simplemente—. Aunque estoy seguro de que tus hermanos sienten oír eso.

Y así era; los otros parecían decepcionados de que su primer obstáculo para ocupar el trono no estuviera a punto de arriesgar su vida en probar la solución de Nuan.

—Pues no la tomen. Yo lo haré —dijo Rhys—. Mi corte entera lo tomará, y también mis ejércitos.

Le dio un asentimiento a Nuan como forma de agradecimiento. Thesan dijo lo mismo—como agradecimiento y despedida—y la experta artesana hizo una reverencia y se fue.

—Por lo menos tú tienes ejércitos a los que puedes dárselos —comentó Tamlin quedamente, rompiendo su silencio de irritación. Me sonrió—. Aunque tal vez eso era parte de su plan. Acabar con mi fuerza mientras la suya crecía. ¿O solo fue para ver sufrir a mi pueblo?

Me empezaba a doler la cabeza.

Sus garras se volvieron a asomar.

—Sin duda sabías que cuando pusiste a mis fuerzas en mi contra, eso dejaría a mi pueblo indefenso ante Hiberno.

No dije nada. Incluso cuando bloqueé las imágenes de mi mente.

—Quisiste que mi corte cayera —dijo Tamlin con veneno en sus palabras—. Y lo hizo. ¿Recuerdas los pueblos que tanto querías reconstruir? De ellos solo quedan cenizas.

También bloqueé eso. Me dijo que no les harían nada, que Hiberno se lo había *prometido*...

—Y mientras todos han hecho antídotos y haciéndose los héroes, yo he estado reconstruyendo mis fuerzas, ganándome su confianza otra vez, sus números. Intentando que mi pueblo se vaya al este... donde Hiberno no ha atacado todavía.

—Entonces supongo que tampoco tomarás el antídoto —dijo Nesta, con sequedad.

Tamlin la ignoró, pero clavó las garras en el reposabrazos de su silla. Pero le creí... Creí cuando dijo que había reubicado a tanta gente como hubiese podido al extremo este de su territorio. Incluso mucho antes de que yo regresara a casa.

—Dijiste que tenías dos sugerencias basadas en la información que analizaste —le dijo Thesan a Helion luego de aclararse la garganta.

Helion se encogió de hombros y el sol se reflejó en la tela dorada del encaje de su túnica.

—Así fue, aunque parece que Tamlin se me adelantó. Debemos evacuar a la Corte de Primavera. —Alternó esos ojos ámbar entre Tarquin y Beron—. Estoy seguro que tus vecinos del norte les darán la bienvenida.

—No tenemos los recursos para eso —dijo Beron con los labios crispados.

—Claro —comentó Viviane—, porque todos están muy ocupados puliendo todas las joyas que tienes en tu tesoro escondido.

Beron le echó una mirada y Kallias se tensó.

—Las esposas fueron invitadas por simple cortesía, no deben opinar.

Los ojos de zafiro de Viviane brillaron como si un relámpago hubiese caído en ellos.

—Si algo va mal en esta guerra, sangraremos igual que ustedes, así que a mí me parece que sí tenemos derecho a opinar.

—Hiberno te haría algo peor que la muerte —dijo Beron, con frialdad—. Sobre todo a alguien tan joven y hermosa como tú.

El gruñido de Kallias hizo ondas en el agua, e hizo eco al propio gruñido de Mor.

Beron sonrió un poco.

—Solo tres de nosotros estuvieron presentes en la guerra pasada. —Asintió a Rhys y a Helion, cuyas expresiones se ensombrecieron—. Uno no pude olvidar tan fácilmente lo que Hiberno y sus Leales hicieron para atrapar a las mujeres en los campamentos de guerra. Lo que tenían reservado para las Altas Faes que peleaban por los humanos o tenían familia que lo hacía. —Puso una mano sobre el brazo demasiado delgado de su esposa—. Sus dos hermanas le dieron tiempo para huir de las fuerzas de Hiberno que atacaron sus tierras. Ellas ya no volvieron a salir de los campamentos de guerra.

Helion observaba a Beron con atención, su mirada hervía con reproche.

La Señora de la Corte de Otoño. Cualquier rastro de color abandonó su rostro. Imágenes de Dagdan y Brannagh destellaron en mi mente, junto a los cuerpos de esos humanos. Lo que les habían hecho antes y después de morir.

—Daremos asilo a tu gente —intervino Tarquin, con suavidad, dirigiéndose a Tamlin—. A pesar de tus tratos con Hiberno... tu pueblo es inocente. Hay más que espacio suficiente en mi territorio. Los recibiremos a todos si es necesario.

Un breve asentimiento por parte de Tamlin fue el único signo de agradecimiento.

— ¿Entonces las Cortes Estacionales serán osarios y hostales, mientras las Cortes Solares permanecerán impolutas en el Norte? —dijo Beron.

—Hiberno ha concentrado sus fuerzas en la mitad del sur —explicó Rhys—. Para estar más cerca al muro... y a las tierras de los humanos.

Nesta y yo intercambiamos una mirada.

Rhys continuó:

—¿Por qué molestarse con los climas del norte, con los territorios de hadas en el continente, cuando puedes reclamar el sur y usarlo para ir directamente a las tierras de los humanos en el continente?

—¿Y crees que los ejércitos de los humanos se arrodillarán ante Hiberno? —preguntó Thesan.

—Sus reinas los vendieron —dijo Nesta. Levantó la barbilla, tan serena como cualquier emisario—. Por el regalo de la inmortalidad, las reinas permitirán que Hiberno elimine cualquier resistencia. Solo les falta darle el control de sus ejércitos—. Nesta nos miró a Rhys y a mí. —¿A dónde irán los humanos de nuestra isla? No podemos evacuarlos del continente, y con el muro intacto... Muchos preferirán quedarse que cruzar el muro.

—El destino de los humanos más allá del muro —declaró Beron—, me tiene sin cuidado. Sobre todo un pedazo de tierra sin reina ni ejército.

—Pues a mí sí me importa —dije, y la voz que ocupé no fue la de Feyre la cazadora o Feyre la Rompemaldiciones; era Feyre la Gran Señora—. Los humanos se encuentran prácticamente indefensos sin nosotros.

—Entonces desperdicia a tus soldados tratando de defenderlos— dijo Beron—. Yo no enviaré a mis fuerzas a defender a esclavos.

Me hirvió la sangre y tomé aire para tratar de controlarme, para evitar que mi magia explotara ante el insulto. No lo logré. Si era imposible unirlos a todos contra Hiberno...

—Eres un cobarde —le siseé al Gran Señor de Otoño. Hasta Rhys se tensó.

—Podría decirte lo mismo —fue lo que contestó Beron.

Se me revolvió el estómago.

—No tengo que darte explicaciones.

—A mí no. A la familia de esa chica, tal vez sí... pero ellos también murieron, ¿no? Masacrados y quemados hasta morir en sus propias camas. Es curioso que ahora quieras proteger a los humanos cuando antes estabas más que feliz de sacrificarlos para salvarte a ti misma.

Se me calentaron las palmas, como si, debajo de ellas, dos soles nacieran y giraran. *Tranquila*, susurró Rhys. *No es más que un bastardo viejo y gruñón.*

Pero apenas escuché las palabras pues no dejaba de ver las imágenes: El cuerpo mutilado de Clara clavado a la pared; las cenizas de la casa de los Beddors manchando la nieve como el fantasma de una sombra; la sonrisa del Attor cuando me arrastraba por los salones de Bajo la Montaña...

—Como mi Señora ha dicho —intervino Rhys—, no tiene que darte explicaciones.

Beron se reclinó en su asiento.

—Entonces me imagino que tampoco tengo que explicarte mis razones.

Rhys levantó una ceja.

—Poniendo de lado tu asombrosa generosidad, ¿te unirás a nuestras fuerzas?

—Aún no lo decido.

Eris se atrevió a darle una mirada a su padre que se aproximaba al reproche. Si era de pánico real o lo que su negación podría significar para nuestra *propia* alianza secreta, no pude identificarlo.

—Los ejércitos tardan tiempo en organizarse —dijo Cassian—. No te puedes dar el lujo de meditarlo. Tienes que juntar a tus soldados ahora.

—No recibo órdenes de hijos bastardos de hadas menores prostitutas —dijo Beron con desprecio.

Me palpitaba el corazón a tal velocidad que podía oírlo en cada rincón de mi cuerpo, lo sentía latir en los brazos, en el estómago. Pero no se comparaba en nada a la furia que se veía en el rostro de Cassian... o a la fría ira en el de Azriel y Rhys. Y al disgusto en el de Mor.

—Ese bastardo —dijo Nesta con pura frialdad, aunque sus ojos ardían—, tal vez sea la única persona que se interponga entre el ejército de Hiberno y tu pueblo.

No miró a Cassian cuando lo dijo. Sin embargo sí la miró a ella, como si fuera la primera vez.

La discusión no tenía sentido. Y no me importó quiénes eran ellos o quién era yo cuando le contesté a Beron.

—Lárgate si no vas a cooperar.

A su lado, Eris fue lo suficientemente inteligente como para verse preocupado. No obstante, Beron siguió ignorando la mirada penetrante de su hijo y en un siseo, dijo:

— ¿Sabías que mientras tu *compañero* calentaba la cama de Amarantha, la mayoría de mi gente estaba encerrada debajo de esa montaña?

No me molesté en responder.

— ¿Sabías que mientras él tenía la cabeza entre sus piernas, la mayoría de nosotros peleábamos para evitar que nuestras familias se convirtieran en el entretenimiento de la noche?

Intenté no imaginármelo. La furia cegadora que sentía a lo que había pasado, lo que había hecho para mantener distraída a Amarantha... los secretos que aún tenía por vergüenza o porque no le interesaba compartirlos, secretos que no sabía. Cassian, dos asientos más allá, temblaba para retenerse. Y Rhys no decía nada.

—Ya basta, Beron —murmuró Tarquin.

Tarquin había adivinado el sacrificio que había hecho Rhys, sus motivos.

Beron lo ignoró.

—Y ahora Rhysand quiere hacerse el héroe. La puta de Amarantha se convierte en el Destructor de Hiberno. Pero si algo va mal... —Formó una sonrisa cruel y fría—. ¿Se arrodillará ante Hiberno? ¿O solo se abrirá de...?

Dejé de escucharlo. No podía escuchar nada que no fuera mi corazón, mi respiración.

El fuego salió de mí como una explosión.

una CORTE de ALAS y RUINA

PARADISE SUMMERLAND FORO

Una flama blanca y furiosa que asestó en Beron como una lanza.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 46

Traducido por Raeleen P.

Beron apenas pudo formar un escudo para detener la flama, pero ésta le dio al brazo de Eris, atravesando su ropa. Y también al hermoso y pálido brazo de la madre de Lucien.

Los otros gritaron, se pusieron de pie, pero yo no podía pensar, no podía *oír* nada que no fueran las palabras de Eris, ver esos momentos Bajo la Montaña, ver esa pesadilla de Amarantha llevándose a Rhys por el pasillo, lo que Rhys había soportado...

Feyre.

Lo ignoré y me levanté. Envié una ola de agua del estanque para encerrar a Beron en su silla. Una burbuja sin aire.

Las llamas chocaron contra la burbuja, convirtiendo el agua en vapor, pero no desistí. Lo mataría. Lo mataría y con mucho gusto.

Feyre.

No sabía si Rhysand gritaba, o si me llamaba a través del vínculo. Tal vez eran ambas.

La barrera de fuego de Beron chocó contra mi agua, tan fuerte que unas grietas comenzaron a formarse, y el vapor siseaba a través de ellas.

Enseñé los dientes y envié un puño de luz blanca para golpear el escudo de fuego: la luz blanca de Día. Rompe-hechizos. Guarda de los cuchillos.

Beron abrió más los ojos cuando sus escudos comenzaron a caer. Cuando el agua comenzó a ganar.

Entonces unas manos se posaron sobre mi rostro. Unos ojos violetas estaban frente a los míos, en ellos había serenidad, pero eran insistentes.

—Has dejado claro tu punto, mi amor —dijo Rhys—. Si lo matas, el cruel de Eris tomará su lugar.

Entonces los mataré a todos.

—Aunque ese experimento suene muy interesante —canturreó Rhys—, solo hará más complicados nuestros problemas actuales.

Y en mi mente susurró: *Te amo. Las palabras de ese bastardo odioso no significan nada. Él no tiene felicidad en su vida. Nada bueno. Nosotros sí.*

Comencé a escuchar cosas, el goteo del agua, el chisporroteo de las llamas, la respiración de las personas a nuestro alrededor, las maldiciones de Beron, encerrado en el estrecho capullo de luz y agua.

Te amo, repitió Rhys.

Y yo apagué mi magia.

Las llamas de Beron explotaron como una flor desplegándose y rebotaron sin hacerle ningún daño al escudo que Rhys había puesto a nuestro alrededor. No para protegernos de Beron. Sino de los otros Grandes Señores que ahora se encontraban de pie.

—Con que así fue cómo evadiste a mis guardas —murmuró Tarquin.

Beron jadeaba tan fuerte que se veía como si fuera a escupir fuego. Helion se limitó a acariciarse la mandíbula al tiempo que volvía a tomar asiento.

—Me preguntaba a dónde había ido... esa pequeña parte. Tan pequeña, como cuando un pez pierde una escama. Sin embargo podía sentir cuando algo acariciaba ese vacío. —Sonrió burlonamente a Rhys—. Con razón la hiciste Gran Señora.

—La hice Gran Señora —dijo Rhys, con simpleza, bajando las manos de mi rostro pero sin alejarse de mí—, porque la amo. Su poder fue lo último que se me pasó por la mente.

Me quedé sin palabras.

—¿Sabías de sus poderes? —le preguntó Helion a Tamlin.

Tamlin nos observaba a Rhys y a mí, la declaración de mi compañero colgaba entre nosotros.

—No es asunto tuyo —fue todo lo que le contestó Tamlin a Helion. A todos.

—El poder *nos* pertenece. Claro que nos incumbe —Beron replicó, furioso.

Mor le dio una mirada a Beron que podría haber hecho huir a cualquier hombre.

La Señora de Otoño estaba apretando su brazo, un rojo vivo corría por aquella piel blanca como la luna. Aunque en su rostro no demostraba dolor.

—Lo siento —le dije al tomar asiento.

Levantó la vista hacia mí, los ojos abiertos como platos.

—No te atrevas a hablarle, escoria humana —espetó Beron.

Rhys destruyó los escudos de Beron, su fuego, sus defensas.

Los destruyó como una piedra destruye una ventana, y golpeó a Beron con su poder oscuro tan fuerte que volvió a caer sobre su asiento. Luego su silla se convirtió en un polvo negro y brillante.

Y Beron cayó de un sentón.

El polvo de ébano brillante fue arrastrado por un viento fantasma, manchando la chaqueta escarlata de Beron, ciñéndose a su cabello castaño como pedazos de cenizas.

—Jamás vuelvas —advirtió Rhys, metiendo las manos en sus bolsillos—, a hablarle de ese modo a mi compañera.

Beron se puso de pie, sin molestarse en sacudirse el polvo.

—Se acabó la reunión. Espero que Hiberno los mate a todos —declaró Beron a nadie en particular.

Pero Nesta se levantó.

—Esta reunión *no* se ha acabado.

Hasta Beron se detuvo ante su tono. Eris midió la distancia entre su padre y mi hermana.

Ella se enderezó, como un pilar de acero.

—Ustedes son lo único —le dijo a Beron, a todos nosotros—. Son lo único que se interpone entre Hiberno y el fin de todo lo que es bueno y digno. —Posó la vista en Beron, inquebrantable y feroz—. Luchaste contra Hiberno en la última guerra. ¿Por qué te niegas a hacerlo de nuevo?

Beron no quiso responder, pero tampoco se fue. Eris, discretamente, les hizo un gesto a sus hermanos para que se sentaran.

Nesta, que notó el gesto, vaciló. Como si se hubiera dado cuenta de que tenía su completa atención. Que cada palabra importaba.

—Tal vez nos odies. No me importa. Lo que sí me importa es que permitas que inocentes sufran y mueran. Por lo menos defiéndelos a ellos. A tu pueblo. Porque Hiberno los convertirá en un ejemplo. A todos nosotros.

—¿Y cómo es que sabes eso? —preguntó Beron, con burla.

—Entré en el Caldero —contestó Nesta, inexpresivamente—. Éste me mostró el corazón del rey de Hiberno. Derribará el muro y masacrará a todos.

No pude descifrar si era mentira o verdad. El rostro de Nesta no revelaba nada. Y nadie se atrevió a contradecirla.

Miró a Kallias y a Viviane.

—Lamento la pérdida de las vidas de aquellos niños. La pérdida de la vida de uno es abominable. —Negó con la cabeza—. Pero más allá del muro, fui testigo de cómo los niños, familias enteras, morían de hambre. —Me señaló con la barbilla—. Si no fuera por mi hermana... Yo estaría entre ellos.

Me ardían los ojos, pero pestañeé para evitar llorar.

—Demasiado tiempo —dijo Nesta—. Los humanos más allá del muro han sufrido y muerto por demasiado tiempo, mientras en Prythian, ustedes prosperaban. Sin contar el reinado de esa... reina. —Hizo un gesto de asco, como si odiara hasta decir el nombre de Amarantha—. Pero muchos años antes. Si pelean por algo, peleen ahora, para proteger a los que olvidaron. Háganles saber que no los han olvidado. Solo esta vez.

Thesan se aclaró la garganta.

—Aunque el sentimiento es noble, los detalles del Tratado no exige que proveamos por nuestros vecinos humanos. Decía que los dejáramos en paz. Y nosotros obedecimos.

Nesta siguió de pie.

—El pasado, pasado es. Lo que me importa es lo que hay en el futuro. Lo que me importa es asegurarme que ningún niño, ya sea Fae o humano, sea lastimado. Se les ha confiado esta tierra para protegerla — observó los rostros a su alrededor—. ¿Cómo es posible que no quieran pelear por ella?

Dijo esto último viendo a Beron y a su familia. Solo la Señora y Eris parecían considerarlo, impresionados, incluso, por la mujer extraña y furiosa que estaba frente a ellos.

Yo no tenía palabras... para expresar lo que sentía en el corazón. Cassian parecía estar igual.

—Lo pensaré —dijo Beron solamente. Le dio una mirada a su familia y desaparecieron.

Eris fue el último en desvanecerse, una expresión de conflicto en sus facciones, como si este no fuera el resultado que había planeado. Esperado.

Pero al final, él también se fue. El espacio que habían ocupado estaba vacío, solo quedaba polvo negro y brillante.

Lentamente, Nesta se sentó, a su rostro volvió la frialdad... como si una máscara cubriera lo que sea que bullía en su corazón ante la desaparición de Beron.

—¿Controlaste el hielo? —me preguntó Kallias, quedamente.

Dio un leve asentimiento.

—Por completo.

Kallias se frotó el rostro y Viviane puso una mano sobre su brazo.

—¿Esto cambia las cosas, Kal?

—No lo sé —admitió.

Esta alianza se había roto así de rápido. Así de rápido... por no controlarme, por mi...

De no haber sido esto, habría sido otra cosa, dijo Rhys, parado al lado de mi silla, una mano jugaba con los patrones en la espalda de mi vestido. *Mejor ahora que después. Kallias no se irá... solo necesita asimilarlo por su cuenta.*

—Nos salvaste Bajo la Montaña. Perder un pedazo de poder me parece un pago aceptable —dijo Tarquin.

—Parece que tomó más que eso —refutó Helion—, si es que estuvo a segundos de ahogar a Beron, a pesar de las guardas.

Tal vez había podido con ellas solo porque había sido Hecha... nada que sus defensas pudieran reconocer.

El poder claro y cálido de Helion, rozó el escudo, buscando en el aire entre nosotros. Como si buscara una cuerda. Como si yo fuera un parásito, alimentándome de su poder. Y que él exterminaría con gusto.

—Lo hecho, hecho está. Descartando la opción de matarla —declaró Thesan. El poder de Rhys se sintió por la habitación ante las palabras—, no hay otra cosa que podamos hacer.

Su tono no era completamente tranquilizador. Las palabras eran de paz, sin embargo el tono era lacónico. Como si, de no ser por Rhys y su poder, él consideraría atarme a un altar y abrirme para ver dónde estaba su poder y cómo podría cogerlo.

Me levanté, mirando a Thesan a los ojos. Luego a Helion. Tarquin. Kallias. Del mismo modo en que lo había hecho Nesta.

—No tomé sus poderes. Ustedes me los dieron, al igual que la vida inmortal. Y les agradezco ambos. Pero ahora me pertenecen. Y haré con ellos lo que me plazca.

Mis amigos se habían puesto de pie, en rango detrás de mí, Nesta a mi izquierda. Rhys se puso a la altura de mi derecha, pero no me tocó. Me dejó enfrentármeles sola, mirarlos desde arriba.

Y dije queda, más no débilmente:

—Usaré los poderes, *mis* poderes, para aplastar a Hiberno hasta hacerlo pedazos. Los quemaré, ahogaré y congelaré. Usaré estos poderes para curar a los heridos. Para destruir las defensas de Hiberno. Lo he hecho una vez, y lo volveré a hacer. Y si creen que por poseer un mínimo pedazo de su magia es su mayor problema, entonces sus prioridades están *completamente* equivocadas.

Sentí orgullo viajando por el vínculo. Los Grandes Señores y sus séquitos no dijeron nada.

Pero Viviane asintió y, con la barbilla en alto, se levantó.

—Yo pelearé a tu lado.

Cresseida se levantó un segundo después.

—Yo igual.

Ambos miraron a los hombres de sus cortes.

Tarquin y Kallias se levantaron.

Luego Helion, sonriéndonos burlonamente a Rhys y a mí.

Y por último Thesan... Thesan y Tamlin, que no había ni querido respirar en mi dirección, que apenas se había movido o hablado los últimos minutos. Era lo último de mis preocupaciones, siempre y cuando todos estuvieran de pie.

Seis de siete. Rhys se rió a través del vínculo. *No está mal, Rompemaldiciones. No está nada mal.*

Capítulo 47

Traducido por AnamiletG

Nuestra alianza no comenzó bien.

A pesar de que hablamos por unas buenas dos horas después... la pelea, la ida y vuelta, continuó. Con Tamlin allí, ninguno declararía qué números tenían, qué armas, qué debilidades.

Al caer la tarde, Thesan apartó la silla.

—Todos son bienvenidos a quedarse la noche y reanudar esta discusión por la mañana, a menos que deseen volver a sus propios hogares para la noche.

Nos vamos a quedar, dijo Rhysand. *Necesito hablar con algunos de los otros a solas.*

De hecho, los otros parecían tener ideas similares, pues todos decidieron quedarse.

Incluso Tamlin.

Fuimos llevados hacia las suites que nos habían sido designadas, la piedra de sol convirtiéndose en oro profundo en la tarde soleada. Tamlin fue escoltado primero, por el mismo Thesan y un trémulo acompañante. Él sabiamente escogió no atacar a Rhys ni a mí durante el debate, aunque su negativa a reconocernos no pasaron desapercibidas. Y cuando se fue, con la espalda tesa y los pasos cortados, no dijo una palabra. Bien.

Entonces Tarquin fue llevado fuera, luego Helion. Hasta que solo el grupo de Kallias y el nuestro quedaba.

Rhys se levantó de su asiento y se pasó una mano por el cabello.

—Eso salió bien. Parece que *ninguno* de nosotros ganó nuestra apuesta sobre quién pelearía primero.

Azriel miró al suelo con cara de piedra.

—Lo siento. —La palabra era sin emoción, lejana.

No había hablado, apenas se había movido desde su salvaje ataque. Había tomado a Mor treinta minutos después para que dejara de temblar.

—Lo había visto venir —dijo Viviane—. Eris es un pedazo de mierda.

Kallias se volvió hacia su compañera con las cejas altas.

—¿Qué? —Ella puso una mano en su pecho—. Lo es.

—Sea como sea —dijo Kallias con humor fresco—, la pregunta sigue siendo si Beron peleará con nosotros.

—Si todos los demás se están aliando —dijo Mor con voz ronca, sus primeras palabras en horas—, Beron se unirá. Él es demasiado inteligente para arriesgarse a tomar el mando de Hiberno y perder. Y estoy seguro de que si las cosas van mal, cambiará con facilidad.

Rhys asintió, pero se enfrentó a Kallias.

—¿Cuántas tropas tienes?

—No suficiente. Amarantha hizo bien su trabajo. —Otra vez, esa onda de culpa que pulsó a través del vínculo—. Tenemos al ejército que Viv comandaba y escondió, pero no mucho más. ¿Tú?

Rhys no reveló un susurro de la tensión que se apretó en mí, como si fuera la mía.

—Tenemos fuerzas considerables. En su mayoría legiones Ilirianas. Y unos cuantos miles de Portadores de Oscuridad. Pero necesitaremos a todos los soldados que puedan marchar.

Viviane caminó hasta donde Mor permanecía sentada, todavía pálida, y apoyó sus manos en los hombros de mi amiga.

—Siempre supe que pelearíamos una al lado de la otra un día.

Mor arrastró sus ojos marrones hacia arriba. Pero miró a Kallias, que parecía estar haciendo todo lo posible para no parecer preocupado. Mor dirigió una mirada al Gran Señor como para decirle: *Me ocuparé de ella*, antes de que ella sonriera a Viviane.

—Es casi suficiente para hacerme sentir mal por Hiberno.

—Casi. —Viviane sonrió maliciosamente—. Pero no del todo.

Nos llevaron a una suite construida alrededor de una lujosa zona de estar y comedor privado. Todo ello tallado en esa piedra de sol, adornado en telas con tonos de joyas, cojines anchos agrandados a lo largo de las alfombras gruesas, y con vista a las jaulas adornadas de oro llenas de aves de todas las formas y tamaños. Había espiado pavos reales que desfilaban por los innumerables patios y jardines, mientras caminábamos por la casa de Thesan, algunos se pavoneaban bajo la sombra de los higos.

—¿Cómo pudo Thesan impedir que Amarantha destragara este lugar? —pregunté a Rhys mientras examinábamos la sala de estar que se abría a la dispersión de la campiña, muy lejana.

—Es su residencia privada. —Rhys despidió sus alas y cayó sobre un montón de cojines de esmeraldas cerca de la chimenea oscura—. Probablemente lo protegió de la misma manera que Kallias y yo.

Una decisión que pesaría mucho sobre ellos durante muchos siglos, no tenía ninguna duda.

Pero miré a Azriel, que estaba apoyado en la pared junto a la ventana desde el suelo al techo, con sombras revoloteando a su alrededor. Incluso las aves en sus jaulas cercanas permanecieron en silencio.

Dije en el vínculo: *¿Está bien?*

Rhys metió las manos detrás de la cabeza, aunque su boca se endureció. *Probablemente no, pero si tratamos de hablar con él al respecto, solo lo hará peor.*

De hecho, Mor estaba tendida en un sofá, con un ojo atento en Azriel. Cassian estaba sentado a su lado, sosteniendo sus pies en su regazo. Se había sentado cerca de Azriel, justo entre ellos. Como si fuera a saltar en su camino si fuera necesario.

Lo manejaste bien, agregó Rhys. Todo el asunto.

¿A pesar de mi explosión?

Debido a tu explosión.

Encontré su mirada, percibiendo las emociones que se arremolinaban debajo mientras reclamaba un asiento en una silla mullida cerca del montículo de almohada de mi compañero. *Sabía que eras poderoso. Pero no me di cuenta de que tenías tanta ventaja en los demás.*

Los ojos de Rhys se cerraron, incluso cuando me dio una media sonrisa. *No estoy seguro de que Beron lo supiera hasta hoy. Sospechaba, tal vez, pero... Ahora estará deseando haber encontrado una manera de matarme en la cuna.*

Un escalofrío recorrió mi columna. *Sabe que Elain es la compañera de Lucien. Hace un movimiento para dañarla o llevarla, y está muerto.*

Intransigencia barría las estrellas en sus ojos. *Yo mismo lo mataré si lo hace. O lo mantendré el tiempo suficiente para que tú puedas hacer el trabajo. Creo que me encantaría verte.*

Lo tendré en cuenta para tu próximo cumpleaños. Tamborileé mis dedos sobre el brazo pulido de la silla, la madera tan suave como el cristal. ¿Realmente crees en la afirmación de Tamlin de que ha estado trabajando para nuestro lado?

Sí. Un latido de silencio por el vínculo. Y tal vez le hicimos un mal servicio al no considerar la posibilidad. Tal vez incluso empecé a pensar que era un bruto guerrero.

Me sentía cansado... en mis huesos, mi aliento. ¿Pero cambia algo?

De alguna manera, sí. En otros... Rhys me examinó. No. No, no lo hace.

Parpadeé, dándome cuenta de que había estado perdida en el vínculo, pero encontré a Azriel todavía junto a la ventana, Cassian ahora frotando los pies de Mor. Nesta se había retirado a su habitación sin decir una palabra... y se quedó allí. Me preguntaba si Beron se iba a pesar de sus palabras... Tal vez la había arrojado.

Me puse de pie, enderezando los pliegues de mi brillante vestido. *Debería comprobar a Nesta. Hablar con ella.*

Rhys se acurrucó más profundamente en la extensión de las almohadas, acomodando las manos detrás de la cabeza. *Lo hizo bien hoy.*

Orgullo se estremeció ante la alabanza mientras cruzaba la habitación. Pero llegué hasta el arco del vestíbulo cuando un golpe sonó en la puerta que se abrió en el pasillo soleado. Me detuve, los paneles de mi vestido meciéndose, brillando como fuego azul pálido en la luz dorada.

—No lo abras —advirtió Mor desde su lugar en el sofá—. Incluso con el escudo, no lo abras.

Rhys se puso en pie.

—Sabio —dijo, rondando más allá de mí hasta la puerta principal—, pero innecesario.

Abrió la puerta, revelando a Helion... a solas.

Helion apoyó una mano en el marco de la puerta y sonrió.

—¿Cómo convenciste a Thesan para que te diera las mejores vistas?

—Cree que mis hombres son más bonitos que los tuyos, supongo.

—Creo que es un fetiche con las alas.

Rhys se echó a reír y abrió más la puerta, haciéndole señas.

—Has dominado realmente el funcionamiento fanfarrón de un cabrón, por cierto. Te has hecho experto.

El manto de Helion se balanceó con sus graciosos pasos, rozando sus poderosos muslos. Me miró de pie junto a la mesa redonda en el centro del vestíbulo e hizo una reverencia. Profundamente.

—Disculpa por el acto bastardo —me dijo—. Viejos hábitos y todo eso.

Aquí estaba, la diversión y la alegría en sus ojos ámbar. La ligereza que llevaba a mi propio resplandor cuando me perdía en la dicha pura. Helion frunció el ceño ante Rhys.

—*Estabas* en un comportamiento poco natural hoy. Apostaba a que Beron estaría muerto al final... no puedes imaginar mi sorpresa de que saliera vivo.

—Mi compañera sugirió que estaría a nuestro favor aparecer como realmente somos.

—Bueno, ahora me veo tan mal como Beron. —Pasó por delante de mí con un guiño, acechando en la sala de estar. Sonrió a Azriel—. Tu pateada al culo de Eris será mi nueva fantasía por la noche, por cierto.

Azriel no se molestó en mirar por encima del hombro al Gran Señor. Pero Cassian resopló.

—Me preguntaba cuándo empezarían los adelantos.

Helion se tiró en el sofá frente a Cassian y Mor. Había abandonado esa corona radiante en algún lugar, pero guardaba ese brazalete de oro de la serpiente erguida.

—Han sido qué... cuatro siglos, y ustedes tres todavía no han aceptado mi oferta.

Mor volvió la cabeza hacia un lado.

—No me gusta compartir, por desgracia.

—Nunca se sabe hasta que lo intentas —ronroneó Helion.

¿Los tres en la cama... con él? Debo haber estado parpadeando como una tonta porque Rhys me dijo: *Helion favorece tanto a hombres como a mujeres. Generalmente juntos en su cama. Y ha estado persiguiendo a ese trío durante siglos.*

Lo consideraré... la belleza de Helion y los demás... *¿Por qué diablos no han dicho que sí?*

Rhys soltó una carcajada que hizo que los demás lo miraran con las cejas levantadas.

Mi compañero se acercó detrás de mí y deslizó sus brazos alrededor de mi cintura, presionando un beso en mi cuello. *¿Te gustaría que alguien nos acompañe en la cama, Feyre querida?*

Mi piel se extendió sobre mis huesos ante el tono, la sugerencia. *Eres incorregible.*

Creo que te gustaría que dos hombres te adoraran.

Mis dedos se curvaron.

de ALAS

una CORTE y RUINA

Mor se aclaró la garganta.

—Lo que sea que se estén diciendo mente a mente, compártanlo o vayan a otra habitación así no tenemos que sentarnos aquí, ahogándonos en sus olores.

Saqué la lengua. Rhys se echó a reír de nuevo, besándome el cuello una vez más, antes de decir:

—Disculpas por ofender a tu delicada sensibilidad, prima.

Me empujé fuera de su abrazo, fuera del tacto que todavía me mareaba lo suficiente que el pensamiento básico se hacía difícil, y reclamé una silla junto a Mor, en sofá de Cassian.

—¿Tus fuerzas están listas? —Cassian le dijo a Helion.

La diversión de Helion se desvaneció, remodelándose en aquel duro y calculado exterior.

—Sí. Se encontrarán con los tuyos en los Myrmidons.

La cordillera que compartíamos en nuestra frontera. Se había negado a divulgar esa información antes.

—Bien —dijo Cassian, frotando el arco del pie de Mor—. Empujaremos al sur desde allí.

—¿Con el campamento final dónde? —preguntó Mor, apartando el pie de las manos de Cassian y acomodando ambos pies debajo de ella.

Helion rastreó la curva de su pierna desnuda, sus ojos ámbar un poco vidriosos al encontrarse con los suyos. Mor no se apartó de la mirada caliente. Y una especie de conciencia afilada parecía alcanzarla, como si cada nervio de su cuerpo se estremeciera. No me atreví a mirar hacia Azriel.

Debía de haber varios escudos alrededor de la habitación, alrededor de cada grieta y abertura donde los ojos y los oídos espías pudieran estar esperando, porque Cassian dijo:

—Nos unimos a las fuerzas de Thesan, y eventualmente acampamos a lo largo de la frontera suroeste de Kallias... cerca de la Corte de Verano.

Helion apartó la mirada de Mor el tiempo suficiente para preguntarle a Rhys:

—Tú y la bonita Tarquin tuvieron un momento hoy. ¿Realmente crees que se unirá a nosotros?

—Si quieres decir en la cama, definitivamente no —respondió Rhys con una sonrisa torcida mientras volvía a esparcirse sobre los cojines—. Pero si quieres decir en esta guerra... Sí. Creo que quiere pelear. Berón, por otro lado...

—Hiberno se está centrando en el Sur —dijo Helion—. Y sin importar lo que *tú* creas que Tamlin está haciendo, la Corte de Primavera está ahora en su mayoría ocupada. Beron tiene que darse cuenta de que su corte será un campo de batalla si no se une a nosotros para repeler hacia el sur, especialmente si Verano se ha unido a nosotros.

Lo que significa que la Corte de Primavera y las tierras humanas verían el peso de las batallas.

—¿Pero Beron querrá escuchar la razón? —reflexionó Mor.

Helion golpeó con el dedo el brazo esculpido de su sillón.

—Jugó en la Guerra y le costó caro... mucho. Su gente aún recuerda esas elecciones, esas pérdidas. Su propia esposa maldita se acuerda.

Helion había mirado repetidamente a la Señora de Otoño durante la reunión. Le pregunté, con cuidado y casualmente:

—¿Qué quieres decir?

Mor negó con la cabeza, no por lo que yo había dicho, sino por lo que había ocurrido.

Helion fijó toda su atención en mí. Era un esfuerzo no estremecerse ante el peso de ese enfoque, la intensidad que te derrite. El cuerpo musculoso no era más que una máscara para ocultar esa mente astuta debajo. Me preguntaba si Rhys se lo había cogido de él.

Helion dobló un tobillo sobre una rodilla.

—Las dos hermanas mayores de la Señora de la Corte de Otoño... —Buscó una palabra—, fueron destrozadas. Atormentadas, y luego asesinadas, durante la Guerra.

Hice callar los gritos de Nesta, y callé los sollozos de Elain cuando fue arrastrada hacia ese Caldero.

Las tías de Lucien. Muertas antes de que hubiera existido. ¿Le había contado su madre esta historia?

Rhys me explicó:

—Las fuerzas de Hiberno habían arrasado nuestras tierras en ese punto.

La mandíbula de Helion se apretó.

—La Señora de la Corte de Otoño fue enviada a quedarse con sus hermanas, sus hijos menores fueron enviados a otros parientes. Para esparcir la línea de sangre. —Se pasó una mano por el cabello negro—. Hiberno atacó su propiedad. Sus hermanas le compraron tiempo para correr. No porque estuviera casada con Beron, sino porque se amaban. Ferozmente. Intentó quedarse, pero la convencieron de que se fuera. Así que lo hizo: corrió y corrió, pero las bestias de Hiberno eran aún más rápidas. Más fuertes. La acorralaron en un barranco, donde quedó atrapada en lo alto de una cornisa, y las bestias la pusieron de rodillas.

No habló durante un largo rato.

Demasiados detalles. Sabía demasiados detalles.

—Tú la salvaste. La encontraste, ¿verdad? —le dije en voz baja.

Una coronilla de luz parecía parpadear sobre aquel grueso cabello negro.

—Así fue.

Había suficiente peso, enojo y algo más en esas dos palabras que estudié al Gran Señor de Día.

—¿Qué pasó?

Helion no rompió mi mirada.

—Destruí las bestias con mis propias manos.

Un escalofrío se deslizó por mi columna vertebral.

—¿Por qué?

de ALAS

una CORTE y RUINA

Podría haberlo terminado de mil maneras diferentes. Maneras más fáciles. Maneras más limpias.

Las manos ensangrentadas de Rhys después del ataque de los Cuervos pasaron por mi mente.

Helion no hizo más que moverse en su silla.

—Todavía era joven, aunque había estado casada con ese encantador hombre durante casi dos décadas. Casada demasiado joven, el matrimonio se arregló cuando ella tenía veinte años.

Las palabras fueron cortadas. Veinte y tan joven. Casi tan joven como Mor había sido cuando su propia familia trató de casarla con Eris.

—¿Y? —Una pregunta peligrosa y burlona.

Y cómo sus ojos ardieron con eso, brillando como soles.

Pero fue Mor quien dijo fríamente:

—He oído un rumor una vez, Helion, que ella esperó antes de aceptar ese matrimonio. Para un cierto alguien que la había encontrado por casualidad en una bola del equinoccio el año anterior.

Traté de no parpadear, no dejar que nada de mi creciente interés saliera a la superficie.

El fuego se inclinó hacia las brasas y Helion lanzó una media sonrisa en la dirección de Mor.

—Interesante. Oí que su familia quería vínculos internos con el poder, y que no le dieron una opción antes de que la vendieran a Beron.

La vendieron. Las fosas nasales de Mor se encendieron. Cassian le pasó una mano por la parte de atrás del cabello. Azriel no se apartó tanto de su vigilia en la ventana, aunque podría haber jurado que sus alas estaban un poco más apretadas.

—Lástima que sean solo rumores —cortó Rhys suavemente—, y no puede ser confirmado por nadie.

Helion simplemente jugó con el manguito de oro en su brazo esculpido, retorciendo la serpiente al centro de su bíceps. Pero fruncí las cejas.

—¿Berón sabe que salvaste a su mujer en la Guerra? —No había mencionado nada durante la reunión.

Helion soltó una risa oscura.

—Por el Caldero, no. —Había bastante humor irónico y sabio que me enderecé.

—¿Tuviste... una aventura después de que la rescataste?

La diversión solo creció, y Helion empujó un dedo contra sus labios en advertencia burlona.

—Cuidado, Gran Señora. Incluso las aves reportan a Thesan aquí.

Fruncí el ceño a las aves en jaulas por toda la habitación, todavía en silencio en la presencia sombría de Azriel.

Coloqué escudos alrededor de ellas, dijo Rhys por el vínculo.

—¿Cuánto tiempo duró el amorío? —pregunté. Esa mujer retirada... No podía imaginarlo.

Helion resopló.

—¿Es una pregunta educada para una Gran Señora?

Pero la forma en que habló, esa sonrisa...

Solo esperé, usando el silencio para presionarlo en su lugar.

Helion se encogió de hombros.

—Dentro y fuera durante décadas. Hasta que Beron se enteró. Dicen que la señora era todo brillo y sonrisas antes de eso. Y después de que Beron terminara con ella... Has visto lo que es.

—¿Qué le hizo?

—Las mismas cosas que hace ahora. —Helion agitó una mano—. La molesta, deja golpes donde nadie más que él los ve.

Apreté los dientes.

—Si eras su amante, ¿por qué no lo detuviste?

Lo equivocado de decir. Totalmente equivocado, por la furia oscura que rizó a través del rostro de Helion.

—Berón es un Gran Señor, y ella es su esposa, madre de su prole. Ella decidió quedarse. *Eligió*. Y con los protocolos y las reglas, *Señora*, encontrará que la mayoría de las situaciones como en la que usted estaba *no* terminan bien para los que interfieren.

No retrocedí, no me disculpé.

—Apenas siquiera la mirabas hoy.

—Tenemos asuntos más importantes a la mano.

—¿Berón nunca te retó por eso?

—Hacerlo públicamente sería admitir que su *posesión* lo había engañado. Así que continuamos nuestro pequeño baile, siglos más tarde. —De alguna manera dudé que bajo ese encanto pícaro e irreverencia, Helion sintiera que era un baile en absoluto.

Pero si había terminado hace siglos, y ella nunca lo había vuelto a ver, había dejado que Berón la tratara tan abominablemente...

Lo que sea que hayas descubierto, dijo Rhys, es mejor que dejes de parecer tan sorprendida.

Forcé una sonrisa a mi rostro.

—Los Grandes Señores realmente aman hacer melodrama, ¿verdad?

La sonrisa de Helion no llegó a sus ojos. Pero Rhys preguntó:

—¿En tus bibliotecas han encontrado alguna vez una mención de cómo podría repararse el muro?

Helion empezó a preguntar por qué queríamos saber, lo que Hiberno estaba haciendo con el Caldero... y Rhys le dio respuestas, fácil y sin problemas.

Mientras hablábamos, le dije en el vínculo: *Helion es el padre de Lucien.*

Rhys guardó silencio. Entonces... *Santo infierno ardiente.*

Su sorpresa fue una estrella fugaz entre nosotros.

Dejé que mi mirada danzara a través de la habitación, la mitad prestando atención a la reflexión de Helion sobre el muro y la forma de repararlo, luego me atreví a estudiar al Gran Señor por un segundo. *Míralo. La nariz es la misma, la sonrisa. La voz. Incluso la piel de Lucien es más oscura que la de sus hermanos.* Un marrón de oro comparado a su colorante pálido.

Explicaría por qué su padre y sus hermanos lo detestan tanto, por qué le han atormentado toda su vida.

Mi corazón se estremeció ante eso. *Y por qué Eris no quería que muriera. No era una amenaza para el poder de Eris, su trono. Tragué. Helion no tiene ni idea, ¿verdad?*

Parece que no.

El hijo predilecto de la Señora de Otoño, no solo por la bondad de Lucien. Sino porque era el niño que había soñado tener... con el hombre que indudablemente amaba.

Beron debió haber descubierto el amorío cuando estaba embarazada de Lucien.

Probablemente sospechaba, pero no había manera de demostrarlo, no si ella compartía también su cama. El disgusto de Rhys era una espiga en mi boca. *No tengo ninguna duda de que Beron debatió matarla por la traición, e incluso después. Cuando Lucien podía ser pasable como su propio hijo, lo suficiente para hacerle dudar de quién había engendrado a su último hijo.*

Envolví mi cabeza alrededor de ello. Lucien no era hijo de Beron, sino de Helion. *Su poder es la llama, sin embargo. Han pensado que el título de Beron podría ir a él.*

La familia de su madre es fuerte, por eso Beron quería una novia de su línea. El don podría ser suyo.

¿Nunca sospechaste?

Ni una sola vez. Estoy mortificado de ni siquiera haberlo considerado.

¿Pero, qué significa esto?

Nada, en última instancia nada. Aparte del hecho de que Lucien podría ser el único heredero de Helion.

Y eso... no cambiaba nada en esta guerra. Especialmente no con Lucien en el continente, a la caza de esa reina encantada. Un ave de fuego... y un lord de fuego. Me preguntaba si se habrían encontrado el uno al otro ya.

Una puerta se abrió y cerró en el vestíbulo más allá, y me preparé cuando Nesta apareció. Helion hizo una pausa en debatir sobre el muro para examinarla cuidadosamente, como lo había hecho antes.

Hechicero. Ese era su título.

Lo miró con su habitual desdén.

Pero Helion le dio la misma reverencia que me había ofrecido a mí, aunque su sonrisa era afilada con la suficiente sensualidad que incluso mi corazón corría un poco. No era de extrañar que la Señora de Otoño no hubiera tenido ninguna oportunidad.

—No creo que hayamos sido presentados antes —dijo a Nesta—. Yo soy...

—No me importa —dijo Nesta con un chasquido de su muñeca, pasando por delante de él y llegando a mi lado—. Me gustaría unas palabras contigo —dijo—. Ahora.

Cassian se estaba mordiendo los nudillos para no reírse por la sorpresa total y el choque en la cara de Helion. No era todos los días, supongo, que cualquiera de ambos sexos lo ignorara tan a fondo. Le lancé al Gran Señor una mirada de semi-disculpa y conduje a mi hermana fuera de la habitación.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando Nesta y yo habíamos entrado en su habitación, el espacio adornado con seda rosa y oro, acentos de marfil diseminados. La prodigalidad de la misma puso nuestras diversas casas a la vergüenza.

—Tenemos que irnos —dijo Nesta—. Ahora mismo.

Todos los sentidos se pusieron en alerta.

—¿Por qué?

—Se siente mal. Algo se siente mal.

La estudié, el cielo claro más allá de las altas ventanas enmarcadas en cortinas.

—Rhys y los demás lo percibirían. Es probable que estés recogiendo todo el poder reunido aquí.

—Algo está *mal* —insistió Nesta.

—No estoy dudando que te sientas así, pero... Si ninguno de los otros lo está percibiendo...

—No soy *como* los otros. —Su garganta se balanceó—. Tenemos que irnos.

—Puedo devolverte a Velaris, pero tenemos cosas que discutir aquí...

—No me preocupo por mí, yo...

La puerta se abrió, y Cassian se adentró, el rostro grave. La vista de sus alas, la armadura Iliriana en esta sala opulenta llena de rosa, se plantó en mi mente, la pintura ya tomando forma, cuando él dijo:

—¿Qué pasa?

Estudió cada centímetro de ella. Como si no hubiera nada ni nadie más aquí, en ninguna parte.

Pero yo dije:

—Siente que algo está mal... dice que tenemos que marcharnos enseguida.

Esperé que lo ignorara, pero Cassian inclinó la cabeza.

—¿Qué se siente mal, precisamente?

Nesta se tensó, con la boca fruncida mientras pesaba su tono.

—Parece que hay un... temor. El sentimiento de... que me olvidé de algo pero no puedo recordar qué.

Cassian la miró un momento más.

—Le diré a Rhys.

Y lo hizo.

En unos instantes, Rhys, Cassian y Azriel habían desaparecido, dejando a Mor y a Helion en silencio, en alerta. Esperé con Nesta. Cinco minutos. Diez. Quince.

Treinta minutos después, regresaron, sacudiendo la cabeza. Nada.

Nada en el palacio, ni en las tierras que lo rodeaban, ni en los cielos por encima ni en la tierra por abajo. No en millas y millas. Nada. Rhys incluso comprobó con Amren, y no encontró nada errado en Velaris. Elain, misericordiosamente, estaba segura y a salvo.

En embargo, ninguno de ellos fue lo suficientemente estúpido como para sugerir que Nesta se lo había inventado. No con ese poder de otro mundo en sus venas. O que tal vez el temor era un efecto persistente de su tiempo en Hiberno. Como el aplastante pánico contra el que yo había luchado para enfrentarme, todavía me acechaba algunas noches.

Así que nos quedamos. Comimos en nuestro comedor privado, Helion se unió a nosotros, ninguna señal de Tarquin o Thesan... sin duda no de Tamlin.

Kallias y Viviane aparecieron a medio de la comida, y Mor sacó a Cassian de su asiento para hacer espacio para su amiga. Conversaron y chismorrearon, aunque Mor seguía mirando a Helion.

Y el Gran Señor del Día la miraba continuamente.

Azriel apenas hablaba, aquellas sombras aún sobre sus hombros. Mor apenas lo miró.

Pero cenamos y bebimos durante horas, hasta que la noche se alzó. Y aunque Rhys y Kallias estaban tensos, cuidadosos el uno alrededor del otro... Al final de la comida, estaban hablando al menos.

Nesta fue la primera en abandonar la mesa, todavía cautelosa y al borde. Los otros hicieron una ronda final de revisión a los terrenos antes de caer en las sábanas de seda de nuestras suaves camas.

Rhys y yo dejamos a Mor y a Helion hablando de rodillas a rodilla sobre los cojines de la sala, Viviane y Kallias regresaron a su suite. No tenía ni idea de hacia dónde se había ido Azriel... o Cassian, para variar.

Y cuando salí de lavarme en el cuarto de baño de marfil y oro, escuché el profundo murmullo de Helion y la risa sensual de Mor llegar desde el vestíbulo... luego pasó por nuestra puerta y *su* puerta crujió al abrirse y cerrarse...

Las alas de Rhysand estaban dobladas firmemente mientras examinaba las estrellas más allá de las ventanas de la habitación. Más tranquilo y más pequeño aquí, de alguna manera.

—¿Por qué?

Él sabía lo que quería decir.

—Mor se asusta. Y lo que Az hizo hoy la asustó bastante.

—¿La violencia?

—La violencia como resultado de lo que él siente, culpa persistente sobre el trato con Eris. Y lo que ninguno de ellos enfrentará.

—¿No crees que ha sido suficiente? ¿Y que llevar a Helion a la cama es probablemente la *peor* posible cosa de hacer?

Pero no tenía duda de que Helion necesitaba una distracción tanto como Mor. De pensar demasiado tiempo en la gente que amaban, a los que no podían tener.

—Mor y Azriel han tenido amantes a lo largo de los siglos —dijo, con las alas moviéndose ligeramente—. La única diferencia aquí es la cercanía.

—Pareces estar de acuerdo con esto.

Rhys miró por encima de un hombro hacia donde yo estaba al pie del enorme lecho de marfil, la cabecera formada después de lirios de agua superpuestos.

—Es su vida, su relación. Ambos han tenido muchas oportunidades de confesar lo que sentían. Sin embargo, no lo han hecho. Mor especialmente. Por razones privadas, estoy seguro. Mi intromisión no va a mejorarlo.

—Pero... pero él la *ama*. ¿Cómo puede quedarse sentado sin hacer nada?

—Él piensa que ella es más feliz sin él. —Sus ojos brillaron con el recuerdo de su propia elección de quedarse al margen—. Piensa que no es digno de ella.

—Parece un rasgo Iliriano.

Rhys resopló, volviendo a las estrellas. Me acerqué a su lado y le pasé el brazo por la cintura. Él me abrió el brazo, acariciando mi hombro mientras descansaba mi cabeza contra ese punto blando donde su propio hombro se encontraba con su pecho. Un segundo más tarde, su ala se curvó alrededor de mí, también, envolviéndome en su calor sombreado.

—Llegará un día en que Azriel tendrá que decidir si va a luchar por ella o dejarla ir. Y no será porque algún otro hombre la insulte o la acoja.

—¿Y qué hay de Cassian? Está enredado... y habilitando esta tontería.

Una sonrisa irónica.

—Cassian va a tener que decidir algunas cosas, también. En un futuro cercano, creo.

—¿Él y Nesta están...?

—No lo sé. Hasta que el vínculo se encaje en su sitio, puede ser difícil de detectar. —Rhys tragó una vez, la mirada fija en las estrellas. Simplemente esperé—. Tamlin todavía te ama, ¿sabes?

—Lo sé.

—Fue un encuentro feo.

—Todo fue feo —dije.

Lo que Beron y Tamlin habían traído con Amarantha, lo que Rhys se había visto obligado a revelar...

—¿Estás bien? —Todavía podía sentir la palpitación de su mano sobre la mía mientras hablaba de lo que Amarantha había hecho.

Rozó su pulgar por mi hombro.

—No fue... fácil. —enmendó—. Pensé que vomitaría por todo el piso.

Lo apreté un poco más fuerte.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Siento que tuvieras que compartir esas cosas, lo siento... lo siento por todo esto, Rhys. —Respiré su olor, llevándolo profundamente a mis pulmones. Fuera, lo habíamos logrado—. Y sé que probablemente no significa nada, pero... estoy orgullosa de ti. Que hayas tenido la valentía de decirlo.

—No significa nada —dijo suavemente—. Que te sientas así por mí... por lo de hoy. —Me besó en la sien, y calor flotó por el vínculo—. Significa... —Su ala se curvó más cerca de mí—. No tengo las palabras para decirte lo que significa.

Pero cuando ese amor, esa alegría y luz brillaron a través del vínculo... entendí.

Me miró fijamente.

—¿Y tú... estás bien?

Encajé mi cabeza más en su pecho.

—Solo me siento... cansada. Triste. Triste de que se volviera tan horrible... y sin embargo... todavía *furiosa* por todo lo que me ha pasado a mí, a mis hermanas. Yo... —Soplé un largo suspiro—. Cuando volví a la Corte de Primavera... —Tragué—. Busque... sus alas.

Rhys se quedó inmóvil, y le cogí la mano, apretándome con fuerza mientras él solo decía:

—¿Las encontraste? —Las palabras eran apenas un cepillo de aire.

Sacudí la cabeza, pero dije antes de que el dolor en su rostro pudiera crecer:

—Me enteré que las quemó hace mucho tiempo.

Rhys no dijo nada por un momento prolongado, su atención volvió a las estrellas.

—Gracias por pensar siquiera... por arriesgarte a buscarlas. —La única huella, los horribles restos, de su madre y su hermana—. No... me alegro de que las haya quemado —admitió Rhys—. Podría matarlo felizmente por tantas cosas, y sin embargo... —Se frotó el pecho—. Me alegro de que les haya ofrecido esa paz, al menos.

Asentí.

—Lo sé. —Pasé el pulgar por el dorso de su mano. Y quizá por la cruda y áspera quietud, confesé—: Me resulta extraño compartir una habitación, una cama, contigo bajo el mismo techo que él.

—Puedo imaginarlo.

En algún lugar de este palacio, Tamlin *estaba* acostado en la cama, consciente de que estaba a punto de entrar en una con Rhysand. El pasado se enredó y gruñó, y susurré:

—No creo... no creo que pueda tener sexo aquí. Con él tan cerca. — Rhys permaneció en silencio—. Lo siento si...

—No tienes que disculparte. Nunca.

Alcé la mirada, encontrando su mirada en mí, no enojado o frustrado, pero... triste. Sabiendo.

—Sin embargo, quiero compartir esta cama contigo —exhalé—. Quiero que me abracés.

Las estrellas parpadearon a la vida en sus ojos.

—Siempre —me prometió, besando mi frente, sus alas ahora envolviéndome completamente—. Siempre.

Capítulo 48

Traducido por Raeleen P.

Helion se fue de la habitación de Mor antes de que todos nos despertáramos, aunque sí que los escuché durante toda la noche. Tanto que Rhys puso un escudo alrededor de nuestra habitación. Azriel y Cassian ni siquiera regresaron.

Sin embargo, mientras jugaba con su desayuno, Mor no se veía como alguien que hubiese tenido un revolcón con un hermoso Gran Señor. Tenía una expresión ausente en esos ojos café, y su típica piel dorada se notaba pálida.

Cassian llegó finalmente, pavoneándose, saludando a Mor con alegría.

—Te ves terrible... ¿Helion te mantuvo despierta toda la noche?

Ella le lanzó una cuchara. Seguida de su avena.

Cassian atrapó la primera y se protegió de la última, su Sifón brilló como una brasa cobrando vida. La avena cayó al suelo.

—Helion quería que te nos unieras —contestó ella, afablemente, volviéndose a servir té—. Lo deseaba de verdad.

—Quizás para la próxima —dijo Cassian, dejándose caer a mi lado—. ¿Cómo está tu hermana?

—Parecía bien, preocupada todavía. —No pregunté dónde habían estado Azriel y él toda la noche. Aunque solo fuera porque no estaba segura de que Mor quisiera oír la respuesta.

Cassian se sirvió de los platos de frutas y pasteles; frunció el ceño al notar que no había carne.

—¿Lista para otro día lleno de discusiones y conspiraciones?

Mor y yo refunfuñamos. Rhys entró, aún tenía el cabello húmedo de su ducha, y sonrió.

—Ese es el espíritu.

A pesar del día agotador que nos aguardaba, le sonreí a mi compañero. Me había abrazado durante toda la noche, acurrucada contra su pecho, sus alas me habían arropado. Un tipo de intimidad diferente al sexo, más profunda. Nuestras almas se entrelazaron, sosteniéndose con fuerza.

Me había despertado con sus alas aún envolviéndome, su aliento haciéndome cosquillas en el oído. Había sentido un nudo en la garganta al observar su rostro mientras dormía, y sentía una presión en el pecho tan fuerte que me dolía. Estaba consciente del descontrolado amor que sentía por él, pero verlo ahí, así... Lo sentí en cada poro del cuerpo, lo sentí como si quisiera aplastarme, consumirme. Y la próxima vez que alguien lo insultara...

El pensamiento aún me rondaba por la mente al terminar de desayunar, me vestía, y regresaba a la cámara en la cima del palacio. Para comenzar a formar esta alianza.

Me puse la misma corona de ayer, pero cambié mi vestido de Lluvia de Estrellas por uno de negro brillante. El vestido estaba hecho seda de ébano puro recubierto de gasa obsidiana brillante. Los faldones volaban detrás de mí, las mangas eran pegadas, acabando en el centro mi mano, se enredaban alrededor de mis dedos del medio con un anillo de ónix que tenía en sendas manos. Si ayer había sido una estrella caída del cielo, hoy el misterioso sastre de Rhys me había convertido en la Reina de la Noche.

El resto de mis acompañantes se había vestido acorde a mí.

Ayer habíamos sido nosotros mismos, abiertos, amigables y atentos. Hoy les mostrábamos a las otras cortes lo que desataríamos sobre nuestros enemigos. De lo que éramos capaces si nos provocaban.

Noté que Helion, sentado en una silla, volvía a su actitud distante, fanfarrona y borde, cuando entramos a la encantadora cámara en la cima de una de las torres cubiertas de oro. Le dio una mirada de más a Mor, los labios se le curvaron en una sonrisa sensual. Hoy estaba resplandeciente en cobalto con tejidos de oro que combinaban su piel de café dorado; tenía sandalias doradas. Azriel, con sombras flotándole sobre los hombros y

terminando en sus pies, lo ignoró al pasar. El Shadowsinger no había mostrado ninguna emoción a Mor cuando nos alcanzó en el vestíbulo.

Ella no le había preguntado dónde había estado toda la noche y mañana, y Azriel no ofreció ninguna explicación. Al menos no parecía dispuesto a ignorarla. No, solo había vuelto a ser silencioso y vigilante, y Mor parecía feliz con esto, relajándose por el alivio en cuanto él se había volteado para guiarnos a la reunión, habiendo explorado el camino con antelación, presumiblemente.

Thesan era la única persona que se tomó la molestia de saludarnos cuando cruzamos la arcada cubierta de glicinia, pero con un vistazo a nuestro vestuario, nuestros rostros, y murmuró una plegaria al Caldero. Su amante, otra vez cubierto con su armadura de capitán, nos observó, desplegó un poco las alas, pero siguió sentado con los otros Peregrinos.

Tamlin llegó al último, examinándonos con la mirada cuando tomó asiento. No me molesté en mirarlo.

Y Helion no esperó a que Thesan nos invitara a iniciar. Se limitó a poner un tobillo sobre su rodilla y dijo:

—Revisé minuciosamente las tablas y cifras que recompilaste, Tamlin.

—¿Y? —dijo Tamlin, cortantemente. Hoy todo saldría *increíblemente* bien, entonces.

—Y —siguió Helion, sin ningún rastro del hombre risueño y relajado de anoche—, si puedes reunir a tus fuerzas rápidamente, Tarquin y tú podrían defender la línea de combate el tiempo suficiente para que los que estamos arriba del Medio traigamos las tropas más grandes.

—No es tan sencillo —dijo Tamlin, entre dientes—. Solo me queda un tercio. —Me disparó una mirada asesina—. Después de que Feyre destruyera la fe que tenían en mí.

Lo había hecho... por mi ira, mi necesidad de venganza... No había pensando en el futuro. No había considerado que tal vez *necesitáramos* ese ejército. Pero...

Nesta soltó un jadeo agudo y se levantó de su silla.

Me apresuré a ella, casi tropezándome con los faldones de mi vestido cuando se tambaleó hacia atrás, poniendo una mano sobre su pecho.

Otro paso la habría hecho caer en el estanque pero Mor saltó hacia adelante para atraparla.

—¿Qué pasa? —exigió saber Mor, estabilizando a mi hermana mientras su rostro se contraía en... dolor. Confusión y dolor.

El sudor caía como gotas sobre la sien de Nesta, aunque su rostro palideció.

—Algo... —La palabra fue interrumpida por un gruñido bajo. Las piernas le fallaron y Mor la sostuvo por completo, escudriñando el rostro de Nesta. Cassian ya se encontraba ahí, con una mano sobre su espalda, los dientes expuestos ante la amenaza invisible.

—Nesta —dije, estirándome para llegar a ella.

Nesta se enderezó, luego se soltó de Cassian para vomitar sobre el estanque.

—¿Veneno? —preguntó Kallias, poniendo a Viviane detrás de él. Ella se puso a su lado. Tamlin siguió sentado, con la mandíbula tensa, vigilándonos a todos.

Pero Helion y Thesan avanzaron hacia nosotros, con una expresión severa y enfocada sobre sus rostros. El poder de Helion parpadeó a su alrededor como unas luciérnagas brillantes y rápidas, que salieron disparadas hacia mi hermana, aterrizando en ella con gentileza.

Thesan, resplandeciendo de dorado y rosa, puso una mano sobre el brazo de Nesta. Sanando.

—Nada —dijeron al unísono.

Nesta descansó la cabeza sobre el hombro de Mor, su respiración era irregular.

—Algo está pasando —logró decir—. No a mí. No soy yo.

Con el Caldero.

Rhys sostenía una conversación silenciosa con Azriel y Cassian, el último vigilaba cada respiración que tomaba mi hermana. Sin embargo los

dos Ilirianos asintieron en dirección a Rhys y dieron zancadas hacia las ventanas abiertas, para irse volando.

Nesta gimió, el cuerpo se le tensó como si fuera a vomitar otra vez. Pero todos lo sentimos.

Una sacudida en la tierra. En el aire, en las piedras y las cosas verdes que crecían.

Como si un gran dios hubiese soplado sobre la tierra.

Luego nos llegó el impacto.

Rhys se lanzó encima de mí tan rápido que no registré por completo que la montaña había *temblado*, que el edificio se había *tambaleado*. Golpeamos las piedras al tiempo que los escombros llovían, y sentí cómo se preparaba para tamizarnos...

Pero entonces se detuvo.

Se escucharon los gritos que venían del valle. No obstante en el palacio reinaba el silencio. Entre nosotros.

Nesta volvió a vomitar, y Mor la dejó caer al suelo esta vez.

—¿Qué *demonios...*? —comenzó a decir Helion.

Pero Rhys se alejó de mí, en su rostro no había color. Tenía los labios blancos cuando miró hacia el sur. Muy lejos hacia el sur.

Sentí que la magia salía de él, una estrella fugaz a través de la tierra.

Y cuando nos volteó a ver, su mirada se dirigió a mí. Fue el miedo en sus ojos, la pena y el miedo, lo que hizo que se me secara la boca. Lo que hizo que se me enfriara la sangre.

Rhys tragó saliva. Una vez. Dos veces.

—El Rey de Hiberno acaba de utilizar el Caldero para atacar el muro —declaró con voz ronca.

Murmullos, algunos jadeos.

Rhys tragó una tercera vez, y perdí el suelo cuando volvió a hablar.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—El muro ha desaparecido. Lo ha destruido. Desapareció de Prythian y todo el continente —dijo otra vez, como si tratara de convencerse—. Llegamos demasiado tarde, fuimos demasiado lentos. Hiberno acaba de destruir el muro.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 49

Traducido por yoshiB

La conexión de Nesta con el Caldero, reflexionó Rhys mientras nos reuníamos alrededor de la mesa de comedor en la casa de la ciudad, le había permitido sentir que el Rey de Hiberno estaba unificando su poder.

Del mismo modo que pude manejar la conexión con los Grandes Señores para rastrear sus huellas de poder y encontrar el Libro y el Caldero, el propio poder de Nesta—su propia inmortalidad—estaba tan estrechamente ligada al Caldero que su terrible presencia, al despertar, también la rozó.

Por eso la cazaba. No solo por el poder que había tomado... sino por el hecho de que Nesta era una campana de advertencia.

Todos nos fuimos de la Corte de Amanecer en cuestión de minutos, Thesan prometiendo grandes envíos de antídoto de veneno fae a cada Gran Señor y al ejército dentro de dos días, y que sus Peregrinos empezarían a prepararse bajo el mando de su capitán para unirse a los Ilirianos en los cielos.

Kallias y Helion juraron que sus propios ejércitos terrestres marcharían lo antes posible. Solo Tamlin, cuya frontera Sur cubría todo el muro, no contaba... sus ejércitos estaban en ruinas. Helion le dijo a Tamlin antes de que el último se marchara:

—Saca a tu gente. Trae cualquier anfitrión que puedas reunir. —Lo que quedó después de mí.

Tarquin hizo eco del sentimiento, junto con su promesa de ofrecer un puerto seguro para la Corte de Primavera. Tamlin no respondió a ninguno de los dos. No confirmó que estaría trayendo fuerzas antes de tamizarse, sin mirarme. Un pequeño alivio, ya que no había decidido si exigir su ayuda jurada o escupirle.

Los adioses fueron breves. Viviane había abrazado a Mor con fuerza, luego a mí, para mi sorpresa. Kallias solo apretó la mano de Rhys, un tenso, tentativo gesto, y desapareció con su compañera. Luego Helion, con un guiño a todos nosotros. Tarquin fue el último en irse, Varian y Cresseida flanqueándolo. Decidieron que su armada se quedarían para vigilar sus propias ciudades mientras la mayor parte de sus soldados marcharían en tierra.

Los aplastantes ojos azules de Tarquin se encendieron cuando su poder se unió para tamizarlos. Pero Varian me dijo a mí, a Rhys:

—Dile que gracias. —Puso una mano en su pecho, el fino hilo de oro y plata de su chaqueta de color azul brillando bajo el sol de la mañana—. Dile... —El Príncipe de Adriata sacudió la cabeza—. Se lo diré yo mismo la próxima vez que la vea. —Parecía más una promesa: que Varian *volvería* a ver a Amren, guerra o no.

Luego se fueron.

Ninguna palabra llegó de Beron antes de que diéramos nuestras despedidas y gratitud a Thesan. Ni un murmullo de que Beron pudiera haber cambiado de opinión. O que Eris podría haberlo persuadido.

Pero eso no era mi asunto. O de Nesta.

Si el muro había caído... Demasiado tarde. Habíamos llegado demasiado tarde. Toda esa investigación... Debería haber insistido en que si Amren consideraba a Nesta casi lista, entonces deberíamos haber ido directamente al muro. Visto lo que podía hacer, hechizo del Libro o no.

Tal vez fue mi culpa, por querer protegerla, construir su fuerza, por dejarla permanecer retirada. Pero si hubiera presionado y presionado...

Incluso ahora, sentada alrededor de la mesa de comedor de la casa de ciudad en Velaris, no había decidido si el potencial de romper mi hermana permanentemente valía la pena el costo de salvar vidas. No sabía cómo Rhys y los demás habían tomado esas decisiones... durante años. Especialmente durante el reinado de Amarantha.

—Deberíamos haber evacuado hace meses —dijo Nesta, sin tocar su plato de pollo asado y verduras. Fueron las primeras palabras que ninguno de nosotros había dicho en minutos, mientras todos habíamos escogido nuestra comida.

Amren le había contado a Elain. Ella ahora estaba sentada a la mesa, más recta y con los ojos despejados de lo que la había visto. ¿Había contemplado esto, en las peregrinaciones que aquella nueva vista interior le concedía? ¿Le había susurrado el Caldero mientras estábamos ausentes? No tenía el corazón para preguntarle.

Rhys estaba diciendo a Nesta:

—Podemos ir a tu propiedad esta noche, evacuar a tu gente y traerlos de vuelta aquí.

—No vendrán.

—Entonces probablemente morirán.

Nesta enderezó su tenedor y su cuchillo al lado de su plato.

—¿No puedes apartarlos a algún lugar en el sur... lejos de aquí?

—¿Toda esa gente? No sin antes encontrar un lugar seguro, lo que llevaría tiempo que no tenemos —Rhys consideró—. Si conseguimos un barco, pueden navegar...

—Exigirán que vengan sus familias y amigos.

Un golpe de silencio. No era una opción. Entonces Elain dijo en voz baja:

—Podríamos trasladarlos a la finca de Graysen.

Todos nos enfrentamos a ella por la regularidad de su voz.

Ella tragó saliva, su delgada garganta tan pálida, y explicó:

—Su padre tiene paredes altas... hechas de piedra gruesa. Con espacio para un montón de gente y suministros. —Todos hicimos un punto para *no* mirar ese anillo que ella todavía llevaba. Elain prosiguió—: Su padre ha estado planeando algo así por... mucho tiempo. Tienen defensas, tiendas... —Una respiración superficial—. Y un bosquecillo con árboles de fresno, con un arsenal de armas hecho de ellos.

Un gruñido de Cassian. A pesar de su poder, ellos podrían... independientemente de cómo esos árboles habían sido creados, algo en la madera de fresno cortaba a través de las defensas Fae. Lo había visto de

primera mano... matando a uno de los centinelas de Tamlin con una flecha en la garganta.

—Si las hadas que atacan tienen magia —dijo Cassian, y Elain retrocedió ante el tono áspero—, entonces la piedra gruesa no hará mucho.

—Hay túneles de escape —susurró Elain—. Quizá sea mejor que nada.

Una mirada entre los Ilirianos.

—Podemos instalar un guardia... —empezó Cassian.

—No —interrumpió Elain, su voz más fuerte de lo que había escuchado en meses—. Ellos... Graysen y su padre...

Cassian apretó la mandíbula.

—Entonces nos disfrazamos...

—Tienen perros. Criados y entrenados para cazarte. Detectarte.

Un silencio rígido mientras mis amigos contemplaban cómo, exactamente, aquellos sabuesos habían sido entrenados.

—No puede dejar su castillo sin defensa —señaló Cassian con suavidad—. Incluso con el fresno, no será suficiente. Necesitamos establecer guardas al mínimo.

—Puedo hablar con él —Elain lo consideró.

—No —dije, al mismo momento en que Nesta lo hacía.

Pero Elain nos cortó:

—Si... si tú y... ellos. —Una mirada a Rhys, mis amigos—, vienen conmigo, tu aroma Fae podría distraer a los perros.

—Tú también eres Fae —le recordó Nesta.

—Colócame un Glamour —dijo Elain a Rhys—. Hazme parecer humana. Solo el tiempo suficiente para convencerlo de que abra sus puertas a los que buscan refugio. Tal vez incluso te deje poner esos guardas alrededor de la finca.

Y con nuestros aromas para confundir a los perros...

—Esto podría terminar muy mal, Elain.

Se pasó el pulgar por el anillo de compromiso de hierro y diamantes.

—Ya ha terminado mal. Ahora solo es cuestión de decidir cómo enfrentar las consecuencias.

—Sabias palabras —dijo Mor, sonriéndole suavemente a Elain. Ella miró a Cassian—. Necesitas mover las legiones Ilirianas hoy.

Cassian asintió con la cabeza, pero le dijo a Rhys:

—Con el Muro derrumbado, necesitamos que hagas algunas cosas claras a los Ilirianos. Te necesito en el campamento conmigo... para dar uno de tus bonitos discursos antes de irnos.

La boca de Rhys se retorció hacia una sonrisa.

—Podemos irnos todos... y luego dirigirnos a las tierras humanas. — Nos examinó, la casa de la ciudad—. Tenemos una hora para prepararnos. Nos reuniremos aquí, luego nos vamos.

Mor y Azriel se tamizaron instantáneamente, Cassian caminó hacia Rhys para preguntarle sobre los soldados de la Corte de Pesadillas y su preparación.

Nesta y yo apuntamos a Elain, ambos hablando a la vez.

—¿Estás segura? —pregunté al mismo tiempo que Nesta decía—: Puedo ir yo... déjame hablar con él.

Elain solo se puso de pie.

—Él no te conoce —me dijo. Luego se enfrentó a Nesta con una mirada franca y aturdida—: Y él te odia.

Una deteriorada parte de mí se preguntó si su compromiso roto fue entonces para mejor. O si Elain había sugerido de algún modo esta visita, justo después de que Lucien se hubiera marchado de Prythian, por alguna oportunidad de... No me dejé terminar el pensamiento.

Dije, observando el espacio donde mis amigos habían desaparecido de la casa de la ciudad:

—Necesito que entiendas, Elain, que si esto va mal... si él trata de hacerte daño, o cualquiera de nosotros...

—Lo sé. Defenderás a los tuyos.

—Te defenderé *a ti*.

El vacío nubló sus ojos. Pero Elain levantó la barbilla.

—No importa qué, no lo mates. Por favor.

—Lo intentaremos...

—*Júralo*. —Nunca había escuchado ese tono de ella. Nunca.

—No puedo hacer esa promesa. —No retrocedería, no en esto—. Pero haré todo lo que esté a mi alcance para evitarlo.

Elain pareció darse cuenta también. Ella se observó a sí misma, al sencillo vestido azul que llevaba.

—Tengo que vestirme.

—Te ayudaré —ofreció Nesta.

Pero Elain sacudió la cabeza.

—Nuala y Cerridwen me ayudarán.

Luego ella se había ido... con los hombros un poco más cuadrados.

La garganta de Nesta tembló.

—No fue tu culpa, que el Muro se cayera antes de que pudiéramos detenerlo —murmuré.

Los ojos llenos de acero me cortaron.

—Si me hubiera quedado para practicar...

—Entonces habrías estado aquí mientras esperabas que regresáramos de la reunión.

Nesta estiró una mano por su vestido oscuro.

—¿Qué hago ahora?

Un propósito, me di cuenta. Asignándole la tarea de encontrar una forma de reparar los agujeros en el muro... le había dado a mí hermana lo

que tal vez nuestra vida humana nunca le había concedido: una orientación.

—Vendrás con nosotros... a la finca de Graysen y luego viajamos con el ejército. Si estás conectada con el Caldero, entonces te necesitaremos cerca. Necesitamos que nos digas si se está usando de nuevo.

No era una misión, pero Nesta también asintió con la cabeza. Justo cuando Cassian le dio una palmada a Rhys en el hombro y merodeó hacia nosotras. Se detuvo a un paso de distancia y frunció el ceño.

—Los vestidos no son buenos para volar, damas.

Nesta no respondió.

Él alzó una ceja.

—¿Sin ladridos y mordiscos hoy?

Pero Nesta no levantó la mirada para encontrarse con él, su cara todavía drenada y pálida.

—Nunca he usado pantalones —fue todo lo que dijo.

Podría haber jurado que la preocupación destelló por los rasgos de Cassian. Pero lo apartó y dijo:

—No tengo ninguna duda de que empezarías un disturbio si lo hicieras.

Sin reacción. ¿El Caldero había...?

Cassian entró en el camino de Nesta cuando trató de pasar por delante de él. Puso una mano bronceada y callosa en su frente. Ella se sacudió al contacto, pero él la agarró de la muñeca, forzándola a encontrarse con su mirada.

—Alguno de esos cabrones hace un movimiento para hacerte daño —suspiró—, y los matas.

Él no vendría... no, estaría reuniendo todo el poderío de las legiones Ilirianas. Azriel se uniría a nosotros, sin embargo.

Cassian apretó uno de sus cuchillos en la mano de Nesta.

—Ahora el fresno puede matarte —dijo con una calma letal mientras miraba la hoja—. Un rasguño puede hacerte tan débil como para ser vulnerable. Recuerda dónde están las salidas en cada habitación, cada valla y patio... márcalas cuando entres, y marca cuántos hombres están a tu alrededor. Marca donde están Rhys y los demás. No olvides que eres más fuerte y rápida. Apunta las partes blandas —agregó, doblando sus dedos alrededor de la empuñadura—. Y si alguien te pone en una celda...

Mi hermana no dijo nada mientras Cassian le mostraba las áreas sensibles de un hombre. No solo la ingle, sino el interior del pie, pellizcando el muslo, usando su codo como un arma. Cuando terminó, retrocedió, sus ojos color avellana agitándose con alguna emoción que no pude identificar.

Nesta inspeccionó la fina daga en su mano. Luego levantó la cabeza para mirarlo.

—Te dije que vinieras a entrenar —dijo Cassian con una sonrisa arrogante, y se alejó.

Estudié a Nesta, la daga, su rostro tranquilo y calmado.

—Ni siquiera empieces —me advirtió, y se dirigió a las escaleras.

Encontré a Amren en su apartamento, maldiciendo al Libro.

—Nos vamos dentro de una hora —dije—. ¿Tienes todo lo que necesitas aquí?

—Sí. —Amren levantó la cabeza, con esos ojos plateados turbulentos con ira. No hacia mí, me di cuenta, sin ningún alivio. Al hecho de que Hiberno había golpeado contra el Muro. La había golpeado *a ella*.

Ese no era mi problema.

No mientras las palabras de esa reunión con los Grandes Señores se arremolinaban. No mientras volví a ver a Beron salir, sin soldados ni ayuda prometida. No mientras oí a Rhys y Cassian hablando de cuán

pocos soldados tenían los demás en comparación con las fuerzas de Hiberno.

La burla del rey a Rhys había estado atravesando mi mente durante días.

Hiberno esperaba que le diera todo—*todo*—para detenerlos. Había afirmado que solo eso nos daría un golpe final. Y conocía mi compañero. Tal vez mejor que yo misma. Sabía que Rhys se gastaría todo, se destruiría a sí mismo, si significaba una oportunidad de ganar. En la supervivencia.

Los otros Grades Señores... no podía permitirme el lujo de contar con ellos. Helion, tan fuerte como era, ni siquiera podía intervenir para salvar a su propio amante. Tarquin, tal vez. Pero los otros... no los conocía. No tenía tiempo para hacerlo. Y no jugaría con su tentativa alianza. No arriesgaría a Rhys.

—¿Qué quieres? —gruñó Amren cuando me quedé mirándola.

—Hay una criatura debajo de la biblioteca. ¿Lo conoces?

Amren cerró el Libro.

—Su nombre es Bryaxis.

—¿Qué es?

—No quieres saberlo, muchacha.

Empujé hacia atrás el brazo de mi vestido de ébano, el adorno tan en desacuerdo con el desván, su desorden.

—Hice un trato con eso. —Le mostré la banda de tatuaje alrededor de mi antebrazo—. Así que supongo que sí.

Amren se levantó, quitándose el polvo de sus pantalones grises.

—He oído hablar de eso. Niña tonta.

—No tuve elección. Y ahora estamos unidos el uno al otro.

—¿Y qué?

—Quiero pedirle otro trato. Necesito que examines los guardias que lo sostienen allí abajo... y para explicarle algo. —No me molesté en parecer agradable. O desesperada. O agradecida. No me molesté en quitarme la

PARADISE SUMMERLAND FORO

máscara fría y dura de la cara cuando añadí—: Vendrás conmigo. Ahora mismo.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 50

Traducido por Dahiry

No había una sacerdotisa esperando para guiarnos al hoyo negro en el corazón de la biblioteca. Y Amren se mantuvo callada para variar.

Alcanzamos el nivel inferior de oscuridad impenetrable, nuestros pasos como único sonido.

—Quiero hablar contigo —dije en la negrura atrayente desde más allá del final de la luz filtrándose desde arriba.

Nadie me convoca.

—Yo te convoco. Estoy aquí para ofrecerte compañía. Como parte de nuestro trato.

Silencio.

Entonces lo sentí, serpenteando y curvándose a nuestro alrededor, engullendo la luz. Amren juró suavemente.

Has traído... ¿qué es lo que has traído?

—Alguien como tú. O tú podrías ser como ellos.

Hablas en acertijos.

Una fría mano incorpórea rozó a través de mi nuca y traté de no retroceder hacia la luz.

—Bryaxis. Tu nombre es Bryaxis. Y alguien te encerró aquí abajo hace mucho tiempo.

La oscuridad se detuvo.

—Estoy aquí para ofrecerte otro trato.

Amren se quedó quieta y en silencio mientras le decía, ofreciéndome un solo asentimiento de confirmación. Ella ciertamente podía cortar las

CORTE ALAS
una y RUINA

guardas que mantenían a Bryaxis aquí abajo... cuando el tiempo fuera correcto.

—Hay una guerra —dije, luchando para mantener mi voz firme—. Una terrible guerra está a punto de tener lugar en este territorio. Si puedo liberarte, ¿pelearías por mí? ¿Por mí y mi Gran Señor?

La cosa—Bryaxis—no respondió.

Empujé a Amren con mi codo.

Ella dijo, con su voz tan joven y vieja como la de la criatura:

—Te ofreceremos libertad de este lugar a cambio de ello.

Un trato. Una magia simple y poderosa. Tan grande como cualquier Libro podía manejar.

Este es mi hogar.

Lo consideré.

— ¿Entonces, qué quieres a cambio?

Silencio.

Luz del sol. Y de la luna. Las estrellas.

Abrí mi boca para decir que no estaba del todo segura de siquiera como Gran Señora de la Corte Oscura podría prometer tales cosas, pero Amren pisó mi pie y murmuró:

—Una ventana. Arriba.

No un espejo como había querido el Carver. Sino una ventana en la montaña. Teníamos que cavar profundamente, pero...

—¿Eso es todo?

Amren pisoteó mi pie esta vez.

Bryaxis susurró en mi oreja.

¿Se me permitirá cazar sin ataduras en el campo de batalla? ¿Beber del miedo y terror hasta que esté saciada?

Me sentí ligeramente mal por Hiberno mientras decía:

una CORTE ALAS y RUINA

—Sí... solo a Hiberno. Y solo hasta que termine la guerra. —De una manera o la otra.

Un latido de silencio.

¿Qué me harás hacer entonces?

Di un gesto hacia Amren.

—Ella lo explicará. Ella incapacitará a las guardas... cuando te necesitemos.

Entonces esperaré.

—Es un trato. Obedecerás nuestras órdenes en esta guerra, pelearás con nosotros hasta que no te necesitemos más y a cambio... te traeremos el sol y la luna y las estrellas. A tu hogar. —Otro prisionero que había aprendido a amar su celda. Tal vez Bryaxis y el Carver se deberían conocer. Un dios muerto-antiguo y el rostro de las pesadillas. El retrato, espantoso pero aun así atractivo, comenzó a arrastrar raíces profundamente dentro de mi mente.

Mantuve mis hombros sueltos, la postura tan casual como podía mientras la oscuridad se deslizaba a mí alrededor, serpenteando entre Amren y yo, y susurró en mi oído:

Es un trato.

Hice que la hora contara. Cuando todos nos reunimos en el vestíbulo de la casa de la ciudad una vez más para tamizarnos al campamento Iliriano, me cambié a mi atuendo de pelea, mi tatuaje nuevo oculto debajo.

Nadie preguntó a dónde había ido. Aunque Mor miró sobre mí y dijo:

—¿Dónde está Amren?

—Todavía analizando el Libro —respondí justo cuando Rhys se materializó en la casa de la ciudad. No era una mentira.

Amren se quedaría aquí, hasta que la necesitáramos en los campos de batalla.

Rhys inclinó su cabeza.

—¿Buscando qué? El Muro ya no está.

—Por cualquier cosa —dije—. Por otra manera de anular al Caldero que no involucre al interior de mi cabeza saliéndome por la nariz.

Rhys se encogió y abrió su boca para protestar, pero lo interrumpí:

—Tiene que haber otra manera... Amren cree que *debe* haber otra manera. Que no quita nada mirar. Y tenerla buscando por otro conjuro que podría detener al rey.

Y cuando Amren no estuviera haciendo eso... podría acabar con esas complejas guardas que contenían a Bryaxis bajo la biblioteca... para ser utilizada solo cuando convocara a Bryaxis. Solo cuando el ejército de Hiberno podría estar encima de nosotros. Solo si no podía obtener el Ouroboros para el Carver... entonces Bryaxis era mejor que nada.

No estaba del todo segura por qué no se lo mencioné a los otros.

Los ojos de Rhys parpadearon, sin duda en conflicto con la idea de qué rol cualquier otra ruta requeriría de mí en cuanto al Caldero, pero asintió.

Entrelacé mis dedos con los suyos, y apreté una vez.

Detrás de mí, Mor tomó a Nesta y a Cassian por la mano, preparándose para tamizarlos al campamento, mientras las sombras se reunían alrededor de Azriel, Elain a su lado, con los ojos abiertos hacia la demostración del jefe espía.

Pero vacilamos... todos nosotros. Y me permití por última vez mirarlos a ellos, a los muebles y la madera y de la luz del sol. De escuchar los sonidos de Velaris, la risa de los niños en las calles, la canción de las gaviotas.

En el silencio, sabía que mis amigos también lo hacían.

Rhys aclaró su garganta y asintió hacia Mor. Y así se había ido, Cassian y Nesta con ella. Después Azriel, gentilmente tomando la mano de

Elain en la suya, como si tuviera miedo de que sus cicatrices la lastimaran.

Sola con Rhys, saboreé la luz del sol crujiente filtrándose desde las ventanas de la puerta del frente. Aspiré el olor del pan que Nuala y Cerridwen habían horneado esa mañana con Elain.

—La criatura en la biblioteca —murmuré—. Su nombre es Bryaxis.

Rhys levantó una ceja.

—¿Ah?

—Le ofrecí un trato. Para pelear con nosotros.

Estrellas bailaron en esos ojos violetas.

—¿Y qué dijo Bryaxis?

—Solo quiere una ventana... para ver las estrellas, la luna y el sol.

—¿Le explicaste que la necesitábamos para degollar a nuestros enemigos, cierto?

Lo empujé con una cadera.

—La biblioteca es su hogar. Solo quiere que le hagan unos ajustes.

Una sonrisa torcida tiró en la boca de Rhys.

—Bueno, asumo que si ahora tengo que redecorar mis propios aposentos para combinar con el esplendor de Thesan, podría también añadir una ventana para la pobre cosa.

Lo codeé en las costillas esa vez. Seguía usando su traje de la reunión, Rhys se rió.

—Así que nuestro ejército crece por uno. El pobre Cassian nunca se recuperará cuando vea su nuevo recluta.

—Con suerte, Hiberno tampoco lo hará.

—¿Y el Carver?

—Puede pudrirse allá abajo. No tengo tiempo para sus juegos. Bryaxis tendrá que ser suficiente.

Rhys le dio una mirada a mi brazo, como si pudiera ver la segunda nueva banda detrás de la primera. Levantó nuestras manos unidas y presionó un beso en el dorso de mi palma.

De nuevo, miramos silenciosamente alrededor de la casa, tomando cada último detalle, la tranquilidad que ahora quedaba, como una capa de polvo encima.

Rhys dijo suavemente:

—Me pregunto si la veremos de nuevo.

Sabía que no estaba hablando solamente sobre la casa. Pero me levanté en mis dedos del pie y besé su mejilla.

—Lo haremos —prometí mientras un viento oscuro se reunió para llevarnos al campamento Iliriano de guerra. Me sostuve fuertemente de él y añadí—: La veremos otra vez.

Y cuando ese viento de beso nocturno nos tamizó lejos, hasta la guerra, hasta el peligro incalculable... Recé para que mi promesa pudiera mantenerse.

PARADISE SUMMERLAND
FORO

TERCERA PARTE GRAN SEÑORA

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 51

Traducido por Dahiry

Incluso en el apogeo del verano, las montañas Ilirianas estaban húmedas. Frescas. Ciertamente había días encantadores, me aseguró Rhys cuando fruncí el ceño al tamizarnos, pero la temperatura fría era mejor de todas maneras, cuando un ejército estaba involucrado. El calor hacía que los temperamentos se elevaran. Especialmente cuando era demasiado caliente como para dormir cómodamente. Y considerando que los Ilirianos eran bastante irritables para empezar... Era una bendición que el cielo estuviera nublado y el viento fuera casi niebla.

Pero hasta el clima no era suficiente para que la fiesta de bienvenida se viera placentera.

Solo reconocí a uno de los musculosos Ilirianos en armadura completa esperando por nosotros. Lord Devlon. La sonrisa burlona seguía en su rostro, aunque más leve en comparación al desprecio directo contorneando los rasgos de varios. Como Azriel y Cassian, poseían el cabello oscuro y los ojos entre avellana y marrones. Y como mis amigos, su piel era de un rico tono marrón dorado, algunos salpicados por cicatrices blancas de diferente intensidad.

Pero a diferencia de mis amigos, uno o dos Sifones adornaban sus manos. Se veían casi vulgares en comparación a los siete que Azriel y Cassian usaban.

Pero los hombres reunidos solo miraban a Rhys, como si los dos Ilirianos fueran poco más que árboles a su lado. Mor y yo nos quedamos a cada lado de Nesta, quien se había cambiado a un práctico vestido azul oscuro y ahora examinaba el campamento, los guerreros con alas, el gran tamaño del anfitrión formado en el campamento a nuestro alrededor.

Mantuvimos a Elain medio escondida detrás de la pared de cuerpos. Considerando la vista desde atrás de los Ilirianos hacia las mujeres, sugerí que nos quedáramos un paso lejos de esta reunión, literalmente. Solo

CORTE ALAS
una RUINA

había unas pocas guerreras en este ejército... Y ahora no era el momento para probar la tolerancia de los Ilirianos.

Después... después, si ganábamos esta guerra. Si sobrevivíamos.

Devlon estaba hablando:

—Es cierto entonces. El muro se vino abajo.

—Un fracaso temporal —canturreó Rhys. Seguía usando su chaqueta y pantalones elegantes de la reunión con los Grandes Señores. Por la razón que sea, había elegido no usar el cuero Iliriano. O las alas.

Es porque ya saben que entrené con ellos, que soy uno de ellos. Necesitan recordar que también soy su Gran Señor. Y no tengo intenciones de aflojar la correa.

Las palabras eran un rasguño de uñas cubiertas con seda en mi mente.

Rhys comenzó a dar instrucciones frías y firmes sobre empujar la obstrucción hacia el sur. La voz de un Gran Señor, la voz de un guerrero que había luchado en la Guerra y que no tenía ninguna intención de perder esta. Cassian frecuentemente añadió sus propias órdenes y aclaraciones.

Azriel: Azriel solo los miró a todos. No había querido venir al campamento unos meses atrás. No le gustaba estar de vuelta aquí. Odiaba a esas personas, a su herencia.

Los otros señores seguían mirando al Shadowsinger con terror, ira y disgusto. Él solo niveló esa mirada letal hacia ellos.

Sin cesar ellos siguieron, hasta que Devlon miró encima del hombro de Rhys... hacia donde estábamos. Una mueca hacia Mor. Un ceño fruncido hacia mí, sabiamente moderado. Luego notó a Nesta.

—¿Qué es eso? —preguntó Devlon.

Nesta solamente lo miró, una mano apretando los bordes de su abrigo gris en su pecho. Uno de los otros señores del campamento hizo algún tipo de signo contra la maldad.

—Eso —dijo Cassian muy tranquilamente—, no es asunto tuyo.

—¿Es una bruja?

Abrí mi boca, pero Nesta dijo tajantemente:

—Sí.

Y vi como los nueve señores de guerra Ilirianos adultos se estremecieron.

—Puede actuar como una algunas veces —aclaró Cassian—, pero no, ella es una Alta Fae.

—No es más Alta Fae de los que somos nosotros —respondió Devlon.

Una pausa que duró mucho tiempo. Hasta Rhys parecía faltar de palabras. Devlon se había quejado cuando nos habíamos conocido por primera vez de que Amren y yo éramos *Otro*. Como si poseyera algún tipo de sentido para tales cosas.

—Mantenla lejos de las mujeres y los niños —murmuró Devlon.

Apreté la mano libre de Nesta para advertirle que se quedara callada.

Mor dejó salir un resoplido que hizo tensarse a los Ilirianos. Pero se movió, revelando a Elain detrás de ella. Elain solo estaba pestañeando, con los ojos abiertos al campamento. Al ejército.

Devlon dejó salir un gruñido a la vista de ella. Pero Elain envolvió su propio abrigo azul a su alrededor, apartando sus ojos de esos imponentes, musculosos guerreros, el campamento del ejército bullicioso hacia el horizonte... Ella era una rosa floreciendo en un campo de barro. Lleno con caballos galopando.

—No tengas miedo de ellos —dijo Nesta con sus cejas bajas.

Si Elain era una flor brotando en este campamento de guerra, entonces Nesta... era una espada recién forjada esperando por sangre.

Llévalas a nuestra carpa de guerra, me dijo Rhys silenciosamente. Honestamente Devlon podría lanzar un berrinche si tiene que enfrentar a Nesta un minuto más.

Pagaría un buen dinero para ver eso.

Yo también.

Escondí mi sonrisa.

—Vayamos a encontrar algo cálido para beber —le dije a mis hermanas, llamando a Mor para que se uniera.

Caminamos hasta la más grande carpa en el campamento, una bandera negra bordada con una montaña y tres estrellas plateadas ondeando desde su ápice. Guerreros y mujeres trabajaban alrededor de las fogatas, monitoreándonos silenciosamente. Nesta los miró a todos. Elain mantuvo su atención en el seco y rocoso suelo.

El interior de la carpa era simple pero aun así lujosa: alfombras gruesas cubrían la plataforma baja de madera en la que la carpa había sido levantada para mantener la humedad fuera; braseros de luz fae parpadearon a lo largo, sillas y sillones estaban repartidas alrededor, cubierta con pieles gruesas. Una mesa gigante con diferentes sillas ocupaba una mitad del espacio principal. Y detrás de la cortina en la parte de atrás... Asumí que esperaba nuestra cama.

Mor se arrojó en el sillón más cercano.

—Bienvenidas al campamento de guerra Iliriano, damas. Intenten mantener su admiración contenida.

Nesta se desplazó hacia la mesa, mapas en lo alto.

—¿Cuál es la diferencia... —le preguntó a nadie en particular—, entre un hada y una bruja?

—Las brujas acumulan poder más allá de su reserva natural —respondió Mor con repentina seriedad—. Usan hechizos y herramientas arcaicas para utilizar más poder del que el Caldero asigna. Y lo usan para lo que sea que desean, bueno o malo.

Elain examinó silenciosamente la carpa, cabeza inclinada hacia atrás. Su masa de pesado cabello marrón y dorado se movió con el movimiento, la luz fae bailaba entre sus hebras de seda. Lo dejó medio recogido, el estilo arreglado para esconder sus orejas; dejarían en fracaso al glamour en el estado de Graysen. Tamlin no había trabajado en Nesta... tal vez Graysen y su padre tendrían una inmunidad similar a tales cosas.

Elain al fin se deslizó en la silla cerca de Mor, su vestido rosa—más elegante de los que usaba normalmente—arrugándose debajo.

—¿Muchos... muchos de esos soldados morirán?

Me encogí, pero Nesta dijo:

—Sí. —Casi podía ver las palabras no dichas que Nesta mantuvo.
Aunque tu compañero podría morir más pronto que ellos.

—Cuando sea que estés lista, Elain. Te pondré glamour —dijo Mor.

—¿Dolerá? —preguntó Elain

—No lo hizo cuando Tamlin colocó glamour en tus recuerdos —dijo Nesta, inclinándose contra la mesa.

Aun así Mor dijo:

—No. Podría... cosquillear. Solo actúa como lo harías siendo humana.

—Es igual a como actúo ahora. —Elain comenzó a retorcer sus esbeltos dedos.

—Sí —dije—, pero... intenta mantener la charla de visiones... para ti misma. Mientras estemos allí —añadí rápidamente—. Al menos que sea algo que no puedas...

—Si puedo —dijo Elain, cuadrando sus delgados hombros—. Lo haré.

Mor sonrió fuertemente.

—Respira profundo.

Elain obedeció. Pestañeé y ya estaba hecho.

Se había ido el débil resplandor de salud inmortal; el rostro se había afilado más. Ya no estaban las orejas puntiagudas, la gracia. Enmudecida. Apagada... o la manera en la que alguien tan hermosa como Elain podría ser apagada. Hasta su cabello parecía haber perdido su brillo, el dorado ahora ordinario, el marrón sencillo.

Elain estudió sus manos, volteándolas.

—No me había dado cuenta... de cuan ordinario se veía.

—Sigues siendo encantadora —dijo Mor dulcemente.

Elain le ofreció una medio sonrisa.

—Supongo que la guerra hace que quiera cosas sin importancia.

Mor estuvo callada por un segundo.

—Tal vez. Pero aun así no deberías dejar que le guerra te lo quite.

La palma de Elain estaba húmeda en la mía cuando Rhys nos tamizó a las tierras humanas, Mor llevaba a Azriel y Nesta. Y a pesar de que su rostro estaba tranquilo cuando nos encontramos parpadeando por el calor y la luz del sol lleno del verano moral, su agarre en mi mano era tan fuerte como el anillo de hierro alrededor de su dedo.

El calor yacía pesadamente sobre el estado que ahora enfrentábamos... el calabozo de piedra la única entrada que podía ver en cualquier dirección.

La única entrada en la imponente pared de piedra levantándose ante nosotros, sólida como una enorme bestia, tan alta que tenía que estirar mi cuello para ver los picos sobresaliendo de la cima.

Los guardias en las gruesas puertas de hierro...

Rhys deslizó una mano en sus bolsillos, un escudo ya a nuestro alrededor. Mor y Azriel tomaron las posiciones defensivas a nuestro lado.

Doce guardias en esta entrada. Todos armados, caras escondidas bajo gruesos cascos, a pesar del calor. Sus cuerpos estaban igualmente cubiertos de armadura plateada, hasta sus botas.

Cualquiera de nosotros podía terminar sus vidas sin levantar una mano. Y la pared que protegían, la entrada que sostenían... no creía que durara mucho tampoco.

Pero... si podíamos colocar guardas aquí, tal vez establecer un bastión de guerreros Fae... A través de esas puertas abiertas, vislumbré tierras extensas... campos y pastizales y plantaciones y un lago...Y más allá... una grande y sólida fortaleza de piedra marrón oscura.

una CORTE ALAS y RUINA

Nesta había estado en lo correcto. Era como una prisión, este lugar. Su señor se había preparado para aguantar la tormenta desde adentro, un rey sobre estos recursos. Pero había espacio. Espacio suficiente para las personas.

Y la que sería la señora de esta prisión... Cabeza en alto, Elain le dijo a los guardias, a la docena de flechas ahora apuntando a su delgada garganta:

—Díganle a Graysen que su prometida ha venido por él. Díganle... díganle que Elain Archeron ruega por asilo.

Capítulo 52

Traducido por Dahiry

Esperamos afuera de las puertas mientras un guardia montaba a caballo y galopeaba todo el sucio y largo camino hasta la misma fortaleza. Una segunda cortina de muro yacía alrededor del gran edificio. Con nuestra vista Fae, podíamos ver como esas puertas se abrían, y después otro par.

—¿Cómo es que siquiera lo conociste? —le murmuré a Elain cuando nos quedamos bajo la sombra de los amenazantes robles afuera de la entrada—, ¿si está encerrado aquí?

Elain miró fijamente a esa distante fortaleza.

—En un baile... en el baile de su padre.

—He estado en funerales que eran más alegres —murmuró Nesta

Elain le lanzó una mirada.

—Esta casa ha necesitado el toque de una mujer por años.

Nadie dijo que no parecía probable que ella fuera la indicada.

Azriel se mantuvo unos pasos lejos, un poco más que la sombra de uno de esos robles detrás de nosotros. Pero Mor y Rhys.... examinaban todo. Los guardias cuyo miedo... el sabor salado y sudoroso de ello estaba en cada nervio.

Pero se mantuvieron firmes. Mantuvieron esos arcos de fresno inclinado hacia nosotros.

Largos minutos pasaron. Hasta que finalmente una bandera amarilla fue levantada en la distante entrada de la fortaleza. Nos preparamos.

Pero uno de los guardias gruñó:

una CORTE de ALAS y RUINA

—Él saldrá a verlos.

No nos permitirían entrar. Para ver sus defensas, sus recursos.

El calabozo estaba tan lejos como ellos nos permitieran.

Nos guiaron adentro, y aunque intentamos mantener nuestra alteridad a un mínimo... Los sabuesos se engancharon a la pared con gruñidos. Lo suficientemente feroces que los guardias los dejaron salir.

La habitación principal del calabozo era sofocante y estrecha, aun más con todos nosotros allí, y a pesar de que le ofrecí a Elain un asiento cerca de la ventana sellada, se mantuvo en pie... al frente de nuestros acompañantes. Mirando la puerta de hierro cerrada.

Sabía que Rhys estaba estuchando cada palabra que los guardias pronunciaban afuera, los tentáculos de su poder esperando para sentir cualquier giro en sus intenciones. Dudé que la piedra y el hierro del edificio pudieran contener a cualquiera de nosotros, ciertamente no juntos, pero... Dejarlos que nos encerraran aquí a esperar... Rasguñaba contra algún nervio.

Hacia a mi cuerpo agitarse y que estallara un sudor frío. Muy pequeño, sin suficiente aire...

Todo está bien, Rhys me tranquilizó. Este lugar no puede contenerte.

Asentí, a pesar de que él no había hablado, intentando tragar el sentimiento de las paredes y el techo cerrándose sobre mí.

Nesta me estaba mirando cuidadosamente. Le admití:

—Algunas veces... tengo problemas con los espacios pequeños.

Nesta me estudió por un largo momento. Y luego dijo con igual tranquilidad, aunque todos podíamos oír:

—Ya no puedo entrar a una bañera. Tengo que usar cubetas.

No lo había sabido, ni había pensado que bañarse, sumergirse en agua...

Sabía mejor que tocar su mano. Pero dije:

—Cuando lleguemos a casa, instalaremos algo más para ti.

Podría haber jurado que había gratitud en sus ojos, que podría haber dicho algo más cuando los caballos se acercaron.

—Dos docenas de guardias —le murmuró Azriel a Rhys. Una mirada a Elain—. Y Lord Graysen y su padre, Lord Nolan.

Elain se quedó tan quieta como un ciervo cuando las pisadas sonaron afuera. Atrapé la mirada de Nesta, leí el acuerdo allí y asentí.

Cualquier intento de lastimar a Elain... no me importaba lo que le había prometido a mi hermana. Dejaría que Nesta lo destruyera. Ciertamente, los dedos de mi hermana mayor se habían doblado... como si garras invisibles los coronaran.

Pero la puerta se abrió, y...

El jadeante joven era tan... parecido a un humano.

Guapo, con cabello marrón, ojos azules, pero... humano. Firmemente construido bajo su ligera armadura, alto; tal vez la idea de un mortal que montaría a una joven dama en su caballo y cabalgaría hacia el amanecer.

Tan diferente a la fuerza salvaje de los Ilirianos, la cultivada letalidad de Mor y Amren. De mis propias arañadas y destrucción... y las de Nesta.

Pero un pequeño sonido vino de Elain mientras contemplaba a Graysen. Mientras jadeaba por aliento, examinándola de arriba a abajo. Tambaleó, dando un paso hacia ella...

Una ancha mano salpicada con cicatrices tomó la parte trasera de la armadura de Graysen, deteniéndolo.

El hombre que sostenía al joven lord entró completamente a la estrecha habitación. Alto y delgado, con nariz de halcón y ojos grises...

—¿Qué significa esto?

Todos lo miramos con las cejas bajas.

Elain estaba temblando.

—Señor... Lord Nolan... —Las palabras le fallaron cuando veía de nuevo a su prometido, quien no había quitado sus serios ojos azules de ella, ni por un segundo.

—El muro se ha venido abajo —dijo Nesta, caminando hacia el lado de Elain.

Graysen miró a Nesta ante eso. Shock estalló por lo que miraba: las orejas, la belleza, el... poder de otro mundo que pulsaba alrededor de ella.

—¿Cómo? —dijo el, su voz baja y rasposa.

—Fui secuestrada —respondió Nesta fríamente, sin una pizca de miedo en sus ojos—. Fui tomada por el ejército invadiendo esas tierras y me convirtieron en contra de mi voluntad.

—¿Cómo? —repitió Nolan.

—Hay un Caldero... un arma. Concede el poder para... hacer tales cosas. Fui una prueba.

Después Nesta se lanzó a una explicación corta y precisa sobre las reinas, de Hiberno, de porqué el muro se había caído.

Cuando terminó, Lord Nolan solo demandó:

—¿Y quiénes son tus acompañantes?

Era una apuesta, sabíamos que lo era. Decir quienes éramos, cuando bien sabíamos del miedo a *cualquier* Fae, ni hablar de Grandes Señores...

Pero di un paso adelante.

—Mi nombre es Feyre Archeron. Soy la Gran Señora de la Corte Oscura. Este es Rhysand, mi... esposo. —No creía que compañero iría bien como un término.

Rhys vino a mi lado. Algunos guardias se movieron y murmuraron con horror. Unos se estremecieron por la mano levantada de Rhys, para señalar detrás de él.

—Nuestra tercera en comando, Morrigan. Y nuestro jefe espía, Azriel.

Lord Nolan, para su favor, no palideció. Graysen lo hizo, pero se mantuvo firme.

—Elain —exhaló Graysen—. Elain ¿Porque estás *con* ellos?

—Porque es nuestra hermana —respondió Nesta, sus dedos aun doblados con esas garras invisibles—. Y no hay lugar más seguro para ella durante esta guerra que con nosotros.

Elain susurró:

—Graysen, hemos venido a rogarte... —Una mirada suplicante a su padre—. A ambos... que abran sus puertas a cualquier humano que pueda venir aquí. A familias. Con el muro derribado... Nosotros... ellos creen... No hay suficiente tiempo para una evacuación. Las reinas no enviarán ayuda desde el continente. Pero aquí... ellos podrían tener una oportunidad.

Ningún hombre respondió, aunque Graysen ahora veía el anillo de compromiso de Elain. Sus ojos azules agitados con dolor.

—Estaría inclinado a creerte —dijo tranquilamente—, si no estuvieras mintiéndome con cada aliento.

Elain pestañeó.

—N-no lo hago, yo...

—¿Pensaste —dijo Lord Nolan, y Nesta y yo cerramos filas alrededor de Elain cuando tomó un paso hacia nosotros—, que podrías venir a mi casa y engañarme con tu magia de hada?

—No nos importa lo que creas. Solo venimos a pedirte que ayudes a quienes no pueden defenderse por sí solos —dijo Rhys.

—¿A qué beneficio? ¿A qué riesgo suyo?

—Tienes un arsenal de armas de fresno —dije—. Creo que el riesgo para nosotros es obvio.

—Y para tu hermana también —espetó Nolan hacia Elain—. No te olvides incluirla.

—Cualquier arma puede herir a un mortal —dijo Mor insulsamente.

—Pero ella no es una mortal, ¿cierto? —se burló Nolan—. No, tengo de buenas fuentes que fue Elain Archeron quien fue convertida a Fae primero. Y quien ahora tiene a un hijo de un Gran Señor como *compañero*.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—¿Y quién, exactamente, te dijo esto? —dijo Rhys con una ceja levantada, sin mostrar una onza de ira, de sorpresa.

Pasos sonaron.

Pero todos alcanzamos nuestras armas cuando Julian entró al calabozo y dijo:

—Fui yo.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 53

Traducido por Mary Ryhsand

Jurian alzó sus manos bronceadas, nuevos callos dotando sus palmas y dedos. Nuevos, para el cuerpo que había tenido que entrenar para manejar las armas estos meses.

—Vine solo —dijo Jurian—. Puedes dejar de gruñir.

Elain comenzó a temblar, ya fuera por la verdad revelada, o por los recuerdos que la bombardearon a ella, a Nesta, ante la vista de él. Jurian inclinó su cabeza hacia mis hermanas.

—Señoritas.

—No son señoritas —escupió Lord Nolan.

—Padre —advirtió Graysen.

Nolan lo ignoró.

—A su llegada, Jurian explicó lo que les habían hecho... a *ambas*. Lo que las reinas en el continente desean.

—¿Y qué es eso? —preguntó Rhys, su voz un canto engañoso.

—Poder. Juventud —dijo Jurian con un encogimiento—. Las cosas de siempre.

—Por qué estás *aquí* —demandé.

Matarlo, debíamos matarlo *ahora* antes que pudiera hacernos más daño, matarlo por ese rayo que envió al pecho de Azriel y la amenaza que le hizo a Miryam y Drakon, causando, tal vez, que se desvanecieran y nos dejaran luchando esta guerra solos...

—Las reinas son una serpientes —dijo Juarian, recostándose contra el borde de una mesa cerca de la pared—. Merecen ser masacradas por su traición. No me tomó ningún esfuerzo cuando Hiberno me mandó a

una CORTE ALAS y RUINA

reclutarlas para nuestra causa. Solo una de ellas fue lo suficientemente noble para no jugar el juego, para saber que nos habían repartido una mano de mierda y jugó lo mejor que pudo. Pero cuando te ayudó, las otras lo descubrieron. Y se la dieron al Attor.

Los ojos de Jurian brillaron, no con maldad, me di cuenta. Sino claridad.

Y tuve la sensación de que el mundo se deslizaba debajo de mis pies cuando Jurian dijo:

—Él me resucitó para convertirlas a su causa, creyendo que yo había enloquecido durante los quinientos años que Amarantha me retuvo. Así que renací, y me encontré rodeado por mis viejos enemigos, rostros que una vez marqué para matar. Me encontré en el lado equivocado de un muro, con el reino humano dispuesto a romperse debajo de él.

Jurian miró directo a Mor, cuya boca era una delgada línea.

—Tú fuiste mi amiga —dijo, esforzando la voz—. Peleamos espalda con espalda durante algunas batallas. Y sin embargo me creíste de buenas a primeras, creíste que había dejado que me *convirtieran*.

—Te volviste loco con... con Clythia. Era una *locura*. Te destruyó.

—Y me alegré de hacerlo —ladró Jurian—. Estuve *contento* de hacerlo, si eso nos compró una oportunidad en esa guerra. No me *importó* lo que me hizo, lo que rompió en mí. Si eso significaba que podíamos ser *libres*. Y he tenido quinientos años para pensar en ello. Mientras estuve prisionero por mis enemigos. Quinientos años, Mor. —La forma en que dijo su nombre, tan familiar y conocedor...

—Interpretaste al villano lo bastante convincente, Jurian —ronroneó Rhys.

Jurian lanzó su rostro hacia Rhys.

—Debiste haber mirado bien. Esperaba que *miraras* en mi mente, que vieras la verdad. ¿Por qué no lo hiciste?

Rhys estuvo en silencio por un momento. Luego dijo suavemente:

—Porque no quería verla a ella. —Ver algún rastro de Amarantha.

—¿Quieres decir que —presionó Mor—, has estado trabajando para ayudarnos durante todo esto?

—¿Qué lugar mejor para trazar la muerte de tus enemigos, para aprender sus debilidades, que a su lado?

Nos quedamos en silencio, Lord Graysen y su padre observaban, o el último lo hacía. Graysen y Elain se miraban el uno al otro.

—¿Por qué esta obsesión de encontrar a Miryam a Drakon? —preguntó Mor.

—Era lo que el mundo esperaba de mí. Lo que Hiberno espera. Y si me concede el precio que pido por encontrarlo... Drakon tiene una legión capaz de dar vuelta a la marea en batalla. Fue por eso que me alié con él durante la Guerra. No tengo duda de que Drakon aun los tiene entrenados y listos. Ya le debe haber llegado la noticia. Especialmente de que los estoy buscando.

Una advertencia. La única forma en la que Jurian podía enviar una, haciéndose así mismo un cazador.

—No quieres matar a Myriam y Drakon —le dije a Jurian.

Hubo una completa honestidad en los ojos de Jurian mientras sacudía su cabeza una vez.

—No —dijo de forma áspera—. Quiero rogarles su perdón.

Miré hacia Mor. Pero las lágrimas llenaban sus ojos, y las parpadeó lejos furiosamente.

—Myriam y Drakon se han desvanecido —dijo Rhys—. Y junto con ellos su pueblo.

—Entonces encuéntralos —dijo Jurian. Inclino su barbilla hacia Azriel—. Envía al Shadowsinger, envía en quien sea que confíes, pero encuéntralos.

Silencio.

—Mira en mi cabeza —le dijo Jurian a Rhys—. Mira, y ver por ti mismo.

—¿Por qué ahora? —dijo Rhys—. ¿Por qué aquí?

una CORTE ALAS y RUINA

Jurian le sostuvo la mirada.

—Porque el muro se vino abajo, y ahora me puedo mover libremente, para advertirles a los humanos aquí. Porque... —Liberó un largo suspiro—. Porque Tamlin corrió de regreso a Hiberno después que su reunión acabara esta mañana. Directo al campamento en la Corte de Primavera, donde ahora Hiberno planea lanzar un asalto terrestre sobre Verano mañana.

Capítulo 54

Traducido por Mary Rhysand

Jurian no era mi enemigo.

No podía comprenderlo. Incluso cuando Rhys y yo miramos.

No me demoré mucho tiempo.

El dolor, la culpa y la rabia, lo que había visto y soportado...

Pero Jurian decía la verdad. Se desnudó ante nosotros.

Él sabía el lugar que planeaban atacar. Dónde, cómo y cuántos.

Azriel desapareció sin siquiera mirar a alguno de nosotros, para advertirle a Cassian y mover la legión.

Jurian le decía a Mor:

—No mataron a la sexta reina. Vassa. Ella vio a través de mí, o creo que lo hizo, desde el comienzo. Les advirtió de esto. Les dijo que si renacía, era una mala señal, y que reuniría a sus ejércitos para enfrentar la amenaza antes que se hiciera demasiado grande. Pero Vassa es demasiado temeraria, demasiado joven. No jugó el juego de la forma en que la dorada Demetra, lo hizo. No vio la lujuria en sus ojos cuando les conté de los poderes del Caldero. No supo que desde el momento en que empecé a torcer las mentiras de Hiberno... se volvieron sus enemigas. No podías matar a Vassa, la próxima en línea para su trono es por mucho más

una CORTE ALAS RUINA

caprichosa. Así que encontraron a un viejo lord de la muerte más allá del muro, con una inclinación por esclavizar mujeres jóvenes. Él la maldijo, y se la robó... el mundo entero cree que ha estado enferma estos últimos meses.

—Lo sabemos —dijo Mor, y ninguno de nosotros se atrevió a mirar a Elain—. Nos enteramos de ello.

E incluso con la verdad al descubierto... ninguno de nosotros dijo que Lucien se había ido detrás de ella.

Elain pareció recordar, sin embargo. Quién estaba cazando a esa reina perdida. Y le dijo a Graysen con la cara de piedra y triste por todo esto:

—No quise engañarte.

Su padre respondió:

—Resulta que tengo un problema creyendo eso.

Graysen tragó.

—¿Pensaste que podías volver aquí... vivir como esta... mentira?

—No. sí. Yo... yo no sé qué quería...

—Y estás emparejada a algún... macho Fae. El hijo de un Gran Señor.

Probablemente, un diferente heredero del Gran Señor, quería decir.

—Su nombre es Lucien. —No estaba segura si había escuchado alguna vez su nombre de sus labios.

—No me importa cuál es su nombre. —Las primeras palabras duras por parte de Graysen—. Eres su *compañera*. ¿Siquiera sabes lo que eso significa?

—No significa *nada* —dijo Elain, su voz rompiéndose—. No significa *nada*. No me *importa* quién lo decidió o por qué lo hicieron...

—Pertenece a él.

—No pertenezco a *nadie*. Pero mi corazón te pertenece a *ti*.

El rostro de Graysen se endureció.

—No lo quiero.

Muy bien la pudo haber golpeado porque así de profundo se reflejó el dolor en sus ojos. Y al ver a su rostro arrugarse...

Di un paso más cerca, empujándola detrás de mí.

—Esto es lo que va a pasar. Vas a tomar a cuantas personas puedas traer aquí. Proporcionaremos guardas a estos muros.

—No los necesitamos —despreció Nolan.

—Debo hacer una demostración —dije—, ¿de cuan equivocados estás? ¿O tomarás mi palabra de que puedo reducir esta pared a cenizas con medio pensamiento? Y eso no es nada comparado con mis amigos. Descubrirá, Lord Nolan, que *querrá* nuestros soldados, y nuestra ayuda. Todo en retribución por traer cuantos humanos necesiten la seguridad.

—No queremos que la chusma pase por aquí.

—¿Entonces solo los ricos y predilectos pasarán a través de las puertas? —preguntó Rhys, arqueando una ceja—. No puedo imaginar los aristócratas estando contentos con tener que arar sus propias tierras y pescar en su lago o preparar tu carne.

—Tenemos trabajadores suficientes aquí para hacer eso.

Estaba pasando de nuevo. Otra pelea con personas de mente estrecha y odiosa...

Pero Jurian le dijo a los señores:

—Luché al lado de tu ancestro. Y él estaría avergonzado si no ayudas a quien lo necesita. Escupirás en su tumba de hacer eso. Mantengo una posición de confianza con Hiberno. Una palabra mía, y me aseguraré que sus legiones se den una visita por aquí. A ti.

—¿Acaso nos amenazas con traer al mismo enemigo del que quieres protegernos?

Jurian se encogió de hombros.

—También puedo convencer a Hiberno de mantenerse alejado. Así es su confianza en mí. Dejas entrar a esas personas... haré lo mejor que pueda para mantener a sus ejércitos bien lejos.

Le dio a Rhys a una mirada, osándolo a dudarlo.

Aun estábamos tan conmocionados para siquiera tratar de parecer neutrales.

Pero entonces Nolan dijo:

—No pretendo tener un gran ejército. Solo una considerable unidad de soldados. Si lo que dices es verdad... —Una mirada a Graysen—. Los acogeremos. A quien sea que lo consiga.

Me preguntaba si el lord de mayor edad podría ser el único con quien en realidad se podía razonar. Especialmente cuando Graysen le dijo a Elain:

—Quítate ese anillo.

Los dedos de Elain se cerraron en un puño.

—No.

Horrible. Esto estaba a punto de volverse horrible de la peor forma...

—Qui...ta...te...lo.

Fue el turno de Nolan de murmurar una advertencia a su hijo. Graysen lo ignoró. Elain no se movió.

—¡Quítatelo! —El rugido en sus palabras retumbó sobre las piedras.

—Es suficiente —dijo Rhys, su voz, calma letal—. La señorita conserva el anillo, si ella así lo quiere. Aunque ninguno de nosotros estará particularmente triste de verlo ir. Las mujeres tienden a preferir el oro o la plata al hierro.

Graysen niveló a Rhys con una mirada.

—¿Este es el principio? ¿Ustedes, *hombres* Fae vendrán a tomar a nuestras mujeres? ¿Las de su clase no son jodidamente suficientes?

—Cuida tu lengua, muchacho —dijo su padre. Eleain empalideció ante el lenguaje.

Graysen solo le dijo:

—No me voy a casar contigo. Nuestro compromiso está terminado. Tomaré a las personas que sean que ocupen tus tierras. Pero no a ti. Nunca a *ti*.

Las lágrimas empezaron a correr por el rostro de Elain, su esencia llenando el cuarto con sal.

Nesta dio un paso adelante. Luego otro. Y otro.

Hasta que estuvo enfrente de Graysen, más rápido de lo que alguien podría ver. Hasta que lo golpeó lo suficientemente duro que su cabeza se precipitó a un lado.

—Nunca la mereciste —ladró Nesta en el silencio atónito mientras Graysen se ahuecaba la cara y maldecía, doblándose. Nesta solo me miraba. Rabia, sin filtro y ardiente, se reflejaba en sus ojos. Pero su voz era de hielo cuando me dijo—: Asumo que hemos terminado aquí.

Le di un asentimiento sin palabras. Y tan orgullosa como cualquier reina, Nesta tomó el brazo de Elain y le llevó fuera del cuartel. Mor, detrás de ellas, cuidando sus espaldas mientras entraban en el verdadero campo de armas y los perros gruñones esperando afuera.

Los dos lords se fueron con solo un adiós.

A solas, Jurian dijo:

—Dile al Shadowsinger que lo siento por la flecha en su pecho.

Rhys sacudió su cabeza.

—¿Cuál es el próximo movimiento, entonces? Asumo que estás haciendo más que advertirles a los humanos que huyan o se escondan.

Jurian se levantó de la mesa.

—El próximo movimiento, Rhysand, es que yo regrese a ese campamento de guerra de Hiberno y decir que mi búsqueda del paradero de Myriam y Drakon no fue fructífera. Mi paso después de eso es tomar otro viaje al continente y sembrar las semillas de la discordia en las cortes de las reinas. Para dejar que algunas cosas vitales se deslicen sobre su agenda. A quien en realidad apoyan. Que quieren en realidad. Las mantendrá ocupadas, demasiado preocupadas sobre sus propios conflictos

internos para considerar navegar aquí. Y una vez hecho eso... ¿Quién sabe? Tal vez me una a ustedes en el campo de batalla.

Rhys se frotó las cejas con el pulgar y el índice, los mechones de su cabello deslizándose hacia adelante mientras inclinaba su cabeza.

—No me creería ni una palabra, excepto que mire en esa cabeza tuya.

Jurian puso una mano en el marco de la puerta.

—Dile a Cassian que vaya por el flanco izquierdo mañana. Hiberno está poniendo a sus nobles no entrenados allí para un poco de condimento: están estropeados y no probados. Doblega las filas allí, y se asustarán los novatos. Golpéalos con todo lo que tienes, y rápido, no les des tiempo para reunirse o encontrar su valor. —Jurian me dio una sonrisa—. Nunca te felicité por matar a Dagdan y Brannagh. Bien hecho.

—Lo hice por esos Hijos del Bendito —dije—. No por gloria.

—Lo sé —dijo Jurian, alzando sus cejas—. ¿Por qué crees que decidí confiar en ti?

Capítulo 55

Traducido por yoshiB

—Estoy demasiado vieja para este tipo de sorpresas —gruñó Mor mientras la carpa de guerra gemía con el aullido del viento de la montaña en la frontera norte de la Corte de Invierno, y el ejército Iliriano se establecía para pasar la noche. Para esperar el ataque mañana. Habían volado todo el día, la ubicación era lo suficientemente remota para mantener incluso un ejército de nuestro tamaño oculto. Hasta mañana, al menos.

Habíamos advertido a Tarquin y enviado mensajes a Helion y Kallias para unirse si podían llegar a tiempo. Pero llegado la hora antes del amanecer, la legión de Ilirianos tomaría los cielos y volaría con fuerza para ese campo de batalla al sur. Desembarcarían, esperanzadamente, antes de que comenzara. Justo cuando Keir y sus comandantes se tamizaran en su legión de Portadores de Oscuridad de la Corte Oscura.

Y entonces comenzaría la matanza. A cada lado.

Si lo que Jurian decía era cierto. Cassian se había ahogado cuando le habíamos dicho el consejo de batalla de Jurian. Una reacción más tranquila, Azriel dijo, que su respuesta inicial.

Le pregunté a Mor desde donde me sentaba al pie del chasis cubierto de piel que compartimos en la actualidad:

—¿Nunca sospechaste que Jurian podría ser ... bueno?

Tragó de su vino y se apoyó contra los cojines apilados ante el reposacabezas laminado. Mis hermanas estaban en otra carpa, no tan grande pero igualmente lujosa, sus alojamientos flanqueados por las carpas de Cassian y Azriel, y los de Mor antes que él. Nadie llegaría a ellos sin que mis amigos lo supieran. Incluso si Mor estaba aquí conmigo.

—No lo sé —dijo, tirando una pesada sábana de lana sobre sus piernas—. Nunca fui tan cercana a Jurian como lo fui con algunos de los

una CORTE ALAS y RUINA

otros, pero... peleamos juntos. Nos salvamos. Supongo que Amarantha lo rompió.

—Partes de él están rotas —le dije, estremeciéndome al recordar los recuerdos que había visto, los sentimientos. Tiré parte de su manta sobre mi regazo.

—Todos estamos rotos —dijo Mor—. A nuestras propias maneras, en lugares que nadie podría ver.

Incliné la cabeza para cuestionar, pero ella preguntó:

—¿Elain ... está bien?

—No —fue todo lo que dije. Elain no estaba bien.

Había llorado en silencio mientras nos tamizábamos aquí. Y en las horas siguientes, mientras el ejército llegó y el campamento fue reconstruido. Ella no se quitó el anillo. Solo se acostó en el catre de su carpa, acurrucada entre las pieles y mantas, y sin mirar nada.

Cualquier cosa buena, cualquier avance... desapareció. Me debí si volver para aplastar cada hueso en el cuerpo de Graysen, pero me resistí, aunque solo fuera porque daría a Nesta la licencia para desatarse sobre él. Y la muerte en las manos de Nesta... Me preguntaba si tendrían que inventar una nueva palabra para *matar* cuando ella terminara con Graysen.

Así que Elain lloró en silencio, las lágrimas tan interminables que me pregunté si era alguna señal de su corazón desangrándose. Un poco de esperanza que se había roto hoy. Que Graysen todavía la amara, todavía se casara con ella... y que el amor triunfaría incluso con un vínculo de apareamiento.

Una última cuerda se había roto... a su vida en las tierras humanas.

Solo nuestro padre, donde quiera que estuviese, permanecía como cualquier tipo de conexión.

Mor leyó lo que sea que estuviera en mi rostro y dejó el vino en la mesita de madera al lado de la calesa.

—Debemos dormir. Ni siquiera sé por qué estoy bebiendo.

—Hoy fue... inesperado.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—Es mucho más difícil —dijo ella, gimiendo mientras arrojaba el resto de la manta en mi regazo y se ponía de pie—. Cuando los enemigos se convierten en amigos. Y lo contrario, supongo. ¿Qué no vi? ¿Qué pasé por alto o descarté? Siempre me hace revaluarme más que ellos.

—¿Otra alegría de guerra?

Ella bufó, dirigiéndose hacia las alas de la carpa.

—No... de la vida.

Apenas dormí esa noche.

Rhys no vino a la carpa, ni una vez.

Me deslicé fuera de nuestra cama cuando la oscuridad empezó a ceder a gris, siguiendo el tirón del vínculo de pareja como lo había hecho ese día Bajo la Montaña.

Estaba de pie en lo alto de un saliente rocoso cubierto de manchas de hielo, observando cómo las estrellas se desvanecían una por una sobre el campamento todavía dormido.

Sin decir palabra, deslicé mi brazo alrededor de su cintura, y él cambió sus alas para doblarme en su costado.

—Muchos soldados van a morir hoy —dijo en voz baja.

—Lo sé.

—Nunca se vuelve más fácil —susurró.

Los fuertes cristales de su rostro estaban tensos, y la plata se alineaba con sus ojos mientras estudiaba las estrellas. Solo aquí, solo ahora, mostraría ese dolor, esa preocupación y dolor. Nunca ante sus ejércitos; nunca ante sus enemigos.

Soltó un largo suspiro.

—¿Estás lista?

una CORTE de ALAS y RUINA

Me quedaría cerca de la parte de atrás de las líneas con Mor para tener una idea de la batalla. El flujo y el terror y la estructura. Mis hermanas se quedarían aquí hasta que fuera seguro tamizarlas después. Si las cosas no se iban al infierno primero.

—No —admití—. Pero no tengo otra opción que estar lista.

Rhys besó la parte superior de mi cabeza, y miramos las estrellas moribundas en silencio.

—Estoy agradecido —dijo después de un rato, mientras el campamento bajo nosotros se agitaba en la luz que se contruía—. De tenerte a mi lado. No sé si alguna vez te lo dije... cuán agradecido estoy de que estés conmigo.

Parpadeé de nuevo el ardor en mis ojos y tomé su mano. Lo dejé sobre mi corazón, dejándolo sentir sus latidos mientras lo besaba una última vez, la última de las estrellas desapareciendo mientras el ejército debajo de nosotros despertaba para la lucha.

Capítulo 56

Traducido por Mais

Jurian tenía razón.

Habíamos visto dentro de su cabeza, pero aún así dudamos. Nos seguíamos preguntando si habíamos llegado para descubrir que Hiberno había cambiado su posición, o atacado en algún otro lugar.

Pero la muchedumbre de Hiberno estaba precisamente donde Jurian había dicho que estarían.

Y mientras el ejército Iliriano barría hacia ellos mientras marchaban sobre la frontera de Primavera y hacia Verano... las fuerzas de Hiberno parecían sorprendidas sin duda.

Rhys había encapotado nuestras fuerzas, todas. El sudor le deslizaba por la frente por la tensión, por tener que mantener la masa nuestra escondidos de la vista, del sonido y aroma mientras volábamos milla tras milla. Mis alas no eran lo suficientemente fuertes, así que Mor nos había tamizado a través del cielo, manteniendo el paso con ellos.

Pero llegamos juntos. Y mientras Rhys rompía el escudo, revelando los Ilirianos hambrientos de batalla que se lanzaban desde los cielos en limpias y precisas líneas... mientras revelaba la legión de los Portadores de Oscuridad de Keir lanzándose de pie, envueltos en fragmentos de noche y armados con acero brillante... era difícil no presumir por el pánico que retumbó sobre la masa marchante de Hiberno.

Pero el ejército de Hiberno... se extendía a lo lejos... en profundidad. Con la total intención de llevarse todo en su camino.

—*ESCUDOS*—gritó Cassian desde el frente.

Uno por uno, escudos rojos, azules y verde parpadearon a la vida entre los Ilirianos y sus armas, superponiéndose como escalas de un pez.

una CORTE de ALAS y RUINA

Superponiéndose como sólidos escudos de metal que cada uno llevaba en sus brazos izquierdos, encajándose de tobillo a hombro.

Abajo, las tropas de Keir retumbaron con escudos ensombrecidos resplandeciendo en su lugar ante ellos.

Mor se tamizó hacia nosotros, hacia la colina cubierta de árboles que daba hacia campo donde Cassian había considerado que sería el mejor lugar para golpearlos, basados en la exploración de Azriel. Había una pendiente hacia el césped, para ventaja nuestra. Nos quedamos con el área elevada; un río estrecho y poco profundo yacía no muy lejos del ejército de Hiberno. Cassian me había dicho esa mañana en el rápido desayuno que el éxito en la batalla normalmente no se decía por los números, sino al escoger en dónde luchar.

El ejército de Hiberno pareció darse cuenta de su desventaja en cuestión de segundos.

Pero los Ilirianos habían aterrizado al lado de los soldados de Keir. Cassian, Azriel y Rhys se habían expandido entre la línea frontal, todos vestidos con esa armadura Iliriana, completamente armados como los otros soldados con alas: la mano izquierda sujetando el escudo, la espada Iliriana en la derecha y una variedad de dagas encima de ellos, junto con los cascos.

Los cascos eran las únicas marcas de quiénes eran. A diferencia de las suaves cúpulas de los otros, Rhys, Azriel y Cassian usaban cascos negros cuyas protecciones de mejillas habían sido modeladas y elevadas hacia arriba como alas de cuervos. Por lo que eran como alas filosas que sobresalían a cada lado del casco, justo por encima de la oreja, pero... admití que el efecto era aterrador. Especialmente con las dos espadas atadas a través de sus espaldas, los guantes que cubrían cada parte de sus manos, y los Sifones brillando entre el armamento negro de Cassian y Azriel.

El propio poder de Rhys daba vueltas alrededor de él, alistándose para martillar el flanco derecho mientras Cassian apuntaba al izquierdo. Rhys tenía que conservar su poder en caso de que llegara el rey. O peor, el Caldero.

Este ejército, a pesar de ser grande, no parecía ser liderado por el rey. O Tamlin. O Jurian. Apenas un heraldo invasor de la fuerza por venir,

pero lo bastante grande para hacer daño... podíamos observar fácilmente el daño detrás del ejército, las nubes de humo que manchaban el cielo de verano sin nubes.

Mor y yo dijimos poco en las horas que siguieron.

Yo no tenía fuerza para las palabras, para ninguna clase de discurso coherente mientras observábamos. Ya fuera por sorpresa o pura suerte, no había señales de ese veneno fae. Estaba inclinada a agradecerle a la Madre por eso.

Incluso si esta mañana cada soldado en nuestro campo había mezclado el antídoto de Nuan con su comida, este no serviría para *bloquear* armas cubiertas de veneno fae si atravesaba escudos rotos. Solo detenerse contra la sofocante magia, si llegaba a contactarse ya sea a través de ese condenado poder o al ser empalado con un arma cubierta de esta. Suerte, mucha suerte de que no se haya usado hoy.

Porque ver la carnicería, la fina línea de control... no había lugar para mí en aquellas líneas frontales, donde los Ilirianos luchaban por la fuerza de su espada, su poder, y la confianza en el hombre de al lado de. Incluso los soldados de Keir lucharon como uno, obedientes e inquebrantables, azotando con sombras y acero. Yo hubiese sido una figura en esa impenetrable armada, y lo que Cassian y los Ilirianos soltaran sobre Hiberno...

Cassian se lanzó contra ese flanco izquierdo. Los Sifones empezaron a soltar estallidos de poder que a veces rebotaban en los escudos, a veces encontraban su blanco y destrozaban carne y hueso.

Pero había escudos mágicos de Hiberno desplegados... Rhys, Azriel y Cassian enviaron explosiones de su propio poder para destruirlos. Dejándolos vulnerables a aquellos Sifones, o al acero puro Iliriano. Y los que no cayeron... Keir y sus Brujos Oscuros se encargaron de estos. Con precisión. Con frialdad.

El campo se volvió un pozo de barro manchado de sangre. Cuerpos brillaban en el sol de la mañana con la luz rebotando sobre su armamento. Hiberno entró en pánico ante la inquebrantable línea Iliriana que los empujaba y empujaba hacia atrás. Que los estaba machacando.

Y cuando ese flanco izquierdo se rompió, cuando sus nobles cayeron o se giraban y huían... los demás soldados de Hiberno también empezaron a llenarse de pánico.

Hubo un comandante en su caballo que no se fue fácil. Que no volteó su caballo hacia el río tras ellos para hacer su escape.

Cassian lo seleccionó como su oponente.

Mor apretó mi mano lo suficientemente fuerte para hacer daño cuando Cassian salió de ese frente inquebrantable de escudos y espadas, los soldados al lado de él cerraron inmediatamente la brecha. Había lodo y sangre salpicada en el casco negro de Cassian y en su armamento.

Se deshizo de su escudo para la primera ronda y agarró la espada que mantenía en la espalda labrada del mismo negro metal.

Y luego se lanzó en una carrera.

Podría haber jurado que incluso Rhys se detuvo al otro lado de la batalla para observar a Cassian abrirse camino a través de aquellos soldados enemigos, apuntando hacia el comandante de Hiberno sobre su caballo. Quien se dio cuenta de qué y quién estaba viniendo a por él y empezó a buscar una mejor arma.

Cassian había nacido para esto, para estos campos, para el caos, la brutalidad y el cálculo.

No dejó de moverse, parecía saber en dónde luchaba cada oponente tanto adelante como atrás, parecía respirar el flujo de la batalla a su alrededor. Incluso dejó que el escudo de sus Sifones cayera para acercarse, para *sentir* el impacto de las espadas que chocaba contra ese escudo negro. Si lanzaba ese escudo contra un soldado, su otro brazo ya estaba balanceando su espalda ante el siguiente oponente.

Nunca había visto nada igual: la habilidad y la precisión. Era como un baile.

Debo haberlo dicho en voz alta porque Mor dijo:

—Eso es la batalla para él. Una sinfonía. —Sus ojos no se quitaron del baile de muerte de Cassian.

Tres soldados fueron lo suficientemente valientes o estúpidos para tratar de ir contra él. Cassian los tuvo caídos y muertos con cuatro maniobras.

—Santa Madre —exhalé.

Era él quien me había estado entrenando. Era el motivo por el que los Fae temblaban ante su nombre. Porque los guerreros Ilirianos habían estado suficientemente celosos para quererlo muerto. Pero ahí estaba Cassian, nadie entre él y el comandante.

El comandante había encontrado una lanza descartada. La lanzó. Rápido y seguro. Me quedé sin aliento mientras ésta volaba en espiral hacia Cassian. Sus rodillas se doblaron, sus alas se apretaron, su escudo se retorció...

Recibió la lanza en el escudo con un impacto que podría haber jurado escuchar, luego quitó el eje y siguió corriendo.

En un segundo, Cassian había enfundado tanto el escudo como la espada en su espalda. Y hubiese preguntado porqué pero él ya había agarrado otra lanza caída. Ya estaba lanzando, su cuerpo entero sincronizado con el lanzamiento, con movimiento tan perfecto que supe que un día lo pintaría.

Ambos ejércitos parecieron detenerse por el lanzamiento.

Incluso a tal distancia, la lanza de Cassian llegó a su objetivo. El pecho del comandante fue alcanzado de una forma tan fuerte que lanzó al hombre fuera de su caballo. Para el momento en que éste cayó al suelo, Cassian estaba allí.

Su espada atrapó la luz del sol mientras la levantaba y la bajaba.

Cassian había escogido bien su objetivo. Hiberno ahora estaba escapando. Se dieron la vuelta y escaparon hacia el río. Pero Hiberno encontró el ejército de Tarquin esperando al otro lado, en el lugar exacto que Cassian le había ordenado que apareciera.

Atrapados entre los Ilirianos y los Portadores de Oscuridad de Keir a sus espaldas, y doscientos soldados de Tarquin al otro lado del estrecho río...

Era más difícil de observar... aquél sacrificio.

una CORTE ALAS y RUINA

—Se ha terminado —me dijo Mor.

El sol estaba en lo alto del cielo, el calor se elevaba con cada minuto.

—No necesitas ver esto —agregó.

Porque algunos de los soldados de Hiberno se estaban rindiendo. Estaban de rodillas.

Dado que era el territorio de Tarquin, Rhys le dio la decisión de qué hacer con los prisioneros.

A la distancia, vi a Tarquin en su armadura... más vistosa que la de Rhysand, pero aún así brutal. Las aletas de pescado y escamas parecían ser el tema, y su capa azul volaba por el lodo detrás de él mientras caminaba sobre los cuerpos caídos para llegar hasta los pocos cientos de sobrevivientes del enemigo.

Tarquín miró fijamente al lugar en que se arrodillaban los enemigos, el casco enmascaraba sus rasgos.

Rhys, Cassian y Azriel monitoreaban de cerca, hablaban con Keir y los capitanes Ilirianos. No vi muchas alas entre los caídos en el campo. Una misericordia.

Esa era la única misericordia, según parecía, porque Tarquin hizo un gesto con su mano.

Algunos de los soldados de Hiberno empezaron a pedir clemencia a gritos, empezaron a escucharse sus ofertas de vender información, incluso a nosotros.

Tarquín apuntó a unos cuantos de ellos, y estos fueron llevados por sus soldados. Para ser interrogados. Y dudaba de que fuera placentero. Pero los otros...

Tarquin estiró su mano hacia ellos.

Me tomó un segundo darme cuenta por qué los soldados de Hiberno estaban luchando y golpeándose así mismo, algunos tratando de alejarse a rastras. Pero entonces uno de ellos colapsó y la luz del sol atrapó su rostro. E incluso a la distancia, podía decir... podía decir que era agua lo que burbujeaba saliendo de sus bocas.

Salía de los labios de todos los soldados de Hiberno mientras Tarquin los ahogaba sobre la tierra seca.

No vi a Rhys o a los otros durante horas, no cuando él dio la orden que el campo de guerra Iliriano se iba a mover de la frontera de la Corte de Invierno y se reconstruiría al borde del campo de batalla. Así que Mor y yo nos tamizamos desde y hacia los campos mientras el éxodo empezaba. Finalmente trajimos a mis hermanas, pero esperamos hasta que muchos de los cuerpos hubiesen sido convertidos en tierra negra por Rhysand. La sangre y lodo permanecía, pero el campo mantenía una buena posición para rendir... o perder tiempo encontrando otra.

Elain no parecía importarle. No parecía siquiera notar que la habíamos tamizado. Ella solo fue de su carpa a los brazos de Mor, luego a la misma carpa reconstruida en el nuevo campamento.

Nesta sin embargo... le dije apenas llegó que todos estaban bien. Pero cuando nos tamizamos al campo de batalla... ella miró fijamente el campo ensangrentado y enlodado. Ante las armas de los soldados de ambas cortes, saqueado del enemigo caído.

Nesta escuchó a los soldados Ilirianos de bajo rango, susurrando sobre cómo Cassian había lanzado esa lanza, cómo había cortado soldados como tallos de trigo, cómo había luchado como Enalius, el dios guerrero más antiguo y el primero de los Ilirianos.

Parecía que había pasado un tiempo desde que habían visto a Cassian en una batalla abierta. Desde que se habían dado cuenta de que había sido joven en la Guerra y ahora... por las miradas que daban a Cassian mientras pasaba... eran las mismas que aquellos Grandes Señores le habían dado a Rhys cuando vieron su poder. Igual a ellos, y sin embargo, eran los Otros.

Nesta observó, y escuchó todo, mientras el campamento era construido alrededor nuestro.

Ella no preguntó a dónde habían ido los cuerpos antes de su llegada. Ignoró completamente el campamento que Keir y sus Portadores de

Oscuridad habían construido al lado nuestro: los soldados armados de negro que se burlaban de ella, de mí, de los Ilirianos. No, Nesta solo se aseguró de que Elain estuviera durmiendo en su carpa, y luego ofreció cortar lino para los vendajes.

Estábamos haciendo justo eso en la mañana temprana cuando Rhys y Cassian se acercaron, aún en su armadura. No se sabía el paradero de Azriel.

Rhys tomó asiento en el tronco en el que yo estaba sentada, su armadura hizo un ruido metálico y presionó silenciosamente un beso en mi frente. Apestaba a metal, sangre y sudor.

Su casco hizo un sonido contra el suelo a nuestros pies. Silenciosamente le entregué una jarra de agua, y quise agarrar un vaso cuando Rhys solo alzó el contenedor de metal y tomó directamente de este. El agua le chorreó por los lados y chocó contra el metal negro que cubría sus muslos, y cuando finalmente lo dejó, se veía... cansado. En sus ojos, Rhys se veía fatigado.

Pero Nesta había saltado a sus pies y miraba fijamente a Cassian, al casco que había colocado bajo el hueco de su brazo, a las armas que todavía se asomaban desde su hombro, con necesidad de ser limpiadas. Su cabello oscuro colgaba suelto con sudor, su rostro estaba salpicado de lodo donde incluso el casco no había evitado que entrara.

Pero ella miró sus siete Sifones, las piedras rojas estaban oscuras. Y luego dijo:

—Estás herido.

Rhys volteó su atención ante eso.

El rostro de Cassian era severo, sus ojos estaban vidriosos.

—Está bien. —Incluso las palabras estaban enlazadas con cansancio. Pero ella buscó su brazo, su brazo del escudo.

Cassian pareció dudar, pero se lo ofreció y dio un toque con la mano sobre el Sifón de su palma. La armadura se retiró en un suave desliz una fracción sobre su antebrazo, revelando...

—A estas alturas deberías saber que no es prudente caminar con una herida —dijo Rhys un poco tenso.

una CORTE ALAS y RUINA

—Estaba ocupado —dijo Cassian, no quitando su enfoque de Nesta mientras ella estudiaba la muñeca hinchada. Cómo lo había detectado a través del armamento... debió haberlo visto en sus ojos, su postura.

No me había dado cuenta de que hubiera estado observando lo suficiente al general Iliriano para notar tales hecho.

—Y será arreglado por la mañana —agregó Cassian, retándole a Rhys a decir lo contrario.

Pero los dedos pálidos de Nesta exploraron suavemente su piel dorada y él siseó a través de sus dientes.

— ¿Cómo lo arreglo? —preguntó. Su cabello había sido atado en un nudo suelto por encima de su cabeza, y en las horas que habíamos estado trabajando para alistarnos y distribuir suministros a los sanadores, a través del calor y la humedad, zarcillos se habían soltado para curvarse alrededor de su frente y su nuca. Un color tenue había manchado sus mejillas por el sol, y sus antebrazos, desnudos debajo de las mangas que se había remangado, estaban manchados de lodo.

Cassian se sentó lentamente en el tronco donde ella había estado sentada hace un momento, gruñendo suavemente como si incluso ese movimiento lo agotaba.

—Normalmente ayuda enfriarlo, pero envolverlo lo encajará en su lugar lo suficiente para que el esguince se repare solo...

Ella buscó la canasta de vendajes que había estado preparando, luego la jarra a sus pies.

Estaba tan cansada como hacer algo más que observar mientras ella lavaba su muñeca, su mano, sus propios dedos gentiles. Demasiado cansada para preguntar si ella poseía la magia para sanarlo. Cassian parecía demasiado cansado para hablar también mientras ella envolvía vendajes alrededor de su muñeca, solo gruñendo para confirmar si estaba muy apretado o suelto, si ayudaba en algo. Pero él la observó, no quitó sus ojos de su rostro, de sus cejas fruncidas y sus labios apretados en concentración.

Y cuando ella lo ató, cuando su muñeca estuvo envuelta en blanco, cuando Nesta quiso retroceder, Cassian apretó sus dedos con su mano buena. Ella levantó su mirada hacia él.

—Gracias —dijo él con voz ronca.

Nesta no apartó su mano.

No abrió la boca para una respuesta mordaz.

Solo lo miró fijamente, al ancho de sus hombros, incluso más poderosos en esa hermosa armadura negra, a la columna fuerte de su cuello bronceado debajo de este, a sus alas. Y luego a sus ojos color avellana, aún clavados en su rostro.

Cassian rozó un pulgar por la parte de atrás de su mano. Nesta abrió su boca finalmente, y yo me abracé...

— ¿Estás herido?

Ante el sonido de la voz de Mor, Cassian apartó su mano y se volteó hacia Mor con una sonrisa perezosa.

—Nada por lo que debas llorar, no te preocupes.

Nesta apartó la mirada de su rostro y la bajó hacia sus ahora manos vacías, a sus dedos todavía curvados como si su palma siguiera ahí. Cassian no miró a Nesta mientras ella se levantaba, agarrando la jarra, y murmuraba algo sobre conseguir más agua en el interior de la carpa.

Cassian y Mor cayeron a sus bromas normales, riendo y bromeándose sobre la batalla y los que quedaban.

Nesta no volvió a salir durante un buen rato.

Ayudé con los heridos largo rato hacia la noche, Mor y Nesta trabajaron conmigo.

Un largo día para todos nosotros, sí, pero los otros... habían luchado durante horas. Desde el apretado ángulo del mentón de Mor mientras atendía a los Portadores de Oscuridad e Ilirianos heridos, supe que varios de los recuentos de la batalla estaban en ella, no por las historias de gloria y sangre, sino por el simple hecho de que ella no había estado allí para luchar a su lado.

Pero entre las fuerzas de los Portadores de Oscuridad y los Ilirianos... me preguntaba en dónde lucharía ella. A quién comandaría o a quién respondería. Definitivamente no a Keir, pero... todavía estaba pensándolo cuando finalmente me deslicé entre las sábanas calientes de mi cama y curvé mi cuerpo en el de Rhys.

Su brazo se deslizó inmediatamente sobre mi cintura, apretándome más cerca.

—Hueles a sangre —murmuró en la penumbra.

—Lo siento —dije. Me había lavado las manos y antebrazos antes de deslizarme en la cama, pero un baño completo... apenas había logrado caminar a través del campamento hacia unos momentos.

Rozó una mano sobre mi cintura, por mi cadera.

—Debes estar exhausta.

—Y *tú* deberías de estar durmiendo —reprendí, moviéndome más cerca, dejando que su calidez y su aroma me envolvieran.

—No puedo —admitió y sus labios rozaron mi frente.

—¿Por qué?

Su mano se deslizó por mi espalda, y me arqueé a las largas caricias en mi columna.

—Me toma un tiempo... situarme después de una batalla. —Habían pasado horas de horas desde que la lucha había cesado. Los labios de Rhys empezaron un viaje desde mi frente hacia mi mentón.

E incluso con el peso del cansancio presionándome, mientras su boca rozaba mi mentón, mientras mordía mi labio inferior... supe lo que él estaba pidiendo.

Rhys ahogó un respiro mientras yo trazaba los contornos de su estómago musculoso, mientras me maravillaba de su piel, de la fuerza de su cuerpo debajo de este.

Presionó un beso ligero en mis labios.

—Si no estás muy cansada —comenzó, incluso cuando se puso completamente tenso mientras mis dedos continuaron su viaje, más allá de los músculos esculpidos de su abdomen.

Le respondí con un beso. Otro. Hasta que su lengua se deslizó sobre la costura de mis labios y los abrí para él.

Nuestra unión fue rápida, y fuerte y estaba clavando mis uñas en su espalda antes que el final se destrozara en nosotros, llevando mis manos sobre sus alas.

Durante unos largos minutos después, permanecimos allí, mis piernas lanzadas sobre sus hombros, el subir y bajar de su pecho empujando contra el mío en un eco persistente del movimiento de nuestros cuerpos.

Luego se retiró, bajando suavemente mis piernas de sus hombros. Besó la parte interior de cada una de mis rodillas mientras lo hacía, colocándolas a cada lado de él mientras se levantaba para arrodillarse ante mí.

Los tatuajes en sus rodillas estaban casi oscurecidos por las sábanas arrugadas, el diseño estrechado con la posición. Pero tracé mis dedos sobre lo alto de aquellas montañas, las tres estrellas entintadas encima de estas, mientras él permanecía arrodillado entre mis piernas, bajando la mirada hacia mí.

—Pensé en ti cada momento que pasé en el campo de batalla —dijo suavemente—. Me enfocó, me centró... me permitió superarla.

Acaricié aquellos tatuajes en sus rodillas de nuevo.

—Me alegra. Creo... creo que alguna parte de mí estaba allí abajo en ese campo de batalla contigo también. —Miré a su armadura, limpia y colocada en un maniquí cerca de la pequeña área de vestimenta. Su casco con alas brillaba como una estrella oscura en la penumbra—. Ver esa batalla hoy... se sintió diferente de la de Adriata. —Rhys solo escuchó, aquellos ojos estrellados pacientes—. En Adriata, yo no... —Luché por las palabras—. El caos de la batalla en Adriata fue más fácil de alguna manera. No *fácil*, quiero decir...

—Sé qué quieres decir.

Suspiré, sentándome así estuve rodilla a rodilla y cara a cara con él.

—Lo que estoy tratando y miserablemente fallando en explicar es que los ataques como el de Adriana, el de Velaris... puedo luchar en ellos. Hay gente que defender, y el desorden de esas... yo puedo, con gusto lucharé en aquellas batallas. Pero lo que vi hoy, esta clase de guerra... —Tragué—. ¿Estarías avergonzado de mí si admito que no estoy segura de estar lista para ese tipo de batalla?

Línea contra línea, balancear la espada y empuñarla hasta que no supiera si subía o bajaba, hasta que el lodo y la sangre nublaran la línea entre el enemigo y el rival, confiar tanto en los guerreros a mi lado como en mi propio conjunto de habilidades. Y la cercanía, los sonidos y la escala real del baño de sangre...

Tomó mi rostro en sus manos, besándome una vez.

—Nunca. Jamás podría estar avergonzado de ti. Desde luego no por esto. —Mantuvo su boca cerca de la mía, compartiendo aliento—. La batalla de hoy *fue* diferente de la de Adriata y Velaris. Si tuviéramos más tiempo para entrenarte con una unidad, podrías luchar fácilmente entre las líneas y aguantar. Pero solo si quisieras. Y por ahora, estas batallas iniciales... estar metida en ese matadero no es algo que deseo para ti. —Me besó de nuevo—. Somos una pareja —dijo contra mis labios—, si alguna vez deseas luchar a mi lado, será un honor para mí.

Aparté mi cabeza frunciendo el ceño hacia él.

—Ahora me siento como una cobarde.

Rozó un pulgar sobre mi mejilla.

—Nadie jamás pensaría eso de ti, no con todo lo que has hecho, Feyre. —Hizo una pausa—. La guerra es horrible, y desordenada e imperdonable. Los soldados que luchan solo es una fracción de esta. No subestimes lo mucho que significa para ellos verte aquí, verte atendiendo a los heridos y participando en estas reuniones y consejos.

Lo consideré, dejando que mis dedos se deslizaran sobre los tatuajes Ilirianos, sobre su pecho y sus hombros.

Y tal vez fue el brillo después de nuestra unión, tal vez la batalla de hoy, pero... le creí.

El ejército de Tarquin no se mezcló con el nuestro como el de Keir, sino que acampó al lado. Azriel lideró equipo tras equipo de exploradores para encontrar al resto de los huéspedes de Hiberno, descubrir su siguiente movimiento... pero nada.

Me pregunté si Tamlin estaba con ellos, si le había susurrado a Hiberno todo lo que había sido discutido en esa reunión. La debilidad entre las cortes. No me atreví a preguntarle a nadie.

Pero sí me atreví a preguntarle a Nesta si sentía el poder del Caldero turbulento. Piadosamente, ella reportó que no sentía nada malo. Incluso entonces... sabía que Rhys estaba frecuentemente revisando a Amren en Velaris... preguntándole si había hecho algún descubrimiento sobre el Libro.

E incluso si ella descubría alguna forma alterna de conseguir ese Caldero... primero necesitábamos saber dónde estaba escondiéndose el rey del resto de su ejército. Y no para poder enfrentarlo, no a solas. No, así podríamos llevar a otros para que terminaran el trabajo.

Pero solo una vez supimos dónde estaba el resto del ejército de Hiberno, dónde iba a soltar a Bryaxis. No haría ningún bien que Hiberno supiera de la existencia de Bryaxis y ajustara sus planes. No, solo cuando ese ejército completo estuviera sobre nosotros... solo entonces lo lanzaría.

Los primeros tres días después de la batalla, los ejércitos sanaron a sus heridos y descansaron. Para el cuarto, Cassian les ordenó que hicieran tareas domésticas para evitar cualquier inquietud y oportunidades de peligrosas quejas. Su primera orden: cavar una zanja alrededor de todo el campamento.

Pero el quinto día, la zanja ya a medio terminar, Azriel apareció, jadeando, en mitad de nuestra carpa de guerra.

De alguna manera Hiberno nos había bordeado completamente y había enviado una fuerza que marchaba por la grieta entre las Cortes de Otoño y Verano. Dirigiéndose hacia la frontera de la Corte de Invierno.

una CORTE de ALAS y RUINA

No podíamos dar con una razón del por qué. Azriel no había descubierto una tampoco. Estaban a mitad de un día de vuelo de nosotros. Él ya había enviado advertencias a Kallias y Viviane.

Rhys, Tarquin, y los otros debatieron durante horas, pesando las posibilidades. Abandonar este lugar por la frontera, y podíamos jugar en los planes de Hiberno. Pero dejar ese ejército del norte desatendido y podrían seguir marchando hacia el norte tan lejos como quisiera. No podíamos dividir en dos nuestro ejército, no había suficientes soldados para hacerlo.

Hasta que Varian apareció con una idea.

Despidió a todos los capitanes y generales, Keir y Devlon no se vieron nada complacidos ante la orden mientras salían: despidió a todos menos a su hermana, Tarquin, y mi propia familia.

—Marchamos al norte... y *nos* quedamos.

Rhys alzó una ceja. Cassian frunció el ceño. Pero Varian colocó un dedo en el mapa expandido en la mesa en la que nos habíamos reunido.

—Coloca un glamour, uno bueno. Así si cualquiera entra aquí, verán, escucharán y olerán un ejército. Pon cualquier hechizo para que los repele de venir aquí. Pero deja que los ojos de Hiberno reporten que todavía estamos aquí. Que decidimos quedarnos aquí.

—Mientras marchamos al norte bajo un escudo que impida vernos —murmuró Cassian, frotando su mentón—. Podría funcionar. —Agregó con una sonrisa hacia Varian—: Si alguna vez te cansas de toda esa luz del sol, puedes venir a jugar con nosotros en Velaris.

Aunque Varian frunció el ceño, algo brilló en sus ojos.

Pero Tarquin le dijo a Rhys:

—¿Podrías lograr tal engaño?

Rhys asintió y me guiñó el ojo.

—Con asistencia de mi compañera.

Rogaba haber descansado lo suficiente mientras todos me miraban.

Estaba casi drenada para el momento en que Rhys y yo habíamos terminado esa noche. Seguí sus instrucciones, marcando rostros y detalles, deseando que esa magia de cambia forma se labrara del aire fino, darle vida propia.

Era como... aplicar una película delgada sobre aquellos en el campamento, que luego separaría cuando nos fuéramos; la separaría y se formaría su propia entidad que caminaría y hablaría y haría todo tipo de cosas aquí. Mientras nosotros marchábamos para interceptar al ejército de Hiberno, escondido de la vista por Rhys.

Pero funcionó. Cresseida, con la habilidad de los glamours, trabajó personalmente con los soldados de la Corte de Verano. Ella y yo estábamos jadeantes y sudorosas horas después, y asentí dando gracias mientras me entregaba un termo de agua. Ella no era una guerrera entrenada como su hermano, pero era una sólida y necesitada presencia entre el ejército; los soldados la buscaban por su guía y estabilidad.

Nos mudamos de nuevo, una bestia mucho más grande de la que había volado hasta aquí. Los soldados de la Corte de Verano y la legión de Keir no podían volar, pero Tarquin cavó profundamente en sus reservas y los tamizó junto con nosotros. Él estaría completamente vacío para el momento en que llegáramos al enemigo, pero insistió en que era mejor luchando con acero de todos modos.

Encontramos el ejército de Hiberno al norte del enorme bosque que se estiraba a través de la frontera este de la Corte de Verano.

Azriel había explorado la tierra en adelante para Cassian y la dispuso en preciso detalle. Era lo suficientemente tarde del día que Hiberno se estaba alistando para pasar la noche.

Cassian había dejado su ejército por el resto del día, anticipando eso. Sabiendo que al final de un largo día de marchar, las fuerzas de Hiberno estarían exhaustas, aturdidas. Otra regla de la guerra, me había dicho. Saber *cuándo* escoger tus batallas podría ser igual de importante que en dónde las peleabas.

Aterrizamos con las nubes llenas de lluvia barriendo desde el este y el sol hundiéndose entre los árboles detrás de nosotros—sicómoros y robles se elevaban a lo alto. Rhys rompió el glamour que nos rodeaba.

Él quería que se dispersara la noticia, quería que se dispersara entre las fuerzas de Hiberno, *quien* se encontraría con ellos en cada giro. Quién los mataría.

Pero ellos ya lo sabían.

De nuevo, observé desde el campamento encima de un borde ancho que llevaba hacia un pequeño valle herboso donde Hiberno había planeado descansar. Elain se metió en su carpa en el momento en que los guerreros Ilirianos lo construyeron. Solo Nesta caminó hacia el borde de las carpas para observar la batalla en el valle de debajo. Mor se unió a ella, luego yo.

Nesta no se estremeció por el choque y ruido de la batalla. Ella solo miró fijamente hacia la figura armada de negro, dirigiendo las líneas, su orden ocasional de *empujar* o de *que aguante ese flanco* ladrando a través de la batalla.

Porque esta batalla... Hiberno había estado preparado. Y la apariencia que habían dado de un ejército cansado listo para descansar por la noche... había sido una estrategia, como había sido la nuestra.

Los soldados de Keir habían empezado a bajar primero, chisporroteando sombras. Sus líneas frontales se curvaban.

Mor lo observó con su rostro de piedra. No tenía duda de que estaba medio esperando que su padre se uniera a los muertos que se estaban apilando. Incluso cuando Keir logró reunir a los Portadores de Oscuridad, rearmó esa línea frontal solo después de que Cassian le había rugido que lo arreglara. Y al otro lado del campo...

Rhys y Tarquin estaban lo suficientemente drenados que de hecho estaban batallando espada a espada contra los soldados. Y de nuevo, ninguna señal del rey, de Jurian o Tamlin.

Mor estaba saltando de un pie al otro, mirándome de vez en cuando. La matanza, la brutalidad... le cantaba a alguna parte de ella. Estar aquí conmigo... no era donde deseaba estar.

Pero esto... correr tras ejércitos, peleando por estar al frente... no nos proveería una solución. No por mucho.

una CORTE ALAS RUINA

Los cielos se abrieron, y la batalla se convirtió en una matanza fangosa pura. Sifones destellaron, los soldados murieron. Hiberno empuñó su propia magia ante nuestras fuerzas, las flechas cubiertas de veneno fae finalmente hicieron una aparición, junto con las nubes, que piadosamente no duró demasiado con la lluvia. Y no nos afectó—ni un poco—con el antídoto de Nuan en nuestros sistemas. Solo aquellas flechas que fueron hábilmente eludidas con escudos o total destrucción de sus tallos, dejaron la piedra para caer inofensivamente desde cielo.

Aun así, Cassian, Azriel y Rhys siguieron peleando, siguieron matando. Tarquin y Varian aguantaron, esparciendo sus soldados para ayudar los soldados de Keir, una vez más fundidos en una línea.

Demasiado tarde.

A la distancia, a través de la lluvia, podíamos ver perfectamente mientras la línea oscura de los soldados de Keir caían en una embestida del calvario de Hiberno.

—Mierda —exhaló Mor, apretando con fuerza mi brazo, suficiente para dejar marca, la lluvia del cálido verano empapaba nuestras ropas, nuestros cabellos—. *Mierda*.

Como una dique roto, los soldados de Hiberno se propagaron, haciendo que la fuerza de Keir se partiera en dos. El grito de Cassian era audible incluso desde lo alto de la colina, luego estaba volando, esquivando flechas y lanzas, sus Sifones tan oscuros que apenas lo protegían contra estos. Podría haber jurado que Rhys le rugió una orden... una que Cassian ignoró mientras aterrizaba en medio, en *medio* de aquellas fuerzas enemigas rompiendo nuestras líneas, y se liberaba.

Nesta inhaló un jadeo alto y ronco.

Más y más: Hiberno nos asediaba cada vez más. El poder de Rhys golpeó a su flaco, tratando de hacerlos retroceder. Pero su poder estaba drenado, exhausto por la pasada noche. Cayeron docenas ante aquellas sombras, más que cientos.

—Re formad las líneas —murmuraba Mor, soltándome para ir de un lado a otro con lluvia corriendo por su rostro—. ¡Re formad las malditas líneas!

Cassian lo estaba intentando. Azriel se había lanzado en la lucha, nada más que sombras rodeadas de luz azul, batallando su camino hacia donde Cassian luchaba, completamente rodeado.

—Santa Madre —dijo suavemente Nesta.

No de admiración. No, no, aquello era horror en su voz. Y también se escuchó en la mía mientras decía:

—Ellos pueden arreglar esto. —O rezaba que pudieran.

Incluso si esta batalla... esta no era todo lo que Hiberno tenía por ofrecer en contra de nosotros. Este no era todo lo que tenían que ofrecer, y aun así estábamos siendo replegados, echados atrás, atrás... El corazón de la batalla se encendió en color rojo como una explosión de brasas. Un círculo de soldados murió.

Pero más de los soldados de Hiberno se alinearon alrededor de Cassian. Incluso Azriel no podía llegar a su lado. Mi estómago se retorció, una y otra vez.

Hiberno había escondido la mayoría de su fuerza en algún lugar. Nuestros exploradores no pudieron encontrarlo. *Azriel* no pudo encontrarlo. Y Elaine... ella no podía ver ese enorme ejército, había dicho. En sus sueños despierta y dormida.

Sabía poco de la guerra, de batalla... se sentía como intentar parchear los agujeros de un bote que se hunde.

Mientras nos empapaba la lluvia, mientras Mor iba de un lado a otro y maldecía ante la matanza, y los cuerpos de nuestro empezaban a apilarse, las líneas deshechas... me di cuenta de lo que tenía que hacer, si no podía estar ahí abajo, luchando.

A quién tenía que cazar... y preguntarle sobre la ubicación del verdadero ejército de Hiberno.

La Suriel.

Capítulo 57

Traducido por Mais

—Absolutamente no —dijo Mor cuando la aparté a unos pasos de Nesta, el estruendo de la batalla y la lluvia ahogaba nuestras voces—. *Absolutamente no.*

Lancé mi cabeza hacia el valle más abajo.

—Ve y únete a ellos. Estás desperdiciada aquí. Ellos te necesitan. —Era cierto—. Cassian y Az *te necesitan* para hacer avanzar las líneas frontales. —Porque los Sifones de Cassian estaban empezando a chisporrotear.

—Rhys me *matará* si te dejo aquí.

—Rhys no hará tal cosa, y lo sabes. Tiene guardas alrededor de este campamento, y no estoy completamente indefensa, ya lo sabes.

No estaba *mintiendo* exactamente, pero... La Suriel muy bien podría no aparecer si Mor estaba allí. Y si le decía a dónde estaba yendo... no tenía duda de que *insistiría* en venir conmigo.

No teníamos el lujo de esperar a que Jurian nos diera información. Sobre muchas cosas. Necesitaba irme... ahora.

—Ve a luchar. Haz que estos imbéciles de Hiberno chillen un poco.

Nesta alejó suficiente su atención de la matanza como para agregar:

—Ayúdalos.

Porque ahí estaba Cassian, haciendo otro lanzamiento hacia el comandante de Hiberno. Esperando asustar a sus soldados de nuevo.

Mor frunció el ceño profundamente, se balanceó sobre uno de sus pies.

—Solo... estate atenta. Ambas.

de ALAS
CORTE y RUINA

Le di una mirada torcida, justo antes de que ella saliera corriendo a su carpa. Esperé hasta que emergió de nuevo, llena de armas, y me hizo un saludo antes de tamizarse lejos. Hacia el campo de batalla.

Justo al lado de Azriel, cuando que un soldado casi lanzaba un golpe en su espalda. Mor pasó su espada a través de la garganta del soldado antes de que pudiera lanzar ese golpe. Y luego empezó a cortar camino hacia Cassian, hacia la línea frontal rota más allá de él, su mojado cabello dorado era un rayo de luz del sol entre el lodo y la armada negra.

Los soldados empezaron a gritar. Gritaron un poco más cuando Azriel, con sus Sifones azules centellando, cayó a su lado. Juntos, surcaron un camino hacia Cassian... o lo intentaron.

Lo hicieron tal vez a diez pies antes de que fueran rodeados de nuevo. Antes de que la presión de cuerpos hizo que incluso el cabello de Mor se desvaneciera bajo lodo y lluvia.

Nesta se colocó una mano en la garganta desnuda y bañada en lluvia. Cassian empezó otro asalto contra el capitán de Hiberno, más lento esta vez de lo que había sido.

Tenía que irme ahora... con urgencia. Me alejé un paso de la mirada. Mi hermana entrecerró sus cejas hacia mí.

— ¿Te vas?

—Volveré pronto —fue todo lo que dije. No me atreví a preguntar cuánto de nuestro ejército quedaría cuando volviera.

Para el momento en que me fui, Nesta ya estaba enfrentando la batalla una vez más, la lluvia aplastando su cabello contra su cabeza. Resumiendo su interminable vigilia al general batallando en la base del valle.

Tenía que rastrear al Suriel.

Y aunque Elain no podía ver al ejército de Hiberno... valía la pena intentarlo. Su carpa estaba en la penumbra, y silenciosa... los sonidos de

CORTE ALAS
Y RUINA

matanza lejos, como un sueño. Ella estaba despierta, mirando fijamente al vacío, al techo de lona.

—Necesito que encuentres algo por mí —dije, dejando caer agua en todos lados mientras colocaba un mapa a través de sus muslos. Tal vez no tan gentil como debería, pero al menos se enderezó ante mi tono. Parpadeó ante el mapa de Prythian—. Se llama Suriel, es uno de los muchos que lleva ese nombre. Pero... tiene este aspecto —dije, y busqué su mano para mostrarle. Dudé—: ¿Te lo *puedo* enseñar?

Los ojos marrones de mi hermana brillaron.

—Plantar la imagen en tu mente —aclaré—. Así sabes en dónde buscar.

—No sé cómo buscar —balbuceó Elain.

—Puedes intentarlo. —Debería haberle pedido a Amren que la entrenara también. Pero Elain me estudió a mí, al mapa, y luego asintió.

No tenía escudos mentales, sin barreras. Las puertas a su mente... hierro sólido, cubierto de parras de flores... o hubiese estado así. Las flores estaban selladas, capullos durmientes, arrojados en marañas de hojas y espinas. Tomé un paso más allá de estos, justo hacia la antecámara de su mente, y planté la imagen del Suriel allí, tratando de infundirla con seguridad... la verdad de que se veía aterrador pero no me había hecho daño.

Aun así, Elain se estremeció cuando me retiré.

—¿Por qué?

—Tiene respuestas que yo necesito. Inmediatamente. —O podría no *quedar* mucho de nuestro ejército para luchar al completo ejército de Hiberno una vez que lo localizara.

Elain de nuevo miró al mapa. A mí. Luego cerró sus ojos.

Sus ojos se movieron debajo de sus párpados, la piel tan delicada y sin color que las venas azules debajo eran como pequeños arroyos.

—Se mueve... —susurró—, se mueve a través del mundo como... como el respiro del viento del oeste.

—¿A dónde se dirige?

Su dedo se levantó, colgando sobre el mapa, las cortes. Lentamente, lo dejó caer.

—Hacia aquí —exhaló—. Marcha hacia aquí. En este momento.

Miré el lugar en que había dejado caer su dedo y sentí la sangre drenarse de mi rostro.

El Medio.

El Suriel se estaba dirigiendo hacia ese antiguo bosque en el Medio. Directo al sur... a tal vez millas...

De la Tejedora del Bosque.

Me tamicé en cinco saltos. Estaba sin respiración, mi poder casi drenado gracias al glamour que había hecho ayer, la llama invocada que había usado para secarme, y la tamización que me había llevado de la batalla directo al corazón de ese bosque antiguo.

El aire pesado y liso era tan horrible como lo recordaba, el bosque grueso con musgo que ahogaba las hayas retorcidas y las piedras grises esparcidas por todos lados. Luego estaba el silencio.

Me preguntaba si de hecho debería haber traído a Mor conmigo mientras escuchaba. Mientras lanzaba lo que quedaba de mi magia en buscar de cualquier señal.

El musgo amortiguó mis pasos mientras caminaba. Observando, escuchando. Qué tan lejos, qué tan pequeña se sentía esa batalla al sur.

Mi trago de saliva fue alto en mis oídos.

Cosas aparte de la Tejedora rondaban en estos bosques. Y la misma Tejedora... Stryga, el Bone Carver la había llamado así. Su hermana. Ambos hermanos de una horrible y criatura masculina merodeando en otra parte del mundo.

Saqué mi daga Iliriana, el metal cantando en el aire espeso.

PARADISE SUMMERLAND FORO

Pero una antigua y ronca voz preguntó detrás de mí:

— ¿Has venido a matarme o rogar mi ayuda una vez más, Feyre Archeron?

una **CORTE** de ALAS **RUINA** y

Capítulo 58

Traducido por Vale

Me giré, pero no enfundé la espada en mi espalda.

La Suriel estaba a unos cuantos metros de distancia, no estaba vestida con la túnica que le había dado meses atrás, sino una diferente, más pesada y oscura, con el tejido ya rasgado y destrozado. Como si el viento en el que viajó la hubiera roto con garras invisibles.

Solo unos meses desde que la vi por última vez: cuando me había dicho que Rhys era mi compañero. Podría haber sido una vida atrás.

Sus dientes enormes repiqueteaban débilmente.

—Tres veces ya, nos hemos encontrado. Tres veces ya, me has cazado. Esta vez enviaste al cervatillo tembloroso en mi busca. No esperaba ver a esos ojos de corderito mirándome desde el otro lado del mundo.

—Lo siento si fue una violación —dije tan firmemente como pude—. Pero es un asunto urgente.

—Quieres saber dónde esconde Hiberno su ejército.

—Sí. Y otras cosas. Pero empecemos con eso.

Una sonrisa horrible y odiosa.

—Ni siquiera yo puedo verlo.

Mi estómago se tensó.

—¿Puedes ver todo menos eso?

La Suriel inclinó la cabeza de una manera que me recordó que era un depredador. Y no había un vínculo que lo retuviera esta vez.

—Él usa la magia para ocultarlo... magia mucho más antigua que yo.

—El Caldero.

Otra sonrisa horrible.

—Sí. Esa cosa poderosa y perversa. Ese cuenco de vida y muerte. — Se estremeció con lo que podría haber jurado era deleite—. Ya tienes a alguien que puede encontrar a Hiberno.

—Elain dice que no puede verlo... ver más allá de su magia.

—Entonces utiliza a la otra para rastrearlo.

—Nesta. ¿Utilizar a *Nesta* para rastrear el Caldero?

—Como polos que se atraen. El Rey de Hiberno no viaja sin el Caldero. Así que donde éste esté, estarán él y su ejército. Dile a la hermosa ladrona que lo encuentre.

El vello de mis brazos se erizó.

— ¿Cómo?

Dobló la cabeza, como si estuviera escuchando.

—Si es inexperta... los huesos hablarán por ella.

—Adivinar... ¿quieres decir que adivine con huesos?

—Sí. —Las túnicas andrajosas flotaban en un viento fantasmal—. Huesos y piedras.

Tragué de nuevo.

— ¿Por qué el Caldero no reaccionó cuando uní al Libro y recité el hechizo para anular su poder?

—Porque no aguantaste el tiempo suficiente.

—Me estaba matando.

— ¿Creíste que podrías liberar su poder sin coste alguno?

Mi corazón tartamudeó.

— ¿Tengo que... que morir para que se detenga?

—Cuán dramático corazón humano. Pero sí, ese hechizo te habría drenado la vida.

— ¿Hay... hay algún otro hechizo que pueda utilizar en su lugar? Para anular sus poderes.

—Si hubiera tal cosa, todavía tendrías que acercarte lo suficiente al Caldero para hacerlo. Hiberno no cometerá ese error dos veces.

Tragué.

—Incluso si anulamos el Caldero... ¿será suficiente para detener a Hiberno?

—Depende de tus aliados. Si sobreviven lo suficiente para luchar después.

—¿El Bone Carver marcaría una diferencia? —*Y Bryaxis.*

La Suriel no tenía párpados. Pero sus ojos lechosos se llenaron de sorpresa.

—No puedo verlo, no a él. Él no es... nacido de esta tierra. Su hilo no ha sido tejido. —Su boca retorcida se tensó—. Quieres salvar a Prythian tanto que te arriesgarías a desatarlo.

—Sí.

En el momento en el que localizara ese ejército, desataría a Bryaxis sobre él. Pero en cuanto al Carver...

—Él quería un... regalo. A cambio. El Ouroboros.

La Suriel dejó escapar un sonido que podría haber sido un jadeo, de alegría u horror, no lo sabía.

—El Espejo de los Principios y Finales.

—Sí... pero... no puedo reclamarlo.

—Tienes miedo de mirar. De ver lo que hay dentro.

—¿Me volverá loca? ¿Me romperá?

Era un esfuerzo no estremecerse ante aquella cara monstruosa, los ojos lechosos y la boca sin labios. Todo concentrado en mí.

—Solo tú puedes decidir qué te rompe, Rompemaldiciones. Solo tú. —No era una respuesta, no realmente. Ciertamente no lo suficiente para arriesgarse a reclamar el espejo. La Suriel volvió a escuchar aquel viento fantasmal—. Dile a la mensajera de ojos plateados que la respuesta está en la segunda y la antepenúltima página del Libro. Juntas contienen la clave.

— ¿La clave de *qué*?

La Suriel chasqueó sus dedos huesudos juntos, como los muchos miembros de un crustáceo, golpearon uno con el otro.

—La respuesta a lo que necesitas para detener a Hi...

Me tomó un segundo registrar lo que sucedió.

Para identificar la cosa de madera que rasgó a través de la garganta de la Suriel como una flecha de ceniza. Para darme cuenta de que lo que salpicó mi rostro, aterrizó en mi lengua y que sabía cómo tierra, era sangre negra.

Para darme cuenta de que el golpe seco antes de que la Suriel pudiera incluso gritar... más flechas.

La Suriel tropezó de rodillas, de su boca salía un sonido ahogado.

Había tenido miedo del Naga aquel día en el bosque. Sabía que podía ser asesinada.

Me dirigí hacia ella, palmeando un cuchillo con la mano izquierda, con la espada inclinada hacia arriba.

Otra flecha se disparó, y me agaché detrás de un árbol nudoso.

La Suriel soltó un grito ante el impacto. Las aves se dispersaron volando, y mis oídos resonaron...

Y entonces su respiración pesada y húmeda llenó el bosque. Hasta que una rítmica voz femenina canturreo:

— ¿Por qué te habla a ti, Feyre, cuando ni siquiera se dignó hablar conmigo?

PARADISE SUMMERLAND FORO

Conocía esa voz. Esa risa debajo de las palabras.

Ianthe.

Ianthe estaba aquí. Con dos soldados de Hiberno detrás de ella.

una **CORTE** de ALAS **RUINA** y

Capítulo 59

Traducido por Vale

Asimilé mis alrededores mientras me ocultaba detrás del árbol. Estaba exhausta, pero... podría tamizarme. Podría tamizarme y desaparecer. Sin embargo... las flechas de fresno que habían clavado en la Suriel...

Me encontré con sus ojos mientras yacía allí, sangrando sobre el musgo.

Las mismas flechas de fresno que habían derribado a Rhys. Pero las de mi compañero habían sido cuidadosamente colocadas para incapacitarlo.

Estas habían apuntado a matar.

Aquella boca de dientes demasiado grandes formó una palabra silenciosa. *Corre.*

—Le llevó *días* al Rey de Hiberno extraer lo que me hiciste —ronroneó Ianthe, con su voz acercándose—. Todavía no puedo usar la mayor parte de mi mano.

No respondí. Tamizarme... debía tamizarme.

La sangre negra goteaba del cuello de la Suriel, esa punta de la flecha era vulgar mientras sobresalía de su gruesa piel. No podía curarla, no con esas flechas de fresno todavía en su carne. No hasta que estuvieran fuera.

—Oí de boca de Tamlin cómo capturaste a este —continuó Ianthe acercándose cada vez más—. Así que adapté tus métodos. Y no me dijo *nada*. Pero ya que has hecho contacto tantas veces, el abrigo que *yo* le di... —pude oír la sonrisa en su voz—. Un simple hechizo de rastreo, un regalo del rey. Para ser activado en tu presencia. Si volvías a contactar.

Corre, la Suriel volvió a articular, con la sangre goteando por sus labios marchitos.

Eso era dolor en sus ojos. Dolor real, tan mortal como cualquier criatura. Y si Ianthe la llevaba viva a Hiberno... La Suriel sabía que era una posibilidad. Me había rogado por libertad una vez... pero estaba dispuesta a ser capturada. Para que yo corriera.

Sus ojos lechosos se entrecerraron, en dolor y comprensión. *Sí*, parecía decir. *Vete*.

—El rey construyó escudos en mi mente —contestó Ianthe—, para evitar que me dañaras otra vez cuando te encontrara.

Miré alrededor del árbol para espiarla de pie al borde del claro, frunciendo el ceño a la Suriel. Llevaba sus túnicas pálidas, con esa piedra azul que coronaba su capucha. Solo dos guardias con ella. Incluso después de todo este tiempo... aún me subestimaba.

Me agaché antes de que pudiera verme. Me encontré con la mirada de la Suriel una vez más. Y le dejé leer cada una de las emociones que se solidificaron en mí con absoluta claridad.

La Suriel comenzó a sacudir la cabeza. O trató de hacerlo. Pero le di una sonrisa de despedida. Y entré en el claro.

—Debería haberte cortado la garganta esa noche en la tienda —le dije a la sacerdotisa.

Uno de los guardias me disparó una flecha.

La bloqueé con una pared de aire duro que instantáneamente colapsó. Drenado... me drenó casi por completo. Y si tomaba otro golpe de una flecha de fresno...

El rostro de Ianthe se tensó.

—Si fuera tú, reconsideraría cómo me hablas. Seré tu mejor defensora en Hiberno.

—Supongo que tendrás que atraparme primero —dije con frialdad... y corrí.

Podría haber jurado que el antiguo bosque se movió para hacer sitio para mí.

También podría haber jurado leer mis últimos pensamientos a la Suriel, y despejar el camino. Pero no para ellos.

Lancé cada pedazo de fuerza a mis piernas, para mantenerme erguida, mientras corría a través de los árboles, saltando sobre rocas y arroyos, esquivando rocas cubiertas de musgo.

Sin embargo, esos guardias, *Ianthe*, lograron mantenerse cerca, incluso mientras juraban a los troncos que parecían moverse en su camino, las rocas que se soltaban bajo sus pies. Solo tenía que escapar de ellos durante un tiempo.

Solo por unos pocos kilómetros. Alejarlos de la Suriel, comprarle tiempo para huir. Y asegurarme de que *pagaran* por lo que habían hecho. Por todo.

Abrí mis sentidos, dejándolos guiar el camino. El bosque hizo el resto.

Tal vez me estaba esperando. Tal vez había ordenado a los bosques abrir un sendero.

Los guardias de Hiberno se me acercaban. Mis pies volaron debajo de mí, rápidos como un ciervo.

Comencé a reconocer los árboles, las rocas. Allí, había estado con Rhys... allí, había coqueteado con él. Allí, él había descansado en lo alto de una rama mientras me esperaba.

El aire detrás de mí se bifurcó... una flecha.

Me giré hacia la izquierda, casi estrellándome contra un árbol. La flecha se desvió. La luz cambió adelante... más brillante. El claro.

Dejé escapar un gemido de alivio que me aseguré de que oyeran.

Salí de la línea de árboles en un salto, con las rodillas estallando mientras volaba sobre las piedras que conducían a esa cabaña de techo de paja y cabellos.

—*Ayúdame* —exhalé, asegurándome de que oyeran también eso.

La puerta de madera ya estaba medio abierta. El mundo se ralentizaba y aclaraba con cada paso, cada latido del corazón, mientras me precipitaba sobre el umbral.

Y entraba en la cabaña de la Tejedora.

Capítulo 60

Traducido por Vale

Agarré la manija de la puerta cuando pasé el umbral, cavando mis talones y tirando cada pedazo de fuerza en mis brazos para evitar que esa puerta se cerrase. Que me encerrara dentro.

Manos invisibles empujaron contra ella, pero apreté los dientes y apoyé un pie contra la pared, con el hierro mordiéndome las manos.

La habitación detrás de mí estaba oscura.

—Ladrona —entonó una voz encantadora en la oscuridad.

—Ya sabes —replicó Ianthe desde afuera de la cabaña, mientras sus pasos se desaceleraban en un paseo—, que tendremos que matar a todo el que esté ahí dentro contigo. Que egoísta de tu parte, Feyre.

Jadeé, manteniendo la puerta abierta, asegurándome de que no pudieran verme desde el otro lado.

—Has visto a mi mellizo —susurró suavemente la Tejedora, con un asomo de asombro—. Lo huelo en ti.

Afuera, Ianthe y la guardia se acercaron cada vez más. Más y más cerca.

En algún lugar de la habitación, la *sentí* moverse. La sentí ponerse de pie. Y dar un paso hacia mí.

—¿Qué eres? —susurró la Tejedora.

—Feyre, puedes ser bastante tediosa —dijo Ianthe. Justo afuera. Apenas podía distinguir sus ropas pálidas a través de la grieta entre la puerta y el umbral—. ¿Crees que puedes emboscarnos ahí dentro? Vi tu escudo. Estás drenada. Y no creo que tu truco *brillante* te ayude.

El vestido de la Tejedora crujió mientras se acercaba más a la oscuridad.

—¿A quién has traído, lobita? ¿A quién me has traído?

Ianthe y sus dos guardias pasaron por encima del umbral. Luego dieron otro paso. Pasaron la puerta abierta. No me vieron en las sombras detrás de ésta.

—La cena —le dije a la Tejedora, girando alrededor de la puerta, hacia la parte exterior. Y solté la manija.

Justo cuando la puerta se cerró de un golpe tan fuerte como para hacer repiquetear la cabaña, vi la bola de luz fae que Ianthe levantó para iluminar la habitación.

Vi el rostro horrible de la Tejedora, esa boca de dientes atónitos abriéndose de par en par con deleite y hambre profana. Una diosa antigua, muerta de hambre de vida. Con una sacerdotisa hermosa ante ella.

Ya estaba lanzándome por los árboles cuando los guardias e Ianthe empezaron a gritar.

Sus gritos interminables me siguieron durante media milla. Cuando llegué al lugar donde había visto caer a la Suriel, se habían desvanecido.

Tumbada, el pecho huesudo de la Suriel palpitaba desigualmente, sus respiraciones eran escasas y lejanas.

Se estaba muriendo.

Me puse de rodillas ante ella, hundiéndome en el musgo ensangrentado.

—Déjame ayudarte. Puedo curarte.

Lo haría de la misma manera que había ayudado a Rhysand. Quitando esas flechas... y ofreciéndole mi sangre.

Alcancé la primera, pero una mano seca y huesuda se posó en mi muñeca.

—Tu magia... —habló con voz ronca—, está gastada. No la... desperdicies.

—Puedo salvarte.

Solo me agarró la muñeca.

—Ya me he ido.

— ¿Qué... qué puedo hacer? —Las palabras se volvieron débiles, frágiles.

—Quédate... —exhaló—. Quédate... hasta el final.

Tomé su mano en la mía.

—Lo siento. —Fue todo lo que pude pensar en decir. Había hecho esto, la había traído aquí.

—Lo sabía —jadeó, sintiendo mi cambio de pensamientos—. Sabía del rastreo... lo sabía.

—¿Entonces por qué venir aquí en absoluto?

—Tú... fuiste amable. Tú... luchaste contra tu miedo. Fuiste... amable —dijo de nuevo.

Empecé a llorar.

—Y tú fuiste amable conmigo —le dije, sin apartar las lágrimas que caían sobre su manto ensangrentado y hecho jirones—. Gracias por... ayudarme. Cuando nadie más lo hizo.

Una pequeña sonrisa en esa boca sin labios.

—Feyre Archeron. —Una respiración difícil—. Te dije que... te quedaras con el Gran Señor. Y lo hiciste.

Su advertencia la primera vez que nos conocimos.

—Tú... te referías a Rhys. —Todo este tiempo. Todo este tiempo...

—Quédate con él... y vive para verlo todo corregido.

—Sí. Lo hice... y así fue.

—No... aún no. *Quédate con él.*

—Lo haré. —Siempre lo haría.

Su pecho se levantó... luego cayó.

—Ni siquiera sé tu nombre —susurré. La Suriel... era un título, un nombre para los de su clase.

Esa pequeña sonrisa otra vez.

— ¿Tiene importancia, Rompemaldiciones?

—Sí.

Sus ojos se atenuaron, pero no me lo dijo. Solo dijo:

—Ahora debes irte. Cosas peores... cosas peores están llegando. La sangre... los atrae.

Apreté su mano huesuda, la piel curtida cada vez más fría.

—Puedo quedarme un poco más.

Había matado suficientes animales para saber cuándo un cuerpo se acercaba a la muerte. Ahora pronto sería cuestión de respiraciones.

—Feyre Archeron —dijo de nuevo la Suriel, mirando el frondoso toldo, el cielo asomándose a través de él. Una inhalación dolorosa—. Una solicitud.

Me incliné cerca.

—Cualquier cosa.

Otra respiración entrecortada.

—Haz de este mundo... un lugar mejor del que encontraste.

Y cuando su pecho se levantó y se detuvo por completo, mientras su aliento escapaba en un último suspiro, entendí por qué la Suriel había venido a ayudarme, una y otra vez. No solo por bondad... sino porque era una soñadora.

Y era el corazón de un soñador el que había dejado de latir dentro de ese pecho monstruoso. Su repentino silencio resonó en el mío.

Puse mi cabeza en su pecho, en esa ahora silenciosa bóveda de hueso, y lloré. Lloré y lloré, hasta que hubo una mano fuerte en mi hombro.

No conocía el olor, la sensación de esa mano. Pero conocí la voz cuando Helion me dijo suavemente:

—Vamos, Feyre. No es seguro aquí. Vamos.

Levanté la cabeza. Helion estaba allí, con rasgos sombríos, su piel morena cenicienta.

—No puedo dejarla aquí así —dije, negándome a soltarle la mano. No me importaba cómo Helion me había encontrado. Por qué me había encontrado.

Miró a la criatura caída, apretando la boca.

—Yo me ocuparé de ella. —Quemarla... con el poder del sol.

Dejé que me ayudara a ponerme de pie. Que extendiera una mano hacia ese cuerpo...

—Espera.

Helion obedeció.

—Dame tu túnica. Por favor.

Con las cejas fruncidas, Helion desató el rico manto carmesí fijado en cada hombro.

No me molesté en explicar mientras cubría el cuerpo de la Suriel con la fina tela. Mucho más finos que los odiosos trapos que Iantre le había dado. Coloqué suavemente la túnica del Gran Señor alrededor de sus hombros amplios, de sus brazos huesudos.

—Gracias —le dije una última vez a la Suriel, y me alejé.

La llama de Helion era un blanco puro y cegador. Quemó a la Suriel en cenizas en el espacio de un segundo.

—Vamos —dijo Helion de nuevo, extendiendo una mano—. Vamos al campamento.

Fue la bondad de su voz lo que me rompió el pecho. Pero tomé la mano de Helion.

A medida que la cálida luz nos alejaba, podría haber jurado que el montón de cenizas fue esparcido por un viento fantasmal.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 61

Traducido por AnamiletG

Helion me tamizó al campamento. Justo en la carpa de guerra de Rhys.

Mi compañero estaba pálido. Salpicado de sangre y sucio, desde su piel hasta su armadura y cabello.

Abrí la boca para preguntar cómo había ido la batalla, para decir lo que había pasado, no lo sabía.

Pero Rhys solo me alcanzó, doblándome contra su pecho.

Y ante el olor, el calor y la solidez de él... Comencé a llorar de nuevo.

No sabía quién estaba en la carpa. Quien había sobrevivido a la batalla. Pero todos se fueron.

Se fueron, mientras mi compañero me abrazaba, balanceándose suavemente, mientras lloraba y lloraba.

Solo me contó lo que había pasado cuando mis lágrimas se habían calmado. Cuando había lavado la sangre negra de la Suriel de mis manos, mi rostro.

Estaba fuera de la carpa un segundo después, cargando a través del barro, esquivando agotados y cansados soldados. Rhys estaba un paso detrás de mí, pero no dijo nada mientras me empujaba a través de las aletas de otra carpa y hacía balance de qué y quién estaba delante de mí.

Mor y Azriel estaban de pie ante el catre, vigilando cada movimiento que la curandera sentada junto a ellos hacía. Mientras sostenía sus incandescentes manos sobre Cassian.

Comprendí entonces... el silencio que Cassian me había mencionado una vez.

Ahora estaba en mi cabeza mientras miraba su rostro turbio y dolorido... dolorido, incluso en la inconsciencia. Mientras oía su respiración pesada y húmeda. Mientras contemplaba la rebanada que se elevaba desde su ombligo hasta el fondo de su esternón. La carne partida. La sangre, en su mayoría solo un goteo.

Me balanceé, solo para que Rhys me sujetara por los codos.

La curandera no se volvió para mirarme mientras su ceja se agolpaba en concentración, las manos ardiendo de luz blanca. Debajo de ellos, lentamente, los lados de la herida se acercaron el uno al otro.

Si ahora estaba tan mal...

—Cómo —dije con voz ronca.

Rhys me había dicho tres cosas hace un momento: Habíamos ganado... apenas. Tarquin volvió para decidir qué hacer con los supervivientes. Y Cassian había sido gravemente herido.

—¿Dónde estabas? —me dijo Mor. Estaba empapada, ensangrentada y cubierta de barro. Azriel también. Ningún signo de lesiones más allá de cortes menores, misericordiosamente.

Sacudí la cabeza. Dejé entrar a Rhys en mi mente mientras él me sostenía. Le enseñé todo... expliqué lo de Ianthe, lo del Suriel y La Tejedora. Lo que me había dicho. Los ojos de Rhys se habían alejado por un momento, y supe que Amren estaba en camino, el Libro a cuestas. Para ayudar a Nesta a seguir ese Caldero, o intentarlo. Podía explicárselo a Mor.

Él solo sabía que me había ido después de que la batalla se detuvo... cuando se dio cuenta de que Mor había estado luchando. Y que ya no estaba en el campamento. Acababa de llegar a la carpa de Elain cuando Helion avisó que me había encontrado. Usando cualquier don que poseía que le permitiera sentir esas cosas. Y me estaba trayendo de vuelta. Vago, detalles breves.

—¿Está... va a...? —No pude terminar el resto. Las palabras se habían vuelto tan extrañas y difíciles de alcanzar como las estrellas.

—No —dijo la curandera sin mirarme—. Sin embargo, estará dolorido por unos días.

De hecho, había llegado a tocar los dos lados de la herida, para empezar ahora a tejerse juntos.

La bilis me subió por la garganta al ver aquella carne cruda...

—¿Cómo? —pregunté de nuevo.

—No nos quiso esperar —dijo Mor en tono llano—. Él continuó lanzándose... tratando de volver a formar la línea. Uno de sus comandantes lo intentó detener. No se alejaba. Para cuando Az llegó allí, ya había sido herido.

El rostro de Azriel estaba frío como la piedra, incluso mientras sus ojos avellana se fijaban implacablemente en esa herida tejiéndose.

Mor dijo de nuevo:

—¿A dónde *fuiste*?

—Si están a punto de pelear —dijo bruscamente la sanadora—, que sea afuera. Mi paciente no necesita oír esto.

Ninguno de nosotros nos movimos.

Rhys pasó una mano por mi brazo.

—Eres, como siempre, libre de ir donde sea y cuando quieras. Pero lo que creo que Mor está diciendo es... trata de dejar una nota la próxima vez.

Las palabras eran casuales, pero eso era pánico en sus ojos. No, no era el temor de control al que Tamlin había sucumbido una vez, sino... terror genuino de no saber dónde estaba, si necesitaba ayuda. Así como yo querría saber dónde estaba él, si necesitaba ayuda, si desapareció cuando nuestros enemigos nos rodearon.

—Lo siento —dije. A él, a los demás.

Mor no me miró.

—No tienes nada de que disculparte —respondió Rhys, con la mano deslizándose por mi mejilla—. Decidiste tomar las cosas en tus propias manos, y nos dio información valiosa en el proceso. Pero... — Su pulgar acarició mi pómulo—, hemos tenido suerte —exhaló—. Manteniendo un paso adelante, manteniéndonos fuera de las garras de Hiberno. Incluso si hoy... hoy no fue tan afortunado en el campo de batalla. Pero el cínico en mí se pregunta si nuestra suerte está a punto de expirar. Y preferiría que no terminara contigo.

Todos tenían que pensar que era joven e imprudente.

No, dijo Rhys a través del vínculo, y me di cuenta de que había dejado mis escudos abiertos. *Créeme, si supieras la mitad de la mierda que Cassian y Mor han sacado, no lo pensarías. Solo... Dejo una nota. O dime la próxima vez.*

¿Me dejarías ir si lo hiciera?

No te dejo hacer nada. Él inclinó mi rostro hacia arriba, Mor y Azriel mirando a otro lado. Eres tu propia persona, tomas tus propias decisiones. Pero somos compañeros, soy tuyo y tú eres mía. No nos dejamos hacer las cosas, como si dictáramos los movimientos del otro. Pero... podría haber insistido en ir contigo. Más para mi propio bienestar mental, solo para saber que estabas a salvo.

Estabas ocupado.

Una raya de una sonrisa. *Si estuvieras empeñada en ir al Medio, yo me habría desocupado de la batalla.*

Esperé que él me reprendiera por no esperar hasta que hubieran terminado, sobre todo, pero... inclinó su cabeza.

—Me pregunto si la Tejedora te perdona ahora —musitó en voz alta.

Incluso la sanadora parecía comenzar con el nombre, las palabras.

Un escalofrío recorrió mi columna.

—No quiero saberlo.

Rhys soltó una carcajada.

—Entonces, nunca lo averigüemos.

Pero la diversión desapareció cuando volvió a examinar a Cassian. La herida que ahora estaba sellada.

La Suriel no fue tu culpa.

Solté un suspiro cuando los párpados de Cassian comenzaron a moverse y aletear. *Lo sé.*

Ya había añadido su muerte a mi lista cada vez mayor de cosas por las que pronto haría pagar Hiberno.

Pasaron largos minutos y nos quedamos en silencio. No pregunté dónde estaba Nesta. Mor apenas me reconoció. Y Rhys...

Se alzó al pie del catre cuando finalmente los ojos de Cassian se abrieron, y el general soltó un gemido de dolor.

—Eso es lo que obtienes —le reprendió la sanadora, reuniendo sus provisiones—, por ponerte delante de una espada. —Ella le frunció el ceño—. Descansa esta noche y mañana. Sé que no harás caso de hacerlo un tercer día, pero trata de *no* saltar delante de espadas a corto plazo.

Cassian apenas parpadeó con aturdimiento antes de que se inclinara ante mí y Rhys y se marchara.

—Qué mal —preguntó, con voz ronca.

—¿Qué tan grave fue tu lesión? —dijo Rhys suavemente—, ¿o qué tan mal nos patearon el trasero?

Cassian parpadeó de nuevo. Despacio. Como si el sedante que le hubieran dado siguiera dominando.

—Para responder a la segunda pregunta —Rhys continuó, Mor y Azriel retrocediendo un paso o dos cuando algo afilado se presentó en la voz de mi compañero—, nos las arreglamos. Keir tomó golpes fuertes, pero... ganamos. Apenas. Para responder a la primera... —Rhys destelló sus dientes—. No vuelvas a sacar esa mierda de *nuevo*.

El brillo se desgastó de los ojos de Cassian al oír el desafío, la ira, y trató de sentarse. Siseó, frunciendo el ceño ante la roja hilera rabiosa en su pecho.

—Tus tripas estaban colgando fuera, idiota estúpido —dijo Rhys bruscamente—. Az tuvo que sujetártelas.

CORTE ALAS
Y RUINA

De hecho, las manos del Shadowsinger estaban cubiertas de sangre: la sangre de Cassian. Y su rostro... frío de ira.

—Soy un soldado —dijo Cassian en tono llano—. Es parte del trabajo.

—Te di la orden de esperar —gruñó Rhys—. La ignoraste.

Miré a Mor, a Azriel, una silenciosa pregunta de si debíamos quedarnos. Estaban demasiado ocupados viendo a Rhys y Cassian como para notarme.

—La línea se estaba rompiendo —replicó Cassian—. Tu orden era una mierda.

Rhys apoyó sus manos a cada lado de las piernas de Cassian y gruñó en su rostro:

—Yo soy tu *Gran Señor*. No puedes despreciar las órdenes que no te gustan.

Cassian se sentó esta vez, jurando por el dolor que persistía en su cuerpo.

—No presumas de tu rango porque estás enojado...

—Tú y tus malditos teatros en el campo de batalla casi te *mataron*. —E incluso mientras Rhys escupía las palabras, eso era pánico, otra vez, en sus ojos. Su voz—. No estoy enojado. Estoy *furioso*.

—¿Así que se te permite estar loco por nuestras elecciones para *proteger*te... y no se nos permite estar furioso contigo por tu sacrificio de mierda?

Rhys lo miró fijamente. Cassian le devolvió la mirada.

—Podrías haber muerto —fue todo lo que dijo Rhys con voz ronca.

—Y tú también.

Otro golpe de silencio... y en su estela, la cólera cambió.

Rhys dijo en voz baja:

—Aún después de Hiberno... no puedo soportarlo.

Verlo herido. Cualquiera de nosotros dolía.

Y la forma en que Rhys habló, la forma en que Cassian se inclinó hacia adelante, haciendo una mueca de nuevo, y agarró el hombro de Rhys...

Salí de la carpa. Les dejé hablar. Azriel y Mor siguieron detrás de mí.

Entrecerré los ojos ante la luz acuosa, la última antes de la verdadera oscuridad. Cuando mi visión se ajustó... Nesta estaba junto a la carpa más cercana, un cubo de agua vacío entre sus pies. Su cabello era un desorden húmedo encima de su cabeza manchada de barro. Observándonos emerger, su rostro sombrío...

—Él está bien. Sanado y despierto —dije rápidamente.

Los hombros de Nesta cayeron un poco.

Me había salvado del trabajo de cazarla para preguntarle sobre el rastreo del Caldero. Mejor hacerlo ahora, con algo de privacidad. Especialmente antes de que Amren llegara.

Pero Mor dijo fríamente:

—¿No deberías rellenar ese cubo?

Nesta se puso rígida. Mirando a Mor. Pero Mor no se apartó de esa mirada.

Después de un momento, Nesta recogió su cubo, cubriéndola de barro hasta sus espinillas, y siguió, los pasos silbando.

Me volví, encontrando a Azriel caminando hacia la carpa de los comandantes, pero Mor... Lívida. Ella estaba absolutamente *lívica* cuando me miró.

—No se molestó en decirle a nadie que te fuiste.

De ahí la ira.

—Nesta es muchas cosas, pero ciertamente es leal.

Mor no sonrió. No cuando ella dijo:

—Mentiste.

Ella irrumpió en su propia carpa, y con ese comentario... no tuve más remedio que seguirla.

El espacio estaba sobre todo ocupado con su cama y un pequeño escritorio lleno de armas y mapas.

—No *mentí* —dije, haciendo una mueca—. Simplemente... no te dije lo que planeaba hacer.

Ella se quedó boquiabierta.

—Me empujaste *a dejarte*, insistiendo en que estarías a salvo *en el campamento*.

—Lo siento —dije.

—¿Lo siento? *¿Lo siento?* —Levantó los brazos. Bultos de barro salieron volando.

No sabía qué hacer, ni siquiera mirarla a los ojos. La había visto enojada antes, pero nunca... nunca conmigo. Nunca había tenido un amigo con quien pelear, quién se preocupaba lo suficiente.

—Sé todo lo que estás a punto de decir, todas las excusas de por qué no podría ir contigo —espetó Mor—. Pero nada de eso te excusa por mentirme. Si me hubieras explicado, te habría dejado ir... si hubieras *confiado* en mí, te habría dejado ir. O tal vez te hablara de una idea idiota que casi te *mató*. Ellos te están *cazando*. Ellos quieren poner sus manos sobre ti y *usarte*. *Herirte*. Solo has visto una *muestra* de lo que Hiberno puede hacer, en lo que se deleita. Y para romperte a su voluntad, el rey hará *cualquier cosa*.

No sabía qué decir más que:

—Necesitábamos esta información.

—Por supuesto que sí. Pero ¿sabes lo que sentí al mirar a Rhys a los ojos y decirle que *no tenía ni idea* de dónde estabas? ¿Para darse cuenta, por mí mismo, de que habías *desaparecido*, y probablemente me engañaste para que lo permitiera? —Frotó su cara mugrienta, manchando el barro más lejos—. Pensé que eras más inteligente que esto. *Mejor* que este tipo de cosas.

Las palabras enviaron una línea de fuego ardiendo a través de mi visión, quemando mi columna.

—No voy a escuchar esto.

Me volví para irme, pero Mor ya estaba allí, sujetándome el brazo.

—Oh, sí, lo harás. Rhys podría ser todo sonrisas y perdón, pero todavía nos tienes que responder a *nosotros*. Tú eres mi *Gran Señora*. ¿Entiendes lo que significa, lo que implica que no confías en nosotros para ayudarte? ¿Respetar tus deseos si quieres hacer algo sola? ¿Cuándo nos *mientes*?

—¿Quieres hablar de mentir? —Ni siquiera sabía lo que salía de mi boca. Ojalá hubiera matado a Ianthe yo misma, aunque solo fuera para deshacerme de la rabia que se retorció a lo largo de mis huesos—. ¿Y el hecho de que te mientes a ti misma y a todos nosotros *todos los días*?

Se quedó quieta, pero no soltó el brazo.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Por qué nunca has hecho un movimiento por Azriel, Mor? ¿Por qué invitaste a Helion a tu cama? Claramente no encontraste ningún placer en ello, vi la forma en que lucías al día siguiente. Así que antes de que me acuses de mentirosa, te sugiero que mires larga y tendidamente tu propio tasero...

—Eso es suficiente.

—¿Lo es? ¿No te gusta que alguien te presione sobre eso? ¿Sobre tus opciones? Bueno, a mí tampoco.

Mor dejó caer mi brazo.

—Vete.

—Bien.

No miré hacia atrás cuando me fui. Me preguntaba si podía oír el latido de mi corazón en cada paso que tomaba a través del campamento fangoso.

Amren me encontró en veinte pasos, un paquete envuelto en sus brazos.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—Cada vez que me dejan en casa, *alguien* termina siendo eviscerado.

una **CORTE** de ALAS y **RUINA**

Capítulo 62

Traducido por AnamiletG

No pude sonreír a Amren. Apenas podía mantener la barbilla en alto.

Ella miró detrás de mí, como si pudiera ver el camino que había tomado de la carpa de Mor, oler la pelea en mí.

—Ten cuidado —me advirtió Amren mientras me adelantaba a su lado, dirigiéndose a nuestra carpa—, de cómo la presionas. Hay algunas verdades que incluso Morrigan no ha enfrentado.

La furia caliente se deslizaba rápidamente hacia algo frío, mareado y pesado.

—Todos peleamos de vez en cuando, chica —dijo Amren—. Ambas deben enfriarse los talones. Hablen mañana.

—Bien.

Amren me lanzó una mirada aguda, su cabello balanceándose con el movimiento, pero habíamos llegado a mi carpa.

Rhys y Azriel sostenían a Cassian entre ellos mientras lo colocaban suavemente en una silla en el escritorio cubierto de papel. El rostro del general seguía siendo grisáceo, pero alguien había encontrado una camisa para él y se había lavado la sangre. Por la forma en que Cassian se hundía en ese asiento... Debe haber insistido en venir. Y por la forma en que Rhys se molestaba ligeramente en su cabello mientras caminaba hacia el otro lado del escritorio... Eso, la herida también había sido remendada.

Rhys alzó una ceja al entrar, todavía pisoteando un poco. Sacudí la cabeza. *Te diré después.*

Una caricia de garras por mi barrera más íntima, un toque reconfortante.

Amren puso el libro sobre el escritorio con un ruido sordo que resonó en la tierra bajo nuestros pies.

—La segunda y penúltima página —dije, tratando de no vacilar ante el poder del Libro resbalando por la carpa—. La Suriel afirmó que la llave que buscabas está allí. Para anular el poder del Caldero.

Supuse que Rhys le había dicho a Amren lo que había ocurrido, y asumí que le había dicho a alguien que buscara Nesta, ya que ella empujó las pesadas solapas un momento después.

—¿Los trajiste? —preguntó Rhys a Amren mientras Nesta se acercaba silenciosamente a la mesa.

Todavía cubierta de barro hasta las espinillas, mi hermana se detuvo en el otro lado... lejos de donde Cassian ahora se sentaba. Mirándolo. Su rostro no revelaba nada, pero sus manos... Podría haber jurado que un débil temblor onduló entre sus dedos antes de que ella los pusiera en puños y se enfrentara a Amren. Cassian la observó por un momento más antes de girar su cabeza hacia Amren también. ¿Cuánto tiempo estuvo Nesta en lo alto de aquella colina, viendo la batalla? ¿Lo había visto caer?

Amren metió la mano en el bolsillo de su capa de peltre y colocó una bolsa de terciopelo negro sobre el escritorio. Se estremeció y se tambaleó cuando golpeó la madera.

—Huesos y piedras.

Nesta solo inclinó la cabeza al ver la bolsa.

Tu hermana vino inmediatamente cuando le expliqué lo que necesitábamos, dijo Rhys. Creo que ver a Cassian herido la convenció de no pelear hoy.

O convenció a mi hermana para pelear con otra persona por completo.

Nesta levantó la bolsa.

—¿Entonces, esparzo esto como haría un charlatán en un callejón sin salida y eso encontrará el Caldero?

Amren soltó una carcajada.

—Algo como eso.

Arcos de barro estaban debajo de las uñas de Nesta. Ella no pareció darse cuenta cuando desató la bolsa pequeña y sacó su contenido. Tres piedras, cuatro huesos. Estos últimos eran marrones y brillaban con la edad; los primeros eran blancos como la luna y lisos como el cristal, cada uno marcado con una letra delgada, que no reconocí.

—Tres piedras por los rostros de la Madre —dijo Amren al ver las cejas levantadas de Nesta—. Cuatro huesos... por la razón que sea, los *charlatanes* me vinieron a la cabeza por algo que no puedo molestarme en recordar.

Nesta resopló. Rhys hizo eco del sentimiento. Mi hermana dijo:

—Entonces, ¿solo debo sacudirlos en mis manos y tirarlos? ¿Cómo voy a dar sentido a algo de eso?

—Podemos averiguarlo —dijo Cassian con voz áspera y cansada—. Pero empieza por sujetarlos en tus manos y pensar en el Caldero.

—Solo no *pienses* en eso —Amren corrigió—. Debes lanzar tu mente *hacia* ello. Encuentra el vínculo que los une.

Incluso yo me detuve a eso. Y Nesta, piedras y huesos ahora en la mano... Ella no hizo ningún movimiento para cerrar los ojos.

—Yo... ¿Debo... tocarlo?

—No —le advirtió Amren—. Solo acércate. Encuéntralo, pero no interactúes.

Nesta seguía sin moverse. No podía usar la bañera, me lo había dicho. Porque los recuerdos que arrastraba...

Cassian le dijo:

—Aquí no hay nada que pueda hacerte daño. —Él aspiró un suspiro, gimiendo suavemente, y se puso de pie. Azriel trató de detenerlo, pero Cassian lo apartó y caminó a paso lento junto mi hermana. Apoyó una mano en el escritorio cuando por fin se detuvo—. Nada puede hacerte daño —repitió.

Nesta seguía mirándolo cuando finalmente cerró los ojos. Me moví, y el ángulo me permitió ver lo que no había detectado antes.

Nesta estaba de pie ante el mapa, un puño de huesos y piedras apretados sobre este. Cassian permanecía a su lado, con la otra mano sobre la parte baja de su espalda.

Y me maravillé por el toque que ella permitía... me maravillaba tanto como la mano manchada de barro que sostenía. La concentración que se asentó sobre su rostro.

Sus ojos se movieron bajo sus párpados, como si estuviera explorando el mundo.

—No veo nada.

—Ve más profundo —urgió Amren—. Encuentra esa atadura entre ustedes.

Ella se tensó, pero Cassian se acercó y ella se acomodó de nuevo.

Pasó un minuto. Luego otro.

Un músculo se contrajo en la frente de Nesta. Su mano se balanceó.

Su aliento llegó luego rápido y duro, sus labios se curvaron hacia atrás mientras jadeaba entre sus dientes.

—Nesta —advirtió Cassian.

—Silencio —dijo Amren.

Un pequeño ruido salió de ella, uno de terror.

—¿Dónde está, muchacha? —gruñó Amren—. Abre la mano. Déjanos ver.

Los dedos de Nesta solo se apretaban más fuerte, los blancos de sus nudillos tan rígidos como las piedras contenidas dentro de ellos.

Demasiado profunda, lo que hubiera hecho...

Me lancé hacia ella. No físicamente, sino con mi mente.

Si las puertas mentales de Elain eran las de un jardín dormido, la de Nesta... Pertenecían a una antigua fortaleza, aguda y brutal. El tipo que imaginé donde una vez empalaron a la gente.

Pero estaban abiertos. Y dentro...

Oscuridad.

Oscuridad como nunca había visto, incluso con Rhysand.

Nesta.

Di un paso en su mente.

Las imágenes se estrellaron contra mí. Una tras otra, los vi.

El ejército que se extendía hacia el horizonte. Las armas, el odio, el tamaño.

Vi al rey de pie sobre un mapa en una carpa de guerra, flanqueado por Jurian y varios comandantes, el Caldero en el centro de la habitación detrás de ellos.

Y estaba Nesta. De pie en esa carpa, mirando al rey, el Caldero. Congelada en su lugar. Con el miedo sin diluir.

—Nesta.

Ella no pareció oírme mientras los miraba fijamente.

Busqué su mano.

—Lo encontraste. Veo... veo dónde está.

El rostro de Nesta estaba exangüe. Pero finalmente atraje su atención.

—Feyre.

La sorpresa iluminó sus ojos de terror.

—Volvamos —dije.

Ella asintió y nos volvimos. Pero lo sentimos... ambas lo hicimos.

Ni el rey ni los comandantes conspiraron con él. No Jurian mientras jugaba su mortífero juego de engaño. Sino el Caldero. Como si alguna gran bestia dormida hubiera abierto un ojo.

El Caldero parecía sentirnos mirando. Sentirnos *allí*.

Lo sentí revolotear, como si se lanzara hacia Nesta. Cogí a mi hermana y corrí.

—Abre el puño —le ordené mientras corríamos hacia las puertas de hierro—. Ábrelo *ahora*.

Ella solo jadeó, y esa monstruosa fuerza se expandió detrás de nosotros, una ola negra se elevó.

—Ábrelo *ahora*, o entrará aquí. ¡Abre *ya*, Nesta!

Escuché las palabras mientras me echaba fuera de su mente, las oía porque había estado gritando en esa carpa.

Con un jadeo, los dedos de Nesta se abrieron de par en par, esparciendo piedras y huesos sobre el mapa.

Cassian la cogió con un brazo alrededor de la cintura mientras se balanceaba. Siseó de dolor ante el movimiento.

—Qué *demonios*...

—Mira —exhaló Amren.

No hubo lanzamiento que pudiera haberlo hecho, excepto uno bendecido por la magia.

Las piedras y los huesos formaron un círculo perfecto y se cerró alrededor de un punto en el mapa.

Nesta y yo nos pusimos pálidas. Había visto el tamaño de ese ejército, ambas lo hicimos. Mientras Hiberno nos había conducido hacia el norte, dejándonos perseguirlos en estas dos batallas...

El rey había amasado a su ejército a lo largo del borde occidental del territorio humano.

Tal vez a no más de cien millas de la finca de nuestra familia.

Rhys llamó a Tarquin y Helion para mostrarles lo que habíamos descubierto.

Muy pocos. Teníamos muy pocos soldados, incluso con tres ejércitos aquí, para asumir ese ejército. Le había mostrado a Rhysand lo que había visto, y él se lo había enseñado a los demás.

—Kallias llegará pronto —dijo Helion, arrastrando sus manos a través de su cabello de ónix.

—Tendría que traer cuarenta mil soldados —dijo Cassian—. Dudo que tenga la mitad de eso.

Rhys miraba fijamente el cúmulo de piedras y huesos del mapa. Podía sentir la ira de él, no solo hacia Hiberno, sino hacia él mismo por no pensar que Hiberno estuviera deliberadamente jugando con nosotros. Colocándonos aquí.

Habíamos ganado la altura de estas dos batallas: Hiberno había ganado el terreno en esta guerra.

Sabía lo que esperaba en el Medio.

E Hiberno ahora nos había obligado a reunirnos aquí—en este lugar—para que él y su gigantesco ejército pudieran conducirnos hacia el norte. Un barrido limpio desde el sur, eventualmente empujándonos hacia el Medio o forzándonos a rompernos para evitar el letal enredo de árboles y habitantes.

Y si les llevamos la batalla... Podríamos cortejar a la muerte.

Ninguno de nosotros era tan tonto como para arriesgarse a construir planes en torno a Jurian, independientemente de dónde se situara su verdadera lealtad. Nuestra mejor oportunidad era comprar tiempo para que otros aliados llegaran. Kallias. Thesan.

Tamlin había elegido a quién apoyar en esta guerra. Y aunque hubiera escogido a Prythian, se habría quedado con el problema de reunir a una fuerza de la Corte de Primavera después de haber destruido su fe en él.

Y Miryam y Drakon... *No hay tiempo suficiente, me dijo Rhys. Cazarlos, encontrarlos y traer de vuelta a su ejército. Podríamos volver para encontrar que Hiberno ha limpiado nuestro propio ejército fuera del mapa.*

Pero estaba el Carver... si me atreviera a arriesgarme a recuperar su premio. No lo mencioné, no lo ofrecí. No hasta que lo supiera con certeza, una vez que no estuviera a punto de desmayarme por agotamiento.

—Vamos a descansar —dijo Tarquin, soplando un suspiro—. Nos encontraremos mañana al amanecer. Tomar una decisión después de un largo día nunca ayudó a nadie.

Helion estuvo de acuerdo, y se fue. Era difícil no mirar, no comparar sus rasgos con los de Lucien. Su nariz era la misma, misteriosamente idéntica. ¿Cómo nadie se lo había dicho?

Supuse que era la menor de mis preocupaciones. Tarquin frunció el ceño al mapa una última vez y declaró:

—Encontraremos una manera de afrontar esto.

Rhys asintió con la cabeza, mientras que la boca de Cassian se inclinaba hacia un lado. Se había vuelto a colocar en su silla para la discusión, y ahora sorbía una taza de un brebaje curativo que Azriel había traído para él.

Tarquin se apartó de la mesa, justo cuando los pliegues de la carpa se separaban por un par de anchos hombros: Varian. No miró a su Gran Señor, su enfoque se dirigió directamente a donde Amren estaba sentada a la cabecera de la mesa. Como si hubiera sentido que estaba aquí... o alguien lo había informado. Y había venido corriendo.

Los ojos de Amren salieron del Libro mientras Varian se detenía. Una sonrisa tímida curvó sus labios rojos.

Todavía había sangre y suciedad salpicada en la piel marrón de Varian, cubriendo su armadura plateada y su pelo blanco recortado. No parecía notar o preocuparse mientras caminaba a zancadas hacia Amren.

Y ninguno de nosotros se atrevió a hablar mientras Varian caía de rodillas ante la silla de Amren, tomaba su cara de asombro en sus amplias manos y la besaba profundamente.

Capítulo 63

Traducido por Vale

Ninguno de nosotros se quedó mucho después de la cena.

Amren y Varian ni siquiera se molestaron en unirse.

No, ella solo había envuelto sus piernas alrededor de la cintura de él, justo allí frente a nosotros, y él se había quedado en su sitio, levantándola en un movimiento rápido. No estaba completamente segura de cómo Varian logró sacarlos de la carpa mientras aún la besaba, con las manos de Amren arrastrándose por su cabello, soltando ruidos que eran desconcertantemente como ronroneos mientras desaparecían en el campamento.

Rhys había dejado escapar una pequeña carcajada mientras todos miramos boquiabiertos a su paso.

—Supongo que así es como Varian decidió decirle a Amren que se sentía muy agradecido de que ella nos ordenara ir a Adriata.

Tarquin se encogió.

—Alternaremos quién tiene que lidiar con ellos en las fiestas.

Cassian rió roncamente y miró a Nesta, que permanecía pálida y callada. Lo que ella había visto, lo que *yo había* visto en su mente...

El tamaño de ese ejército...

— ¿Comer o dormir? —preguntó Cassian a Nesta, y sinceramente no podía decir si lo había querido decir como una invitación. Debatí decirle que no estaba en condiciones.

Nesta sólo dijo:

—Cama. —Y ciertamente *no* hubo invitación en la agotada respuesta.

una CORTE de ALAS y RUINA

Rhys y yo conseguimos comer, discutimos tranquilamente lo que habíamos visto. El agotamiento pesaba en cada una de mis respiraciones, y apenas había terminado mi plato de cordero asado antes de arrastrarme a la cama y desmayarme sobre las mantas. Rhys me despertó solo para quitarme las botas y la chaqueta.

Mañana por la mañana. Averiguaríamos cómo lidiar con todo mañana por la mañana. Hablaría con Amren sobre convocar finalmente a Bryaxis para ayudarnos a acabar con ese ejército.

Tal vez había algo más que no estábamos viendo. Una oportunidad adicional para la salvación más allá de ese hechizo anulador.

Mis sueños eran un jardín enmarañado con espinas enredadas en mi interior mientras tropezaba con ellas.

Soñé con la Suriel, sangrando y sonriendo. Soñé con la boca abierta de la Tejedora rasgando a Ianthé mientras ella seguía gritando. Soñé con Lord Graysen—tan mortal y joven—de pie al borde del campamento, haciéndole señas a Elain. Diciéndole que vendría por ella. Para volver a casa con él. Que había encontrado una manera de deshacer lo que se le había hecho... para hacerla humana otra vez.

Soñé con aquel Caldero en la carpa de guerra del Rey de Hiberno, tan oscuro y durmiente... y despierto cuando Nesta y yo permanecemos allí, invisibles y sin ser vistas.

Cómo nos había devuelto la mirada. *Reconocido.*

Podía sentir que me observaba, incluso entonces. En mis sueños. Lo sentía extendiendo un antiguo y negro zarcillo hacia mí...

Me desperté con un sobresalto.

El cuerpo desnudo de Rhys estaba envuelto alrededor del mío, su rostro suavizado por el sueño. En la oscuridad de la carpa, escuché.

Las fogatas chisporroteaban en el exterior. Los murmullos soñolientos de los soldados de guardia. El viento susurrando a lo largo de las carpas de lona, chocando contra las banderas que las coronaban.

Escudriñé la oscuridad, escuchando. La piel de mis brazos se erizó.

—Rhys.

Se despertó de inmediato, sentándose erguido.

—¿Qué pasa?

—Algo... —Escuché con tanta fuerza que mis oídos se torcieron. —
Aquí hay algo. Algo no anda bien.

Se movió, acarreado los pantalones y el cinturón del cuchillo. Seguí
el ejemplo, todavía tratando de escuchar, con los dedos tropezando con las
hebillas.

—Soñé —susurré—. Soñé con el Caldero... que volvía a estar
mirando.

—*Mierda*. —La palabra fue un siseo de aliento.

—Creo que abrimos una puerta —dije, metiendo mis pies en mis
botas—. Creo... creo... —No pude terminar la frase mientras me
apresuraba a buscar las solapas de la carpa, con Rhys en mis talones.
Nesta. Tenía que encontrar a Nesta....

El cabello castaño-dorado brilló a la luz del fuego y ella ya estaba
allí, corriendo en mi busca, todavía en camión.

—Tú también lo has oído —jadeó.

Oír... no podía oír, sino *sentir*...

La pequeña figura de Amren salió disparada de una carpa de
campana, usando lo que parecía ser la camisa de Varian. Le llegaba hasta
las rodillas, y ciertamente su dueño estaba detrás de ella, con el pecho
desnudo como Rhys, y los ojos bien abiertos.

Los pies descalzos de Amren estaban salpicados de barro y hierba.

—Ha venido aquí... su poder. Puedo sentirlo... resbala por los
alrededores. *Observa*.

—El Caldero —dijo Varian, frunciendo las cejas—. Pero, ¿es
consciente?

—Husmeamos demasiado profundo —dijo Amren—. Batalla a un
lado, sabe dónde estamos tanto como nosotros sabemos su ubicación.

Nesta alzó la mano.

—Escuchen.

Y entonces lo oí.

Era una canción y una invitación, un grupo de notas cantadas por una voz que era macho y hembra, joven y vieja, inquietante y seductora y...

—No puedo oír nada —dijo Rhys.

—Tú no fuiste Hecho —espetó Amren. Pero nosotras sí. Las tres... Una vez más, el Caldero cantó su canción de sirena.

Cada uno de mis huesos retrocedió.

—¿Qué quiere?

Sentí que se alejaba... sentí que se deslizaba hacia la noche. Azriel salió de las sombras.

—¿Qué es eso? —siseó.

Mis cejas se levantaron.

—¿Lo oyes?

Sacudió la cabeza una vez.

—No... pero las sombras, el viento... están dando vueltas.

El Caldero volvió a cantar. Distante, retirándose.

—Creo que se está yendo —susurré.

Cassian tropezó y se tambaleó hacia nosotros un momento después, con una mano apoyada en su pecho y Mor a sus talones. No me miró, ni yo a ella, mientras Rhys les contaba. De pie juntos en la muerte de la noche...

El Caldero cantó una última nota, luego se quedó en silencio. La presencia, el peso... desapareció.

Amren soltó un suspiro.

—Hiberno debe saber dónde estamos ahora. El Caldero probablemente quería mirar por sí mismo. Después de que nos burláramos de él.

Me froté la cara.

—Oremos para que sea lo último que vemos de él.

Varian inclinó la cabeza.

—Entonces porque las tres... fueron *Hechas*, ¿pueden oírlo?
¿Sentirlo?

—Parece que sí —dijo Amren, pareciendo inclinada a arrastrarlo de vuelta a dondequiera que habían estado, para terminar lo que sin duda aún habían estado haciendo.

Pero Azriel preguntó suavemente:

— ¿Qué hay de Elain?

Algo frío me atravesó. Nesta solo estaba mirando fijamente a Azriel. Mirando y mirando... entonces comenzó a correr.

Sus pies descalzos se deslizaron a través del barro, salpicándome mientras cargábamos hacia la carpa de nuestra hermana.

—Elain... —Nesta abrió la carpa.

Se detuvo en seco tan rápido que me estrellé contra ella. La carpa... la carpa estaba vacía. Nesta se lanzó al interior, levantó las mantas, como si Elain de alguna manera pudiera estar hundida en el suelo.

— ¡Elain!

Gire alrededor del campamento, escudriñando las carpas cercanas. Una mirada a Rhys transmitió lo que habíamos encontrado dentro. Una espada Iliriana apareció en su mano justo antes de que se tamizara.

Azriel caminó a mi lado, directo a la carpa donde Nesta ahora se había parado. Apretó las alas con fuerza al pasar por el estrecho espacio, ignorando el gruñido de advertencia de Nesta y se arrodilló ante el catre.

Pasó una mano llena de cicatrices sobre las mantas arrugadas.

—Todavía están calientes.

Fuera, Cassian estaba gritando órdenes, despertando el campamento.

—El Caldero —exhalé—. El Caldero se estaba desvaneciendo, se va a algún sitio...

Nesta ya se estaba moviendo, corriendo hacia donde habíamos oído esa voz. *Atrayendo* a Elain para que saliera. Sabía cómo lo había hecho. Lo había soñado. Graysen de pie en el borde del campamento, llamándola, prometiéndole amor y sanación.

Llegamos a la arboleda en el borde del campamento, justo cuando Rhys salía de la oscuridad con su espada ahora enfundada en su espalda. Había algo en sus manos. No había ninguna emoción en su cara cuidadosamente neutral.

Nesta soltó un sonido que pudo haber sido un sollozo al darse cuenta de lo que había encontrado en el borde del bosque. Lo que el Caldero había dejado atrás en su prisa por regresar al campo de guerra de Hiberno. O como un regalo burlón.

El manto azul oscuro de Elain, todavía caliente por su cuerpo.

Capítulo 64

Traducido por Mew Rincone

Nesta se sentó dentro de mi tienda con la cabeza entre sus manos. No habló, no se movió. Se envolvió en sí misma, intentando mantenerse entera; así era como se veía. Como yo me sentía.

Elain—robada por el ejército de Hiberno.

Elain había robado algo vital del Caldero. Y en esos momento, Nesta nos buscó a nosotras...El Caldero supo lo que era vital para ella.

Así que el Caldero también se había robado algo.

—La recuperaremos —susurró Cassian desde el lugar en la tumbona de la sala de estar, y la observó con atención. Rhys, Amren y Mor se estaban reuniendo con los demás Grandes Señores, les estaban informando sobre lo ocurrido. Viendo si sabían algo. Si tenían alguna forma de ayudar.

Nesta bajó las manos y levantó la cabeza. Sus ojos estaban al rojo vivo, sus labios en una línea delgada.

—No, no la recuperarán. —Señaló el mapa sobre la mesa—. Vi su ejército. Su tamaño, quién está en él. Lo vi, y no hay ninguna posibilidad de que ninguno penetre en su corazón. Ni siquiera tú —añadió cuando Cassian abrió la boca de nuevo—. No estando herido.

Y lo que Hiberno haría con Elain, seguramente ya lo estaría haciendo...

Desde las sombras cercanas a la entrada de la tienda, dijo Azriel como si respondiera a algún tipo de debate tácito.

—Yo la recuperaré.

Nesta deslizó su mirada hacia el shadowsinger. Los ojos avellanas de Azriel brillaban de color dorado en la penumbra.

—Entonces morirás —dijo Nesta.

una CORTE ALAS y RUINA

Con un brillo de furia en su mirada fija, Azriel repitió:

—La recuperaré.

Podría tener una oportunidad de infiltrarse con las sombras. Pero habían guardas que tener en consideración, y magia antigua, y esos encantamientos del Rey y el Caldero...

Durante un momento, vi el conjunto de pinturas que había comprado Elain con el dinero extra que había ahorrado. La de color rojo, amarilla y azul, las que usé para pintar el cajón de nuestra cabaña. No había pintado en años, no me había atrevido a gastar nada de dinero en mí... pero Elain lo había hecho.

Me puse de pie. Me encontré con la mirada furiosa de Azriel.

—Voy contigo —le dije.

Azriel solo asintió con la cabeza.

—Nunca se acercarán lo bastante al campamento —advirtió Cassian.

—Voy a entrar caminando directamente.

Mientras arrugaban las cejas, cambié. No con glamour, sino un cambio verdadero de rasgos.

—Mierda —dijo Cassian en un respiro cuando estuvo hecho.

Nesta se puso de pie.

—Puede que sepan que ya está muerta.

Porque el rostro que ahora poseía, el cabello que ahora lucía, era el de Ianthe. Casi agotó lo que quedaba de mi magia. Cualquier otra cosa...podía ser que no me quedara suficiente para mantener los rasgos en su sitio. Pero había otras formas. Otras rutas. Para el resto de lo que necesitaba.

—Necesito uno de tus sifones —le dije a Azriel. El azul era un poco más profundo, pero en la noche...podrían no notar la diferencia.

Extendió la palma de su mano y una piedra redonda, plana y azul apareció en ella, y la arrojó en mi dirección. Envolví mis dedos alrededor de la cálida piedra, su poder palpó en mis venas como el latir de un corazón mientras Cassian miraba.

—¿Dónde está el herrero?

El herrero del campamento no hizo ninguna pregunta cuando le entregué los candelabros de plata de mi tienda y el Sifón de Azriel. Cuando le pedí que elaborara un anillo. Rápido.

Podría haberle tomado tiempo a un herrero mortal, días tal vez. Pero uno Feérico...

Cuando terminó, Azriel había acudido a la sacerdotisa del campamento y le había pedido un conjunto de sus ropas. Tal vez no era idéntica a la de Ianthe, pero se acercaba lo suficiente. Como Alta Sacerdotisa, nadie se atrevería a mirarla de demasiado cerca. De hacerle preguntas.

Acababa de poner el aro en la parte superior de mi capucha cuando Rhys rondó hasta nuestra tienda. Azriel estaba afilando su Portador de la Verdad con un enfoque implacable, Cassian afilaba las armas que debería llevar bajo el atuendo, encima de mi ropa de cuero Iliriana.

—Sentirá tu poder —le dije a Rhys antes de que pudiera hablar.

—Lo sé —dijo Rhys con voz ronca. Y me di cuenta que los otros Grandes Señores habían llegado vacíos.

Mis manos empezaron a temblar. Conocía las probabilidades. Sabía a lo que me enfrentaría allí. Lo había visto en la mente de Nesta hacía unas horas.

Rhys cortó la distancia entre nosotros y me sostuvo las manos. Me miró, no a la cara de Ianthe, sino al alma que podía ver debajo.

—Hay guardas custodiando el campamento. No podrás tamizarte. Tienes que entrar y salir. Entonces podrás saltar hasta aquí.

Asentí.

Rozó un beso en mi frente.

—Ianthe vendió a tus hermanas —dijo con voz aguda y dura—. Es justo que la utilices para recuperar a Elain.

una CORTE ALAS y RUINA

Agarró ambos lados de mi cara y nos acercó nariz con nariz.

—No te distraigas. No tardes. Eres una guerrera, y los guerreros saben cuándo elegir sus batallas.

Asentí con nuestro aliento mezclado.

Rhys gruñó.

—Ellos han tomado lo que es nuestro. Y no permitiremos que esos crímenes queden impunes. —Su poder se agitó y giró a mí alrededor.

—No tengas miedo —susurró Rhys—. No vaciles. No te rindas. Entra, encuéntrala y vuelve a salir.

Asentí de nuevo sosteniendo su mirada fija.

—Recuerda que eres un lobo. No se te puede enjaular.

Besó mi frente una vez más y mi sangre palpitó, hirvió, aulló por hacer correr sangre.

Empecé a organizar las armas que Cassian había alineado en ordenadas filas sobre la mesa, Rhys me ayudó con las correas y los giros, colocándolas de forma que no pudieran ser vista de debajo de mi túnica. La única que no podía acomodar era la espada Iliriana, no había forma de ocultarla y poder sacarla con facilidad. Cassian me dio una daga extra para compensar su ausencia.

—Entras y sales, Shadowsinger —le dijo Rhys a Azriel mientras caminaba junto al jefe de espías, percibiendo el peso de las armas y el flujo de la pesada túnica—. No me importa a cuantos tengas que matar para hacerlo. Las dos salen.

Azriel dio un grave y firme asentimiento.

—Lo juro, Gran Señor.

Palabras formales. Títulos formales.

Agarré la mano más cercana de Azriel, el peso de su Sifón presionaba mi frente sobre la capucha. Miramos a Rhys, a Cassian y Nesta, a Mor...cuando apareció sin aliento en medio de los pliegues de la tienda. Sus ojos se lanzaron hacia mí, luego al Shadowsinger, y brillaron con estupor, miedo...

Pero nos habíamos ido.

La brisa oscura de Azriel era diferente de la de Rhys. Más fría. Más afilada. Cortaba el mundo como una espada mientras nos lanzaba hacia el campamento del ejército.

La noche seguía en lo alto, con el amanecer a quizás dos horas de distancia cuando aterrizamos en un espeso bosque en una colina oculta en las afueras del poderoso campamento.

El rey había usado los mismos hechizos que Rhys había puesto alrededor de Velaris y nuestras propias fuerzas. Hechizos que lo ocultaran de la vista, que persuadiría a la gente que se acercara demasiado.

Habíamos aterrizado en su interior, gracias a los detalles de Nesta. Con una vista perfecta de la ciudad en la que se extendían los soldados en la extensa noche.

Las hogueras ardían, eran tan números como estrellas. Las bestias crujían y gruñían, tiraban de sus correas y cadenas. Una y otra vez que ese ejército se expandía, un terror agazapado se bebía la vida de la tierra.

Azriel se desvaneció en negrura silenciosamente, hasta que quedó mi sombra y nada más.

Sacudí la pálida túnica de la Sacerdotisa, ajusté el aro en mi cabeza y comencé a descender la colina.

Directo al corazón del ejército de Hiberno.

Capítulo 65

Traducido por Mary Rhysand & YoshiB

La primera prueba sería la más peligrosa e informativa.

Pasar a través de los guardas apostados en el borde del campamento, y saber si habían escuchado algo de la caída de Ianthe. Averiguar qué clase de poder manejaba Ianthe aquí.

Mantuve mis rasgos en esa beatífica y bonita máscara que siempre había colocado en su rostro, con la cabeza en alto, mi anillo de emparejamiento dado la vuelta y en la otra mano me puse unas pocas pulseras de plata que Azriel había tomado de la sacerdotisa del campamento. Las dejé tintinear con fuerza, como hacía ella, como un gato con una campana en el cuello.

Una mascota, supongo que Ianthe no era más que una mascota para el rey.

No podía ver a Azriel, pero podía sentirlo, como si el Sifón se desfilara al igual que el collar de Ianthe era una cuerda. Él vivía en cada lugar de sombras, avanzando y retrocediendo.

Los seis guardias flanqueando la entrada del campamento observaron a Ianthe saliendo de la oscuridad con disgusto enmascarado. Calmé mi corazón, me convertí en ella, limpia y tímida, vana y depredadora, santa y sensual.

No me detuvieron cuando los pasé y caminé en la larga avenida que cortaba hacia el final del campamento. No lucieron confusos o expectantes.

No me atreví a relajar los hombros, o incluso soltar un suspiro de alivio total. No mientras me dirigía por la amplia arteria bordeada por tiendas de campaña y forjas, fuegos y... y cosas que no miré, ni siquiera me volví hacia los sonidos que salían de ellos asediándome.

Este lugar hacia que la Corte de Pesadillas pareciera una sala de estar humana llena de mujeres bordando almohadas en comparación.

Y en algún lugar de este infierno... Elain. ¿El Caldero la había presentado al rey? ¿O estaba entre aquí y allá, atrapada en cualquier mundo oscuro que el Caldero ocupara?

Había visto la tienda del rey en la escena de Nesta. No parecía estar tan lejos como ahora, elevándose como una bestia gigantesca y espinosa desde el centro del campamento. La entrada a ella presentaría otro conjunto de obstáculos.

Si llegábamos así de lejos sin ser notados.

La hora de la noche avanzaba a nuestro favor. Los soldados que estaban despiertos, o estaban ocupados en actividades de diversa gravedad, o estaban en guardia y deseando poder estarlo. El resto estaba dormido. Era extraño, me di cuenta, con cada paso rebotando y sonido titilante de joyas hacia el corazón del campamento, considerar que Hiberno realmente necesitaba descansar.

De alguna forma había asumido que estaban más allá de eso: míticos e interminables en su fuerza y rabia.

Pero lo estaban también, cansados. Y hambrientos. Y dormidos.

Quizás no tan fácil como la mayoría de los humanos, pero, con dos horas hasta el amanecer, teníamos suerte. Una vez que el sol mostrara las sombras, sin embargo... haría demasiado claras algunas lagunas en mi traje...

Era difícil escudriñar las carpas que pasábamos, difícil de enfocar el sonido del campamento mientras pretendía ser alguien totalmente acostumbrada a ello. Ni siquiera sabía si Ianthe tenía una carpa aquí, si era permitida cerca del rey cuando lo deseara.

Lo dudaba, dudaba que pudiéramos entrar paseando en su carpa personal y encontrar donde demonios se hallaba Elain.

Una hoguera masiva ardía y crujía cerca del centro del campamento, los sonidos de la fiesta llegaron mucho antes de que tuviera una buena visión.

Supe en cuestión de segundos que la mayoría de los soldados no estaban durmiendo.

Se hallaban aquí.

Celebrando.

Algunos bailaban en extraños círculos alrededor del fuego, sus formas torcidas no eran más que sombras girando en la noche. Algunos bebían de enormes barricas de cerveza que reconocí... de las carpas en el campamento de Tamlin. Algunos se retorcían unos con otros, otros solo se miraban.

Pero por encima de la risa y el cantío y la música, sobre el rugido del fuego... gritos.

Una sombra agarró mi hombro, recordándome no correr.

Ianthe no correría, no mostraría alarma.

Mi boca se secó cuando ese grito sonó de nuevo.

No podía soportarlo, dejarlo seguir, ver lo que se hacía...

La mano sombra de Azriel me agarró la mano, empujándome más cerca. Su furia emanaba de su forma invisible.

Hicimos un recorrido perezoso de la juega, otras partes de él volviéndose más claras. El grito...

No era Elain.

No era Elain quien colgaba de un bastidor cerca de un improvisado estrado de granito.

Era una de las Hijas del Bendito, joven y delgada...

Mi estómago se torció, amenazando con vomitar. Dos más se hallaba encadenados junto a ella. Por la forma en que se hundían, las heridas en sus cuerpos desnudos...

Clare. Era como Clare, lo que se les había hecho. Y como Clare, habían sido dejados allí para pudrirse, dejados para que los cuervos llegaran seguramente al amanecer.

Esta no aguantaría mucho más de

una CORTE ALAS y RUINA

No podía. No podía... no podía dejarla aquí...

Pero si me quedaba mucho tiempo, se darían cuenta. Y llevaría su atención hacia mí...

¿Podía vivir con ello? Una vez maté a dos inocentes para salvar a Tamlin y a su gente. Estaría bien con matarla dejándola ahí en favor de salvar a mi hermana...

Extraña. Ella era una extraña...

—Te ha estado buscando —ladró una fuerte voz masculina.

Giré para encontrar a Jurian caminando entre dos tiendas de campaña, abrochando el cinturón de su espada. Miré el estrado. Y como si una mano invisible borrara el humo...

Ahí se sentaba el Rey de Hiberno. Relajado en su silla, con la cabeza apoyada en su puño, su rostro era una máscara de vaga diversión mientras observaba la fiesta, la tortura y el tormento. La adulación de la multitud que ocasionalmente se volvía a brindar hacia él o inclinarse ante él.

Quise que mi voz se suavizara, adaptara.

—He estado ocupada con mis hermanas.

Jurian me miró por un largo momento, sus ojos se deslizaron al Sifón encima de mi cabeza.

Supe el instante en que se dio cuenta de quién era. Esos ojos marrones destellaron, un poco.

—¿Dónde está? —fue todo lo que dije.

Jurian lanzó una sonrisa arrogante. No dirigida a mí, sino a cualquiera que nos observaba.

—Has estado loca de lujuria por mí desde hace semanas —ronroneó—. Actúa como tal.

Mi garganta se cerró. Pero coloqué una mano en su antebrazo, batiéndole mis pestañas mientras me acercaba.

Soltó un resoplido perplejo.

—Me cuesta creer que así te hayas ganado su corazón.

Traté de no fruncir el ceño.

—Donde está.

—A salvo. Lejos de alcance.

Mi pecho cedió ante la palabra.

—No por mucho —dijo Jurian—. Le dio una conmoción cuando apareció ante el Caldero. La tiene encerrada. Vino aquí para reflexionar sobre qué hacer con ella. Y cómo hacer que pagues por ello.

Froté una mano por su brazo, luego la dejé sobre su corazón.

—Donde. Está.

Jurian se inclinó como si fuera a besarme, y llevó su boca a mi oreja.

— ¿Fuiste lo suficientemente lista para matarla antes de tomar su piel?

Mi mano se apretó en su chaqueta.

—Obtuvo lo que se merecía.

Podía sentir la sonrisa de Jurian contra mi oreja.

—Está en su carpa. Encadenada con acero y un pequeño hechizo de su libro favorito.

Mierda. *Mierda*. Tal vez debí haber traído a Helion, quien era capaz de romper casi cualquier....

Jurian agarró mi barbilla con su pulgar e índice.

—Ven a mi carpa conmigo, Ianthe. Déjame ver lo que esa bonita boca tuya puede hacer.

Fue un esfuerzo no retroceder, pero dejé que Jurian pusiera una mano en mi espalda baja. Se rió.

—Parece que ya tienes algo de acero en ti. No hay necesidad del mío.

Le di una sonrisa radiante.

— ¿Qué hay de la chica ahí arriba?

Oscuridad tornó sus ojos.

—Han habido muchas antes de ella, y muchas vendrán después.

—No puedo dejarla aquí —dije con los dientes apretados.

Jurian me condujo por el laberinto de carpas, dirigiéndose a ese círculo interno.

—Tu hermana o ella, no serás capaz de sacar a las dos.

—Tráela a mí, haré que pase.

—Di que te gustaría orar ante el Caldero antes de irnos —murmuró Jurian.

Parpadeé, y me di cuenta que habían guardias, guardias y esa gigantesca carpa de color hueso delante de nosotros. Abrí mis manos delante de mí y le dije a Jurian:

—Antes de... retirarnos, me gustaría orar ante el sagrado Caldero. Para darle gracias por la generosidad de hoy.

Jurian gruñó, un hombre listo para matar a quien lo había retrasado.

—Hazlo rápido —dijo, alzando su barbilla a los guardias al otro lado de la carpa. Atrapé la mirada que les dio, macho a macho. No se molestaron en ocultar su mirada mientras pasaba.

Y desde que era Ianthe... les di a cada uno una sonrisa sensual para conquistarlos de una manera diferente a la que habían venido a hacer a Prythian.

La sonrisa del que estaba a la derecha me dijo que era mío para tomar.

Después, obligué a mis ojos a decir. Cuando acabe con el humano.

Se ajustó su cinturón un poco mientras entraba a la tienda.

Muy frío. Como el cielo antes del amanecer, así es como se sentía la carpa.

No había braseros chisporroteantes, no había luces fae. Y en el centro de la enorme carpa... una oscuridad que devoraba la luz. El Caldero.

Se me puso la piel de gallina.

Jurian me susurró al oído:

—Tienes cinco minutos para salir. Llévala al borde occidental... hay un acantilado que domina el río. Nos vemos allí.

Parpadeé hacia él.

La sonrisa de Jurian era una grieta de blanco en la oscuridad.

—Si escuchas gritos, no te asustes. —Su diversión. Sonrió hacia las sombras—. Espero que puedas llevar a tres, Shadowsinger.

Azriel no confirmó que se hallaba allí, que había escuchado.

Jurian me estudió por un largo segundo.

—Guarda una daga para tu propio corazón. Si te atrapan con vida, el rey hará... —Sacudió su cabeza—. No los dejes que te atrapen viva.

Luego se fue.

Azriel emergió desde la profunda sombra en la esquina de la carpa un segundo después. Señaló con su cabeza a las cortinas al fondo. Empecé a entonar una de las muchas plegarias de Ianthe, un lindo discurso que la había escuchado decir unos cientos de veces en la Corte de Primavera.

Corrimos sobre las alfombras, esquivamos mesas y muebles. Yo cantaba sus oraciones todo el tiempo.

Azriel retiró la cortina....

Elain se hallaba en su ropa de noche. Amordazada, las muñecas envueltas en acero que brillaban violetas. Sus ojos se abrieron al vernos: a Azriel y a mí...

Regresé a mi propio rostro, llevando una mano a mis labios mientras Azriel se arrodillaba ante ella. Mantuve mi oración en letanía, suplicando al Caldero que hiciera mi vientre fértil...

Azriel le quitó la mordaza de la boca suavemente.

—¿Estás herida?

Sacudió su cabeza, devorando la vista de él como si no se lo pudiera creer.

—Viniste por mí. —El Shadowsinger solo inclinó su cabeza.

—De prisa —susurré, luego retomé mi plegaria. Teníamos hasta que se acabara la oración.

Los Sifones de Azriel destellaron, el de mi cabeza se calentó.

La magia no hacía nada cuando entraba en contacto con esos lazos. Nada.

Solo un par de versos más de mi plagaría para acabar el canto.

Tenía la muñeca y el tobillo lastimados. Ella no podía salir de aquí con ellos puestos.

Estiré una mano hacia ella, luchando por un hilo de poder de Helion para desenmarañar el hechizo del rey sobre las cadenas. Pero mi magia estaba todavía agotada, en desorden...

—No tenemos tiempo —murmuró Azriel—. Ya viene.

Los gritos y disparos empezaron.

Azriel cargó a Elain, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

—Agárrate fuerte —le ordenó—, y no hagas ni un sonido.

Los ladridos llenaron la noche, me quité la bata y embolsé el Sifón de Azriel antes de empalmar dos cuchillos.

—¿Por detrás?

Un asentimiento.

—Lista para correr.

Mi corazón retumbó. Elain miró entre ambos, pero no tembló. No se acobardó.

—Corre y no te detengas —me dijo él—. Corremos hacia el borde occidental, el acantilado.

—Si Jurian no está allí con la chica a tiempo...

—Entonces te irás. Yo iré por ella.

Exhalé un respiró, calmándome.

Los ladrillos y los gruñidos se hacían más fuertes, más cerca.

—Ahora —siseó Azriel, y corrimos.

Sus Sifones resplandecieron, y el tapiz de la parte posterior de la tienda se derritió en nada. Pasamos a través de él antes de que los guardias cercanos se dieran cuenta.

No reaccionaron ante nosotros. Solo miraron al vacío.

Azriel nos había hecho invisibles, envuelto en sombras.

Corrimos entre carpas, nuestros pies volaron sobre la hierba y la tierra.

—De prisa —susurró—. Las sombras no duraran mucho.

Por el este, detrás de nosotros... el sol empezaba a alzarse.

Un aullido penetrante rompió la noche moribunda. Y sabía que se habían dado cuenta de lo que habíamos hecho. Que estábamos *aquí*. E incluso si no pudieran vernos... los sabuesos del Rey de Hiberno podían olernos.

—*Más rápido* —ladró Azriel.

La tierra se sacudió detrás de nosotros. No me atreví a mirar atrás.

Nos acercamos a un estante de armas. Envolví mis cuchillos, liberando mis manos mientras avanzábamos, y cogí un arco y una aljaba de flechas de su puesto. Flechas de *fresno*.

Las flechas sonaban mientras me colgaba la aljaba sobre el hombro. Mientras alistaba una flecha.

Azriel cortó a la derecha, dando vueltas alrededor de una tienda de campaña.

Y con el ángulo... me giré y disparé.

El perro de caza más cercano... no era un sabueso, me di cuenta de que la flecha giraba en espiral por su cabeza.

Sino algún primo del naga, algún monstruo escalado, que tronaba a cuatro patas, el rostro serpentino gruñendo y lleno de dientes blancos que despedazaban huesos...

Mi flecha fue directa a su garganta.

Éste cayó, y rodeamos la carpa. Corrimos hacia ese horizonte occidental todavía en la penumbra.

Disparé otra flecha.

Tres más. Tres más detrás de nosotros, ganando con cada paso de garra...

Los podía sentir alrededor de nosotros... Los comandantes de Hiberno, corriendo junto con los sabuesos, siguiendo a las bestias porque todavía no podían vernos. La flecha que había disparado les había dicho lo suficiente sobre la distancia. Pero en el momento en que los sabuesos nos alcanzaran... esos comandantes aparecerían. Nos matarían o arrastrarían lejos.

Fila tras fila de tiendas de campaña se despertaron lentamente ante el alboroto en el centro del campamento.

El aire se agitó y alcé la vista para ver la lluvia de flechas de fresnos desatadas por detrás, demasiadas; eran un intento ciego de golpear a algún blanco...

El escudo azul de Azriel se estremeció ante el impacto, pero se sostuvo. Sin embargo, nuestras sombras se estremecieron y se desvanecieron.

Los sabuesos se acercaron, dos se separaron—para desviarse hacia un lado. Para arrearnos.

Era por eso que había un *acantilado* en el otro borde del campamento. Un acantilado con una caída muy, *muy* larga, y el río implacable de abajo.

Y de pie al final, acurrucada en una túnica oscura...

Esa era la chica.

de ALAS

una CORTE y RUINA

Jurian la había dejado allí... para nosotros. Donde había ido... no vi ninguna señal de él.

Pero detrás de nosotros, llenando el aire como si hubiera usado la magia para hacerlo... El rey habló:

—Qué ladrones tan intrépidos —dijo arrastrando las palabras, las palabras en todas partes y en ninguna parte—, ¿cómo debería castigaros?

No tenía ninguna duda de que las guardas terminaban justo en el borde del acantilado. Fue confirmado por los gruñidos de los sabuesos, que parecían saber que su presa escaparía en menos de cien metros. Como si pudiéramos saltar lo suficiente para estar libres de ellos.

—*Sácala de aquí, Azriel* —le supliqué, jadeando—. Yo iré por la otra.

—Estamos *todos*...

—*Es una orden*.

Un tiro limpio, un camino sin obstáculos derecho al borde de ese acantilado, y a la libertad más allá...

—Tienes que... —Mis palabras fueron cortadas.

Sentí el impacto antes del dolor. El *ardiente* dolor que estalló en mi hombro. Una flecha de fresno...

Mis pies se engancharon debajo de mí, la sangre salpicó y golpeé el suelo rocoso tan duro que mis huesos gimieron. Azriel maldijo, pero con Elain en sus brazos, peleando...

Los sabuesos estuvieron allí en un segundo.

Disparé una flecha a uno y mi hombro gritó con el movimiento. El sabueso cayó, despejando la vista de detrás.

Revelando al rey caminando por la línea de carpas, sin prisa y seguro de nuestra captura, y un arco colgando de su mano. El arco que había lanzado la flecha que había atravesado mi cuerpo.

—Torturarte sería tan aburrido —reflexionó el rey, con la voz aún magnificada—. Al menos el tipo tradicional de tortura. —Cada paso era lento, intencional—. Cómo Rhysand se enfurecerá. Cómo entrará en pánico. Su compañera, al final viene a verme.

Antes de que pudiera advertir a Azriel que se diera prisa, los otros dos sabuesos estuvieron sobre mí.

Uno me asaltó desde la derecha. Levanté mi arco para interceptar sus mandíbulas.

El sabuesos lo rompió en dos, arrojando la madera. Agarré un cuchillo, justo cuando el segundo saltaba...

Un rugido me ensordecíó, hizo que me retumbara la cabeza. Justo cuando uno de los sabuesos era alejado de mí.

Conocía ese rugido, conocía...

Una bestia de piel dorada con cuernos ondulantes rasgó los sabuesos.

—Tamlin —solté, pero sus ojos verdes se estrecharon. *Corre*, parecía decir.

Eso era lo que había estado corriendo junto a nosotros. Tratando de encontrarnos.

Rasgó y destrozó, los sabuesos se lanzaron completamente sobre él. El rey hizo una pausa, y aunque se mantuvo lejos, pude distinguir claramente la sorpresa que aflojaba su rostro.

Ahora. Tenía que irme *ahora*...

Me puse de pie y saqué la flecha con un grito ahogado. Azriel ya estaba allí, no habían pasado más que unos pocos segundos...

Azriel me agarró por el cuello, y una red de luz azul se sujetó a mi hombro. Sosteniendo la sangre, un vendaje hasta que un sanador...

—Tienes que volar —jadeó.

Seis sabuesos más se acercaban. Tamlin aún luchaba contra los otros, ganando terreno, manteniendo la línea.

—Necesitamos elevarnos en el aire —dijo Azriel, con un ojo ahora en el rey mientras reanudaba su acercamiento burlonamente lento—. ¿Puedes hacerlo?

La joven todavía estaba de pie al borde del acantilado. Observándonos con los ojos muy abiertos, el cabello negro azotando su rostro.

Nunca había hecho un despegue en carrera. Apenas podía mantenerme en los cielos. Incluso si Azriel tomaba a la chica en su brazo libre...

No me dejé considerar la alternativa. Me *pondría* en el aire. Solo el tiempo suficiente para navegar sobre ese acantilado, y tamizarnos fuera cuando hubiéramos pasado las guardas del borde.

Tamlin soltó un grito de lo que sonaba como dolor, seguido por otro rugido estremecedor de la tierra. El resto de los sabuesos lo habían alcanzado. Él no vaciló, no cedió un centímetro a ellos...

Invocé las alas. El roce y peso de ellas... Incluso con el vendaje del Sifón, el dolor arrasó mis sentidos al tirar de mis músculos.

Jadeé entre mis dientes apretados mientras Azriel se adelantaba, las alas empezaban a soltarse. Sin espacio suficiente en la saliente para que hiciéramos esto lado a lado. Me tragué los detalles de su despegue, el batir de sus alas, el ángulo cambiante de su cuerpo.

—*¡Agárrate a él!* —ordenó Elain a la muchacha humana de ojos abiertos mientras Azriel se acercaba a ella. La chica parecía una cierva a punto de ser atropellada por un lobo.

La chica no abrió los brazos mientras se acercaban.

Elain le gritó:

—*¡Si quieres vivir, hazlo ahora!*

La muchacha dejó caer su túnica y abrió los brazos.

Su cabello negro fluía detrás de Azriel, atrapándose entre sus alas mientras prácticamente la abordaba en el cielo. Pero vi, incluso mientras corría, las manos pálidas de Elain se agolpaban, agarrando a la muchacha por su cuello, sujetándola tan fuertemente como podía.

Y justo a tiempo.

Uno de los sabuesos se liberó de Tamlin en un salto poderoso. Me agaché, apoyándome en el impacto.

una CORTE de ALAS y RUINA

Pero yo no era su objetivo. Dos pasos largos bajo la saliente de piedra y otro salto...

El rugido de Azriel resonó en las rocas cuando el sabueso se estrelló contra él, arrastrando esas garras trituradoras por su columna, sus alas...

La chica gritó, pero Elain se movió. Mientras Azriel luchaba por mantenerlos en el aire, mantener su control sobre ellos, mi hermana envió una patada feroz en la cara de la bestia. A su ojo. Otro. Otro.

Rugió, y Elain golpeó de nuevo su pie desnudo y fangoso en su rostro. El golpe lo envió a casa. Con un grito de dolor, soltó sus garras y se sumergió en el barranco. Tan rápido. Sucedió tan rápido. Y sangre... sangre rociaba de su espalda, sus alas...

Pero Azriel permaneció en el aire. La luz azul se extendía sobre las heridas. Conteniendo la sangre, estabilizando sus alas. Yo seguía corriendo hacia el acantilado mientras él giraba, revelando un rostro blanqueado por el dolor, mientras agarraba a las dos mujeres con fuerza.

Pero observó lo que acechaba tras de mí. La corta carrera por adelante. Y por primera vez desde que lo conocí, había terror en los ojos de Azriel mientras me veía correr.

Agité mis alas en una corriente ascendente que elevó mis pies y luego los estrellaba contra la roca. Tropecé, pero seguí corriendo, seguí aleteando, volví a gritar...

Otro de los sabuesos rompió la guardia de Tamlin. Empezó a descender por el estrecho tramo de roca, con sus garras haciendo volar las piedras debajo de ellas. Podría haber jurado que el rey rió por detrás.

—*¡Más rápido!* —gruñó Azriel, sangrando con cada batir de sus alas. Pude ver el amanecer a través de los fragmentos en la membrana—. *¡Impúlsate!*

Las piedras resonaron con los estruendosos pasos del sabueso en mis talones.

El final de la roca se acercó. La caída libre era lo que venía después. Y sabía que el sabueso saltaría conmigo. El rey quería que me recuperara por cualquier medio necesario, incluso si mi cuerpo se rompía en el lejano río de debajo. A esta altura, me estrellaría como un huevo caído desde una torre.

Y guardaría todo lo que quedara de mí, como había sido guardado Jurian, viva y consciente.

—*¡Sostenlas alto!*

Extendí mis alas tan lejos como pudieran ir. Treinta pasos entre mí y el borde.

—*¡Piernas arriba!*

Veinte pasos. El sol se rompió sobre el horizonte oriental, dorando la armadura sangrienta de Azriel con oro.

El rey disparó otra flecha... dos. Una para mí, otra se elevó hacia la espalda expuesta de Elain. Azriel golpeó ambas con un escudo azul. No miré para ver si ese escudo se extendía a Tamlin.

Diez pasos. Agité mis alas, los músculos gritaron y la sangre se deslizó hasta el vendaje de Sifón. Las batí mientras enviaba una ola de viento emergente por debajo de mí y el aire llenó la membrana flexible, incluso mientras el hueso y los tendones se tensaban a la rotura.

Mis pies se levantaron del suelo. Y volvieron a golpearlo. Me empujé con el viento aleteando como el infierno. El sabueso me estaba alcanzando

Cinco pasos. Sabía... sabía que cualquiera que fuera la fuerza que me había compelido a aprender a volar... De alguna manera, lo había sabido. Que este momento llegaría. Todo... todo por este momento.

Y con apenas tres pasos hasta el borde de ese acantilado... Un viento cálido besado con lila y hierba nueva, ardió de debajo de mí. Un viento de... primavera. Me alzó, llenando mis alas.

Mis pies se levantaron. Y se levantaron. Y se levantaron.

El sabueso saltó tras de mí.

—*¡Ladea!*

Tiré mi cuerpo hacia un lado, con las alas balanceándome. El alba y la caída y el cielo se inclinaron y giraron antes de que me nivelara.

Miré hacia atrás para ver que el sabueso-naga saltaba sobre el lugar en que habían estado mis talones. Y entonces caí, abajo, y más abajo por el barranco y hacia el río debajo.

El rey volvió a disparar, la flecha inclinada brillaba con un poder amatista. El escudo de Azriel la sostuvo... apenas. Cualquiera que fuera la magia que el rey había envuelto en torno a ella... Azriel gruñó de dolor.

Pero gruñó hacia mí:

—*Vuela.*

Y me desvié hacia el camino por el que había llegado, temblando de nuevo con el esfuerzo de mantener mi cuerpo erguido. Azriel se giró, la muchacha gimiendo aterrorizada mientras él perdía unos cuantos metros en el cielo... antes de que se estabilizara y se elevara a mi lado.

El rey ladró una orden, y una lluvia de flechas fue lanzada desde el campamento, directa hacia nosotros.

El escudo de Azriel se torció, pero se mantuvo firme. Aleteé mis alas, de nuevo chillando.

Apreté una mano contra mi herida, justo cuando las guardas me empujaron. Me empujaron como si intentaran y trataran de contenerme, de sostener a Azriel contra la que ahora se lanzaba como un infierno, con la sangre salpicando de esas alas heridas y deslizándose por su espalda destrozada...

Desaté una llamarada de luz blanca de Helion. Quemando, chamuscando, derritiendo.

Un agujero atravesó las guardas. Lo suficientemente ancho.

No vacilamos cuando navegamos a través de él, mientras jadeaba por aire. Pero miré hacia atrás. Solo una vez.

Tamlin estaba rodeado por los sabuesos. Sangrado, jadeando, todavía en esa forma de bestia.

El rey estaba quizás a treinta metros de distancia, lívido... completamente lívido mientras veía el agujero que había vuelto a infligir en sus guardas. Tamlin aprovechó su distracción.

No miró hacia nosotros mientras hacía una pausa en el borde del acantilado.

Saltó lejos y más lejos. Más lejos de lo que cualquier bestia o Fae debería ser capaz de hacer. Ese viento que él había enviado en mi camino ahora lo fortaleció a él, guiándolo hacia ese agujero que habíamos abierto.

Tamlin lo despejó y se tamizó, aún sin mirarme mientras agarraba la mano de Azriel y también nos tamizábamos.

El poder de Azriel cedió a las afueras de nuestro campamento.

La muchacha, a pesar de las quemaduras y latigazos en su piel blanca como la luna, era capaz de caminar.

La luz gris de la mañana se había roto sobre el mundo, la niebla se aferraba a nuestros tobillos mientras nos dirigíamos a ese campamento, Azriel aún acunando a Elain en su pecho. La sangre goteaba de su espalda todo el tiempo... un chorrito en comparación con el torrente que debía salir. Contenido solo por los parches de poder que había colocado. Ayuda... Necesitaba un sanador inmediatamente.

Los dos lo necesitábamos. Apreté una mano contra la herida en mi hombro para mantener el sangrado al mínimo. La muchacha incluso ofreció a usar sus restos persistentes de ropa para atarlo.

No tenía el aliento para explicar que era Fae, y había fresno en mi piel. Necesitaba ver a un sanador antes de ponerlo y sellarlo sobre cualquier astilla. Así que solo pregunte su nombre.

Briar, dijo ella, con la voz ronca por los gritos. Su nombre era Briar.

No parecía preocuparse por el barro que le chapoteaba los pies y le salpicaba las espinillas. Solo miraba las carpas, los soldados que tropezaban. Uno vio a Azriel y gritó por un sanador que se apresurara por la tienda del jefe espía.

Rhys se tamizó en nuestro camino antes de pasar la primera línea de tiendas de campaña. Sus ojos se dirigieron directamente a las alas de Azriel, luego la herida en mi hombro, la palidez de mi rostro. A Elain, luego Briar.

—No podía dejarla —dije, sorprendida al encontrar mi propia voz ronca.

Pasos se acercaron corriendo y luego Nesta rodeó una tienda de campaña, resbalando hasta detenerse en el barro.

Soltó un sollozo al ver a Elain, todavía en los brazos de Azriel. Nunca había oído un sonido como ese en ella. Ni una sola vez.

Ella no está herida, le dije a esa cámara en su mente. Porque las palabras... no las podía formar.

Nesta rompió en una carrera a toda velocidad. Busqué a Rhysand, con el rostro tenso mientras nos perseguía...

Pero Nesta llegó primero.

Tragué mi grito de dolor cuando los brazos de Nesta rodearon mi cuello y me abrazó tan fuerte que me quitó el aliento.

Su cuerpo temblaba... temblaba mientras sollozaba y decía una y otra vez.

—Gracias.

Rhys se lanzó hacia Azriel, quitándole a Elain y dejando gentilmente a mi hermana abajo. Azriel gruñó, balanceándose sobre sus pies.

—Necesitamos que Helion le quite esas cadenas.

Sin embargo, Elain no pareció notarlas mientras se levantaba sobre los dedos de los pies y besaba la mejilla del Shadowsinger. Y luego caminó hacia mí y Nesta, quien se apartó lo suficiente para examinar la limpia cara de Elain, sus ojos claros.

—Tenemos que llevarte a Thesan —dijo Rhys a Azriel—. Ahora mismo.

Antes de que pudiera irse, Elain lanzó sus brazos a mi alrededor. No recordaba cuándo empecé a llorar mientras sentía como esos delgados brazos me sostenían, apretados como el acero.

No recordaba al curador que me remendaba, o cómo Rhys me bañaba. Como le conté lo que pasó con Jurian y Tamlin, Nesta merodeando alrededor de Elain mientras Helion venía a quitarle las

cadenas, maldiciendo la obra del rey, incluso mientras admiraba su calidad.

Pero recuerdo haberme acostado en la alfombra de piel de oso una vez que había terminado. Cómo sentía el delgado cuerpo de Elain que se posaba junto al mío y se curvaba en mi costado, con cuidado de no tocar la herida vendada en mi hombro. No me había dado cuenta de lo fría que estaba hasta que su calor penetró en mí.

Un momento más tarde, otro cálido cuerpo se acurrucó a mi izquierda. El olor de Nesta se deslizó sobre mí, el fuego y el acero y la voluntad inflexible.

En voz muy distante, oí a Rhys llamar a todo el mundo fuera... para que se reuniera con él para revisar a Azriel, ahora bajo el cuidado de Thesan.

No sabía cuánto tiempo mis hermanas y yo estuvimos allí juntas, como alguna vez habíamos compartido aquella cama tallada en aquella cabaña destartalada. En ese entonces... habíamos pateado y retorcido y luchado por cualquier espacio, cualquier espacio para respirar.

Pero aquella mañana, mientras el sol se alzaba sobre el mundo, nos estrechamos. Y no nos soltamos.

Capítulo 66

Traducido por AnamiletG

Kallias y su ejército llegaron al mediodía.

Fue solo el sonido de eso lo que me despertó de suelo en el que estaba durmiendo con mis hermanas. Eso, y un pensamiento que resonó a través de mí.

Tamlin.

Sus acciones cubrirían la traición de Jurian. No tenía ninguna duda de que Tamlin no había vuelto al ejército de Hiberno después de la reunión para traicionarnos, sino para jugar al espía.

Aunque después de anoche... era improbable que estuviera de nuevo cerca de Hiberno. No cuando el mismo rey lo había presenciado todo.

No sabía qué hacer con ello.

Que me había salvado, que había renunciado a su engaño para hacerlo. ¿A dónde había ido cuando lo había hecho? No habíamos oído nada sobre las fuerzas de La Corte de Primavera.

Y ese viento que había enviado... Nunca lo había visto usar tal poder.

La Filosofía Nephelle, de hecho. La debilidad que se había transformado en fuerza no habían sido mis alas, mi vuelo. Sino Tamlin. Si él no hubiera interferido... no me dejé considerarlo.

Elain y Nesta seguían dormitando en la alfombra de piel de oso cuando me alejé de su enredo de miembros. Me lavé la cara en la cuenca de cobre que estaba cerca de mi cama. Un vistazo en el espejo reveló que había visto días mejores. Semanas. Meses.

Despegué el cuello de mi camisa blanca para fruncir el ceño en la herida vendada en mi hombro. Me estremecí, girando la articulación,

una CORTE de ALAS y RUINA

maravillándome de lo mucho que ya había sanado. Mi espalda, sin embargo...

El dolor sacudió y onduló a lo largo ella. En mi abdomen, también. Músculos que había empujado al punto de ruptura para conseguir aerotransportarme. Frunciendo el ceño al espejo, trencé mi cabello y me encogí de hombros en mi chaqueta, siseando al movimiento en mi hombro. Otro día o más, y el dolor podría ser lo suficientemente mínimo como para empuñar una espada. Tal vez.

Recé para que Azriel estuviera en mejor forma. Si el mismo Thesan lo había estado curando, tal vez lo estuviera. Si teníamos suerte.

No sabía cómo Azriel había logrado mantenerse en lo alto, mantenerse consciente durante esos minutos en el cielo. No me dejé pensar en cómo y cuándo y por qué había aprendido a manejar el dolor de esa manera.

En silencio le pedí a la madre del campo más cercana que sacara algunos platos de comida para mis hermanas. Elaine estaba probablemente muerta de hambre, y dudaba de que Nesta hubiera comido nada durante las horas que habíamos estado fuera.

La matrona con alas solo me preguntó si *yo* necesitaba algo, y cuando le dije que estaba bien, ella solo chasqueó su lengua y dijo que se aseguraría de que la comida también se abriera camino hacia mí.

No tenía el valor de pedir que encontrara algunas de las comidas preferidas de Amren también. Incluso si no tuviera ninguna duda de que Amren lo necesitaría... después de sus... actividades con Varian anoche. A menos que él...

No me dejé pensar en eso mientras apuntaba a su carpa. Habíamos encontrado el ejército de Hiberno. Y habiéndolo visto anoche... le ofrecería a Amren cualquier ayuda que pudiera para descifrar ese hechizo al que la Suriel había señalado. Cualquier cosa, si significaba detener el Caldero. Y cuando hubiéramos escogido nuestro campo de batalla final... Entonces, solo entonces, desataría a Bryaxis sobre Hiberno.

Estaba casi en su carpa, ofreciendo sombrías sonrisas a cambio de asentimientos y miradas cautelosas que me daban los guerreros Ilirianos, cuando vi la conmoción cerca del borde del campamento. Unos cuantos pasos adicionales me hicieron mirar fijamente a través de una delgada

línea de demarcación de hierba y barro, hasta el campo de la Corte de Invierno, ahora casi construido en todo su esplendor.

El ejército de Kallias seguía vapuleando en suministros y unidades de guerreros, su corte compuesta de Alto Fae con su cabello blanco como la nieve o el cabello de la noche más negra, con una piel que iba desde la luna hasta el marrón rico. Las hadas menores... habían traído más hadas menores que cualquiera de nosotros, si excluías a los Ilirianos. Era un esfuerzo no mirar mientras me quedaba en el borde de donde empezaba su campamento.

Las criaturas de largas extremidades como fragmentos de hielo pasaron por delante, lo suficientemente alto como para golpear los estandartes de plata cobalto encima de varias tiendas de campaña; los carruajes eran arrastrados por los renos con patas y los osos blancos en armadura adornada, algunos tan agudamente conscientes divirtiéndose que no me habría sorprendido si pudieran hablar. Los zorros blancos tropezaban por debajo de los pies, llevando lo que parecían ser mensajes atados a sus pequeños chalecos bordados.

Nuestro ejército Iliriano era brutal, básico: pocos adornos y puro rango reinaba. El ejército de Kallias—o supongo, el ejército que Viviane mantuvo unido durante el reinado de Amarantha—era una cosa compleja, hermosa y repleta. Ordenado, y aún con vida. Todo el mundo tenía un propósito, todo el mundo parecía dispuesto a hacerlo eficientemente y con orgullo.

Vi a Mor caminando con Viviane y una mujer joven increíblemente hermosa que parecía ser la gemela o hermana de Viviane. Viviane estaba radiante, Mor quizá más sometida por una vez, y mientras se retorció...

Mis cejas se levantaron. La muchacha humana—Briar—estaba con ellos. Ahora metida bajo el brazo de Viviane, el rostro aún morado e hinchado por los puntos, pero... sonriendo tímidamente a las damas de la Corte de Invierno.

Viviane empezó a alejar a Briar, charlando alegremente, y la posible hermana de Viviane y Mor se quedaron para observarlos. Mor le dijo algo a la extraña que la hizo sonreír... bueno, ligeramente.

Era una sonrisa contenida, y se desvaneció rápidamente. Especialmente cuando un soldado Alto Fae avanzó a paso largo, le sonrió

con un comentario burlón y luego continuó. Mor observó el rostro de la mujer con cuidado, y rápidamente apartó la vista mientras ella se volvía hacia ella, palmeaba a Mor en el hombro, y se alejaba a grandes zancadas tras su posible hermana y Briar.

Recordé nuestro argumento cuando Mor se volvió hacia mí. Recordé las palabras que habíamos dejado sin decir, las que probablemente no debería haber dicho. Mor volteó su cabello sobre un hombro y se dirigió a mi derecha.

Hablé antes de que pudiera dar la primera palabra:

—¿Les entregaste a Briar?

Retrocedimos hacia nuestro propio campamento.

—Az explicó el estado en el que la encontró. No pensé que estar expuesta a Ilirianos dispuestos a batalla haría mucho para calmarla.

—¿Y el ejército de la Corte de Invierno está mucho mejor?

—Tienen animales peludos.

Resoplé, sacudiendo la cabeza. Esos enormes osos eran de hecho peludos, si ignorabas las garras y los dientes.

Mor me miró de reojo.

—Hiciste una gran valentía al salvar a Briar.

—Alguien lo habría hecho.

—No —dijo ella, ajustando su ajustada chaqueta Iliriana—. No estoy segura... No estoy segura siquiera si *yo* habría intentado sacarla. Si hubiera considerado si el riesgo valía la pena. He hecho suficientes jugadas malas, que yo... —Ella negó con la cabeza.

Tragué.

—¿Cómo está Azriel?

—Vivo. Su espalda está bien. Pero Thesan no ha curado muchas alas de Ilirianas, así que la curación es... lenta. Diferente de reparar alas Peregrinas. Rhys envió a buscar a Madja. —La sanadora de Velaris—. Ella estará aquí más tarde hoy o mañana para trabajar en él.

—¿Volará... otra vez?

—Considerando que las alas de Cassian estaban en peor forma, yo diría que sí. Pero... quizás no en la batalla. No pronto.

Mi estómago se apretó.

—No estará contento con eso.

—Ninguno de nosotros lo está.

Por perder Azriel en el campo...

Mor pareció leer lo que estaba pensando y dijo:

—Es mejor que estar muerto. —Pasó una mano por su cabello dorado—. Habría sido tan fácil... que las cosas salieran mal anoche. Y cuando los vi desaparecer... tuve un pensamiento, el terror de que no te volvería a ver. Para hacer las cosas bien.

—He dicho cosas que en realidad no quería decir...

—Las dos lo hicimos. —Ella me llevó hasta la línea de árboles en la frontera de nuestros dos campamentos, y supe solo por eso... supe que estaba a punto de decirme algo que no quería que nadie oyera. Algo que valía la pena retrasar mi reunión con Amren por un tiempo.

Se apoyó en un roble imponente, con el pie golpeando el suelo.

—No más mentiras entre nosotras.

La culpa tiró de mis entrañas.

—Sí —dije—. Yo... siento haberte engañado. Yo solo... cometí un error. Y lo siento.

Mor se frotó la cara.

—Tenías razón acerca de mí, sin embargo. Estabas... —Su mano tembló al bajarla. Ella se mordió el labio y la garganta se balanceó. Sus ojos al fin se encontraron con los míos: brillantes, temerosos y angustiados. Su voz se quebró cuando dijo—: No amo a Azriel.

Me quedé perfectamente quieta. Escuchando.

—No, tampoco es cierto. Yo... lo amo. Como mi familia. Y a veces me pregunto si puede ser... más, pero... no lo amo. No de la forma que él... él siente por mí. —Las últimas palabras fueron un susurro tembloroso.

—¿Lo has amado alguna vez? ¿De esa manera?

—No. —Ella se abrazó—. No. Yo no... verás... —Nunca la había visto con tanta pérdida de palabras. Cerró los ojos, los dedos cavando en su piel—. *No puedo* amarlo así.

—¿Por qué?

—Porque prefiero a las mujeres.

Por un segundo, solo el silencio se apoderó de mí.

—Pero... duermes con los hombres. Te has acostado con Helion...

Y al día siguiente se había visto horrible. Torturada y no saciada en absoluto. No solo por Azriel, sino... porque no era lo que ella quería.

—Encuentro placer en ellos. En ambos. —Sus manos temblaban tan intensamente que se apretó aún más—. Pero he sabido, desde que era poco más que una niña, que prefiero mujeres. Que estoy... atraída por ellas más que por los hombres. Que me conecto con ellas, me preocupo más en ese nivel de alma profunda. Pero en la Ciudad de Hewn... Todo lo que les importa es criar sus líneas de sangre, haciendo alianzas a través del matrimonio. Alguien como yo... Si me casara donde mi corazón deseara, no habría descendencia. La línea de sangre de mi padre habría *terminado conmigo*. Lo sabía... sabía que nunca podría decirles. Nunca. La gente como yo... somos maltratados por ellos. Considerado egoísta, por no ser capaz de transmitir la línea de sangre. Así que nunca dije una palabra de ello. Y luego... entonces mi padre me desposó a Eris, y... Y no fue solo la perspectiva de matrimonio con *él* lo que me asustó. No, sabía que podía sobrevivir a su brutalidad, su crueldad y su frialdad. Yo era... *soy* más fuerte que él. Fue... Fue la idea de ser criada como una yegua premiada, de ser obligada a renunciar a esa parte de mí...

Su boca se tambaleó, y alcancé su mano, levantándola del brazo. Lo apreté suavemente mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por su rostro enrojecido.

—Me acosté con Cassian porque sabía que significaría poco para él también. Porque sabía que hacerlo me compraría un tiro a la libertad. Si le

hubiera dicho a mis padres que yo prefería a las mujeres... Has conocido a mi padre. Él y Beron me habrían atado a esa cama matrimonial para Eris. Literalmente. Pero sucia... Sabía que mi tiro de libertad estaba allí. Y vi cómo Azriel me miraba... sabía cómo se sentía. Y si lo hubiera elegido... —Meneó la cabeza—. No habría sido justo con él. Así que me acosté con Cassian, y Azriel pensó que lo consideraba inadecuado, y entonces todo ocurrió y... —Sus dedos se apretaron contra los míos—. Después de que Azriel me encontró con esa nota clavada en mi vientre... traté de explicar. Pero empezó a confesar lo que sentía, y me entró el pánico, y... y solo quería hacer que él se *detuviera*, de evitar que me dijera que me amaba, me di vuelta y me fui, y... y no pude enfrentarme a explicarlo después de eso. A Az, a los demás.

Ella soltó una respiración temblorosa.

—Duermo con hombres en parte porque lo disfruto, pero... también para evitar que la gente mire demasiado de cerca.

—Rhys no se preocuparía... no creo que nadie en Velaris lo hiciera.

Un asentimiento de cabeza.

—Velaris es... un refugio para personas como yo. El propietario de Rita's... es como yo. Muchos de nosotros vamos allí, sin que nadie lo reconozca.

No era de extrañar que prácticamente vivía en la sala de placer.

—Pero esta parte de mí... —Mor limpió sus lágrimas con su mano libre—. No importaba tanto, cuando mi familia me repudió. Cuando me llamaron puta y pedazo de basura. Cuando me hacen daño. Porque esas cosas... no eran parte de mí. No eran ciertas, y no eran... intrínsecas. No podían romperme porque... porque nunca tocaban esa parte más interna de mí. Ni siquiera lo habían adivinado. Pero lo escondí... Lo escondí porque... —Ella inclinó la cabeza hacia atrás, mirando hacia el cielo—. Porque vivo aterrorizada de que mi familia lo descubra y me avergüence, haciéndome *daño* por esta cosa que ha quedado siendo enteramente mía. Esta parte de mí. No los dejaré... no dejaré que lo destruyan. O intentarlo. Así que rara vez... Durante la Guerra, finalmente tomé... a mi primera amante femenina.

Estuvo callada por un largo momento, parpadeando las lágrimas.

—Fue Nephelle y su amante, ahora su esposa, supongo, quienes me hicieron atreverme a intentarlo. Me pusieron tan celosa. No de ellas personalmente, sino solo... de lo que tenían. Su apertura. Que vivían en un lugar, con un pueblo que no pensaba en ello. Pero con la Guerra, con los viajes por el mundo... Nadie de mi casa estuvo conmigo durante esos meses. Era seguro, por una vez. Y una de las reinas humanas...

Los amigos que tanto había mencionado apasionadamente, que tanto había conocido íntimamente.

—Su nombre era Andromache. Y ella era... tan hermosa. Y amable. Y la amaba... tanto.

Humana. Andromache había sido humana. Mis ojos ardieron.

—Pero ella era humana. Y una reina, que necesitaba continuar su línea real, especialmente durante un tiempo tan tumultuoso. Así que me fui, fui a casa después de la última batalla. Y cuando me di cuenta de que era un error, que no me importaba si solo tenía sesenta años más con ella... El muro se alzó ese día. —Un pequeño sollozo salió de ella—. Y no podía... No se me permitió ni fui capaz de cruzarlo. Lo intenté. Durante tres años, lo intenté una y otra vez. Y para el momento en que logré encontrar un agujero para cruzar... Se había casado. Un hombre. Y tenía una hija pequeña... con otra en camino. No puse los pies dentro de su castillo. Ni siquiera intenté verla. Me di la vuelta y me fui a casa.

—Lo siento mucho. —exhalé, mi voz rompiéndose.

—Ella tuvo cinco hijos. Y murió anciana, a salvo en su cama. Y volví a ver su espíritu en aquella reina dorada. Su descendiente.

Mor cerró los ojos, la respiración pasando junto a sus temblorosos labios.

—Por un tiempo, la lloré. Tanto mientras vivía como después de su muerte. Durante algunas décadas, no hubo amantes, de ningún tipo. Pero entonces... un día me desperté, y quería... No sé lo que quería. Lo contrario de ella. Los encontré, mujer, hombre. Unos pocos enamorados durante estos siglos pasados, las mujeres siempre secretas, y creo que por eso las usaba, por qué siempre terminaban. Nunca podría ser... abierta sobre ello. Nunca ser vista con ellas. Y en cuanto a los hombres... nunca fue tan profundo. El vínculo, quiero decir. Incluso si yo todavía anhelaba... ya sabes, de vez en cuando.

Una risa que me hizo eco.

—Pero todos ellos... No era lo mismo que Andromache. No sentía lo mismo, aquí —exhaló, poniendo una mano sobre su corazón—. Y los amantes masculinos que tomé... se convirtieron en una manera de evitar que Azriel se preguntara por qué... por qué no lo notaría. Hacer que se mantuviera lejos. Ya ves... ves lo maravilloso que es. Cuán especial es. Pero si me acostaba con él, incluso una vez, solo para *probarlo*, para asegurarme de... Creo que después de todo este tiempo, él pensaría que era una culminación, un final feliz. Y... creo que podría destruirlo si después revelaba que... No estoy segura de poder darle todo mi corazón a él de esa manera. Y... y lo amo lo suficiente como para querer que encuentre a alguien que pueda amarlo de verdad como lo merece. Y me amo... Me amo lo suficiente como para no querer conformarme hasta que encuentre a esa persona, también. —Un encogimiento de hombros—. Si puedo incluso desarrollar el coraje para decirle al mundo primero. Mi don es la verdad, y sin embargo he estado viviendo una mentira toda mi existencia.

Apreté su mano una vez más.

—Les dirás cuando estés lista. Y yo estaré a tu lado sin importar lo que pase. Hasta entonces... Tu secreto está a salvo. No se lo diré a nadie, ni siquiera a Rhys.

—Gracias —exhaló.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias por decírmelo. Me siento honrada.

—Quería decirte; me di cuenta de que quería contarte el momento en que tú y Azriel llegaron al campamento de Hiberno. Y la idea de no poder decírtelo... —Sus dedos se apretaron alrededor de los míos—. Le prometí a la Madre que si regresabas a salvo, te lo diría.

—Parece que estaba feliz de aceptar el trato —dije con una sonrisa.

Mor se limpió la cara y sonrió. Se desvaneció casi instantáneamente.

—Tienes que pensar que soy horrible por amarrar a Azriel... y Cassian.

Lo consideraré.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—No. No, no lo hago.

Tantas cosas... Tantas cosas tenían sentido. Cómo Mor había apartado la vista del calor en los ojos de Azriel. Cómo había evitado esa clase de intimidad romántica, pero había estado bien para defenderlo si sentía que su bienestar físico o emocional estaba en juego.

Azriel la amaba, de eso no tenía ninguna duda. Pero Mor... había estado ciego para no verlo. No darse cuenta de que había una maldita buena razón por la que habían pasado quinientos años y Mor no había aceptado lo que Azriel tan claramente le ofrecía.

—¿Crees que Azriel sospecha? —pregunté.

Mor apartó la mano de la mía y caminó unos pasos.

—Tal vez. No lo sé. Es demasiado observador para no hacerlo, pero... creo que lo confunde cada vez que llevó a un hombre a casa.

—Así que la cosa con Helion... ¿Por qué?

—Él quería una distracción de sus propios problemas, y yo... —Ella suspiró—. Cada vez que Azriel hace sus sentimientos claros, como lo hizo con Eris... Es estúpido, lo sé. Es tan *estúpido* y cruel que haga esto, pero... Me acosté con Helion solo para recordarle a Azriel... Dioses, ni siquiera puedo decirlo. Suena aún peor en voz alta.

—Para recordarle que no estás interesada.

—Debería decírselo. *Necesito* decirle. Santa Madre, después de anoche, debería. Pero... —Ella retorció su masa de cabello dorado sobre un hombro—. Se ha ido por tanto tiempo. Tanto tiempo. Estoy petrificada de enfrentarle... de decirle que ha pasado quinientos años padeciendo por alguien y algo que nunca existirá. Las consecuencias potenciales... Me gustan las cosas tal y como son. Incluso si no puedo... realmente no puedo ser *yo*, yo... las cosas son lo suficientemente buenas.

—No creo que debas conformarte con “lo suficientemente bueno” —dije en voz baja—. Pero entiendo. Y, de nuevo... cuando decidas que el momento es el correcto, ya sea mañana o en otros quinientos años... Te cuidaré la espalda.

Ella parpadeó lejos las lágrimas de nuevo. Me volví hacia el campamento, y una débil sonrisa floreció en mi boca.

—¿Qué? —preguntó, acercándose a mi lado.

—Solo estaba pensando —dije, mi sonrisa creciendo—, que cuando estés lista... estaba pensando en lo divertido que va a ser tener que jugar a la casamentera para ti.

La sonrisa de respuesta de Mor fue más brillante que la totalidad de la Corte de Día.

Amren se había refugiado en una carpa y no permitía que nadie entrara. Ni yo, ni Varian, ni Rhysand. Ciertamente lo intenté, siseando mientras empujaba contra sus guardas, pero incluso la magia de Helion no podía romperlas. Y no importaba que yo exigiera, persuadiera y rogara, ella no contestó. Sea lo que sea que La Suriel me hubiera dicho que le sugiriera sobre el Libro... ella lo había considerado más vital, al parecer, del porqué había venido a hablar con ella: para que se uniera a mí para soltar a Bryaxis. Podría hacerlo sin ella, ya que ya había inhabilitado las guardas para contener a Bryaxis, pero... la presencia de Amren sería... Bienvenida. Al menos por mi parte.

Tal vez me hacía una cobarde, pero enfrentar a Bryaxis por mi cuenta, para atarlo en un cuerpo ligeramente más tangible y convocarlo aquí... y por último aplastar el ejército de Hiberno... Amren sería mejor... en el hablar, el ordenar.

Pero ya que no iba a empezar a gritar sobre mis planes en medio de ese campamento... maldije a Amren en voz alta y regresé a mi carpa de guerra. Solo para encontrar que mis planes eran desechados de todos modos. Porque aunque lanzara a Bryaxis sobre el ejército de Hiberno... Ese ejército ya no estaba donde se suponía que estaba.

De pie junto a la enorme mesa de trabajo de la carpa de guerra, cada lado flanqueado por los Grandes Señores y sus comandantes, crucé mis brazos mientras Helion deslizaba un número inquietante de figuras a través de la mitad inferior del mapa de Prythian.

—Mis exploradores dicen que Hiberno está en movimiento desde esta tarde.

una CORTE de ALAS y RUINA

Azriel, sentado en un taburete, con las alas y la espalda fuertemente vendada y el rostro todavía grisáceo con pérdida de sangre, asintió una vez.

—Mis espías dicen lo mismo. —Su voz seguía ronca por los gritos.

Los ojos ámbar de Helion se estrecharon.

—Sin embargo, cambió de dirección. Había planeado mover ese ejército hacia el norte... arrastrarnos por ese camino. Ahora marcha hacia el este.

Rhys apoyó sus manos sobre la mesa, su cabello negro deslizándose hacia adelante mientras estudiaba el mapa.

—Así que ahora se dirige directamente a través de la isla, ¿con qué fin? Habría estado mejor navegando. Y dudo que haya cambiado de opinión acerca de nuestra reunión en la batalla. Incluso con Tamlin ahora revelado como un enemigo. —Todos estaban en silencio sorprendidos, algunos aliviados, de escucharlo. Aunque no hubiéramos tenido ningún susurro de si Tamlin estaría ahora marchando su pequeña fuerza hacia nosotros. Y nada de Beron tampoco.

Tarquin frunció el ceño.

—Perder a Tamlin no le costará muchas tropas, pero Hiberno podría ir a encontrarse con otro aliado en la costa oriental, para encontrarse con el ejército de esas reinas humanas del continente.

Azriel negó con la cabeza, haciendo una mueca ante el movimiento y lo que seguramente le hizo a la espalda.

—Él envió a las reinas a sus hogares... y allí permanecen, sus ejércitos ni siquiera se han levantado. Esperar empuñar a ese anfitrión hasta que llegue al continente.

Una vez terminara de aniquilarnos. Y si fracasábamos mañana... ¿habría alguien en absoluto para desafiar a Hiberno en el continente? Especialmente una vez que esas reinas reunieran sus ejércitos humanos a su bandera...

—Quizá nos guíe en otra persecución —musitó Kallias con el ceño fruncido, Viviane mirando el mapa a su lado.

—No es el estilo de Hiberno —dijo Mor—. Él no establece patrones, él sabe que sabemos de su método de distraernos. Ahora intentará otra manera.

Mientras hablaba, Keir—de pie con dos silenciosos capitanes Portadores de Oscuridad—la estudió atentamente. Me preparé para cualquier tipo de desprecio, pero el hombre se limitó a examinar el mapa. Estas reuniones habían sido el único lugar en el que ella se había molestado en reconocer el papel de su padre en esta guerra... e incluso entonces, incluso ahora, apenas miraba en su camino.

Pero era mejor que la hostilidad absoluta, aunque no tenía ninguna duda de que Mor era lo suficientemente inteligente como para no meterse con Keir cuando aún necesitábamos a sus Portadores de Oscuridad. Especialmente después de que la legión de Keir hubiera sufrido tantas pérdidas en esa segunda batalla. Si Keir estaba furioso por esas bajas, no lo había mencionado, ni había ninguno de sus soldados que hablara con nadie fuera de sus propias filas más allá de lo necesario. El silencio, supongo, era mucho mejor. Y el sentido de conservación de Keir, sin duda, mantuvo su boca cerrada en estas reuniones y le pidió que tomara las órdenes que se le enviaron en su camino.

—Hiberno está retrasando el conflicto —murmuró Helion—. ¿Por qué?

Miré a Nesta, sentada con Elain por los braseros fae.

—Todavía no tiene la pieza que falta. Del poder del Caldero.

Rhys inclinó la cabeza estudiando el mapa, luego a mis hermanas.

—Cassian. —Señaló el enorme río que serpenteaba tierra adentro por la Corte de Primavera—. Si cortáramos al sur de donde estamos ahora, para dirigirnos directamente a las tierras humanas... ¿cruzarían ese río, o irían lo suficiente hacia el oeste como para evitarlo?

Cassian alzó una ceja. Había desaparecido el rostro pálido de ayer y el dolor. Una pequeña misericordia.

En el lado opuesto de la mesa, Lord Devlon parecía inclinado a abrir la boca para dar su opinión. A diferencia de Keir, el comandante Iliriano no tenía ningún tipo de escrúpulos en mostrar su desdén por nosotros. Especialmente en lo que respectaba al mandato de Cassian.

Pero antes de que Devlon pudiera abrirse paso, Cassian dijo:

—Una travesía por el río como esa sería larga y peligrosa. El río es demasiado ancho. Incluso si nos tamizamos, tendríamos que construir barcos o puentes para conseguir ir a través. Y un ejército de este tamaño... Tendríamos que ir al oeste, luego cortar al sur...

Cuando las palabras desaparecieron, el rostro de Cassian palideció. Y miré donde el ejército de Hiberno marchaba hacia el este, por debajo de ese poderoso río. Desde donde estábamos ahora...

—Él quería que nos agotáramos en tamizar a los ejércitos —dijo Helion, recogiendo el hilo de pensamiento de Cassian—. En la lucha contra esas batallas. Así que cuando fuera el momento, no tendríamos la fuerza para pasar el río. Tendríamos que ir a pie... y tomar el camino largo para evitar el cruce.

Tarquin juró ahora.

—Así que pudo marchar hacia el sur, sabiendo que estamos días atrasados. Y entrar en las tierras humanas sin resistencia.

—Podría haberlo hecho desde el principio —replicó Kallias. Mis rodillas empezaron a temblar—. ¿Por qué ahora?

Fue Nesta quien dijo desde su asiento al otro lado de la habitación, al lado del brasero de luz fae.

—Porque lo insultamos. Mis hermanas y yo.

Todos los ojos se dirigieron a nosotras.

Elain puso una mano en su garganta. Ella exhaló:

—Él va a marchar sobre las tierras humanas... será un carnicero con ellos... ¿por despreciarnos?

—Maté a su sacerdotisa —murmuré—. Quitaste algo de su Caldero —le dije a Nesta—. Y tú... —Examiné a Elain—. Que te recuperara fue el último insulto.

—Solo un loco ejercería el poder de su ejército solo para vengarse de tres mujeres —dijo Kallias.

Helion resopló.

—Olvidas que algunos de nosotros peleamos en la Guerra. Sabemos de primera mano lo desquiciado que puede ser. Y que algo así sería exactamente su estilo.

Atrapé la mirada de Rhys. *¿Qué hacemos?*

El pulgar de Rhys me rozó el dorso de la mano.

—Él sabe que vamos a ir.

—Yo diría que está asumiendo bastante acerca de cuánto nos preocupamos por los humanos —dijo Helion. Keir parecía inclinado a estar de acuerdo, pero sabiamente permaneció en silencio.

Rhys se encogió de hombros.

—Habrà visto nuestra priorización de la seguridad de Elain como una prueba de que las hermanas Archeron tienen influencia aquí. Piensa que nos van a convencer de arrastrar nuestros traseros allí, probablemente a un campo de batalla con pocas ventajas, y seremos aniquilados.

—¿Así que no vamos a hacerlo? —Tarquin frunció el ceño.

—Por supuesto que lo vamos a hacer —dijo Rhys, enderezándose a toda su altura y levantando la barbilla—. Seremos superados en número y estaremos agotados, y no terminará bien. Pero esto no tiene nada que ver con mi compañera, ni con sus hermanas. El muro ha caído. Se ha ido. Es un mundo nuevo, y debemos decidir cómo vamos a poner fin al viejo y comenzar de nuevo. Debemos decidir si vamos a comenzar por permitir que los que no pueden defenderse a sí mismos sean sacrificados. Si ese es el tipo de gente que somos. Cortes no individuales. Nosotros, como un *pueblo* Fae, ¿dejaremos a los humanos a su suerte?

—Entonces todos moriremos juntos —dijo Helion.

—Bien —dijo Cassian, mirando a Nesta—. Si termino mi vida defendiendo a los que más lo necesitan, considero que es una muerte bien gastada.

Lord Devlon, por una vez, asintió con la cabeza. Me pregunté si Cassian lo notó... si le importaba. Su rostro no reveló nada, no cuando su enfoque se quedó totalmente en mi hermana.

—Yo también —dijo Tarquin.

Kallias miró a Viviane, que sonreía tristemente hacia él. Podía ver el arrepentimiento allí... por el tiempo que habían perdido. Pero Kallias dijo:

—Tendremos que salir mañana si queremos tener la oportunidad de detener la masacre.

—Más pronto que eso —dijo Helion, dando una sonrisa deslumbrante—. Un par de horas. —Le sacudió la barbilla a Rhys—. Los humanos serán sacrificados antes de que podamos llegar allí.

—No si podemos actuar más rápido —dije, girando mi hombro. Todavía tieso y adolorido, pero curando rápido.

Todos alzaron las cejas.

—Esta noche —dije—. Aquellos de nosotros que podemos, nos tamizaremos. A los hogares y pueblos humanos. Y tamizamos a tantos como podamos antes del amanecer.

—¿Y a dónde los llevaremos? —preguntó Helion.

—Velaris.

—Demasiado lejos —murmuró Rhys, escudriñando el mapa ante nosotros—. Para hacer todo eso.

Tarquin tocó un dedo en el mapa, en su territorio.

—Entonces, llévenlos a Adriata. Voy a enviar a Cresseida de vuelta, que ella los vigile.

—Necesitamos toda la fuerza que tenemos para luchar contra Hiberno —dijo Kallias con cuidado—. Desperdiciarlo en los seres humanos...

—No es un desperdicio —dije—. Una vida puede cambiar el mundo. ¿Dónde estarían todos si alguien hubiera pensado que salvar mi vida sería una pérdida de tiempo? —Le señalé a Rhys—. ¿Si él hubiera pensado que salvar mi vida Bajo la Montaña era una pérdida de tiempo? Incluso si son solo veinte familias, o diez... No son un desperdicio. No para mí, ni para ti.

Viviane le estaba dando a su compañero una mirada aguda y reprochable, y Kallias tuvo el buen sentido de murmurar una disculpa.

Entonces Amren dijo desde detrás de nosotros, caminando a través de los pliegues de la carpa:

—Espero que todos hayan votado por enfrentar a Hiberno en la batalla.

Rhys arqueó una ceja.

—Lo hicimos. ¿Por qué?

Amren puso el Libro sobre la mesa con un golpe.

—Porque lo necesitaremos como distracción. —Me sonrió severamente—. Tenemos que llegar al Caldero, muchacha. *Todas* nosotras.

Y supe que no se refería a los Grandes Señores.

Sino más bien a nosotras cuatro, las que habíamos sido Hechos. Amren...mis hermanas y yo.

—¿Has encontrado otra forma de detenerlo? —preguntó Tarquin.

La afilada barbilla de Amren se balanceó en un movimiento de cabeza.

—Aún mejor. Encontré una forma de detener a todo su ejército.

Capítulo 67

Traducido por Vale

Necesitábamos acceso al Caldero, ser capaces de tocarlo. Juntas.

Hacerlo yo sola casi me había matado. Pero dividido entre otras que fueron Hechas... Podríamos soportar su poder letal.

Si lo conseguíamos tener bajo nuestro control, de una sola vez podríamos aprovechar su fuerza para atar al rey y a su ejército. Y limpiarlos de la tierra.

Amren había encontrado el hechizo para hacerlo. Justo donde la Suriel había afirmado que estaría codificado en el Libro. En lugar de anular los poderes del Caldero... anularíamos a la persona que lo controlaba. Y a toda su horda.

Pero primero teníamos que conseguir el Caldero. Y con los dos ejércitos dispuestos a luchar...

Solo nos moveríamos cuando la carnicería estuviera en su apogeo. Cuando Hiberno podría estar distraído en el caos. A menos que planeara usar ese Caldero en el campo de batalla.

La cuál era una gran posibilidad.

No había ninguna posibilidad de infiltrarnos en ese campamento militar de nuevo, no después de haber robado a Elain. Así que tendríamos que esperar hasta que entráramos en la trampa que había puesto para nosotros. Esperar hasta que tomáramos posiciones desventajosas en ese campo de batalla que él había seleccionado, y llegar agotados por las batallas anteriores, por el viaje hacia allí. Exhaustos por sacar a esas familias humanas de su camino.

Lo cual hicimos. Aquella noche, cualquiera de nosotros que pudiera tamizarse...

Yo fui a mi antiguo pueblo con Rhysand. Fui a las casas donde alguna vez había dejado oro como una mujer mortal. Al principio no me reconocieron. Entonces se dieron cuenta de lo que era.

Rhys sostuvo sus mentes suavemente, calmándolas, mientras yo les explicaba. Lo que me había pasado, lo que estaba por venir. Lo que necesitábamos hacer.

No tuvieron tiempo para empacar más que algunas cosas. Y todos temblaban mientras los arrastramos a través del mundo, al calor de un exuberante bosque justo a las afueras de Adriata, Cresseida ya esperando con comida y un pequeño ejército de sirvientes para ayudar y organizar.

La segunda familia no nos creyó. Pensaron que era algún truco de hadas. Rhys trató de mantener sus mentes, pero su pánico era demasiado profundo, su odio demasiado tangible.

Querían quedarse.

Rhys no les dio una opción después de eso. Tamizó la familia entera, todos ellos gritando. Todavía gritaban cuando los dejábamos en aquel bosque, con más humanos a su alrededor, nuestros compañeros tamizaron recién llegados para que Cresseida documentara y tranquilizara.

Así que continuamos. Casa por casa. Familia por familia. Cualquiera en el camino de Hiberno.

Toda la noche. Cada Gran Señor en nuestro ejército, cualquier comandante o noble con el don y la fuerza.

Hasta que estábamos jadeando. Hasta que hubo una pequeña ciudad de humanos amontonados en ese bosque maduro de verano. Hasta que incluso la fuerza de Rhys flanqueó y apenas pudo regresar a nuestra carpa.

Se desmayó antes de que su cabeza golpeará la almohada, con sus alas extendidas sobre la cama. Demasiada tensión, demasiado depender de su poder.

Lo vi dormir, contando sus respiraciones.

Sabíamos... todos lo hacíamos. Sabíamos que no nos alejaríamos de ese campo de batalla.

Tal vez inspiraría a otros a luchar, pero... Sabíamos. Mi compañero, mi familia... pelearían, nos comprarían tiempo con sus vidas mientras Amren, mis hermanas y yo tratábamos de detener ese Caldero. Algunos caerían antes de que pudiéramos alcanzarlo.

Y estaban dispuestos a hacerlo. Si tenían miedo, ninguno de ellos lo reveló. Le quité el cabello húmedo a Rhys de su frente.

Sabía que daría todo antes de que cualquiera de nosotros pudiera ofrecerlo. Sabía que lo intentaría. Era tanto una parte de él como sus miembros, esa necesidad de sacrificar, de proteger. Pero no lo dejaría hacerlo, no sin intentarlo yo misma.

Amren no había mencionado a Bryaxis en nuestras conversaciones más temprano. Había parecido haberlo olvidado. Pero todavía teníamos una batalla por librar mañana. Y si Bryaxis podía comprar cualquier tiempo extra a mis amigos, a Rhys, mientras yo cazara ese Caldero... Si pudiera comprarles la oportunidad más pequeña de supervivencia... Entonces el Bone Carver también podría.

No me importaba el costo. O el riesgo. No mientras miraba a mi compañero durmiente, con el agotamiento revistiendo su rostro.

Él había dado suficiente. Y si esto me rompía, me volvía loca, me despedazaba... Todo lo que Amren necesitaba era mi presencia, mi cuerpo, mañana con el Caldero. Cualquier otra cosa... si era lo que tenía que dar, mi propio costo para comprarles cualquier astilla de supervivencia... Lo pagaría gustosa. Lo enfrentaría.

Así que reuní los residuos de mi poder y me tamicé lejos... me tamicé al norte.

A la Corte de Pesadillas.

Había una escalera sinuosa en lo profundo de la montaña. Llevaba a un solo lugar: una cámara cerca del pico más alto. Había aprendido mucho de mi investigación.

Me paré en la base de esa escalera, mirando hacia arriba en la penumbra impenetrable, con mi aliento nublándose delante de mí.

Mil escalones. Esa era la cantidad de escalones que había entre el el Ouroboros y yo. El Espejo de los Comienzos y Finales.

PARADISE SUMMERLAND FORO

Sólo tú puedes decidir qué te rompe, Rompemaldiciones. Sólo tú.

Encendí una bola de luz fae sobre mi cabeza y comencé mi ascenso.

una **CORTE** de ALAS **RUINA** y

Capítulo 68

Traducido por Vale

No esperaba la nieve.

O la luz de la luna.

La cámara debía de haber quedado bajo el palacio de piedra de luna, en la roca áspera que conducía al exterior, acogiendo las ventiscas de nieve y la luz de la luna.

Apreté los dientes contra el frío amargo, con el viento aullando a través de las grietas como lobos rabiando a lo largo de la ladera de la montaña.

La nieve brillaba sobre las paredes y el suelo, resbalando sobre mis botas con las ráfagas de viento. La luz de la luna se asomó, lo suficientemente brillante como para que desapareciera mi bola de luz fae, bañando toda la cámara en azules y plateados.

Y allí, contra la pared lejana de la cámara, con la nieve recubriendo su superficie, su cubierta de bronce... El Ouroboros.

Era un masivo disco redondo, tan alto como yo. Más alto. Y el metal a su alrededor había sido dado forma de una serpiente masiva, el espejo sostenido dentro de sus bucles mientras devoraba su propia cola.

Fin y comienzo.

Desde el otro lado de la habitación, con la nieve... No podía verlo. Lo que había dentro. Me obligué a dar un paso adelante. Otro.

El espejo era negro como la noche; sin embargo... completamente claro.

Me miré acercarme. Observé el brazo que había levantado contra el viento y la nieve, la expresión contraída en mi rostro. El agotamiento.

Me detuve a tres pies de distancia. No me atreví a tocarlo.

Solo me mostró a mí misma.

Nada.

Escudriñé el espejo para detectar cualquier signo de... *algo* para empujar o tocar con mi magia. Pero solo estaba la cabeza devoradora de la serpiente, con su boca bien abierta, con escarcha brillando en sus colmillos.

Me estremecí contra el frío, frotándome los brazos. Mi reflejo hizo lo mismo.

—¿Hola? —susurré.

No había nada.

Mis manos ardían del frío.

De cerca, la superficie del Ouroboros era como un mar gris y tranquilo. Imperturbado. Dormido.

Pero en su esquina superior... movimiento. No... no movimiento en el espejo. Detrás de mí. No estaba a solas.

Arrastrándose por la pared cubierta de nieve, una bestia masiva de garras, escamas, pelos y dientes desgarradores avanzó hacia el suelo. Hacia mí.

Mantuve la respiración firme. No le dejé oler un zarcillo de mi miedo... fuera lo que fuese. Algún guardián de este lugar, alguna criatura que se había arrastrado a través de las grietas...

Sus patas enormes eran casi silenciosas en el suelo, con la piel en ellas una mezcla de negro y oro. No era una bestia diseñada para cazar en estas montañas. Ciertamente no con la cresta de escamas oscuras en su espalda. Y los ojos grandes brillantes...

No tuve tiempo de observar esos ojos azules grisáceos cuando la bestia se precipitó.

Me giré, la daga Iliriana en mi mano helada, agachándome y apuntando hacia arriba... al corazón.

Pero nunca llegó el impacto. Solo ^{de}nieve, frío y viento.

una CORTE de ALAS y RUINA

No había nada ante mí. Detrás de mí.

Ninguna huella de patas en la nieve.

Giré hacia el espejo.

Donde yo había estado de pie... esa bestia ahora se sentaba, con la cola escamosa vagando ociosamente por la nieve. Mirándome.

No... no mirando.

Contemplándome de vuelta. Mi reflejo.

De lo que acechaba debajo de mi piel.

Mi cuchillo chocó contra las piedras y la nieve. Y miré dentro del espejo.

El Bone Carver estaba sentado contra la pared cuando entré en su celda.

—¿No hay escolta esta vez?

Sólo lo miré... a ese muchacho. Mi hijo.

Y por una vez, el Carver parecía estar muy quieto y callado.

—Lo has recuperado —susurró.

Miré hacia un rincón de su celda. El Ouroboros apareció, con la nieve y el hielo todavía encostrándolo. Mío para convocar, donde y cuando quisiera.

—Cómo.

Las palabras aún eran extrañas, cosas raras. Este cuerpo al que había vuelto... también era extraño.

Tenía la lengua seca como papel cuando dije:

—Miré.

de ALAS

una CORTE y RUINA

—¿Qué viste? —El Carver se puso de pie.

Me hundí un poco más de vuelta en mi cuerpo. Lo suficiente para sonreír ligeramente.

—Eso no es de tu incumbencia. —Porque el espejo... me había mostrado. Demasiadas cosas.

No sabía cuánto tiempo había pasado. El tiempo... había sido diferente dentro del espejo. Pero incluso unas pocas horas podrían haber sido demasiadas...

Señalé la puerta.

—Tienes tu espejo. Ahora mantén tu parte. La batalla espera.

El Bone Carver miró entre el espejo y yo. Y sonrió.

—Será un placer.

Y la forma en que lo dijo... me sentí exprimida, mi alma nueva y temblorosa, y sin embargo le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

El Carver simplemente se enderezó la ropa.

—Tengo poco interés en esa cosa —dijo, señalando el espejo—. Pero tú la posees.

Parpadeé lentamente.

—Quería ver si valías la pena la ayuda —continuó el Carver—. Es una persona rara la que enfrenta quien realmente es y no huye de ello... no se rompe por ello. Eso es lo que el Ouroboros muestra a todos los que lo miran: quiénes son, cada pulgada despreciable e impía. Algunos lo miran y ni siquiera se dan cuenta de que el horror que están viendo sean ellos; incluso cuando el terror de ello los vuelve locos. Algunos se pavonean dentro y son destrozados por la criatura pequeña y triste que encuentran en su lugar. Pero tú... Sí, rara de verdad. No me arriesgaría a dejar este lugar por nada menos.

Furia... furia abrazadora empezó a llenar los agujeros dejados por lo que había visto en ese espejo.

—¿Querías ver si yo era *digna*? —Esa gente inocente era *digna* de ser ayudada.

Un asentimiento.

—Lo hacía. Y lo eres. Y ahora te ayudaré.

Debatí golpear la puerta de la celda en su cara.

Pero solo dije tranquilamente:

—Bien. —Me acerqué a él. Y no tuve miedo cuando agarré la mano fría del Bone Carver—. Entonces, comencemos.

Capítulo 69

Traducido por AnamiletG

El amanecer rompió, dorando las nieblas bajas que serpenteaban sobre las llanuras de la tierra mortal.

Hiberno había arrasado todo, desde la Corte de Primavera hasta las pocas millas antes del mar.

Incluyendo mí pueblo.

No había nada más que cenizas y piedra desmenuzada mientras avanzábamos.

Y la finca de mi padre... Un tercio de la casa permanecía de pie, el resto naufragó. Las ventanas estaban rotas, las paredes agrietadas hasta el cimiento.

El jardín de Elain fue pisoteado, era poco más que un pozo de barro. Ese roble orgulloso cerca del borde de la propiedad, donde Nesta había querido estar a la sombra y pasar por alto nuestras tierras... Se había quemado en una cáscara esquelética.

Fue un ataque personal. Lo sabía. Todos lo sabíamos. El rey había ordenado matar a nuestros ganados. Había sacado los perros y los caballos la noche anterior, junto con los criados y sus familias. Pero las riquezas, los toques personales... Saqueados o destruidos.

Que Hiberno no se había demorado para diezmar lo que quedaba de pie en la casa, me dijo Cassian, sugirió que no quería que ganáramos demasiado en él. Establecería su ventaja: elegir el campo de batalla correcto. No teníamos ninguna duda de que encontrar las aldeas vacías a lo largo del camino afilaba la ira del rey. Y había bastantes ciudades y pueblos que no habíamos alcanzado a tiempo porque no nos apresurábamos.

Una tarea más fácil en teoría que en la práctica, con un ejército de nuestro tamaño y formado por tantos soldados entrenados de manera diferente, con tantos líderes dando órdenes sobre qué hacer.

Los Ilirianos eran irascibles... tirando de la correa, incluso bajo el estricto orden de Lord Devlon. Molesto de que tuviéramos que esperar a los demás, que no pudiéramos seguir adelante e interceptar Hiberno, detenerlos antes de que pudieran seleccionar el campo de batalla.

Vi cómo Cassian se encontraba en dos capitanes diferentes en el lapso de tres horas. Observé cómo reasignaba a los soldados que se quejaban para transportar carretas y carros de provisiones, tirando algunos del honor de estar en el frente. Tan pronto como los otros vieron que él decía en serio cada palabra, cada amenaza... el quejarse cesó.

Keir y sus Portadores de Oscuridad miraban a Cassian también, y eran lo suficientemente sabios para mantener el descontento fuera de sus lenguas, sus rostros. Para seguir marchando, su armadura oscura cada vez más sucia a cada milla que pasaba.

Durante el breve descanso de mediodía en un gran prado, Nesta y yo subimos dentro de uno de los vagones de la caravana cubiertos de suministros para cambiarnos la ropa de lucha Ilirianas. Cuando salimos, Nesta incluso abrochó un cuchillo a su lado. Cassian había insistido, pero había admitido que, puesto que no estaba entrenada, era tan probable que se lastimara a sí misma como lastimar a alguien más.

Elain... Ella nos había mirado en las hierbas que se balanceaban fuera de ese vagón, las piernas y los bienes en exhibición, y se volvió carmesí. Viviane intervino, ofreciendo la moda de Corte de Invierno que era mucho menos escandalosa: pantalones de cuero, pero emparejado con un sobretodo azul que llegaba hasta el muslo, piel blanca recortando el cuello. En el calor, sería desgraciado, pero Elain se alegró bastante, tanto, que no se quejó cuando volvimos a salir de la carreta cubierta y encontramos a nuestros compañeros esperando. Ella rechazó el cuchillo que Cassian le entregó, sin embargo.

Se puso blanca como la muerte al verlo.

Azriel, todavía cojeando, simplemente apartó a Cassian y extendió otra opción.

—Este es el Portador de la Verdad —le dijo suavemente—. No lo usaré hoy, así que quiero que lo hagas tú.

Sus alas habían cicatrizado, aunque ahora las cicatrices largas y finas los rastrillaban. Aún no lo suficientemente fuerte, Madja le había advertido que no volara hoy.

El argumento con Rhys esta mañana había sido rápido y brutal: Azriel insistió en que *podía* volar... pelear con las legiones, como habían planeado. Rhys se negó. Cassian se negó. Azriel amenazó con caer en la sombra y pelear de todos modos. Rhys se limitó a decir que si lo intentaba, encadenaría a Azriel a un árbol.

Y Azriel... solo cuando Mor entró en la carpa y le rogó—le *rogó* con lágrimas en los ojos—él cedió. Acordó ser ojos y oídos y nada más.

Y ahora, de pie entre las praderas de sus prados, en su armadura iliria, los siete Sifones brillaban...

Los ojos de Elain se abrieron de par en par por la hoja de obsidiana en la mano cicatrizada de Azriel. Las runas en la vaina oscura.

—Nunca me ha fallado —dijo el Shadowsinger, el sol del mediodía devorado por la hoja oscura—. Algunas personas dicen que es mágico y siempre dice la verdad. —Le tomó suavemente la mano y presionó la empuñadura de la legendaria cuchilla—. Te servirá bien.

—Yo-yo no sé cómo usarlo...

—Me aseguraré de que no tengas que hacerlo —dijo, la hierba crujiendo mientras me acercaba.

Elain sopesó mis palabras... y lentamente cerró sus dedos alrededor de la hoja.

Cassian miró a Azriel y me pregunté cuán a menudo Azriel le había prestado esa hoja.

Nunca, dijo Rhys desde donde terminó de doblar sus propias armas contra el costado del carro. *Nunca he visto a Azriel dejar que otra persona toque ese cuchillo.*

Elain alzó la vista hacia Azriel, sus ojos se encontraron, su mano todavía se detenía en la empuñadura de la hoja.

Vi la pintura en mi mente: la encantadora cervatilla, la primavera floreciente vibrante detrás de ella. De pie ante la Muerte, sombras y terrores acechando sobre su hombro. Luz y oscuridad, el espacio entre sus cuerpos una mezcla de los dos. El único puente de conexión... ese cuchillo.

Pinta eso cuando lleguemos a casa.

Entrometido.

Miré por encima de mi hombro hacia Rhys, que se acercó a nuestro pequeño círculo en la hierba. Su rostro permaneció más demacrado que de costumbre, las líneas de tensión enmarcaban boca. Y me di cuenta... No conseguiría otra noche con él. Anoche... esa había sido la última noche. Lo habíamos gastado tamizándonos...

No pienses así. No entres en esta batalla pensando que no volverás a marcharte. Su mirada era aguda. Inflexible.

Respirar se hizo difícil. *Este descanso es la última vez que estaremos todos aquí hablando.*

Porque esta última etapa de la marcha que estábamos a punto de embarcar... Nos llevaría directamente al campo de batalla.

Rhys alzó una ceja. *¿Te gustaría entrar en ese vagón por unos minutos? Es un poco estrecho entre las armas y los suministros, pero puedo hacer que funcione.*

Humor, tanto para mí como para él. Le tomé la mano, dándome cuenta de que los demás hablaban en silencio, Mor habiendo paseado por completo, armadura oscura, Amren... Amren también estaba en pieles Ilirianas. Tan pequeñas, que debían haber sido construidas para un niño.

No se lo digas, pero lo fueron.

Mis labios tiraron hacia una sonrisa. Pero Rhys nos miró a todos, de alguna manera reunidos aquí en el prado abierto, sin recibir la orden. Nuestra familia, nuestra corte. La Corte de Sueños.

Todos se callaron.

Rhys los miró a los ojos, incluso a mis hermanas, con su mano rozando mi espalda.

—¿Quieren la charla inspiradora o la desoladora? —preguntó.

—Queremos la verdadera —dijo Amren.

Rhys empujó sus hombros hacia atrás, doblando elegantemente sus alas detrás de él.

—Creo que todo sucede por una razón. No lo sé si es decidido por la Madre, o el Caldero, o algún tipo de tapiz del Destino. Realmente no me importa. Pero estoy agradecido por ello, sea lo que sea. Agradecido de que los haya traído a todos a mi vida. Si no hubiera sido así... podría haber llegado a ser tan horrible como el cabrón al que vamos a enfrentar hoy. Si no hubiera conocido a un guerrero Iliriano en formación —le dijo a Cassian—, no habría conocido las verdaderas profundidades de la fuerza, la resistencia, el honor y la lealtad.

Los ojos de Cassian brillaron intensamente.

Rhys le dijo a Azriel:

—Si no hubiera conocido a un Shadowsinger, no habría sabido que lo que importa es la familia que haces, no en la que has nacido. No habría sabido qué es esperar verdaderamente, incluso cuando el mundo te dice que te desespere.

Azriel inclinó la cabeza en agradecimiento.

Mor ya estaba llorando cuando Rhys le habló:

—Si no hubiera conocido a mi prima, nunca habría aprendido que la luz se puede encontrar incluso en el más oscuro de los infiernos. Esa bondad puede prosperar incluso entre la crueldad.

Ella secó sus lágrimas mientras asentía. Esperé a que Amren ofreciera una réplica. Pero ella solo estaba esperando. Rhys inclinó la cabeza hacia ella.

—Si no hubiera conocido a un pequeño monstruo que atesora joyas más ferozmente que un dragón... —Una risa tranquila de todos nosotros en eso. Rhys sonrió suavemente—. Mi propio poder me habría consumido hace mucho tiempo.

Rhys apretó mi mano mientras él me miraba por fin.

—Y si no hubiera conocido a mi compañera... —Sus palabras le fallaron mientras plata brillaba en sus ojos.

Dijo a través del vínculo, *habría esperado quinientos años más por ti. Mil años. Y si este ha sido todo el tiempo que se nos permite tener... La espera valió la pena.*

Secó las lágrimas que se deslizaban por mi rostro.

—Creo que todo sucedió exactamente como tenía que ser... para poder encontrarte. —Besó otra lágrima.

Y luego dijo a mis hermanas:

—No nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero tengo que creer que las trajeron aquí, a nuestra familia, por una razón, también. Y tal vez hoy averiguaremos por qué.

Miró a todos de nuevo y extendió la mano a Cassian. Cassian la cogió y extendió la otra para Mor. Entonces Mor extendió la otra a Azriel. Azriel a Amren. Amren a Nesta. Nesta a Elain. Y Elain a mí. Hasta que todos estábamos unidos, todos unidos.

Rhys dijo:

—Caminaremos hacia el campo de batalla y solo aceptaremos la Muerte cuando venga a arrastrarnos hacia el Otro Mundo. Lucharemos por la vida, por la supervivencia, por nuestro futuro. Pero si se decide por ese tapiz del Destino o el Caldero o la Madre que hoy no salimos de ese campo... —Levantó la barbilla—. La gran alegría y el honor de mi vida ha sido conocerlos. Llamarlos mi familia. Y estoy agradecido, más de lo que puedo decir, que me hayan dado esta oportunidad con todos ustedes.

—Te agradecemos, Rhysand —dijo Amren en voz baja—. Más de lo que sabes.

Rhys le dirigió una pequeña sonrisa mientras los demás murmuraban su acuerdo.

Me volvió a apretar la mano y dijo:

—Entonces, hagamos que Hiberno esté muy *desagradecido* por también habernos conocido.

de ALAS

una CORTE y RUINA

Pude oler el mar mucho antes de que contempláramos el campo de batalla. Hiberno había elegido bien.

Una vasta llanura cubierta de hierba se extendía hasta la orilla. A una milla de tierra adentro, había plantado su ejército.

Se onduló lejos, una masa oscura que se separaba al horizonte del este. Sus estribaciones rocosas se alzaban a su espalda; algunos de sus ejércitos también se colocaban encima de ellos. Incluso la llanura parecía inclinarse hacia el este.

Me quedé al lado de Rhysand encima de una ancha colina que dominaba la llanura, mis hermanas, Azriel y Amren muy cerca. En las lejanas líneas del frente, Helion, resplandeciente con una armadura de oro y una capa roja y ondulada, dio la orden de detenerse. Los ejércitos obedecieron, cambiando las posiciones que habían resuelto.

El anfitrión que nos enfrentamos, aunque... estaban esperando. Listos. Muchos. Supe sin contar, que estábamos superados en número.

Cassian aterrizó de los cielos con cara de piedra, con todos sus Sifones ardiendo mientras cruzaba la loma en pocos pasos.

—El desgraciado tomó cada centímetro de terreno alto y la ventaja que pudo encontrar. Si queremos derrotarlos, tendremos que perseguirlos en esas colinas. Que no tengo duda de que ya está calculado. Probablemente con todo tipo de sorpresas. —A lo lejos, esos sabuesos naga comenzaron a gruñir y aullar. Con hambre.

Rhys solo preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Cassian apretó la mandíbula, mirando a mis hermanas. Nesta le estaba observando atentamente; Elain vigilaba al ejército desde nuestra pequeña elevación, con el rostro blanco de temor.

—Tenemos cinco Grandes Señores, y solo hay uno de ellos. Podrían protegernos por un tiempo. Pero puede que no sea de nuestro interés drenar a cada uno de ustedes de esa manera. También tendrá escudos, y el Caldero. Ha tenido cuidado de no dejarnos ver toda la extensión de su

poder. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que estamos a punto de hacerlo.

—Probablemente usará hechizos —le dije, recordando que había entrenado a Amarantha.

—Asegúrate de que Helion esté en alerta —ofreció Azriel, cojeando al lado de Rhys—. Y Thesan.

—No contestaste mi pregunta —dijo Rhys a Cassian.

Cassian clasificó el ejército interminable de Hiberno, y luego el nuestro.

—Digamos que pinta mal. Escudos destrozados, desorden, usa el Caldero... Unas pocas horas.

Cerré los ojos. Durante ese tiempo, tendría que cruzar el campo de batalla delante de nosotros, encontrar dondequiera que él guardara el Caldero, y detenerlo.

—Mis sombras lo están buscando —me dijo Azriel, leyendo mi cara mientras abría los ojos. Su mandíbula apretó las palabras. Se suponía que lo habría buscado él mismo. Se encendió y colocó sus alas, como si las estuviera probando—. Pero las guardas son fuertes, sin duda reforzadas por el rey después de que triturásemos las del campamento. Puede que tenga que ir a pie. Espera hasta que la masacre empiece a desordenarse.

Cassian bajó la cabeza y le dijo a Amren:

—Ya sabrás cuándo.

Ella asintió bruscamente, cruzando los brazos. Me preguntaba si se habría despedido de Varian.

Cassian aplaudió a Rhys en el hombro.

—A tu orden, llevaré a los Ilirianos al cielo. Avanzamos en tu señal después de eso.

Rhys asintió con la cabeza en silencio, con la atención fija en aquel ejército abrumador.

Cassian dio un paso, pero miró hacia Nesta. Su rostro era duro como el granito. Abrió la boca, pero pareció decidirse en contra de lo que

fuera a decir. Mi hermana no dijo nada mientras Cassian se disparaba al cielo con un empujón poderoso de sus alas. Sin embargo, ella siguió su vuelo hasta que apenas fue más que una oscura mancha.

—Puedo pelear a pie —dijo Azriel a Rhys.

—No. —No había discusiones con ese tono.

Azriel parecía estar debatiéndolo, pero Amren sacudió la cabeza en señal de advertencia y retrocedió, con las sombras enroscándose en sus dedos.

En silencio, vimos cómo nuestro ejército se establecía en líneas limpias y sólidas. Vimos a los Ilirianos levantarse en los cielos en cualquier comando silencioso que Rhys envió a Cassian, formando líneas de espejos arriba. Los Sifones brillaban con el color y los escudos se colocaban en sus lugares, tanto mágicos como metálicos. El suelo mismo temblaba con cada paso hacia esa línea de demarcación.

Rhys dijo en mi mente, *Si Hiberno tiene una marca sobre mi poder, me sentirá furtivamente a través del campo de batalla.*

Sabía lo que estaba insinuando. *Eres necesario aquí. Si ambos desaparecemos, lo sabrá.*

Una pausa. *¿Tienes miedo?*

¿Y tú?

Sus ojos violetas atraparon los míos. Tan pocas estrellas brillaban en su interior.

—Sí —exhaló. *No por mí. Sino por todos.*

Tarquin ladró una orden muy por delante, y nuestro ejército unificado se detuvo, como una bestia poderosa deteniéndose. Verano, Invierno, Día, Amanecer y Noche... las fuerzas de cada corte claramente marcadas por las alteraciones de color y armadura. En las hadas que luchaban junto a los Altos Faes, etéreas y mortales. Una legión de Peregrinos de Thesan se colocó en fila al lado de los Ilirianos, su armadura de oro brillando contra el sólido negro de los nuestros.

Ninguna señal de Beron o Eris... ni un susurro de que Otoño vendría a ayudarnos. O Tamlin.

Pero el ejército de Hiberno no avanzó. Podrían haber sido estatuas. La quietud, yo sabía, era más para enervarnos.

—Magia primero —Amren estaba explicando a Nesta—. Ambos bandos tratarán de derribar los escudos alrededor de los ejércitos.

Como en respuesta, lo hicieron. Mi magia se retorció en respuesta a que los Grandes señores desataran su poder, excepto Rhysand.

Estaba guardando su poder para una vez que los escudos bajaran. No tenía duda de que Hiberno mismo estaba haciendo lo mismo en toda la llanura.

Los escudos vacilaban a ambos lados. Algunos murieron. No muchos, pero algunos. Magia contra magia, la tierra temblando, la hierba entre los ejércitos marchitándose y convirtiéndose en cenizas.

—Había olvidado lo aburrida que era esta parte —murmuró Amren.

Rhys le lanzó una mirada seca. Pero él rondaba al borde de nuestra pequeña perspectiva, como si sentía que el estancamiento pronto se rompería. Le daría un poderoso y devastador golpe al ejército en el momento en que su escudo se abrochara. Una verdadera marea de poder besado por la noche. Sus dedos se curvaron a sus costados.

A mi izquierda, los Sifones de Azriel brillaban, preparándose para dar rienda suelta a Rhysand. Podría no ser capaz de luchar, pero él ejercería su poder desde aquí.

Llegué al lado de Rhys. Adelante, ambos escudos estaban tambaleándose al fin.

—Nunca te he conseguido un regalo de compañero —dije.

Rhys supervisó la batalla por delante. Su poder resonó bajo nosotros, emergiendo del sombrío corazón del mundo.

Pronto. Era cuestión de momentos. Mi corazón tronaba, mi frente sudaba, no solo por el calor del verano que ahora se extendía por el campo.

—He estado pensando y pensando —proseguí—, sobre lo que te daría.

Lentamente, tan lentamente, los ojos de Rhys se deslizaron hacia los míos. Solo había un abismo de poder dentro de ellos, borrando esas estrellas.

Le sonreí, bañándome en ese poder, y envié una imagen a su mente.

De mi columna, ahora entintada desde mi base a mi nuca con cuatro fases de la luna. Y una pequeña estrella en medio de ellos.

—Pero, voy a admitir —le dije mientras sus ojos brillaban—, que este regalo de compañero es probablemente para los *dos*.

El escudo de Hiberno se desplomó. Mi magia partió de mí, dividiendo el mundo. Revelando el glamour que había mantenido durante horas.

Delante de nuestra línea de frente... Una nube de oscuridad apareció, retorciéndose y girando sobre sí misma.

—Santa Madre —dijo Azriel. Justo cuando una figura masculina aparecía al lado del humo de ébano.

Ambos ejércitos parecieron detenerse con sorpresa.

—Reclamaste el Ouroboros —susurró Rhys.

Delante de Hiberno estaban el Bone Carver y el nido vivo de sombras que era Bryaxis, el primero contenido y liberado en un cuerpo Fae por mí misma la noche anterior. Ambos estaban obligados a obedecer por el simple trato ahora firmado en mi columna vertebral.

—Lo hice.

Me observó de la cabeza a los pies, el viento moviendo su cabello azul y negro cuando preguntó suavemente:

— ¿Qué viste?

Hiberno se estaba revolviendo, evaluando frenéticamente qué y quién ahora se paraba ante ellos. El Carver había elegido la forma de un soldado Iliriano en su apogeo. Bryaxis permaneció dentro de la oscuridad que la rodeaba, el tapiz vivo que usaría para revelar las pesadillas de sus víctimas.

—Yo misma —dije por fin—. Me vi a mí misma.

Era, tal vez, la única cosa que nunca le mostraría. A nadie. Cómo me había encogido y llorado. Cómo había vomitado, gritado, y arañado el espejo. Cómo golpeé con mis puños. Y luego me acurruqué, temblando ante cada cosa horrible, cruel y egoísta que había contemplado dentro de ese monstruo, dentro de mí. Pero yo había estado observando. No me aparté de ella.

Y cuando mis temblores se detuvieron, lo estudié. Todas esas cosas miserables. El orgullo, la hipocresía y la vergüenza. La rabia y la cobardía y el dolor.

Entonces empecé a ver otras cosas. Cosas más importantes, más vitales.

—Y lo que vi —le dije tranquilamente mientras el Carver levantaba una mano—. Creo... creo que me encantó. Me olvide de mí. Todo. —Fue solo en ese momento cuando supe... entendí lo que la Suriel había querido decir. Solo yo podía permitir qué me rompía. Solo yo podía poseerlo, abrazarlo. Y cuando aprendí eso... el Ouroboros se había rendido a mí.

Rhys arqueó una ceja, incluso cuando el temor se deslizó por su rostro.

—¿Te ha encantado todo, lo bueno y lo malo?

Sonreí un poco.

—Especialmente lo malo.

Las dos figuras parecían respirar, una inhalación poderosa que hizo que la nube oscura de Bryaxis se contrajera. Preparándose para lanzarse. Incliné mi cabeza hacia mi compañero.

—Aquí hay un largo y feliz apareamiento, Rhys.

—Parece que me has ganado.

—¿En qué?

Con un guiño, Rhys apuntó hacia Bryaxis y el Carver. Apareció otra figura.

El Carver retrocedió un paso. Y supe... por la delgada figura femenina, el cabello oscuro y flotante, el rostro una vez más hermoso... Sabía quién era.

Stryga... La Tejedora.

Y encima del cabello oscuro de la Tejedora... Una joya azul pálido brillaba.

La joya de *Ianthe*. Un trofeo de sangre mientras la Tejedora le sonreía a su gemelo, le daba una reverencia burlona y se enfrentaba al anfitrión ante ellos. El Carver interrumpió su lento retiro, se quedó mirando a su hermana durante un largo momento, luego se volvió hacia el ejército una vez más.

—No eres la única que puede ofrecer tratos, ¿sabes? —dijo Rhys con una sonrisa perversa.

La Tejedora. Rhys había conseguido que la *Tejedora* se uniera a nosotros...

—¿Cómo?

Él inclinó su cuello, revelando un pequeño tatuaje rizado detrás de su oreja.

—He enviado a Helion a negociar en mi nombre, por eso estaba en el Medio aquel día en que te encontró. Ofreció romper el hechizo de contención de la Tejedora... a cambio de sus servicios hoy.

Parpadeé a mi compañero. Entonces sonrió, sin molestarse en esconder el salvajismo dentro de él.

—Hiberno no tiene ni idea del infierno que está a punto de llover sobre ellos, ¿verdad?

—Vivan las reuniones familiares —dijo Rhys.

Entonces la Tejedora, el Carver y Bryaxis se desataron sobre Hiberno.

Capítulo 70

Traducido por AnamiletG

—De verdad lo hiciste —murmuró Amren, boquiabierta cuando los tres inmortales se estrellaron contra las líneas de Hiberno y los gritos comenzaron.

Cuerpos cayeron delante de ellos, cuerpos quedaron en su estela, algunos meros cascos encerrados en armadura. Drenado por el Carver y Stryga. Algunos huyeron de lo que vieron en Bryaxis, el rostro de sus temores más profundos.

Rhys seguía sonriéndome mientras extendía una mano hacia el ejército de Hiberno, ahora tratando de adaptarse a los estragos rampantes.

Sus dedos apuntaron.

El poder de la obsidiana surgió de él.

Una gran parte del ejército de Hiberno solo...

Se desvaneció.

Donde habían estado solo quedó niebla roja y virutas de metal.

Rhys jadeó, sus ojos un poco salvajes. El golpe había sido bien colocado. Dividiendo el ejército en dos.

Azriel lanzó una segunda luz azul que chocó contra el flanco ahora expuesto. Conduciéndolos más lejos.

Los Ilirianos se trasladaron. Aquella había sido la señal de Rhys.

Bajaron de los cielos, justo cuando una legión se levantaba de Hiberno llena de cosas como el Attor. Oculto entre las filas de Hiberno. Los Sifones se abrieron, bloqueando los escudos en su lugar... y los Ilirianos lanzaron una lluvia de flechas con una exactitud mortal.

Pero la legión del Attor estaba bien preparada. Y cuando respondieron con una volea propia... Ejes de fresno, pero puntas de flecha hechas de veneno fae. Incluso con el antídoto de Nuan en las venas de nuestros soldados, no se extendía a su magia y no era una defensa contra la piedra misma. Las flechas de veneno fae perforaban escudos de Sifón tan fácilmente como la mantequilla. El rey había mejorado su arsenal.

Algunos Ilirianos cayeron rápidamente. Los otros se dieron cuenta de la amenaza y usaron sus escudos metálicos, desatándolos de sus espaldas.

En tierra, los soldados de Tarquin, Helion y Kallias comenzaron a cargar. Hiberno desató a sus perros y otras bestias.

Y mientras esos dos lados se golpearon el uno al otro... Rhys envió otra explosión, seguida por una ola de poder de Tarquin. Dividiendo y empujando las líneas de Hiberno en grupos desiguales.

Y a través de todo, Bryaxis... Todo lo que pude ver fue un borrón de cambiantes garras y colmillos, alas y músculos, cambiando y girando dentro de esa nube oscura que golpeó y sofocaba. La sangre rociaba dondequiera que se sumergía en soldados que gritaban. Algunos parecían morir de puro terror.

El Bone Carver luchó cerca de Bryaxis. No se veían armas más allá de una cimitarra de marfil—de hueso—en las manos de ese hombre. Lo barrió delante de él, como si estuviera trillando trigo.

Los soldados cayeron muertos delante de él, con apenas un golpe en ellos. Incluso ese cuerpo de Fae no podía contener ese poder letal, ahogarlo.

Hiberno huyó ante él. Ante la Tejedora. Porque en el otro lado del Carver, dejando cáscaras de cadáveres a su paso... Stryga trituró a través de Hiberno en un enredo de cabello negro y miembros blancos.

Nuestros propios soldados, misericordiosamente, no se resistían a correr por las líneas enemigas. Y envié un orden rugiente por ese vínculo de dos puntas que ahora me vinculaba con el Carver y Bryaxis, recordándoles, apretando los dientes, que nuestros soldados *no* eran juego justo. Solo Hiberno y sus aliados.

Ambos se enfurecieron contra la orden, tirando de la correa.

una CORTE ALAS y RUINA

Reuní todas las chispas de la noche y la luz de las estrellas y gruñí a *obedecer*.

Podría haber jurado que un sentido de *ser* impío, se quejaba de ello en respuesta.

Pero ellos escucharon. Y no interceptaron a nuestros soldados que por fin interceptaron las líneas de Hiberno.

El sonido cuando ambos ejércitos chocaron... No tenía palabras para ello. Elain cubrió sus orejas, encogiéndose.

Mis amigos estaban allí abajo. Mor luchaba con Viviane, manteniéndola vigilada como le había prometido a Kallias, mientras liberaba su poder con chorros de hielo que despedazaba la piel. Cassian... ni siquiera podía verlo más allá de la llamarada ardiente de sus Sifones cerca de las líneas frontales, carmesí brillando en medio de las viciosas sombras de los Portadores de Oscuridad de Keir mientras los empuñaban a su favor: cegadoras hileras de soldados de Hiberno en oscuridad repentina... luego cegándolos doblemente cuando arrancaron esas sombras y no dejó más que una luz brillante. No dejaron nada más que las cuchillas que esperaban.

—Ya se está poniendo desordenado —dijo Amren, a pesar de que nuestras líneas, especialmente los Ilirianos y Peregrinos de Thesan aguantaban.

—Aún no —dijo Rhys—. Gran parte del ejército todavía no está ocupado más allá de las líneas del frente. Necesitamos el foco de Hiberno en otra parte.

Comenzando con Rhys poniendo pie en ese campo de batalla.

Mis tripas se retorcieron. El ejército de Hiberno comenzó a moverse, presionando. La Tejedora, el Carver y Bryaxis se hundieron profundamente en las filas, pero los soldados de Hiberno rápidamente se pusieron de pie para aguantar los agujeros en las líneas.

Helion gritó en nuestras líneas de frente para mantenerse firme. Las flechas se elevaban y caían a ambos lados. Los manchando en veneno fae encontraron su objetivo. Una y otra vez. Como si el rey los hubiera escrito para cazar sus blancos.

—Esto terminará antes de que podamos caminar por esta colina —
Amren estalló.

—*Aún no* —le gruñó Rhys.

Un cuerno sonó al norte.

Ambos ejércitos parecieron detenerse a mirar.

Y Rhys solo exhaló para mí:

—Ahora. Tienes que irte *ahora*.

Porque el ejército que rompió el horizonte del norte...

Tres ejércitos. Uno con la bandera naranja quemada de Berón.

La otra, la bandera de hierba verde de la Corte de Primavera.

Y uno... uno de los hombres mortales con armadura de hierro.
Llevando una bandera de cobalto con un tejón llamativo. El Escudo de
Graysen.

De un rasgón en el mundo, Eris apareció en lo alto de nuestra loma,
vestido de pies a cabeza con una armadura plateada, una capa roja
derramándose de sus hombros. Rhys gruñó una advertencia, demasiado
lejos en su poder para molestarse en controlarse.

Eris simplemente apoyó una mano en el pomo de su fina espada y
dijo:

—Pensamos que podrías necesitar ayuda.

Debido a que el pequeño ejército de Tamlin, el de Beron y el de
Graysen... Ahora estaban corriendo, tamizándose y golpeando las filas de
Hiberno. Y liderando ese ejército humano...

Jurian.

Pero Beron. *Beron* había llegado.

Eris también registró nuestra conmoción y dijo:

—Tamlin lo hizo. Arrastró a mi padre por el cuello. —Una media
sonrisa—. Fue delicioso.

Habían llegado, y Tamlin había logrado reunir esa fuerza que yo había destruido tan alegremente...

—Tamlin quiere órdenes —dijo Eris—. Jurian también.

—¿Y qué hay de tu padre? —dijo Rhys con voz áspera.

—Estamos cuidando de un problema —fue todo lo que dijo Eris, y señaló hacia el ejército de su padre.

Pues esos eran sus hermanos que se acercaban a la línea de frente, tamizándose en ráfagas a través del anfitrión. Justo después de las líneas de frente y de los vagones enemigos esparcidos por las filas de Hiberno.

Vagones llenos de veneno fae, me di cuenta cuando chisporroteaban con fuego azul y luego se volvían cenizas sin ni siquiera un rastro de humo. Sus hermanos ganaron a cada caché, cada arsenal. Las llamas explotaron en su camino.

Destruyendo ese suministro de veneno fae mortal. Reducido a nada. Como si alguien—Jurian o Tamlin—les hubiera dicho exactamente dónde estaría cada uno.

Rhys parpadeó, su única señal de sorpresa. Me miró, luego Amren, y asintió. *Vamos. Ahora.*

Mientras Hiberno se concentraba en el ejército que se aproximaba, tratando de calcular los riesgos, para frenar el caos que Beron y sus hijos desataron con sus ataques. Tratando de averiguar qué demonios estaba haciendo Jurian allí, y cuántas debilidades había aprendido Jurian. Y ahora explotaría.

Amren condujo a mis hermanas hacia adelante, mientras Elain soltaba un bajo sollozo al ver el escudo de los Graysen.

—Ahora. Rápido y silencioso como sombras.

Bajaríamos... a eso. Bryaxis y el Carver seguían destrozando, todavía matando en sus pequeños bolsillos más allá de las líneas enemigas. Y la Tejedora... ¿Dónde estaba?... Allí. Lentamente arando un delgado camino de carnicería. Como Rhys le había enseñado momentos antes.

—Por aquí —les dije, vigilando el camino de horror de Stryga.

Elain estaba temblando, todavía mirando hacia ese ejército humano y su prometido en él. Nesta vigilaba a las legiones Ilirianas que se elevaban sobre sus cabezas, con sus líneas inquebrantables.

—Supongo que seguiremos el camino de los cuerpos —murmuró Amren para mí—. ¿Cómo sabe La Tejedora cómo encontrar el Caldero?

Rhys parecía estar escuchando, incluso cuando nos alejamos, sus dedos rozando los míos en silencio adiós.

Solo dije:

—Porque parece tener un sentido del olfato anormalmente bueno.

Amren resopló, y nos pusimos en posiciones, flaqueando alrededor de mis hermanas. Un glamour de invisibilidad nos permitiría, esperanzadamente, bordear el borde sur del campo de batalla... junto con las sombras de Azriel mientras lo vigilaba desde atrás. Pero una vez que llegamos detrás de las líneas enemigas...

Miré hacia atrás cuando nos acercamos al borde de la loma. Solo una vez. A Rhys, donde ahora estaba hablando con Azriel y Eris, explicando el plan para retransmitir a Tamlin, Beron y Jurian. Los hermanos de Eris lo hicieron detrás de líneas de su padre... fuegos que ahora ardían a través del ejército de Hiberno. No era suficiente para detenerlos, pero... al menos el veneno fae había sido tratado. Por ahora.

La atención de Rhys se deslizó hacia mí. E incluso con la batalla que nos rodeaba, el infierno desatando por todas partes... Por un instante, éramos las únicas dos personas en este llano.

Abrí mis barreras mentales para hablar con él. Solo una despedida más, una más...

Nesta inhaló un jadeo estremecido. Tropezó y tomó a Amren con ella cuando trató de mantenerla derecha.

Rhys estuvo allí, instantáneamente, antes de que el entendimiento llegara a mí. El Caldero.

Hiberno estaba despertando el Caldero.

Amren se retorció debajo de Nesta, girando hacia el campo de batalla.

—Escudos...

Eris se tamizó, para avisar a su padre, sin duda.

Nesta se empujó sobre sus codos, el cabello liberándose de su trenza, sus labios exangües. Se echó al césped.

La magia de Rhys salió disparada de él, formando un arco alrededor de nuestro ejército entero, su respiración un jadeo...

Las manos de Nesta se agarraron a la hierba mientras levantaba la cabeza, escudriñando el horizonte. Como si pudiera ver bien dónde se iba a desatar el Caldero.

El poder de Rhys fluyó y fluyó fuera de él, preparándose para el impacto. Los Sifones de Azriel destellaron, un enorme escudo de cobalto que bloqueaba a Rhysand, su respiración tan pesada como la de mi compañero...

Y entonces Nesta empezó a gritar. No de dolor. Sino un nombre. Una y otra vez.

—CASSIAN.

Amren la alcanzó, pero Nesta rugió:

—¡CASSIAN!

Ella se puso de pie, como si saltara al cielo.

Su cuerpo se tambaleó, y se agachó de nuevo.

Una figura se disparó de las filas Ilirianas, lanzándose hacia nosotros, sacudiendo fuertemente, los Sifones rojos brillando...

Nesta gimió, retorciéndose en la tierra.

La tierra pareció estremecerse en respuesta.

No... no en respuesta a ella. En el terror de la cosa que estalló del ejército de Hiberno.

Comprendí por qué el rey había reclamado esas estribaciones rocosas. No para hacer que nos esforzáramos cuesta arriba si deberíamos empujarlos como hasta ahora. Sino para posicionar el Caldero.

una CORTE de ALAS y RUINA

Pues fue por el afloramiento rocoso que arrojó un ariete de luz blanca mortal para nuestro ejército. Casi a la altura de la legión Iliriana en el cielo, mientras la legión del Attor caía a la tierra y se agachaba para cubrirse. Dejando a los Ilirianos expuestos.

Cassian estaba a medio camino cuando la explosión del Caldero golpeó a las fuerzas Ilirianas.

Lo vi gritar, pero no oí nada. La fuerza de ese poder...

Destrozó el escudo de Azriel. Entonces el de Rhysand. Y luego desmenuzó cualquier Sifón.

Ahuecó mis orejas y me chamuscó la cara.

Y donde miles de soldados habían estado hace un segundo...

Las cenizas llovían sobre nuestros soldados de infantería.

Nesta lo sabía. Ella se quedó boquiabierta ante mí, el terror y la agonía en su rostro, luego exploró el cielo por Cassian, que volteó en su lugar, como si estuviera dividido entre venir por nosotros y cargar de nuevo a la dispersión de las flas de Ilirianos y de Peregrinos. Ella sabía dónde estaba a punto de golpear esa explosión.

Cassian había estado justo en el centro.

O habría estado, si ella no lo hubiera llamado.

Rhys la estaba mirando como si él también lo supiera. Como si no supiera si regañarla por la culpa que Cassian sin duda sentiría, o darle las gracias por salvarlo.

El cuerpo de Nesta se puso rígido otra vez, un gemido bajo rompiendo de ella.

Sentí a Rhys echar fuera su poder, una señal de advertencia silenciosa.

Los otros Grandes Señores levantaron escudos esta vez, apoyando al que él replegó.

Pero el Caldero no golpeó al mismo lugar dos veces. E Hiberno estaba dispuesto a incinerar parte de su propio ejército si eso significaba borrar una fuerza nuestra.

Cassian estaba lanzándose de nuevo hacia nosotros, pues Nesta estaba tendida en el suelo, cuando el calor ligero y profano del Caldero se desató nuevamente.

Justo en sus propias líneas. Donde el Bone Carver estaba destrozando alegremente soldados, drenando la vida de ellos en barridos y ráfagas de ese viento mortal.

Un grito sobrenatural y femenino se rompió en lo profundo de las fuerzas de Hiberno. La advertencia de una hermana... y el dolor. Justo cuando esa luz blanca se estrelló contra el Bone Carver.

Pero el Carver... Podría haber jurado que miró hacia mí cuando el poder del Caldero se estrelló en él. Podría haber jurado que sonreía... y no era una cosa horrible para nada.

Había estado ahí... y desaparecido.

El Caldero lo secó sin ningún signo de esfuerzo.

Capítulo 71

Traducido por AnamiletG

Apenas podía oír, apenas podía pensar en la estela del poder del Caldero.

A raíz del vacío, desgarrando cada pedacito de llanura donde el Carver había estado. El repentino frío que estremeció mi columna... como si borrara el tatuaje que había en ella.

Y entonces el silencio, el silencio en algún rincón de mi mente cuando una sección de esa doble correa de control se desvaneció en la oscuridad sin fin. Sin dejar nada detrás.

Me preguntaba quién tallaría su muerte en la Prisión.

Si tal vez ya lo hubiera tallado él mismo en las paredes de esa celda. Si hubiera querido asegurarse de que fuera digno de no burlarse de mí, sino porque quería su fin... quería que su final valiera la pena tallar.

Y mientras contemplaba esa parte diezmada de la llanura, las cenizas de los Ilirianos todavía lloviendo... Me preguntaba si el Carver lo había logrado. A dondequiera que hubiera estado tan curioso de ir.

Envié una silenciosa oración por él, por todos los soldados que habían estado allí y ahora eran cenizas en el viento... envié una oración para que encontraran todo lo que esperaban que fuera.

Fueron los Ilirianos quienes me sacaron de la quietud, el zumbido en mis oídos. A pesar de que nuestro ejército empezó a entrar en pánico a raíz de la fuerza del Caldero, el resto de las legiones Ilirianas volvió a formar sus líneas y cargó delante, los Peregrinos de Thesan totalmente intercalados con ellos ahora.

El ejército humano de Jurian, formado por los hombres de Graysen y otros... A su favor, no vacilaron. No se rompieron, a pesar de que caían uno a uno.

una CORTE de ALAS y RUINA

Si el Caldero daba otro golpe...

Nesta tenía la frente en la hierba cuando Cassian aterrizó con tanta fuerza que el suelo se estremeció. Él la estaba alcanzando mientras jadeaba:

—¿Qué pasa, qué...?

—Se ha tranquilizado de nuevo —Nesta exhaló, dejando a Cassian arrastrarla en una posición sentada mientras observaba su rostro. La devastación y la rabia estaban en la suya.

¿Lo sabía él? Que había gritado por él, sabiendo que vendría... Que lo había hecho para salvarlo.

Rhys solo le ordenó:

—Vuelve a la línea. Los soldados te necesitan allí.

Cassian mostró los dientes.

—¿Qué *demonios* podemos hacer contra eso?

—Voy a entrar —dijo Azriel.

—No —dijo Rhys bruscamente. Pero Azriel estaba extendiendo sus alas, la luz del sol tan rígida cortando por las nuevas cicatrices de la membrana.

—Átame a un árbol, Rhys —dijo Azriel suavemente—. Vamos. —Él comenzó a revisar las hebillas de sus armas—. Lo arrancaré del suelo y volaré con él en mi maldita espalda.

Rhys se limitó a mirarlo fijamente... las alas. Luego las fuerzas Ilirianas diezmadas.

Cualquier oportunidad que teníamos de victoria...

Nesta no iba a ir a ninguna parte. Apenas podía permanecer sentada. Y Elain... Amren sostenía a Elain derecha mientras vomitaba en la hierba. No por el Caldero. Sino de puro terror.

Pero si no deteníamos el Caldero antes de que se recargara... Nos habríamos ido dentro de unos cuantos golpes más. Conocía la mirada de Amren. *¿Se puede hacer, solo conmigo?*

Sus ojos se estrecharon. *Tal vez. Una pausa. Tal vez. Nunca especificó cuántos. Entre las dos... podría ser suficiente.*

Me puse de pie. La vista de la batalla estaba mucho peor.

Helion, Tarquin y Kallias luchaban por matener nuestras líneas. Jurian, Tamlin y Beron todavía golpeaban el flanco norte, mientras los Ilirianos y Peregrinos volvían a golpear la legión aérea; los Portadores de Oscuridad de Keir ahora poco más que fragmentos de sombra en medio del caos, pero...

Pero no era suficiente. Y el tamaño de Hiberno... Estaba empezando a empujarnos hacia atrás.

Comenzando a abrumarnos.

Incluso cuando Amren y yo cruzáramos las millas de campo de batalla... ¿Qué quedaría?

¿Quién quedaría?

Entonces hubo otro cuerno.

Sabía que no pertenecía a ningún aliado.

Así como sabía que Hiberno no solo había escogido este campo de batalla por sus ventajas físicas... sino geográficas.

Porque hacia el mar, saliendo del oeste, fuera de Hiberno...

Apareció una armada.

Tantos barcos. Todos repletos de soldados.

Capté la mirada entre Cassian, Azriel y Rhys mientras veían entrar al otro ejército a nuestras espaldas.

No otro ejército. El *resto* del ejército de Hiberno.

Estábamos atrapados entre ellos.

Amren juró.

—Puede que tengamos que correr, Rhysand. Antes de que lleguen a tierra.

No podríamos luchar contra ambos ejércitos. Ni siquiera podía luchar contra uno.

Rhys se volvió hacia mí. *Si puedes atravesar ese campo de batalla a tiempo, hazlo. Trata de detener al ejército. El rey. Pero si no puedes, cuando todo se vaya al infierno... Cuando no quede ninguno de nosotros...*

No, le supliqué. *No lo digas.*

Quiero que corras. No me importa lo que cueste. Corres. Aléjate, y vive para luchar otro día. No mires hacia atrás.

Empecé a sacudir la cabeza. *Dijiste sin decir adiós.*

—Azriel —dijo Rhys en voz baja y ronca—. Liderarás a los Ilirianos restantes al flanco norte.

La culpa... el sentimiento de culpa y el miedo ondulaban en los ojos de mi compañero ante la orden. Sabiendo que Azriel no estaba completamente curado.

Azriel no le dio a Rhys la oportunidad de reconsiderarlo. No se despidió de ninguno de nosotros. Se lanzó hacia el cielo, aquellas alas que todavía estaban curándose y golpeaban con fuerza mientras lo llevaban hacia el desordenado flanco norte.

Esa armada navegó más cerca. Hiberno, sintiendo que sus refuerzos pronto iban a tocar tierra, aplaudían y empujaban. Con fuerza. Tan fuerte que las líneas Ilirianas se torcieron. Azriel se acercó más y más a ellos, Sifones arrastrando zarcillos de llama azul en su estela.

Rhys lo observó por un momento, con la garganta meneando, antes de decir:

—Cassian, toma el flanco sur.

Esto era. Los últimos momentos... la última vez que los vería a todos.

Yo no correría. Si todo se iba al infierno, lo haría contar y usar mi propio último aliento para que ese ejército y rey desaparecieran de la tierra. Pero ahora mismo...

La armada de Hiberno navegó directamente hacia la distante playa. Si no me iba ahora, tendría que cargar directamente a través de ellos. La

Tejedora ya estaba retrasando el frente oriental, su danza de muerte obstaculizada por demasiados enemigos. Bryaxis siguió despedazando a través de las líneas, hileras de muertos en su estela. Pero aún no era suficiente. Toda esa planificación... no fue suficiente.

Cassian nos dijo a Rhys, a mí, a Nesta:

—Los veré en el otro lado.

Sabía que no quería decir el campo de batalla.

Sus alas se movieron, preparándose para levantarlo.

Una ráfaga de cuerno cortó el mundo.

Una docena de cuernos, elevados en perfecta y poderosa armonía.

Rhys se quedó quieto.

Todavía al sonido de esos cuernos desde la distancia. Desde el este, desde el mar.

Giró su cabeza hacia mí, me agarró por la cintura y me arrastró hacia el cielo. Un segundó más tarde, Cassian estaba a nuestro lado, Nesta en sus brazos... como si ella hubiera pedido ver.

Y allí... navegando por el horizonte oriental...

No sabía dónde buscar.

A los soldados alados, miles y miles de ellos, volando directamente hacia nosotros, muy por encima del océano. O la armada de barcos que se extendía bajo ellos. Más que la armada de Hiberno. Extensa, mucho más.

Sabía quiénes eran en el momento en que las alas blancas y emplumadas del anfitrión aéreo se hicieron claras.

Los Serafines.

La Legión de Drakon.

Y en esas naves debajo... muchos barcos diferentes. Mil barcos de innumerables naciones, parecía. La gente de Miryam. Pero los otros barcos...

Apartándose de las nubes, un guerrero Serafín de cabello oscuro se elevó hacia nosotros. Y la risa ahogada de Rhys fue suficiente para decirme quién era. Quién era aquel que ahora se agachaba ante nosotros, sonriendo ampliamente.

—Podrías haber pedido ayuda, ¿sabes? —dijo el hombre... *Drakon*—. En lugar de dejarnos averiguarlo por rumores. Parece que llegamos justo a tiempo.

—Fuimos a buscarte... y te habías ido —dijo Rhys... pero aquellas eran lágrimas en sus ojos—. Hace que sea difícil pedir ayuda a alguien.

Drakon resopló.

—Sí, nos dimos cuenta de eso. Miryam se dio cuenta de por qué aún no habíamos tenido noticias tuyas. —Sus alas blancas brillaban casi al resplandor bajo el sol—. Hace tres siglos, tuvimos algunos problemas en nuestras fronteras y establecimos un glamour para mantener la isla protegida. Amarrado a... ya sabes. De modo que cualquiera que se acercara solo vería una ruina y estaría dispuesto a dar la vuelta. —Le guiñó un ojo a Rhys—. Idea de Miryam... la tuvo por ti y tu ciudad. —Drakon hizo una mueca—. Resulta que funcionó *demasiado* bien, si se mantuvo fuera tanto a los enemigos *como* los amigos.

—Me estás diciendo —dijo Rhys en voz baja—, que has estado en Creta todo este tiempo.

Drakon sonrió.

—Sí. Hasta... que oímos hablar de Hiberno. Sobre Miryam siendo... cazado de nuevo. —Por Jurian. El rostro del príncipe se tensó de rabia, pero me examinó, luego a Nesta y Cassian, con un escrutinio de ojos agudos—. ¿Te ayudamos o nos quedamos aquí hablando?

Rhys inclinó la cabeza.

—A tus órdenes, Príncipe. —Miró a la armada que ahora apuntaba hacia las fuerzas de Hiberno—. ¿Tus amigos?

La boca de Drakon se arqueó hacia un lado.

—Amigos tuyos, creo. —Mi corazón se detuvo—. Algunos de los barcos de Miryam están ahí abajo, ella con ellos, pero la mayor parte ha venido por ti.

—¿Qué? —dijo Nesta bruscamente, no era una pregunta.

Drakon señaló los barcos.

—Nos reunimos con ellos en el vuelo aquí. Los vimos cruzar el canal y decidimos unirnos a las filas. Es por eso que estamos un poco atrasados, aunque les dimos un empujón. —De hecho, el viento ahora estaba azotando sus velas blancas, impulsando esos barcos más y más rápido hacia la armada Hiberno.

Drakon se frotó el mentón.

—Ni siquiera puedo empezar a explicar la complicada historia que me contaron, pero... —Sacudió la cabeza—. Son conducidos por una reina llamada Vassa.

Empecé a llorar.

—Quien aparentemente fue encontrada por...

—Lucien —exhalé.

—¿Quién? —Drakon frunció las cejas—. Oh, el hombre del ojo. No. Se reunió a ellos más tarde... les dijo a dónde ir. Donde venir *en este momento*, en realidad. Tan agresivos, los machos de Prythian. Bueno, al menos ya estábamos de camino para ver si necesitabas ayuda.

—Quién encontró a Vassa —dijo Nesta con el mismo tono plano. Como si de alguna manera ya lo supiera.

Más cerca, esos barcos humanos navegaron. Tantos, tantos, tantos, con una variedad de banderas diferentes que podía empezar a distinguir, gracias a mis ojos Fae.

—Se llama a sí mismo Príncipe de los Comerciantes —dijo Drakon—. Al parecer hace meses descubrió que las reinas humanas eran unas traidoras, y ha estado reuniendo un ejército humano independiente para hacer frente a Hiberno desde entonces. Logró encontrar a la reina Vassa... y juntos reunieron a este ejército.

Drakon se encogió de hombros.

—Me dijo que tiene tres hijas que viven aquí. Y que les falló durante muchos años. Pero esta vez no les fallaría.

Los barcos en la parte delantera de la armada humana se hicieron claros, junto con las letras de oro en sus lados.

—Llamó sus tres naves personales en honor de sus hijas —dijo Drakon con una sonrisa.

Y allí, navegando al frente... vi los nombres de esos barcos.

El *Feyre*.

El *Elain*.

Y liderando la carga contra Hiberno, volando sobre las olas, inflexible y sin una pizca de miedo...

El *Nesta*.

Con mi padre... nuestro padre al timón.

Capítulo 72

Traducido por Vale

El viento barrió las lágrimas que rodaban por el rostro de Nesta a la vista de los barcos de nuestro padre.

A la vista del barco que había decidido navegar a la batalla, por la hija que lo había odiado por no pelear por nosotras, que lo había odiado por la muerte de nuestra madre, por la pobreza y la desesperación y los años perdidos.

Drakon dijo con ironía:

— ¿Asumo que están familiarizados?

Nuestro padre se fue durante meses y meses sin decir nada.

Se había ido, dijeron mis hermanas una vez, para asistir a una reunión sobre la amenaza sobre el muro. En esa reunión, ¿había quedado claro que habíamos sido traicionados por nuestra propia clase? ¿Y entonces se había marchado, bajo tal secretismo que no se arriesgaría a que los mensajes a nosotras cayeran en manos equivocadas, a buscar ayuda?

Por nosotras. Por mí, y mis hermanas.

Rhys le dijo a Drakon:

—Te presento a a Nesta. Y a mi compañera, Feyre.

Ninguna de las dos miró al príncipe. Solo a la flota de nuestro padre... a los barcos que había nombrado en honor a nosotras.

—Hablando de Vassa —dijo Rhys a Drakon—, ¿su maldición ha...terminado?

La armada humana y la horda de Hiberno se acercaron, y supe que el impacto sería letal. Vi los escudos mágicos de Hiberno levantarse. Vi a los Serafines levantar los suyos.

—Míralo por ti mismo —dijo Drakon.

Parpadeé a lo que se comenzó a disparar entre los barcos humanos. Lo que se elevó sobre el agua, rápido como una estrella fugaz. Dirigiéndose como una lanza hacia Hiberno. Rojo, dorado y blanco... vibrante como metal fundido.

Podría haber jurado que la flota de Hiberno comenzó a entrar en pánico cuando rompió a través de las líneas de la armada humana y cerró la brecha entre ellos.

A medida que extendía sus alas de par en par, dejando un rastro de chispas y brasas a través de las olas, y me di cuenta de qué—*quién*—ahora volaba hacia esa horda enemiga.

Un ave de fuego. Ardiendo tan caliente y furioso como el corazón de una forja.

Vassa... la reina perdida.

Rhys besó las lágrimas que se deslizaban por mi propio rostro cuando la reina ave de fuego golpeó la flota de Hiberno. A su paso quedaron las cáscaras ardientes de los buques.

Nuestro padre y el ejército humano se extendieron. Para cargar contra los demás.

Rhys le dijo a Drakon:

—Lleva tu legión a tierra.

Una oportunidad mínima: la oportunidad de un tonto de ganar esta cosa. O de contener la masacre.

Los ojos de Drakon brillaron de un modo que me decía que estaba transmitiendo órdenes a alguien lejano. Me pregunté si Nephelle y su

esposa estarían en esa legión... si la última vez que habían sacado espadas fue esa batalla de hace tanto tiempo en el fondo del mar.

Rhys parecía estar pensando también en el pasado. Porque murmuró a Drakon sobre el estallido del mar y la batalla de abajo:

—Jurian está aquí.

La gracia casual y arrogante del príncipe desapareció. La rabia fría endureció sus rasgos en algo aterrador. Y sus ojos marrones... se volvieron completamente negros.

—Él lucha por nosotros.

Drakon no pareció convencido, pero asintió. Sacudió su barbilla a Cassian.

—Supongo que eres Cassian. —La barbilla del general se hundió. Ya podía ver las sombras en sus ojos ante la pérdida de esos soldados—. Mi legión es tuya. Comándalos como quieras.

Cassian observó a nuestro huésped yéndose a pique, el flanco norte que Azriel estaba rearmando, y le dio a Drakon unas cuantas órdenes. Drakon agitó aquellas alas blancas, tan escuetas contra su piel miel-marrón, y le dijo a Rhys:

—Por cierto, Miryam está furiosa contigo. Trescientos cincuenta y un años desde tu última visita. Si sobrevivimos, espera una postración humillada.

Rhys soltó una carcajada.

—Dile a esa bruja que funciona en ambos sentidos.

Drakon sonrió, y con un potente barrido de sus alas, se había ido.

Rhys y Cassian lo miraron, y luego a las armadas que ahora se dedicaban a derramar sangre. Nuestro padre estaba allí abajo... nuestro padre, a quien nunca había visto usar un arma en su *vida*...

El ave de fuego hizo llover el infierno sobre las naves. Literalmente. Ardiendo, infierno fundido mientras se estrellaba contra ellos y enviaba a sus soldados en pánico al fondo del mar.

—Ahora —le dije a Rhys—. Amren y yo tenemos que irnos *ahora*.

El caos estaba completo. Con una batalla arrasando en cada dirección... Amren y yo podríamos llegar. Tal vez el rey estaría ocupado.

Rhys estaba por lanzarme de nuevo al suelo, donde Amren y Elain seguían esperando. Nesta dijo:

—Espera.

Rhys obedeció.

Nesta miró hacia esa armada, hacia nuestro padre luchando en ella.

—Úsame. Como cebo.

Parpadeé en el mismo momento que Cassian dijo:

—No.

Nesta lo ignoró.

—El rey probablemente está esperando al lado de ese Caldero. Incluso si llegas allí, tendrás que lidiar con él. Sácalo. Llévalo lejos. Hacia mí.

—Cómo —dijo Rhys suavemente.

—Funciona en ambos sentidos —murmuró Nesta, como si las palabras de mi compañero momentos antes hubieran desencadenado la idea—. No sabe cuánto tomé. Y si... si hago parecer que estoy a punto de usar su poder... Él vendrá corriendo. Solo para matarme.

—Él te *matará* —gruñó Cassian.

Su mano apretó el brazo de Cassian.

—Ahí es... ahí es donde entras tú. —Para escoltarla. Protegerla. Para poner una trampa para el rey.

—No —dijo Rhys.

Nesta resopló.

—No eres mi Gran Señor. Puedo hacer lo que quiera. Y dado que él sabrá que estás conmigo... También tienes que irte muy lejos.

Rhys le dijo a Cassian:

—No te voy a dejar tirar tu vida por esto.

Me incliné a estar de acuerdo.

Cassian examinó las líneas Ilirianas mermadas, ahora sosteniéndose fuertes mientras Azriel las recobraba.

—Az tiene el control de las líneas.

—Dije que *no* —dijo Rhys bruscamente. Nunca lo había oído usar ese tono con Cassian, con ninguno de ellos.

Cassian dijo con firmeza:

—Es la única oportunidad que tenemos de una distracción. Atraerlo lejos de ese Caldero. —Sus manos se apretaron sobre Nesta—. Has dado todo, Rhys. Pasaste por ese *infierno* por nosotros, durante *cincuenta años*. —Nunca lo había abordado, no completamente—. ¿Crees que no sé lo que pasó? Lo sé, Rhys. Todos lo sabemos. Y sabemos que lo hiciste para salvarnos, ocultarnos. —Sacudió la cabeza, con la luz del sol brillando de ese casco oscuro y alado—. Déjanos devolver el favor. Déjanos pagar la deuda.

—No hay ninguna deuda que pagar —la voz de Rhys se quebró. El sonido de ello agrietó mi corazón.

La misma voz de Cassian se rompió cuando dijo:

—Nunca conseguí pagarle a tu madre por su bondad. Déjame hacerlo de esta manera. Déjame comprarte tiempo.

—No puedo.

No estaba segura de si en toda la historia de Illiria, había habido tal discusión.

—Puedes —dijo Cassian amablemente—. Puedes, Rhys. —Dio una sonrisa perezosa—. Guarda algo de la gloria para el resto de nosotros.

—Cassian...

Pero Cassian le preguntó a Nesta:

—¿Tienes lo que necesitas?

Nesta asintió.

—Amren me mostró lo suficiente. Qué hacer para reunir el poder hacia mí.

Y si Amren y yo pudiéramos controlar el Caldero entre nosotras... Aquella distracción que ofrecían...

Nesta miró a Elain... nuestra hermana vigilando el baño de sangre por delante. Entonces a mí. Dijo en voz baja:

—Dile a Padre que... gracias.

Envolvió sus brazos fuertemente alrededor de Cassian, con esos ojos gris-azules brillantes, y entonces se habían ido.

El cuerpo de Rhys se tensó con el esfuerzo de no ir tras ellos mientras se elevaban por un bosquecillo de árboles detrás del campo de batalla.

—Podría sobrevivir —dije suavemente.

—No —dijo Rhys, volando hacia abajo hacia Amren y Elain—. No lo hará.

Hice que Rhys trasladara a Elain a los confines más lejanos de nuestro campamento. Y cuando volvió, mi compañero solo me dio un beso en la boca antes de marcharse a los cielos, lanzándose al corazón de la batalla, la pelea más pesada. Apenas pude mirar, para ver dónde había aterrizado.

Sola con Amren, me dijo:

—Escúdanos de la vista, y corre tan rápido como puedas. No te detengas; trata de no matar. Dejará un rastro.

Asentí, revisando mis armas. Los Serafines se elevaban ahora por encima, con las alas brillantes como el sol sobre la nieve. Coloqué un glamour alrededor de nosotras, ocultándonos y amortiguando nuestros sonidos.

—Rápido —repitió Amren, con ojos plateados agitando como nubes de tormenta—. No mires atrás.

Así que no lo hice.

Capítulo 73

Traducido por Vale

El Caldero había estado enclavado en un mirador escarpado.

La Tejedora había hecho bien su trabajo. Los guardias clave eran poco más que montones de huesos y tendones húmedos y rojos. Y sabía que cuando la volviera a ver... sería aún más de deslumbrantemente hermosura.

El poder de Amren destelló una y otra vez, rompiendo las guardas en nuestro camino hasta llegar a la estela de Stryga. Cuales fueran los hechizos que el rey había puesto... Amren estaba preparada para ellos. *Hambrienta* por ellos. Los destrozó a todos con una sonrisa salvaje.

Pero la colina gris estaba plagada con los comandantes de Hiberno, contentos de permitir que sus subalternos pelearan. Esperando hasta que el campo de la muerte clasificara a la machaca de los verdaderos guerreros. Podía oírlos siseando sobre a quiénes de nuestro lado querían hacerse cargo personalmente.

Helion y Tarquin eran dos de los deseos más frecuentes.

Tamlin era el otro. Tamlin, por su mentira de dos caras. Y Jurian. Cómo sufrirían.

Varian. Azriel. Cassian. Kallias y Viviane. Mor. Dijeron los nombres de mis amigos como si fueran caballos en una carrera. Quién duraría lo suficiente para enfrentarse a ellos. Quién arrastraría aquí a la linda compañera del Señor de Invierno. Quién rompería por fin a la Morrigan. Quién traería a casa a las Illirianas para colgar en la pared. Mi sangre estaba hirviendo, incluso cuando mis huesos temblaban. Esperaba que Bryaxis los devorara a todos, y los hiciera mojarse del terror antes de hacerlo.

Pero me atreví a mirar detrás de nosotras una vez.

Mor y Viviane no iban a venir a este campamento pronto. Detenían a un grupo entero de soldados de Hiberno, flanqueadas por esa hembra de cabello blanco que había visto en el campamento de Invierno y una unidad de esos osos poderosos que destrozaban en pedazos a soldados con golpes de sus enormes patas.

Amren siseó en señal de advertencia, y me enfrenté hacia delante cuando comenzamos a escalar el lado silencioso de la colina gris. Ninguna señal de Stryga, aunque se había detenido aquí, en la base de la colina sobre la cual estaba el Caldero. Ya podía sentir su terrible presencia... la llamada.

Amren y yo subimos lentamente. Escuchando después de cada paso.

La batalla rugía detrás de nosotras. En los cielos, en la tierra y en el mar.

No pensaba... ni siquiera con Drakon y el ejército humano... No creía que estuviera yendo bien.

Mis manos se metieron en la roca gris y afilada de la cara del acantilado de la colina, con el cuerpo tenso mientras me levantaba, Amren trepando con facilidad. Nesta tenía que atraer al rey pronto, o estaríamos cara a cara con él.

El movimiento en la base de la roca me llamó la atención. Me quedé quieta como la muerte.

Una mujer hermosa de cabello oscuro estaba allí. Mirándonos fijamente, entrecerrando los ojos y olfateando.

Una sonrisa floreció en su boca roja... su boca *sangrienta*. Sonrió en mi dirección. Revelando dientes recubiertos de sangre.

Stryga. La Tejedora había esperado. Escondiéndose aquí. Hasta que llegamos.

Rozó una mano blanca como la nieve sobre el tatuaje de una luna creciente ahora en su antebrazo. La marca del trato con Rhys. Un recordatorio... y una advertencia.

Para ir. Para darse prisa.

Se enfrentó al sendero rocoso medio visible a nuestra izquierda, con la joya de Ianthe salpicada de sangre donde se asentaba sobre su cabeza. Fue a zancadas derecho hacia los guardias estacionados allí, de quienes habíamos estado escalando la cara del acantilado para evitar. Algunos de ellos se sobresaltaron. Stryga sonrió una vez—una sonrisa odiosa y espantosa—y saltó sobre ellos.

Una distracción.

Amren se estremeció, pero volvimos a ponernos en movimiento. Los guardias se concentraron en su matanza, corriendo desde sus puestos hasta la colina para encontrarse con ella.

Más rápido, no teníamos mucho tiempo. Podía sentir el Caldero concentrándose...

No, no el Caldero.

Ese poder... venía desde *atrás*. Nesta.

—Buena chica —murmuró Amren en voz baja. Justo antes de que me agarrara por la parte de atrás de mi chaqueta y me golpeará de frente contra la piedra, agachándose.

Justo cuando un par de botas caminaban por el estrecho sendero. Conocía el sonido de sus pasos. Perseguían mis sueños.

El rey de Hiberno pasó justo delante de nosotras. Enfocado en Stryga, en el rumor distante de poder de Nesta.

La Tejedora se detuvo al ver quién se acercaba. Sonrió, con la sangre goteando de su barbilla.

—Qué hermosa eres —murmuró, con voz seductora—. Cuán magnífica y antigua.

Se pasó el cabello oscuro por un delgado hombro.

—Puede inclinarse, rey. Como se hizo una vez.

El rey de Hiberno se encaminó directo hacia ella. Sonrió ante el rostro exquisito de Stryga. Luego tomó esa cara entre sus amplias manos, más rápido de lo que ella pudo moverse, y le rompió el cuello.

Puede que no la hubiera matado. La Tejedora era una diosa-muerta... su propia existencia desafiaba la nuestra. Por lo tanto, tal vez no la hubiera matado ese chasquido de su columna. Si el rey no hubiera arrojado su cuerpo a los dos sabuesos naga que gruñían al pie de la colina.

Rasgaron el cuerpo flácido de la Tejedora sin vacilar. Incluso Amren soltó un sonido de consternación.

Pero el rey miraba hacia el norte. Hacia Nesta.

Ese poder—*su* poder—volvió a surgir. Llamando, como el Caldero encima de esta roca ahora me llamaba.

Él miró hacia el mar: la batalla que estaba allí.

Podría haber jurado que estaba sonriendo mientras se temizaba lejos.

—Ahora —exhaló Amren.

No podía moverme. Cassian y Nesta, incluso Rhys pensaron que no había oportunidad de supervivencia.

—Haz que cuente —replicó Amren, y esa era pena verdadera lo que brillaba en sus ojos. Ella sabía lo que estaba a punto de suceder. La ventana que se nos había comprado.

Me tragué mi desesperación, mi terror, y subí la colina... hasta el peñasco. Donde se asentaba el Caldero. Sin custodia. Esperándonos.

El Libro apareció en las pequeñas manos de Amren. El Caldero era casi tan alto como ella. Un inminente pozo negro de odio y poder.

Podría detener esto. Ahora mismo. Detener a este ejército... y al rey antes de que matara a Nesta y Cassian.

Amren abrió el Libro. Me miró expectante.

—Pon tu mano en el Caldero —dijo en voz baja. Obedecí.

El poder interminable del Caldero se estrelló contra mí, una ola que amenazaba con atravesarme, una tormenta sin fin.

Apenas pude mantener un pie en este mundo, apenas recordé mi nombre. Me aferré a lo que había visto en el Ouroboros, me aferré a cada reflexión y memoria que había enfrentado y apropiado, lo bueno, lo malvado y lo gris. Quién era yo, quién era yo, quién era yo...

Amren me observó durante un largo rato. Y no leyó del Libro. No lo puso en mis manos. Cerró las páginas doradas y lo lanzó detrás de ella con una patada.

Amren había mentido. No planeaba encadenar al rey o a su ejército con el Caldero y el Libro.

Y cualquier que fuera la trampa que había puesto... Había caído directo en ella.

Capítulo 74

Traducido por Kpels143

Recuperé mi sentido ante la boca negra del Caldero. Lo agarré con todo lo que tenía.

Amren solo dijo:

—Siento haberte mentido.

No podía quitar mi mano. No podía alejar mis dedos. Estaba siendo destrozada, poco a poco, completamente.

Lancé mi magia, desesperada por cualquier cadena de este mundo para salvarme, para evitar ser devorada por la eterna y horrible cosa que ahora estaba tratando de arrastrarme a su abrazo.

Fuego y agua, luz y viento, hielo y noche. Todos se reunieron. Todos me fallaron.

Algo de cuerda se deslizó, y mi mente se deslizó más cerca de los brazos extendidos del Caldero. Sentí que me *tocaba*.

Y luego estaba medio ida. La mitad allí, de pie en silencio junto al Caldero, la mano pegada al borde negro. La otra mitad... en otra parte.

Volando por el mundo. Buscando. El Caldero ahora buscaba ese poder que había llegado tan cerca... Y ahora se burlaba de él.

Nesta.

El Caldero la buscó, la buscó mientras el rey la buscaba. Recorrí el campo de batalla como un insecto sobre la superficie de un estanque.

Estábamos perdiendo. Gravemente. Serafines e Ilirianos estaban ensangrentados y siendo arrastrados del cielo. Azriel había sido obligado a

la tierra, sus alas se arrastraban sobre el barro sangriento mientras luchaba espada a espada contra el ataque sin fin. Nuestros soldados de infantería habían roto las líneas en algunos lugares, Keir gritando a sus Portadores de Oscuridad para que volvieran a sus posiciones, sombras de plumas flameando de él.

Vi a Rhysand. En la gruesa rotura de esas líneas. Salpicado de sangre, luchando maravillosamente. Lo vi evaluar el campo y transformándose.

Las garras llegaron primero. Reemplazando los dedos y pies. Entonces escamas oscuras o quizás plumas, no pude verlas bien, cubrieron sus piernas, sus brazos, su pecho. Su cuerpo se contorsionó, huesos y músculos crecieron y cambiaron.

La forma bestial que Rhys había mantenido escondida. Que nunca le gustaba desencadenar. A menos que fuera lo suficientemente grave como para hacerlo.

Antes de que el Caldero me arrastrara, vi lo que le pasaba a su cabeza, a su rostro.

Era una cosa de pesadillas. Nada humano o Fae en él. Era una criatura que vivía en fosas negras y solo salía de noche para cazar y festejar. Su cara... eran esas criaturas que habían sido talladas en la roca de la Corte de Pesadillas. Que construía su trono. El trono que no solo era una representación de su poder... sino de lo que ocultaba dentro. Y con las alas...

Los soldados de Hiberno comenzaron a huir.

Helion vio lo que pasó y huyó también, pero hacia Rhys. Cambiando también.

Si Rhys era un terror volador creado a partir de las sombras y la fría luz de la luna, Helion era su equivalente diurno. Plumas de oro y garras para triturar y alas emplumadas...

Juntos, mi compañero y el Gran Señor de Día se desataron sobre Hiberno.

Hasta que se detuvieron. Hasta que un hombre delgado y bajo salió de las filas hacia ellos, uno de los comandantes de Hiberno, sin duda. El gruñido de Rhys sacudió la tierra. Pero fue Helion, resplandeciendo con luz blanca, quien se adelantó para encarar al hombre, las garras hundiéndose profundamente en el barro.

El comandante no usaba una espada. Solo una bella ropa gris y una expresión vagamente divertida en su rostro. Luz amatista se arremolinaba alrededor de él. Helion gruñó a Rhys... una orden.

Y mi compañero asintió con la cabeza, sangre goteando de su boca, antes de que volviera a la pelea. Dejando al comandante y a Helion, el Hechicero, ir cabeza a cabeza. Hechizo a hechizo.

Los soldados de ambos lados comenzaron a huir.

Pero el Caldero me sacudió cuando Helion desató una ráfaga de luz hacia el comandante, su presa no se encontraba en ese campo de batalla.

Ven, el poder de Nesta parecía cantar. *Ven*.

El Caldero cogió su olor y nos lanzó hacia adelante. Llegamos antes de que el rey lo hiciera.

El Caldero pareció detenerse en el claro. Parecía enrollar y desenrollar, una serpiente a punto de golpear.

Nesta y Cassian se quedaron allí, con la espada afuera, los ojos de Nesta brillando con ese fuego interno y profano.

—Prepárate —exhaló—. Él está viniendo.

El poder de Nesta se estaba conteniendo... Mataría al Rey de Hiberno.

Cassian era la distracción, mientras que su golpe encontraba su objetivo.

El tiempo parecía disminuir y deformarse. El poder oscuro del rey se lanzó hacia nosotros. Hacia ese claro en el que no se ve ni se oye, donde yo no era más que un fragmento de alma llevada por un viento negro.

El Rey de Hiberno se tamizó justo delante de ellos.

El poder de Nesta se alzó y luego desapareció.

Cassian no se movió. No se atrevió.

Porque el Rey de Hiberno sostenía a mi padre delante de él, con una espada en su garganta.

Por eso había mirado al mar. Había sabido que Nesta daría ese golpe mortal en el momento en el que apareciera, y la única manera de detenerlo...

Un escudo humano. Uno que ella pensaría dos veces antes de dejar morir.

Nuestro padre estaba salpicado de sangre, más delgado que la última vez que lo había visto.

—Nesta —exhaló, notando las orejas, la gracia de los Fae. El poder que brotaba de sus ojos.

El rey sonrió.

—Qué padre tan encantador... traer a todo un *ejército* para salvar a sus hijas.

Nesta no dijo nada. La atención de Cassian atravesó el claro, analizando cada ventaja, cada ángulo.

Sálvalo, le supliqué el Caldero por mi padre. *Ayúdalo*.

El Caldero no respondió. No tenía voz, ni conciencia, salvo su necesidad básica de recuperar lo que le había sido robado.

El Rey de Hiberno inclinó la cabeza para mirar el rostro barbudo y curtido de mi padre.

—Muchas cosas han cambiado desde la última vez que estuviste en casa. Tres hijas, ahora Fae. Una de ellas *casada*.

Mi padre solo miró a mi hermana. Ignoró al monstruo detrás de él y le dijo:

—Te amé desde el primer momento en que te sostuve entre mis brazos. Y yo... lo siento mucho, Nesta... mi Nesta. Lo siento mucho, por todo esto.

—Por favor —dijo Nesta al rey. Su única palabra, gutural y ronca—. Por favor.

—¿Qué vas a darme, Nesta Archeron?

Nesta miró fijamente a mi padre, que estaba sacudiendo la cabeza. La mano de Cassian se contrajo, levantando la hoja. Tratando de obtener una buena oportunidad.

—¿Devolverás lo que has robado?

—Sí.

—¿Incluso si tengo que arrancártelo?

Nuestro padre gruñó:

—No pongas tus sucias manos sobre mi hija...

Oí el crujido antes de darme cuenta de lo que pasó. Antes de ver la forma en que la cabeza de mi padre se retorció. Vi la luz helada en sus ojos.

Nesta no emitió ningún sonido. No mostró ninguna reacción cuando el Rey de Hiberno rompió el cuello de nuestro padre.

Empecé a gritar. Gritar y golpear dentro del apretón del Caldero. Pidiéndole que lo detuviera, que lo trajera de vuelta, que terminara...

Nesta miró al cuerpo de mi padre mientras se arrugaba en el suelo del bosque. Y como el rey había predicho... el poder de Nesta se desvaneció.

Pero Cassian no lo había hecho.

Flechas de rojo cegador se dispararon contra el Rey de Hiberno, un escudo se cerró alrededor de Nesta mientras Cassian se lanzaba hacia adelante.

Y mientras Cassian se enfrentaba al rey, quien reía y parecía dispuesto a participar en un poco de juego de espada.... Miré a mi padre en el suelo. A sus ojos abiertos, mirando a la nada.

Cassian empujó al rey lejos del cuerpo de mi padre, espadas y magia chocando. No por mucho tiempo. Solo el tiempo suficiente para detenerlo, para que Nesta pudiera correr.

Para que yo terminara por lo que había dejado que mi familia diera sus vidas. Pero el Caldero todavía me detuvo allí. Aun cuando traté de volver a esa colina donde Amren me había traicionado, me había utilizado para el que fuera su propio propósito...

Nesta se arrodilló ante nuestro padre con rostro vacío. Ella miró sus ojos todavía abiertos.

Los cerró suavemente. Manos firmes como piedra.

Cassian había empujado al rey más profundo en los árboles. Sus gritos resonaron.

Nesta se inclinó hacia delante para presionar un beso en la ceja salpicada de sangre de nuestro padre.

Y cuando levantó la cabeza...

El Caldero se agitó y se revolvió.

Porque en los ojos de Nesta, salpicando su piel... el completo poder...

Miró hacia el rey y hacia Cassian. Justo cuando el grito de dolor de Cassian se elevó hacia nosotras.

El poder que la rodeaba se estremeció. Nesta se puso en pie.

Entonces Cassian gritó. Miré hacia él. Lejos de mi padre.

A veinte metros de distancia, Cassian estaba en el suelo. Las alas habían sido rotas desde su base. La sangre goteando de ellas.

Hueso sobresalía de su muslo. Sus Sifones estaban apagados. Vacíos.

Ya los había drenado antes de venir aquí. Estaba agotado.

Pero él había venido... por ella. Por nosotros.

Estaba jadeando, la sangre goteaba de su nariz.

Sus brazos se pandearon cuando intentó levantarse.

El Rey de Hiberno se alzó por encima de él y extendió una mano.

Cassian se arqueó, gritando de dolor. Un hueso se agrietó en alguna parte de su cuerpo.

—Detente.

El rey miró por encima de un hombro mientras Nesta avanzaba. Cassian articuló hacia ella para que corriera, la sangre escapándose de sus labios y sobre el musgo debajo de él.

Nesta vio su cuerpo roto, el dolor en los ojos de Cassian, y ella inclinó su cabeza. El movimiento no era humano. No era Fae.

Puramente animal.

Puramente depredador.

Y cuando volvió a levantar los ojos hacia el rey...

—Voy a matarte —dijo en voz baja.

—¿De veras? —preguntó el rey levantando una ceja—. Porque puedo pensar en cosas *mucho más* interesantes que hacer contigo.

No otra vez. No podía ver este juego de nuevo. De pie, ociosa, mientras los que amaba sufrían.

El Caldero se deslizó junto a Nesta, un sabueso a su lado.

Los dedos de Nesta se curvaron.

El rey resopló. Y puso su pie sobre el ala más cercana de Cassian. El hueso se quebró. Y su grito...

Golpeé contra el apretón del Caldero. Golpeé y arañé.

Nesta explotó.

Todo ese poder, todo a la vez...

El rey salió del camino.

Su poder hizo estallar los árboles detrás de él hasta las cenizas. Golpeado a través del campo de batalla en un arco bajo, entonces aterrizó a la derecha en las filas de Hiberno. Sacando centenares antes de que supieran lo que pasó.

El rey apareció quizá a treinta metros de distancia y se rió de las ruinas humeantes detrás de él.

—Magnífico —dijo—. Apenas entrenada, impetuosa, pero magnífico.

Los dedos de Nesta se curvaron de nuevo, como si reunieran ese poder. Pero lo había gastado todo de un solo golpe. Sus ojos eran de color azul gris una vez más.

—Vete —logró exhalar Cassian —: Vete.

—Esto parece familiar —reflexionó el rey—. ¿Fue él o el otro bastardo que se arrastró hacia ti ese día?

De hecho, Cassian estaba arrastrándose hacia ella ahora, las alas rotas y la pierna arrastrándose, dejando un rastro de sangre sobre la hierba y las raíces.

Nesta corrió hacia él, arrodillándose. No para consolar. Sino para recoger su hoja Iliriana.

Cassian trató de detenerla mientras se levantaba. Mientras Nesta levantaba esa espada ante el Rey de Hiberno. Ella no dijo nada. Solo se mantuvo firme.

El rey rió entre dientes e inclinó su propia espada.

—¿Voy a ver lo que los Ilirianos te enseñaron?

Él estuvo sobre ella antes de que ella pudiera levantar la espada más alto.

Nesta saltó hacia atrás, apretando la espada con la suya, con los ojos abiertos de par en par. El rey se lanzó de nuevo, y Nesta nuevamente esquivó y retrocedió a través de los árboles. Llevándolo lejos... lejos de Cassian. Consiguió atraerlo unos cuantos metros antes de que el rey se aburriera.

En dos movimientos la desarmó. En otro, la golpeó en la cara, tan fuerte que ella cayó.

Cassian gritó su nombre, intentando de nuevo arrastrarse hacia ella.

El rey solo envainó su espada, elevándose sobre ella mientras empujaba el suelo.

—¿Bien? ¿Qué más tienes?

Nesta se volvió y lanzó una mano.

Un blanco poder ardiente salió de su mano y se estrelló contra su pecho. Una estrategia. Para acercarlo. Para bajar su guardia.

Su poder lo envió volando hacia atrás, con los árboles quebrándose debajo de él. Uno tras otro, tras otro. El Caldero parecía asentarse. Todo lo que quedaba... era eso. Todo lo que quedaba de su poder.

Nesta se levantó, tambaleándose a través del claro, con sangre en su boca desde donde él la había golpeado, y se arrodilló ante Cassian.

—Levántate —sollozó, tirando de su hombro—. *Levántate.*

Él lo intentó... y fracasó.

—Eres demasiado pesado —suplicó ella, pero aun trató de levantarlo, con los dedos arañando su negra armadura ensangrentada.

—No puedo... él viene...

—Vete —gimió Cassian.

Su poder había dejado de arrojar al rey a través del bosque. Ahora él se dirigía hacia ellos, quitándose las astillas y las hojas de su chaqueta, tomándose su tiempo. Sabiendo que ella no se iría. Saboreando la masacre que aguardaba.

Nesta apretó los dientes, intentando levantar a Cassian una vez más. Un sonido roto de dolor se arrancó de él.

—¡Vete! —le ladró a ella.

—No puedo —susurró, con voz quebrada—. No *puedo*. —Las mismas palabras que Rhys le había dado.

Cassian gruñó de dolor, pero alzó sus manos ensangrentadas para acariciar su rostro.

—No tengo remordimientos en mi vida, salvo este —Su voz temblaba con cada palabra—. Que no tuviéramos tiempo. Que no tuve tiempo *contigo*, Nesta.

Ella no lo detuvo mientras se inclinaba y la besaba... ligeramente. Lo bastante que él pudo manejar.

Cassian dijo suavemente, rozando la lágrima que le corría por el rostro:

—Te encontraré otra vez en el otro mundo... en la próxima vida. Y tendremos ese tiempo. Lo prometo.

El Rey de Hiberno entró en ese claro, el oscuro poder flotaba de la punta de sus dedos.

E incluso el Caldero pareció detenerse en sorpresa, sorpresa o algo más... *sintiendo* como Nesta miró al rey con la muerte entretejiéndose alrededor de sus manos, luego hacia abajo a Cassian.

Y cubrió el cuerpo de Cassian con el suyo.

Cassian se quedó quieto, luego su mano se deslizó sobre su espalda.

Juntos. Se irían juntos.

Te ofreceré un trato, le dije al Caldero. Te ofreceré mi alma. Sávalos.

—Que románico —dijo el rey—, pero mal aconsejado.

Nesta no abandonó su protección al cuerpo de Cassian.

El rey alzó la mano, el poder girando como una oscura galaxia en su palma. Yo sabía que ambos morirían en el momento en que el poder los golpeará.

Cualquier cosa, le supliqué al Caldero. Cualquier cosa...

La mano del rey empezó a caer.

Y luego se detuvo. Un ruido asfixiante salió de él.

Por un momento, pensé que el Caldero había respondido a mis súplicas.

Pero cuando una hoja negra atravesó la garganta del rey, rociando sangre, me di cuenta que alguien más lo había hecho. Elain salió de una sombra detrás de él, y atravesó al Portador de la Verdad hasta la empuñadura a través de la parte trasera del cuello del rey mientras gruñía en su oreja:

—No toques a mi hermana.

Capítulo 75

Traducido por Kpels143

El Caldero ronroneó en presencia de Elain cuando el Rey de Hiberno cayó de rodillas, arañando el cuchillo que sobresalía de su garganta. Elain retrocedió un paso.

Asfixiado, con la sangre goteando de sus labios, el rey se quedó boquiabierto ante Nesta. Mi hermana se puso en pie. No para ir hacia Elain. Sino hacia rey.

Nesta envolvió su mano alrededor de la empuñadura del Portador de la Verdad.

Y lentamente, como si estuviera saboreando cada esfuerzo que tomaba... Nesta comenzó a retorcer la daga. No una rotación de la propia daga, sino una rotación *en su* cuello.

Elain corrió hacia Cassian, pero el guerrero jadeaba—sonriendo severamente y jadeante—mientras Nesta retorció y retorció la daga en el cuello del rey. Separando carne, hueso y tendón.

Nesta miró al rey antes de hacer el corte final, sus manos aún tratando de levantarse, para liberar la daga de su agarre.

Y en los ojos de Nesta... era la misma mirada, el mismo resplandor que había tenido aquel día en Hiberno. Cuando ella apuntó su dedo hacia él en una promesa de muerte. Ella sonrió un poco, como si también lo recordara.

Y entonces empujó la cuchilla, como un trabajador levantando el rayo de una poderosa rueda. Los ojos del rey se encendieron y luego su cabeza se desprendió de sus hombros.

—Nesta —gimió Cassian, tratando de alcanzarla. La sangre del rey rociaba su ropa, su rostro.

Nesta no parecía importarle mientras se inclinaba. Mientras tomaba la cabeza caída y la levantaba.

La alzó en el aire y la miró fijamente: a los ojos muertos de Hiberno, su boca abierta.

Ella no sonrió. Solo lo miraba, miraba y miraba. Salvaje. Inflexible. Brutal.

—Nesta —susurró Elain.

Nesta parpadeó y pareció darse cuenta, entonces... la cabeza de quien sostenía... Lo que ella y Elain habían hecho.

La cabeza del rey rodó de sus manos ensangrentadas.

El Caldero también parecía darse cuenta de lo que ella había hecho, cómo su cabeza golpeó sobre el suelo cubierto de musgo. Que Elain... Elain había defendido a la ladrona. Elain, a quien había sido dotada con tales poderes, la encontró tan encantadora que había querido darle *algo*... No le haría daño a Elain, ni siquiera en su cacería para reclamar lo que le había sido quitado.

Retrocedió al momento en que los ojos de Elain cayeron sobre nuestro padre muerto que yacía en el claro adyacente. En el momento en que el grito salió de ella.

No. Me lancé hacia ellos, pero el Caldero fue demasiado rápido. Demasiado fuerte. Me devolvió hacia atrás, atrás, atrás a través del campo de batalla.

Nadie parecía saber que el rey estaba muerto. Y nuestros ejércitos...

Rhys y los otros Grandes Señores se habían entregado por entero a los monstruos que se escondían debajo de sus pieles, bandadas de soldados enemigos muriendo a su paso, triturados, destripados o rasgados en dos. Y Helion...

El Gran Señor del Día estaba ensangrentado, su pelaje dorado quemado y rasgado, pero aún luchaba contra el comandante de Hiberno. El comandante permaneció sin marca. Su rostro imperturbable. Como si supiera... Muy bien que ganaría contra el Hechicero Helion hoy.

Nos alejamos, cruzando el campo. A Bryaxis, todavía luchando. Manteniendo la línea para los hombres de Graysen. Una nube negra que les abría camino, les protegía. Bryaxis, el miedo mismo, custodiando a los mortales.

Pasamos junto a Drakon y una mujer de cabello negro con piel como miel oscura, ambos cuadrando ante Jurian.

Jurian. Estaban luchando contra Jurian. Drakon tenía una cuenta antigua que saldar... y también Miryam.

Nos movimos tan rápido que no pude oír lo que se dijo, no pude ver si Jurian estaba luchando o tratando de defenderse de ellos mientras él explicaba. Mor se unió a la pelea, ensangrentada y cojeando, gritando a ellos, era el menor de nuestros problemas.

Porque nuestros ejércitos...

Hiberno nos abrumaba. Sin el rey, sin el Caldero, todavía lo harían. El fervor que el rey había despertado en ellos, su creencia de que habían sido maltratados y olvidados... Seguirían luchando. Ninguna solución los apaciguaría más allá de la recuperación completa de lo que ellos todavía creían que tenían derecho a... *merecer*.

Había demasiados. Muchos. Y todos estábamos agotados.

El Caldero se alejó, retirándose hacia sí mismo.

Hubo un rugido de dolor, un rugido que reconocí, incluso con la forma diferente y desgarradora. Rhys.

Rhys...

Estaba vacilante, necesitaba *ayuda*...

El Caldero volvió a sumergirse en sí mismo, y yo estaba de nuevo encima de esa roca. Mirando de nuevo a Amren, que me estaba dando una cachetada en la cara, gritando mi nombre.

—*Estúpida chica* —ladró ella—. ¡*Combátelo!*

Rhys estaba herido. Rhys estaba siendo abrumado...

Volví a entrar en mi cuerpo. Mi mano se mantuvo sobre el Caldero. Un vínculo vivo. Pero con el Caldero instalado en sí...

Parpadeé. *Podía* parpadear.

Amren dejó escapar un suspiro.

—*¿Qué diablos...?*

—El rey ha muerto —dije con voz fría y extraña—. Y tú también lo estarás pronto. —La mataría por esto, por traicionarnos por cualquier razón...

—Lo sé —dijo Amren en voz baja—. Y necesito que me ayudes a hacerlo.

Casi solté el Caldero por las palabras, pero ella negó con la cabeza.

—No lo rompas, el contacto. Necesito que seas... un conducto.

—No lo entiendo.

—El Suriel... te dio un mensaje. Para mí. Solo para mí.

Mis cejas se estrecharon.

Amren dijo:

—La respuesta en el Libro no era un hechizo de control. Mentí sobre eso. Era... un hechizo para desvincular. Para mí.

—¿Qué?

Amren miró a la carnicería, los gritos de los moribundos sonaron.

—Pensé que necesitaría a tus hermanas para ayudarte a controlar el Caldero, pero después de enfrentarte al Ouroboros... sabía que podrías hacerlo. Solo tú. Y solo yo. Porque cuando me desates con el poder del Caldero, en mi forma real... Voy a limpiar ese ejército. Hasta el último de ellos.

—Amren...

Pero una voz masculina suplicó desde atrás:

—*No lo hagas.*

Varian apareció por el sendero rocoso, jadeando para respirar, salpicado de sangre. Amren sonrió.

—Como un sabueso con un olor.

—No lo hagas —dijo Varian.

—Desencadénate —dijo Amren, ignorándolo—. Déjame terminar con esto.

Empecé a sacudir mi cabeza.

—Tú... te habrás *ido*. Dijiste que no nos recordarás, que ya no serás *tú* si estás libre.

Amren sonrió ligeramente, hacia mí, hacia Varian.

—Los vi durante tantos eones. Humanos, en mi mundo, también había humanos. Y los veía amar, y odiar, haciendo guerras sin sentido y encontrar la preciosa paz. Los veía construir vidas, construir *mundos*. Yo estaba... Nunca me permitieron esas cosas. No había sido diseñada de esa manera, no había sido ordenada a hacerlo. Así que miré. Y ese día llegué aquí... fue la primera cosa egoísta que había hecho. Durante mucho, mucho tiempo pensé que era un castigo por desobedecer las órdenes de mi padre, por *querer*. Pensé que este mundo era un infierno en el que me había encerrado por desobediencia.

Amren tragó saliva.

—Pero creo... Me pregunto si mi padre lo sabía. Si veía cómo los veía amar y odiar y construir, y abrió esa rasgadura en el mundo no como un castigo... sino como un regalo. —Sus ojos brillaron—. Porque ha sido un regalo. Esta vez... contigo. Con todos ustedes. Ha sido un regalo.

—Amren —dijo Varian, y se arrodilló—. Te lo *suplico*...

—Dile al Gran Señor —dijo ella en voz baja—, que deje una taza para mí.

No pensé que tuviera en sitio en mi corazón para otra onza de dolor. Agarré el Caldero un poco más fuerte con mi garganta gruesa.

—Lo haré.

Miró a Varian, con una sonrisa irónica en su boca roja.

—A ellos los miraba más: a los humanos que amaban. Nunca lo entendí, *cómo* sucedió. *Por qué* sucedió. —Hizo una pausa a un paso del Caldero—. Pero creo que podría haber aprendido contigo. Tal vez ese fue un último regalo, también.

El rostro de Varian se retorció de angustia. Pero no hizo más movimiento para detenerla.

Se volvió hacia mí. Y pronunció las palabras en mi cabeza, el hechizo que debía pensar, sentir y *hacer*. Asentí.

—Cuando esté libre —nos dijo Amren—, no corran. Atraerá mi atención. —Levantó una mano firme hacia mi brazo—. Me alegro de habernos conocido, Feyre.

Le sonreí, inclinando la cabeza.

—Yo también, Amren. Yo también.

Amren agarró mi muñeca. Y se metió en el Caldero.

Luché. Luché con cada aliento para llegar al hechizo, mi brazo medio sumergido en el Caldero mientras Amren estaba bajo el agua oscura que había llenado. Dije las palabras con mi lengua, las dije con mi corazón, sangre y huesos. Las grité.

Su mano desapareció de mi brazo, derritiéndose como el rocío bajo el sol de la mañana.

El hechizo terminó, estremeciéndome, y yo retrocedí, perdiendo mi agarre sobre el Caldero. Varian me cogió antes de caer, y me agarró con fuerza mientras contemplábamos la masa negra del Caldero, la superficie inmóvil.

—¿Está ella...? —exhaló.

Empezó lejos, muy por debajo de nosotros. Como si se hubiera ido al núcleo de la tierra.

Dejé que Varian me llevara unos cuantos pasos mientras la ondulación rugía por el suelo, lanzándose por nosotros, el Caldero.

Tuvimos solo tiempo suficiente para arrojarnos detrás de la roca más cercana cuando nos golpeó.

El Caldero se rompió en tres pedazos, desprendiéndose como una flor floreciente... y luego ella llegó.

Ella explotó de esa cáscara mortal en una luz cegadora. Luz y fuego. Estaba rugiendo: en victoria, rabia y dolor.

Y podría haber jurado que vi grandes alas ardiendo, cada pluma una brasa hirviente, extendida. Podría haber jurado que una corona de luz incandescente flotaba justo encima de su cabello llameante.

Hizo una pausa. Lo que había estado dentro de Amren hizo una pausa.

Nos miró a nosotros, al campo de batalla y a todos nuestros amigos, nuestra familia todavía luchando en esta. Como si dijera, *te recuerdo*.

Y luego se fue.

Extendió esas alas, llama y luz ondulando para abarcarla, no más que un gigante en llamas que barrió sobre los ejércitos de Hiberno.

Ellos comenzaron a correr.

Amren cayó sobre ellos como un martillo, lloviendo fuego y azufre.

Los quemó y bebió de sus muertes. Algunos murieron al susurro de su paso.

Oí a Rhys rugir, y el sonido era el mismo que el de ella. Victoria y rabia y dolor. Y advertencia. Una advertencia para no huir de ella.

Poco a poco, destruyó ese interminable ejército de Hiberno. Poco a poco, enjugó su mancha, su amenaza. El sufrimiento que habían traído.

Cayó sobre el comandante de Hiberno que estaba a punto de dar un golpe mortal a Helion. Cayó sobre éste como si estuviera hecho de vidrio. Ella dejó solo cenizas detrás.

Pero ese poder... se estaba desvaneciendo. Desbordándose brasa por brasa.

Sin embargo, Amren fue al mar, donde el ejército de mi padre y de Vassa luchaba junto al pueblo de Miryam. Botes enteros llenos de soldados de Hiberno cayeron inmóviles después de que ella pasara.

Como si hubiera inhalado la vida de ellos. Incluso mientras su propia vida salpicaba.

Amren llegó al barco final—el último barco de nuestro enemigo—y no fue más que una llama en la brisa.

Y cuando esa nave también cayó...

Solo hubo luz. Brillante y limpia luz bailando en las olas.

Capítulo 76

Traducido por 3lik@

Las lágrimas se deslizaron por la piel manchada de sangre de Varian mientras observábamos ese lugar en el mar donde Amren se había desvanecido.

Abajo, más allá, nuestras fuerzas empezaban a gritar con victoria... con alegría.

Arriba en la roca... silencio absoluto.

Miré por último hacia los tercios rotos del Caldero.

Tal vez lo había hecho. Al soltarla, había desenfrenado el Caldero. O tal vez Amren desató su poder... incluso eso había sido demasiado grande para el Caldero.

—Deberíamos ir —le dije a Varian. Los demás nos estarían buscando.

Tenía que llegar a mi padre. Tenía que enterrarlo. Ayudar a Cassian.

Tenía que ver quién más estaba entre los muertos... o viviendo.

Vacía, estaba tan cansada y vacía.

Me las arreglé para ponerme de pie. Dar un paso antes de sentirlo.

La... cosa en el Caldero. O la falta de ello.

Era escaso y esencia, ausencia y presencia. Y... se filtraba al mundo.

Me atreví a dar un paso hacia ella. Y lo que vi en aquellas ruinas del Caldero...

Era un vacío. Pero tampoco un vacío... un crecimiento.

No pertenecía aquí. Pertenecía a cualquier lugar.

Había manos en mi cara, girándome, tocándome.

—¿Estás herida, estás...?

Rhys tenía el rostro maltratado... ensangrentado. Tenía las manos todavía en garras, sus caninos todavía alargados. Casi alejado de esa forma bestial.

—Tú... la liberaste...

Estaba tartamudeando. Temblando. No estaba completamente segura de cómo estaba de pie.

No sabía por dónde empezar. Cómo explicar.

Le dejé entrar en mi mente, su presencia gentil... y tan agotado como yo lo estaba, le dejé ver a mi padre. Nesta y Cassian. El rey. Y Amren.

Todo ello.

Incluyendo esa cosa detrás de nosotros. Ese agujero.

Rhys me sostuvo entre sus brazos... sólo por un momento.

—Tenemos un problema —murmuró Varian, señalando hacia atrás.

Seguimos la línea de su dedo. A donde esa fisura en el mundo dentro de los fragmentos del Caldero... Estaba creciendo.

El Caldero nunca podría ser destruido, nos habían advertido. Porque nuestro mundo estaba ligado a él.

Si el Caldero era destruido... nosotros también lo seríamos.

—¿Qué he hecho? —respiré. Había salvado a nuestros amigos, sólo para condenarnos a todos.

Hecho. Hecho y deshecho.

Lo había roto. Podría volver a hacerlo.

Corrí por el Libro, abriendo las páginas.

Pero el oro estaba grabado con símbolos, sólo un ser en esta tierra sabía leerlo, y ella se había ido. Lancé la maldita cosa al vacío dentro del Caldero.

Se desvaneció y no volvió a aparecer.

—Bueno, esa es una forma de intentarlo —dijo Rhys.

Giré en el humor, pero su cara era dura. Severa.

—No sé qué hacer —susurré.

Rhys estudió las ruinas.

—Amren dijo que eras un conducto—. Asentí—. Así que vuelve a ser uno.

—¿Qué?

Me miró como si fuera una desquiciada cuando dijo:

—Reconstruye el Caldero. Forjalo de nuevo.

—¿Con *qué* poder?

—Con el mío.

—Estás... estás agotado, Rhys. Yo también. Todos lo estamos.

—Inténtalo. Anímame.

Parpadeé, ese borde de pánico me opacó un poco. Sí... sí, con él, con mi pareja...

Pensé en el hechizo que Amren me había enseñado. Si cambiaba una pequeña cosa... Era un riesgo. Pero podría funcionar.

—Mejor que nada —dije, soplando un suspiro.

—Esa es la actitud. —El humor bailó en sus ojos.

Los muertos yacían alrededor de nosotros a kilómetros, gritos de pena y dolor empezando a levantarse, pero... habíamos detenido a Hybern. Detuvimos al rey.

Tal vez en esto... en esto tendríamos suerte, también.

Lo alcancé con mi mano, con mi mente.

Sus escudos eran paredes sólidas que había levantado durante la batalla. Le pasé una mano por la otra, pero se mantuvo. Rhys me sonrió, me besó una vez.

—Recuérdame nunca sacar el lado malo de Nesta.

Incluso podía *bromear*... no, era una forma de aguantar. Para ambos. Porque la alternativa a la risa... el rostro devastado de Varian, que nos miraba en silencio, era la alternativa. Y con esta cosa ante nosotros, esa prueba final...

Así que me las arreglé para reír.

Y todavía sonreía, sólo un poco, cuando de nuevo puse mi mano sobre los fragmentos rotos del Caldero.

Era un agujero. Sin aire. Ninguna vida podría existir aquí. Sin luz.

Era... era lo que había existido al principio. Antes de que todas las cosas hubieran surgido.

No pertenecía aquí. Tal vez un día, cuando la tierra se hubiese envejecido y muerto, cuando las estrellas se hubieran desvanecido, también... tal vez entonces, volveríamos a este lugar.

Hoy no. Ahora no.

Era ambas formas y nada.

Y detrás de mí... el poder de Rhys era una correa. Un interminable rayo que surgió de mí en este... lugar. Para ser conformado como yo lo quería.

Hecho y deshecho.

Desde un rincón distante de mi memoria, mi mente humana... recordé un mural que había visto en la Corte de Primavera. Escondido en una biblioteca polvorienta, sin utilizar. Contaba la historia de Prythian.

Contaba la historia de un Caldero. *Este* Caldero.

Y cuando fue sostenido por las manos femeninas... toda la vida fluyó de ella.

Alcancé el mío, el poder de Rhys ondulando a través de mí.

Unido. Unido como uno. Pregunta y responde.

No tenía miedo. No con él allí.

Cupé mis manos como si los tercios agrietados del Caldero pudieran caber en ellos. El universo entero en la palma de mi mano.

Comencé a decir el último hechizo que Amren nos había encontrado. Decir y pensar y sentirlo. Palabra y aliento y sangre.

El poder de Rhys fluyó a través de mí, fuera de mí. El Caldero apareció.

La luz bailaba a lo largo de las fisuras donde los tercios rotos se habían reunido. Allí... allí tendría que forjar. Soldar. *Unir*.

Puse una mano contra el borde del Caldero. El poder puro y brutal salió en cascadas de mí.

Me incliné hacia él, sin temor a ese poder, del hombre que me abrazaba.

Fluía y fluía, una ráfaga presa de la noche.

Las grietas se desvanecieron y se desdibujaron.

Ese vacío empezó a retroceder.

Más. Necesitábamos más.

Él lo dio. Rhys me lo entregó todo.

Yo era un portador, un buque, un eslabón.

Te amo, susurró en mi mente.

Sólo me incliné hacia él, saboreando su calor, incluso en esta ausencia de lugar.

El poder se estremeció a través de él. Envuelto alrededor del Caldero. Recité el hechizo una y otra vez.

La primera grieta se curó.

Luego la segunda.

Lo sentí temblar detrás de mí, oí su humedecido aliento. Traté de dar la vuelta...

Te amo, dijo de nuevo.

La tercera y última grieta empezó a curarse.

Su poder comenzó a chisporrotear. Pero seguía fluyendo.

Arrojé el mía en ella, chispas y nieve y luz y agua. Juntos, lanzamos todo. Dimos cada gota.

Hasta que aquel Caldero estaba entero. Hasta la cosa que contenía... estaba allí. Encerrado.

Hasta que pude sentir el sol otra vez calentando mi cara. Y vi aquel Caldero regordete delante de mí... bajo mi mano.

Aparté los dedos del borde de hierro helado. Miré hacia abajo en las profundidades de tinta.

Sin grietas. Completo.

Solté una respiración temblorosa. Lo habíamos hecho. Lo habíamos hecho...

Giré.

Me llevó un momento comprenderlo. Lo que vi.

Rhys estaba tumbado en el suelo rocoso, con las alas caídas detrás de él.

Parecía que estaba durmiendo.

Pero cuando aspiraba aire...

Eso no estaba ahí.

Esa cosa que subía y bajaba con cada respiración. El eco de cada latido del corazón.

El vínculo de compañero.

No estaba allí. Se había ido.

Porque su propio pecho... no se movía.

Y Rhys estaba muerto.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 77

Traducido por 3lik@

Sólo tenía silencio en mi cabeza. Sólo silencio, cuando empecé a gritar.

Gritar y gritar y gritar.

El vacío en mi pecho, mi *alma* ante la falta de ese vínculo, esa *vida*...

Le estaba sacudiendo, gritando su nombre y sacudiéndolo, y mi cuerpo dejó de ser mi cuerpo y solo convirtió esta *cosa* que me atrapó y esta *falta* de él, y no pude dejar de gritar y gritar...

Entonces Mor estaba allí. Y Azriel, balanceándose sobre sus pies, un brazo enredado alrededor de Cassian... tan sangriento y apenas de pie, gracias a los parches azules de los sifones por todo su cuerpo. Sobre ambos.

Estaban diciendo cosas, pero todo lo que pude oír fue lo último, *te amo*, que no había sido una declaración sino un adiós.

Y él lo había sabido. Había *sabido* que no le quedaba nada, y detenerlo le llevaría todo. Le *costaría* todo. Había mantenido sus escudos para que no lo viera, porque yo no hubiera dicho que sí, preferiría que el mundo *terminara*, y esta, esta *cosa* que él había hecho y este *vacío* donde él estaba, dónde estábamos...

Alguien estaba tratando de alejarme de él, y solté un sonido que podría haber sido un gruñido u otro grito, y me soltaron.

No podía vivir con esto, no podía soportar esto, no podía *respirar*...

Había manos desconocidas... en su garganta. Tocándolo...

Me lancé hacia ellas, pero alguien me retuvo.

—Él está revisando para ver si hay algo que pueda hacer —dijo Mor, con voz cruda.

Él... él. Thesan. El Gran Señor de Amanecer. Y de la curación. Volví a lanzarme de nuevo, a suplicarle, a suplicar...

Pero él negó con la cabeza. Hacia Mor. Hacia los otros.

Tarquin estaba allí. Helion. Jadeando y maltratado.

—Él... —Helion carraspeó, luego sacudió la cabeza, cerrando los ojos—. Después de todo, lo hizo —dijo, más para sí mismo que para nadie.

—Por favor —dije, y no estaba segura con quién estaba hablando. Mis dedos raspaban contra la armadura de Rhys, tratando de llegar debajo a su corazón.

El Caldero... tal vez el Caldero...

No conocía esos hechizos. Cómo ponerlo a dentro y asegurarme de que *él* volviera a salir...

Manos se envolvieron alrededor de las mías. Estaban salpicadas de sangre y cortadas, pero suaves. Traté de alejarme, pero se mantuvieron firmes cuando Tarquin se arrodilló a mi lado y dijo:

—Lo siento.

Fueron esas dos palabras las que me destrozaron. Me destrozaron de una manera que no sabía que todavía podía ser dañino, un desgarró de cada correa y atadura.

Quédate con el Gran Señor. La última advertencia del Suriel. *Quédate... y vive para ver todo correcto.*

Una mentira. *Una mentira*, como Rhys me había mentido. *Quédate con el Alto Señor.*

Quédarse.

Porque allí... los trozos rasgados del vínculo. Flotando en un viento fantasma dentro de mí. Me aferré a ellos... tiré de ellos, como si él me respondiera.

Quédate. Quédate, quédate, quédate.

Me aferré a esos trozos y restos, agarrando el vacío que se escondía más allá.

Quédate.

Miré a Tarquin, con los labios apartados de mis dientes. Miré a Helion. Y Thesan. Y Beron y Kallias, Viviane llorando a su lado. Y gruñí:

—Traedlo de vuelta.

Sus caras se quedaron en blanco.

Les grité:

—TRÁEDLO DE VUELTA.

Nada.

—Lo hicisteis por mí —dije, respirando con dificultad—. *Ahora hacelo por él.*

—Eras un humano —dijo Helion cuidadosamente—. No es lo mismo...

—No me importa. Hacedlo. —Cuando no se movieron, reuní los resquicios de mi poder, preparándome para rasgar sus mentes y forzarlos, sin importarme las reglas o las leyes que rompía. No me importaría, sólo si...

Tarquin se adelantó. Él lentamente extendió su mano hacia mí.

—Por lo que él dio —dijo Tarquin en voz baja—. Hoy y tantos años atrás.

Y cuando ese grano de luz apareció en su palma... Comencé a llorar de nuevo. Lo observé caer sobre la garganta desnuda de Rhys y desaparecer debajo de la piel, un eco de luz se encendió una vez.

Helion dio un paso adelante. Ese grano de luz en su mano parpadeó al caer sobre la piel de Rhys.

Luego Kallias. Y Thesan.

Hasta que sólo Beron se quedó allí

Mor sacó su espada y la puso en su garganta. Él se sacudió, sin siquiera haber visto su movimiento.

—No me importa hacer una matanza más hoy —dijo.

Beron le dirigió una mirada fulminante, pero apartó la espada y avanzó. Prácticamente echó esa mancha de luz sobre Rhys. A mí tampoco me importaba eso.

No conocía el hechizo, el poder que provenía. Pero yo era una Gran Señora.

Extendí la palma de mi mano. Dispuesta a que la chispa de la vida apareciera. No pasó nada.

Tomé una respiración firme, recordando cómo había parecido.

—Dime cómo —gruñí a nadie.

Thesan tosió y dio un paso adelante. Explicó el núcleo del poder y así sucesivamente y no me importaba, pero escuché, hasta...

Allí. Pequeño como una semilla de girasol, apareció en mi palma. Un poco de mí... de mi vida.

La puse suavemente en la garganta de Rhys.

Y me di cuenta justo cuando él apareció, lo que hacía falta.

Tamlin permaneció allí, convocado por la muerte de un compañero Gran Señor o uno de los otros que me rodeaban. Estaba salpicado de barro y sangre, su nuevo bandolero de cuchillos estaba casi vacío.

Él estudió a Rhys, sin vida delante de mí. Nos estudió a todos nosotros... las palmas todavía hacia fuera.

No había amabilidad en su rostro. Sin piedad

—Por favor —fue todo lo que le dije.

Entonces Tamlin miró entre nosotros... mi compañero y yo. Su rostro no cambió.

—*Por favor* —lloré—. Te... te daré *cualquier* cosa...

Algo se movió en sus ojos ante eso. Pero no la amabilidad. Ninguna emoción en absoluto.

Puse mi cabeza en el pecho de Rhysand, escuchando cualquier tipo de latido del corazón a través de esa armadura.

—Cualquier cosa —le dije a nadie en particular—. Cualquier cosa.

Pasos rozaban el suelo rocoso. Me preparé para otro grupo de manos tratando de alejarme, y cavé mis dedos con más fuerza.

Los pasos permanecieron detrás de mí durante el tiempo suficiente para que mirara.

Tamlin estaba allí. Mirándome fijamente. Aquellos ojos verdes nadando con alguna emoción que no pude ubicar.

—Sé feliz, Feyre —dijo en voz baja.

Y dejó caer ese núcleo final de luz sobre Rhysand.

No lo había presenciado... cuando aquello se había hecho conmigo.

Así que todo lo que hice fue aferrarme a él. A su cuerpo, a los jirones de ese vínculo.

Quédate, le supliqué. *Quédate*.

La luz brillaba más allá de mis párpados cerrados.

Quédate.

Y en el silencio... empecé a decírselo.

Sobre esa primera noche que lo había visto. Cuando oí esa voz que me llamaba a las colinas. Cuando no pude resistir su llamado, y ahora...

ahora me preguntaba si lo había oído llamarme en Calanmai. Si había sido su voz la que me trajo allí esa noche.

Le dije cómo me había enamorado de él... cada mirada y cada nota pasada y el crujido de risa con la que él me persuadía. Le conté todo lo que habíamos hecho, y lo que significaba para mí, y todo lo que aún quería hacer. Toda la *vida* que aún nos queda.

Y a cambio... un ruido sordo.

Abrí mis ojos. Otro golpe sordo.

Y entonces su pecho se levantó, levantando mi cabeza con él.

No podía moverme, no podía respirar...

Una mano me rozó la espalda.

Entonces Rhys gimió:

—Si estamos todos aquí, o las cosas fueron muy, muy mal o muy bien.

La risa de Cassian se rompió.

No podía levantar la cabeza, no podía hacer otra cosa que sujetarlo, saboreando cada latido y respiración y el retumbar de su voz mientras Rhys gruñía:

—Te encantará saber... Mi poder sigue siendo mío. Aquí no hay ladrones.

—Sabes cómo hacer una entrada —dijo Helion—. ¿O debería decir salida?

—Eres horrible —dijo Viviane—. Eso no es ni remotamente divertido...

No oí qué más dijeron. Rhys se incorporó, levantándose de encima. Me quitó el cabello que se aferraba a mis mejillas mojadas.

—*Quédate con el Gran Señor* —murmuró.

No lo había creído... hasta que miré esa cara. Esos ojos salpicados de estrellas.

No me había dejado creer que no fuera otra cosa que una ilusión...

—Es real —dijo, besando mi frente—. Y... hay otra sorpresa.

Él señaló con una mano curada hacia el Caldero.

—Que alguien vaya a pescar a Amren antes de que se enfríe.

Varian se giró hacia nosotros. Pero Mor estaba corriendo hacia el Caldero, y su grito cuando llegó a él...

—¿Cómo? —Respiré.

Azriel y Varian estaban allí, ayudando a Mor a descargar su forma anegada de agua oscura.

Su pecho subía y bajaba, sus rasgos iguales, pero...

—Ella estaba allí —dijo Rhys—. Cuando el Caldero estaba sellando. Había ido... a donde quiera que vayamos.

Amren chisporroteó agua, vomitando en el suelo rocoso. Mor golpeó su espalda, persuadiéndola a través de ella.

—Así que tendí una mano —continuó Rhys en voz baja—. Para ver si ella podría querer volver.

Y cuando Amren abrió los ojos, mientras Varian dejaba escapar un sonido ahogado de alivio y alegría...

Sabía... lo que había dejado para regresar. Alto Fae y nada más.

Sus ojos plateados eran sólidos. Inmóvil. Sin humo, sin niebla ardiente en ellos.

Una vida normal, sin rastro de sus poderes.

Y mientras Amren me sonreía... me preguntaba si ese había sido su último regalo.

Si todo... si todo había sido un regalo.

Capítulo 78

Traducido por Mais

Entre el campo extendido de cuerpos y heridos solo había un cuerpo que quería enterrar.

Solo Nesta, Elain y yo regresamos a ese claro, una vez que Azriel había confirmado que la batalla estaba complemente y verdaderamente terminada.

Dejar a Rhys fuera de mi vista para discutir con nuestros ejércitos dispersos, mirar entre los vivos y muertos, y descubrir alguna semblanza de orden, fue un esfuerzo de auto-control.

Casi le ruego a Rhys que viniera con nosotras, así no tendría que dejar ir su mano, que no había dejado de apretar desde aquellos momentos en que había escuchado su hermoso y sólido latido de corazón haciendo eco en su cuerpo una vez más.

Pero esta tarea, esta despedida... sabía en lo profundo, que solo era para mis hermanas y para mí.

Así que solté la mano de Rhys, lo besé una, dos veces, y lo dejé en el campo de batalla para ayudar a Mor a arrastrar fuera a un Cassian que apenas podía estar de pie hacia el sanador más cercano.

Nesta los estaba observando cuando llegué donde ella y Elain en las arboladas afueras. ¿Había hecho alguna clase de sanación, de algún modo, en aquellos momentos después de haber cortado la cabeza del rey? ¿O había sido la sangre inmortal de Cassian y los parches de Azriel que ya lo habían sanado lo suficiente para lograr ponerse de pie, incluso con las alas y las piernas? No le pregunté a mi hermana, y ella no dio ninguna respuesta mientras tomaba el cubo de agua colgando de las manos todavía ensangrentadas de Elain, y las seguí a ambas a través de los árboles.

El cuerpo del Rey de Hiberno yacía en el claro, los cuervos ya picándolo.

Nesta escupió en él antes de que llegáramos a nuestro padre. Los cuervos apenas se habían dispersado.

Los gritos y gemidos de los heridos eran una pared distante de sonido, otro mundo lejos del claro moteado de sol. Desde la sangre todavía fresca en el musco y el césped. Bloquéé el sabor cobrizo de esta; la sangre de Cassian, la sangre del rey, la sangre de Nesta.

Solo nuestro padre no había sangrado. Él no había tenido la oportunidad de hacerlo. Y por algún tipo de piedad de la Madre, los cuervos no habían empezado con él.

Elain limpió silenciosamente su rostro. Peinó su cabello y barba. Enderezó su ropa. Encontró flores en algún lugar y las colocó en su cabeza, en su pecho.

Lo miramos en silencio.

—Te amo —susurró Elain, su voz rompiéndose.

Nesta no dijo nada, su rostro ilegible. Había tales sombras en sus ojos. No le había dicho lo que... había visto, les había dejado que me contaran lo que quisieran.

—¿Deberíamos... decir un rezo? —exhaló Elain.

No teníamos tales cosas en el mundo humano. Recordé. Mis hermanas no tenían rezos para ofrecerle. Pero en Prythian...

—Que la Madre te sostenga —susurré, recitando palabras que no había escuchado desde ese día Bajo la Montaña—. Pasa por las puertas y huele la tierra inmortal de leche y miel.

Llamas se prendieron en las puntas de mis dedos. Todo lo que podía decir. Todo lo que quedaba.

—No temas el mal. No sientas dolor. —Mi boca tembló mientras exhalaba—: Parte y entra a la eternidad.

Lágrimas se deslizaron por las mejillas pálidas de Elain, mientras ajustaba una delicada flor errante en el pecho de mi padre, de pétalos blancos, y luego retrocedía a mi lado con un asentimiento de cabeza.

El rostro de Nesta no cambió mientras yo enviaba ese fuego para encender el cuerpo de mi padre. Él era una ceniza en el viento en cuestión de minutos.

Miramos fijamente la losa quemada de tierra por largos minutos, el sol moviéndose arriba.

Pasos hicieron sonidos en el césped detrás de nosotros.

Nesta se dio la vuelta, pero...

Lucien. Era Lucien.

Lucien, demacrado y ensangrentado, jadeando por respiración. Como si hubiera corrido desde la orilla.

Su mirada se situó en Elain, y se hundió un poco. Pero Elain solo envolvió sus brazos alrededor de sí misma y permaneció a mi lado.

—¿Estás herida? —preguntó, viniendo hacia nosotros. Espiando la sangre manchando las manos de Elain.

Él se detuvo cuando notó la cabeza decapitada del Rey de Hiberno al otro lado del claro. Nesta todavía estaba bañada de su sangre.

—Estoy bien —dijo Elain silenciosamente. Y luego preguntó, notando la sangre en él, la ropa destrozada y sus armas todavía ensangrentadas—. ¿Tú estás...?

—Bien, nunca quiero luchar en otra batalla mientras viva, pero... sí, estoy de una pieza.

Una sonrisa leve floreció en los labios de Elain. Pero Lucien notó ese camino quemado de césped detrás de nosotros y dijo:

—Escuché... lo que sucedió. Siento tu pérdida. La de todas.

Solo caminé hacia él y lancé mis brazos alrededor de su cuello, incluso si no era el abrazo que él esperaba.

—Gracias... por venir. Con la batalla, quiero decir.

—Tengo una historia para contarte —dijo, apretándome con fuerza—. Y no te sorprendas si Vassa te arrincona apenas los barcos estén ordenados... y el sol se ponga.

—¿Ella realmente...?

—Sí. Pero tu padre, siempre el negociante... —Una triste y pequeña sonrisa hacia ese césped quemado—. Él logró hacer un trato con el *cuidador* de Vassa para venir aquí. Temporalmente, pero... mejor que nada. Pero sí: reina de noche, ave de fuego de día. —Soltó un respiro—. Una maldición asquerosa.

—Las reinas humanas siguen ahí afuera —dije. Tal vez las cazaría.

—No por mucho, no si Vassa tiene algo que ver con ello.

—Suenas como un acólito.

Lucien se sonrojó, mirando a Elain.

—Ella tiene mal genio y una boca muy sucia. —Me lanzó una mirada torcida—. Se llevarán bien.

Lo golpeé en las costillas.

Pero Lucien de nuevo miró a ese quemado césped, y su rostro manchado de sangre se volvió solemne.

—Él era un buen hombre —dijo—. Las amaba mucho.

Asentí, incapaz de formar las palabras. Las ideas. Nesta no hizo mucho más que parpadear para indicar que lo había escuchado. Elain solo envolvió sus brazos apretadamente alrededor de ella, unos cuantas más lágrimas liberándose.

Le ahorré el tormento a Lucien de debatir si debía tocarla, y envolví mi brazo alrededor del suyo mientras empezaba a alejarme, dejando que mis hermanas nos siguieran o se quedaran... si querían un momento a solas con ese quemado césped.

Elain vino.

Nesta se quedó.

Elain me igualó el paso, asomando la mirada hacia Lucien. Él lo notó.

—Escuché que diste el golpe mortal —dijo él.

Elain estudió los árboles más allá.

—Nesta lo hizo. Yo solo lo apuñalé.

Lucien pareció buscar una respuesta, pero yo le dije:

—¿Así que, a dónde vas ahora? ¿Con Vassa? —Me preguntaba si él había escuchado del rol de Tamlin, la ayuda que nos había dado. Una mirada a mi amigo me dijo que lo había hecho. Alguien, tal vez mi compañero se lo había informado.

Lucien se encogió de hombros.

—Primero... aquí. Para ayudar. Luego... —Otra mirada hacia Elain—. ¿Quién sabe?

Le di un golpecito a Elain, quien parpadeó ante mí, luego exclamó:

—Podrías venir a Velaris.

Él lo vio todo, pero solo asintió graciamente.

—Sería un placer.

Mientras volvíamos al campamento, Lucien nos contó sobre su tiempo fuera, cómo había cazado a Vassa, cómo la había encontrado ya con mi padre, un ejército marchando al oeste. Cómo Miryam y Drakon los habían encontrado en su propio viaje para ayudarnos.

Todavía estaba reflexionando sobre todo lo que había dicho cuando me metí a mi carpa para finalmente cambiar mi ropa, dejándolo a él y Elain para encontrar un sitio donde lavarse. Y hablar, tal vez.

Pero mientras caminaba a través de las solapas, el sonido me saludó... charlas. Muchas voces, una de ellas perteneciente a mi compañero.

Di un paso dentro y supe que no me estaría cambiando mi ropa pronto.

Porque sentado en una silla ante el brasero, estaba el Príncipe Drakon, Rhys tumbado y todavía ensangrentado en los cojines al frente de él. Y en las almohadas al lado de Rhys estaba una encantadora mujer, su cabello oscuro cayendo sobre su espalda en rizos exquisitos, ya sonriéndome.

Miryam.

Capítulo 79

Traducido por Mais

El rostro sonriente de Miryam era más humano que Alto Fae. Pero Miryam, recordé mientras ella y Drakon se ponían de pie para saludarme, solo era mitad Fae. Tenía las delicadas punteadas orejas, pero... había algo todavía humano sobre ella. En esa sonrisa amplia que encendía sus ojos marrones.

Inmediatamente me gustó. Lodo salpicaba sus propios cueros, uno diferente de los Ilirianos pero obviamente diseñado por otra gente aérea para mantenerse caliente en los cielos, y unas cuantas manchas de sangre cubrían la piel dorada a lo largo de su cuello y manos, pero ella no parecía notarlo. O preocuparse. Me extendió sus manos.

—Gran Señora —dijo Miryam, su acento el mismo que el de Drakon. Regional y rico.

Tomé sus manos, sorprendida de encontrarlas secas y calientes. Ella apretó mis dedos con fuerza mientras yo lograba decir:

—He escuchado tanto de ti... gracias por venir. —Lancé una mirada hacia donde Rhys todavía permanecía tumbado en los cojines, observándonos con cejas alzadas—. Para alguien que estaba muerta —dije apretadamente—, te ves notablemente relajada.

Rhys sonrió.

—Me agrada de que estés volviendo a tus emociones usuales, querida Feyre. —Drakon resopló, y tomó mis manos, apretándolas con fuerza como su compañera lo había hecho. —Lo que él no quiere decirte, mi señora, es que está tan condenadamente viejo que *no puede* ponerse de pie ahora mismo.

Me giré hacia Rhys.

—¿Estás...?

—Bien, bien —dijo Rhys, ondeando una mano, incluso mientras gruñía un poco—. Aunque tal vez ahora veas por qué no me preocupé en visitar a estos dos por tanto tiempo. Son terriblemente crueles conmigo.

Miryam rio, tumbándose en los cojines de nuevo.

—Tu compañero estaba en medio de contarnos *tu* historia, ya que parece que tú ya has escuchado la nuestra.

Lo había hecho, pero incluso mientras el Príncipe Drakon gracialmente regresó a su asiento y yo me deslicé en la silla a su lado, solo observando a los dos... quería saber todo. Un día, no mañana o el día después, pero... un día, quería escuchar su historia por completo. Pero por ahora...

—Yo... los vi. Luchando con Jurian. —Drakon inmediatamente se tensó, los ojos de Miryam se cerraron cuando pregunté—: ¿Está... está él muerto?

—Mor —cortó Miryam, frunciendo el ceño—, lo concluyó, convenciéndonos de no... arreglar las cosas.

Lo hubieran hecho. Por la expresión en el rostro de Drakon, el príncipe todavía no parecía convencido. Y por el brillo encantado en los ojos de Miryam, parecía que mucho más había sucedido durante esa pelea de lo que estaban dejando saber. Pero todavía pregunté:

—¿Dónde está?

Drakon se encogió de hombros.

—Después que no lo matamos, no tengo idea de a dónde se fue.

Rhy me dio una media sonrisa.

—Está con los hombres de Lord Graysen... revisando a los heridos.

—¿Eres amiga... de Jurian? —preguntó Miryam cuidadosamente.

—No —dije—, quiero decir... no lo creo. Pero, cada palabra que dijo fue cierta. Y sí me ayudó. Un montón.

Ninguno de los dos hizo más que asentir mientras intercambiaban una larga mirada, palabras no dichas pasando entre ellos.

Rhys preguntó:

—Pensé haber visto a Nephelle durante la batalla... ¿alguna oportunidad que de pueda saludarla, o es demasiado importante para molestarse conmigo? —Risa, hermosa risa, bailó en sus ojos.

Me enderecé, sonriendo.

—¿Ella está aquí?

Drakon levantó una ceja oscura.

—¿Conoces a Nephelle?

—Sé *sobre* ella —dije, y miré hacia las solapas de la carpa como si ella vendría directamente por ahí—. Es... es una larga historia.

—Tenemos tiempo para escucharla —dijo Miryam, luego agregó—: O... un poco de tiempo, supongo.

Porque había muchas, muchas cosas por ordenar. Incluyendo... sacudí mi cabeza.

—Más tarde —le dije a Miryam, a su compañero. La prueba de que un mundo podría existir sin un muro, sin un Tratado—. Hay algo... —Envié mi idea a través del vínculo con Rhys, ganándome un asentimiento de aprobación antes de decir—: ¿Su isla sigue siendo un secreto?

Miryam y Drakon intercambiaron una mirada culpable.

—Nos disculpamos por eso —ofreció Miryam—. Parece que el glamour funcionó *demasiado* bien, si mantenía a los mensajeros de buena intención. —Sacudió su cabeza, aquellos rulos hermosos moviéndose con ella—. Hubiésemos venido antes, nos fuimos en el momento en que nos dimos cuenta en qué problema estaban metidos.

—No —dije, sacudiendo mi cabeza, buscando las palabras—. No... no los culpo. Por la Madre, le debemos... —Solté una respiración—. Estamos en deuda. —Drakon y Miryam objetaron pero yo continué—: Lo que quiero decir es... si hubiera un objeto de terrible poder que necesitara ser escondido... ¿Cretea seguiría siendo un buen lugar para esconderlo?

De nuevo esa mirada entre ellos, una mirada entre compañeros.

—Sí —dijo Drakon.

—Quieres decir el Caldero —exhaló Miryam.

Asentí. Había sido arrastrado en nuestro campamento, protegido por cualquier Iliriano que todavía podía estar de pie. Ninguno de los Grandes Señores había preguntado, por ahora. Pero podía ver el debate que se daría, la guerra que podríamos empezar internamente sobre quién, exactamente, iba a quedarse el Caldero.

—Necesita desaparecer —dije suavemente—. Permanentemente —agregué—. Antes de que alguien recuerde reclamarlo.

Drakon y Miryam lo consideraron, una conversación silenciosa pasó entre ellos, tal vez a través de su propio vínculo de pareja.

—Cuando nos vayamos —dijo finalmente Drakon—, uno de nuestros barcos puede verse más pesado en el agua.

Sonreí.

—Gracias.

—¿Cuándo exactamente, planean irse? —preguntó Rhys, alzando una ceja.

—¿Ya nos estás echando? —dijo Drakon con una media sonrisa.

—Unos pocos días —cortó Miryam con ironía—. Apenas los heridos estén listos.

—Bien —dije.

Todos me miraron. Tragué.

—Quiero decir... no es que me alegre que se vayan... —El asombro en los ojos de Miryam se expandió, parpadeando. Me sonreí—. Los quiero aquí. Porque me gustaría convocar una reunión.



Un día después... no sabía cómo había llegado tan rápido. Apenas había explicado lo que quería, lo que *necesitábamos* hacer y... Rhys y Drakon lo hicieron suceder.

No había un espacio apropiado para hacerlo... no con el campamento en desorden. Pero había un lugar... a unas cuantas millas. Y mientras se situaba el sol y la propiedad medio arruinada de mi familia se llenaba con Grandes Señores y princesas, generales y comandantes, humanos y Fae... todavía no tenía las palabras para realmente expresarlo. Cómo podíamos reunirnos en la enorme sala de espera, el único espacio utilizable en la antigua propiedad de mi familia y de hecho tener... esta reunión.

Había dormido la noche, profundamente y sin ser molestada, Rhys en la cama a mi lado. No lo había soltado hasta que el amanecer se había insertado en nuestra carpa. Y entonces... los campamentos de guerra estaban demasiado llenos de sangre y heridos y muertos. Y estaba esta reunión para arreglar entre varios ejércitos y campamentos y gente. Tomó todo el día, pero al final, me encontré en el vestíbulo estropeado, Rhys y los otros al lado de mí, el candelabro, una masa rota detrás de nosotros en el suelo roto de mármol.

Los Grandes Señores llegaron primero. Empezando con Beron.

Beron, que no hizo mucho más que mirar a su hijo-que-no-era-su-hijo. Lucien, de pie al otro lado, no registró la presencia de Beron tampoco. O la de Eris, mientras él entraba a un paso detrás de su padre.

Eris estaba moreteado y cortado lo suficiente para indicar que debía de haber estado en terrible forma después de que terminara la pelea ayer, llevando un corte brutal por su mejilla y cuello, apenas curado. Mor dejó

salir un gruñido de satisfacción ante la vista de ello... o tal vez un sonido de decepción que la herida no hubiese sido fatal.

Eris continuó como si no lo hubiese escuchado, pero no se burló al menos. En su lugar, solo asintió hacia Rhys. Era una promesa silenciosa suficiente: pronto. Pronto, tal vez, Eris finalmente tomaría lo que deseaba, y tomaría la deuda pendiente. No nos molestamos en asentir de vuelta. Ninguno de nosotros. Especialmente no Lucien, quién continuó diligentemente ignorando a su hermano mayor.

Pero mientras Eris pasaba... podría haber jurado que había algo como tristeza, como arrepentimiento mientras él miraba a Lucien.

Tamlin cruzó el umbral momentos después. Tenía un vendaje sobre su cuello, y uno sobre su brazo. Vino, como lo había tenido que hacer esa primera reunión, con nadie a su lado. Me preguntaba si sabía que esta casa destrozada había sido comprada con el dinero que le había dado a mi padre. Con la gentileza que le había mostrado.

Pero la atención de Tamlin no fue hacia mí. Fue hacia a la persona a mi izquierda. Hacia Lucien.

Lucien dio un paso adelante, la cabeza en alto, incluso mientras el ojo de metal sonaba. Mis hermanas ya estaban en la sala de espera, listas para guiar a nuestros invitados a sus espacios predeterminados. Habíamos planeado esto cuidadosamente también. Tamlin se detuvo a unos cuantos pasos de distancia. Ninguno de nosotros dijo una palabra. No mientras Lucien abría su boca.

—Tamlin...

Pero la atención de Tamlin se había ido hacia la ropa que Lucien ahora usaba. Los cueros Ilirianos. Podría haber estado usando también el negro de la Corte Oscura.

Era un esfuerzo mantener mi boca cerrada, de no explicar que Lucien no tenía ninguna otra ropa con él, y que no eran una señal de su alianza...

Tamlin solo sacudió su cabeza, aversión fermentándose en sus ojos verdes, y pasó de largo. Ni una sola palabra.

Miré a Lucien a tiempo para ver la culpa, la devastación destellando en ese ojo rojizo. Rhys de hecho le había contado a Lucien todo sobre la asistencia encubierta de Tamlin. Su ayuda en arrastrar a Beron aquí. El haberme salvado en el campamento. Pero Lucien permaneció de pie con nosotros mientras Tamlin encontraba su lugar en la sala de espera a la derecha. No miró a su amigo ni una vez.

Lucien no era lo suficientemente tonto para rogar perdón.

Esa conversación, esa confrontación... sería llevada a cabo en otro tiempo. Otro día, o semana, o mes.

Perdí rastro de quién llegó después. Drakon y Miryam, junto con un huésped de su gente. Incluyendo...

Empecé ante la delgada mujer de cabello negro que entró a la derecha de Miryam, sus alas mucho más pequeñas que la otra Serafín.

Miré hacia donde estaba Azriel, al lado de Rhys, con vendas por todos lados y sus alas con férulas después que las había hecho trabajar demasiado duro ayer. El Shadowsinger asintió en confirmación. Nephelle.

Sonreí ante la legendaria guerrera cuando ella notó mi mirada mientras pasaba. Me sonrió de vuelta.

Kallias y Viviane siguieron, junto con esa mujer que de hecho era su hermana. Luego Tarquin y Varian. Thesan y su abollado capitán Peregrino, cuya mano sostenía con fuerza.

Helion fue el último de los Grandes Señores en llegar. No me atreví a mirar a través de la puerta arruinada hacia donde Lucien yacía en la sala de espera, cerca del lado de Elain mientras ella y mi hermana silenciosamente se recostaban contra la pared por la bahía intacta de ventanas.

Beron, sabiamente, no se acercó; y Eris solo miraba de vez en cuando. Observando.

Helion estaba cojeando, flanqueado por unos cuantos de sus capitanes y generales, pero todavía logró poner una sonrisa severa.

—Mejor disfrutar esto mientras dure —me dijo a mí y a Rhys—. Dudo de que estemos tan unificados cuando salgamos de aquí.

—Gracias por las palabras de entusiasmo —dije apretadamente, y Helion se rio mientras entraba.

Más y más gente llenó esa habitación, la tensa conversación rota por explosiones de risa o saludos. Rhys finalmente le dijo a mi familia que nos dirijamos dentro de la habitación, mientras él y yo esperábamos.

Esperamos y esperamos, largos minutos.

Les había tomado más llegar, me di cuenta. Desde que no podían tamizarse o moverse tan rápido a través del mundo.

Estaba por voltearme en la habitación para empezar sin ellos cuando dos hombres llenaron la puerta oscurecida por la noche.

Jurian. Y Graysen.

Y detrás de ellos... un pequeño contingente de otros humanos.

Tragué con fuerza. Ahora comenzaría la parte difícil.

Graysen se veía inclinado a darse la vuelta, el corte fresco por su mejilla, arrugándose mientras fruncía el ceño, pero Jurian lo empujó dentro. Un ojo negro florecía en el lado izquierdo del rostro de Jurian. Me preguntaba si Miryam o Drakon se lo habían hecho. Mi dinero estaba en lo primero.

Graysen solo nos dio un apretado asentimiento. Jurian me sonrió.

—Los puse en lados opuestos de la habitación —dije.

Tanto de Miryam y de Drakon. Y de Elain.

Ningún hombre respondió, y solo caminaron, orgullosos y altos, en esa habitación llena de Faes.

Rhys besó mi mejilla y caminé detrás de ellos. Lo que dejaba...

Como Lucien prometió, con la oscuridad ahora encima, Vassa me encontró.

La última en llegar, la última pieza de esta reunión. Ella entró sobre el umbral, sin aliento e inquebrantable, y se detuvo solo a unos pasos.

Su cabello desatado era de un rojizo dorado, gruesas y negras pestañas y cejas, enmarcando los ojos azules más maravillosos que había visto. Hermosa, su piel dorada de pecas, brillando. Solo unos cuantos años mayor que yo pero... con jovialidad. Enérgica. Fiera y salvaje, a pesar de su maldición.

Vassa dijo con un cántico:

— ¿Tú eres Feyre Rompemaldiciones?

—Sí —dije, sintiendo a Rhys escuchando desde la otra habitación, donde el resto estaba ahora empezando a bajar las voces. Esperando por mí.

La boca de Vassa se apretó.

—Siento...lo de tu padre. Era un gran hombre.

Nesta, saliendo de la sala de espera, se detuvo ante las palabras. Miró a Vassa de arriba y abajo. Vassa devolvió el favor.

—Tú eres Nesta —declaró Vassa y me pregunté cómo mi padre la había descrito para que Vassa lo supiera—. Siento tu pérdida también.

Nesta simplemente la miró con esa indiferencia fría.

—Escuché que mataste violentamente al Rey de Hiberno —dijo Vassa, aquellas cejas oscuras entrecerrándose mientras empezaba a mirar a Nesta, buscando cualquier señal de una guerrera debajo de ese vestido azul que llevaba.

Vassa solo se encogió de hombros cuando Nesta no respondió y me dijo:

—Él era un mejor padre para mí que el mío propio. Le debo mucho y honraré su recuerdo mientras viva.

La mirada que Nesta le estaba dando a la reina fue suficiente para marchitar el césped detrás de esa puerta destrozada. No se puso mejor mientras Vassa decía:

—¿Puedes romper la maldición en mí, Feyre Archeron?

—¿Por eso es que acordaste venir tan rápido?

Una media sonrisa.

—Parcialmente. Lucien sugirió que tú tenías dones. Y otros Grandes Señores también. —Como su padre... el verdadero. Helion.

Ella continuó antes de que yo pudiera responder.

—No tengo mucho tiempo... antes de que deba regresar al lago. A él.

Al lord que la mantenía cautiva.

—¿Quién es él? —exhalé.

Vassa solo sacudió su cabeza, ondeando una mano mientras sus ojos se oscurecían y repitió:

—¿Puedes romper mi maldición?

—Y-yo no sé cómo romper esa clase de hechizos —admití. Su rostro calló. Agregué—: Pero... podemos intentarlo.

Ella lo consideró.

—Con la sanación de nuestros ejércitos, no seré capaz de irme por un tiempo. Tal vez me dará una... escapatoria, como Lucien lo llama, para permanecer más tiempo. —Otra sacudida de cabeza—. Deberíamos discutir esto después —declaró—. Junto con la amenaza que plantean mis compañeras, las reinas.

Mi corazón se detuvo un segundo.

Una sonrisa cruel curvó la boca de Vassa.

—Intentarán intervenir —dijo ella—. Con cualquier clase de paz. Hiberno las envió de vuelta antes de esta batalla, pero no tengo duda de

que fueron suficientemente inteligentes para incentivar eso. No desperdiciar sus ejércitos aquí.

—¿Pero lo harán en otro lado? —demandó Nesta.

Vassa colocó su suave sábana de cabello sobre un hombro.

—Ya veremos. Y pensarás en formas de ayudarme.

Esperé hasta que se dirigió a la sala de espera antes de que yo alzara las cejas ante la orden. O no sabía o no le importaba que yo *también* era una reina en mi derecho.

Nesta sonrió.

—Buena suerte con *eso*.

Fruncí el ceño, alejando la preocupación ya floreciendo en mis tripas, y dije:

—¿A dónde vas? La reunión está empezando.

—¿Por qué debería de estar allí?

—Eres la invitada de honor. Mataste al rey.

Sombras destellaron en su rostro.

—¿Y qué?

Parpadeé.

—Eres nuestra emisaria también. Deberías estar para esto.

Nesta miró hacia las escaleras y noté el objeto que apretaba en su puño. La pequeña escultura de madera. No podía descifrar qué clase de animal era pero conocía la madera. Conocía el trabajo. Una de nuestras pequeñas esculturas que nuestro padre había labrado durante aquellos años que él... que no había hecho nada. Miré su rostro antes de que ella pudiera notar mi atención.

—¿Crees que funcionará... esta reunión? —dijo Nesta.

Con tantos oídos Fae en la habitación más allá, no me atreví a darle ninguna respuesta más que la verdad.

—No lo sé. Pero deseo intentarlo. —Ofrecí mi mano a mi hermana—. Te quiero aquí para esto. Conmigo.

Nesta consideró esa mano estirada. Por un momento, pensé que se iría. Pero deslizó su mano en la mía, y juntas entramos a esa habitación abarrotada de humanos y Fae. Ambas partes de este mundo. *Todas* partes de este mundo.

Altos Fae de cada corte. Miryam y Drakon y su séquito. Humanos de varios territorios. Todos observándome a mí y a Nesta mientras entrábamos, mientras caminábamos hacia donde Rhys y los otros esperaban, enfrentando la habitación de gente. Traté de no encogerme ante los muebles destrozados que habían sido movidos ante cualquier posible asiento. Ante el papel roto de las paredes, las cortinas medio colgantes. Pero era mejor que nada.

Supuse que lo mismo podía ser dicho de nuestro mundo.

El silencio se situó. Rhys me empujó hacia adelante, una mano rozando la parte baja de mi espalda mientras yo tomaba un paso más allá de él. Levanté mi mentón, observando la habitación. Y les sonreí, a los humanos y Fae reunidos aquí... en paz.

Mi voz fue clara y firme.

—Mi nombre es Feyre Archeron. Una vez fui humana... y ahora soy Fae. Llamo a ambos mundos mi hogar. Y me gustaría re-negociar el Tratado.

Capítulo 80

Traducido por AnamiletG

Un mundo dividido no era un mundo que pudiera prosperar.

Ese primer encuentro duró horas, muchos de nosotros templados de agotamiento, pero... se hicieron canales. Se intercambiaron historias. Cuentos narrados de cada lado del muro.

Les conté mi historia.

Todo ello.

Se lo dije a los desconocidos que no me conocían, se lo dije a mis amigos, y se lo dije a Tamlin, con la cara dura en la lejana pared. Expliqué los años de pobreza, las pruebas Bajo la Montaña, el amor que había encontrado y soltado, el amor que me había sanado y me había salvado. Mi voz no tembló. Mi voz no se rompió. Casi todo lo que había visto en el Ouroboros, les permití verlo también. Les conté.

Y cuando terminé, Miryam y Drakon dieron un paso adelante para contar su propia historia.

Otro destello de la prueba: que los seres humanos y Fae no solo podrían trabajar juntos, vivir juntos, sino llegar a ser mucho más. Escuché cada palabra, y no me molesté en apartar mis lágrimas a veces. Solo apreté la mano de Rhys y no la solté.

Había varios con cuentos. Algunos que fueron en contra de los nuestros. Relaciones que no habían ido tan bien. Crímenes cometidos. Dolor que no podría ser perdonado.

Pero era un comienzo.

Todavía había mucho trabajo por hacer, confianza por construir, pero la cuestión de crear un nuevo muro...

Quedaba por ver si podíamos estar de acuerdo en eso. Muchos de nosotros estábamos en contra. Muchos de los humanos, con razón, eran cautelosos. Había todavía otros territorios de Fae que habían encontrado las promesas de Hiberno atractivas. Seductoras.

Los Grandes Señores discutieron más sobre la posibilidad de un nuevo muro. Y con cada palabra de ello, como Helion dijo, esa lealtad temporal se deshizo y se quebró. Las líneas de la corte fueron rediseñadas.

Pero al menos se quedaron hasta el final, hasta las primeras horas de la mañana cuando finalmente decidimos que el resto sería discutido en otro día. En otro lugar.

Tomaría tiempo. Tiempo, y curación, y confianza.

Y me preguntaba si el camino por delante—el camino hacia la verdadera paz—quizás sería el más duro y el más largo todavía.

Los otros se marcharon, volando, tamizándose o caminando a grandes zancadas hacia la oscuridad, ya volviendo a sus grupos y tribunales y bandas de guerra. Los vi salir de la puerta abierta de la finca hasta que eran solo sombras contra la noche.

Había visto a Elain mirando por la ventana antes, viendo cómo Graysen se iba con sus hombres sin mirarla. Había querido decir todas las palabras de aquel día en su torre. Si se daba cuenta de que Elain todavía llevaba su anillo de compromiso, que Elain lo miró y lo miró mientras caminaba hacia la noche... No lo sabía. Que Lucien se ocupara de eso... por ahora.

Suspiré, apoyando mi cabeza contra el marco de la puerta de piedra agrietada. La gran puerta de madera había sido destrozada por completo, las astillas todavía dispersas en la entrada de mármol detrás de mí.

Reconocí su olor antes de oír cómo se aproximaba su fácil paso.

—¿A dónde vas ahora? —pregunté sin mirar por encima del hombro mientras Jurian se detuvo junto a mí y miró a la oscuridad.

Miryam y Drakon se habían marchado rápidamente, necesitando atender a sus heridos, y alejar el Caldero a uno de sus barcos antes de que los otros Grandes Señores tuvieran un momento para considerar su paradero.

Jurian se apoyó en el marco de la puerta opuesta.

—La reina Vassa me ofreció un lugar dentro de su corte.

De hecho, Vassa todavía permanecía dentro, charlando con Lucien animadamente. Supuse que si solo tuviera hasta el amanecer antes de volver a ser esa ave de fuego, quería que cada minuto contara. Lucien, sorprendentemente, estaba riendo, con los hombros sueltos y la cabeza inclinada mientras escuchaba.

—¿Vas a aceptar?

El rostro de Jurian estaba solemne y cansado.

—¿Qué clase de corte puede tener una reina maldita? Ella está obligada a ese lord de la muerte... que tiene que volver a su lago en el continente en algún momento. —Negó con la cabeza—. Lástima que el rey fuera tan espectacularmente decapitado por tu hermana. Apuesto a que podría haber encontrado una manera de romper esa maldición suya.

—Sí, que lástima —murmuré.

Jurian gruñó su diversión.

—¿Crees que tenemos una oportunidad? —le pregunté, haciendo un gesto a las figuras humanas todavía caminando, muy lejos, de vuelta hacia el campamento—. ¿De paz entre todos nosotros?

Jurian permaneció en silencio durante un largo rato.

—Sí —dijo suavemente—. Lo creo.

Y no sabía por qué, pero me daba consuelo.



Todavía estaba reflexionando sobre las palabras de Jurian días después, cuando ese campo de guerra fue finalmente desmantelado. Cuando dijimos nuestro último adiós, hicimos promesas—algunas más sinceras que otras—de volver a vernos.

Cuando mi corte, mi familia, volvió a Velaris.

La luz del sol todavía se filtraba a través de las ventanas de la casa de la ciudad. El aroma de cítricos y el mar y el pan horneado todavía llenaban cada habitación.

Y lejos... Los niños seguían riéndose en las calles.

Casa. El hogar era el mismo, el hogar estaba intacto.

Apreté la mano de Rhys con tanta fuerza que pensé que se quejaría, pero él solo la apretó de vuelta.

Y aunque nos habíamos bañado, mientras estábamos allí... había una suciedad sobre nosotros. Como si la sangre no se hubiese lavado por completo.

Y me di cuenta de que el hogar era realmente el mismo, pero nosotros... tal vez no lo éramos.

—Supongo que ahora tendré que comer comida de verdad —murmuró Amren.

—Un sacrificio monumental —bromeó Cassian.

Ella le dirigió un gesto vulgar, pero sus ojos se estrecharon al ver sus alas todavía vendadas. Sus ojos—normal ojos plateados—se deslizaron hacia Nesta, sosteniéndose por la barandilla de la escalera, como si se retirara a su habitación.

Mi hermana apenas había hablado, apenas había comido estos últimos días. No había visitado a Cassian en su cama curativa. Todavía no me había hablado de lo que había sucedido.

—Me sorprende que no hayas vuelto para coger la cabeza del rey y colgarla en tu pared —le dijo Amren.

Los ojos de Nesta le dispararon.

Mor chasqueó la lengua.

—Algunos consideran que esa broma es de mal gusto, Amren.

—Les salvé los traseros. Tengo derecho a decir lo que quiero.

Y con eso Amren salió de la casa y entró en las calles de la ciudad.

—La nueva Amren es aún más irritable que la vieja —dijo Elain suavemente.

Me eché a reír. Los otros se unieron a mí, e incluso Elain sonrió ampliamente.

Todos menos Nesta, que no miraba nada.

Cuando el Caldero se había roto... No sabía si había roto ese poder en ella también. Cortó su vínculo. O si todavía vivía, en algún lugar dentro de ella.

—Vamos —dijo Mor, pasando su brazo por los hombros de Azriel, luego uno cuidadosamente alrededor de Cassian y guiándolos hacia la sala de estar—. Necesitamos un trago.

—Estamos abriendo las botellas de lujo —Cassian le dijo por encima de su hombro a Rhys, todavía cojeando en esa pierna apenas curada.

Mi compañero esbozó un arco servil.

—Ahorren un poco para mí, al menos.

Rhys miró a mis hermanas, luego me guiñó un ojo. Las sombras de la batalla aún se demoraban, pero ese guiño... seguía temblando de terror porque no era real. Que todo era un sueño de fiebre dentro del Caldero.

Es real, ronroneó en mi mente. Te lo probaré más tarde. Por horas.

Resoplé, y observé como hacía una excusa a nadie en particular sobre encontrar comida y se sentó al otro lado del pasillo, con las manos en los bolsillos.

Solo en el vestíbulo con mis hermanas, Elain todavía sonriendo un poco, Nesta con cara de piedra, tomé un respiro.

Lucien había permanecido detrás para ayudar con cualquiera de los heridos humanos que todavía necesitaban la curación de Fae, pero había prometido venir aquí cuando terminara. Y en cuanto a Tamlin...

No había hablado con él. Apenas lo había visto después de que me había dicho que fuera feliz, y me devolvió a mi compañero. Había dejado la reunión antes de que yo pudiera decir algo.

Así que le di una nota a Lucien por si lo veía. Lo que sabía que haría. Había una parada que Lucien tenía que hacer antes de venir aquí, había dicho. Sabía a qué se refería.

Mi nota a Tamlin era corta. Transmitía todo lo que necesitaba decir.

Gracias.

Espero que tú también encuentres la felicidad.

Y lo hacía. No solo por lo que había hecho por Rhys, sino... Incluso para un inmortal, no había suficiente *tiempo* en la vida para desperdiciarlo con el odio. Al sentirlo y ponerlo en el mundo.

Así que le deseaba bien de verdad, y esperaba que algún día... Un día, tal vez se enfrentara a esos temores insidiosos, esa rabia destructiva que se pudría en su interior.

—Así que —le dije a mis hermanas—. ¿Ahora qué?

Nesta se volvió y subió las escaleras, cada paso lento y rígido. Cerró la puerta con un clic decisivo cuando llegó a su dormitorio.

—Con padre —susurró Elain, todavía mirando los escalones—, no creo que Nesta...

—Lo sé —murmuré—. Creo que Nesta necesita resolver... mucho.

Demasiado.

Elain me miró.

—¿La ayudamos?

Jugueteé con el final de mi trenza.

—Sí... pero no hoy. No mañana. —Solté un suspiro—. Cuando... cuando esté lista. —Cuando estuviéramos listas también.

Elain asintió con la cabeza, sonriéndome, y fue una alegría tentativa... la *vida* que brilló en sus ojos. Una promesa del futuro, reluciente y dulce.

La llevé a la sala de estar, donde Cassian tenía una botella de licor de color ámbar en cada mano, Azriel ya se estaba frotando las sienes, y Mor cogía unos vasos de cristal fino de un estante.

—¿Qué pasa ahora? —reflexionó Elain, al fin respondiendo a mi pregunta de momentos atrás cuando su atención se dirigió hacia las ventanas que daban a la soleada calle. Esa sonrisa creció, lo suficientemente brillante como para iluminar hasta las sombras de Azriel a través de la habitación—. Me gustaría construir un jardín — declaró—. Después de todo esto... Creo que el mundo necesita más jardines.

Mi garganta estaba demasiado apretada para responder inmediatamente, así que simplemente besé la mejilla de mi hermana antes de decir:

—Sí... creo que sí.

Capítulo 81

Rhysand

Traducido por Mais

Incluso desde la cocina, podía escucharlos a todos ellos. El descorche de lo que sin duda era la botella más antigua de licor que tenía, luego el sonido de esos igualmente antiguos vasos de cristal, chocando entre sí.

Luego la risa. El profundo retumbo... ese era Azriel. Riendo a lo que sea que Mor había dicho que la hacía reír también, el sonido roto y feliz.

Y luego otra risa... colorida y brillante. Más hermosa que cualquier música tocada en uno de los incontables pasillos y teatros de Velaris.

Estaba de pie ante la ventana de la cocina, mirando fijamente el jardín en su completo esplendor de verano, no viendo mucho las flores que Elain Archeron había tendido estas semanas. Solo mirando fijamente... y escuchando esa hermosa risa. La risa de mi compañera.

Froté una mano sobre mi pecho ante el sonido... el disfrute en este.

La conversación pasó, cayendo de nuevo a su antiguo ritmo y aun así... cerca. Todos habíamos estado tan cerca de no verlo de nuevo. Este lugar. Uno al otro. Y supe que la risa... era en parte por eso también. En defensa y gratitud.

—¿Vienes a beber o solo vas a mirar fijamente las flores todo el día?
—La voz de Cassian cortó a través de la melodía de sonidos.

Me giré, encontrándolo a él y a Azriel en el marco de la cocina, cada uno con una bebida en su mano. Un segundo yacía en la otra mano

cicatrizada de Azriel... al siguiente la hizo flotar hacia mí con una briza teñida de azul.

Agarré el frío y pesado cristal.

—Espiar a tu Gran Señor es un mal consejo —les dije, tomando profundamente. El licor quemó su camino por mi garganta, calentando mi estómago.

—Es bueno mantenerte al borde a tu avanzada edad —dijo Cassian, tomando. Se inclinó contra el marco—. ¿Por qué te estás escondiendo aquí?

Azriel le lanzó una mirada, pero yo resoplé, tomando otro sorbo.

—Realmente sí que abrieron las botellas finas.

Esperaron. Pero la risa de Feyre sonó de nuevo, seguida de la de Elain y Mor. Y cuando arrastré mi mirada de nuevo a mis hermanos, vi el entendimiento en sus rostros.

—Es real —dijo Azriel suavemente.

Ninguno se rió o comentó la quemazón en mis ojos. Tomé otro sorbo para limpiar el apretón en mi garganta, y me acerqué a ellos.

—No hagamos esto de nuevo en otros quinientos años —dije con voz un poco ronca e hice sonar mi vaso al chocar contra los de ellos.

Azriel rompió una sonrisa mientras Cassian levantaba una ceja.

—¿Y qué vamos a hacer hasta entonces?

Más allá de la intermediación, más allá de esas reinas que sin duda serían un problema, más allá de nuestro mundo fracturado...

Mor nos llamó, demandando que les lleváramos mantequilla. Una que estuviera *impresionante*, agregó. *Con más pan.*

Sonreí. Sonreí más amplio cuando la risa de Feyre sonó de nuevo... mientras la *sentía* a través del vínculo, parpadeando más brillante que la Lluvia de Estrellas completa.

PARADISE SUMMERLAND FORO

—Hasta entonces —les dije a mis hermanos, colgando mis brazos alrededor de sus hombros y llevándolos de vuelta a la sala. Miré más allá, hacia esa risa, esa luz... y la visión del futuro que Feyre me había mostrado, más hermoso que cualquier cosa que podría haber deseado... nada que *hubiera* deseado durante aquellas solitarias noches hace tiempo, con solo las estrellas como compañía. Un sueño todavía sin responder, pero no para siempre—. Hasta entonces, disfrutaremos cada segundo de esto.

una CORTE de ALAS y RUINA

Capítulo 82

Feyre

Traducido por Mais

Rhysand estaba en el tejado, las estrellas brillantes y bajas, los azulejos debajo de mis pies desnudos calientes por el sol del día.

Estaba sentado en una de esas pequeñas sillas de hierro, sin luz, sin botella de licor... solo él, y las estrellas y la ciudad.

Me deslicé en su regazo y dejé que envolviera sus brazos a mí alrededor.

Nos sentamos en silencio por un largo rato. Apenas habíamos tenido un momento a solas después de la batalla, y había estado demasiado cansada como para hacer algo más que dormir. Pero esta noche... su mano corría a lo largo de mi muslo desnudo por la forma en que mi camisón de noche se había enganchado.

Él se sorprendió cuando de hecho me miró, luego ahogó una risa contra mi hombro.

—Debería haberlo sabido.

—Las chicas de la tienda me lo dieron gratis. Como agradecimiento por salvarlas de Hiberno. Tal vez debería hacerlo más seguido, si con eso obtengo lencería gratis.

Ya que usaba par de ropa interior roja y de encaje... debajo de un camisón de noche del mismo color que era tan escandalosamente transparente que mostraba todo.

—¿Nadie te lo ha dicho? Eres asquerosamente rica.

—Solo porque tengo dinero no significa que tengo que gastarlo.

Apretó mi rodilla.

—Bien. Necesitamos a alguien con cabeza para el dinero aquí. He estado sangrando oro de aquí para allá gracias a que la Corte de Pesadillas toma ventaja de mi ridícula generosidad.

Una risa retumbó en lo profundo de mi garganta mientras inclinaba mi cabeza hacia su hombro.

—¿Amren sigue siendo tu Segunda?

—Nuestra Segunda.

—Semántica.

Rhys trazó círculos despreocupados en mi piel desnuda, a lo largo de mi rodilla y muslo.

—Si ella lo desea, es suyo.

—¿Incluso si ya no tiene sus poderes?

—Ella ahora es Alto Fae. Estoy seguro de que descubrirá algún talento escondido para aterrorizarnos.

Me reí de nuevo, saboreando la sensación de su mano en mi piel, la calidez de su cuerpo alrededor del mío.

—Te escuché —dijo suavemente—. Cuando me... había ido.

Empecé a tensarme ante el terror colgante que no me había dejado dormir las últimas noches, el terror del que dudaba que me recuperaría pronto.

—Esos minutos —dije, una vez que él empezó a hacer largas y calmantes caricias por mi muslo—. Rhys... nunca quiero sentir eso de nuevo.

—Ahora sabes cómo me sentí Bajo la Montaña.

Incliné mi cuello para mirarlo.

—*Nunca* me mientas de nuevo. No con eso.

—¿Y sobre otras cosas?

Pellizqué su brazo lo suficientemente fuerte que se rió y apartó mi mano.

—No podía dejar que todas las *damas* se lleven el crédito por salvarnos. Algún hombre tenía que reclamar un pedazo de gloria así no nos pisoteaban hasta el final de los tiempos con su fanfarronería.

Golpeé su brazo esta vez.

Pero él envolvió su brazo alrededor de mi cintura y apretó, inhalándome.

—Te escuché, incluso en la muerte. Me hizo mirar atrás. Me hizo quedarme... un poco más.

Antes de ir a ese lugar que había intentado describir al Carver.

—Cuando sea tiempo de ir allí —dije en voz baja—, iremos juntos.

—Es un trato —dijo, y me besó suavemente.

—Sí, lo es —murmuré de vuelta en sus labios.

La piel en mi brazo izquierdo picó. Un lamido de calidez serpenteó a través de este.

Bajé la mirada para encontrar otro tatuaje allí, el gemelo del que una vez estuvo allí, salvo por la banda negra del trato que había hecho con Bryaxis. Él había modificado este para encajar, para estar perfectamente integrado alrededor de las vueltas y remolinos.

—Extraño el antiguo —dijo inocentemente.

En su propio brazo izquierdo, el mismo tatuaje fluyó. No en sus dedos como el mío, sino desde su muñeca hasta su codo.

—Copión —dije—. Se ve mejor en el mío.

—Mmm. —Trazó una línea por mi columna, luego palmeó dos lugares—. La dulce Bryaxis se ha desvanecido. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué tengo que ir a cazarla y devolverla a la biblioteca?

—Oh, sin duda debes hacerlo.

Me retorcí en su regazo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello mientras decía:

—¿Y tú vendrás conmigo? ¿En esta aventura... y todas las demás?

Rhys se inclinó hacia adelante y me besó.

—Siempre.

Las estrellas parecían brillar con más fuerza en respuesta, acercándose para observar. Sus alas crujieron mientras nos movía en la silla y profundizaba el beso hasta que me quedé sin aliento.

Y luego estaba volando.

Rhys me recogió en sus brazos, lanzándonos arriba hacia la noche estrellada, la ciudad un reflejo brillante debajo.

Música salía de las cafeterías frente al río. La gente reía mientras caminaba brazo a brazo por las calles y a través de los puentes a lo largo del Sidra. Espacios negros todavía manchaban algo de la expansión brillante—pilas de escombros y edificios arruinados—pero incluso algunos de ellos habían sido encendidos con pequeñas luces. Velas. Desafiante y encantador contra la negrura.

Necesitaríamos más de ello en los días por venir... en el largo camino que venía. Hacia un nuevo mundo. Uno que se convertiría en un lugar mejor al que había encontrado.

Pero por ahora... este momento, con la ciudad bajo nosotros, el mundo a nuestro alrededor, saboreando esa paz ganada con dificultad... lo saboreé también. Cada latido. Cada sonido y olor e imagen que se plantaba en mi mente, tantas que me llevaría una eternidad—varias de estas—en pintar.

Rhys se niveló, envió un pensamiento a mi mente, y sonrió ampliamente mientras yo invocaba mis alas.

Me dejó ir y me moví suavemente fuera de sus brazos, disfrutando del viento cálido acariciando cada pedazo de mí, tomando el aire entrelazado con sal y cítrico. Me tomó unos cuantos aleteos para llevarlo bien, la sensación y el ritmo. Pero luego estuve equilibrada.

Luego estaba volando. Planeando.

Rhys cayó en vuelo a mi lado, y cuando me sonrió de nuevo mientras navegábamos a través de las estrellas y las luces y la briza besada por el mar, cuando me mostró todas las maravillas de Velaris, el brillante Arcoíris un vivo río de color debajo de nosotros... cuando rozó sus alas contra las mías, solo porque podía, porque quería y porque teníamos una eternidad de noches para hacer esto, para ver todo juntos...

Un regalo.

Todo ello.

Fin...

una CORTE de ALAS y RUINA

Agradecimientos

de Sarah J. Maas

Después de nueve libros, nunca se vuelve más fácil expresar mi tremenda gratitud a la gente en mi vida, tanto personal como profesionalmente, quienes hacen mi mundo más brillante al tan solo estar ahí.

A Josh: Cada momento contigo es un regalo. Hace un tiempo, cuando miré hacia las estrellas y deseé, era para que alguien como tú esté en mi vida. Realmente creo que aquellas estrellas escucharon, porque lograr compartir esta salvaje aventura contigo ha sido un sueño respondido. Te amo más de lo que puedo expresar en palabras.

A Annie: Gracias por tus brazos, tus descaros, y las constantes demandas por más tratos que me mantienen de pie. Te amo por siempre y siempre, cachorrito (y sin importar lo que todo el mundo dice, te juro que puedes leer esto).

A mi agente, Tamar, quién trabaja tan duro y es la persona más fiera que conozco: nada de esto sería posible sin ti, y nunca dejaré de estar agradecida. Gracias por todo.

A Cat Onder: Trabajar contigo fue un enorme privilegio y disfrute. Gracias por ser una editora tan creativa, preocupada y perspicaz, y por todos los años de amistad.

Al equipo de genios de Bloomsbury de todo el mundo: Cindy Loh, Cristina Gilbert, Kathleen Farrar, Nigel Newton, Rebecca McNally, Sonia Palmisano, Emma Hopkin, Ian Lamb, Emma Bradshaw, Lizzy Mason, Courtney Griffin, Erica Barmash, Emily Ritter, Grace Whooley, Eshani Agrawal, Emily Klopfer, Alice Grigg, Elise Burns, Jenny Collins, Beth Eller, Kerry Johnson, Kelly de Groot, Ashley Poston, Lucy Mackay-Sim, Hali Baumstein, Melissa Kavonic, Diane Aronson, Linda Minton, Christine Ma,

Donna Mark, John Candell, Nicholas Church y todo el equipo de derechos extranjeros, gracias por su duro trabajo para hacer realidad estos libros y por ser el mejor maldito equipo de publicación global jamás visto. A Jon Cassir y el equipo en CAA: gracias por defenderme a mí y a mis libros.

A Cassie Homer, extraordinaria asistente: ¡gracias por toda tu ayuda y por ser una maravilla persona con la que trabajar!

A mis padres: gracias por los cuentos de hadas y el folklore, por las aventuras alrededor del mundo y por las mañanas los fines de semana con rosquillas y salmón ahumado de Murray's. A Linda y Dennis: criaron a un hijo espectacular y siempre estaré agradecida por ello. A mi familia: tengo tanta suerte de tenerlos a todos en mi vida.

A Roshani Chokshi, Lynette Noni, y Jennifer Armentrout: gracias por ser brillantes y amigos increíbles, y por toda su retroalimentación invaluable con este libro. A Renée Ahdieh, Steph Brown y Alice Fanchiang. Los adoro.

Un agradecimiento masivo a Sasha Alsberg, Vilma Gonzalez, Alexa Santiago, Rachel Domingo, Jessica Reigle, Kelly Grabowski, Jennifer Kelly, Laura Ashforth y Diyana Wan por ser personas sorprendentes y encantadoras. A la maravillosa Caitie Flum: muchísimas gracias por tomarte el tiempo de leer este libro y por proveer tan valorable retroalimentación. A Louise Ang: gracias, gracias, gracias por toda tu notable retroalimentación, disfrute contagioso e increíble generosidad.

A Charlie Bowater, quien no solo es un artista brillante sino también un magnífico ser humano: gracias por el arte que me ha movido e inspirado, y por todo su duro y fenomenal trabajo en el libro de colorear. Es un honor trabajar contigo.

Y finalmente, a *ustedes*, mis queridos lectores: gracias desde lo profundo de mi corazón por venir conmigo y Feyre en este viaje. Sus cartas de corazón e increíble arte, su encantadora música e ingeniosos cosplays... todo significa más de lo que puedo decir. ¡Realmente estoy bendecida de tenerlos como lectores, y no puedo esperar a compartir más de este mundo con ustedes en el siguiente libro!

Próximamente

Hasta el momento, la autora no ha dado información sobre el cuarto libro, aunque sí ha dicho que habrá 6 libros de la saga, éste como último de Feyre y Rhysand. Los demás serán sobre otros personajes de la misma serie. ¿Cuáles? Aún no lo sabemos, pero lo encontrarás en nuestra comunidad cuando los empecemos a traducir. Únete y entérate de cuándo.

una CORTE de ALAS y RUINA

PARADISE SUMMERLAND FORO

*Traducido
Corregido
Diseñado
& Revisado*



una CORTE de ALAS y RUINA